Otto Kuss

CARTA A LOS ROMANOS
CARTAS A LOS CORINTIOS
CARTA A LOS GÁLATAS

BIBLIOTECA HERDER
SECCIÓN DE SAGRADA ESCRITURA

BIBLIOTECA HERDER
SECCIÓN DE SAGRADA ESCRITURA
VOLUMEN 97

COMENTARIO DE RATISBONA AL NUEVO TESTAMENTO

Publicado bajo la dirección de
ALFREDO WIKENHAUSER Y OTTO KUSS

VI

BARCELONA
EDITORIAL HERDER
1976

CARTA A LOS ROMANOS
CARTAS A LOS CORINTIOS
CARTA A LOS GÁLATAS

comentadas por

OTTO KUSS

BARCELONA
EDITORIAL HERDER
1976

Versión castellana de CLAUDIO GANCHO, de la obra de
OTTO KUSS, *Die Briefe an die Römer, Korinther und Galater*,
Verlag Friedrich Pustet, Ratisbona

© *Verlag Friedrich Pustet, Regensburg*
© *Editorial Herder S.A., Provenza 388, Barcelona (España) 1976*

ISBN 84-254-0633-1 rústica
ISBN 84-254-0634-X tela

ES PROPIEDAD DEPÓSITO LEGAL: B. 38.205-1976 PRINTED IN SPAIN

GRAFESA - Nápoles, 249 - Barcelona

Patris memoriae et matri sacrum

ÍNDICE

Siglas y abreviaturas 11
Las cartas del apóstol Pablo 13

CARTA A LOS ROMANOS

INTRODUCCIÓN

1. Destinatarios y circunstancias de la composición *21*
2. Peculiaridades y disposición 23
3. Significado teológico 26
Bibliografía 29

TEXTO Y COMENTARIO

Encabezamiento 31
Parte primera: El evangelio de la justicia de Dios, 1,18-8,39 . . 41
Sección primera: El mundo sin redención: la ira de Dios sobre gentiles y judíos 1,18-3,20 41
1. Pecado y castigo de los gentiles, 1,18-32 41
2. Los judíos no son mejores que los gentiles, 2,1-3,20 . . 46
Sección segunda: El evangelio del apóstol demostrado por la escritura y por la historia, 3,21-5,21 58
1. Eficacia de la fe, 3,21-31 58
2. La prueba escriturística: Abraham, 4,1-25 68
3. La esperanza cristiana, 5,1-21 77
Sección tercera: Los fundamentos de la vida cristiana, 6,1-8,39 . . 87
1. Vivir en Cristo es el verdadero servicio 6,1-23 87
2. La impotencia moral del hombre antes de Cristo y sin Cristo, 7,1-25 97
3. La vida del Espíritu y la filiación divina 8,1-39 105
Parte segunda: Función del pueblo judío en la historia de la salvación, 9,1-11,36 122

1. La acción salvífica de Dios es absolutamente libre, 9,1-29 . . 122
2. Israel mismo, y no Dios, es responsable de su propio destino, 9,30-10,21 131
3. La salvación de todos, judíos y gentiles 11,1-36 137
Parte tercera: La vida moral, 12,1-15,13 146
1. La renovación de la mente, 12,1-13,14 146
2. Exhortaciones a los fuertes y a los débiles, 14,1-15,13 . . . 156
Conclusión, 15,14-16,27 163

CARTAS A LOS CORINTIOS

INTRODUCCIÓN

1. Destinatarios y circunstancias de la composición 175
2. Características y composición 178
3. Importancia teológica 181
Bibliografía 184

TEXTO Y COMENTARIO DE LA PRIMERA CARTA

Introducción epistolar, 1,1-9 185
Parte primera: Facciones de la comunidad cristiana, 1,10-4,21 . . . 188
Parte segunda: Contra algunos abusos en la comunidad, 5,1-6,20 . . 214
Parte tercera. Respuestas a consultas de los corintios, 7,1-11,1 . . 224
Sección primera: Matrimonio y soltería, 7,1-40 224
Sección segunda: Las carnes ofrecidas a los ídolos, 8,1-11,1 . . . 235
Parte cuarta: Normas para las asambleas litúrgicas, 11,2-14,40 . . 253
Sección primera: Sobre el velo de las mujeres y la cena del Señor, 11,2-34 253
Sección segunda: los carismas, 12,1-14,40 264
Parte quinta: Sobre la resurrección de los muertos, 15,1-58 . . . 286
Conclusión, 16,1-24 302

TEXTO Y COMENTARIO DE LA SEGUNDA CARTA

Introducción epistolar, 1,1-11 307
Parte primera: Apología del misterio de Pablo, 1,12-7,16 . . . 312
Parte segunda: La colecta en favor de la iglesia de Jerusalén, 8,1-9,15 . 355
Parte tercera: Polémica contra los judaizantes, 10,1-13,10 364
Conclusión, 13,11-13 387

CARTA A LOS GÁLATAS

INTRODUCCIÓN

1. Destinatarios y circunstancias de su composición 391
2. Particularidades y disposición 393

3. Significado teológico 395
Bibliografía 396

TEXTO Y COMENTARIO

Introducción epistolar, 1,1-10 399
Parte primera: Defensa de la doctrina de Pablo, 1,11-2,21 . . . 404
Parte segunda: Fundamentación teólogica del evangelio de Pablo, 3.1-5,12 418
Parte tercera: Liberados para el amor fraterno, 5,13-6,10 441
Conclusión, 6,11-18 447

CUADRO CRONOLÓGICO 451

ÍNDICE DE EXCURSOS 453

SIGLAS Y ABREVIATURAS

LIBROS DE LA BIBLIA

Abd	Abdías	Gén	Génesis	Nah	Nahúm
Act	Actos	Hab	Habacuc	Neh	Nehemías
Ag	Ageo	Heb	Hebreos	Núm	Números
Am	Amós	Is	Isaías	Os	Oseas
Ap	Apocalipsis	Jds	Judas	Par	Paralipómenos
Bar	Baruc	Jdt	Judit	Pe	Pedro
Cant	Cantar	Jer	Jeremías	Prov	Proverbios
Col	Colosenses	Jl	Joel	Re	Reyes
Cor	Corintios	Jn	Juan	Rom	Romanos
Dan	Daniel	Job	Job	Rut	Rut
Dt	Deuteronomio	Jon	Jonás	Sab	Sabiduría
Ecl	Eclesiástes	Jos	Josué	Sal	Salmos
Eclo	Eclesiástico	Jue	Jueces	Sam	Samuel
Ef	Efesios	Lam	Lamentaciones	Sant	Santiago
Esd	Esdras	Lc	Lucas	Sof	Sofonías
Est	Ester	Lev	Levítico	Tes	Tesalonicenses
Éx	Éxodo	Mac	Macabeos	Tim	Timoteo
Ez	Ezequiel	Mal	Malaquías	Tit	Tito
Flm	Filemón	Mc	Marcos	Tob	Tobías
Flp	Filipenses	Miq	Miqueas	Zac	Zacarías
Gál	Gálatas	Mt	Mateo		

OTRAS ABREVIATURAS CORRIENTES

AT	Antiguo Testamento
cap.	capítulo
cf.	confróntese

NT	Nuevo Testamento
par	y lugares paralelos
s	y siguiente
ss	y los dos versículos siguientes
v.	versículo (s)
LXX	Versión griega del AT por los Setenta

APÓCRIFOS

ActPe	Hechos de Pedro
ApBar (sir)	Apocalipsis de Baruc (siríaco)
ApMo	Apocalipsis de Moisés
ApPe	Apocalipsis de Pedro
AsIs	Ascención de Isaías
AsMo	Ascensión de Moisés
4Esd	Cuarto libro de Esdras
EuPe	Evangelio de Pedro
Hen (esl)	Henoc (eslavo)
Hen (et)	Henoc (etiópico)
Hen (gr)	Henoc (griego)
Jub	Libro de los jubileos
3Mac	Tercer libro de los Macabeos
4Mac	Cuarto libro de los Macabeos
Sib	Libros sibilinos
TestBenj	Testamento de Benjamín
TestGad	Testamento de Gad
TestJu	Testamento de Judá
TestLev	Testamento de Leví
TestNeft	Testamento de Neftalí

NOTAS IMPORTANTES

En los textos bíblicos, los paréntesis ( ) encierran palabras añadidas por el traductor, para mayor claridad; los corchetes [ ] versículos o partes de versículos que faltan en los textos más importantes.

Para la traducción castellana que damos con el presente comentario (ajustada a las variantes textuales adoptadas y comentadas por el autor), se partió de nuestra versión ecuménica del Nuevo Testamento.

LAS CARTAS DEL APÓSTOL PABLO

Bajo el nombre del apóstol Pablo nos han llegado catorce cartas en el canon del Nuevo Testamento; a saber: Rom, 1Cor, 2Cor, Gál, Ef, Flp, Col, 1Tes, 2Tes, 1Tim, 2Tim, Tit, Flm, y Heb. La carta a los Hebreos ha sido escrita en circunstancias especiales y necesita de un estudio peculiar[1]. Las otras trece cartas no se encuentran en el canon según el tiempo en que se escribieron (véase a este respecto la tabla cronológica al final del presente tomo), sino que están ordenadas de modo que primero aparecen las cartas enviadas a comunidades (y dentro de este criterio, según su extensión en orden de mayor a menor, con la única excepción de Gál y Ef que deberían alterar su posición ya que es más larga la segunda); siguen después las cuatro cartas a particulares (también ordenadas según su amplitud).

Nosotros distinguimos cuatro grupos: las grandes cartas (Rom, 1Cor, 2Cor y Gál), todas las cuales fueron escritas durante el tercer viaje misionero y que contienen realmente las ideas fundamentales de la teología paulina; las cartas de la cautividad (Ef, Flp, Col y Flm), redactadas durante la primera cautividad romana del apóstol; siguen las cartas pastorales (1Tim, 2Tim, Tit) que son de la época posterior al primer cautiverio romano del autor; 2Tim se escribió durante la segunda prisión en la capital del imperio, prisión que terminó con el martirio del apóstol. Las tres se ocupan especialmente de cuestiones pastorales. Las cartas a los Te-

1. Véase la introducción a Heb.

salonicenses forman grupo aparte al comienzo de la labor misionera epistolar de Pablo, y las escribió durante su segundo viaje misional[2].

Las cartas de Pablo son cartas apostólicas; están por completo al servicio de su trabajo misional. El apóstol no tiene ninguna ambición de escritor; difícilmente habrá pensado que sus misivas habrían de permanecer a lo largo de los siglos. Quiso resolver unas tareas concretas, y sobre todo anunciar el Evangelio y abrirle camino en el corazón de los hombres; quiso afianzar a los vacilantes, alentar a los desfallidos, amonestar y corregir a los que pecaban. Con la fuerza de su fe y de su amor, que han logrado una forma viva en sus cartas, han pretendido robustecer a sus dirigidos, que debían luchar duramente, en un ambiente hostil y moralmente desbocado, por afirmar su fe y su vida cristiana, y a quienes de momento no podía ayudar con su presencia directa porque otras obligaciones le retenían lejos.

Las cartas del apóstol reflejan en cada una de sus líneas la vigorosa personalidad de su autor. Son cartas de un hombre de acción increíble, no de un escritor. Revelan el apasionamiento de un temperamento enérgico en grado sumo, aunque al propio tiempo testifican la discreción de un fino conocedor de los hombres y la seguridad de un espíritu superior. Las cartas son documentos del amor desbordante de un hombre que se sabe amado por Dios gratuitamente y por encima de toda medida; son el grito de agradecimiento de quien ha sido elegido libérrimamente por la misericordia de Dios. Testimonian la piedad profunda de un místico perdonado, así como el trabajo de comprensión fría y tenaz de un teólogo que arguye y prueba.

Todas las cartas del apóstol que nos han llegado son escritos ocasionales, redactados en una situación bien determinada; se dirigen a unos destinatarios perfectamente determinados y, por lo general, tienen que cumplir una misión bien precisa. Los escritos

2. Acerca de las cartas perdidas de las que tenemos noticia, véase la introducción a las cartas a los Corintios; sobre una misiva a la comunidad de Laodicea (tal vez Ef), véase Col 4,16. Baste recordar aquí algunas falsificaciones que nos han llegado de una carta a los laodicenses (en base a Col 4,16) y de una tercera a los corintios.

paulinos son auténticas cartas, aunque tampoco sean misivas privadas, ya que iban destinadas a la lectura pública (cf. 1Tes 5,27) e incluso al intercambio con las enviadas a otras comunidades (cf. Col 4,15.16). Están repletas de alusiones a circunstancias concretas; en muchos casos — signo del genuino carácter epistolar — desconocemos el motivo de tales advertencias. En una fluencia viva, sin esquemas rígidos aunque tampoco desarticuladas y sin orden, van brotando las ideas, reflexiones y amonestaciones del apóstol, a menudo con divagaciones, aunque sin perder jamás de vista su objetivo.

Una división posterior no debe olvidar nunca este contenido real y deberá tenerlo en cuenta con cautela y reflexión. El pensamiento adquiere forma ante nuestros ojos, a menudo abriéndose camino trabajosamente a través de fórmulas incompletas y de frases repetidas antes de adquirir una disposición convincente. En ocasiones la abundancia de ideas lleva a la ruptura de la forma, las frases se amontonan y entrecruzan. A nadie le ha preocupado eso menos que al apóstol, pues no tanto le interesaba causar impresión por la impecabilidad académica de sus formas estilísticas, cuanto por la demostración y fuerza del Espíritu, influyendo así en la vida concreta de sus comunidades. Su lenguaje está configurado hasta la última sílaba por la potencia de su espíritu.

«El que este judío, este cristiano, piense y escriba en griego para todo el mundo, aunque ante todo para los hermanos a los que se dirige, el que este lenguaje griego, nada tenga que ver con ninguna escuela ni con modelo alguno que brota a borbotones directamente del corazón como un surtidor incontenible y sin sujetarse a normas y que sin embargo es griego y no arameo traducido convierte a Pablo en un clásico del helenismo. Por fin, alguien vuelve a hablar en griego de una experiencia vital íntima y fresca; esto es su fe; en ella adquiere conciencia de su esperanza y su amor ardiente abraza a la humanidad: para llevarle la salvación sacrifica gozosamente su vida; pero doquier pisa su pie va brotando una nueva vida de las almas. Y escribe sus cartas para completar su acción personal. Ese estilo epistolar es el propio de Pablo y de nadie más que Pablo; no se trata de cartas privadas ni tampoco de una literatura; es un género mixto inimitable,

aunque imitado una y otra vez» (con Wilamowitz-Moellendorff).

En este aspecto el apóstol tiene un sentido directo y no aprendido para unas formas artísticas de estilo, para las antítesis, los juegos de palabras, el lenguaje vivo y la perfección formal. En su unidad de pensamiento y forma, en su inspiración lingüística, en su exaltación vigorosa, sus cartas presentan pasajes realmente logrados. El lenguaje, increíblemente condensado y cargado de contenido hasta reventar, es la expresión adecuada de un alma llena por completo de la misión de Dios. ¡Que difícil es encontrar un lenguaje con tal densidad y fuerza, con una retórica tan auténtica y convincente con una elocuencia tan honda y no buscada! Aquí se revelan también sin duda alguna unas dotes innatas geniales.

En sus cartas Pablo intenta configurar la vida concreta con la fuerza de un conocimiento teológico profundo; pero el poder de convicción se lo proporciona ante todo la relación de la teología con la vida real. En las cartas paulinas hay que aprender ante todo cómo se presenta una teología de la predicación; una teología por consiguiente, que no transmite conocimientos de archivo sino que conoce y entiende directamente la vida concreta y actual en su insuficiencia y necesidad de perfeccionamiento, una teología de acuerdo con la desbordante experiencia de la respuesta liberadora de Dios a todas las necesidades inherentes al ser del hombre y derivadas de su peculiar situación temporal. En realidad una vida religiosa sana sólo puede darse cuando se fundamenta sobre la base de una verdadera teología; la fuerza de la piedad constituye la verdad más elocuente. Pero cuando se logra una unidad tan perfecta de doctrina y vida, de teología y de existencia concreta como la que aparece por todas partes en las cartas de Pablo, entonces todo adquiere — hasta lo pequeño y cotidiano — un reflejo singular de Dios. No hay nada que no quede transformado desde las profundidades de la vida divina.

A esto se suma el hecho de que la teología del apóstol es una teología combativa. La verdad que él proclama es una verdad discutida, negada y combatida; Pablo se sabe llamado a defenderla. Tiene que enfrentarse con el judaísmo. Sangrándole el corazón debe desenmascarar y destruir el falso orgullo del pueblo elegido en otro tiempo. Simultáneamente tendrá que exponer con claridad

y energía la importancia eterna de la alianza antigua y del Antiguo Testamento en los planes de Dios. Ve agigantarse el peligro judaizante, el cristianismo traicionado por lo que ya ha sido superado; pero afronta decididamente y sin componendas al enemigo. Por las almas de los neoconversos lucha contra un paganismo decaído, pero que afianza sus raíces en los hábitos y costumbres. En todas partes se ve rodeado de enemigos, ve estorbado su trabajo y amenazada su obra. Acomete no obstante la lucha sin titubeos y sin rendirse jamás al desaliento, una lucha que debía llevar a término en razón del gran objetivo.

Con prudencia y con un exacto conocimiento del enemigo, va dando batalla tras batalla, y siempre pertrechado de todas las armas. Sabe combatir con dureza y despiadadamente; cuando el caso lo requiere, puede recurrir al sarcasmo y a la ironía cortante. No vacila en descubrir toda la miseria de sus enemigos y clavar sin compasión en la picota sus motivos despreciables. Cuando el éxito del asunto así lo aconseja, pone a plena luz lo incondicional de su postura como una prueba de la verdad en su Evangelio. Se siente orgulloso de que su fuerza operativa y de aguante se trueque en una prueba de la verdad de su Evangelio. Pero jamás olvida, ni por un momento, que toda su fuerza le ha sido dada, que toda su riqueza procede de la riqueza de Dios. Las cartas de Pablo son las cartas de un místico y de un santo orante. Una y otra vez el pensamiento y argumentación del apóstol se convierte en oración, y toda su teología fluye del corazón de un hombre íntimamente unido a Dios en Cristo. Recorre todos los caminos que el humano pensamiento ilustrado puede recorrer con tal de acercarse a Dios. Lucha con el lenguaje por llegar de hecho a los límites de la comprensión humana; pero al final se postra de rodillas ante el Dios abisal e inescrutable, sabiendo perfectamente que la revelación última así como el don supremo se conceden en la oración silenciosa.

Por lo que hace a la forma externa, el apóstol adopta naturalmente el esquema antiguo de carta. En el encabezamiento figura el nombre del remitente, seguido del nombre del destinatario y un saludo epistolar perfectamente fijado. Al final de la carta se agregan unas breves bendiciones; Pablo se sirve de este esquema,

aunque transformándolo para imprimir un carácter nuevo, que en la historia de la carta antigua bien puede considerarse absolutamente personal. «Las tres fórmulas introductorias empleadas por el apóstol se presentan ciertamente por su contenido y disposición como concordes por completo con el formulario epistolar griego, aunque transformadas y ampliadas a fondo, y, desde un punto de vista puramente externo, con un vocabulario infinitamente más rico» (Roller).

Como transición a la parte principal sigue luego en las cartas paulinas (con excepción de Gál, 1Tim y Tit) una acción de gracias a Dios. También aquí se nos presenta el apóstol yendo más lejos de lo que era habitual en su tiempo. Al final siguen, de ordinario, los encargos y noticias referentes a prosperidad o salud, vuelven una vez más a «convertirse en algo puramente espiritual y, al propio tiempo, con un vocabulario más rico del que solía emplearse habitualmente en tales casos» (Roller). El saludo final servía a la vez de firma; algunas veces Pablo llama expresamente la atención sobre el hecho de que entonces escribe de su propia mano. Habitualmente las cartas las dictaban.

El cuerpo realmente importante de la carta se dividía en dos partes; una, de exposición teológica, y la otra, de advertencias prácticas para la vida moral. «Cuando una carta tal se leía en público por vez primera ante la comunidad de los destinatarios, los oyentes debían ser desde el principio presa del asombro ante unos giros, tan sumamente peculiares con los que el apóstol se introducía entre ellos y los saludaba; a su vez la parte capital con su magnífico contenido, evitando todas las fórmulas de transición en uso, no permitía que decayese la primera impresión, sino que más bien se mantenía hasta el final, robusteciéndose más aún en el oyente del peculiar saludo de la conclusión» (Roller). En las cartas del apóstol no hay nada convencional; incluso las fórmulas empleadas de la correspondencia epistolar cotidiana las penetra con toda la fuerza de su convicción cristiana.

CARTA A LOS ROMANOS

INTRODUCCIÓN

1. *Destinatarios y circunstancias de la composición*

Los orígenes de la comunidad cristiana de Roma, centro del mundo de entonces, continúan siéndonos desconocidos. En la época en que se redactó la carta a los Romanos, la comunidad existía desde largo tiempo atrás, pues «vuestra fe se proclama en todo el mundo» (1,8). Los primeros gérmenes del nuevo mensaje pueden haber llegado a Roma desde muy pronto (cf. Act 2,10). Que Pedro estuvo en Roma es algo que difícilmente puede ponerse en duda, habida cuenta de los testimonios arqueológicos y literarios [1]. Hay que admitir sin embargo que esto debió de ocurrir muy pronto. Con el «otro lugar» (véase comentario a Act 12,17), en que Pedro se refugió durante la persecución de los cristianos por obra de Herodes Agripa I, apenas puede pensarse en Roma, ya que durante el concilio de los Apóstoles Pedro está de nuevo en Jerusalén. Como quiera, pues, que el Evangelio hubiese llegado a Roma, lo cierto es que con los intercambios a escala mundial pronto surgió allí una comunidad (véase la lista de saludos 16,3-5). Es muy posible que en sus comienzos presentase un carácter preponderante judeocristiano; más tarde, después del edicto del empera-

1. Véase el comentario a 1Pe 5,13; cf. además 1Cle 5,4; IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *A los romanos* 4,3; PAPÍAS citado por EUSEBIO, HE II, 25,8; IRENEO, *Adversus haereses* III, 1,1; 3,2,3; TERTULIANO, *De praescriptione haereticorum* 36; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, según EUSEBIO, HE VI, 14,6; el presbítero romano CAYO, también según EUSEBIO, HE II, 25,7.

dor Claudio expulsando a los judíos (véase comentarios a Act 18,2), debieron prevalecer en número los cristianos procedentes de la gentilidad (véase también Act 28,22). Pablo escribe expresamente a una comunidad de cristianos gentiles [2].

El hecho de que Pablo dirigiese su carta más extensa y más importante a una comunidad que le era desconocida [3], requiere sin duda de ningún género una explicación. La ocasión se la brindó el proyectado viaje a Roma (que no pudo llevar a término en la forma prevista a causa del encarcelamiento en Jerusalén, Act 21,17-40, y de los acontecimientos subsiguientes), como primera etapa de un viaje misionero a Hispania (15,24.28). Roma era la cabeza de puente natural para misionar los países del Mediterráneo occidental; por ello el apóstol debió tomarse muy a pecho al ganarse a su comunidad para sí y para su Evangelio. Era prudente y tal vez hasta necesario eliminar de antemano los equívocos de deformaciones acerca del Evangelio «paulino».

Pero, aun prescindiendo de la importancia estratégica misionera de su contacto con Roma, Pablo alimentaba desde largo tiempo el deseo de entrar en diálogo con la importante comunidad de la capital del mundo [4]. «En el mutuo conocimiento de la fe» (1,12.13) esperaba para sí y para los romanos un afianzamiento de la misma fe, y, al igual que entre los otros gentiles, también en Roma quiere Pablo lograr unos éxitos misioneros con su predicación (1,13).

Todos estos puntos de vista contribuyeron a que el Apóstol se decidiera a redactar la carta a los Romanos. Que esta carta dirigida a una comunidad de cristianos gentiles llegase a convertirse en una exposición sistemática — en cierto sentido — de su anuncio de salvación, es algo que no puede explicarse plenamente por las motivaciones y condicionamientos externos. La razón de todo esto se encuentra en el propio Pablo. Es evidente que en el punto cenital de su carrera le apremiaba el rendirse cuentas a sí mismo y a la cristiandad, en la Iglesia más importante de cara al futuro, acerca del mensaje que él predicaba, y que sólo había podido imponerse a través de una lucha sin tregua, que todavía continuaba.

---

2. Rom 1,5.6; 11,13; cf. asimismo 1,13; 11,17-22.28-32.
3. Rom 1,13; 15,22-24.
4. Rom 1,13; 15,23.

La carta a los Romanos fue escrita en Corinto, según 16,1 (Febe, portadora de la misma, es una cristiana de Céncreas, ciudad marítima a unos 10 km de Corinto en el golfo de Sarón) según 16,23 (Cayo, que recibió a Pablo en su casa, es probablemente el mismo personaje mencionado en 1Cor 1,14) y, sobre todo a juzgar por la situación general que la carta presupone. El apóstol planeó desde Éfeso un viaje a Jerusalén, pasando por Mecedonia y Acaya (cuya capital y centro era Corinto) (Act 19,21). Después del amotinamiento de los plateros (Act 19,23-40), Pablo abandona Éfeso, pasa por Tróade (donde verosímilmente espera a Tito; 2Cor 7,6), quizás por Filipos y (tras haber enviado por delante a dicho discípulo, 2Cor 8,6.16-24), llega a Corinto. En esta ciudad permanece tres meses[5], para reemprender después la marcha hacia Jerusalén llevando la gran colecta[6]. Durante este trimestre de permanencia invernal, que seguramente brindó al apostol tiempo y tranquilidad, escribió la carta a los Romanos. La carta sería pues, de comienzos del año 58; y Febe (cf. el comentario a 16,1.2) la habría llevado a Roma en la primavera inmediatamente después de volver a abrirse la navegación.

2. *Peculiaridades y disposición*

Entre las cartas del apóstol, la remitida a los Romanos — al igual que en otro aspecto la carta a los Hebreos, véase la introducción a la misma — ocupa un lugar especial. En el cuerpo de la carta se echa de menos toda una serie de peculiaridades que caracterizan a las otras cartas paulinas. Ocurre sobre todo que en la carta a los Romanos la elaboración teológica de una verdad revelada nunca se conecta con una circunstancia concreta. No se trata, por consiguiente, de hacer recapacitar a una comunidad que ha perdido su cohesión, ni de eliminar inconvenientes y evitar peligros; tampoco es cuestión de impregnar de espíritu cristiano las realidades de la vida cotidiana, ni de exponer una y otra vez

5 Act 20,2.3; 1Cor 16.6.
6. 1Cor 16,3 4; 2Cor 8,9; Rom 15,25.26.

en toda la profundidad de su fe y en su fuerza transformadora de cuanto existe, incluso de las cosas más pequeñas y vulgares, y ejercitar en ella a los neoconversos. Lo que presenta más bien la carta a los Romanos es una exposición detenida y perfectamente ensamblada de la doctrina paulina de la salvación. Sin duda alguna que las verdades expuestas han sido meditadas una y otra vez por el apóstol en todos sus pormenores analizando y definiendo sus conexiones. Esta teología ha surgido en un proceso vivo, en una confrontación incesante con gentiles y judíos, en una postura vital renovada de continuo, lo que confiere a la exposición serena, con su división y fórmulas relativamente cuidadas, su vitalidad interna que jamás deja de cautivarnos. El que Pablo se sirva de los recursos estilísticos de la elocución popular, el que se dirija y cite a sus adversarios, formule preguntas para contestárselas él mimo, etc., responde a la estrecha conexión que debió existir entre la predicación doctrinal hablada y escrita del apóstol.

La composición de la carta es transparente y hábil. En la primera gran parte (1.18-8,39) desarrolla el apóstol las ideas capitales de su predicación acerca de la justicia de Dios sin las obras de la ley mosaica, sobre la base exclusiva de la fe en Jesucristo. Para ello parte de la realidad concreta y visible que le rodea. Con un realismo implacable desde el punto de vista de la verdad del Evangelio, que anula cualquier ilusión personal, expone Pablo la situación auténtica de los paganos y de los judíos, describiendo con lúgubres colores la depravación moral de todos los hombres que se resisten a cualquier conocimiento de Dios, posible también para ellos, niegan a Dios su honor incurriendo así en la ira divina (1,18-3,20). Sobre este oscuro fondo hace resaltar con tanta mayor luminosidad la justicia de Dios, que en definitiva es amor y gracia, la actuación de Dios en Jesucristo que opera el perdón universal (3,21-31).

Demuestra, por la Escritura (4) y por la historia de la salvación (5), la verdad de este nuevo e inesperado Evangelio que rige para todos los hombres, tanto judíos como gentiles, para pasar después a hablar, en unos capítulos amplios, de las consecuencias para la moral y de los fundamentos de la vida cristiana (6-8). El nuevo ser, fundado en el bautismo, debe desarrollarse en una lucha

ininterrumpida a través de la actuación diaria (6); el hombre anterior a Cristo — y también el hombre sin Cristo y el hombre que ha apostatado de Cristo — es un esclavo inerme de las potencias demoníacas, que saben imponerse una y otra vez contra cualquier resistencia (7). Frente a todo ello el cristiano está en íntima relación vital con Cristo y el Espíritu, de acuerdo con el cual endereza sus pasos; tiene conciencia y está plenamente esperanzado de su salvación; en el triunfo incomparable se sabe protegido en el amor de Dios (8). De conformidad con la exposición espiritual de las ideas fundamentales del Evangelio predicado por él, el apóstol se vuelve a un problema capital de la historia de la salvación: en la realización de los planes de Dios ¿qué papel debía representar Israel y cuál es la función que de hecho ha desempeñado? Pablo pone en claro que Dios es totalmente libre en su actuación, tanto antes como ahora (9). Dios lo ha hecho todo para que Israel entre en juicio; pero éste se ha endurecido culpablemente y carga justamente con su destino (10). La última palabra, desde luego, es también aquí la gracia. No todos los israelitas están endurecidos (lo cual tampoco quiere decir definitivamente réprobos); un resto ha permanecido fiel, y al final todo Israel será salvado. Si el repudio de Israel ha traído a los gentiles la reconciliación, con tanto más motivo la conversión de Israel aportará al mundo la consumación. ¡Ello es obra misteriosa y sorprendente del Dios inescrutable (11)!

En la última parte habla el apóstol de algunas consecuencias prácticas de su Evangelio sobre la ética de la vida cotidiana. La renovación de la mente en el amor y en la justicia, renovación que abarca a todo el hombre, tiene que dejarse sentir en la vida social de la comunidad y también en las relaciones del cristiano con el Estado (12-13). Las amonestaciones dirigidas a los «fuertes» y a los «débiles» permiten descubrir que Pablo ha logrado un cierto conocimiento de la vida de la comunidad romana (14,1-15, 13). El final de la carta (15,14-16,27) contiene principalmente — al igual que el encabezamiento (1,1-17) — noticias personales, saludos, una enérgica advertencia contra algunos errores, probablemente judaizantes (16,17-20) y una acción de gracias final (16, 25-27).

Acerca de la cuestión de si el capítulo 16 pertenece a la carta originaria de los Romanos, cosa que discuten varios expositores, véase comentarios a 16,1-16; para la doxología final, véase las explicaciones a 16,25-27.

3. *Significado teológico*

El cristianismo ha dado sus primeros pasos, en el marco del judaísmo. Pese a que Jesús se apartó clara y decididamente en su actuación y enseñanza de la mentalidad y orientación dominantes a su alrededor, tuvo conciencia de que había venido no a destruir sino a perfeccionar (Mt 5,17). Su Dios no era otro que el Señor poderoso y terrible que se revela en el AT, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob[7]. El cristianismo más antiguo puso tan escaso empeño en negar su estrecha vinculación con la revelación de la antigua alianza, que más de una vez se desconoció peligrosamente lo absolutamente nuevo, lo no judío y hasta lo antijudío del Evangelio. Ante todo Pablo había visto con claridad la catástrofe que se acerca de continuo y se opuso con todas sus fuerzas a la oleada judaizante, que amenaza con ahogar y destruir la verdad recibida[8].

La carta a los Romanos es el resultado teológico de una lucha encarnizada por la esencia del cristianismo. Pablo ha analizado aquí por primera vez, en profundidad y teológicamente, la oposición insalvable entre judaísmo y cristianismo, y la ha formulado, a su modo, de una forma sistemática. En la carta a los Romanos el cristianismo adquiere a su vez conciencia doctrinal. Frente a la petulancia y estrecheces del judaísmo, Pablo predica la universalidad de la salvación; Dios no es sólo el Dios de los judíos, sino el Dios de todo los hombres, judíos y gentiles. La salvación, fundada en la redención de Jesucristo, no está ligada a unos determinados privilegios terrenos. Tal concepción cristiana estaría demasiado cerca del pensamiento judío. La salvación tiene que

7. Ms 12,26; Mt 22,32; Lc 20.37.
8. Cf., por ejemplo, Act 15 y Gál.

llegar a cualquier hombre, pues todos, tanto judíos como gentiles están necesitados de ella. No hay camino alguno hacia Dios que el hombre pueda recorrer hasta el final por sus propias fuerzas; todos son pecadores y sin la misericordia y amor de Dios están perdidos.

El hombre debe creer, es decir aceptar en entrega obediente, con la aportación de toda su persona, la salvación que se le otorga libremente y sin mérito por su parte. Debe confesar delante de Dios que necesita su ayuda, que sus fuerzas personales son demasiado débiles, que toda pretensión de ser dueño de sí mismo no es más que convulsión, petulancia y engaño. Al esclarecer la verdadera posición del hombre y alinear a judíos y gentiles en todo lo que atañe a la salvación definitiva, Pablo rechaza el peligro de una judaización del cristianismo, preserva de cualquier falsificación la herencia recibida y abre al mensaje de Jesús el camino teológico en el mundo. Naturalmente que el problema entre judaísmo y cristianismo debió de estar vivo en todos los lugares en que se dejó oír el Evangelio; era una cuestión cristiana general que interesaba por igual a los judeocristianos y a los cristianos venidos de la gentilidad.

La carta a los Romanos se enfrenta con el judaísmo. Anula todas las pretensiones de dominio del judío y aniquila su orgullo.

Tampoco se olvida ciertamente de demostrar, de forma incesante, que la vieja alianza era obra de Dios, que la historia de la salvación pasa por la historia del pueblo de Israel hasta llegar a la encarnación y muerte de Cristo, y que el AT sigue siendo la Escritura vinculante de Dios. Pero el enfrentamiento tajante con el judaísmo comporta que se destaquen y acentúen con énfasis aquellas verdades sobre todo que han de predicarse y que le son contrarias a aquél.

Esta postura dialéctica de la carta a los Romanos ha dado origen en el curso de los siglos a numerosos errores. A menudo se ha abusado de la misma empleándola como el testigo principal de las tendencias espirituales antimoralistas y de cuño pasivo (más aún deformándola en favor de la temeridad y de una falsa confianza en la omnipotencia de Dios). El error de más graves consecuencias fue la interpretación de la carta a los Romanos que

hizo Lutero; fundó la liberación sujetiva de la angustia profunda de conciencia en la palabra decisiva de Rom 1,17, convirtiéndola en una doctrina de vigencia universal, con lo que acabó falseando el pensamento del apóstol. Para Lutero la carta a los Romanos era «el auténtco meollo del NT y el Evangelio más claro, digno y merecedor ciertamente de que los cristianos no sólo lo sepan de memoria palabra por palabra, sino que lo rumien diariamente como el pan cotidiano del alma, pues nunca podrán leerlo y meditarlo lo bastante bien».

Este reconocimiento, justo en sí, pasó sin embargo, por alto — tomado en el sentido de Lutero — una verdad decisiva. Por regla general las verdades religiosas sólo pueden entenderse rectamente en relación viva con otras verdades (que en parte se les contraponen y en parte las completan); pero aisladas se convierten en un error. Cuando la doctrina de la misericordia de Dios, que todo lo otorga, va unida a la negación del libre albedrío, deja de responder a la realidad, que en modo alguno permite fijarla siempre en fórmulas claras y rectilíneas. Si es verdad que la carta a los Romanos proclama la justicia de Dios frente a la justicia judía de las obras, desbaratando así todo orgullo humano, tampoco deben pasarse por alto las correcciones que Pablo aporta por doquier. Sabe (y lo predica una vez y otra) que existe un juicio según las obras, y que se ha de obrar la salvación con temor y temblor; él mismo trabaja con supremo esfuerzo, no sea que, después de haber predicado a los otros, sea reprobado en el juicio. Sin duda que en la concepción del apóstol pueden oponerse las obras de la ley mosaica a la fe en el Evangelio para esclarecer la verdad cristiana fundamental de que toda salvación radical procede en exclusiva de Dios; pero nunca se predican como tesis contrarias y excluyentes fe y obras en general, gracia y ley en sentido absoluto, acción de Dios y libertad del hombre, certeza de la salvación y temor del juicio.

No obstante lo cual, la carta a los Romanos sigue siendo la condena de toda autosuficiencia humana; descubre implacablemente en el hombre el anhelo nunca extinguido de volver a construir la torre de Babel como una desobediencia y rebelión. Pero, además de este propósito específico, la carta aporta una riqueza

inexhausta a las ideas teológicas. Desarrolla la realidad del sacramento y de la mística cristiana y, en una exposición sin duda incidental de la realidad del bautismo, alcanza profundidades abisales. La carta contiene una psicología teológica, proporciona los fundamentos de una historia cristiana de la salvación y una contemplación del mundo acorde con la realidad, al tiempo que echa las bases de la ética cristiana. En una palabra, constituye un documento fundamental de la teología.

BIBLIOGRAFÍA

Comentarios católicos:

O. BARDENHEWER, Friburgo de Brisgovia 1926.
M.J. LAGRANGE, París [4]1931.
J. SICKENBERGER, Bonn [4]1932.
A. VIARD, París 1948.
J. HUBY - S. LYONNET, París 1957.

Comentarios protestantes:

TH. ZAHN, Leipzig [3]1925.
H. LIETZMANN, Tubinga [4]1933.
A. SCHLATTER, Stuttgart 1935.
F. LEENHARDT, Neuchâtel-París 1957.

TEXTO Y COMENTARIO

Encabezamiento
1,1-17

Remitente y saludo
1,1-7

[1] *Pablo, esclavo de Cristo Jesús, apóstol por llamamiento divino, elegido para el Evangelio de Dios* [2] *que previamente había prometido, por medio de sus profetas, en las Sagradas Escrituras,* [3] *acerca de su Hijo — nacido del linaje de David según la carne,* [4] *constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, a partir de su resurrección de entre los muertos —, Jesucristo nuestro Señor,* [5] *por quien hemos recibido la gracia del apostolado, para conseguir, a gloria de su nombre, la obediencia a la fe entre todos los gentiles,* [6] *entre los cuales estáis también vosotros, por llamamiento de Jesucristo.* [7] *A todos los amados de Dios que estáis en Roma, llamados a ser santos: gracia y paz a vosotros de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.*

En la antigüedad las cartas empezaban con una breve fórmu- **1**
la estereotipada, en la que se anteponía el nombre del remitente al del destinatario y se agregaba un saludo. Pablo se sirve en sus cartas del mismo esquema, aunque ampliando cada una de las partes con adiciones que confieren a todos los encabezamien-

tos de sus cartas un carácter peculiar. En la carta a los Romanos ese encabezamiento es particularmente largo y significativo, y permite ya vislumbrar la importancia del escrito. De acuerdo, con su conciencia veterotestamentaria y judía, Pablo se sabe esclavo de Jesucristo. En esta frase Cristo no es todavía nombre propio, sino que conserva su valor originario de título mesiánico.

Todo hombre piadoso es esclavo de Dios y lo son en medida especial los grandes personajes de la antigua alianza: Moisés, David, Abraham, Jacob, Josué, etc. Dios es el todopoderoso, en cuyas manos está el hombre, en el favor y en la desgracia; pero el cristiano es propiedad de Jesucristo, desde que, en la cruz, fue rescatado de la maldición de la ley[1].

En Damasco, Pablo fue llamado por Dios y al propio tiempo segregado de entre los demás cristianos para la proclamación
2 del Evangelio[2]. Este Evangelio es el cumplimiento del AT; los profetas siempre aluden, en último término, a Jesucristo; lo úni-
3 co que hace falta es aprender a leerlos. Los v. 3 y 4 presentan el contenido del Evangelio de Pablo; contienen un esquema de la doctrina paulina acerca de Jesucristo, que es verdadero hombre y, cosa que resultaba necesaria también, dadas las concepciones de la época (cf. por ejemplo el 17 de los Salmos de Salomón), es hijo de David (en Pablo, la idea sólo se encuentra además en
4 2Tim 2,8). Desde la eternidad era Hijo de Dios[3]. Pero mientras caminó en la carne esa realidad permaneció invisible, manifestándose únicamente después de la resurrección en la posesión plena de su dignidad de Hijo de Dios con poder. Con ello no ha hecho más que recibir lo que le pertenecía, pues que es, por esencia, «Espíritu», πνεῦμα, y es esencialmente «Santo» (es decir, divino). La resurrección es la primera revelación clara de su encumbramiento; con la muerte y resurrección ha sido constituido Señor; «porque para esto Cristo murió y retornó a la vida: para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos»[4].

5 A través del Señor exaltado ha recibido Pablo —la forma

1. Gál 3.13; 4,5.
2. Act 9,15; 22,15-21; 26,16-18.
3. Rom 8,3; Flp 2,6.
4. Rom 14,9; cf. Flp 2,6-11.

de plural se refiere únicamente a él, como ocurre a menudo en otros pasajes — la gracia de la conversión (de manos de Dios, cf. Gál 1,1), la del nuevo ser (Rom 5,2) y, sobre todo, el ministerio del apostolado [5]. Tiene una misión que le vincula, con toda su existencia, a los gentiles [6]. Debe predicarles el mensaje de la fe y reducirlos a la obediencia de su mensaje, a la plena sumisión de su pensamiento y vida a la «ley de Cristo» (Gál 6,2), para honra de su nombre en la expansión de su reino.

A los cristianos de la gentilidad pertenecen también los desti- **6**
natarios de la carta; como el apóstol, han sido hallados por Jesu-
cristo y con ellos han experimentado el amor de Dios; la comu- **7**
nión con quien es esencialmente santo, Cristo, los hace a su vez santos (por la gracia). Pablo les desea — como suele hacerlo en todas sus cartas — gracia y paz, abarcando en su deseo, que sin duda presenta resonancias con las fórmulas de saludo habituales entre griegos y judíos, algo que es sin duda un nuevo sello del Apóstol: cuanto el cristiano puede esperar de Dios, la plenitud de los bienes sobrenaturales de salvación.

El ministerio apostólico

Pablo se ha llamado orgullosamente apóstol de Cristo Jesús [7]. Junto a Damasco se derrumbó para él todo el mundo antiguo; la gracia de Dios le alcanzó [8]. Jesucristo lo tomó a su servicio y lo envió al mundo con una misión inesperada [9]. Los Hechos de los apóstoles, en su relato tercero sobre la conversión de Pablo, reproduce el contenido de la función apostólica con las palabras de Cristo glorificado: «Para esto me he aparecido a ti, para constituirte en servidor y testigo de lo que acabas de ver y de lo que aún te mostraré. Yo te libraré de tu pueblo y de las naciones

5. Véase más adelante.
6. Rom 1,13-14; 11,13; 15,16; Gál 1,16; Act 9.15; 22,21; 26,17.
7. Rom 1,1; 11,13; 1Cor 1,1; 4,9; 9,1-2; 15,9; 2Cor 1,1; 12,12; Gál 1,1; Ef 1,1; Col 1,1; 1Tes 2,7; 1Tim 1,1; 2,7; 2Tim 1,1-11; Tit 1.
8. 1Cor 15,9.10; Flp 3,7-9.
9. Act 9,15; 22,15.21; 26,16-18.

a las cuales te voy a enviar, a fin de que les abras los ojos y se conviertan de las tinieblas a la luz, del dominio de Satán a Dios, y alcancen la remisión de los pecados y la herencia entre los que han sido santificados por la fe en mí» (Act 26,16-18). Al apóstol corresponden, pues, la vocación y misión por parte del Señor (resucitado) (Gál 1,1.12), el ser testigo presencial [10], la potestad autorizada para predicar a los hombres (judíos y gentiles) la obediencia de la fe, la sumisión completa al mensaje salvador [11], las credenciales por medio «tanto de señales como de prodigios y milagros» (2Cor 12,12), y el destino de estar expuesto de forma muy particular y en cuanto mensajero del Crucificado, a la contradicción del mundo [12].

Para Pablo sus relaciones con los primeros apóstoles debieron ser de capital importancia. De entre el amplio círculo de sus seguidores Jesús se había elegido a un pequeño grupo de discípulos (en evidente paralelo con las doce tribus de Israel), «para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, con poder para expulsar a los demonios» [13]. Con ello confirió Jesús a su servicio la nota del ministerio (Schlatter). Según Lc 6,13ss incluso el nombre de apóstoles deriva del propio Jesús. El significado cristiano es de nuevo cuño. La palabra griega ἀπόστολος (de ἀποστέλλειν, enviar) significó originariamente el simple envío de una flota, después de una expedición y, finalmente, al que tenía su mando, al almirante.

En cuanto al contenido, en el judaísmo existe un cierto paralelo con el apostolado neotestamentario en la institución jurídica del «mensajero» que podía actuar en nombre de quien le enviaba como plenipotenciario. El «mensajero» podía también representar a una multitud, a una comunidad, o como los rabinos enviados desde Jerusalén que reunían y visitaban (cf. también Pablo, Act 9,1.2) representando a las autoridades centrales del judaísmo; eran enviados mediante la imposición de manos, aunque no tenían funciones misioneras.

10. 1Cor 9,1; 15,8.
11. Rom 1,5; 1Cor 9,16.17.
12. 1Cor 4,9-13; 2Cor 6,3-10; 11,23-33.
13. Mc 3,14-15; véase el comentario.

Al principio el encargo de Jesús a los apóstoles se circunscribía sólo a Israel; después de la resurrección, adquirió dimensiones universales. Por voluntad de Jesús y por la fuerza del Espíritu Santo [14], los apóstoles eran testigos autorizados de la resurrección de Jesús [15], y los mensajeros elegidos del Evangelio para todo el mundo (Mt 28,19.20) hasta la llegada de Jesús en poder.

Esto implica que, por voluntad de Jesús debe existir hasta los últimos tiempos una autoridad apostólica y, por tanto, unos depositarios del ministerio apostólico. En el fondo Jesús no hubiera necesitado de los apóstoles, si éstos habían de quedar sin sucesores. Pablo ha reconocido gustoso la autoridad de los primeros apóstoles; pero con la misma seriedad ha defendido la inmediatez y peculiaridad de su propio apostolado (Gál 1,2). Junto al apostolado reducido, que se revocaba únicamente al encargo confiado por Jesús (apostolado del que también parece formar parte un pequeño grupo de primitivos misioneros cristianos [16]), se da otro apostolado por la autoridad de la comunidad [17]. El nombre de apóstol tuvo, pues, un significado más amplio; pero desde el principio está claro el contenido objetivo que designaría sólo más tarde.

Evangelio

La palabra (cf. el comentario a Mc 1,1) aparece especialmente en las cartas de san Pablo [18]. Designa el contenido general del mensaje del apóstol; Rom 1,1-4 y 1Cor 15,1-11 entran en algunos detalles (aunque sin pretender ciertamente ser exhaustivos), mientras que en general se habla del Evangelio sin más como de algo conocido (23 veces), del Evangelio de Dios [19], o de Cristo (es decir, el Evangelio que procede y trata de Cristo) [20], y de nues-

14. Jn 20,22; Act 2,1-4; cf. Jn 7,38.39; 14,16.17.26; 16,7.13.
15. Act 1,22; 2,32; 3,15; 4,10.
16. Cf. Rom 16,7; 1Cor 9.5.6; 12,28.29; Ef 4,11.
17. Cf. Act 13,1-3; 2Cor 9,23; Flp 2,25.
18. Mt, 4 veces; Mc, 8 veces; Act, 2 veces; Pablo, 60 veces.
19. Rom 1,1; 15,16; 2Cor 11,7; 1Tes 2,2.8.9.
20. 1Cor 9,12; 2Cor 2,12; 9,13; 10,14; Gál 1,7; Flp 1,27; 1Tes 3,2.

tro Señor Jesús (2Tes 1,8). En otros pasajes es el Evangelio de la gloria de Cristo (2Cor 4,4), el glorioso Evangelio del Dios bienaventurado (1Tim 1,11), el Evangelio de vuestra salvación (Ef 1, 13), de la paz (Ef 6,15). En sus rasgos esenciales es la predicación del Hijo de Dios que existe desde la eternidad, se hizo hombre, murió por nuestros pecados, resucitó verdaderamente y ha sido exaltado con poder [21]. Pablo denomina su mensaje como «mi Evangelio» [22] o «nuestro Evangelio» [23], lo que no supone ningún matiz exclusivista; no hace más que trasmitir lo que en una forma directa (Gál 1,12) o indirecta (1Cor 15,3) ha recibido de Cristo.

El Evangelio, que es un misterio revelado [24], impenetrable para los incrédulos (2Cor 4,3), tiene que ser proclamado (1Cor 9,16). Pablo es su servidor [25] y quiere que se le obedezca (Rom 1,5). Evangelio es la buena nueva que pretende llegar realmente a los hombres y ganárselos para su transformación. No es una colección muerta de principios doctrinales, sino proclamación viva que reclama por completo también al mensajero [26]. Es una fuerza de Dios (Rom 1,16), y por lo mismo no se anuncia sólo con palabras «sino además, con poder, con el Espíritu Santo y con profunda convicción» (1Tes 1,5). Quien lo oye está llamado a obedecer; es necesario creer [27], afirmar la buena nueva (mediante la fuerza que confiere la gracia de Dios: 2Cor 9,13-15) con la entera existencia personal [28], convertirla en norma de la propia vida [29]. Así como la buena nueva es mensaje de salvación [30], de eterna plenitud [31], es también anuncio del juicio (Rom 2,16). En este mundo, el Evangelio está en lucha; existe incluso constantemente un falso evangelio [32]. De ahí que sea preciso defender al Evange-

---

21. Rom 1,3-4; 1Cor 15,3-11.
22. Rom 2,16; 16,25; 2Tim 2,8.
23. 2Cor 4,3; 1Tes 1,5; 2Tes 2,14.
24. Rom 16,25; Ef 6,19.
25. Ef 3,7; Col 1,23; cf. Rom 15,19.
26. Rom 1,1.9; 15,19; 1Cor 4,15; 9,14.18; 2Cor 2,12; 8,18; 10,14; Flp 4.3.15.
27. Rom 1,16; Ef 1,13; Flp 1,27.
28. Rom 10,16; 2Cor 9,13; 2Tes 1,8.
29. Gál 2,14; Flp 1,27.
30. Rom 1,16; 1Cor 15,2; Ef 1.13.
31. 1Cor 9,23; Col 1,23.
32. 2Cor 11,4; Gál 1,6.

lio verdadero (Flp 1,7.16), no tergiversarlo en modo alguno (Gál 1,7) ni intentar ponerle estorbos (1Cor 9,12). Hay que mantenerse firmes en él (1Cor 15,2), luchar por su pureza (Gál 2,5) e incluso estar dispuesos a cualquier padecimiento por su causa[33].

Deseos del apóstol de visitar Roma; el tema de su carta 1,8-17

8 *Primeramente, doy gracias a mi Dios por Jesucristo respecto*
a todos vosotros, porque vuestra fe se proclama en todo el mundo.
9 *Porque Dios, a quien doy culto en mi espíritu anunciando el*
Evangelio de su Hijo, me es testigo de cuán incesantemente hago
mención de vosotros 10 *siempre, en mis oraciones, a ver cómo, por*
fin, se me allana alguna vez el camino, si Dios quiere, para llegar
hasta vosotros. 11 *Pues estoy anhelando vivamente veros, para co-*
municaros algún don espiritual con el que quedéis fortalecidos,
12 *o mejor, para que, en vuestra compañía, mutuamente recibamos*
aliento, por medio de la fe que nos es común tanto a vosotros
como a mí. 13 *No quiero que ignoréis, hermanos, que muchas veces*
me propuse llegar hasta vosotros, para recoger también entre vos-
otros algún fruto, al igual que entre los demás gentiles; pero hasta
ahora me ha sido imposible. 14 *Yo me debo tanto a griegos como*
a bárbaros, a sabios como a ignorantes; 15 *así que, por lo que a*
mí toca, deseo vivamente proclamar el Evangelio también entre
vosotros, los de Roma. 16 *Porque no me avergüenzo del Evange-*
lio, ya que es poder de Dios para salvar a todo el que cree: tanto
al judío, primeramente, como también al griego. 17 *Efectivamente,*
en el Evangelio se revela la justicia de Dios de fe a fe, según está
escrito: «El justo por fe vivirá» (Hab 2, 4).

Conforme a su costumbre, el apóstol empieza la carta propia- **8**
mente dicha con una acción de gracias a Dios por la fe de sus hermanos. No hay más que un camino que conduce a Dios, de ahí que Pablo presente su acción de gracias «por Jesucristo».

33. 2Tim 1,8; Flm 13.

Con una hipérbole retórica hace que el mundo entero haya tenido noticia de la fe que profesan los cristianos de Roma; como quiera que sea, la noticia de que precisamente en la capital del imperio existe una comunidad tiene que ser acogida por los cris-
9 tianos de «todo el mundo» con un sentimiento de alegría. Con una invocación solemne a Dios[34], al que Pablo sirve por su apostolado con lo más íntimo de su ser, en su «espíritu», encarece lo cerca que está de su corazón una comunidad que le es desco-
10 nocida. Cristianamente esto sólo puede expresarse de manera adecuada por medio de la oración, que Pablo eleva a Dios «incesantemente» y «siempre» por los romanos. Espera ser escuchado y que «por fin» puede llegarse a Roma, si tal es la voluntad de Dios.

11 Le gustaría trabajar también en Roma y anunciar allí el Evangelio, «no solo con palabras, sino, además con poder, con el Espíritu Santo y con profunda convicción» (1Tes 1,5). Si en la expre-
12 sión «algún don espiritual» late una cierta reserva y modestia, en la frase siguiente intenta el apóstol, corrigiéndose a sí mismo — como hace también, por ejemplo, en Rom 7,18 — eliminar por completo cualquier apariencia de superioridad magistral. Desea fortalecerse él mismo, y no sólo quiere dar sino que también espera recibir. La fe reclama por un conocimiento participado y el sentimiento opresivo de la soledad del cristiano en medio de un mundo pagano cede ante la certeza de una comunión que en definitiva supera el tiempo y el espacio.

13 No es la primera vez que Pablo proyecta un viaje a Roma (cf. Act 19,21); pero hasta ahora sus ocupaciones le han impedido realizarlo. Los inmediatos objetivos misionales bien podría alcanzarlos por fin (Rom 15,19-22). Ahora puede ya pensar seriamente en ganar también para Cristo a los gentiles de Roma, sostenido por la comunión de quienes son sus hermanos en Cristo. Quien
14 es apóstol es por lo mismo deudor de todos los hombres; no ha recibido el mensaje para él solo; debe hacer partícipes de su riqueza a los demás, y esto no por su generosidad y condescendencia, sino por una obligación grave (1Cor 9,16). Su misión apunta

34. Cf. 2Cor 1,23; 11,31; Flp 1,8; 1Tes 2,5.10.

a todos, sin que el Evangelio se detenga ante las gentes cultas de
la capital, los poseedores de la cultura griega universal. Y así 15
desea vívamente llegar a la metrópoli del mundo, en la que se
guarda y cultiva la civilización de la época, la herencia inagota-
ble del helenismo; hasta allí quiere llegar el judío desconocido de
Tarso con su extraño y sorprendente mensaje de Jesucristo cru-
cificado.

Pero por más que sea consciente de las oposiciones y resisten- 16
cias que encuentra[35], Pablo no se avergüenza del Evangelio; bajo
insignificantes apariencias puede incluso ver y mostrar su esencia
auténtica. El Evangelio es la fuerza decisiva del poder salvífico
de Dios, que, en la miseria del hombre y del mundo, es el único
que puede y quiere ayudar; en él se manifiesta y abre el camino
que desde la liberación de la servidumbre del pecado y de la muer-
te lleva hasta la vida eterna. Dios ha vuelto a desbrozar ese cami-
no; ahora es preciso recorrerlo, es preciso creer. Y cuando se cree
realmente, dejan de tener importancia todas las diferencias huma-
nas, como las que existen, por ejemplo, entre judíos y griegos (aquí
en un sentido algo distinto que en el v. 14).

Cierto que el judío — visto desde la historia de la salvación —
tiene una ventaja sobre los otros, y es la de haber sido llamado
antes a tomar una decisión; pero en definitiva y a la larga el Evan-
gelio es un mensaje para todo el mundo. En él se anuncia la ac- 17
ción incomprensible de Dios en Jesucristo; se revela el inmenso con-
suelo que nosotros sólo podemos expresar con palabras inadecuadas
y balbucientes. La justicia de Dios es algo para lo que no podemos
aducir ninguna comparación sacada de las relaciones humanas;
no puede concebirse sin el amor misericordioso, y su símbolo es
la cruz. El creyente sabe que ha encontrado el único acceso sal-
vador hasta Jesucristo, «no por retener una justicia mía — la que
proviene de la ley —, sino la justicia por la fe en Cristo, la que
proviene de Dios a base de la fe» (Flp 3,9). La plenitud de la
revelación crece con la fuerza de la fe; la fe tiene unas profundidades
inagotables, y así se va «de fe a fe»[36]. Pero el NT descansa sobre

35. 1Cor 1,18-31; 2,4.5; Gal 5,11.
36. Véase también 2Cor 2,16; 3,18; 4,16.

el Antiguo, y así el apostol ve en el profeta Habacuc (Hab 2,4) preanunciado su mensaje[37].

Con los v. 16 y 17 llega el apóstol —casi sin darse cuenta— al gran tema de su carta a los Romanos; todo cuanto sigue puede reducirse en el fondo a esta poderosa frase introductoria.

37. Cf. el comentario a Gál 3,11.

PARTE PRIMERA

EL EVANGELIO DE LA JUSTICIA DE DIOS
1,18-8,39

Sección primera

EL MUNDO SIN REDENCIÓN: LA IRA DE DIOS SOBRE GENTILES Y JUDÍOS
1,18-3,20

1. *Pecado y castigo de los gentiles*
1,18-32

Los gentiles niegan a Dios culpablemente
1,18-23

[18] *Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda*
impiedad y perversión de unos hombres que perversamente reti-
nen cautiva la verdad, [19] *por cuanto lo que puede conocerse de*
Dios está manifiesto entre ellos, ya que Dios se lo manifestó. [20] *En*
efecto, desde la creación del mundo, las perfecciones invisibles
de Dios, tanto su eterno poder como su deidad, se hacen clara-
mente visibles, entendidas a través de sus obras; de suerte que
ellos no tienen excusa. [21] *Pues habiendo conocido a Dios, no le*
dieron gloria como a tal Dios ni le mostraron gratitud; antes se
extraviaron en sus varios razonamientos, y su insensato corazón
quedó en tinieblas. [22] *Alardeando de ser sabios, cayeron en la*
necedad, [23] *pues cambiaron la gloria del Dios inmortal por la re-*

presentación de una figura de hombre mortal, y de aves, cuadrúpedos y reptiles.

18 En el fondo únicamente el cristiano ve la situación real en que el mundo se encuentra; sólo él puede medir todo lo caótico de la situación, porque gracias a la revelación de Dios conoce el verdadero orden y el objetivo adecuado. Ve que el mundo sin Cristo está expuesto a la ira de Dios, y que esa ira divina no esperará a manifestarse únicamente al final de los tiempos [1], sino que lo hace ya ahora y aquí [2]. Dicho de otro modo, ve que Dios condena y abandona a sí mismo el género humano, que se ha apartado culpablemente de él. Los hombres son ímpios y perversos, y lo son porque quieren serlo. Con su comportamiento injusto, de abandono de Dios, trastornan el orden legítimo en cuanto que
19 niegan a esa verdad de Dios su derecho natural de soberanía. Resulta perfectamente claro que lo decisivo aquí es la mala voluntad, ya que en el fondo saben bien quién es Dios: las obras revelan al
20 creador. Quien contempla el mundo con ojos limpios puede reconocer a su creador invisible, su eternidad, su omnipotencia y su ser absoluto. Así, pues, los hombres disponen de un camino natural para el conocimiento de Dios, y en su mano está el recorrer o no ese camino.

La posibilidad de conocer a Dios y de tomar en serio ese cono-
21 cimiento se trueca en acusación para los empedernidos. Quien no quiere dar una respuesta incondicional a las únicas cuestiones decisivas está pronunciando su propia condena. Si Dios es realmente el que es, ya no cabe escapatoria posible; es necesario darle su honor del que derivan como fuente única todos los otros honores; es preciso tributarle una gratitud que encierra en sí cualquier otro tipo de agradecimiento. Pero esto es precisamente lo que los hombres han negado a Dios. No le han tomado en serio, y por eso su pensamiento ha perdido la relación auténtica con la realidad; por grandes que puedan ser sus aspiraciones y esfuerzos, el pensamiento humano fracasa sin Dios y termina en las tinieblas más

1. Rom 2,5; 5,9; 1Tes 1,10; 5,9.
2. Cf. Rom 9,22; y también 1Tes 2,16.

ceradas del corazón. La sabiduría humana se envanece dema- 22
siado, pese a lo cual las «verdades» siempre discrepantes entre
sí se burlan de ella. El hombre que, caprichosamente y con sus
fuerzas solas, construye su visión sistemática del mundo, visión
acusada de mentirosa por la generación inmediata, ofrece, en su
ingenua confianza en sí mismo, una imagen cómica que provoca
estupefacción. Y lo más asombroso es que, burlándose de su pro- 23
pia dignidad, se postre ante criaturas que están por debajo de él
y olvide al Creador por la criatura (véase también Dt 4,16-18).

Este párrafo presenta un parentesco sorprendente con los razonamientos que aparecen en el libro veterotestamentario de la Sabiduría, escrito en el siglo I a.C.[3] Sin duda que Pablo ha conocido ese escrito; por lo demás, también en otros pasajes «toma del mismo numerosas palabras, conceptos e imágenes, que utiliza como vehículo de expresión de sus ideas y convicciones adquiridas en otras fuentes» (Grafe).

Castigo de los gentiles por haber negado al verdadero Dios 1,24-32

[24] *Por eso, Dios los entregó a tal impureza, a causa de sus íntimos torpes deseos, que llegaron a envilecer sus propios cuerpos.*
[25] *Trocaron al Dios verdadero por los dioses falsos, y rindieron culto y adoraron cosas creadas en lugar del Creador, el cual es bendito para siempre. Amén.* [26] *Por eso, Dios los entregó a pasiones que envilecen: así, hasta sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza;* [27] *igualmente los hombres también, dejando el uso natural de la mujer, se abrasaron en su lascivia los unos hacia los otros, cometiendo torpezas varones con varones, y recibiendo en sí mismos la debida retribución a su extravío.* [28] *Y como no se dignaron retener el cabal conocimiento de Dios, Dios los entregó a una mentalidad reprobada, a realizar cosas nefandas:* [29] *están repletos de toda suerte de per-*

3. Cf., por ejemplo, el Rom 1,20 con Sab 13,3-5.8-9; Rom 1,21 con Sab 13,1; Rom 1,23 con Sab 11,15; 12,24; 13,10-14,31.

versión, de malicia, codicia y maldad; llenos de envidia, de homicidios, de riñas, falsía y mala entraña; son difamadores,
30 *calumniadores, aborrecedores de Dios, insolentes, soberbios, fan-*
farrones, maquinadores de maldades, rebeldes a sus padres, 31 *insen-*
satos, desleales, sin afecto, sin compasión. 32 *Los cuales, aun co-*
nociendo bien el veredicto de Dios, a saber, que son dignos de muerte los que practican tales cosas, no sólo las hacen ellos mismos, sino que hasta aplauden a quienes las practican.

24 Donde se ha destruido el orden espiritual no podrá establecerse un orden moral, justamente porque la majestad ofendida de Dios se irrita, es decir, condena. Si el hombre no está sostenido por Dios. se hunde en el caos del dominio del pecado. Los deseos del corazón empujan a la acción; el hombre autócrata y orgulloso ofende la dignidad de su cuerpo y cae por debajo de la criatura irracional, cuyo instinto y rígida vinculación a la norma mantienen el orden natural. No existe precisamente el hombre «natural» que abre bien
25 con una necesidad intrínseca y sin resquebrajamientos. Sin Dios no se da más que el hombre caído, que menosprecia la posibilidad de un conocimiento de Dios, al tiempo que intercambia la verdad por la mentira al prosternarse delante de las criaturas.

Como una súplica a la misericordia suena aquí la fórmula doxológica que, siguiendo la costumbre judía, se agrega al nombre de Dios.

26-27 Los hombres han establecido el orden espiritual en terca rebeldía contra quien es la Cabeza; de ahí que Dios haya dejado solos a los rebeldes y les haya entregado al vicio y al oprobio. Porque el hombre no es un animal de instintos fijos que actúa bajo un impulso necesario, puede ir en contra de su naturaleza; renunciando en su perversidad al derecho regio de su libre albedrío.

Donde se manifiesta de forma más patente y calamitosa el profundo desorden de la humanidad abandonada de Dios es en el terreno de la vida sexual; en ella el desenfreno culmina a su vez en el hecho de que, sin una reflexión a fondo, la fecundidad lógica inherente al comercio carnal entre ambos sexos se convierte en un ansia desbocada de placer y en la perversión de los instintos que conduce fatalmente a la esterilidad insensata de las relaciones ho-

moxesuales. De todo ello ofrecía abundantes y terribles ejemplos la época, del apóstol — sombría herencia del paganismo griego — a través de nombres famosos en la historia que aparecen rodeados de una celebridad bochornosa. Entre los judíos, al menos entre los creyentes que poseían la ley y un concepto claro de Dios, tales aberraciones eran raras, de lo que se mostraban orgullosos no sin razón.

El autor judío de un pasaje de los *Oráculos sibilinos,* obra escrita hacia mediados del siglo II a.C., contempla con desprecio «a los fenicios, egipcios y latinos, así como a la dilatada Hélade, y a muchos otros pueblos, a los persas, gálatas y al Asia toda... porque despreciando la ley santa del Dios grande se unen lascivamente con los jóvenes del sexo masculino» [4].

La apostasía de Dios termina, pues, en el oprobio más profundo.
En las aberraciones sexuales, sin embargo, lo único que ocurre es **28**
que el desorden se manifiesta de un modo mucho más patente y repulsivo; pero en realidad la que se corrompe es la vida moral en toda su amplitud. Dios «entregó» los hombres a una mentalidad re-
probada (como se dice en los v. 24 y 28), y la consecuencia es **29-3**
una corrupción general que Pablo intenta describir aquí mediante un catálogo de vicio, similar al que aparecen en otros pasajes [5]: Todas las situaciones fundamentales de una convivencia humana digna han sido socavadas; y aun cuando aquí se ha amontonado lo tenebroso de una forma unilateral, que no siempre responde a la realidad concreta, lo cierto es que queda perfectamente en claro aquello de que el hombre es capaz por sus propias fuerzas. Para una moralidad digna del hombre no existe más que un fundamento firme, a saber: un recto conocimiento de Dios que no rehúye la seriedad de la acción. Para las acciones y omisiones, las recompensas y los castigos las normas supremas no pueden ser el éxito o fracaso aparentes, el provecho o daño temporal, sino únicamente la ley de Dios, la sola que de hecho hace justicia al ser del hombre.
También el gentil conoce la diferencia entre el bien y el mal; sabe **32**
asimismo que es responsable y que deberá sufrir un castigo por

4. Oráculos sibilinos 3,595-600; véase también Sab 14.26.

5. Rom 13,13; 1Cor 5,10.11; 6,9.10; 2Cor 12,20.21; Gál 5,19.21; Ef 4,31; 5,3.4; Col 3,5.8; 1Tim 1,9.10; 2Tim 3,2-5.

su mal obrar; pero el oscuro deseo es más fuerte, y así actúa malvadamente e intenta llevar de su parte la opinión vigente, en cuanto que trastorna el juicio con el elogio del malvado.

2. *Los judíos no son mejores que los gentiles* 2,1-3,20

Justo juicio de Dios 2,1-11

1 Por lo cual, no tienes excusa, quienquiera que seas, que te
eriges en juez. Pues en aquello por lo cual juzgas al otro, te con-
denas a ti mismo, ya que tú, que te eriges en juez, practicas aque-
llas mismas cosas. 2 Bien sabemos que el juicio de Dios recae real-
mente sobre aquellos que tales cosas practican. 3 Pero tú, que te
eriges en juez de quienes practican tales cosas, a pesar de que tú
mismo las haces, ¿acaso piensas que vas a escapar al juicio de
Dios? 4 ¿O es que menosprecias la riqueza de su bondad y de su
paciencia y de su comprensión, al no reconocer que esta bondad de
Dios intenta llevarte a la conversión? 5 Pero, por tu dureza y tu
impenitente corazón, te estás acumulando ira para el día de la ira,
cuando se revele el justo juicio de Dios, 6 el cual retribuirá a cada
cual según sus obras: 7 a quienes, siendo constantes en el bien
obrar, buscan gloria y honra e inmortalidad, les dará vida eterna;
8 pero a quienes, obstinándose en la rebeldía y resistiendo a la
verdad, se entregan a la perversión, los hará objeto de su ira y su
furor. 9 Tribulación y angustia para todo hombre que se entrega al
mal: tanto para el judío, primeramente, como también para el
griego. 10 Por el contrario, gloria y honra y paz a todo el que prac-
tica el bien: tanto para el judío, primeramente, como también
para el griego. 11 Pues no hay acepción de personas ante Dios.

1 Lo que vale para los gentiles, debe empezar por valer también para los judíos; cuando el conocimiento es claro y preciso, la responsabilidad es mayor que allí donde todavía no alumbra la luz

de la revelación. Pablo se vuelve con un lenguaje vivo — cosa que
también hacían sus coetáneos los predicadores populares de la
filosofía, como Epicteto, por ejemplo — a un representante típico
de aquel judaísmo que se constituye presuntuosamente en juez de
los gentiles, pese a que su situación no es menos desesperada.
Pues, Dios es absolutamente justo en su sentencia; no juzga 2
según las pretensiones de los hombres, condena a cuantos obren
el mal, sin acepción de personas (v. 11).

No basta con rechazar teóricamente el mal y, mediante una 3
condena mendaz de los otros, ponerse en apariencia del lado de Dios;
es preciso empeñarse seriamente si se quiere escapar al juicio con-
denatorio de Dios. El judío (como cualquier elegido) está siempre 4
en peligro de entender mal esa su elección, como una carta blanca,
y olvida que el pecador no siempre es castigado de inmediato.
Dios aguarda, es bueno, paciente y magnánimo; pero no es débil
aunque dé tiempo para la conversión. Su juicio llega con mucha 5
mayor severidad cuando un hombre persiste en su obcecación e
impenitencia. Ahora la intervención poderosa de Dios juzgando y
condenando permanece oculta a los ojos embotados de los hombres;
pero nadie se llame a engaño: el día del juicio pondrá de mani-
fiesto que nada ha quedado en el olvido. En el juicio final — del que 6
aquí se habla en contraposición a Rom 1,18-32 — Dios retribuirá
a cada uno de acuerdo con sus obras, según lo afirma la Escritura
en el Sal 62 (61) 13.

Los versículos siguientes desarrollan este punto; los v. 7 y 8 7-10
(en una secuencia inversa y con una aplicación especial a las
cuestiones tratadas en los v. 9 y 10) hablan de premio y castigo.
Quien obra el bien, quien aspira a la gloria, a la honra auténtica y duradera, a la genuina inmortalidad, quien en consecuencia sabe por gracia de Dios lo que es la dignidad humana, y se empeña con toda su existencia por conseguirla, ése será el que obtenga los bienes de salvación, la satisfacción cumplida, la vida eterna, la gloria, honra y paz. Quien obra el mal, quien vive del espíritu de rebeldía, que constituye el peligro primordial de la criatura, quien actúa en contra de la verdad, no cosechará más que angustia, tribulación, ira y venganza. Esto vale para todos los hombres por igual, aunque desde luego no se olvide el ca-

rácter de elección que tiene el judío: será recompensando antes
11 que todos, pero también será el primero en recibir el castigo. El juicio humano es falible, el juez terreno juzga a menudo de acuerdo con unos puntos de vista que no responden a la realidad, no siempre logra liberarse de las presiones e influencias de las personas, situaciones, el poder del dinero, etc. Mas para Dios nada de esto cuenta, juzgando de un modo absolutamente justo, trátese de judíos o de gentiles.

Todos los hombres serán juzgados según su conducta 2,12-16

12 Efectivamente, todos los que pecaron fuera de la ley, perecerán. Pero cuantos pecaron dentro de la ley, por medio de la ley serán juzgados. 13 Porque, ante Dios, no son justos los que meramente oyen la ley; sino que los cumplidores de la ley serán justificados. 14 Y así, los gentiles, que no tienen ley, cuando observan por instinto natural lo que ordena la ley, ellos mismos, a pesar de no tener ley, vienen a convertirse en ley para sí mismos. 15 Ellos dan prueba de que la realidad de la ley está grabada en su corazón, testificándolo su propia conciencia y los razonamientos que unas veces los acusan y otras los defienden. 16 Así se verá en el día en que, según mi Evangelio, Dios juzgue, por Jesucristo, las interioridades de los hombres,

12 Dios mira las obras. Los hombres que no conocen la ley de Moisés ciertamente que no serán juzgados por el patrón de esa ley; mas, dado que poseen un conocimiento del bien y del mal, no pueden escapar al juicio y condena de Dios en la medida en que son culpables. Para quienes están sujetos a la ley mo-
13 saica esa misma ley es la norma obligatoria de conducta. Por lo que atañe a los hombres, el juicio de Dios dependerá de lo que hayan hecho; quien, como judío, sólo se revoca a la ley de palabra, quien apela a ella para justificar sus pretensiones, pero que no la escucha con verdadera seriedad, está tan perdido como el gentil que tampoco obedece a la ley que lleva inscrita en sí

mismo. Los judíos, pues, pueden perderse, aunque tengan la ley;
los gentiles pueden ser salvados aun cuando no posean la ley mo-
saica. Hay gentiles que viven justamente. No conocen la ley de **14**
Moisés, pero cumplen sus exigencias esenciales. El patrón de su **15**
vida ética en lo profundo de su corazón; la voz viva de la con-
ciencia da testimonio de ello. La lucha que estalla de continuo
en la interioridad del hombre; el sopesar, a menudo doloroso
y acuciante, de las razones a favor y en contra demuestra que
Dios ha grabado su precepto ético en el corazón del hombre. Por **16**
lo común esto puede negarse, porque siempre permanece oculto
en una cierta oscuridad; pero el día del juicio todo quedará pa-
tente. Se demostrará que en sus acciones el pagano ha obrado de
un modo responsable delante de Dios; cada uno será juzgado
algún día por Cristo Jesús[6]. También la predicación del juicio
pertenece al Evangelio, que se le ha confiado a Pablo[7].

La conciencia

Dios no ha dejado a los gentiles en una oscuridad completa; si los judíos conocen su voluntad en la ley, a los gentiles les habla la conciencia. Es aquella voz (συνείδεσις, conocimiento) independiente en sumo grado del hombre, que está en su interior y en la que se manifiesta un cierto apercibimiento del bien y de lo justo.

La conciencia es testigo y juez; testigo, por cuanto que conoce las exigencias de Dios y actúa en favor de las mismas; juez, porque en un diálogo vivo con el hombre juzga su pensamiento y actuación, y le somete al juicio de Dios. Es la instancia suprema, a la que uno puede recurrir en sí[8] y ante los otros[9]. El veredicto de la conciencia obligada incondicionalmente (Rom 13,5), y hace que una acción sea buena o mala. Esto vale incluso cuando la concencia es «débil», cuando sólo posee un conocimiento

6. Cf. 1Cor 4,5; 2Cor 5,10; Ef 6,8.
7. Cf. el comentario a Rom 3,21-31.
8 Rom 9,1; 2Cor 1,12.
9. 2Cor 4,2; 5,11.

incompleto o se equivoca abiertamente[10]. Esa conciencia «débil» debe respetarla incluso quien posee una instrucción completa y justa[11]. En las cartas pastorales se encuentra (con las dos excepciones de Tit 1,15, y en el mismo orden 1Tim 4,2) el giro que nos resulta familiar de conciencia «buena» (1Tim 1,5.19) o «pura»[12]. La conciencia de que el hombre actúa de un modo responsable ha estado siempre viva; la filosofía del tiempo de Pablo, sobre todo la filosofía estoica, conocía el concepto de conciencia, cosa que seguramente no habrá dejado de influir en el apóstol. Se apropia ese concepto, pero — partiendo del AT y de la predicación de Jesús — lo llena de un contenido nuevo.

La incongruencia entre las pretensiones y la actuación del judío 2,17-24

17 *Pues si tú, que llevas el nombre de judío, y descansas seguro*
en la ley, y te sientes ufano de tu Dios, 18 *que conoces su voluntad,*
y sabes apreciar — instruido por la ley — lo que es mejor 19 *y*
que estás convencido de que tú eres guía de ciegos, luz de los que
están en tinieblas, 20 *instructor de ignorantes, maestro de niños,*
que posees en la ley la expresión misma del saber y de la verdad...
21 *pues bien: tú que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo?*
Tú que predicas no robar, ¿robas? 22 *Tú que dices que no se ha*
de cometer adulterio, ¿lo cometes? Tú que abominas de los ídolos,
¿saqueas sus templos? 23 *Tú que te sientes ufano de la ley, ¿deshon-*
ras a Dios violando esa ley? 24 *Pues, según está escrito, «el nombre*
de Dios es blasfemado entre los gentiles a causa de vosotros»
(Is 52,5).

17 Pablo emplea en toda esta sección abundantes generalizaciones. Sabe claramente que ha sido preferido por Dios de un modo singularísimo. Aunque los otros denigren su nombre, él se pro-

10. 1Cor 8,7.10.12; 10,28.29.
11. 1Cor 8,7-13; 10,23-33.
12. 1Tim 3,9; 2Tim 1,3; véase también Act 23,1; 24,16; Heb 13,18; 1Pe 3,16.21.

clama judío con la cabeza bien alta, está dominado por la conciencia orgullosa de pertenecer al pueblo de Dios. Ese orgullo no deja de estar justificado en sí mismo (cf. Rom 9,4.5); pero cuando a las pretensiones elevadas no responden unas realizaciones congruentes, el orgullo justificado se trueca en vanidad, en hueca fanfarronería. Y así el judío que se contenta con tener en sus manos el libro de la ley, conoce la voluntad de Dios; pero no se ocupa de cumplirla. Se enorgullece de la ley, alardea de haber sido agraciado por Dios, olvidando que ese favor se le ha hecho sin mérito alguno por su parte, sin que ello le acredite. Piensa que con conocer exactamente la voluntad de Dios, **18** puede decir lo que conviene de hecho, ya que cuenta con la instrucción de la ley. Se sabe guía iluminado de los no judíos, que **19** respecto de él son como ciegos al no tener la ley[13]. Pretende ser luz para los que están en tinieblas[14] y convertir a los paganos (cf. Mt 23,15). Se siente maestro e instructor del mundo gentil, **20** que nada sabe de la ley mosaica de la conformación, expresión y contenido de todo conocimiento y verdad, siendo por ello ignorante y menor de edad.

En el v. 21 Pablo interrumpe la construcción iniciada en el v. 17, abriendo una nueva. Al contraponer pretensiones y rea- **21** lizaciones, doctrina y vida, descubre el engaño de la satisfacción judía. Los defensores del judaísmo, contra los que Pablo desencadena su ataque frontal, sólo piensan en predicar a los otros; el que ellos mismos no se atengan a sus propias exigencias, no le recomienda particularmente (cf. Mt. 23,3.4). Las incriminaciones que Pablo formula aquí son en buena parte masivas, pero concuerdan con la verdad, si se refiere al judaísmo coetáneo en su conjunto. El apóstol no sólo conocía la teoría de los escritos doctrinales judíos, conocía también la realidad cotidiana. En **22** teoría estaban prohibidos el robo, el adulterio, el despojo de los templos, pero la práctica ofrecía otro panorama. En las guerras civiles y en las campañas de Asia hubo sin duda numerosos templos paganos que habían sido víctima de la piratería; los judíos

13. Cf., por ejemplo, Is 42,7; también Mt 15,14 y 23,16.24.

14. Cf. Is 42,6; 49,6; la verdadera posición en la nueva alianza se describe en Mt 5,14.

pudieron haber participado en tales fechorías, si no directamente (caso de haber observado Dt 7,25.26), al menos como traficantes y encubridores adecuados, porque no necesitaban abstenerse por escrúpulos religiosos (Lagrange). Sabemos, sin embargo, de mal-
23 versaciones en el propio templo de Jerusalén [15]. El v. 23 compendia todo lo dicho anteriormente (otros los consideran como el último miembro de la serie de interrogantes): los que alardean, y pueden alardear, frente a todos los hombres de la ley, la desprecian con su comportamiento pecaminoso por lo general, como
24 demuestran los ejemplos aducidos. El pasaje escriturístico que Pablo cita, es una referencia casi literal a Is 52,5, en que se trata precisamente de los israelitas esclavizados en Babilonia. Este empleo de las citas escriturísticas en un sentido traslaticio era algo perfectamente habitual en aquella época.

La verdadera y la falsa circuncisión
2,25-29

[25] *La circuncisión, desde luego, tiene su valor si observas la ley; pero, si eres transgresor de la ley, el estar circuncidado viene a ser como si no lo estuvieras.* [26] *Por el contrario, si el no circuncidado observa las prescripciones de la ley, su incircuncisión ¿no le ha de valer como circuncisión?* [27] *Más aún: el que físicamente no está circuncidado pero cumple la ley, te juzgará a ti, que, a pesar de la letra de la ley y la circuncisión, eres transgresor de esa ley.* [28] *Porque no es judío el que lo es en lo externo, ni es circuncisión la que se ve en lo externo, en la carne;* [29] *al contrario, es verdadero judío quien lo es interiormente, y la verdadera circuncisión es la del corazón, hecha según el Espíritu, no según la letra. Un judío así recibe alabanza, no de los hombres, sino de Dios.*

25 Mas ¿qué pasa con el valor de la circuncisión? Ella constituye el signo decisivo de la alianza, de la elección; a la circuncisión se reclama el judío cuando pretende hacer valer sus pretensiones.

15. Cf., por ejemplo, JOSEFO, Ant XVIII, 3,5; Salmos de Salomón 8,12.

La circuncisión

La circuncisión —operación quirúrgica que consistía en la ablación del prepucio del miembro viril— es una costumbre antiquísima difundida —todavía hoy— entre pueblos no judíos (según ciertos cómputos, al presente existen 200 millones de circuncidados). La antigüedad de la costumbre se demuestra en ciertos pasajes por el empleo de un cuchillo de piedra[16]. Nada sabemos acerca de su sentido originario; ya Heródoto pone como fundamento de la circuncisión de los egipcios la limpieza (2,33-34); pero también ha podido tratarse de un motivo de fecundidad. Entre los israelitas la circuncisión es signo de la alianza, según las palabras de Dios a Abraham: «Esto es lo que has de obervar tú y tu descendencia después de ti: circuncidad a todo varón. Circuncidaréis la carne de vuestro prepucio, y ésa será la señal del pacto entre mí y vosotros» (Gén 17,10-11). El signo de la alianza responde a la promesa, promesa de fecundidad[17]. Así pues, la circuncisión es «la condición y la señal externa del pacto estipulado entre Dios y Abraham, señal y sello de quienes son miembros del pacto abrahámico y, en consecuencia, seguidores de Dios; a la circuncisión debe Israel el haber obtenido como posesión la tierra de Canaán y el que Dios se haya convertido en su Señor y protector; pero la victoria mayor la reportará la circuncisión en el futuro: sólo gracias a ella será Israel redimido en la época mesiánica y en el mundo venidero del Gehinnom o infierno» (Billerbeck).

Pero, al igual que ya los profetas habían combatido una concepción exteriorista de la circuncisión[18], también Pablo rechaza la soberbia que ve en la circuncisión corporal una carta de franquicia. Cuando el hombre se emancipa de la voluntad de Dios claramente revelada, el signo externo es inútil. Y, al revés: cuan- **26**

16. Cf. Éx 4,25; Jos 5,2.

17. Gén 17,2.4.6; cf. también Gén 1,28; 9,1; 12,2; 13,16; 15,5; 18,18; 22.17.

18. Jer 4,4; 6,10; 9,25; Ez 44,7; cf. asimismo Dt 10,16; 30,6.

do se cumple la voluntad de Dios, no cuenta ya aquella deficiencia. Este principio tenía que parecer al judaísmo una grave ofensa a Dios, una ofensa que sacudía todos los cimientos de la revela-
27 ción. Un gentilismo vivido rectamente testificará, pese a la incircuncisión, contra un judaísmo rebelde que limita su obedien-
28 cia a cosas secundarias y externas (cf. Mt 12,41). Pues ser judío, es decir, elegido y llamado por Dios y tener su beneplácito, no puede identificarse simple y llanamente con la circuncisión cor-
29 poral; lo que cuenta más bien, como ya los profetas predicaron una y otra vez al pueblo, es la conversión interior, la circuncisión del corazón [19].

El premio de Dios, que da consistencia a todo, no lo reportan la letra ni una esclavitud indiscriminada a la ley según el patrón de judaísmo rabínico, sino la transformación espiritual e íntima, que Pablo predica siguiendo a Jesús. Con ello el judaísmo en el viejo sentido ha quedado fuera de juego. Lo externo, lo limitado al pueblo, la estrechez sectaria, han de ceder ante un universalismo espiritual que rompe todas las fronteras condicionadas por el tiempo. Las promesas hechas a Israel no quedan invalidadas, más bien adquieren validez universal de forma insospechada: valen para todos los hombres de buena voluntad. El premio prometido no queda revocado; pero participarán del mismo todos los hijos obedientes de Dios.

La verdadera superioridad del judío; respuesta a las objeciones 3,1-8

1 *¿Cuál es, pues, la superioridad del judío o cuál la utilidad de*
la circuncisión? 2 *Mucha, desde cualquier punto de vista. Ante*
todo, porque a ellos les fueron confiados los oráculos de Dios.
3 *¿Pues qué importa si algunos no fueron fieles? ¿Acaso su infi-*
delidad anulará la fidelidad de Dios? 4 *¡Ni pensarlo! Antes bien, Dios*
quedará siempre por veraz, «aunque todo hombre es mentiroso»
(Sal 116 11), *según está escrito: «Para que seas declarado justo en*

19. Véase Rom 2,25; cf., especialmente Jer 4,4; 9,25.

tus palabras y salgas triunfante cuando te lleven a juicio» (Sal 51 [52] 6). [5] *Pues entonces, si nuestra perversión pone más de relieve la justicia de Dios, ¿qué vamos a decir? ¿No será Dios injusto cuando descarga su ira? (estoy hablando a la manera humana).* [6] *¡Ni pensarlo! Porque, si así fuera, ¿cómo podría Dios juzgar al mundo?* [7] *Pero, si la verdad de Dios, gracias a mi mentira, salió ganando más para su gloria, ¿por qué también yo voy a ser juzgado todavía como pecador?* [8] *¿Y por qué — como se nos calumnia y como algunos dicen que afirmamos nosotros — no hemos de hacer el mal para que venga el bien? Y, sin embargo, el juicio condenatorio contra éstos es según justicia.*

Si, pues, el pagano está fundamentalmente igualado al judío 1
frente al juicio de Dios, si lo que importa en definitiva no es lo que aparece al exterior sino el cambio que se realiza en la interioridad, ¿qué es lo que queda de los privilegios y pretensiones del judío? El apóstol responde a esta pregunta con tono tajante 2
(pese al v. 9) de que no se puede poner en duda una superioridad del judío. Es evidente que se propone una exposición más amplia; pero las nuevas objeciones de los v. 3 y 5 no le permiten pasar del primer punto. Al judío se le ha confiado la revelación; es decir, todo lo que nosotros llamamos Antiguo Testamento, y especialmente el núcleo de toda la revelación veterotestamentaria que son las promesas. Y ahí surge la objeción; que los judíos 3
con su constante apostasía, con su infidelidad, que se demuestra una y otra vez a lo largo de toda su historia con el pecado y la desobediencia, se han privado a sí mismos de esa superioridad. Pablo rechaza semejante consecuencia. Las promesas continúan vigentes, la fidelidad de Dios no depende de la debilidad de los hombres, máxime cuando no todos sino sólo algunos — como lo advierte en forma de disculpa y atenuación — han sido infieles.

¿Cuál es, pues, el sentido de la apostasía? Por seguir siendo 4
fiel y mantener vigente la alianza y las promesas, Dios se muestra como el único veraz mientras que el hombre — según lo dice ya el Sal 116 11 (115,2) — es esencialmente informal y mentiroso. Se aduce también como segunda prueba escriturística el Sal 51 (50) 6: Dios no se vuelve atrás de sus palabras de promesa; es

por esencia justo, fiel y fiable. Si se le quiere llevar a juicio, el
resultado será siempre que saldrá victorioso y se le reconocerá
5 justo. Por ser los judíos infieles, se demuestra también la fidelidad
de Dios en toda su grandeza; por ser ellos injustos, se revela la
justicia de Dios[20].

De donde surge una nueva objeción. ¡Qué injusticia — podría
objetar alguien — cuando Dios se enoja con quienes por medio
de su infidelidad le han dado la posibilidad de demostrar su fidelidad! Pablo se excusa por citar una opinión tan extravagante,
6 que él rechaza con energía aduciendo la prueba de que el Dios
que un día ha de juzgar al mundo es por esencia un juez justo.
7 El v. 7 vuelve a tomar en una forma distinta la objeción formulada en el v. 5: lo que contribuye a la glorificación de Dios no
8 puede jamás marcar como pecador a quien lo hace. De ser concluyente semejante argumentación, habría que considerarla como
una incitación a obrar el mal. Esto es, en efecto, lo que los enemigos del apóstol tienen la desfachatez de presentar como su
opinión genuina desfigurando por completo la predicación de
Pablo (cf. Rom 6,1); pero ciertamente que no escaparán al castigo merecido por esta calumnia.

Judíos y gentiles están bajo el pecado
3,9-20

9 *Entonces ¿qué? ¿Tenemos los judíos ventaja? ¡De ninguna*
manera! Porque acabamos de probar que todos, tanto judíos como
griegos, están bajo pecado, 10 *según está escrito: «No hay quien*
sea justo, ni siquiera uno solo; 11 *no hay quien tenga recto sentido,*
no hay quien busque a Dios. 12 *Todos se desviaron, se pervirtieron*
juntos. No hay quien practique el bien, no hay ni siquiera uno
solo» (Sal 14, 1-3). 13 *«Sepulcro abierto es su garganta, de sus len-*
guas se sirven para engaño» (Sal 5, 10), *«veneno de áspides tienen*
en sus labios» (Sal 140, 4); 14 *«su boca está llena de maldición y*
de amargor» (Sal 10, 7); 15 *«veloces son sus pies para derramar*

20. Véase el comentario a Rom 3,21.

sangre, [16] *de ruina y de miseria siembran sus caminos,* [17] *y nunca conocieron la senda de la paz»* (Is 59, 7-8). [18] *«No hay temor de Dios ante sus ojos»* (Sal 36, 2).

[19] *Ahora bien, sabemos que cuanto dice la ley, para aquellos que están bajo la ley lo dice, a fin de que nadie pueda rechistar y que el mundo entero se sienta reo de culpa ante Dios;* [20] *porque por las obras de la ley «ninguna carne será justificada ante él* (Sal 143, 2), *ya que la ley sólo lleva a más conocimiento del pecado.*

Con el v. 9 replantea el apóstol la pregunta del v. 1. Pero **9**
después de haber iniciado en el v. 2 una respuesta positiva, delimitando con ello, al menos a modo de insinuación, su juicio de 2,1-29, ahora vuelve a su propósito principal. El que los judíos pueden gloriarse en su superioridad no cambia para nada el juicio general de Dios sobre su desobediencia y apostasía. Los judíos tienen ciertamente algo que les da ventaja sobre los gentiles [21]; pero en aquello que aquí le interesa al apóstol, tal ventaja no supone realmente nada; Rom 1,18-32 ha demostrado por lo que respecta a los gentiles, y Rom 2 en lo que atañe a los judíos, que todos ellos están bajo el dominio del pecado. Ahora en los v. 10- **10-18**
18, mediante una extensa demostración escriturística, prueba una verdad tan impresionante para sus enemigos, como la corrupción de los propios judíos. El mosaico de textos bíblicos se dispone según el orden siguiente: v. 10-12 = Sal 14(13) 1.3, libremente; v. 13*a.b* = Sal 5,10*b*, literalmente; v. 13*c* = Sal 140(139) 4 al pie de la letra; v. 14 = Sal 10,7(9,28) en forma libre; v. 15-17 = Is 59,7.8 libremente también; v. 18 = Sal 36(35)2 literalmente (LXX en presencia de). En conjunto se trata de textos (con gran probabilidad también Sal 14,1-3) que apuntan a los pecadores de Israel. Pablo señala el objetivo que persigue, aduciendo además el **19**
principio fundamental de que la ley — entendida aquí, al igual que en 1Cor 14,21, como la Escritura entera — dirige sus juicios a aquellos que le están sometidos. Santo Tomás resuelve la dificultad resultante aplicando el principio fundamental a todos los casos en los que no se señala expresamente a otros hombres.

---

21. Rom 2,10; 3,2; 9,4.5.

Tras la maciza prueba escriturística ya no cabe réplica alguna; ahora la resistencia de los judíos a que se les alinease con los gentiles —resistencia que, como Pablo descubre, se ha exarcebado hasta límites extremos— ha sido reducida definitivamente
20 al silencio. Ahora no existe ya posibilidad alguna de eludir la pavorosa consecuencia de que el mundo entero, así judíos como gentiles, es culpable delante de Dios. A los judíos ciertamente que de nada les sirve su justicia por las obras; el temor reverencial que exhiben en las ceremonias del culto y en su comportamiento externo —temor que no quiere entender el espíritu de la ley— tampoco puede abrirles el camino hacia Dios. De este modo el sentido del v. 20 se acerca a lo que en forma diferente se había expresado en 2,13. Lo que importa es el sentimiento interior, la transformación completa del hombre; algo que resulta inaccesible a la obediencia farisaica y rabínica de la ley. El texto de Sal 143(142)2, que se aduce como prueba escriturística, suena así en la versión griega: «Y no entres en juicio con tu siervo, pues no hay viviente alguno que se justifique delante de ti.» La frase densa de que la ley sólo aporta un conocimiento del pecado, pero ninguna fuerza para su superación, no hace más que insinuar brevemente un pensamieto que el apóstol desarrollará con mayor amplitud más adelante (7,7-25).

Sección segunda

EL EVANGELIO DEL APÓSTOL DEMOSTRADO POR LA ESCRITURA Y POR LA HISTORIA
3,21-5,21

1. *Eficacia de la fe*
3,21-31

[21] *Pero ahora, independientemente de la ley, ha quedado bien manifiesta la justicia de Dios, atestiguada por la ley y los profetas:* [22] *justicia de Dios que, por medio de la fe en Jesucristo, llega a todos los que creen —pues no hay diferencia,* [23] *ya que todos*

pecaron y están privados de la gloria de Dios —. [24] *Pero, por gracia suya, quedan gratuitamente justificados mediante la redención realizada en Cristo Jesús,* [25] *al que Dios públicamente presentó como medio de expiación por su propia sangre, mediante la fe, a fin de mostrar su justicia al pasar por alto los pecados cometidos anteriormente* [26] *en el tiempo de la paciencia divina y a fin de mostrar su justicia en el tiempo presente, para ser él justo y el que justifica a quien tiene fe en Jesús.* [27] *¿Dónde está, pues, la jactancia? Quedó eliminada. ¿En virtud de qué ley? ¿La de las obras? De ninguna manera; sino mediante la ley de la fe.* [28] *Porque sostenemos que el hombre es justificado por la fe, independientemente de las obras de la ley.* [29] *¿Acaso Dios lo es de los judíos solamente? ¿No lo es también de los gentiles? ¡Sí! También lo es de los gentiles.* [30] *Pues no hay más que un solo Dios, el cual justificará en virtud de la fe a los circuncidados, y por medio de la fe a los no circuncidados.* [31] *Entonces, ¿anulamos la ley por la fe? ¡Ni pensarlo! Al contrario: damos a la ley su propio valor.*

El mundo estaba perdido, la situación del hombre era deses- 21
perada. «Pero ahora» todo es distinto; Dios ha intervenido. El mundo ha cambiado en una medida inimaginable, las cosas se han cambiado decididamente a mejor. Dios es soberano y no está atado a la ley mosaica, como piensan los judíos. Su voluntad de misericordia se ha revelado de un modo incomprensible. Quien es capaz de ver sabe que esto ya estaba profetizado en el AT (cf. Rom 4; 9-11). Pablo recurre a un concepto capital en el judaísmo para expresar lo que ha ocurrido en Jesucristo, que es la transformación total del mundo por la fuerza divina; habla de la revelación de la justicia de Dios.

La justicia de Dios

El judaísmo, contra el que Pablo dirige su lucha, está persuadido de que el hombre únicamente con la ley puede alcanzar la justicia delante de Dios[22]. Como la teología rabínica coetánea

22. Cf. Rom 3,20.28; 9,32; 10,5; Gál 2,16.21; 3,21; Flp 3,6.9; Tit 3,5.

desconoce cualquier tipo de pecado original, y en consecuencia le está velada la verdadera situación del mundo y de todos los hombres, se muestra excesivamente confiada acerca del camino de salvación del hombre llamado, es decir, del judío. La norma de su vida es la ley de Moisés, y sólo de conformidad con esa ley, Dios declara justo al hombre. El judío está convencido de que obtiene la salvación en base a sus obras; es decir, sobre el fundamento de su propia justicia [23]. Dios no hace más que darle lo que le adeuda (Rom 4,4).

Siguiendo a Jesús, Pablo ve claramente la inconsistencia de esta fe judía en la retribución y reconoce el estado de perdición completa en que se hallan todos los hombres delante de Dios. El hombre no puede salvarse por sus solas fuerzas; cualquier justicia propia es absolutamente inútil: no puede tender un puente sobre el abismo que ha abierto Adam entre Dios y el hombre (Rom 5,12). Antes de que el hombre pueda vivir meritoriamente delante de Dios, es necesario salvar ese abismo; antes tiene Dios que actuar y ha actuado de hecho en Jesucristo. En la cruz de Jesucristo (cf. Rom 3,25) se ha vuelto a abrir al hombre —y desde luego, a todos y cada uno de los hombres— el camino de la salvación «independientemente de la ley» (Rom 3,21), «por gracia suya... gratuitamente» (3,24). El hombre obtiene, pues, su salvación «no por retener una justicia mía —la que proviene de la ley—, sino la justicia por la fe en Cristo, la que proviene de Dios a base de la fe» (Flp 3,9). En Jesucristo, y concretamente en su cruz, Dios ha revelado su justicia (Rom 3,5.25.26), que es precisamente la suya personal, muy superior a la que el hombre imagina. En contraposición a su «ira», que es una justicia vindicativa (cf., por ejemplo, Rom 1,18), la justicia de Dios abarca tanto la satisfacción que exige la santidad como su voluntad de misericordia. Al morir Cristo en la cruz se ha convertido en propiciación para los hombres; ha ofrecido a la majestad ofendida de Dios una satisfacción que el hombre jamás podía presentar con sus fuerzas solas. Pero, al entregar Dios a su propio Hijo, ha de-

23. Rom 10,3; Flp 3.9.

mostrado simultáneamente su amor misericordioso al hombre perdido (Rom 5,9).

Así pues, el camino de la salvación está otra vez expedito; los hombres están de nuevo «justificados» delante de Dios, pero no en base a su propia justicia de Dios. Esto lo expresa Pablo con toda claridad: a cuantos creen se les otorga la justicia de Dios[24]. Dios «al que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que en él llegáramos nosotros a ser justicia de Dios»[25]. El concepto «justicia de Dios» tiene en cierto sentido dos aspectos: puede significar prevalentemente la acción salvífica en Jesucristo, que procede de la justicia y misericordia de Dios[26] o puede indicar el resultado de esa acción de Dios en el hombre: la verdadera y perfecta justicia de la que el hombre se hace partícipe[27]. La posterior separación conceptual no debe perder de vista que en la mente del apóstol se trata de una unidad.

Esta «justicia de Dios» se regala al hombre que cree. Las diferencias en vigor han sido ahora abrogadas; ya que no cuentan ni la ley ni la circuncisión. El camino de la salvación lo abre exclusivamente la fe. 22

La fe

El judío pensaba poder lograr la salvación en base a las obras, ateniéndose escrupulosamente, aunque con una falsa suficiencia y arrogancia, a las prescripciones de la ley mosaica; y así esperaba poder presentarse delante de Dios. Desde la revelación de Damasco conoció Pablo la inutilidad del camino judío para la salvación y se hizo pregonero de la justicia de Dios sobre el fundamento de la fe[28]. Tratándose en el fondo de una gracia decisiva, el hombre no puede nada con sus propias fuerzas; de ahí que no pudiera salir

24. Cf. Rom 1,17; 3,21.22; 10,3; Flp 3,9.
25. 2Cor 5,21 y su comentario.
26. Rom 3,25.26, y también 3,5.
27. Véase, por ejemplo, Rom 1,17; 3.21.22; 10,3; 2Cor 5,21; Flp 3,9; cf. lo expuesto, a continuación, sobre la fe.
28. Rom 3,20.28; 4,2.6; 9,12.32; 11,6; Gál 2,16; 3,2.5.10.

por sí solo del cieno. Para liberarle de la servidumbre del pecado y de la muerte tuvo que intervenir Dios. Dios es el único autor de la obra salvífica [29] y él es en exclusiva su objetivo [30]. Toda salvación auténtica deriva de Dios a través de Jesucristo. Siempre que el apóstol, enviado por Cristo, se encuentra con un hombre (véase comentario a Rom 1,1-7), le exige tomar una posición; el hombre tiene que decidirse. Debe acoger con obediencia la buena nueva del embajador plenipotenciario [31]. La fe es obediencia [32]. El hombre puede rechazar este mensaje. Cuando se niega la obediencia debida [33] es que entra en juego el diablo, el dios de este mundo (2Cor 4,3.4). La incredulidad acarrea la reprobación (Rom 11,20). Con la fe el hombre toma la mano que Dios le tiende, se deja ayudar por él, que quiere ayudarle. Por sí solo no puede hallar ningún acceso hasta Dios; es preciso que Dios actúe antes, que llame [34], que se apodere del hombre (Flp 3,12, se refiere a Cristo), que conozca [35]. Así como el apóstol recibe de Dios gratuitamente la gracia de su ministerio (Rom 12,3), así nadie puede revocarse a su propia bondad o merecimientos delante de Dios [36]. El que desee glorificarse sólo podrá gloriarse de las acciones generosas de Dios [37].

En la fe el hombre se olvida de sí mismo; las cosas de la fe no se manifiestan al hombre en la forma mundana que le es familiar, a los ojos de este mundo resultan siempre extrañas e impenetrables [38]. El creyente se entrega por completo a Dios [39]. En consecuencia, renuncia a mantener obstinadamente su propia voluntad desconsiderada [40]. La fe, por otra parte, supone necesariamente creer

---

29. Rom 4,24.25; 2Cor 1,3.4; 5,19-21; Gál 4,4.5.
30. Rom 15,6; 1Cor 15.28.
31. Rom 10,9.14.17; 1Cor 3,5; 15,2; 2Cor 5,20; 13,3; Gál 3,2.5; 1Tes 2,13.
32. Rom 1,5; 6,16.17; 16,19.26; 2Cor 10,5.6.
33. Rom 10,16; 2Tes 1,8.
34. Rom 8,30; 9,12.24; 1Cor 1,9; Gál 1,6.15; 5,8.13.
35. 1Cor 8,3; 13,12; Gál 4,9.
36. 1Cor 4,7; Ef 2,4-9.
37. Rom 5,2.11; 1Cor 1,31; 2Cor 10,8.17; 12.9; Gál 6,14; Ef 2,9; Flp 3,3.
38. Rom 4,18; 1Cor 1,18-31; 2Cor 4,18; 5,7.
39. Rom 1,17; 3,28; 4,3.5; Gál 2,16; Ef 2,4-9; Flp 3,4-9.
40. Rom 9,32; 10,2.

en algo, en algo que, por esencia, se estima cierto y se confirma como tal. El contenido del Evangelio [41], el contenido de la fe [42], es Jesucristo. El cristiano cree en él como Señor [43], que por su causa [44] murió en la cruz [45] y fue milagrosamente resucitado por Dios [46]. La muerte y la resurrección forman un todo, la una no puede entenderse sin la otra [47]. Exaltado a la derecha de Dios [48], Cristo volverá en su día [49] para juzgar [50], a fin de llamar a una vida eterna de comunión con él a cuantos no sean condenados.

Cuando la fe es perfecta comunica un conocimiento completamente nuevo; quien cree de verdad sabe con seguridad absoluta [51]. La fe se puede conservar o perder; existe fe fuerte y fe débil. Pablo se preocupa de la fe de sus comunidades, exhorta una y otra vez a robustecerla y elogia cuando ve crecer la fe [52]. El hacerse creyente encuentra su plenitud en la recepción del bautismo; Pablo desconoce cualquier tipo de fe autónoma; únicamente a través del bautismo sacramental (véase el comentario a Rom 6,1-11) viene asumido el creyente en la misteriosa comunión con Cristo, que hace de él un hombre «en Cristo», un cristiano [53].

Por la fe se entiende toda la obra salvífica, y sobre todo el

---

41. Rom 1,3; 1Cor 1,23; 2,2; 3,11; 2Cor 1,19; 4,5; 11,4; Gál 1,16; 3,1; Flp 1,18.

42. Rom 3,22.26; 10,11.14; Gál 2,16; 3,22.26; Ef 3,12; Flp 1,29; 3,9; Col 2,5.

43. Rom 10,9; 1Cor 12,3; 2Cor 4,5; Flp 2,11.

44. Rom 4,24; 1Cor 15,3; 2Cor 5,21.

45. Rom 4,25; 6,3.4; 8,34; 14,9; 1Cor 1,17.18.23; 2,2.8; 15,3; 2Cor 5,15; 13,4; Gál 1,4; 3,1; 5,11; 6,12.14; Ef 2,16; Flp 2,8; 3,18; Col 1,20; 2,14; 1Tes 4,14; 5,10.

46. Rom 1,4; 4,24.25; 6,4.5.9; 7,4; 8,11.34; 10,9; 1Cor 6,14; 15; 2Cor 4,14; 5,15; Gál 1,1; Ef 1,20; Flp 3,10; Col 2,12;1Tes 1,10.

47. Rom 4,25; 6,3.4; 8,34; 14,9; 1Tes 4,14; 5,10.

48. Rom 8,34; Ef 1,20 ;Flp 2,9; Col 3,1.

49. Rom 2,5.16; 1Tes 5,2.4; 2Tes 1,10; 2,2.

50. 1Cor 1,8; 15,23; 1Tes 2,19; 3,13; 4,15; 5,23; 2Tes 2,1.8; véase también el comentario a 3,31.

51. Rom 5,3; 6,3.9; 8,28; 1Cor 3,16; 6,2.3.19; 15,58; 2Cor 1,7; 4,14; 5,1.6; Ef 6,8; Col 3,24; 4,1; 1Tes 1,4; 5,2.

52. Rom 1,8.12; 12,3; 14,1; 1Cor 3,1-3; 16,13; 2Cor 1,24; 10,15; Col 1,23; 1Tes 3,2.5; 2Tes 1,3.

53. Cf., por ejemplo, Gál 3,26.27; Col 2,12.

bautismo, aunque jamás deban confundirse ambas realidades. Cuando un creyente se lo toma en serio, recibe el bautismo obteniendo así la comunión sobrenatural con Cristo; se incardina en la comunidad visible de los creyentes en Cristo y entra a pertenecer a la Iglesia concreta. El creyente lo seguirá siendo para siempre. Sólo al final cederá la fe a la contemplación, y del conocimiento borroso y reflejado en un espejo (1Cor 13,12) se llegará a la visión a la que nada escapa (cf. 2Cor 5,6-8).

La fe está emparentada con la esperanza [54], que aquí no se ve (Rom 8,24) y que junto con la fe solo desaparecerá en la consumación, cuando sólo perviva el amor. Dado que la fe es un acto de todo el hombre, no puede quedar infecunda sino que tiende a la acción; una fe auténtica se manifiesta en la vida moral, en el amor [55]. La intervención de Dios no atenta contra el libre albedrío; el cristiano está emplazado día tras día a tomar nuevas decisiones, tiene que demostrar a diario la seriedad y lealtad de su fe [56]. Es sobre la base de esa fe que el hombre obtiene la salvación y la justicia delante de Dios; vuelve a ser justificado, a ser justo [57].

Cierto que la consumación está todavía por llegar. La tensión entre comienzo y consumación, entre oscuridad y revelación, entre promesas y cumplimiento, entre invisibilidad y manifestación patente, es una nota esencial de la teología paulina. Tan cierto como que los creyentes y bautizados obtienen la justificación, también lo es que sólo el tiempo final aportará la plena revelación; también el justificado continúa siendo un hombre que aguarda, que espera; «Pues, nosotros, confiados en el Espíritu y procediendo por fe, aguardamos pacientemente la esperanza de la justicia» [58].

23 En los versículos precedentes Pablo ha demostrado para los gentiles (1,18-32) y los judíos (2,1-3,20) que todos, sin excepción,

54. Véase, por ejemplo, Rom 4,18; 15,13; Gál 5,5.

55. 1Cor 13,2; Gál 5,6.

56. Véase, por ejemplo, 1Cor 9,23-27; 10,11.12; 2Cor 6,1; Flp 2,12; 3,8-14.

57. Sobre un fundamento de fe: Rom 1,17; 3,26.30; 5,1; 9,30; 10,6; Gál 2,16; 3,7-9.11.22.24; 5,5; cf. Rom 3,22.25.28.30; 4,11,13; 5,2; Gál 2,16; 3, 14.26; Ef 2,8; 3,12.17; Flp 3,9; Col 2,12.

58. Gál 5,5.

están bajo el dominio del pecado (3,9). Nadie posee la «gloria» que es la suma de toda perfección[59] y que el hombre «desde el principio» ya ha recibido[60] como «primicias» o «arras»[61]. Pero 24
este llegar a ser justificado sobre la base de la fe es un don de Dios por pura generosidad. Obedeciendo la voluntad del Padre, Cristo nos ha redimido o, como se dice literalmente, nos ha «comprado», «rescatado»[62], con el sacrificio de su muerte o muerte sacrificada[63]. No se designa explícitamente de quien han sido rescatados los hombres; Pablo piensa aquí sin duda en el dominio del pecado y de la muerte[64]. Ante el mundo entero Jesucristo ha 25-2
sido expuesto en la cruz como propiciación por medio de su muerte sangrienta; en esa propiciación se participa a través de la fe. La palabra griega aquí empleada para designar la propiciación permite concluir que Pablo piensa en el *kapporeth* del AT (Éx 25,17-22), por el que se entiende o bien la tapa del arca de la alianza o una pieza que se ponía encima y sobre la cual, en el día de la expiación, el sumo sacerdote asperjaba la sangre reconciliadora de la alianza (Lev 16,11-17).

Hubo un tiempo en el que Dios todavía aguardaba y, de momento, dejaba pasar los pecados sin una propiciación adecuada; ese tiempo ha concluido definitivamente con la acción salvífica de Jesucristo. En la muerte de Jesucristo Dios rompe por fin su silencio, queda patente lo que es el pecado a sus ojos y se revela su justicia. Mas esta justicia de Dios, a la que Pablo se refiere, no es sólo la fría justicia del juez; lo que en ella se proclama es más bien la voluntad misericordiosa de Dios que separa toda comprensión. Dios es aquel que, siendo personalmente justo, justifica, al propio tiempo, de un modo efectivo.

Con el v. 27 vuelve a replantearse la cuestión del v. 9. Toda jac- 27

---

59. Rom 5,2; 8,17.18.21; 1Cor 15,43; 2Cor 4,17; Flp 3,21; Col 1,27; 3,4; 1Tes 2,12; 2Tes 2,14.

60. Rom 8,30; también 1Cor 2,7; 2Cor 3,18.

61. Véase, por ejemplo, Rom 8,23; 2Cor 1,22; 5,5; Ef 1,14, en que se designa como «arras» el Espíritu recibido.

62. 1Cor 6,20; 7,23; Gál 3,13; 4,5.

63. Rom 5,9.10; 1Tim 2,6; véase Mc 10,45; Mt 20,28.

64. Rom 5,12-21; 7,14; 8,2.3.

tancia humana es vana. Si no existe más que un camino para la salvación —y es en Jesucristo en quien se nos ha revelado de hecho—, también es únicamente Dios quien ha abierto ese camino. Nadie más que Dios ha superado el abismo que le separaba del hombre. El hombre no ha hecho nada para ello; por lo mismo no puede gloriarse. El nuevo orden es un orden de fe; la vieja ley está superada, ahora lo que cuesta es la ley de fe, la ley de Cristo[65], la ley del Espíritu, de la Vida en Cristo Jesús (Rom
28 8,2). En la práctica (y en oposición a las obras de la ley mosaica) es la fe exclusivamente la que puede aportar al hombre la salvación fundamental; las obras de la ley mosaica son ineficaces,
29 no pueden colmar el abismo abierto. Dios se ocupa de todos los
30 hombres sin excepción, y por tanto también de los gentiles. No hay más que un Dios y, en definitiva, trata a todos los hombres
31 con la misma justicia e idéntico amor. Pero entonces surge la pregunta que al apóstol le inquieta de continuo: ¿Qué papel ha desempeñado la ley en la historia de la salvación? ¿Queda anulada la ley por la fe? Pablo lo rechaza decididamente. El orden de la fe es, por el contrario, el cumplimiento más profundo del orden antiguo. Con ello se introduce el capítulo siguiente.

El juicio según las obras

Las obras de la ley mosaica no pueden garantizar la salvación eterna; los judíos están al respecto en un pernicioso error. Tratándose de la salvación fundamental, todo esfuerzo puramente humano es vano e insensato; el hombre sólo puede recibir. Pablo ha subrayado enérgicamente el desamparo del hombre delante de Dios, su impotencia y la absoluta libertad del designio de salvación. Para evitar errores perniciosos conviene recordar precisamente en este punto que el Apóstol habla una y otra vez en sus cartas de la responsabilidad moral del hombre como de una verdad palmaria; para todos los hombres existe un juicio según las obras, y sólo puede ser recta una concepcón de la justicia por la fe que no

65. 1Cor 9,21; Gál 6,2.

pase por alto sin más ni más el juicio según las obras ni piense poder separarlo del conjunto de la doctrina del apóstol, como un resto judío. Según san Pablo es posible perder la salvación obtenida graciosamente con la fe y el bautismo; no existe ninguna certeza absoluta de la salvación. Si el hombre ha sido liberado del dominio del pecado y de la muerte por la libre intervención de Dios, ello solo no basta para que no tenga de guardarse; cada día debe realizar de nuevo su decisión creyente con todo su yo, con toda su vida. Tiene que esforzarse y luchar, porque aún puede perderse [66]. Vive ciertamente de cara al juicio. El mundo entero está sujeto al juicio de Dios [67]. Por encargo suyo [68], el juicio de Cristo será el juicio de Dios, y la decisión de Cristo se convertirá en la decisión de Dios [69]. Cada uno deberá rendir cuenta de sí mismo (Rom 14,12), y serán examinados los actos de cada uno [70]. Según sus obras recibirá cada cual el premio o el castigo [71].

La esperanza del premio puede proporcionar fuerzas al hombre para obrar bien [72]. De conformidad con su naturaleza, el hombre debe siempre preguntarse por el provecho que le reporta su acción [73]. Todo esto cuenta en primer término para los cristianos; pero hemos de pensar que Pablo tampoco ha excluido en absoluto a los gentiles. Cuando el pagano se convierte en «adversario» (Flp 1,28), cuando no quiere reconocer el verdadero sentido de la cruz de Cristo [74], ciertamente que se pierde. Mas cuando obra de acuerdo con la ley divina inscrita en su corazón, de acuerdo con su conciencia (Rom 2,12-16), recibirá su premio; ciertamente que también a él se le puede otorgar la salvación sobre el fundamento único de la cruz de Cristo. Pablo no se ha detenido en explicar este punto, y por ello nos movemos entre hipótesis y deducciones. Lo que sí es cierto es que, según su doctrina,

66. 1Cor 3,12-17; 9,23-27; 10,11.12; 2Cor 6,1; Flp 2,12; 3,8-14.
67. Rom 1,18-32; 2,5-16; 3,6; 1Cor 6,2.
68. Rom 14,10; 1Cor 1,8; 4,4.5; 5,5; 2Cor 1,14; 5,10.
69. Rom 14,10-12; 1Cor 4,5.
70. 1Cor 3,12-15; 2Cor 5,10; 11,15; Gál 6,7-10.
71. Rom 2,6; 1Cor 3,8.12-15; 4,5; 2Cor 5,10; 9,6; Ef 6,8.
72. Cf., por ejemplo, 2Cor 9,8; Gál 6,9; 1Tes 2,19.
73. 1Cor 13,3; 15,32.
74. 1Cor 1,18; cf. 2Cor 2,15.16; 4,3.

la voluntad misericordiosa de Dios no merma ni mucho menos elimina la gravedad de las obligaciones morales. «En el juicio divino deciden los hechos. Lo cual no está en contradicción con la doctrina de la gracia y la fe, sino que, bien al contrario, concuerda con ella. No se plantea la cuestión de si obrar el bien es decisivo, sino de si es posible obrar el bien por las propias fuerzas. La negación del moralismo no es tomar en serio la acción, sino la ilusión del hombre no redimido sobre el obrar debido a sus propias fuerzas» (Brunner).

2. *La prueba escriturística: Abraham* 4,1-25

El propio Abraham fue ya justificado sólo en base a su fe 4,1-8

[1] *¿Qué diremos, pues, que obtuvo Abraham, nuestro padre*
según la carne? [2] *Porque, si Abraham fue justificado en virtud*
de sus obras, tiene motivo de jactarse. ¡Pero no ante Dios! [3] *En*
efecto, ¿qué dice la Escritura? «Creyó Abraham a Dios, y esto
se le tomó en cuenta como justicia» (Gén 15, 6). [4] *Ahora bien, al*
que realiza un trabajo, el salario no se le toma en cuenta como
un favor, sino como algo que se le debe. [5] *Por el contrario, al que*
no realiza trabajo alguno, pero tiene fe en aquel que justifica al
impío, esta fe suya se le toma en cuenta como justicia. [6] *En este*
sentido, también David proclama bienaventurado al hombre al
que Dios pone en cuenta justicia, independientemente de las obras;
[7] *«Bienaventurados aquellos cuyos delitos fueron perdonados, y cuyos*
pecados fueron cubiertos; [8] *bienaventurado el varón a quien el*
Señor no tomará en cuenta en modo alguno su pecado» (Sal 32,
1-2).

1 ¿Qué ocurrió, pues, con Abraham? Si Pablo pudiera demostrar que la autoridad incomparable del patriarca está de su parte, obtendría una victoria decisiva. La tradición textual del v. 1 es

discutible pero el pensamiento es claro. Suponiendo que Abra- 2
ham consiguió su justicia sobre el fundamento de las obras en
el sentido del judaísmo, ciertamente que podría alardear de sus
realizaciones, podría hacer valer sus pretensiones. Pero, aunque
los hombres tomen en serio tales alardes y pretensiones, ante
Dios no son nada. Que también Abraham, el patriarca de Israel 3
— el cual se confía en definitiva exclusivamente a las obras, y así
esperaba obtener su salvación — fue justificado sólo en base a
su fe, es algo que según el apóstol se demuestra claramente es-
tando simplemente al tenor literal de Gén 15,6 [75].

Más ¿qué significa en este contexto el «se le toma en cuenta»? 4
Pablo aduce un ejemplo general, que no desarrolla sin embargo
de forma pedante; en el v. 5 pasa de la comparación al tema cen-
tral. El trabajador recibe una cantidad equivalente a su rendi-
miento, ni más ni menos, «no se le toma en cuenta como un
favor, sino como algo que se le debe». Con el creyente las cosas 5
discurren de otro modo; no tiene para exhibir aquellas obras que
al judío se le antojan como necesarias para procurar la salvación.
Cree más bien en el poder creador de Dios (cf. v. 17), que puede
justificar de hecho y en forma efectiva al impío; esta fe con-
fiada se le toma en cuenta como justicia, no como algo debido,
sino por gracia.

Una segunda prueba para su tesis la toma Pablo del Sal 32 6
(31); también David está de su parte. El salmo habla del Perdón 7-8
de delitos, del encubrimiento de pecados, de un no tomar en
cuenta el pecado; pero no afirma que esto ocurra en base a las
obras. Ocurre más bien por pura gracia, como Pablo concluye
confiadamente y con toda razón. El texto hebreo dice «literal-
mente: feliz aquel cuyo delito ha sido quitado y, en cuanto al
pecado, está abierto, sobre el que Yahveh ha tendido un velo de
modo que, por así decirlo, desaparece a los ojos de Dios. Pero
que no se trata de un mero encubrimiento, sino de un borrar pro-
piamente dicho, lo demuestra el precedente "quitado". Por ello
hay que entender también el siguiente "tomar en cuenta" como
un finiquito definitivo del estado de culpa, que corresponde a la

75. Véase el comentario a Gál 3,6.

remisión de una deuda» (Herkenne). «Los pecados están perdonados, los pecados están encubiertos, los pecados no se imputan..., todas ellas son expresiones diferentes de un hecho único: que el pecado ya no existe a los ojos de Dios» (Lagrange).

La circuncisión de Abraham no fue más que el sello de su justicia por la fe
4,9-12

[9] *Ahora bien, esta declaración de bienaventuranza, ¿es para los circuncidados, o también para los no circuncidados? Porque decimos: «A Abraham se le tomó en cuenta la fe como justicia»* (Gén 15,6). [10] *Pero ¿cómo se le tomó en cuenta? ¿Estando ya circuncidado, o todavía sin circuncidar? No después de la circuncisión, sino antes de ser circuncidado.* [11] *Precisamente recibió la señal de la circuncisión como sello de la justicia por la fe que tenía antes de circuncidarse, para que así fuera a la vez: padre de todos los creyentes, aunque no circuncidados, a quienes se les tendría en cuenta su fe como justicia* [12] *y padre de los circuncidados, no sólo porque están circuncidados, sino también porque caminan tras las huellas de la fe de nuestro padre Abraham cuando aún era incircunciso.*

9 Pero, aunque el judío aceptase la argumentación que hasta ahora ha desarrollado el apóstol, siempre podría objetar que solamente atañe a los judíos; las bienaventuranzas de los v. 7 y 8 cuentan únicamente para el pueblo circuncidado de la alianza. También aquí sin embargo puede demostrarse por la Escritura
10 que la voluntad salvífica de Dios es universal. El texto alegado de Gén 15,6 (véase el comentario a Gál 3,6) se refiere ciertamente, no al Abraham que ya llevaba en su cuerpo la señal de la alianza, sino al Abraham incircunciso, y en cierto modo al Abraham pagano. La primera vez que el Génesis habla de la
11 circuncisión es en el capítulo 17; y esa circuncisión no es, por lo mismo, sino la confirmación solemne de algo realizado largo tiempo atrás, el sello de la justicia obtenida sobre el fundamento de la fe. Tomado al pie de la letra, el pasaje de Gén 15,6 no habla,

por lo demás, de la primera aceptación de Abraham en la benevolencia de Dios; ya el mandato divino para que saliera de Harán (Gén 12,1-3) indica que Abraham ya había alcanzado la gracia de Dios. Como quiera que sea, Gén 15,6 afirma con toda claridad y formalmente lo que interesaba a Pablo. Así pues, si el gran patriarca fue justificado en base a su fe y antes de la circuncisión, se ha convertido en el padre de todos los cristianos procedentes de la gentilidad; al haber recibido más tarde la cir- 12
cuncisión como sello de la justicia obtenida, también pasó a ser el padre de todos los judeocristianos que llevan en su carne el antiquísimo signo de la alianza, mas que no por ello se confían en él, sino que al igual que Abraham han alcanzado la justicia de Dios por la fe, y por la fe en exclusiva.

La promesa hecha a Abraham sólo obtuvo fuerza sobre el fundamento de su justicia por la fe 4,13-17

[13] *Pues no fue por medio de una ley como vino a Abraham y a su descendencia la promesa de que él iba a ser heredero del mundo, sino mediante la justicia por la fe.* [14] *Porque, si quienes heredan son los que proceden de la ley, la fe ha quedado sin contenido, y la promesa sin efecto;* [15] *ya que la ley acarrea el castigo, mientras que, donde no hay ley, tampoco hay transgresión.* [16] *Por eso la promesa es por la fe, para que lo sea según gracia y así la promesa quede firme para todos los descendientes, no sólo para los que proceden de la ley, sino también para los que proceden de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros,* [17] *como escrito está: «Te he constituido padre de muchos pueblos»* (Gén 17,5) *delante de aquel en quien creyó, de Dios que da vida a los muertos y el que a la misma nada llama a la existencia.*

La promesa de Dios a Abraham no fue un premio al cumpli- 13
miento de la ley —ésta no existía aún—, sino que la promesa se dio únicamente sobre la base de la justicia de fe. Pablo piensa en la promesa fundamental de Dios, según la que en Abraham

serían bendecidas todas las razas de la tierra (Gén 12,3), o como se dice en otro pasaje, que en su descendencia serían bendecidos todos los pueblos de la tierra[76]. El apóstol refuerza la fórmula en cuanto que *hace nombrar herederos del mundo a Abraham* y sus descendientes. Según la exposición del AT, Abraham recibió la promesa por primera vez (y también Gén 15,4.5) propiamente hablando no sobre la base de la fe, sino por la libre bondad del Dios que promete. Pablo no entra en detalles, pero su pensamiento supone claramente que la promesa habría quedado sin fuerza de no haberla acogido Abraham con fe.

14 La ley llegó sólo más tarde y, prescindiendo de que ya por esto mismo no pudo tener ningún papel decisivo[77], el cumplimiento de la promesa dependería en adelante de la observancia de la
15 ley mosaica. Pero, como la ley no se observa —como Pablo ha indicado—, y como su sola presencia no hace más que aumentar el número y gravedad de los pecados (cf. Rom 7), la promesa acabaría caducando si el cumplimiento de la ley fuese algo deci-
16 sivo. De donde resulta que la promesa no puede tener nada que ver con la ley; la promesa es más bien universal, vale para los judíos y también para los gentiles. Todos cuantos creen pueden
17 esperar de la promesa hecha a Abraham. La promesa de Dios a Abraham empieza ahora a cumplirse; el Abraham creyente es el padre de los creyentes todos, tanto de los cristianos oriundos del judaísmo como de la gentilidad. Quien cree como Abraham da a Dios el honor debido. El poder de Dios empieza donde las fuerzas del hombre terminan, Dios puede sacar de la muerte la verdadera vida y de la nada el verdadero ser —y por consiguiente que del pecador puede hacer un verdadero justo—, sólo *una fe así puede captar lo incomprensible que ha acontecido en* Jesucristo.

---

76. Gén 22,18; cf. 18,18.
77. Rom 5,20; Gál 3,17.18.

La fe de Abraham, que confiaba exclusivamente en Dios, es el modelo de la fe cristiana
4,18-25

[18] *Esperando contra toda esperanza creyó; y así vino a ser*
padre de muchos pueblos, según aquello que se le había dicho:
«Así será tu descendencia» (Gén 15,5). [19] *Y no flaqueó en su fe,*
aunque se dio perfecta cuenta de que su propio cuerpo estaba ya
sin vigor — pues tenía casi cien años —, y de que el seno de
Sara estaba igualmente marchito. [20] *Ante la promesa de Dios no ti-*
tubeó ni desconfió sino que fue fortalecido por la fe y dio gloria
a Dios; [21] *y quedó plenamente convencido de que poderoso es*
Dios para realizar también lo que una vez prometió. [22] *Por eso, pre-*
cisamente, «se le tomó en cuenta como justicia» (Gén 15,6).
[23] *Ahora bien, eso de que se le tomó en cuenta no se escribió en*
favor de Abraham solo, [24] *sino también en favor de nosotros, a*
quienes la fe se nos va a tener en cuenta, pues creemos en aquel
que resucitó a Jesús nuestro Señor de entre los muertos, [25] *el cual*
fue entregado por causa de nuestras faltas y fue resucitado por
causa de nuestra justificación.

Con el v. 17 Pablo vuelve ya sobre las ideas que le ocuparán **18**
en la última parte del capítulo acerca de Abraham: la maravillosa
grandeza y poder que presenta la fe del patriarca y su carácter
de ejemplaridad para los cristianos. Para Abraham ya no había
esperanza humana de obtener descendencia; si hubiera confiado
en las causas naturales de las cosas, la realización de la promesa
divina habría sido francamente imposible. Pero se apoyó únicamen-
te en Dios, esperando en él «contra toda esperanza», y por ello
halló gracia delante de Dios. El pensamiento de su edad, de su **19**
impotencia generativa y del vientre marchito de Sara no desmo-
rona su fe, no duda, o al menos no permite que la duda (Gén 17, **20**
17) se apodere de él, sino que cree. Con esta fe heroica recono-
ce a Dios como a quien realmente es, aquel cuyo poder sobre- **21**
pasa toda comprensión humana y que es capaz de llevar a tér-
mino sus promesas contra todos los cálculos del hombre. Esa fe **22**

poderosa le hace justo delante de Dios, aunque nosotros nunca podamos penetrar el impenetrable misterio de la cooperación de
23-25 Dios y del hombre en las decisiones que éste toma. En realidad eso es lo que constituye la verdadera cruz para la explicación de todo el capítulo. Pero la Escritura está ahí para nosotros. Lo que se cuenta de la historia de Abraham se nos aplica; debemos aprender que también nuestra salvación deriva exclusivamente de Dios, siendo la fe la que desde siempre ha abierto el único acceso hasta él. Sólo ahora se ha revelado la enorme voluntad misericordiosa de Dios, habiéndolo hecho con la muerte y resurrección de Jesús. El v. 25 presenta una formulación vigorosa contraponiendo la luz a las tinieblas; su coordinación sin embargo presenta un carácter retórico más que teológico; de una parte, la acción salvífica de Cristo y, de otra, la justificación de los creyentes constituyen una unidad.

Escritura e interpretación

Para Pablo, como para Jesús, los libros del Antiguo Testamento son Escritura sagrada. Lee el AT como palabra de Dios, según muestran, sobre todo, las grandes cartas. Sus citas están tomadas preferentemente del profeta Isaías (21 veces), de los Salmos (19), del Génesis (11) y del Deuteronomio (10). Aisladamente cita también el Éxodo, el Levítico, el primer libro de los Reyes, Oseas, Habacuc, Malaquías y Job. Lee el AT en la versión griega realizada en los siglos III-II a.C., llamada de los Setenta (por los supuestos 70, o más concretamente 72, traductores que la habrían hecho); por lo demás no siempre cita al pie de la letra ni exclusivamente según las tradiciones textuales que nosotros conocemos. El AT no es para el apóstol un documento de historia, un testimonio del gran pasado, ni siquiera un testimonio de la historia de la salvación ya ocurrida, sino más bien la expresión directa —y siempre con la misma capital importancia— de la voluntad de Dios para el presente. «Ahora bien, todo lo que se escribió previamente, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que, por la constancia y por el consuelo que nos dan las

Escrituras, mantengamos la esperanza»[78]. En Dt 25,4 Dios no habla del buey como exigiría el sentido literal, sino que en la Escritura habla siempre «expresamente a causa de nosotros» (1Cor 9,9-10); los acontecimientos referidos en los Libros Sagrados «les sucedían (a los israelitas) como hechos figurativos; y fueron consignadas estas cosas por escrito, para que sirvieran de advertencia a nosotros, que hemos llegado a la etapa final de los tiempos» (1Cor 10,11). Los libros veterotestamentarios hablan del NT. Esto no puede verlo ciertamente el judío no iluminado «porque hasta el día de hoy, en la lectura del Antiguo Testamento, sigue sin descorrerse el mismo velo (que ocultaba el rostro de Moisés), porque éste sólo en Cristo queda destruido. Hasta hoy, pues, cuantas veces se lee Moisés, permanece el velo sobre sus corazones» (2Cor 3,14-15). Cuando falta el Espíritu, la letra material resulta inútil (2Cor 3,6). Pero el que está dirigido por el Espíritu conoce el verdadero significado de la revelación. Ve que el Evangelio había sido prometido por los profetas (Rom 1,2). En el AT están previstas la muerte y resurrección de Jesucristo (1Cor 15, 3-4), sus padecimientos (Rom 15,3), su valor redentor (Gál 3,13) y su señorío (1Cor 15,25-26), así como la aniquilación de la muerte al final de los tiempos (1Cor 15,54-55) y el juicio (Rom 14,11). Para el iluminado el AT habla de la proclamación del Evangelio a los gentiles (Rom 15,9-12.21), de la desobediencia de Israel (Rom 10,19-21) y de las persecuciones que sufrirían los mensajeros de la fe (Rom 8,36). Al igual que los sacramentos de la nueva alianza tienen su modelo en el AT (1Cor 10,1-4), así también Adam es figura de Cristo (Rom 5,14), y Abraham el primero que obtuvo su salvación por la fe[79]. Agar con su hijo Ismael simboliza la antigua alianza; Sara e Isaac, la nueva (Gál 4,21-23). Es necesario entender que el AT habla aquí alegóricamente. Al mostrar Pablo por doquier el sentido divino del AT que apunta al futuro, proclama la unidad de la actuación salvífica de Dios y la necesidad de todo aquello que podía acontecer al hombre, por maravilloso y desconcertante que le resultase a menudo.

---

78. Rom 15,4; véase también 4,23.24.
79. Rom 4,3.9.16.17; Gál 3,6.16.

Pablo traza las líneas fundamentales de una consideración del AT realmente teológica. En detalles particulares ha tomado mucho de los métodos empleados en su tiempo, que nos resultan ciertamente comprensibles en todas sus argumentaciones escriturísticas.

Sin duda que Pablo ha aprendido muchas cosas de los rabinos, y el desarrollo de sus pruebas puede deberse en parte a la forma de argüir cultivada asimismo por el adversario al que combate. «La dependencia formal — del apóstol frente al rabinismo — se pone de manifiesto en toda una serie de rasgos comunes: acumulación de diversas citas bajo una palabra clave (por ejemplo, Rom 11,8-9; 15,9-12), deducción *a minore ad maius* (de lo menor a lo mayor, por ej., Rom 11,12), exposición encadenada (cf. Rom 10,5-9), inserción de palabras decisivas en la reproducción o explanación de citas (por ejemplo, 1Cor 15,45), descifrado de detalles particulares (cf. 1Cor 3,7.13-16; Gál 3,16), secuencia encadenada de versículos o episodios (cf. Rom 4,10.11), *argumenta e silentio* (haciendo hincapié en lo que no se dice, por ejemplo, Rom 4,6-8), *e contrario* (demostraciones por contraposición, por ejemplo, Rom 3,4; 1Cor 14,21.22; 15,45) y, finalmente, empleo general de imágenes a metáforas que explican o preparan una palabra escriturística (por ejemplo, 1Cor 11,3.7-10 y 4-6.14.15)» (según Michel).

Del mismo modo pueden percibirse ecos de los métodos probatorios empleados habitualmente por el judaísmo helenístico (Filón)[80]. El hecho de que el Apóstol en las cartas a los Tesalonicenses y en las de la cautividad (exceptuada Ef) no aduzca ninguna prueba escriturística no puede ocultar ni disminuir la importancia del AT para su teología, habida cuenta del abundante material bíblico que contienen sus grandes cartas. Evidentemente Pablo no es un teólogo bíblico en el sentido moderno reformista, porque nunca ha pretendido hacer de la Escritura algo así como la primera o la única fuente de la fe cristiana. Esa primera fuente era su autoridad apostólica, el magisterio vivo que se le había confiado y que él ejercía en conexión con los apóstoles de la primera hora.

---

80. Por ejemplo, 1Cor 9,9.10; 10,4; Gál 3,16; 4,25.

3. *La esperanza cristiana*
5,1-21

El acto salvador de Dios en Jesucristo
5,1-11

[1] *Así pues, habiendo sido justificados por la fe, estamos en paz*
con Dios por nuestro Señor Jesucristo, [2] *por el cual hemos obtenido*
[por la fe] incluso el acceso a esta gracia, en la que estamos fir-
mes, y gozosamente nos sentimos seguros en la esperanza de la
gloria de Dios. [3] *Y no sólo esto; sino que también nos sentimos*
gozosamente seguros en las tribulaciones, sabiendo que la tribu-
lación produce constancia; [4] *la constancia, virtud sólida; la virtud*
sólida, esperanza; [5] *y la esperanza no decepciona, porque el amor*
de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del
Espíritu Santo que se nos dio.
[6] *Efectivamente, estando aún nosotros desvalidos, Cristo murió,*
a su tiempo, por quienes estaban alejados de Dios. [7] *Y la verdad*
es que apenas hay quien muera por un justo; y eso que por un
hombre de bien quizás haya alguien que se atreva a morir. [8] *Pero*
prueba del amor que Dios nos tiene es que, siendo nosotros aún
pecadores, Cristo murió por nosotros. [9] *Con mucha más razón,*
por consiguiente, ahora que por su sangre hemos sido justificados,
por él seremos salvados de la ira. [10] *Porque, si cuando éramos ene-*
migos fuimos reconciliados con Dios mediante la muerte de su
Hijo, con mucha más razón, una vez reconciliados, seremos sal-
vados por su vida. [11] *Y no sólo esto; sino que también nos senti-*
mos gozosamente seguros en Dios, por nuestro Señor Jesucristo,
por quien hemos recibido ahora la reconciliación.

Porque Dios ha actuado en Jesucristo, ya no estamos perdidos. **1**
Hemos sido justificados por un milagro y, porque Dios se ha compadecido, tenemos ahora paz con él, cuando antes éramos enemigos suyos (v. 10). Esta lectura está mejor atestiguada por los manuscritos y, en cuanto al sentido, es siempre posible, aunque

no encaja tan bien con el contexto, por lo cual muchos exegetas
la rechazan y adoptan la lectura «tengamos paz». Esta paz, de la
que todo pende, ha sido hecha realidad por la obra salvífica de
nuestro Señor Jesucristo, sin que nosotros hayamos hecho nada.
2 El camino hacia Dios está de nuevo expedito fundamentalmente. El
Señor ha hecho posible la fe, en base a la cual somos de nue-
vo acogidos por Dios. Ahora estamos en la «gracia» y podemos
gloriarnos; pero no ciertamente con la vana gloria judía de la
justicia por las obras, que se engaña a sí misma y desconoce por
completo la realidad [81]. Nos gloriamos más bien porque, al haber
sido gratificados por Dios, nos hallamos infinitamente por encima
de los demás hombres, porque esperamos en el sentido cristiano;
es decir, porque tenemos delante de nosotros, por gracia, un futu-
3 ro inacabable en la gloria de Dios. Y de esta esperanza, que so-
brepasa cuanto el hombre puede imaginar, brota la fuerza para
gloriarse incluso en las tribulaciones que necesariamente asaltan
los cristianos mientras están en este mundo. Porque esos pade-
4 cimientos despiertan la voluntad firme de resistir; ahora bien, en
esa constancia se prueba el cristiano, y de esa prueba florece
una nueva esperanza.
5 Esta esperanza, que en todas las cuestiones decisivas lo aguar-
da todo de Dios y nada de sí misma, se funda exclusivamente en
el Espíritu Santo, el cual se nos ha dado con la fe y el bautismo,
y en el cual se nos manifiesta el amor rebosante y desmedido que
6 Dios nos tiene. La esperanza tiene su apoyo en el hecho, incom-
prensible, pero irrefutable, de que Jesucristo, el Hijo del Dios
ofendido, ha muerto por nosotros, en nuestro lugar y en sustitu-
ción nuestra, por nosotros que éramos quienes realmente había-
mos merecido la muerte, y lo hizo en un tiempo en que nosotros
éramos unos desvalidos (por lo que respecta a la vida ética y re-
7 ligiosa), cuando éramos pecadores (v. 8) e impíos. Vista desde
el hombre y medida con criterios humanos, la actuación de Dios
resulta incomprensible y misteriosa. El apóstol intenta ponerlo
de relieve con un ejemplo: entre los hombres apenas habrá uno
que quiera entregar su vida por un justo; pero en medio de su

81. Cf. Rom 3,27; 1Cor 1,29; 4,7.

dictado Pablo se corrige[82]. Si, aquí y allá se encuentra algún hombre que, impulsado de un amor heroico, está pronto a entregar su vida por alguien que a su juicio es «hombre de bien». Pero jamás, y bajo ninguna circunstancia podría hallarse un hombre que — sin tener delante el ejemplo de Jesús — estuviera dispuesto a sacrificar libremente su vida por su enemigo. Y eso ha sido pre- **8** cisamente la acción de Dios.

Todo pensamiento humano queda aquí desconcertado. En la revelación del amor de Dios hacia los pecadores, a través de la muerte de Jesús, el hombre descubre aterrado su verdadera dignidad y la incomprensibilidad de Dios. Es de esta redención, to- **9** talmente inesperada y que supera abiertamente todo el poder de comprensión del hombre, que el cristiano saca una nueva esperanza para el futuro. En dos conclusiones de menor a mayor — argumentación empleada a menudo por los rabinos — demuestra el apóstol que quienes inmerecidamente, y gracias al sacrificio sangriento de Jesús, han sido devueltos a Dios, pese a su infinito alejamiento, podrán a buen seguro contar con la gracia de Dios en el día de la ira y del juicio (2,5.8). El v. 10 expresa la misma idea **10** de modo positivo. Si cuando éramos enemigos de Dios hemos experimentado su bondad misericordiosa en la muerte de Jesús, con mayor razón — una vez reconciliados con él — seremos salvados por nuestra comunión con el Cristo viviente, cuya fuerza vital es ahora indestructible. Pero la cosa no queda en que llevemos en nosotros **11** esa esperanza como la espera de algo lejano y futuro: es que mediante ella Dios está presente en nosotros. Por ella estamos gozosamente tranquilos, por ella nos confiamos a Dios, con la misma seguridad y orgullo con que el judío confiaba en sí mismo. Jesucristo ha muerto por nosotros; con su muerte ha cerrado el abismo insalvable que se abría entre Dios y el hombre.

82. Algo parecido ha hecho en Rom 1,11.12; 1Cor 1,14-16, por ejemplo.

Adán y Cristo
5,12-21

12 Por esta razón, como por medio de un solo hombre entró
el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así la muerte
pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron 13 Porque ya
antes de la ley existía pecado en el mundo, aunque el pecado no se
imputa cuando no hay ley. 14 Sin embargo, la muerte reinó desde
Adán hasta Moisés, incluso sobre aquellos que no pecaron a la ma-
nera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de
venir. 15 Pero no fue la falta de igual categoría que el don. Pues, si
por la falta de uno solo la humanidad incurrió en la muerte, con
mucha más razón la gracia de Dios, o sea, el don contenido
en esa gracia, en la de un solo hombre, Jesucristo, redundó pro-
fusamente sobre la humanidad. 16 Ni sucede con el don como
sucedió por causa de aquel uno que pecó: pues, a consecuencia
de una sola falta, el juicio terminó en condenación; mientras
que el don, partiendo de muchas faltas, culminó en justifica-
ción. 17 Porque si por la falta de uno solo reinó la muerte por
éste solo, con mucha más razón, por uno solo, Jesucristo, rei-
narán en la vida los que reciben la abundancia de la gracia y
del don de la justicia.

18 Así pues, como por la falta de uno solo recayó sobre todos
los hombres la condenación, así también por la acción justa de uno
solo recae sobre todos los hombres la justificación que da vida.
19 Pues, al igual que por la desobediencia de un solo hombre la
humanidad quedó constituida pecadora, así también por la obe-
diencia de uno solo la humanidad quedará constituida justa.

20 La ley intervino para que se multiplicaran las faltas; pero,
donde se multiplicó el pecado, mucho más sobreabundó la gracia,
21 a fin de que, así como el pecado reinó para la muerte, así tam-
bién la gracia, mediante la justicia, reine para vida eterna por Je-
sucristo nuestro Señor.

12 La salvación futura y definitiva es absolutamente segura. Así lo demuestra Pablo con una segunda prueba ligada a la primera.

Por Cristo hemos sido hechos partícipes de la reconciliación, lo que quiere decir que, así como por Adán (sin intervención nuestra) llegó toda la desgracia, también por Cristo (y sin que tuviéramos arte ni parte) ha llegado toda salvación. El pecado entró en el mundo como un poder que todo lo tiraniza, llegando con su pavoroso acompañante, la muerte, que se abrió camino hasta cada uno de los hombres por el hecho de que todos pecaron. En la carta a los Romanos el apóstol habla del pecado como de una persona operante, como de una potencia demoníaca. El pecado se ha metido en el mundo como un acompañante terrible (Rom 5,12), a través de la muerte se ha enseñoreado de los hombres (5, 21), todos le están sometidos (3,9), han sido vendidos a él (7,14). El pecado domina en el cuerpo del hombre no redimido (6,12), habita en el hombre (7.17.20), tiene su tenebroso ordenamiento, su propia ley (7,23.25). La muerte es su paga (6,23), siempre provoca en el hombre la desgracia (7,8), seduce y mata por medio de la ley de Moisés que en sí es santa (7,11.13).

Es difícil decir con otras palabras cuál es la importancia teológica que late bajo este cuadro impresionante del apóstol; parece estar en juego todo el destino del hombre: el diablo y sus satélites, los estragos del pecado original en el hombre y, sobre todo, la concupiscencia. Tras la breve frase de «por cuanto todos...», el apóstol se interrumpe; es preciso rechazar un equívoco.

La literatura religiosa del judaísmo coetáneo respondía a la 13
difícil cuestión, de cuál había sido la participación de cada hombre en la culpa de Adán, diciendo simplemente que asigna a cada uno la responsabilidad de su destino; «pues, aunque Adán pecó primero y acarreó la muerte sobre todos, aquellos que descienden de él, todos y cada uno de ellos se preparan a sí mismos el tormento futuro, y cada uno se elige los honores venideros. De este modo Adán es la causa únicamente para sí mismo, y todos nosotros, cada uno de los hombres, lo es personalmente para sí» [83]. Incluso para Pablo no existe la menor duda de que todos los hombres han pecado por sí mismos. Pero la escuela decisiva de

83. Apocalipsis de Baruc 1,54,15, según VIOLET; de forma parecida 4 Esd 3,25.26; 7,45-48.

que hubieran de morir se debe sólo a Adán. El pecado que «se imputa», el pecado que acarrea la muerte, sólo aparece —en opi-
14 nión del apóstol— mediante la transgresión de la ley. En el período que corre desde Adán hasta la promulgación de la ley mosaica en el Sinaí resulta, sin embargo, que los hombres murieron, pese a no haber transgredido ninguna ley que los amenazase con la muerte, como había ocurrido al principio con Adán y Eva (Gén 2,17); su muerte, por consiguiente debe adscribirse a Adán; Adán por tanto es el causante de la muerte de todos. Es ahora cuando Pablo puede llevar hasta el fin la contraposición iniciada en el v. 12; así lo hace de primeras sólo con una breve frase en
15 la que designa a Adán como contrafigura de Jesucristo. Pero en los tres versículos siguientes Pablo no desarrolla de hecho los paralelismos —o mejor contraparalelismos— que había intuido. Lo que se le impone más bien es que ha de habérselas con dos enemigos desiguales que si el pecado y la muerte pretenden corromper al hombre no lo lograrán en modo alguno cuando Dios quiere sal-
16 varle. Conviene no olvidar que la gracia de Dios que nosotros recibimos por Jesucristo supera infinitamente en eficacia operativa y en abundancia al destino fatídico que procede de Adán. Tampoco se debe olvidar que el pecado de un individuo lo corrompió todo sin duda; pero cuando Dios se empeña en salvar las múltiples faltas no pueden contener la gracia divina. Los v. 15 y 16
17 se dividen en afirmación y prueba; en el v. 17 falta la afirmación. Por Adán llegó (el pecado y por él) la muerte a dominar, quedando los hombres sin ninguna esperanza en medio de sus ataduras; esto vale en todas partes donde no se conoce a Cristo; con mayor razón ciertamente los justificados señorean en la vida eterna y de esclavos se convierten en reyes.

La lengua se hace más rica y sonora. El corazón del apóstol
18 rebosa de esperanza enardecida en la consumación definitiva. Sólo ahora está expedito el camino para completar la frase iniciada en el v. 12. En consecuencia, pues, y en el sentido de que la victoria es de Dios, de que en eficacia y abundancia la gracia supera infinitamente al pecado, en este sentido exclusivo Adán y Cristo son figuras que se contraponen. Por el pecado de Adán llegó la condenación para todos, por el acto de justicia de Cristo (v. 19:

la obediencia) llegó la sentencia de Dios que ha justificado al hombre. Por la desobediencia de Adán los hombres se hicieron peca- 19
dores y culpables (¡he ahí el pecado original!); la obediencia con que Jesús aceptó la muerte de cruz (Flp 2,8), ha hecho justo a los hombres que creen y, puesto que la consumación todavía está por llegar, Jesús los justificará plenamente en el futuro juicio final, sólo en el cual la herencia esperada de la justicia (Gál 5,5) alcanzará su completa realización. De esta forma, Adán y Cristo son los dos polos de la historia universal.

Mas ¿qué ocurre ahora con la ley mosaica, centro de la con- 20
cepción judía de la historia, frente a esta nueva, verdadera y definitiva visión del mundo? Se le priva de su importancia absoluta, que era sólo una pretensión judía. Aun siendo santa (Rom 7,12), no deja de persistir la amarga realidad de que no ha brindado ninguna protección eficaz contra el pecado; por el contrario, lo ha estimulado. Desde Adán hasta Cristo no hay más que muerte, con lo que cobra singular trancendencia la afirmación de que sólo con Cristo ha llegado la vida. Dado que la ley no puede tener otro sentido que el de impulsar los designios de Dios, es decir, contribuir al establecimiento del reinado de la gracia, quiso Dios tomar motivo de la multiplicación de los pecados por medio de la ley para demostrar el poder y la riqueza inexhausta, para su- 21
perarlo por la gracia divina. El reinado del pecado a través de la muerte ha sido abolido por la acción de la gracia que expande vida, por lo que, al final, se impone la certeza cristiana de que toda clase de males e iniquidades existen en razón del bien, y de que la acción de Dios, que ya se ha manifestado en nosotros, alcanzará su consumación con el derrocamiento del reino del pecado y de las angustias de la muerte a través del reinado imperecedero de la gracia.

Origen del pecado

En Rom 5,12-21 Pablo quiere demostrar que por Jesucristo hemos alcanzado con absoluta certeza la gracia y la vida; de ahí que compare la acción salvífica de Cristo, que es lo que pre-

tende demostrar con la acción deletérea de Adán, firmemente establecida según la Escritura[84] y sobre todo de acuerdo con la creencia de la teología judía coetánea. Pablo roza con esta ocasión el problema del origen del pecado, y tiene gran importancia saber hasta qué punto coincide su pensamiento con la doctrina del pecado original propuesta por la teología cristiana posterior. Mientras Rom 5,12 se tradujo «en el cual (= Adán) todos pecaron», la cuestión parecía simple y clara. Mas cuando se hubo impuesto la convicción de que por razones gramaticales era correcto traducir «en cuanto (= porque) todos pecaron», la doctrina del pecado original ya no se podía derivar directamente del tenor literal de Rom 5,12-14. Se descubrió que el tema de la perícopa era la muerte original o hereditaria: uno es el que ha pecado y todo muere. Mas no era posible contentarse con eso; ¿Cómo compaginar la justicia de Dios con el castigo de todos motivado por el pecado de uno solo? Pablo persiste en su tema (la gracia y la vida por Jesucristo) sin dar un paso más de lo absolutamente necesario. Pero, precisamente por ello, se justifica e impone la hipótesis de que en el pensamiento del apóstol lo que todos heredan de Adán no es sólo el castigo, la muerte, sino también la culpa, el pecado.

Rom 5,19 habla inequívocamente de un daño profundo inferido a todo el género humano por Adán; asimismo por la culpa adamítica todos los hombres son pecadores. Pero, desde luego, no sabemos más. Qué ocurre exactamente con la responsabilidad de cada uno, cómo hay que entender la colaboración entre Adán y cada hombre, y en consecuencia cómo puede merecer justamente el castigo cada individuo — hecho que Pablo mantiene firmemente — son otras tantas cuestiones para las cuales sólo contamos con ciertas sugerencias que — de acuerdo con la fuerza comprensiva humana — únicamente recibirán luz plena con el desarrollo doctrinal. No debemos olvidar jamás que para Pablo sólo se trata aquí de una cuestión accesoria; lo que quiere realmente es hablar de la salvación a quienes saben que han sido salvados por Jesucristo[85].

---

84. Véase, por ejemplo, Gen 3; Sal 51,7; Job 14,4.
85. Véase también el comentario a 7,13.

La historia de la salvación

Para Pablo la historia es historia de la salvación. En el centro de todo el acontecer mundial está Jesucristo; ante los ojos de Dios él es el que divide la historia de la humanidad en dos períodos radicalmente distintos [86]. El tiempo anterior a Cristo se caracteriza por el acto de desobediencia de Adán, a través del cual se abrieron de par en par las puertas de este mundo al dominio de las potencias demoníacas, que son el pecado y la muerte (Rom 5,12). Desde entonces la humanidad yace en una esclavitud que no hace sino corromperla [87]. Se encuentra bajo la dominación de la ley, desamparada en medio de este mundo perverso (Gál 1,4, y comentario), alejada de Dios y con un sentimiento de animosidad, dispuesta a las malas obras (Col 1,21); la humanidad está bajo la cólera de Dios [83]. Gentiles y judíos fracasaron por igual ante los requerimientos de Dios (Rom 1,18-3,20), que aguardó pacientemente (Rom 3,25) para terminar socorriendo por Jesucristo de un modo eficaz y decisivo.

Esta decisión, sin embargo, se fue preparando en el período de tiempo transcurrido entre Adán y Cristo. Primero, por cuanto que Dios justificó a Abraham sobre el fundamento de su fe y le hizo una promesa [89]. Éste fue el primer rayo de luz en las tinieblas de la edad precristiana. Después, por el hecho de haber aparecido la ley en este mundo, se agravó hasta los límites insospechados la miseria del hombre, dominado como estaba por el pecado [90]. En la plenitud de los tiempos [91], el acto infausto de Adán ha sido anulado en Jesucristo (Rom 5,12-21); Cristo es la contrafigura de Adán; la promesa se ha cumplido. Él es el fin de la ley (Rom 10,4). Por la acción salvadora de Jesús — encarnación, muerte en cruz, resurrección, exaltación (los detalles de la vida de Jesús pasan a segundo término) — el hombre ha sido arrancado al dominio esclavizante

86. Véase, por ejemplo, Rom 1,1-6; 3,21-26; 5,12-21; 8,2.3; 2Cor 5, 17-21; Gál 1,4; 4,4.5; Ef 2,1-10; Flp 2,5-11.

87. Rom 6,16-20; Gál 4,3-9; Col 2,8.20.

88. Rom 1,18; 3,5; 4,15; 9,22; Ef 2,3; 5,6; Col 3,6.,

89. Rom 4; Gál 3,6-14.

90. Véase comentario a Rom 7,14-25.

91. Gál 4,4; Ef 1,10.

de las potencias demoníacas y puede así reemprender el camino hacia Dios. Se ha librado la batalla decisiva, el poder de las potencias meléficas ha sido quebrantado en favor de todo hombre de buena voluntad.

Con Jesucristo ha llegado el ahora de la salvación [92]. Este ahora abarca, ciertamente, todavía un período de prueba [93]. Con Cristo ha empezado la nueva era del mundo; pero todavía no se ha manifestado en todo su esplendor. Opera ya al presente, si bien las potencias enemigas no están todavía ineficaces y muertas, aunque debilitadas y sin su fuerza mortificante absoluta. De este modo discurren paralelos los dos mundos: el viejo que es malo y está destinado a una muerte segura, y el nuevo que se encamina al día de la revelación definitiva.

Como creyentes y bautizados vivimos en la comunidad visible de Dios, como el verdadero Israel de Dios (Gál 6,16) y como herederos de las promesas en un período intermedio de gran significación, con el que ya ha empezado el tiempo final; las cosas avanzan inexorablemente a la gran revelación definitiva de Dios. Es un tiempo de esperanza (Rom 8,24.25) y de espera; aguardamos la revelación de los hijos de Dios (Rom 8,19); aspiramos a la adopción de hijos, a la redención de nuestro cuerpo, deseamos la revelación de nuestro Señor Jesucristo (1Cor 1,7), aguardamos pacientemente la esperanza de la justicia (Gál 5,5), aguardamos del cielo a nuestro Salvador (Flp 3,20). Se requiere paciencia, sobre todo cuando no faltan tribulaciones de varia índole [94]. También los padecimientos del cristiano tienen su puesto en el plan salvífico de Dios (cf. Col 1,24). El esclarecimiento definitivo de todas las cosas sólo se logrará el día de la ira [95], «el día del Señor» [96], la venida del Señor para el juicio [97]. Con ese «día» termina y se

---

92. Por ejemplo, Rom 3,21.26; 5,9.11; 8,1; 11,30; 16,26; 2Cor 5.16; 6,2; Ef 3,5.10; 5,8.

93. Rom 11,30.31; 13,11; 1Cor 7,29-31; 2Cor 6,2.

94. Cf. Rom 5,3.4; 8,25; 15,4; 2Cor 1,6; 6,4; Col 1,11; 1Tes 1,3.

95. Rom 2,5.8; 5,9; 12,19.

96. 1Cor 1,8; 5,5; 2Cor 1,14; Flp 1,6.10; 1Tes 5,2.4; 2Tes 1,10; 2,2.

97. Parusía: 1Cor 15,23; 1Tes 2,19; 3,13; 4,15; 5,23; 2Tes 2,1.8; véase el comentario a Rom 3,21-31.

consuma la historia. Todas las potencias enemigas de Dios son destruidas, Cristo triunfa, y al final será aniquilada la muerte. Todo quedará sometido a la soberanía de Dios. Dios será de hecho el «todo en todos» (1Cor 15,24-28).

Sección tercera

LOS FUNDAMENTOS DE LA VIDA CRISTIANA
6,1-8,39

1. *Vivir en Cristo es el verdadero servicio*
6,1-23

En el bautismo los cristianos resucitan a una nueva vida
6,1-11

[1] *¿Qué diremos, pues? ¿Qué permanezcamos en el pecado,*
para que la gracia se multiplique? [2] *¡Ni pensarlo! Quienes quedamos*
ya muertos al pecado, ¿cómo hemos de seguir todavía viviendo
en él? [3] *¿O es que ignorais que cuantos fuimos bautizados en*
Cristo Jesús, fue en su muerte donde fuimos bautizados? [4] *Pues*
por medio del bautismo fuimos juntamente con él sepultados en su
muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los
muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos
en una vida nueva. [5] *Porque, si estamos injertados en él, por muer-*
te semejante a la suya, también lo estaremos en su resurrección.
[6] *Comprendamos bien esto: que nuestro hombre viejo fue cru-*
cificado junto con Cristo, a fin de que fuera destruido el cuerpo
del pecado, para que no seamos esclavos del pecado nunca más.
[7] *Pues el que una vez murió, ha quedado definitivamente liberado*
del pecado. [8] *Por lo tanto, si hemos muerto con Cristo, tenemos fe*
de que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez
resucitado de entre los muertos, ya no muere más: la muerte ya
no tiene dominio sobre él. [10] *Porque en cuanto a que murió, para*

el pecado murió de una vez para siempre; pero en cuanto a que vive, vive para Dios. [11] *Así también vosotros consideraos, de una parte, [que estáis] muertos al pecado; y de otra, vivos para Dios en Cristo Jesús.*

1 El mensaje de la gracia salvadora de Dios podía desfigurarse. Los enemigos del apóstol le reprochaban una y otra vez que con su doctrina de la gracia destruía los fundamentos de la vida cristiana (cf. Rom 3,5-8). Si es verdad que la gracia muestra su fuerza auténtica y dominadora precisamente allí donde existe el pecado (véase 5,20), ¿no sería bueno permanecer en el pecado? De este modo los enemigos hacían de un conocimiento historicosalvífico
2 un principio ético falseando con ello groseramente el Evangelio. El apóstol rechaza con energía esas frívolas consecuencias. Alude simplemente a lo que ya ha acontecido en el cristiano y que sólo necesita de la consumación (que desde luego no podrá realizarse sin el esfuerzo vigoroso del hombre). El poder del pecado, el pecado, dominador, ya no tiene ninguna fuerza sobre los cristianos como sobre unos desvalidos; ya no puede esclavizarlos como quisiera. Porque el cristiano está muerto a las potencias maléficas de este
3 mundo y, por ende, está libre de su cruel dominio. El acontecimiento de toda vida cristiana es el bautismo. Los bautizos han sido sacados de este mundo y «sumergidos» en Jesucristo (según el significado originario de la palabra griega ἐβαπτισθμηεν — «fuimos bautizados» —, corriente entonces para quienes hablaban grie-
4 go). El hombre comparte en el bautismo el destino único de Cristo ha muerto y ha sido sepultado con él de un modo sacramental y real, y así como Cristo ha sido resucitado de entre los muertos por la «gloria» del Padre (en la palabra «gloria» condensa Pablo toda la realidad, el poder y la dignidad de Dios), así también nosotros hemos sido resucitados con él en una vinculación misteriosa y real. Pablo pasa por alto el último miembro y habla en seguida del cambio en la nueva vida llevando adelante su argumentación.

5 En el bautismo, figura de la muerte de Jesús, hemos sido injertados en su muerte; nuestro destino se ha fundido con el suyo y con su muerte de una manera misteriosa pero absolutamente efec-

tiva; otro tanto ha sucedido con su resurrección, que también imita el rito de la emersión o salida de las aguas bautismales. Lo abreviado de la construcción no permite descubrir claramente si Pablo —al igual que hace en el v. 4 pasando por alto los miembros intermedios— tiene ya aquí ante los ojos la consumación final. El hombre «viejo» (en oposición al «nuevo»[98]), sometido al 6
dominio del pecado y de la muerte[99], ha sido crucificado con Cristo[100], muerto y sepultado, con lo que ha quedado libre de la servi- 7
dumbre del pecado, pues, es una verdad universal que la muerte libera de la esclavitud; o bien —si se quiere escuchar con mayor claridad el ordenamiento jurídico coetáneo— es un principio de los rabinos que el muerto está libre de la ley y de la observancia de los preceptos.

Quien ha muerto con Cristo puede esperar la consumación 8
final[101]. Pero esta convivencia con Cristo se funda en el bautismo. 9
Cristo ha resucitado de entre los muertos, ahora ya no muere, ya no está sujeto al dominio del poder del pecado y, por lo mismo, tampoco a la muerte. Al morir aquel que no tenía pecado (cf. sin em- 10
bargo 2Cor 5,21) ha escapado del poder del pecado —como dice Pablo con una imagen vigorosa—, por lo que quien está «en Cristo» tampoco está ya sujeto al dominio del pecado. La vida de Cristo resucitado y glorificado es una comunión viva con el Dios viviente. Mas con la comunión viva del morir y resucitar con Cristo, 11
el cristiano obtiene la libertad de la esclavitud del pecado, y así vive fundamentalmente en Cristo, entregado sólo a Dios a modo de arras.

El bautismo

En su doctrina sobre el bautismo Pablo está vinculado a la comunidad primitiva[102]. Transmite también aquí lo que, a su vez,

98. Ef 4,24; Col 3,10.
99. Ef 4,22; Col 3,9.
100. Gál 2,19; 5,24; 6,14.
101. 1Cor 15,22; 2Cor 4,10.17; Flp 1,23.
102. Véase el comentario a Act 2,37-41.

había recibido. Pero, además, ha sido el primero en exponer claramente la auténtica doctrina teológica acerca de la fuerza sobrenatural del bautismo que, de acuerdo con su naturaleza, transforma al hombre; esto lo ha hecho, sobre todo, en Rom 6 [103]. La imagen aquí presentada se completa con otros pasajes. La fe, en la que el hombre abraza con todo su ser la salvación ofrecida por Dios, se completa en el bautismo; ya que «todos, en efecto, sois hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús, pues todos los que fuisteis bautizados en Cristo, os habréis revestido de Cristo» (Gál 3,26-27). Es imposible separar fe y bautismo, como también atribuir al bautismo, que es necesariamente una confesión, una fuerza mágica (dejando de lado la fe [104], ni cabe tampoco ver la fe sin el bautismo como lo decisivo en la constitución del ser cristiano. Sólo con la fe y el bautismo, juntos, se hace el hombre cristiano; sólo en el bautismo se consuma la transformación de su interior. Obtiene la remisión de los pecados, es lavado [105], santificado, justificado (1Cor 6,11), y como hombre «en Cristo» entra en comunión con el cuerpo místico de Cristo, con la comunidad de todos los cristianos bautizados, «pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, fuimos bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo...» (1Cor 12,13). En el bautismo el hombre recibe al Espíritu [106]. Por eso, es necesario que cada uno se bautice [107]. Ni en Pablo ni en los Hechos de los apóstoles se habla expresamente de una fórmula trinitaria para el bautismo [108]. Pasajes como 1Cor 1,13-15; 6,11 [109] permiten suponer que en las comunidades paulinas se administraban también el bautismo «en el nombre del Señor Jesucristo» (1Cor 6,11) o con otras fórmulas.

---

103. Véase el comentario y también Col 2,11-12.
104. En el sentido, por ejemplo, de 1Cor 15,29, cf. el comentario; contra tal concepción mágica véase también 1Cor 10,1-13.
105. Cf. Ef 5,26; Act 22,16.
106. Pero, cf. comentario a Act 8,14-17.
107. Por ejemplo, 1Cor 12,13; también Gál 3,27; Ef 4,4.5.
108. Mt 28,19; cf. comentario.
109. Así como Rom 6,3; Gál 3,27.

En Cristo, por Cristo, con Cristo

En sus cartas Pablo emplea ciento sesenta y cuatro veces la fórmula «en Cristo» (o una fórmula similar, como «en Cristo Jesús» o «en el Señor», etc). En la mayoría de los casos esta fórmula es «la auténtica expresión paulina de la comunión más íntima que imaginarse pueda del cristiano con el Cristo viviente» (Deissmann). El creyente y bautizado es un hombre en Cristo (2Cor 12,2), pertenece a los santificados en Cristo Jesús [110], a los hermanos santos y creyentes en Cristo [111]. En Cristo Jesús el hombre recibe un nuevo ser (1Cor 1,30), se hace una nueva criatura (2Cor 5,17) y ha escapado a la condenación (Rom 8,1); para encontrarse en Cristo bien vale la pena sacrificarlo todo (Flp 3,8-9). Para quien está en Cristo toda la vida es una vida en Cristo, una vida cristiana [112]. El cristiano se alegra en el Señor (Flp 3,1), se esfuerza en el Señor (Rom 16,12), habla en Cristo (2Cor 2,17), ruega y exhorta en el Señor Jesús (1Tes 4,1), escribe en el Señor (Rom 16,22) y dice la verdad en Cristo (Rom 9,1). Los dirigentes de la comunidad reciben su ministerio en el Señor (Col 4,17), y en el Señor lo ejercen (1Tes 5,12). Los cristianos se acogen unos a otros en el Señor (Rom 16,2), se casan en el Señor (1Cor 7,39), duermen en Cristo (1Cor 15, 18). Todo el vivir y pensar del cristiano es un vivir y pensar en comunión íntima con Cristo Jesús.

Para el creyente resulta perfectamente comprensible el pensamiento de Pablo; también descubre de modo inmediato la debilidad e insuficiencia de todas las tentativas por hacer comprensible mediante imágenes especiales la realidad sobrenatural de la que habla el apóstol y que en el fondo es incomparable por no tener igual. Pablo quiere hablar de la unión admirable y gratuita del hombre con el Cristo glorificado, que no mengua y para la que en definitiva resultan inadecuadas todas las analogías humanas. En algunos pasajes —cambiando la imagen al tiempo que perfila y

110. 1Cor 1,2; véase Flp 1.1.
111. Col 1,2; cf. Flp 1,14; también Gál 1,22; 1Tes 2,14.
112. Cf. sobre este punto Gál 2,20.

precisa unas comparaciones con otras — habla de que Cristo habita en el hombre. Quien ha sido sumergido en Cristo con el bautismo, ha sido revestido de Cristo (Gál 3,27), ha entrado en la comunión más íntima con él, que desde luego debe renovar de día en día [113]. El yo del hombre se ha identificado de un modo sobrenatural y efectivo con el yo de Cristo glorioso; Cristo vive en el cristiano [114]. En otros lugares habla el apóstol de que el Espíritu Santo habita en los cristianos [115]. También en esto se destaca desde luego que a los cristianos tan generosamente obsequiados por Dios no se les dispensa del esfuerzo (Gál 4,19).

La fórmula «por Cristo» * que aparece en Pablo treinta y cuatro veces, significa en la mayor parte de los casos al Cristo operador de la salvación. La obra salvífica de Jesús nos ha dado la paz con Dios (Rom 5,1-2); por ella hemos recibido la reconciliación con Dios [116], el acceso al Padre (Ef 2,18), la filiación divina [117]. Así como por él ha sido creado todo [118], así también los cristianos como tales le debemos todo cuanto poseemos de riqueza sobrenatural (1Cor 8,6). El propio apóstol ha recibido su autoridad apostólica por Cristo [119]. Por el Señor Jesús (con su autoridad y por encargo de él) hace sus advertencias a los tesalonicenses (1Tes 4,2), y por el Señor Jesús (en su nombre) ruega a los romanos que le apoyen en la oración (Rom 15,30). Por Jesucristo, nuestro Salvador, Dios ha derramado generosamente en el bautismo el Espíritu Santo sobre los creyentes todos (Tit 3,6), y por Cristo alcanzan el fruto de la justicia que es una vida cristiana (Flp 1, 11). Por Cristo obtienen un triunfo indiscutible en las tribulaciones del tiempo presente (Rom 8,37); su obra salvífica les ha sacado para siempre de este mundo (Gál 6,14). Cristo les otorga

113. Rom 13,14; Ef 4,24; Col 3,13.

114. Rom 8,10; 2Cor 13,5; Gál 2,20; 4,19; Ef 3,17: por la fe que se completa en el bautismo, Col 1,27.

115. 1Cor 3,16; 6,19; cf. 2Cor 6,16.

* En el texto griego original: διὰ Χριστοῦ, «por (mediación de) Cristo, distinto de ὑπὸ ..., «por. .» (persona agente). Nota del traductor.

116. Rom 5,11; cf. 2Cor 5,18; Col 1,20.

117. Ef 1,5; cf. Gál 4,5.

118. 1Cor 8,6; Col 1,16.

119. Rom 1,5; Gál 1,1; 2Cor 3,4.

un consuelo abundante (1Cor 1,5). Actúa como mediador (cf. Rom 8,34), incesantemente en favor nuestro, por cuanto ofrece a Dios honor y acción de gracias[120]. Por Cristo los cristianos hallarán algún día su consumación; él los juzgará (Rom 2,16), pero también los salvará de la ira (Rom 5,9). Por él se llevará Dios a los que duermen, para que puedan vivir con él eternamente (1Tes 4,14). Por él nos otorga Dios la victoria sobre la muerte (1Cor 15,57), la salvación eterna (1Tes 5,9), la eterna gloria (Rom 5,17).

La fórmula «con Cristo» aparece sólo doce veces en los escritos paulinos. La vida del cristiano en este mundo se realiza «en Cristo»; la consumación última de la vida cristiana (y de la existencia toda del hombre) es la vida «con Cristo». Así como al comienzo de nuestra existencia cristiana entramos en comunión con Cristo por cuanto morimos con él (Rom 6,8) y a través de esa muerte escapamos al dominio de los elementos tenebrosos del mundo (Col 2,20) — sólo entonces pudo empezar la vida en Cristo —, así también seremos resucitados con Cristo[121]. Ya ahora la vida con Cristo se ha trocado en una realidad (Col 2,13), aunque todavía se trate de una realidad misteriosamente oculta en Dios (Col 3,3). La fuerza del «con Cristo» se deja ya sentir aquí (2Cor 13,4); permanecer unidos con él, ya sea velando ya durmiendo, tanto en vida como en muerte (1Tes 5,10), es la definición suprema del cristiano que encontrará su consumación con la muerte personal del individuo (Flp 1,23), pero sobre todo al final de los tiempos (1Tes 4,17).

La nueva vida al servicio de Dios
6,12-23

12 *Por consiguiente, no reine ya el pecado en vuestro cuerpo*
mortal, de modo que cedáis a sus malos deseos, 13 *ni ofrezcáis*
más vuestros miembros como armas de iniquidad al servicio del
pecado, sino consagraos a Dios como quienes han vuelto de la

120. Rom 1,8; 7,25; 16,27; Col 3,17; véase también 2Cor 1,20.
121. 2Cor 4,14; 1Tes 4,14; Col 3,4.

muerte a la vida y ofreced vuestros miembros como armas de justificación al servicio de Dios. [14] *Porque el pecado no tendrá ya dominio sobre vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.*

[15] *Entonces, ¿qué? ¿Podemos pecar, puesto que ya no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? ¡Ni pensarlo!* [16] *¿No sabéis que, si os ofrecéis a alguien como esclavos para estar bajo su obediencia, sois realmente esclavos de aquel a quien os sujetáis: ya sea del pecado para muerte, ya sea de la obediencia para justificación?* [17] *Pero gracias a Dios que, después de haber sido esclavos del pecado, os habéis sometido de corazón a la forma de doctrina a la que fuisteis entregados;* [18] *emancipados del pecado, os habéis convertido en esclavos de la justificación.* [19] *Estoy hablando en términos humanos, a causa de la flaqueza de vuestra carne. Pues bien, así como ofrecisteis vuestros miembros al servicio de la impureza del libertinaje, hasta caer en ese libertinaje, así también ofreced ahora vuestros miembros al servicio de la justicia, hasta llegar a la santidad.*

[20] *Efectivamente, cuando erais esclavos del pecado, erais libres con respecto a la justificación.* [21] *¿Pero qué fruto recogíais entonces? ¡Cosas de las que ahora os avergonzáis! Pues el final de ellas es muerte.* [22] *Mientras que ahora, emancipados del pecado y convertidos en esclavos de Dios, tenéis por fruto vuestro la justificación; y, como final, vida eterna.* [23] *Porque la paga del pecado es muerte; mientras la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro.*

12 Con el bautismo el hombre se convierte en algo realmente nuevo en el orden del ser; pero la nueva realidad permanece invisible hasta el día de la consumación. Entre tanto, el bautismo no suplanta las fuerzas naturales, sino que más bien fuerza al hombre a un trabajo intenso. La gracia donada libremente tiene que afirmarse con una lucha vigorosa. Está puesto el comienzo que todo lo decide; jamás hubiera podido el hombre con sus solas fuerzas franquear el abismo insalvable que le separaba de Dios hasta que se alzó la cruz del Gólgota; pero ahora no puede echarse a dormir, sino que debe «caminar en una vida nueva» (v. 4).

Esta tensión entre el ser[122] y el obrar[123] es esencial para la teología paulina y aun para la teología de todo el cristianismo. En las cuestiones fundamentales el apóstol se mantiene equidistante del entusiasmo por la gracia ajena a la acción, como de una confianza en sí mismo demasiado cerrada. Por el bautismo la potencia del pecado ha perdido su fuerza nefasta para el hombre, ya no domina; lo cual quiere decir que ese mismo hombre ya no está expuesto a las circunstancias. El poder del mal no debe ya dominarlo, lo cual equivale a decir que el hombre debe ejercitar la fuerza que se le ha otorgado para tomar posesión del terreno conquistado, para afianzarse en él y defenderlo. Los deseos des- **13**
enfrenados del cuerpo facilitan el trabajo al poder del pecado; quien somete sus miembros al pecado, entrega al propio tiempo las armas con que sostener su dominio. Pero el cristiano sólo debe estar al servicio del reino de Dios; su transformación en el sacramento del bautismo es, a su vez el fundamento de una transformación de su actitud vital encaminada a la justicia y a la santidad.

Si los cristianos se empeñan, ciertamente que quedará abo- **14**
lido el señorío del pecado. Esta firme confianza del apóstol tiene su razón de ser en la situación del hombre que ha cambiado por completo, el cual no está ya bajo la ley — tema que volverá a resonar en el capítulo 7 — sino bajo la soberanía de la gracia.

Sin embargo, con esta formulación que expresa brillantemente **15**
la maravillosa realidad cristiana, al apóstol le asalta de inmediato el reproche malicioso que se le hace y que — o bien para cohonestar el propio desenfreno o bien para poner de relieve la pretendida desviación del Evangelio paulino — establece una relación positiva entre la gracia y el pecado cometido conscien- temente por causa de la misma. Pero esto es fundamentalmente **16**
falso. La voluntad del hombre no está muerta; puede decidirse libremente bajo el impulso de la gracia, y debe tomar posiciones constantemente. No existe ningún hombre libre que se apoye sólo en

122. Véase, por ejemplo, Rom 6,6; 8,9.10.16.17; 2Cor 5,17; Gál 2,20; 3,27; 5,24.

123. Cf., por ejemplo, Rom 6,12.13.19; 8,13; 13,14; Ef 4,17.22.24; Col 3,5.10.

sí mismo; sólo existe el esclavo del poder pecaminoso y, como Pablo lo afirma aquí expresamente, el esclavo de la obediencia a la justicia; es decir, a aquella entrega total a Dios que constituye
17 una vida santa. Los cristianos han elegido. Después de haber actuado Dios, se han sometido de grado a la doctrina cristiana,
18 que al propio tiempo quiere definir toda la vida moral. Liberados de la servidumbre al poder del pecado, se han convertido como «esclavos» en propiedad de la justicia (representada aquí como una potencia soberana).

19 El apóstol se excusa por emplear una imagen humana que no puede reflejar de forma adecuada la situación real; pero es el mejor modo posible de hacerse entender por los recién convertidos, que todavía necesitan ejercitarse en el cristianismo (cf. también 1Cor 3,1); por lo menos les abrirá el camino para la plena comprensión. Pues, el cristianismo que Pablo predica, y por lo mismo todo cristianismo auténtico, sólo es accesible a un trabajo esforzado; cualquier simplificación, cualquier imagen amenaza con desfigurar el pensamiento, con falsearlo, por lo que se impone inmediatamente la corrección. En realidad la esclavitud del cristiano es libertad, aquella libertad que consiste en el reconocimiento libre y voluntario del ordenamiento divino y en la incardinación a la verdadera realidad[124]. El nuevo converso, el cristiano imperfecto ve ciertamente en la vinculación, que representa la verdadera libertad, algo que con suma facilidad genera la coacción; pero es justamente la obediencia voluntaria la que en definitiva conduce a la libertad genuina, que nada tiene que ver con el desenfreno y la impureza, cosas que los hombres confunden gustosamente con la libertad.

Mediante el desenfreno del cuerpo y la entrega de sus miembros a la deshonestidad el hombre se ha sometido al poder del pecado (aquí: impureza y libertinaje). Si esto terminó en un derrumbamiento pavoroso de la vida ética (cf. Rom 1,18-3,20), la esclavitud de la justicia conducirá, por el contrario, a una vida
20 moralmente pura y santa (1Tes 4,3). Los romanos abrazaron en otro tiempo esa falsa libertad, de la que siempre suelen alardear

124. Cf. el comentario a Gál 5,1.

los esclavos indefensos del poder pecaminoso, y ¿cuál fue el re-
resultado? Para quienes tienen los ojos abiertos no otro que mi- 21
seria y vergüenza, y en definitiva la muerte temporal y eterna.
«Mientras que ahora» todo es distinto. Después que Dios ha in- 22
tervenido y la terrible esclavitud del pecado ha cedido a la es-
clavitud (por llamarla así) bajo el dominio de Dios, el fruto per-
manente de una vida santa ya no es muerte y corrupción, sino
vida eterna. El poder del pecado paga con la muerte, Dios en 23
cambio otorga aquella vida que el hombre, quienquiera que sea,
desea con todas sus fuerzas desde lo más íntimo de su ser, aque-
lla vida que merece en exclusiva el nombre de vida, porque es
la única indestructible, inmarcersible y sin fin, la vida eterna que
procede del poder y plenitud de Dios.

L. *La impotencia moral del hombre antes de Cristo y sin Cristo* 7,1-25

Los cristianos no están sujetos a la ley mosaica 7,1-6

[1] *¿Ignoráis acaso, hermanos —hablo a quienes entienden de leyes—, que la ley tiene dominio sobre el hombre sólo mientras éste vive?* [2] *Por ejemplo, la mujer casada está ligada por una ley a su marido mientras éste vive; pero si éste muere, queda desligada de la ley del marido.* [3] *Por consiguiente, será tenida por adúltera si, mientras vive el marido, se une a otro hombre; pero, si muere el marido, queda libre de esa ley, de suerte que ya no será adúltera aunque se una a otro hombre.*

[4] *Así pues, hermanos míos, también vosotros quedasteis muertos para la ley por medio del cuerpo de Cristo, para pertenecer de hecho a otro: al resucitado de entre los muertos, de manera que demos frutos para Dios.* [5] *De hecho, cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas, sirviéndose de la ley, operaban en nuestros miembros, haciéndonos producir frutos para la muerte;* [6] *pero ahora, al morir a aquello que nos aprisionaba, he-*

mos quedado desligados de esa ley, de modo que sirvamos en el nuevo régimen del Espíritu, y no en el antiguo de la letra escrita.

1 En 6,14 ha hablado el apóstol de la libertad de la ley; pero ahora vuelve al tema con mayor detenimiento. Y lo reasume con un simple «¿Ignoráis acaso?» continuativo (cf., sin embargo, 6,3), aunque flojamente ligado a lo precedente. Estamos libres del dominio del pecado y libres también de la esclavitud de la ley. Esto lo ilustra el apóstol con una comparación. Quien está familiarizado con la ley (y aquí no es otra que la ley mosaica, cuyos puntos esenciales conocían también los judeocristianos a través del culto litúrgico) conoce el principio —por lo demás válido en todas partes— de que la ley deja de obligar a los muertos (cf. 6,7). Pablo podía haber sacado aquí la simple conclusión: por consiguiente, a nosotros, que hemos muerto con Cristo, la ley ya
2 no nos obliga. Mas no piensa sólo en la vieja obligatoriedad, sino más bien en la nueva vinculación; de ahí que desarrolle su prueba analógica mediante la aplicación del derecho matrimonial. Una mujer casada está atada a su marido, sólo después que éste muere
3 vuelve ella a quedar libre. Si en vida del esposo se entrega a otro hombre, cometerá adulterio; no así si lo hace una vez muerto el marido. La comparación pretende demostrar cómo la muerte rompe unas determinadas relaciones jurídicas haciendo posibles nuevos lazos, cosa que se aplica a la ley mosaica y a los cristianos.

El propósito es claro, pero la explicación no encaja con el v. 1. Allí alguien (los cristianos) queda libre por su propia muerte (en unión con Cristo), aquí alguien se emancipa y puede establecer
4 nuevas vinculaciones gracias a la muerte de otro. Con el bautismo los cristianos participan en el destino de muerte de Cristo; con ello los cristianos quedan simultáneamente libres para llevar una vida nueva unidos a Cristo y, conducidos por el Espíritu en su
5-6 nuevo camino, dar frutos buenos a los ojos de Dios. Los v. 5 y 6 son «como una elevación desde la que se puede echar una mirada sobre lo que queda atrás y sobre el terreno que falta por recorrer» (Lagrange). En la carne —y el razonamiento vale tanto para los judíos como para los gentiles— sólo madura un fruto

para muerte (cf. 7-13); «pero ahora», después de la muerte de Jesús en el tiempo de la salvación, es posible aquel servicio de Dios que se realiza con un nuevo espíritu y que nada tiene que ver con una normativa legal superficial y exteriorista.

La ley despertó al pecado y produjo la muerte
7,7-13

7 ¿Qué diremos, pues? ¿Que la ley es pecado? ¡Ni pensarlo!
Sin embargo, yo no he conocido el pecado sino por medio de la
ley. Porque yo no habría sabido lo que era la codicia si la ley
no me hubiera dicho: No codiciarás. 8 Pero el pecado, aprove-
chando la oración, produjo en mí, valiéndose del mandamiento,
toda suerte de codicia; mientras que, sin ley, el pecado era cosa
muerta.
9 Hubo un tiempo en que, sin ley, yo vivía; pero, en llegando
el mandamiento, el pecado surgió a la vida, 10 mientras que yo
quedé muerto; y me encontré con que el mandamiento, que de
suyo es para vida, resultó ser para muerte. 11 Pues el pecado,
aprovechando la ocasión, me sedujo, valiéndose del mandamiento,
y por medio de él me mató. 12 De modo que la ley es ciertamente
santa; y santo, justo y bueno es el mandamiento.
13 Entonces, ¿lo bueno se convirtió en muerte para mí? ¡Ni
pensarlo! Sino que el pecado, para manifestarse como pecado,
se valió de lo bueno para producirme la muerte, a fin de que, al
estar de por medio el mandamiento, el pecado resultara pecami-
noso sobre toda medida.

Estamos, por tanto, muertos a la ley como lo estamos al pe- 7
cado[125]. Entonces surge la cuestión[126] de si la ley (de Moisés) es mala al igual que el pecado. En los versículos siguientes se ensancha el concepto de ley a todo mandamiento positivo de Dios, aunque la ley mosaica continúa ocupando el lugar destacado — por

125. Cf. Rom 6,2.11; también 6,18.22.
126. En cuanto a la forma, cf. 4,1 y 6,1.

lo que no entra en consideración Rom 2,14-15 —; pese a la fórmula prohibitiva, tomada en Éx 20,17 y Dt 5,18, parece ser incluso que el autor piensa en el precepto decisivo que Dios promulgó en el paraíso (Gén 2,17), y cuya transgresión acarreó al mundo todo tipo de calamidades. Así pues, la ley no es pecado; pero ciertamente que entre ambos media una relación bien precisa y estrecha. Sólo al tropezarse con la exigencia positiva de Dios toma el hombre conciencia de quién es realmente. Es entonces cuando se conoce a sí mismo y su debilidad... cuando fracasa. El poder pecaminoso se enseñorea de él, y al chocar el deseo inquieto y errante con un límite toma conciencia de su
8-9 realidad. Cuando existe un precepto, el pecado se hace peligroso, adquiere un punto de agresividad, revive (v. 8 y 9) y mata (v. 11). Mientras que, cuando no hay un mandamiento, la verdadera situación del hombre permanece oculta, el pecado no se toma en cuenta (Rom 5,13) está muerto y sin fuerza.

Antes de que el hombre se enfrente con la ley, está — comparado con su situación actual — en la vida, en un estado equiparable al del hombre que vivió entre Adán y la ley mosaica (Rom 5,13). Esa vida no es la que encontrará su consumación en la vida eterna (cf. Rom 6,22-23), sino que es simplemente una vida relativa, en comparación con el estado de muerte que sobrevino después. Cuando entró el precepto [127], sonó también la hora
10 del poder del pecado, y dominó a través de la muerte que entró en este mundo como consecuencia del acto de Adán (Rom 5,12-21).
11 El precepto debía aportar vida, pero lo que acarreó en realidad fue muerte. El pecado engañó al hombre, como la serpiente engañó a Eva en el paraíso [128]. Desplegó ante sus ojos la posibilidad de una realización afectiva por sus propias fuerzas y sin que Dios interfiriese, y el hombre se dejó ofuscar hundiéndose en la perdición. No tuvo en sí la fuerza para mantenerse ante la
12 exigencia positiva de Dios. De ello, sin embargo, nunca se puede sacar un motivo para ver la exigencia de Dios como mala y generadora de ruina. El precepto y la ley son santos, justos y bue-

127. Por primera vez en Gén 2,16.17; 3,3, y desde luego en unas circunstancias absolutamente singulares.

128. Gén 3,13; cf. 2Cor 11,3; 1Tim 2,14.

nos como lo es su autor divino. Pero el poder del pecado se mos- 13
tró por medio de ellos en toda su maldad, ya que llegó incluso a servirse del bien para obrar el mal. Y ése era en definitiva el designio de Dios al formular su exigencia. La debilidad, la impotencia y el desamparo del hombre tenían que ponerse así de manifiesto, debía aparecer a plena luz la verdadera situación del hijo de Adán, excesivamente confiado en sí mismo.

Pablo razona aquí sobre el oscuro problema de la aparición del pecado concreto, intentando desvelar un poco al misterio del mal. El «yo» de Rom 7 no es el yo personal de Pablo, sino el hombre anterior a Cristo, el no cristiano, tal como enseña a verlo el Evangelio. El apóstol expone lo que ocurre en el hombre que, a solas consigo mismo y con sus fuerzas humanas, se enfrenta con la ley positiva de Dios. Habla de todo hombre, y en un sentido eminente —el pasaje lo recuerda con varios giros— describe la situación de Adán; sin que, por lo demás, permita esclarecer en modo alguno el misterio peculiar del acto de Adán, que para sus descendientes, los hombres, tuvo las consecuencias a que alude Rom 5,12. Desde la luz del cristianismo Pablo vuelve su mirada a las tinieblas del mundo no cristiano; pero simultáneamente su exposición apunta al cristiano que hace caso omiso de las continuas amonestaciones del apóstol y recae en la esclavitud del pecado. La explanación de este pasaje difícil y controvertido tiene su frontera en las tinieblas impenetrables de la cooperación entre Dios y el hombre.

El hombre bajo el poder del pecado
7,14-25

[14] *Sabemos, desde luego, que la ley es espiritual; pero yo soy*
de carne y hueso, vendido como esclavo al pecado. [15] *Realmente,*
no me explico lo que hago: porque no llevo a la práctica lo que
quiero, sino que hago precisamente lo que detesto. [16] *Ahora bien,*
si hago precisamente lo que no quiero, estoy de acuerdo con que
la ley es buena. [17] *Pero, en estas condiciones, no soy yo propia-*
mente el que lo hace, sino el pecado que habita en mí. [18] *Pues*

sé bien que en mí, es decir, en mi carne, no reside nada bueno.
Porque el querer el bien está a mi alcance, pero el hacerlo, no,
19 puesto que no hago lo bueno que quiero, mientras que lo malo
que no quiero, eso es lo que llevo a la práctica. 20 Si, pues, lo
que [yo] no quiero eso es lo que hago, no soy yo propiamente
el que lo hace, sino el pecado que habita en mí.

21 Por consiguiente, cuando quiero hacer lo bueno, descubro
esta ley: que es lo malo lo que está a mi alcance. 22 Porque, en
lo íntimo de mi ser, me complazco en la ley de Dios; 23 pero perci-
bo en mis miembros otra ley que está en guerra contra la ley de
mi mente y que me esclaviza bajo la ley del pecado que habita
en mis miembros.

24 ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de esta situación
de muerte? 25 ¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor! Así
pues, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios; pero con
la carne, a la ley del pecado.

14 Mediante la ley el poder del pecado ha obtenido la plena so-
beranía sobre los hombres. Y ahora trata a sus esclavos de un
modo brutal y despiadado. La ley pertenece al orden de Dios y
del Espíritu — aquí se anuncia ya el capítulo 8 —, mientras que
el hombre sin Cristo, que cuenta con sus solas fuerzas y no po-
see más conocimiento que el que la ley le proporciona, perte-
15 nece al ordenamiento de la carne. Desconcertado experimenta que
está dividido en sí mismo, que en modo alguno es señor de su
propia casa. Hay algo en él que se horroriza del mal; sin em-
bargo se ve arrastrado por la fuerza a obrar lo que es malo, y
16 termina haciéndolo en efecto. La ley con sus exigencias es buena;
de ello no cabe la menor duda ni siquiera en la intimidad de
17 quien la rechaza; de ahí que la verdadera causa de todo el mal
obrar sea el poder oculto del pecado que se enseñorea de los
18 hombres. Nada hay bueno en el hombre, quiere decir el apóstol,
pero se corrige y ciñe su juicio a la carne (ver comentario a 8,1-
11). Conocimiento y voluntad están rectamente ordenados, mas
19 falta la fuerza para obrar. El v. 19 es una repetición del v. 15,
20 aunque subrayando con mayor relieve la diferencia decisiva; el
v. 20 reproduce aunque en forma algo más abreviada los v. 16 y 17.

Resulta así la norma o regla válida, sacada de la experiencia, 21
de que el hombre se inclina al mal. Hay un núcleo en él, empa- 22
rentado con Dios, que en lo profundo de su ser dice sí a las exigencias divinas (el hombre no es radicalmente malo); el hombre interior[129] descubre gozosamente que está ordenado a a ley, a la revelación divina. Pero entonces la buena voluntad choca con 23
su límite: el cuerpo, los miembros, no le obedecen; opera en ellos otra ley distinta que los empuja al obrar pecaminoso. Esa ley — evidentemente dada por el poder del pecado — contradice a la ley de la razón, la cual acepta los derechos y exigencias divinos (cf., por ejemplo, 12,2). El hombre concreto no puede actuar tal como el hombre interior reconoce que debería hacerlo.

El pensamiento del v. 23 es claro, pero su formulación se atropella y, en consecuencia, es preciso matizarla. Toda la mi- 24
seria del hombre anterior a Cristo y sin Cristo está formulada desde la visión del hombre que se encuentra en Cristo. Los miembros, el cuerpo, acarrean la muerte mediante la acción mortífera del pecado. ¿Dónde buscar ayuda? Desde la seguridad exultante 25
de quien ha sido salvado por Jesucristo, el apóstol da gracias al Dios misericordioso, preludiando con ello el capítulo siguiente. En una observación final vuelve a resumir una vez más las difíciles ideas del capítulo 7. El hombre está dividido; desde que el pecado estableció su soberanía prepotente (5,12) la tensión forma parte de su ser. Ciertamente que es posible simular un poco la contradicción interna intentando, por ejemplo, canonizar lo malo como algo natural; y es posible moverse en una línea de la menor oposición y renunciar a la dignidad de hombre en una pura actitud mundana e inmanente. Pero todo ello representa justamente la plena victoria del poder del pecado y de la muerte.

La ley

Cuando Pablo habla de la ley lo hace pensando siempre — con escasísimas excepciones — en la ley mosaica, proclama vinculante de la voluntad de Dios revelador[130]. En sus puntos fundamen-

129. En un sentido algo distinto a 2Cor 4,16; Ef 3,16.
130. Cf. Rom 7,22; 8,7; promulgada por medio de ángeles, Gál 3,19.

tales está redactada por Moisés [131]. Forman parte de la misma no sólo los fragmentos legales en sentido estricto, sino también fragmentos históricos [132]. En ocasiones designa con ley incluso la Escritura toda [133]. No es necesario demostrar que Pablo establece una distinción entre ley moral y ley ritual. En cuanto proclama de la voluntad divina, «la ley es ciertamente santa, y santo, justo y bueno es el mandamiento» [134], que debe conducir a la vida (Rom 7,10). Según la concepción judía, la observancia de la ley era la condición fundamental para alcanzar el beneplácito de Dios; lo cual también es válido —aunque con unos condicionamientos totalmente distintos, cf. comentario a Rom 3,21-31— para el apóstol Pablo [135]. Ahora expone la amarga experiencia de que el hombre falla ante la exigencia de Dios, de que no puede cumplir la ley [136]; las obras de la ley no tienen virtualidad para justificarle [137]. El mandamiento debe ciertamente conducir a la vida (Rom 7,10); pero en realidad es incapaz de otorgar la fuerza para una conducta buena y agradable a Dios (Gál 3,21-22). El poder del pecado [138] puso la ley al servicio de sus propósitos tenebrosos y corruptores (Rom 7,7-13), como Pablo dice con una imagen vigorosa. Ésta es la auténtica fuerza del pecado (1Cor 15,56).

La ley aporta conocimiento, hace que el pecado se tome en cuenta (Rom 5,13), produce la ira (Rom 4,15) y se convierte en maldición (Gál 3,13). Es la letra que mata [139], cuando falta el Espíritu vivificador, que confiere la fuerza para obrar. Con ello la ley pone de relieve que da a conocer al hombre las obligaciones que le son inherentes y el pecado en sus múltiples formas, aunque sin proporcionarles la fuerza para su cumplimiento.

131. Cf. Rom 5,14; 10,5.19; 1Cor 9,9; 2Cor 3,15.
132. Cf. Rom 3,21; 1Cor 14,34; Gén 3,19; Gál 4,21.22.
133. Cf. Rom 3,18.19; 1Cor 14,21.
134. Rom 7,12; cf. 7,14.16.
135. Rom 2,13; 7.10; 10,5; Gál 3,12.
136. Rom 1,18-3,20; 7.
137. Rom 3,20; Gál 2,16; 3,11; 5,4.
138. Cf. Rom 5-7 y el comentario a 5,12; véanse asimismo Gál 4,3.9; Col 2,8.20.
139. Rom 2,29; 7,6; 2Cor 3,6.

Se demuestra así, con toda evidencia, el grado de desamparo en que el hombre se encuentra siempre que pretende confiar exclusivamente en sus propias fuerzas. La ley destroza la concepción romántica de un supuesto hombre integrado en sí mismo y consigo mismo, al tiempo que desvanece unas ilusiones peligrosas. De este modo contribuye también a la salvación. Ésa es, en definitiva, su razón de ser: hacer sentir al hombre su necesidad de ayuda (cf. Rom 7,24), preparando así el camino al auxilio de Dios[140]. Unido a Cristo, el creyente ha muerto a la ley en el bautismo (Rom 7,4-6). Cristo ha abrogado la ley en la cruz[141]. La ley ha cesado (Gál 3,24-25); Cristo es el fin de la ley (Rom 10,4). El verdadero camino hacia la salvación pasa por la fe[142], como ya lo había demostrado el Antiguo Testamento con el caso de Abraham[143]. Ahora el hombre justificado por la fe se halla bajo la ley de Cristo[144], la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús (Rom 8,2-4). La vieja esclavitud ha tenido que dejar paso al verdadero servicio (Rom 6,16-23).

3. *La vida del Espíritu y la filiación divina* 8,1-39

Vida según el Espíritu 8,1-11

[1] *Así pues, ahora ya no pesa ninguna condena sobre quienes*
están en Cristo Jesús. [2] *Porque la ley del Espíritu, dador de la*
vida en Cristo Jesús, me liberó de la ley del pecado y de la muer-
te. [3] *En efecto, lo que era imposible a la ley, por cuanto estaba*
incapacitada por causa de la carne, Dios, enviando a su propio
Hijo en carne semejante a la del pecado y como víctima por el

140. Cf Rom 5,20; Gál 3,19.
141. Cf. entre otros textos, Ef 2,13-18; Col 2,13.14.
142. Hab 2,4; cf. Rom 1,17; Gál 3,11.
143. Rom 4, Gál 3.,
144. 1Cor 9,21; Gál 6,2.

pecado en la carne, [4] *a fin de que lo mandado por la ley se cumpla*
en nosotros, los que caminamos, no según la carne, sino según
el Espíritu.
[5] *En efecto, los que viven según la carne, anhelan las cosas*
de la carne; los que viven según el espíritu, las del espíritu. [6] *Pero*
el anhelo de la carne termina en muerte; mientras que el anhelo
de Espíritu, en vida y paz. [7] *Pues el anhelo de la carne es ene-*
mistad con Dios, ya que no se somete a la ley de Dios ni siquie-
ra tiene capacidad para ello; [8] *y quienes viven en lo de la carne*
no pueden agradar a Dios.
[9] *Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, pues-*
to que el Espíritu de Dios habita en vosotros; pero si alguno no
tiene el Espíritu de Cristo, este tal no pertenece a Cristo. [10] *En*
cambio, si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo está muerto
por causa del pecado, el espíritu tiene vida por causa de la jus-
ticia. [11] *Y si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muer-*
tos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a
Cristo dará vida también a vuestros cuerpos mortales por medio
de ese Espíritu suyo que habita en vosotros.

1 Las palabras del apóstol enlazan con todo lo expuesto ante-
riormente. Todas las demostraciones en favor de cuanto ha ocu-
rrido en Cristo — y de lo que aún hay una breve alusión en 7,25 —
se compendian en el «Así pues» del v. 1. Para los que están
en Cristo Jesús ha quedado sin efecto alguno la condenación con
2 sus nefastas secuelas. El poder del pecado y la muerte han sido
combatidos y derrotados en su fatídica acción sobre el hombre;
mediante la intervención poderosa del Espíritu Santo, que pro-
duce una vida auténtica en Cristo Jesús, los cristianos han obte-
3 nido la libertad [145]. La ley fue dada para bien, mas no logró im-
ponerse, porque la carne le presentó batalla. Entonces intervino
Dios abriendo un camino desde aquel callejón sin salida: envió
a su hijo Jesucristo para destruir el dominio sin confines del pe-
cado. Cristo estaba sin pecado y no cometió pecado alguno (2Cor
5,21); pero llegó como un verdadero hombre, en «carne, carne

145. Cf. el comentario a Gál 5,1.

semejante a la del pecado» (cf. Flp 2,7, donde la fórmula está decididamente rebajada), y el poder del pecado no tuvo derecho alguno sobre él. Con ello el pecado fue atacado y vencido por el juicio eficaz de Dios en lo que era precisamente el centro de su señorío.

La escueta formulación del apóstol apenas permite sacar otras conclusiones; Pablo piensa sin duda en todo aquello que Dios ha hecho por nuestra redención a través de Jesucristo, sin excluir ciertamente la cruz. Ahora el camino vuelve a estar abierto para **4** quienes están en Cristo. Las obligaciones que la ley impone han de cumplirse en su sentido más profundo[146], lo que jamás será posible mediante la multiplicación de cada precepto particular al modo talmúdico. Es necesario partir de un principio nuevo; el caminar según la carne debe ceder el puesto a un caminar según la voluntad y esencia del Espíritu Santo. A eso están llamados los cristianos. Y es que la carne y el Espíritu actúan con una **5** enemistad irreconciliable, donde uno de ellos domina quiere hacerlo con exclusividad del otro. Los hombres carnales tienden a las cosas de la carne con una concupiscencia desenfrenada; los espirituales, en cambio, se dejan penetrar por el Espíritu y llevan una vida de acuerdo con el Espíritu (cf. Gál 5,16-21). El v. 6 **6** enlaza con el v. 4 y lleva el contraste hasta las últimas consecuencias. La carne acaba trayendo muerte, en tanto que el Espíritu aporta vida y paz (cf. 2,7-10) que algún día experimentarán una plenitud eterna. La carne colabora con el pecado y, al igual **7** que el poder del pecado, es irremediablemente enemiga de Dios. Quien está bajo el dominio del pecado no encuentra gracia a los **8** ojos de Dios, lo que equivale a la muerte eterna. Pero los cristia- **9** nos han escapado al régimen de la carne, están «en el espíritu», puesto que el Espíritu Santo de Dios habita en ellos de un modo vivo desde el bautismo. Quien no tiene ese Espíritu, que junto con Cristo toma posesión del hombre — de ahí que pueda llamársele también «Espíritu de Cristo» —, es decir quien lo ha perdido, pues el Espíritu Santo puede perderse realmente, ese tal ha vuelto a entregarse de forma libre a la esclavitud del pecado. Donde **10**

146. Véase también Mt 5,17.

habita Cristo[147], allí todo va bien en definitiva. El cuerpo debe morir (contraste destacado aquí con fuerte relieve; el v. 11 habla de cuerpos mortales), pues el poder del pecado reclama su tributo (sin que, desde luego, pueda matar de una manera efectiva e irremediable), pero el Espíritu aporta la verdadera vida.

«Por causa de justicia» puede significar la justicia otorgada por Dios (cf. el comentario a Rom 3,21), pero también, y con mayor probabilidad, el testimonio que dan los cristianos en su
11 caminar según el Espíritu. Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos, y esa resurrección es prenda y garantía de nuestra propia resurrección[148]. La muerte se retirará del cuerpo, y el Espíritu Santo comunicará una vida eterna, empezando ya desde ahora, en la consumación final en la revelación definitiva de Dios y del verdadero mundo.

Carne (σάρξ) y espíritu (πνεῦμα)

Pablo utiliza a menudo la expresión «carne» (σάρξ) en el sentido de «hombre», siguiendo el uso lingüístico del AT y de los LXX[149]. En sentido similar emplea la expresión «carne y sangre» indicando al hombre puramente natural[150]. Un significado especial adquieren los pasajes de 1Cor 6,16 y Ef 5,31 (donde se cita Gén 2,24). En 1Cor 15,39 la «carne» y en Ef 5,29 el «cuerpo» aparecen designando la sustancia corporal. De la descendencia carnal (y de las prerrogativas vinculadas a la misma) hablan Rom 1,3; 4,1; 9,3.5; 11,14; Flp 3,4.5; el Israel «según la carne» no es más que un Israel terreno y racial: 1Cor 10,18; en un sentido parecido Rom 2,28; 9,8; 2Cor 11,18; Gál 4, 23.29; 6,12.13; Ef 2,11; Flp 3,3.4. También el cristiano camina «en carne» (2Cor 10,3; Gál 2,20; Flp 1,22.24), aunque no «según la carne». Posee un cuerpo carnal

147. Rom 8,1: quienes están en Cristo Jesús; v. 10: Cristo en vosotros; cf. asimismo el comentario a Rom 6,1-11: en Cristo.

148. 1Cor 6,14; 15,20-23; 2Cor 4.14; 1Tes 4,14.

149. Cf., por ejemplo, Rom 3,20; Gál 2,16 (en ambos pasajes se cita Sal 143[142]2), y 1Cor 1,29.

150. 1Cor 15,50; Gál 1,16; Ef 6,12.

(2Cor 12,7; Col 2,1.5), con su innata debilidad (Gál 4,13.14) y su capacidad de mancillarse (2Cor 7,1) y de sufrir (1Cor 5,5; 7,28; 2Cor 4,11; 7,5; Col 1,24). El propio Jesucristo ha asumido la carne (Rom 1,3; 9,5; Ef 2,14; Col 1,22). La carta a Filemón, v. 16, habla literalmente «en la carne» para designar las relaciones puramente humanas (en lo humano), mientras que «en el Señor» indica unas relaciones específicamente cristianas; señores «según la carne» son para los esclavos sus amos terrenos (Ef 6,5; Col 3,22). En Rom 6,19 designa la fuerza intelectiva natural. En un sentido claramente despectivo habla el Apóstol de los «sabios según la carne» (1Cor 1,26), de proyectos según la carne (2Cor 1,17); de un jactarse (2Cor 11, 18), de un conocer (2Cor 5,16), de un combate (2Cor 10,3) «según la carne». «Carne» es el pensar o sentir humano (Col 2,18.23).

En Rom 7 y 8, aunque también en algunos otros pasajes, especialmente Gál 5, Pablo proporciona alguna indicación más precisa acerca de lo que él entiende teológicamente con el concepto de «carne». El hombre sin Cristo, sin el Espíritu, el hombre no redimido, es un hombre carnal, vendido al pecado (7,14). Bajo la dominación implacable del pecado (véase comentario a 5,12), la carne (σάρξ) opone a la ley espiritual en sí (7,14), una resistencia invencible (7,17-18; 8,3); con la carne el hombre sirve a la ley del pecado (7,25). «Cuando estábamos en la carne», las pasiones pecaminosas, sirviéndose de la ley, operaban en nuestros miembros, haciéndonos producir frutos para la muerte» (7,5); en la carne no habita nada bueno (7,18); la «otra ley», que radica en los miembros del hombre no redimido, está en lucha con la ley de la razón (7,23). «La carne desea contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne. Ambos se hacen la guerra mutuamente» (Gál 5,17). Así pues, con el concepto «carne» el apóstol designa al hombre en su impotencia delante de Dios, después que la muerte y el pecado han impuesto su dominación sobre el mundo [151]. Al lado del cristiano, el hombre redimido, que ha recibido el don del Espíritu y es espiritual no existe un hombre natural sin tensiones y que viva en paz consigo mismo; lo único que existe es el hombre caído y sujeto a las potencias del mal. «Los que viven según la carne, an-

151. Véase el comentario a Rom 5,12.

helan las cosas de la carne» (8,5); «El anhelo de la carne es enemistad con Dios» (8,7), de modo que «quienes viven en lo de la carne no pueden agradar a Dios» (8,8). Quien vive según la carne debe morir [152].

Las obras de la carne son: «lujuria, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, contiendas, celos, animosidades, rivalidades, partidos, sectas, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes a éstas, acerca de las cuales os digo de antemano, como ya lo dije antes, que los que las practican no heredarán el reino de Dios» (Gál 5,19-21). Por consiguiente, el «hombre carnal» — cosa que es preciso subrayar en contra de un uso lingüístico falso — no es en primer término el que peca sin freno alguno en el terreno sexual; con el concepto «carne» el apóstol abraza todo lo que en el hombre es extraño y enemigo de Dios. El hombre es carne por ser un ser caído y estar culpablemente sujeto a cualquier desorden. En el bautismo el hombre se despoja en principio del «cuerpo carnal» (Col 2,11); esto acontece gracias a la acción salvadora de Dios, que por Cristo ha atacado y destruido el pecado allí justamente donde éste tenía su baluarte fortificado (Rom 8,3). El cristiano ya no está inerme bajo la tiranía de las potencias maléficas; ya no está «en la carne» sino «en el Espíritu», pues el Espíritu de Dios habita en él.

A la carne se opone el espíritu (πνεῦμα). También aquí podemos empezar por excluir toda una serie de pasajes en que la palabra se emplea con un vulgar sentido natural. Espíritu significa aquí — el «soplo» de 2Tes 2,8 constituye una excepción — el propio ser del hombre, lo que hay en él de natural espiritual, y nosotros solemos denominar alma [153]. El texto de Rom 8,16, así como Rom 1,9 — y lo mismo cabría decir según parece, de 1Tes 5,24, pues difícilmente puede enseñarse ahí de una división tripartita del hombre natural en espíritu, alma y cuerpo, sino que con más probabilidades se indica lo que en el hombre hay de divino y sobrenatural — alude al Espíritu transformado (mediante la recepción del

152. Rom 8,13; cf. 8,6; Gál 6,8.

153. Rom 8,10; 1Cor 2,11; 5,3-5; 7,34; 16,18; 2Cor 2,13; 7,1.13; Gál 6,18; Flp 4,23; Col 2,5; Flm 25.

Espíritu de Dios). En 1Cor 14,14-15 el apóstol llama «mente» a las dotes humanas de inteligencia natural, distinguiéndolas de la dotación sobrenatural que califica como «espíritu».

En un sentido teológicamente importante el *Pneuma* es el ser de Dios, de modo especial en sus intervenciones sobre el mundo creado. La nota característica del cristiano es la posesión del Espíritu; quien posee el Espíritu participa del ser íntimo de Dios. Todo el ancho campo de la vida entre Dios y el hombre está dominado por el Espíritu Santo, a través del cual Dios nos revela su sabiduría (1Cor 2,10). El Espíritu es lo divino para el hombre, de ahí que Espíritu y carne estén en una oposición irreductible; «pues la carne desea contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne; ambos se hacen la guerra mutuamente» (Gál 5,17), cosa que afecta siempre a la totalidad del hombre. «Pero el anhelo de la carne termina en muerte, mientras que el anhelo del Espíritu en vida y paz» (Rom 8,6). Lo espiritual, que es sobrenatural e imperecedero, está en oposición con lo puramente animal y caduco (psíquico [154]). Los hombres obtienen el Espíritu divino a través de la fe (Gál 3,2.5.14) y del bautismo [155]. Este hecho transforma su vida toda. Se dejan conducir por el Espíritu de Dios que ahora habita en ellos [156]. Son impulsados [157] y enseñados por él (1Cor 2,6-16). El Espíritu es la norma del comportamiento de los cristianos [158]. Oran en el Espíritu (Ef 6,18) y en el Espíritu aguardan la consumación (Gál 5,5). La acción del apóstol se desarrolla por el poder del Espíritu (Rom 15,19), en poder y en Espíritu Santo (1Tes 1,5); Sólo en el Espíritu Santo puede el hombre espiritual decir: «Jesús es Señor» (1Cor 12,3); el que habla lenguas habla misterios en el Espíritu (1Cor 14,2).

De acuerdo con una nota esencial de la teología paulina, no se debe pasar por alto que el cambio en el Espíritu reclama del hombre la contribución de todas sus fuerzas. Quien ha recibido el Espíritu, debe querer vivir en conformidad con él, ha de realizar

154. 1Cor 2,14; 15,44.46.
155. 1Cor 6,11; 12,13.
156. Rom 8,9.11; 1Cor 6,19.
157. Rom 8,14; Gál 5,18.
158. Rom 8,4-5; Gál 5,16-25.

día tras día lo que se le ha otorgado por pura gracia [159]. En este sentido el fruto del Espíritu es amor [160], alegría, paz, comprensión, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza (Gál 5,22-23). De los dones especiales del Espíritu, de sus maravillosos efectos (carismas), habla san Pablo en 1Cor 12-14 (véase el comentario).

El Espíritu divino, informando al hombre, le proporciona y le hace posibles nuevos conocimientos sobre el ser y planes de Dios. Pablo no dice expresamente que Dios es espíritu (cf., por ejemplo, Jn 4,24), pero ello es algo evidente para él. El espíritu es ante todo y esencialmente Espíritu de Dios [161]. Cuando se comunica al hombre, procede de Dios (1Cor 2,12) y, como conviene al ser de Dios, es Espíritu Santo [162] Dios envía el Espíritu de su Hijo a los corazones de los hombres (Gál 4,6); los corintios son una carta de Cristo, escrita por el Espíritu del Dios vivo en los corazones vivientes (2Cor 3,3). Toda la plenitud del Espíritu habita en Cristo. El Espíritu es Espíritu de Cristo [163], Espíritu del Señor [164]. En otro pasaje —y bajo la influencia de una cita veterotestamentaria— se denomina «mente» del Señor (1Cor 2,16). La plena revelación del «Espíritu de santidad» produjo en Cristo la resurrección (Rom 1,4); en la resurrección Cristo pasó a ser un espíritu vivificante (1Cor 15,45). Entre el Espíritu y Cristo media la comunión más íntima, no cabe imaginar entre ellos la menor división, aunque no puedan confundirse. Habida cuenta de su modo de ser, donde está el Señor está también el Espíritu, y donde el Espíritu también opera el Señor; éste es el sentido de la fórmula sorprendente: «El Señor es el Espíritu» (2Cor 3,17).

El Espíritu transforma la vida toda del cristiano, es la fuerza radical de la existencia cristiana. La afición del apóstol a un lenguaje figurado y las múltiples personificaciones de fuerzas y po-

159. Véase por ejemplo, el comentario a Rom 8,12.13; 1Cor 3,16.17; 6,19.20; 2Cor 10,1-13; Gál 5,16-25.

160. Véase, sobre todo, 1Cor 13; también 5,5.

161. Por ejemplo, Rom 8,9.11.14; 1Cor 2,10.11.14; 3,16; 6,11; 7,40; 12,3.

162. Por ejemplo, Rom 5,5; 9,1; 14,17; 15,13.16.19; 1Cor 6,6.19; 12, 3; 2Cor 13,13; 1Tes 1,5.6; 4,8.

163. Rom 8,9; Flp 1,19.

164. 2Cor 3,17; cf. Gál 4,6.

tencias (pecado, muerte, carne, etc), han sugerido la hipótesis de una comparación con las concepciones helenísticas, cual si Pablo hubiese entendido el Espíritu como una fuerza impersonal. Los defensores, sin embargo, de una acepción personal del concepto paulino de espíritu pueden aducir un gran número de graves razones en favor de su postura, razones que difícilmente pueden desvirtuarse. Sobre todo habría que recordar una vez más la sentencia de que el Espíritu «habita» en el cristianismo [165], y aquellos otros pasajes en que se dice que el cuerpo del cristiano (1Cor 6,19) y también la comunidad son templo del Espíritu (1Cor 3,16).

Toda una serie de textos atribuyen al Espíritu una actuación personal, de tal modo que va evidentemente mucho más allá de las personificaciones metafóricas. El Espíritu testifica a nuestro espíritu que somos hijos de Dios (Rom 8,16), aboga (en la oración) por nosotros con gemidos inefables [166], clama en el corazón del cristiano (Gál 4,6), enseña palabras de sabiduría divina y espiritual (1Cor 2,13), escruta las profundidades de Dios (1Cor 2,10), produce todos los dones espirituales y distribuye a cada uno su dotación espiritual, según él quiere (1Cor 12,11).

Pero es de capital importancia que en dos pasajes se nombre al Espíritu junto al Dios personal y junto al Señor personal como un tercer miembro [167]. Es difícil imaginar que Pablo haya establecido una conexión tan estrecha entre una fuerza impersonal y las personas de Dios y del Señor.

Pablo no ha desarrollado una doctrina sobre la trinidad de personas y la unidad de naturaleza en Dios. De haber expresado su concepción de un modo explícito, difícilmente hubieran estallado las luchas cristológicas y trinitarias de los siglos siguientes. Pero no hay duda de que en sus cartas existe un testimonio lo bastante claro para demostrar que la doctrina posterior acerca de una naturaleza en tres personas es una prolongación directa de cuanto él ha enseñado sobre la trinidad en Dios. No cabe la menor duda de que Pablo predica la dignidad de Jesucristo y de que para él el *Pneuma* es divino. El Espíritu conoce lo más íntimo de Dios, es

165. Rom 8,9.11; 1Cor 3,16.
166. Rom 8,26; véase también v. 27.
167. 1Cor 12,4-6; 2Cor 13,13.

en cierto modo el yo de Dios al tiempo que se distingue de él (1Cor 2,10-11), el Señor es el Espíritu (2Cor 3,17), y sin embargo el Señor y el Espíritu no son la misma realidad, cosa que también se desprende de muchos otros lugares de las cartas paulinas. Carecemos de una fórmula conceptualmente clara que dé una respuesta satisfactoria a las cuestiones que surgieron después; de ahí que debamos contentarnos con la formulación elegida por el apóstol. «Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversidad de servicios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de operaciones, pero Dios es el mismo, el que los produce todos en todos» (1Cor 12,4-6). «La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2Cor 13,13).

Caminar según el Espíritu
8,12-17

12 Por consiguiente, hermanos, deudores somos: pero no a
la carne, para vivir según ella. 13 Pues si vivís según la carne, ten-
dréis que morir; pero, si por el espíritu dais muerte a las malas
acciones del cuerpo, viviréis.
14 Porque todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios,
éstos son hijos suyos. 15 Y vosotros no recibisteis un espíritu que
os haga esclavos y os lleve de nuevo al temor, sino que recibis-
teis un espíritu de filiación, en virtud del cual clamamos: «Abbá!
¡Padre!» 16 El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu
de que somos hijos de Dios. 17 Y si hijos, también herederos: here-
deros de Dios, y coherederos de Cristo, puesto que padecemos
con él y así también con él seremos glorificados.

12 El nuevo ser reclama, como el Apóstol recuerda una y otra
vez un nuevo caminar o comportamiento. No estamos ya en la
carne (v. 9) por ello no debemos vivir según la carne. El nuevo
estado comporta nuevas obligaciones, pues que el hombre no pier-
de su libre albedrío. Al cristiano no se le ahorra la lucha; pero
ahora no es ya sin perspectiva, como cuando el poder pecaminoso
13 podía dominar y matar sin límite de ninguna clase. El caminar

según la carne acarrea la muerte; pero cuando se renuncia a lo que es carnal, porque el hombre se deja gobernar por el Espíritu Santo, entonces brota la verdadera vida (cf. Gál 6,8). Pese a todas las pretensiones jactanciosas, la vida de la carne no es más que una vida aparente; en lo más hondo del desenfrenado «gozar de la vida», en el «apurar los goces de la vida» se oculta la muerte. Esto se dice sobre todo al cristiano, pues también él puede de hecho vivir según la carne y perderse.

Cuando los hombres se dejan guiar por el Espíritu Santo (cf. Gál **14**
5,18.22.23), se los reconoce como hijos adoptivos de Dios. Todo el alegre mensaje del cristianismo late y vive en estas palabras. Ha pasado el tiempo de la esclavitud sin redención, del temor y **15**
desamparo; el pecado ha sido reducido a la impotencia; en los cristianos alienta un espíritu nuevo, que el Espíritu Santo infunde en los hijos de Dios infundiéndoles al propio tiempo confianza y fuerza para llamar Padre suyo a Dios. La expresión aramea — empleada también en Gál 4,6 — «pertenece al lenguaje familiar de todos los días» (Kittel), y subraya de forma sorprendente la íntima familiaridad de la mutua relación (cf. Mc 14,36, aunque probablemente Jesús la empleó en otras ocasiones). Por lo que respecta al sentido teológico del pasaje no tiene importancia alguna que Pablo haya pensado o no en alguna fórmula litúrgica, en el padrenuestro o en otra fórmula de oración particular.

El propio Espíritu Santo es, pues, en definitiva, el autor de **16**
la confianza filial con que el cristiano puede hablar a Dios (cf. Gál 4,6). No está totalmente claro si la expresión empleada en el v. 15 «espíritu de filiación» coincide con el «nuestro espíritu» del v. 16, como tampoco si se distingue y cómo del testimonio del Espíritu Santo. Pero lo que sí es seguro es que con «nuestro espíritu» no puede tratarse del yo natural, sino más bien de un yo transformado ya. Cuando existe una dignidad, existen unas exigencias; **17**
cuando media una filiación, se espera una herencia. Dios es nuestro Padre, por ello participaremos de su gloria y de su vida, y por ello podemos poseer por gracia lo que en principio y por esencia corresponde a Cristo [168].

168. Gál 3,29; 4,6 7.

El apóstol, sin embargo, vuelve una vez más a la tierra. Nuestro camino hacia Dios sólo es posible en la comunión de vida con Cristo; si alguno quiere ser glorificado con Cristo, debe antes haber padecido con él[169]. Necesita antes dar pruebas de cristiano[170].

Prendas de la esperanza cristiana
8,18-30

[18] *Efectivamente, yo tengo para mí que los sufrimientos del tiempo presente no merecen compararse con la gloria venidera que en nosotros será revelada.* [19] *Porque la creación, en anhelante espera, aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios.* [20] *La creación, en efecto, no por propia voluntad, sino a causa del que la sometió, queda sometida a frustración, pero con una esperanza:* [21] *que esta creación misma se verá liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios.* [22] *Pues lo sabemos bien: la creación entera, hasta ahora, gime toda ella y sufre dolores de parto.* [23] *Y no es esto sólo; sino que también nosotros mismos, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos igualmente en nuestro propio interior, aguardando con ansiedad una adopción filial, la redención de nuestro cuerpo.* [24] *Pues con esa esperanza fuimos salvados. Ahora bien, esperanza cuyo objeto se ve, no es esperanza. Porque ¿quién espera lo que ya está viendo?* [25] *Pero, si estamos esperando lo que no vemos, con constancia y con ansia lo aguardamos.*

[26] *De igual manera, también el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad. Porque no sabemos cómo pedir para orar como es debido; sin embargo, el Espíritu mismo intercede con gemidos intraducibles en palabras.* [27] *Pero aquel que escudriña los corazones sabe cuál es el anhelo del Espíritu, porque éste intercede, según el querer de Dios, en favor de los santos.*

---

169. Cf. 2Cor 4,10; 13,4; Flp 3,10.11.
170. Para la filiación divina, véase el comentario a Ef 5,1.

[28] *Sabemos además que todas las cosas colaboran para bien de quienes aman a Dios, de quienes son llamados según su designio.* [29] *Porque a los que de antemano conoció, también de antemano los destinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que éste fuera el primogénito entre muchos hermanos.* [30] *Y a los que de antemano destinó, también los llamó; y a los que llamó, también los justificó; y a los que juntificó, también los glorificó.*

Quien desee ser glorificado con Cristo, debe antes padecer con **18**
él; con este conocimiento provechoso terminaba el v. 17. Ahora el v. 18 recoge la idea y la desarrolla. Por grandes que puedan ser los sufrimientos, que con toda seguridad visitarán al cristiano en la vida presente (cf. el comentario a Gál 1,4), no admiten comparación con la revelación definitiva de la gloria de la abundancia de toda la gracia que Dios nos ha concedido, y que ya poseemos aunque de modo invisible. Algún día conseguiremos esa consumación que supera todo sentimiento humano. De ello tenemos ya ahora unas garantías: la esperanza de consumación que alienta en la creación (v. 19-22), nuestra propia esperanza de consumación (v.. 23-25), los gemidos del Espíritu Santo en nuestros corazones (v. 26-27) y el designio divino de elección (v. 28-30).

Así como sólo el cristiano puede juzgar en toda su ruina el **19**
estado del hombre sin Cristo, así también en la creación extrahumana descubre sólo él la verdadera realidad de las cosas. El mundo no está en orden, ha sido forzado a tomar parte en la maldición de Dios (Gén 3,17-19); ahora espera ansioso tomar parte en la
revelación esplendente de la gloria de los hijos de Dios. El mundo **20**
es concebido de un modo distinto a como se nos muestra hoy. Está designado a la consumación. Por el acto de Adán que todo lo ha convertido en ruina (otros refieren a Dios el «a causa del que la sometió» y no a Adán). es decir por una causa externa, y en modo alguno por su propia naturaleza, incluso la creación extrahumana está sometida a la vanidad o frustación, contra lo cual se rebela lo
más íntimo de su ser. Dios le tiene asignada una consumación; la in- **21**
soportable tiranía de la muerte y la corrupción, será quebrantada; también la creación extrahumana participará en la gloria de los hijos de Dios que supera toda comprensión, que al propio tiempo

representa la suprema y verdadera libertad [171]. Habrá un nuevo cielo y una tierra nueva [172].

22 El creyente, instruido por la revelación, sabe que el mundo presente «gime» y se retuerce de dolor; mediante una fórmula no puede escapar de la lucha por su subsistencia, no puede escapar de la corriente vital, no puede rehuir una voluntad eterna impersonal o, análogamente, persuadirle y, con ello, destruir pura y simplemente la esperanza esencial de perfección que alienta en el hombre. Resulta ciertamente difícil explicar con más detalle el pensamiento general del apóstol, aunque no cabe la menor duda acerca de su idea fundamental.

23 Una segunda garantía en favor de la consumación definitiva es nuestro propio anhelo. Tenemos ya el Espíritu Santo como fianza de la futura y completa revelación (2Cor 5,5); a la luz de este don sobrenatural, y por su fuerza, suspiramos por la realización plena y visible de aquello que ya tenemos en raíz (v. 15); suspiramos en definitiva por la redención de nuestro cuerpo de todo
24 lo carnal (en el sentido del apóstol). Sabemos que la transformación fundamental acontece en nosotros de manera invisible según la voluntad de Dios; como cristianos en este mundo, somos siempre y por esencia, hombres que esperan; el cristianismo no es aquí
25 una consumación definitiva. La auténtica esperanza cristiana no puede considerarse sino como una espera que soporta todos los padecimientos preliminares; sólo ésa es la esperanza que cuenta delante de Dios. El cristiano nunca está aquí en su casa, no se da por satisfecho con las condiciones transitorias, siempre está lleno de aspiraciones. El hombre de este mundo se absorbe en lo transitorio, almacena corrupción, sin esperar nada más; para él el pequeño mundo de lo caduco es su único mundo.

26 El propio Espíritu Santo viene en ayuda de nuestro anhelo sobrenatural; su vida en lo más íntimo de nuestro ser es la tercera garantía de nuestra esperanza de consumación («de igual manera» que la voz de la creación y de nuestra interioridad). Conocemos ciertamente el objetivo de nuestros anhelos: la revelación defi-

---

171. Véase el comentario a Gál 5,1.
172. Cf. Ap 21.2; 2Pe 3,13; y también Is 65,17.

nitiva; pero somos débiles y nuestras palabras no tienen fuerza. Entonces el Espíritu Santo ora en nosotros, aunque no formula con palabras sus gemidos, que son inefables. Probablemente el apóstol ha pensado aquí también en el don de lenguas de la primera generación cristiana (1Cor 14), aunque con ello no se agota el sentido del texto presente.

Dios conoce lo que quiere esa oración que está en completa 27
identificación con su voluntad soberana, con sus designios, y no se niega a sus demandas. En la presente formulación los procesos están fuertemente entremezclados, la realidad viva sólo con dificultad puede expresarse mediante palabras en lo que respecta precisamente a las misteriosas relaciones sobrenaturales entre Dios y el hombre.

El fiador supremo de nuestra consumación definitiva es el pro- 28
pio Dios. Es Dios quien todo lo convierte en bien para los santos (v. 27), que aman a Dios y han sido llamados según el designio
divino, es decir los cristianos. Los «conoció de antemano» y «de 29
antemano los destinó» (queda abierta la cuestión de cuál es el sentido preciso que Pablo daba a la expresión), desde toda la eternidad y con una mirada de amor infinito, para configurarlos a la imagen de Jesucristo. El hombre fue creado al principio a imagen de Dios (Gén 1,27); en Cristo, que es por esencia «imagen de Dios» [173], se le ha dado al cristiano la posibilidad de recuperar su propia dignidad en la gloria (2Cor 3,18). De este modo es Cristo
el primogénito entre muchos hermanos [174]. Pero los predestinados 30
por Dios, a los que ha llamado — tales son los cristianos —, han alcanzado la justificación por la fe y conseguirán la glorificación, si hacen lo que está en su mano. El apóstol habla en tiempo pasado de lo que acontece con absoluta seguridad, de lo que en el fondo ya ha tenido lugar, aunque todavía no sea visible.

173. 2Cor 4,4; Col 1,15.
174. Cf., por ejemplo, 1Cor 15,12.20; Col 1,18.

El triunfo de los salvados en Cristo
8,31-39

[31] *¿Qué diremos, pues, a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién*
contra nosotros? [32] *El que ni siquiera escatimó darnos a su pro-*
pio Hijo, sino que por todos nosotros lo entregó, ¿cómo no nos
dará gratuitamente también todas las cosas con él? [33] *¿Quién acu-*
sará a los elegidos de Dios? Dios es quien justifica. [34] *¿Quién*
podrá condenar? ¡Cristo [Jesús], el que murió, mejor aún, el
resucitado, es también el que está a la diestra de Dios, el que
además aboga en favor nuestro! [35] *¿Quién podrá separarnos del*
amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, hambre,
o desnudez, o peligro, o espada? [36] *Conforme está escrito:* «Por
tu causa somos entregados a la muerte todo el día, fuimos con-
siderados como ovejas para el matadero» (Sal 44[43]23).
[37] *Sin embargo, en todas estas cosas vencemos plenamente por*
aquel que nos amó. [38] *Pues estoy firmemente convencido de que*
ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni lo presente ni lo
futuro, ni potestades, [39] *ni altura ni profundidad, ni ninguna otra*
cosa creada podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en
Cristo Jesús, Señor nuestro.

31 Desde el capítulo 3 Pablo viene hablando de la obra salvadora
de Dios con nuevos razonamientos, destacando cada vez con mayor
relieve y claridad la gracia concedida al cristiano sumido en el
abismo tenebroso del mundo, donde estaba sometido al dominio del
pecado y de la muerte. El apóstol se encuentra ahora en la cima
de las revelaciones que se le han otorgado y contempla las cosas a
la luz de Dios. Y así se deja arrastrar por el júbilo luminoso y en-
tona un himno de triunfo a su felicidad sobrenatural, que trans-
ciende este mundo de tinieblas ¿Qué enemigo de consideración
32 puede quedar aún, cuando Dios ha triunfado? Y es que Dios ha
triunfado realmente. Con un amor inefable y misterioso ha sacrifi-
cado a su Hijo por nosotros. Así las cosas, ¿qué imposible quedará
33 aún por superar? ¿Quién será aún el acusador que quiera seria-
mente mover pleito contra quienes están en Cristo? Cuando Dios

se ha decidido, cuando él —que es la suprema instancia inapelable— ha pronunciado su juicio eficaz y justificante, todo está decidido. Ya no es posible la intervención de ningún juez condenador, 34
cuando el propio Cristo ha padecido y muerto en expiación, e intercede sin cesar en favor nuestro a la derecha de Dios. Este amor 35
de Jesucristo no conoce fronteras; ante él la palabra desfallece y queda rebasada toda medida humana. Nada ni nadie podrá tampoco hacer tambalear dentro de nosotros la conciencia de ese amor de Cristo; puede decirse que el apóstol lo ha comprobado día tras día a lo largo de su existencia[175].

Pero todo esto no es más que el proceso necesario de las co- 36
sas; la Escritura ya lo había anunciado. Pablo cita literalmente el v. 23 del Salmo 43 (44), que pretende mover a Dios en ayuda de Israel. Los sufrimientos que en este mundo visitan al apóstol, y 37
bajo una u otra forma a todos los cristianos, no son más que una pobre fachada; la verdadera realidad está todavía por manifestarse. Entonces se demostrará que, pese a toda las apariencias modestas, los cristianos son auténticos vencedores en toda la línea, «plenamente» vencedores, no por sí mismos desde luego, sino por Cristo. Será entonces cuando quedarán definitivamente des- 38-3
truidas las potencias tenebrosas y demoníacas que nos son adversas (1Cor 15,24). En su enumeración marcadamente retórica, cuyo significado no nos consta claramente en cada caso, el apóstol emplea expresiones astrológicas de su tiempo. No hay nada que realmente pueda poner en tela de juicio la inmensa seguridad del que ha sido gratificado por Dios y redimido por Jesucristo.

175. 1Cor 4,9-13; 2Cor 4,7-12, 6,4-10, 11,23-33.

PARTE SEGUNDA

FUNCIÓN DEL PUEBLO JUDÍO EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN
9,1-11,36

1. *La acción salvífica de Dios es absolutamente libre*
9,1-29

Lamentación del apóstol por el pueblo elegido
9,1-5

[1] *Digo la verdad en Cristo, no miento —y de ello me da testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo—:* [2] *siento gran tristeza y profundo dolor incesante en mi corazón.* [3] *Hasta desearía yo mismo ser anatema, ser separado de Cristo en bien de mis hermanos, los de mi raza según la carne.* [4] *Ellos son israelitas; a ellos pertenecen la adopción filial, y la gloria, y las alianzas, y la legislación, y el culto, y las promesas;* [5] *a ellos pertenecen los patriarcas, y de ellos procede, según la carne, Cristo; el cual está por encima de todo, Dios bendito para siempre. Amén.*

1 Con una protesta solemne de veracidad [1] empieza Pablo, que en
cuanto apóstol de los gentiles debió de ser considerado más de
una vez traidor y renegado, la segunda parte de su carta a los
Romanos. Su conciencia rinde testimonio [2] y la invocación del Espí-
2 ritu Santo da al encarecimiento un relieve extraordinario. Cuando el

1. Cf. 2Cor 1,23; 11,31; Gál 1,20; 1Tim 2,7; «ante Dios en Cristo», 2Cor 2,17; 12,19.
2. Véase el comentario a Rom 2,16.

apóstol piensa en su pueblo, irremediablemente le invaden la tristeza y el dolor al ver la obstinación con que sus compatriotas se resisten a su llamamiento (Lc 19,41-44). Ama a su pueblo con un 3
amor profundo y —si ello fuera posible— hasta renunciaría a su propia salvación por salvar a Israel. Sacrificaría lo que para él representa la cumbre de toda consumación: el estar con Cristo[3]. Cargaría con la maldición de Dios[4] con tal de poder abrir a sus hermanos, a sus compatriotas, el camino hasta Cristo. Sabe sin duda que semejante deseo es irrealizable, que tal sacrificio es imposible; pero un amor grande y sin cálculos busca la expresión suprema. Ama a su pueblo porque pertenece a él por la sangre; pero lo 4
quiere aún más porque es el pueblo de Dios. Sólo a él ha dado Dios un nombre, Israel (Gén 32,29), sólo a ese pueblo ha llamado hijo[5]. Sólo a este pueblo se ha revelado sensiblemente sobre el Sinaí, en la tienda de la revelación, en el templo, con toda su gloria[6].

Desde Abraham, Isaac, Jacob y Moisés, Dios ha manifestado a su pueblo elegido sus designios peculiares y ha pactado con él su alianza; sólo a él ha dado su ley con la posibilidad de tributarle un culto eficaz, y solamente a él le ha hecho unas promesas mesiánicas. Los varones honorables, con los que Dios mismo ha hablado, 5
y cuyo destino ha dirigido de forma tan maravillosa, son los fundadores del pueblo judío, del que también ha nacido, según la carne, Jesucristo.

Con una doxología a Cristo Dios cierra el apóstol su introducción. En una frase densa y tajante expone Pablo lo que le separa de su pueblo y por qué Israel se comporta de un modo obstinado y culpable. La referencia de la doxología a Cristo ni se discute ni es discutible[7]. Pero, aun suponiendo que Pablo, por motivos evidentes, sólo con discreción manifiesta la divinidad de Jesucristo —que desde luego admitía abiertamente: Flp 2,6—, no

---

3. Véase el comentario a 6,1-11 y, en el excursus, *con Cristo*.
4. 1Cor 16,22; Gál 1,8.9.
5. Éx 4,22; Dt 14,1.
6. Éx 16,10; 24,16.17; 29,43; 40,34.35; Lev 9,6.23.24; Núm 14,10; 16.19; 17,7; 20,6; 1Re 8,10.11; 2Cró 7,1-3.
7. Algunos expositores pretenden referirla a Dios, al modo, por ejemplo, de Rom 1,25; 2Cor 11,31; Gál 1,5.

hay duda que aquí la mayor probabilidad está en favor de esa referencia a Cristo.

Dios absolutamente libre en su actuación
9,6-13

[6] Y no es que haya fallado la palabra de Dios. Es que no todos
los que descienden de Israel son realmente Israel; [7] ni porque son
descendencia de Abraham, todos son hijos, sino que: «Por la línea
de Isaac será reconocida tu descendencia» (Gén 21,12). *[8] Es decir,*
no los hijos de la carne son hijos de Dios; sino que los hijos según
la promesa son los que cuentan como descendencia. [9] Porque la
palabra de la promesa es ésta: «Por este tiempo vendré, y Sara
tendrá un hijo» (Gén 18,10.14). *[10] Y no sólo esto: está Rebeca,*
que concibió de uno solo, de nuestro padre Isaac. [11] Pues bien,
cuando los dos niños no habían nacido todavía ni habían hecho
nada, bueno o malo — a fin de que quedara en pie el propósito
de Dios en su libre elección, [12] la cual no depende de las obras,
sino del que llama —, se le dijo a Rebeca: «El mayor será siervo
del menor» (Gén 25,23). *[13] Así está escrito: «Amé a Jacob, y a*
Esaú odié» (Mal 1,2-3).

6 Si ahora Israel falla en contra de todas las esperanzas puestas en él, no por ello habrá que tachar de mentirosa a la palabra de Dios contenida en la Escritura; lo único que se precisa es una recta comprensión. Siempre se han dado dos Israel: el Israel según la carne y el Israel verdadero, según el corazón de
7 Dios. La descendencia carnal de la estirpe de Abraham no da derecho alguno a la herencia; es Dios quien elige y ama con plena libertad. Para demostrarlo aduce el apóstol dos pruebas escriturísticas: la primera, sacada de los relatos del Génesis sobre Abraham; la segunda, tomada de la historia de Jacob. Abraham tuvo dos hijos carnales (prescindiendo de los que engendró en Queturá, con la que se casó más tarde: Gén 25,1-2): Ismael, de la esclava Agar, e Isaac de su mujer Sara. Dios se decide en favor de Isaac en cuanto que justifica en su contenido la toma

de posesión de Sara frente a Abraham — ciertamente que por motivos personales y de hostilidad —: «En todo lo que dijere Sara, escúchala, porque por el nombre de Isaac será llamada tu descendencia» (Gén 21,12). La historia de la salvación pasa por 8
Isaac según el designio libre de Dios; por sí sola la descendencia carnal no vale nada, ha de sobrevivir la promesa, que es justamente la elección.

Las palabras decisivas de la promesa se citan literalmente 9
cuando los textos de Gén 18,10 y 14. Isaac fue concebido por un prodigio especial de Dios (cf. también Gál 4,21-31); de ahí que la promesa no cuente en modo alguno para la descendencia carnal de Abraham, sino sólo para la espiritual. Lo único que 10
los judíos podrían alegar es que ellos son a la vez hijos de Isaac, pretendiendo limitar así la libertad de la elección divina en un solo caso. El apóstol destruye esa argumentación aduciendo una segunda prueba escriturística; recuerda a Jacob y Esaú y muestra cómo el caso de Isaac e Ismael no fue un caso único sino más bien un caso típico: Dios mantiene su libertad absoluta incluso dentro de la descendencia de Isaac. Jacob y Esaú tenían la misma madre, incluso eran mellizos, engendrados por el mismo padre. Y la decisión de Dios llega cuando todavía no habían 11
nacido y, por consiguiente, cuando los méritos ni deméritos de ninguno de los dos podían ser la causa motivante de la elección divina. Aquí se pone claramente de manifiesto la soberanía de Dios. El llamamiento de Jacob, con la postergación consiguiente 12
del primogénito Esaú, no tiene más razón de ser que la voluntad electiva de Dios. Cuando Rebeca ha concebido y los niños se pelean en su vientre, recibe la respuesta de Dios a su angustia: «Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos saldrán de tus entrañas; el uno será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor (Gén 25,23).

Pablo confirma su idea con una cita del profeta Malaquías: 13
«¿No era acaso Esaú hermano de Jacob?, y sin embargo yo amé a Jacob. Pero a Esaú odié y su país montañoso lo convertí en un yermo y su herencia en morada para los chacales del desierto» (Mal 1,2-3). El texto habla de una elección divina para desempeñar un papel destacado en el plan salvífico; pero no prueba en modo

alguno —y así lo refrenda el giro lingüístico original «odiar»— querer menos, postergar[8]. Una predestinación a la condenación eterna.

Soberanía y misericordia de Dios
9,14-29

14 *¿Qué diremos, pues? ¿No habrá en Dios injusticia? ¡Ni pen-*
sarlo! 15 *Porque a Moisés le dice: «Tendré misericordia de quien*
yo quiera tenerla, y me apiadaré de quien yo quiera apiadarme»
(Éx 33,19).
16 *Así pues no depende del que quiere ni del que corre, sino*
de Dios, que es el que tiene misericordia. 17 *Y así, la Escritura*
dice al faraón: «Precisamente para esto te suscité: para mostrar
en ti mi poder, y para que mi nombre sea proclamado en toda
la tierra» (Éx 9,16).
18 *Por lo tanto, él tiene misericordia de quien quiere, y él en-*
durece a quien quiere.
19 *Pero me dirás: ¿Por qué [entonces] sigue presentando sus*
querellas? Porque ¿quién puede oponerse a su decisión?
20 *¡Pero, hombre! ¿Y quién eres tú para altercar con Dios?*
¿Acaso le dirá la vasija al alfarero: Por qué me hiciste así? 21 *¿O es*
que no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la
misma masa: esta vasija para usos nobles, y aquella otra para
usos viles? 22 *Pero, si Dios, queriendo manifestar su ira y dar a*
conocer su poder, soportó con inmensa paciencia vasijas de ira,
dispuestas ya para la perdición, 23 *y esto para dar a conocer la*
riqueza de su gloria hacia las vasijas de misericordia, que de an-
temano preparó para gloria, 24 *es decir, a nosotros, a quienes lla-*
mó, no sólo de entre los judíos, sino también de entre los gentiles...
(¿qué contradicción puede haber en ello?)
25 *Así también lo dice en Oseas: «Al que era "no mi pueblo",*
lo llamaré mi pueblo, y a la que era "no amada", la llamaré mi ama-

8. Por ejemplo, Gén 29,30.31.33; Dt 21,15-17; Jue 14,16; Lc 14,26 y Mt 10,37.

da. [26] *Y en aquel mismo lugar donde se les dijo: Vosotros sois "no mi pueblo", allí serán llamados hijos del Dios viviente»* (Os 2,25s).
[27] *Isaías, por su parte, clama en favor de Israel: «Aunque el número de los hijos de Israel sea como la arena del mar, solamente será salvo el resto;* [28] *porque llevándola a término sin tardanza el Señor cumplirá su palabra sobre la tierra* (Is 10,22-23). [29] Y como *lo había predicho Isaías: «Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado una semilla, habríamos venido a ser como Sodoma, a Gomorra habríamos sido semejantes»* (Is 1,9).

Ahora bien, si Dios elige de un modo tan absolutamente li- **14**
bre, y llama o no llama a su voluntad ¿no será injusto? El apóstol rechaza enérgicamente semejante conclusión. No intenta penetrar en el misterio de la absoluta libertad de Dios; sabe que el pensamiento humano llega aquí a su límite. Pablo demuestra simplemente con la Escritura que Dios ya ha obrado así. El pri- **15**
mer texto bíblico está tomado al pie de la letra de Éx 33,19. Moisés ruega a Dios que le permita ver su gloria, y Dios le responde con las palabras citadas sometiendo a prueba su petición. Si alguno podía alegar algún derecho delante de Dios, ése sería Moisés, y sin embargo no obtiene la satisfacción de su deseo en base a sus méritos — de los que no se trata aquí —, sino sólo por libre decisión divina. Pablo da un sentido general al pasaje presentándolo como un principio fundamental de la actuación de Dios, principio que vuelve a formular en el versículo siguiente.

Si leemos rectamente la Escritura, reconoceremos que el im- **16**
pulso decisivo lo da la misericordia de Dios, no contando de cara a la meta ni la voluntad ni la carrera del hombre. La imagen está tomada de la vida deportiva contemporánea; Pablo recurre a la misma en otros pasajes cuando quiere hablar de la necesidad que el hombre tiene de hacer un esfuerzo supremo para alcanzar la salvación[9]. Esto tiene también una gran importancia para el enjuiciamiento adecuado del texto precedente. El llamamiento a la gracia o gratificación es obra del Dios soberano. Pero ¿qué

9. 1Cor 9,24-27; Gál 5,7; Flp 2,16; 3,12-14.

17 ocurre con los que resisten a Dios? El apóstol aduce como ejemplo al gran antagonista de Moisés. En la Escritura Dios habla así al faraón: «Te he dejado con vida para darte a conocer mi fuerza, que mi nombre se divulgue sobre toda la tierra» (Éx 9,16). Pablo cambia el texto para expresar con mayor relieve la eficacia de la acción divina: Dios «precisamente para esto» ha suscitado al faraón para que oponga una resistencia y en la aniquilación victoriosa de tal resistencia resplandezca el poder de Dios a los ojos del mundo entero. Dios hace que la oposición del faraón, que en modo alguno debe decidir su destino eterno — de eso no se trata aquí — contribuya a la realización de sus planes. El faraón es un instrumento de la glorificación de Dios, lo cual suaviza un poco la dura frase del v. 18, que habla también de endurecimiento [10].

18 Tropezamos aquí con el misterio insondable de Dios, y todas las tentativas por resolver la dificultad fracasan en el empeño. En definitiva, persisten dos cosas: Dios, justo y misericordioso, lo hace todo, pero la voluntad del hombre sigue siendo libre. «Pablo no ha expuesto cómo se conjugan ambos extremos. Estaba ciertamente convencido de que Dios pudo mantener al faraón en su resistencia; pero la idea de que Dios le hubiera empujado a obrar el mal le habría aparecido sin duda como una blasfemia. Tampoco afirma que Dios endurezca a todos aquellos de los que no se compadece, sino que tiene derecho a endurecer a quién él quiere. Pablo no indica tampoco si esto lo entiende de un período de tiempo transitorio o de la eternidad. Lo esencial era la afirmación de que cuantos creen poder resistirse a Dios, en el fondo no hacen más que colaborar en sus planes. Si el faraón ofreció resistencia fue porque Dios le había obcecado, ni es otra la razón de que los judíos contradigan al Evangelio» (Lagrange).

19 La inteligencia limitada del hombre no puede escrutar el misterio, y así se rebela y pregunta cuál es realmente la responsabilidad del hombre en semejante caso: de hecho nadie puede resis-
20 tirse a la voluntad de Dios. Mas lo primero que ha de pensar

10. Cf. Éx 4,21; 7,3; 9,12; 10,1.20.27; 11,10; 14,4.8.

quien tal pregunta formula es que personalmente es un pobre hombrecillo; ¿cómo pretende pedir cuentas a Dios? Con una imagen cruda del AT rebate el apóstol severamente semejante reclamación: la figura no puede hacer reproches a quien la plasma [11]. El alfarero es libre y de un mismo barro hace vasos que sir- 21
ven para cosas limpias, e igualmente otros para cosas que no lo son; siendo el alfarero el árbitro del destino que han de tener los vasos (Sab 15,7*b*, aunque con otra aplicación).

Pero ¿qué ocurre con el problema que realmente preocupa al 22
apóstol? Cómo hemos de explicar la presente historia de la salvación? Quiso Dios manifestar su ira y su poder, y así lo ha hecho (cf. por ejemplo, Rom 1,18-3,20). Mas los vasos de ira (cf. v. 21, aunque en el v. 22 el sentido no es el mismo, evidentemente), que ya estaban preparados para la perdición (al contrario de lo que sucede en el v. 23, aquí no se dice que Dios los haya preparado, toda vez que la forma pasiva del texto original *deja significativamente la causa en plena sombra) no se han per*dido; por el contrario, Dios ha soportado pacientemente a los judíos incrédulos (al apóstol le resulta difícil nombrarlos). Ahí es
donde carga el acento, sin decir nada más. Y, por otra parte, 23
Dios ha actuado para derramar la abundancia de su gloria sobre quienes había predestinado con una misericordia incomprensible. Y ésos somos precisamente nosotros, los cristianos, que libérri-
mamente hemos sido llamados por él, y desde luego no sólo el 24
«resto» de los judíos, sino también — ¡he aquí un nuevo prodigio de la misericordia divina! — los gentiles. La frase de los v. 22-24 queda incompleta, aunque resulta fácil completarla de acuerdo con lo precedente. Después de la oscuridad de los versículos 20 y 21, se ha vuelto a hacer la luz, aunque el misterio último permanece intacto. Dios llama a la gloria y soporta pacientemente
a los rebeldes. ¿Dónde está, pues, la antinomia? Mediante unos 25-26
ejemplos, sacados de la Escritura, el apóstol explica que tal comportamiento no es ajeno a Dios. En el profeta Oseas se habla de la vuelta del derrumbado reino del Norte o de Israel; Pablo ve en el retorno de los desterrados una imagen de los gentiles

11. Is 29,16; 45,9.10; Jer 18,6; Sab 15,7; Eclo LXX 33,10-13.

que, para Dios, eran el «no mi pueblo» y la «no amada». A Os 2, 25 (23 LXX citado libremente) une el apóstol el texto de Os 2,1 (1,10 LXX): los paganos son acogidos por Dios como hijos legítimos.

27 Y también el destino de Israel está predicho en la Escritura. El pequeño número de los llamados, es decir, de los judíos creyentes, podría crear dificultades al que se preocupa de todo Israel y sumergirle en la duda; pero eso sólo será posible si no entiende de forma adecuada la Escritura. En el AT se había vaticinado una y otra vez que sólo se salvaría «el resto»; ese pequeño número respondía perfectamente a los planes de Dios. Pablo cita de forma libre a Is 10,22-23 según LXX: así como a la catástrofe desencadenada por Senaquerib, rey de los asirios, sólo había de sobrevivir un resto, que se convirtió, así también ocurre ahora.

28 La segunda parte de la cita, que frente a la primera tiene una importancia menor, no resulta clara; en lugar de la traducción propuesta «sin tardanza» cabría pensar también en «dividiendo el conjunto» con referencia, una vez más, al «resto» en cuestión.

29 La última cita reproduce literalmente Is 1,9, y se califica de modo explícito como un vaticinio. Para Isaías más bien se trataba de la comprobación de un hecho, lo que no obsta para que Pablo descubra además en la palabra una profecía. Dios ha dejado una «semilla» (esta palabra es todavía más consoladora que el concepto de «resto»; Lagrange), con lo que al pueblo se le abre un futuro, que de otro modo hubiera sido su completa aniquilación. «Señor de los ejércitos» corresponde a la expresión hebrea *yhwh sebaot*, «que en su significado fundamental pretende designar a Yahveh como el Señor de las tropas israelitas (cf. 1Sam 17,45), además de como soberano de los ejércitos estelares, a los que hace desfilar cada noche (Is 40,26; 45,12; Sal 33,6; Neh 9,6), como Señor de los ejércitos angélicos (cf. 1Re 22,19-23), y sobre todo como Señor y soberano absoluto de cuanto se mueve, vive y alienta en el cielo y en la tierra» (Fischer).

2. *Israel mismo, y no Dios, es responsable de su propio destino* 9,30-10,21

[30] *¿Qué diremos, pues? Que los gentiles, que no iban tras una justicia, alcanzaron justicia — pero una justicia que viene de la fe— ;* [31] *mientras que Israel, que iba tras una ley que procurara justicia, no llegó al fin de la ley.* [32] *¿Y por qué? Porque no la buscaba por la fe, sino como consecuencia de las obras. Tropezaron con la piedra de tropiezo,* [33] *según está escrito: «He aquí que pongo en Sión una piedra de tropiezo y una roca contra la cual uno se da; pero quien tiene fe en él no quedará defraudado»* (Is 28,16; 8,14).

Hermanos, el anhelo de mi corazón y mi oración a Dios por ellos, es para que alcancen salvación. [2] *Pues doy testimonio en favor de ellos: tienen celo por Dios, pero no es conformidad con un verdadero conocimiento.* [3] *Pues no reconociendo la justicia que viene de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se sometieron a esa justicia de Dios.* [4] *Porque la finalidad de la ley es Cristo, para justificar a todo el que cree.*

[5] *Efectivamente, Moisés escribe acerca de la justicia procedente de la ley: «El que la practique vivirá* (Lev 18,5) *por ella.* [6] *Pero la justicia que procede de la fe habla así: «No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo?»* (Dt 30,12) *— es decir, para hacer bajar a Cristo —;* [7] *o «Quién bajará al abismo?»* (Sal 107,26) *— es decir, para hacer subir a Cristo de entre los muertos —.* [8] *¿Qué dice, pues? «La palabra está cerca de ti, en tus labios y en tu corazón»* (Dt 30,14); *esto es, la palabra de la fe que proclamamos.* [9] *Porque, si confiesas con tus labios que Jesús es Señor, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo.* [10] *Pues creerlo con el corazón conduce a justicia, y confesarlo con los labios conduce a salvación.* [11] *Por eso dice la Escritura: «Ninguno de los que creen en él quedará defraudado»* (Is 28,16). [12] *Pues no hay diferencia entre judío y griego, ya que uno mismo es el Señor de todos, que prodiga sus riquezas para con todos los que lo invocan;* [13] *y «todo el que invoque el nombre del Señor, será salvo»* (Is 2,32; cf. 3,5).

[14] *Ahora bien, ¿cómo podrán invocar a aquel en quien no tuvie-*

ron fe? ¿Y cómo podrán tener fe en aquel de quien no oyeron hablar? ¿Y cómo van a oír, sin que nadie lo proclame? [15] *¿Y cómo podrán proclamarlo, sin haber sido enviados? Como está escrito: «¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian cosas buenas!»* (Is 52,7). [16] *Pero no todos aceptaron el Evangelio. Ya lo dice Isaías: «Señor, ¿quién creyó a nuestra predicación?»* (Is 53,1). [17] *Así que la fe viene de la predicación, escuchada, y esta predicación se hace en virtud de la palabra de Cristo.* [18] *Pero pregunto: ¿Es que no oyeron? ¡Claro que sí! «Por toda la tierra se difundió su voz, y hasta los confines del mundo llegaron sus palabras»* (Sal 19,5). [19] *Pero sigo preguntando: ¿Acaso Israel no se enteró? Moisés, primeramente afirma: «Yo os haré tener celos de un pueblo que ni siquiera lo es, con un pueblo insensato os provocaré a enojo»* (Dt 32,21). [20] *Luego Isaías se atreve a decir: «Fui hallado por los que no me buscaban, me hice visible a quienes no preguntaban por mí»* (Is 65,1). [21] *En cambio, dice refiriéndose a Israel: «Todo el día estuve con las manos extendidas hacia un pueblo indócil y rebelde»* (Is 65,2).

30 En las páginas precedentes el apóstol ha adentrado a sus lectores en el misterio impenetrable de la vigorosa acción de Dios. En cierto modo ha considerado el enigma de la apostasía de Israel desde el punto de vista de Dios. Ahora habla desde la otra vertiente, desde la culpabilidad de Israel; con ello vuelve a poner de relieve, y desde otro ángulo nuevo, «la conducta irreprochable» de Dios. ¿Cuál es, pues, la posición concreta de judíos y gentiles en la hora presente de la historia de la salvación? Ha tenido
31 lugar lo absolutamente inesperado: que los gentiles, cuyos esfuerzos eran francamente escasos obtuvieron la justicia en base a la fe, mientras que los judíos, volcados en cuerpo y alma al logro de la justicia, no la alcanzaron y fracasaron en su empeño,
32 que la ley debía sostener. Empezaron dando un paso en falso; esperaban acercarse a la ley a través de una exposición cada vez más severa a los preceptos particulares de las exigencias divinas; se echaron a andar por el camino de las obras y no por el camino de la fe, y tropezaron en la persona de Jesucristo.
33 Pero también esto estaba previsto en la Escritura. Pablo adu-

ce libremente Is 28,16 en que se piensa en el Mesías, completando el pasaje con una frase impresionante de Is 8,14 (cf. también 1Pe 2,6-8). Dicho texto alude primordialmente a Dios mismo; pero es que los judíos rechazan ahora el enviado divino como en otros tiempos rechazaron al propio Dios[11].

De nuevo recuerda el apóstol a sus lectores que para él no se 1
trata en todo este problema de meras especulaciones teóricas; le afecta en lo más íntimo de su ser porque está en juego el destino de su pueblo, cuya salvación definitiva desea y suplica con todo su corazón. Piensa ante todo en Israel con su religión. «El celo 2
por Dios es uno de los rasgos característicos de la piedad judía. Hasta el judío incrédulo es siempre un celante. Hoy anda celoso tal vez, como socialista, por la justicia, y como pacifista, por una paz que no procede de Dios sino de los hombres. Pero el celo del Israel carnal por Dios es un celo sin inteligencia, entonces como hoy» (Peterson). Los judíos han querido alcanzar su ob- 3
jetivo por su propia justicia, y han menospreciado y rechazado (por su propia culpa) la justicia de Dios[12]. El camino de los ju- 4
díos con la ley únicamente termina en Cristo, hasta Cristo el servicio de la ley podía parecer legítimo; pero ahora ha quedado patente que la fe es el fundamento exclusivo de la salvación. El hombre no puede hacer nada decisivo por sí solo; debe someterse a la acción de Dios, si es que quiere alcanzar su salvación. Cristo y solo Cristo, ése es el auténtico contenido de la predicación del apóstol. Ello incluye un supremo esfuerzo del hombre, aunque tal esfuerzo no pueda fundamentar la menor pretensión. Todo 5
esto no podían desconocerlo realmente los judíos familiarizados con la Escritura, pues a quien tiene los ojos abiertos los libros sagrados le hablan de la imposibilidad del camino egoísta y de la posibilidad del camino de la fe. Lev. 18,5 dice así: «Observaréis mis mandamientos y mis preceptos; el que los cumpla vivirá por ellos.» Pablo subraya la fuerza del pasaje: es preciso, en consecuencia, cumplir toda la ley sin mutilaciones[13]. Al tiempo que, por ejemplo, en Rom 2-3, está convencido de que nadie

11. Véase también Mt 21,42; Lc 2,34.
12. Véase el comentario a Rom 3,21.
13. Gál 3,10-12; 5,3.

6-7 cumple a la perfección esas exigencias de Dios. Frente a la justicia de las obras —ya en la propia Escritura— se alza la justicia de la fe. Pablo cita Dt 30,11-14: «[11]Porque estos mandamientos que yo te prescribo hoy no son superiores a tus fuerzas ni están fuera de tu alcance. [12]No está en el cielo, para poder decir: ¿Quién subirá por nosotros a los cielos, para que nos los traiga y nos los dé a conocer y los pongamos por obra? [13]Tampoco están en el otro extremo del mar, para poder decir: ¿Quién pasará por nosotros al otro lado del mar para que nos los traiga y nos los dé a conocer y los pongamos por obra? [14]Tienes la palabra muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la pongas por obra.» Así pues, el sentido original es éste: Israel no necesita hacer nada extraordinario para conocer la voluntad de Dios; basta con mirar a la ley, accesible a todos y donde todo está claro y preciso. Pablo se sirve del pasaje en otro sentido. Hace hablar a la justicia de la fe aplicándole lo que en el texto originario se decía de la ley (el precepto). La ley se presenta aquí como la imagen o tipo (imperfecto) de la justicia por la fe.

El sentido del texto es claro. No es necesario hacer esfuerzos sobrehumanos ni intentar lo imposible para obtener la salvación. Nadie necesita hacer bajar del cielo al Salvador: el Salvador se ha hecho hombre; nadie necesita hacerle subir del mundo inferior —Pablo sustituye libremente Dt 30,13 por el Sal 107 [106]
8 26—, porque ya ha resucitado. La proclamación de la fe es accesible a todos los hombres de buena voluntad; accesible incluso a los judíos que no se resisten malévolamente a la acción de Dios.
9 El hombre entero tiene que decidirse por Cristo; eso es todo. Es necesaria la confesión de que Jesús es el Señor (cf. el comentario a 1Cor 12,1-11) y la fe en su resurrección. Cuando todo ello es expresión de un convencimiento que está resuelto a todo,
10 el hombre obtendrá la salvación; fe y confesión conducen a la
11 justicia y al logro de la salvación escatológica y definitiva. Esto estaba predicho en la Escritura, pues Is 28,16 LXX dice así: «Quien confía en él no quedará defraudado.» El apóstol quiere dejar en claro que, de hecho, la fe y la confesión son los únicos requisitos para la salvación, y así subraya el sentido universalista
12 con que él lee el texto: se entiende todo. La diferencia entre ju-

díos y gentiles, que la sinagoga consideraba como decisiva, carece ahora de importancia frente a lo esencial que es el logro de la salvación. Con ello no se niegan en modo alguno las diferencias naturales, pues, «no es la unidad de la naturaleza humana, sino la unidad de la gracia del Kyrios o Señor de todos, la que elimina la distinción entre judíos y griegos» (Peterson). Los cristianos invocan y honran a Cristo[14] como al mismo Dios. El apóstol aplica a Jesús una palabra que en el profeta se refiere a Dios, esclareciendo así su pensamiento: se puede orar a Jesucristo como a Dios, y él escuchará al orante. **13**

En consecuencia, Israel ha emprendido un camino equivocado; de eso no cabe la menor duda y el apóstol lo afirma una y otra vez. En la Escritura hubiera podido encontrar Israel alusiones a la predicación de la fe; pero su inteligencia quedó obnubilada. En realidad Dios no ha dejado nada por hacer para llevar a su pueblo al sendero recto, y es esto lo que prueba de modo implacable la culpa de Israel. Pero todavía son posibles dos réplicas del pueblo acusado. Quizás ni siquiera han escuchado el mensaje (v. 18), tal vez no lo han entendido (v. 19-21); pues, de lo que no cabe duda es que para poder orar antes es necesario creer, y antes de creer es preciso que se haya dejado oír aquel al que se rinde el homenaje de la fe. Si personalmente ya no puede hacerse oír (puesto que ya no camina sobre la tierra), será necesario escuchar su predicación a través de mensajeros. Para que su palabra tenga fuerza y autoridad es necesario que se trate de mensajeros acreditados[15]. Pablo agrega una prueba escriturística. El profeta Isaías contempla al precursor de los desterrados que regresan a Jerusalén. «El profeta le espera con santa impaciencia; de ahí que sus ojos estén fijos, precisamente en los pies ligeros del emisario ¡Y qué hermosos se le antojan!» (Fischer). En ese mensajero (Is 53,7) ve el apóstol prefigurados a los heraldos de la predicación de la fe. **14** **15**

El v. anticipa la idea final: no todos han escuchado con un corazón creyente. Y también aquí aduce el apóstol un ejemplo **16**

14. 1Cor 1,2; cf. Act 9,14.21.
15. Cf. el comentario a Rom 1,1-7.

demostrativo sacado de la Escritura. En Is 53,1; y hablando en nombre de su pueblo, dice el profeta que nadie ha creído al mensaje en apariencia increíble del siervo sufriente de Dios. Eso mismo es lo que les ocurre ahora a los nuevos mensajeros de la fe; por ello no hay motivo especial de asombro.

17 A la fe, pues —como advierte el propio Pablo a modo de conclusión—, preceda la predicación, y esta predicación sólo es legítima cuando se hace por encargo de Cristo, o cuando —también podría entenderse así el pasaje, según el v. 14— asume y
18 contiene el mensaje de Jesús. ¿Puede ahora justificarse Israel alegando no haber oído hablar del Evangelio? No, porque —para emplear la palabra bíblica del Sal 19(18),5— con la predicación ha ocurrido como con la manifestación natural de Dios en el cielo, que es una imagen de la revelación sobrenatural. Por todas partes ha penetrado la predicación de la fe —como dice el apóstol con una visión anticipadora y de conjunto—; así que
19 los judíos tampoco tienen esa excusa. ¿Es que tal vez les faltó la comprensión necesaria? Pues tampoco, porque Israel hubiera podido entender con sólo haber tenido buena voluntad. Pero es que precisamente no lo ha querido. Pablo pone así de relieve la absoluta inculpabilidad de Dios lo mismo que la responsabilidad personal de los judíos en toda su desgracia. Como primer testigo de cargo contra Israel aparece el propio Moisés, el legislador. Pablo cita de forma bastante literal Dt 32,21; al igual que entonces Dios amenazó con convertir en instrumento suyo a un pueblo pagano, eso mismo acontece ahora. Y si los gentiles han entendido el Evangelio, antes y mejor hubieran podido enten-
20 derlo los judíos. Pero el profeta Isaías dice algo inaudito para los oídos judíos (Is 65,1); hacía falta valor para pronunciar semejante frase entre los descendientes de Jacob. Isaías habla de los judíos apóstatas; Pablo aplica el texto a los gentiles adoptando para ello la versión de LXX que difiere del texto hebreo.
21 A los judíos refiere el versículo siguiente del profeta (Is 65,2); entonces como hoy Dios se ha esforzado por salvar a Israel, pero en vano. Por lo que atañe al pueblo elegido, ésta es la conclusión dolorosa a que el apóstol llega con sus argumentaciones escriturísticas: Dios no puede tener la menor responsabilidad en

la ruina de Israel, ha hecho todo lo posible por salvar a su pueblo; si ha pasado su hora, es culpa exclusivamente suya.

3. *La salvación de todos, judíos y gentiles* 11,1-36

Dios se reservó un resto de su pueblo 11,1-10

[1] *Sigo, pues, preguntando: ¿Es que Dios ha rechazado a su pueblo? ¡Ni pensarlo! Que también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín.* [2] *«Dios no rechazó a su pueblo* (Sal 93,14), *al que de antemano reconoció por suyo. ¿O es que no sabéis qué dice la Escritura en la historia de Elías? Así interpela éste a Dios contra Israel:* [3] *Señor, «mataron a tus profetas, demolieron tus altares; he quedado yo solo, y aun pretenden quitarme la vida* (1Re 19,10). [4] *Pero ¿qué le contesta el oráculo divino? «Me he reservado siete mil hombres; los que no doblaron su rodilla ante Baal»* (1Re 19,18). [5] *Igualmente, pues, también en el tiempo presente ha quedado un resto, en conformidad con la elección por gracia.* [6] *Pero, si es por gracia, ya no es por las obras; de lo contrario, la gracia ya no sería gracia.*

[7] *Entonces, ¿qué? Que Israel no ha logrado lo que anda buscando, mientras los elegidos lo han logrado. Los demás quedaron endurecidos,* [8] *conforme a lo que está escrito: «Dios les infundió un espíritu de entorpecimiento, ojos para no ver y oídos para no oír, hasta el día de hoy»* (Dt 29,3; Is 29,10).

[9] *David dice también: «Conviértase su mesa en trampa y lazo, en piedra de tropiezo y en justo castigo;* [10] *que sus ojos se obscurezcan para no ver, y encórvales la espalda para siempre»* (Sal 69,23-24).

La culpa de Israel no puede negarse, pero ¿equivale esto al 1
repudio de todo el pueblo? Semejante consecuencia parece imponerse, pero el apóstol la rechaza enérgicamente. Él mismo es un

judío[16]. Su propia vocación demuestra que Israel no ha sido re-
2 chazado como pueblo en su totalidad, como lo afirma Pablo con
las palabras del Sal 94(93)4. En el mismo sentido aduce un sig-
nificativo ejemplo de la Escritura. Elías es perseguido por Jeza-
bel, la esposa pagana del rey Ajab; el profeta huye y en una
3 cueva del monte Horeb tiene una aparición divina. Se lamenta
ante Dios de sus amargos padecimientos (1Re 19,10 y espec. 14;
Pablo cita libremente y cambia el orden de las palabras). Sólo
él ha quedado que siga creyendo en el verdadero Dios, y su vida
4 está amenazada. Pero Dios le consuela asegurándole que son mu-
chos más los supervivientes que mantienen la fidelidad: siete mil
hombres escaparán a la espada de los asesinos (1Re 19,18 libre).
5 Este resto es una imagen del Israel que aceptará la fe. Israel en
su totalidad no ha rechazado el llamamiento de Dios; los llamados
6 han creído. Pero ese llamamiento es pura gracia; no hay mérito
capaz de conseguirlo.

7 Por otra parte, está, desde luego, la masa de los obcecados;
visto en su conjunto, Israel ha fracasado y no ha logrado el ob-
jetivo que Dios le propuso. Pablo trae a colación el texto bíblico
de Dt 29,3-4 (LXX); la expresión «espíritu de entorpecimiento»
está tomada de Is 29,10 (cf. también Is 6,9, que acentúa sin lugar
a dudas la causalidad directa de Dios, destacada asimismo por
9 Pablo); ya entonces ocurrió lo mismo que hoy ocurre. El apóstol
encuentra expresada la misma realidad en David, cuyo Salmo 69
(68) 23-24 cita, aunque no al pie de la letra. El Salmo es la lamen-
tación personal de un individuo; el orante huye de sus enemigos
y desea que el plato del que rebosan los manjares se les convierta
en «asechanza» y en «celada» (González)[17], que en medio del
alegre festín se vean repentinamente atrapados por la desgracia,
como pájaros que pican en el cebo (Gunkel), o como quienes aca-
ban devorando los alimentos envenenados que habían preparado
10 para otros (Lagrange). El salmista desea que caigan las tinieblas
sobre los ojos de sus perseguidores, y ésta sobre todo es la idea que
ha inducido al apóstol a citar la palabra del Salmo.

16. 2Cor 11,22; Flp 3,5.

17. En *El libro de los salmos,* introducción. versión y comentario, Herder, Barcelona 1966, *ad locum.*

Sentido histórico salvador de la incredulidad de Israel
11,11-24

[11] *Y ahora pregunto: ¿Tropezaron para quedar siempre caídos?*
¡Ni pensarlo! Al contrario, por su mal paso vino la salvación
a los gentiles, a fin de provocar celo en aquéllos. [12] *Ahora bien,*
si ese mal paso de aquéllos es riqueza para el mundo, y su re-
ducción a un resto es riqueza para los gentiles, ¡cuánto más lo
será la inclusión total de aquéllos!

[13] *Estoy hablando a vosotros, los gentiles: en el grado en que*
soy precisamente apóstol de los gentiles, hago honor a este ser-
vicio, [14] *por ver si con ello logro provocar celos en mi carne (es*
decir entre los de mi raza) y así salvar a algunos de ellos. [15] *Por-*
que, si su exclusión es reconciliación del mundo, ¿que no será
su reintegración, sino un retornar de entre los muertos a la vida?
[16] *Si las primicias son santas, también lo es la masa; y si santa*
es la raíz, también lo son las ramas. [17] *Si algunas ramas fueron des-*
gajadas, y tú, siendo olivo silvestre, fuiste injertado en las restan-
tes, para compartir con ellas la raíz y la savia del olivo, [18] *no te*
engrías contra aquellas ramas; y si te engríes, piensa que no eres
tú quien sostiene la raíz, sino la raíz a ti. [19] *Claro que tú dirás:*
Es que algunas ramas fueron desgajadas precisamente para que yo
fuera injertado. [20] *Muy bien: por su incredulidad fueron desgaja-*
das, mientras que tú estás firme por la fe. Pero no presumas tanto,
sino más bien teme. [21] *Pues, si Dios no perdonó las ramas natu-*
rales, tampoco a ti te perdonará.

[22] *Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios: para*
con los que cayeron, severidad; para contigo, en cambio, bondad
divina, si es que permaneces acogido a esta bondad. De otro
modo, también tú serás cortado. [23] *Pero también aquéllos, si no*
persisten en su incredulidad, serán injertados; pues poderoso es
Dios para injertarlos de nuevo. [24] *Efectivamente, si tú fuiste cor-*
tado del que era por naturaleza olivo silvestre, y con tu natural
condición fuiste injertado en un olivo bueno, ¡con cuánta más
razón ellos, que son ramas legítimas, podrán ser injertados en
el propio olivo!

11 Pero no sólo mitiga el terrible destino de Israel el hecho de
que haya quedado un resto, sino también el que la caída del pue-
blo de Dios haya reportado, por voluntad divina, una bendición
inesperada a los gentiles. El designio de Dios en modo alguno
perseguía la ruina de Israel, sino ante todo y sobre todo la sal-
vación de los gentiles. La visión maravillosa de la conversión de
éstos debía hacer reflexionar a la parte siempre renuente de Is-
rael. Dios quiere poner celoso a su pueblo mediante el llama-
12 miento de los gentiles (cf. Dt 32,21). Así pues, la apostasía de
Israel se ha trocado en salvación para los gentiles; mas si ahora
vuelve a encontrar el camino, ¿qué bendiciones no aportaría la
conversión de todo Israel? En lugar de traducir «inclusión total»,
algunas exegetas prefieren la posibilidad filológica de «perfección»
o cumplimiento (de la voluntad de Dios); pero en el v. 25 queda
perfectamente claro el sentido primero que hemos dado a la pala-
bra griega en nuestro contexto. Con el corazón en sobresalto el
apóstol espera que llegue la conversión general de su pueblo; la
función de Israel en la historia de la salvación no ha terminado
13 en modo alguno. Esto es lo que Pablo quiere exponer en las líneas
que siguen a los gentiles como freno a una tentación de orgullo,
muy natural en los cristianos procedentes del gentilismo.
14 Él es apóstol de los gentiles, y lo es con todas sus fuerzas.
Pero no puede olvidar a su pueblo; si lucha por la conversión de
los gentiles, también piensa en Israel y espera que reconozca su
15 hora. Su repudio aportó reconciliación; así las cosas, su conver-
sión total y definitiva traerá consigo la perfección suprema para
16 el mundo, la consumación escatológica en la vida eterna. La elec-
ción de Israel no ha quedado anulada, en el fondo no podía anu-
larse; el apóstol intenta esclarecerlo con dos comparaciones. Si
las primicias ofrecidas a Dios (cf. Núm 15,17-21) santifican toda
la masa (aunque semejante conclusión no puede legitimarse con
textos de AT), y si la raíz del árbol determina el carácter y cali-
dad de las ramas, así también todo Israel está santificado en los
17 patriarcas, y sobre todo en Abraham. Ciertamente que «algunas» de
las ramas (el apóstol emplea aquí colores un poco menos lumi-
nosos dentro del cuadro de su demostración) han sido despejadas y
que los gentiles han sido injertados en el árbol noble, pero tam-

bién ellos viven ahora por la fuerza de la vieja raíz, de la raíz jugosa del olivo, que representa la bendición emanada de los patriarcas de Israel; la historia de la salvación continúa sin interrupción su camino, los patriarcas de Israel son también patriarcas de los gentiles. El apóstol maneja libremente la imagen del profeta; en realidad el proceso se desarrolla a la inversa. Pero el pensamiento queda perfectamente claro.

El orgullo, sin embargo, de los cristianos de la gentilidad podía **18-19** apuntar ahora al hecho de que su conversión ha sido la causa del rechazo de una parte de Israel, evidenciándose así que Dios los había preferido a los judíos. Es cierto a todas luces que Dios **20** ha salvado a los gentiles y que ha repudiado a los judíos; pero la razón de su comportamiento hay que buscarla en la incredulidad de Israel y en la fe de los gentiles. En tal caso, y según la concepción de Pablo, aquí no habría nada de lo que el hombre pudiera alardear delante de Dios. Quien cree de verdad será humilde, y el que corre peligro de perder esa humildad tiene razones para temer por su suerte. Pues ¿por qué habría de actuar Dios **21** de distinto modo con las ramas injertadas que con las naturales, cuando su justicia les asigna el mismo destino? Se ha comportado **22** severamente con los judíos y ha hecho partícipes de su bondad a los gentiles; pero es evidente que la culpa del gentil, cuando se hace indigno de la bondad de Dios, habrá de compartir la misma suerte que los judíos reprobados. Junto con una teología diáfana de la elección, Pablo mantiene siempre la libertad y responsabilidad del hombre; cosa que aquí aparece con relieve singular.

Con todo ello se desprende que ni el destino de los gentiles **23** está definitivamente establecido ni tampoco la suerte final de los judíos. Cierto que de Israel no puede aguardarse nada decisivo, pero personalmente Dios sí que es poderoso. Sólo con que Israel se abra a la gracia y retire el impedimento de su incredulidad, obtendrá la salvación, que ahora anda buscando por un camino errado. Pablo sigue utilizando en forma libre la imagen empleada por el profeta, pero la idea es clara. Si Dios ha injertado las ramas **24** silvestres en el árbol bueno, ¡con cuanta más razón hará otro tanto con las ramas nobles! Si Dios ha llamado a los gentiles para que entren en la historia de la salvación, que en sus tramos deci-

sivos cabalga sobre el pueblo elegido, ¡con cuánto mayor motivo no acabará volviendo a acoger a todo Israel!

La salvación definitiva de todo Israel
11,25-36

[25] *No quiero, hermanos, para que no presumáis de vosotros mismos, que ignoréis este misterio: que el encallecimiento ha sobrevenido a Israel parcialmente, hasta que la totalidad de los gentiles haya entrado.* [26] *Y entonces todo Israel será salvo, según lo que está escrito: «Vendrá de Sión el libertador, apartará de Jacob la impiedad.* [27] *Y ésta será, por mi parte, la alianza con ellos, cuando yo haya quitado sus pecados»* (Is 59,20-21; 27,9).

[28] *Mirando al Evangelio, es verdad que son enemigos de Dios, en beneficio vuestro; pero, mirando a la elección, son amados por Dios, en atención a los patriarcas;* [29] *pues los dones de Dios y su llamada son irrevocables.* [30] *Así como vosotros fuisteis desobedientes a Dios en otros tiempos, pero ahora, con ocasión de la desobediencia de ellos, obtuvisteis misericordia,* [31] *así también ellos ahora fueron desobedientes, para que, con ocasión de la misericordia a vosotros concedida, también ellos obtengan a su vez misericordia.* [32] *Pues Dios incluyó a todos por igual en desobediencia, a fin de tener misericordia de todos.*

[33] *¡Oh profundidad de la riqueza y de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué insondables son sus decisiones, y qué inexplorables sus caminos!* [34] *Pues «¿quién conoció el pensamiento de Dios? ¿O quién llegó a ser su consejero?»* (Is 40,13). [35] *«¿O quién le dio algo de antemano, de suerte que a éste haya que darle recompensa por ello?»* (Job 41,3).

[36] *Porque de él y por él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por siempre. Amén.*

25 Lo que el apóstol expuso teológicamente en 11,11; a saber: el definitivo apiadamiento de Dios sobre los judíos ahora todavía obcecados, lo proclama ahora de forma autorizada como un misterio de revelación. Por revelación divina Pablo posee un conoci-

miento de los misterios y planes de Dios —conocimiento que le constriñe—, los cuales con frecuencia parecen contradecir a la sabiduría meramente humana[18]. El endurecimiento de Israel acabará algún día, cuando el número de gentiles, establecido por Dios, haya encontrado el camino de la fe. Israel se convertirá en 26-27
su conjunto, como pueblo; lo que no quiere decir que lo vayan a hacer todos los judíos sin excepción. El apóstol aplica un pasaje de Isaías (Is 59,20-21) a este acontecimiento decisivo, aunque sin citarlo al pie de la letra (por ejemplo: «de Sión», aparece en el hebreo «para Sión», y en LXX «por causa de Sión») y lo completa con otro del mismo Is (27,9). Los judíos son ahora enemigos 28
encarnizados del Evangelio —el apóstol tiene la amarga experiencia de todos los días—; pero de esta enemistad, y por voluntad de Dios, ha surgido bendición para los gentiles, y el plan originario de Dios acabará realizándose «en atención a los patriarcas». Y 29
es que Dios no retira su llamada ni su benevolencia hacia el pueblo, porque no se arrepiente de sus decisiones, como les ocurre a los hombres.

En otro tiempo los gentiles eran enemigos de Dios, mas ahora 30
la desobediencia de Israel se ha trocado en salvación para ellos. Dios es el mismo; por ello puede ejercer su misericordia para con 31
los judíos, encallecidos hasta el día de hoy. Israel se escandaliza por el hecho de que se le equipare a los gentiles y de que ya no pueda presentarse solo delante de Dios. Rehúsa la obediencia a Dios, se endurece, y así —éste es el milagro incomprensible— se prepara para la misericordia de Dios. «La desobediencia es la condición previa para dejar que brille la misericordia divina. También entre los judíos es la desobediencia el camino necesario querido por Dios para terminar abriendo paso a la incontenible revelación de la voluntad divina gratificante. Al igual que entre los gentiles la misericordia ya experimentada ha tenido como preparación la precedente desobediencia, así por lo que atañe a Israel su desobediencia actual tendrá como consecuencia la futura redención» (F.W. Maier).

---

18. Cf. Rom 16,25; 1Cor 2,7; 4,1; 15,51; Ef 1,9; 3,3-11; Col 1,26.27; 2.2.3; 4,3.

32 Y es que todos necesitan de la misericordia. No hay esfuerzo humano, por altas que sean sus pretensiones, capaz de aportar la salvación. Por encima de todas las miserias se alza luminosa y triunfante la incomprensible e infinita misericordia de Dios. «Cuando leemos las palabras soberanamente consoladoras del capítulo 11, no debemos perder de vista aquellas otras, severas y terribles del capítulo 9. No existe aquí un simple balance final, ni una suma total con un resultado inequívoco al pie de los distintos sumandos. Toda la carta a los romanos es como una sola frase, cuyo comienzo no se anula con el final, sino que principio y fin forman un todo inseparable e indestructible. Quien pretenda decir: Yo me atengo a la conclusión en que se afirma que Dios tiene compasión de todos, cualesquiera que sean las afirmaciones precedentes, pues ése es, en todo caso. el resultado y eso es lo que da el impulso definitivo... quien así discurriera daría necesariamente pruebas de ligereza. De ese modo, la vida habría perdido su tensión, y la fe habría perdido su carácter de decisión. Quien por el contrario se quedase en el capítulo noveno, con su duro lenguaje del alfarero y de la arcilla, de los vasos de ira y los vasos de honor y con sus expresiones sobre endurecimiento, tendría que hundirse en la melancolía o aprender a refugiarse en Dios» (Brunner).

33 Pablo está al final de su gran exposición. Ha hablado de los misterios de Dios, de su infinita misericordia, de su amor incomprensible y de su magnanimidad. A través de cada una de las palabras de la carta irrumpe toda la inefable felicidad del cristiano así como el temor pavoroso al juez que premia y castiga. Ahora el apóstol se hinca de rodillas. Todo lo que sabemos es fragmentario. Barruntamos un misterio, que jamás logramos penetrar. Sabemos lo que Dios ha hecho, pero no lo comprendemos.
34 «¿Quién ha podido prevenir el pensamiento de Dios o qué consejero ha podido instruirle?» se pregunta Isaías (40,13), y Pablo hace suya la pregunta (según el texto de LXX que no reproduce
35 exactamente el original hebreo), y añade también un texto de Job (41,3, que no cita precisamente según LXX, sino quizás siguiendo una versión desconocida) que en una traducción moderna suena así: «¿Quién me ha dado algo primero, para que yo deba restituír-

selo?» (la Vulgata traduce la idea, al igual que Pablo). Dios es el **36**
primero y el último; ante él fracasa todo pensamiento y cálculo humano, debiendo enmudecer cualquier objeción. Sólo él es el fundamento, fuerza y finalidad de todas las cosas.

PARTE TERCERA

LA VIDA MORAL
12,1-15,13

1. *La renovación de la mente*
12,1-13,14

Amor al hermano y al enemigo
12,1-21

[1] *Por lo tanto, hermanos, os exhorto en virtud de las misericordias de Dios a que ofrezcáis vuestras propias personas como víctima viva, santa, agradable a Dios; sea éste vuestro culto espiritual.* [2] *No os amoldéis a las normas del mundo presente, sino procurad transformaros por la renovación de la mente, a fin de que logréis discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto.*

[3] *En virtud de la gracia que me ha sido otorgada, digo, pues, a cada uno de vosotros: que nadie tenga de sí mismo estimación superior a la que debe tener, sino que se estime con la debida moderación, según la medida de fe que Dios concedió a cada uno.* [4] *Porque, así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, pero ninguno de éstos tiene idéntica función,* [5] *así nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero, por lo que a cada uno respecta, los unos somos miembros de los otros.* [6] *Y teniendo como tenemos dones que difieren según la gracia que nos ha sido otorgada, si uno tiene el don de hablar en nombre de Dios, ejercítelo de acuerdo con la fe;* [7] *si el de servir, que sirva; si el de enseñar, que enseñe;* [8] *si el de exhortar,*

que exhorte; el que da, que dé con sencillez; el que preside, que lo haga con solicitud; el que practica la misericordia, que la practique con alegría.

[9] *Sea el amor sin fingimiento. Aborreced lo malo. Estad firmemente adheridos a lo bueno.* [10] *Con el cálido afecto de hermanos amaos cordialmente los unos a los otros. En cuanto a la estimación, tened por más dignos a los demás.* [11] *En vuestro celo no seáis negligentes. En el espíritu, manteneos fervientes. Servid constantemente al Señor.* [12] *Vivid gozosos en la esperanza, firmes en la tribulación, constantes en la oración.* [13] *Socorred las necesidades de los santos. Practicad la hospitalidad.*

[14] *Bendecid a los que os persiguen; bendecidlos, y no los maldigáis.* [15] *Alegraos con los que se alegran. Llorad con los que lloran.* [16] *Tened unos con otros el mismo sentir, no abrigando sentimientos de grandeza, sino dejándoos llevar al trato con los humildes. «No os tengáis por sabios ante vosotros mismos»* (Prov 3,7). [17] *A nadie devolváis mal por mal. «Procurad hacer el bien aun delante de todos los hombres»* (Prov 3,4). [18] *Si es posible, y en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres.* [19] *No os venguéis personalmente, queridos míos, sino dad lugar a la ira divina; porque escrito está: «A mí me corresponde la venganza; yo daré el pago merecido»* (Dt 32,35), *dice el Señor.* [20] *Antes bien: «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Porque, haciendo esto, ascuas ardientes acumularás sobre su cabeza»* (Prov 25,21-22). [21] *No te dejes vencer por el mal, sino vence al mal con el bien.*

Quien quiere ser cristiano, ha de serlo para Dios. La vida del **1** cristiano es una vida en la presencia de Dios y para Dios. En razón del amor misericordioso de Dios, del que se ha hablado en cada línea de la carta, el apóstol exhorta al verdadero servicio divino, que ha de abarcar al hombre entero. En otro tiempo se sacrificaban víctimas animales para honrar a Dios; el cristiano se sacrifica a sí mismo, conduciendo toda su vida en santidad; así alcanza el beneplácito de Dios. Éste es el verdadero servicio divino, racional y espiritual, el único digno de Dios. El hombre no debe separar la religión de la vida cotidiana; el primero y el

último objetivo de la religión cristiana sigue siendo la penetración
total de la vida ética; sin ello se niega el valor, importancia y ne-
2 cesidad del culto. La forma presente del mundo es puramente
transitoria y está bajo el dominio del mal (cf. el comentario a Gál
1,4); el cristiano no puede conformarse a ella. Tiene más bien que
transformarse desde lo profundo de su ser. Con el pensamiento
renovado en Cristo alcanzará la agudeza de discernimiento que
le permitirá cumplir la voluntad de Dios. Porque lo que a me-
nudo se califica como bueno en este mundo no es sino una máscara
del mal; de ahí que sea necesaria una fuerza sobrehumana para
distinguir el verdadero bien (a los ojos de Dios) del bien aparen-
te. En pocas palabras el apóstol ha expuesto la principios gene-
rales y básicos de la doctrina cristiana sobre la vida. Ahora en-
foca una serie de casos particulares.
3 Ante todo es importante que cada uno conozca el lugar que Dios
le ha asignado; a él debe subordinarse de conformidad con la
gracia que le ha sido otorgada. La fuerza de la fe — que aquí se
considera lógicamente como un don de la gracia (cf. v. 6); pro-
4 porciona el impulso [1]. La comunidad de los cristianos es un orga-
nismo vivo. Así como el cuerpo tiene muchos miembros, a cada
uno de los cuales le corresponde una función totalmente particular,
inintercambiable y necesaria, así ocurre también en la Iglesia.
En Cristo todos los creyentes constituyen una verdadera unidad, un
cuerpo [2]. Pero las funciones de cada uno son diferentes; a cada
cual le ha asignado Dios una gracia particular, una fuerza espe-
6 cial, un trabajo peculiar (cf. 1Cor 12,12-30). De conformidad con
ello, cada uno debe cumplir fielmente su misión y reconocer el
trabajo ajeno, realizado de forma distinta, dentro de la conciencia
viva de la gran unidad. Quien tiene el don gratuito de la profecía
inspirada, debe ejercitarlo, aunque sin olvidar que también él
corre el peligro de abusar de su ministerio con fanatismos erróneos.
En la fe de la Iglesia la misión profética tiene su objetivo y sus
7 límites [3]. Aquel, a quien dentro de la comunidad se le ha confiado

1. Cf. a este respecto Mt 17,20; Mc 11,22-24; Mt 21,21; Lc 17,5.6.
2. En otros pasajes Pablo habla del «cuerpo de Cristo»: 1Cor 12, 27; Ef 1,23; 4,12; 5,29; Col 1,24.
3. Cf. 1Cor 14,22-25.29-33; también 12,3.

el servicio de los pobres, que cumpla con su trabajo sin usurpar
la misión de otro. Un tercero correrá, como maestro, con la en-
señanza de las verdades fundamentales de la fe. Otros tienen, a **8**
su vez, el don de la palabra de exhortación, de la caridad auxiliadora
o de la compasión que da con alegría; y hay otros que cargan
con el peso de la responsabilidad. Cada uno tiene su misión, sin
que nadie resulte inútil; todos tienen que cumplir con fidelidad
y celo lo que se les ha confiado, sin usurpar las tareas que no les
incumben.

En el centro de la vida cristiana ha de estar el amor, que es **9**
la virtud fundamental del cristiano (cf. 1Cor 13). Si ha de tener
valor, ese amor ha de ser sincero y brotar del corazón. Hay
que rechazar el mal siempre y en toda ocasión; es preciso obrar
el bien siempre y en todas partes. Semejante actitud es una garantía
básica para la comunión auténtica y duradera. Para que reine **10**
ese amor ha de estar fundado sobre un santo respeto mutuo, sobre
la voluntad de ver en el otro al hermano del que no se puede
exigir nada, sino que más bien siempre se le debe algo.

En el cristiano debe actuar siempre un celo vivo; con espíritu **11**
fervoroso debe irradiar luz y calor sobre un mundo tenebroso
y frío, cumpliendo así el servicio que se le ha confiado. Mas **12**
también a él le oprimen los padecimientos y tribulaciones del
mundo; hay que resistir denodadamente a la tristeza y la deses-
peración.

El cristiano posee una inmensa esperanza y, por ende, una
infinita alegría del corazón, que desde luego es don y fruto
del esfuerzo. De ahí emana la fuerza para mantener la paciencia **13**
en las tribulaciones y para recurrir incansablemente a la oración.
Pero siempre hay que pensar en quienes nos necesitan, y especial-
mente en los hermanos en la fe, los «santos» (véase comentario
a Rom 1,7), ejercitando con espíritu cristiano aquella hostilidad
que los pueblos de oriente tenían en tanta estima por motivos me-
ramente naturales.

Por las riquezas que posee, la seguridad de su esperanza de **14**
consumación y, sin duda también, por una profunda compasión, el
verdadero cristiano puede elevarse por encima de las reglas pri-
mitivas de pagar con la moneda recibida. Puede alegrarse con los **15**

que se alegran; lo que en ocasiones resulta todavía más difícil que
16 llorar con los que lloran. Para la cohesión de la comunidad cristiana es fundamental la unidad de ideas y sentimientos; esencial para eso es que nadie se alce sobre los demás reclamando para sí mayor honra y estima; el humilde debe más bien gozar de especial consideración y afecto. A menos orgullo, mayor es-
17 píritu comunitario; Pablo cita de modo libre Prov 3,7. El dominio del mal no se quebrantará sumando mal a mal; sino cuando la fuerza del bien venza al mal; ahora la cita de Pablo recoge Prov
18 3,4, también sin literalismos. No siempre logramos mantener la paz, pero en lo que a nosotros toca hemos de buscarla con todas
19 nuestras fuerzas. La venganza no es cometido nuestro, exhorta el apóstol con lenguaje apasionado; en definitiva sólo ante Dios deberá responder cada uno. La paciencia y disimulo cristiano no equivalen en modo alguno a un encubrimiento del mal; recuerdan simplemente que Dios se ha reservado la venganza como ya lo afirma Dt 32,35 que aquí se cita en un tenor diferente de LXX. El mal es el mal y con una seguridad fatal encontrará su castigo; de eso no cabe la menor duda. Pero no es misión del hombre ejercer esa venganza por su propia cuenta, adelantándose a la acción de Dios.

20 El cristiano debe practicar la misericordia, incluso con su enemigo (cf. Mt 5,43-48); el apóstol aduce una palabra bíblica como prueba (Prov 25,21-22, literalmente según LXX); como los carbones encendidos sobre la cabeza obligan al hombre a abandonar su actitud, así la generosidad acabará por vencer la obs-
21 tinación. Quien responde al mal con el mal, cae víctima del mismo. La victoria de verdad sólo se obtiene cuando por la fuerza del bien aniquilamos el mal; pues, lo importante no es que triunfe éste o aquél, sino que el bien, y por ende Dios, tenga la última palabra.

Sumisión a las autoridades
13,1-7

[1] *Sométanse todos a las autoridades que ejercen el poder. Porque no hay autoridad sino por Dios, y las que existen, por Dios han sido establecidas.* [2] *De modo que quien resiste a la autoridad, contra el orden establecido por Dios se rebela, y los que se rebelan, acarrearán sobre sí mismos su condena.* [3] *Porque los gobernantes no son motivo de temor para la buena conducta, sino para la mala. ¿Quieres vivir sin temer a la autoridad? Haz el bien, y recibirás de ella elogio;* [4] *pues está al servicio de Dios para conducirte al bien. Pero, si haces el mal, teme; pues no en vano lleva la espada, ya que está al servicio de Dios como vengadora de la ira divina contra el que practica el mal.* [5] *Por lo tanto, es necesario someterse, no sólo por miedo al castigo, sino también por deber de conciencia.* [6] *Y por eso mismo pagadles también tributos; pues son funcionarios de Dios para dedicarse asiduamente a este oficio.* [7] *Dad a cada uno lo debido: a quien el tributo, el tributo; a quien el impuesto, el impuesto; a quien el respeto, el respeto; a quien el honor, el honor.*

Naturalmente que al cristiano no podía resultarle fácil encon- **1**
trar una postura frente al Estado pagano y frente a sus funcionarios gentiles. Era natural la tentación de rechazar globalmente al Estado como encarnación del paganismo y de negarle, en lo posible, la obediencia. Pablo no es ningún fanático y reconoce en el orden natural el ordenamiento de Dios. Toda autoridad y poder, cualesquiera que sean, realizan siempre la voluntad de Dios, por cuanto eliminan el caos y hacen posible la convivencia humana. Así pues, es necesario obedecer. Quien se resiste va **2**
en contra del orden divino y, con toda razón, se hace merecedor del castigo. Es evidente que Pablo se refiere a la legislación normal del Estado romano, no precisamente a aquella que era contraria al cristianismo. De hecho, cuando el Estado cumple con **3**
su misión, actúa como vengador del mal y como defensor del bien, y quien desea quedar bien con la autoridad tiene que obrar

el bien y evitar el mal. Pablo «considera aquí a los gobernantes,
no como son en ocasiones, sino como deben ser de acuerdo con
los designios divinos; de donde se desprende que sólo el mal-
hechor tiene que temer el brazo de la autoridad, mientras que
el hombre bueno, y por ende el verdadero cristiano, sólo puede
esperar de la autoridad constituida el refrendo de su buena con-
ducta, sin que aquélla sea para él objeto de temor» (Sickenber-
4 ger). Cuando el Estado es lo que debe ser, de acuerdo con la vo-
luntad divina, se convierte simplemente en ejecutor de las órde-
nes de Dios; la autoridad es servidora de Dios y está instituida
para el bien del hombre. Mas para el malo la autoridad representa
siempre la amenaza de castigo; por eso su símbolo es la espada,
con la que ejerce sus derechos supremos. Cuando se mantiene
dentro de los límites señalados por Dios, actúa en lugar del mismo
Dios, e incluso cuando se equivoca conserva su carácter bien-
5 hechor, toda vez que está evitando el caos. De ahí que se le deba
tributar obediencia en todas aquellas cosas en las que explícita-
mente no se opone a la voluntad de Dios. El cristiano deberá
practicar la obediencia no doblegándose simplemente a la fuerza;
sino que, con una visión adecuada de la realidad, deberá reco-
6 nocer que está ligada a la autoridad en conciencia. Y esto vale
incluso para algo tan concreto y cotidiano como son los impues-
tos. El cristiano los paga porque en la autoridad recaudadora re-
7 conoce y acepta un poder al servicio de Dios. Frente al orden
que Dios ha establecido, cada uno debe practicar[3a] una serie de
obligaciones externas, como el pago de impuestos y contribucio-
nes, así como un justo tributo de respeto y temor.

El Estado

La doctrina del Estado, sobria y realista, que Pablo presenta, encaja perfectamente con su actitud frente a otros órdenes naturales. El orden natural es un orden querido por Dios, al que todos deben someterse incondicionalmente y como una obligación

3a. Cf. Mc 12,17; Mt 22,21; Lc 20,25.

gravísima. No cabe formular este principio fundamental con más fuerza de la que Pablo lo hace. Para ello es evidente que parte de una realización ejemplar del concepto de Estado; el Apóstol habla manifiestamente de un Estado que cumple con su deber a la perfección. Lo cual le ayuda sin duda a reconocer una aureola divina a toda autoridad, sin excepción. Incluso el Estado regido por hombres malos contribuye a mantener un cierto orden evitando el caos y el desencadenamiento de una lucha de todos contra todos. Ciertamente que para Pablo el Estado forma parte de este mundo (1Cor 7,31) y pasará con él. Aconseja incluso una cierta reserva (1Cor 6,1-8) y en ningún pasaje se encuentra reconciliación alguna para entrar al servicio del Estado pagano.

No cabe la menor duda de que Rom 13,1-7 no trata toda la intrincada serie de cuestiones que plantean las relaciones entre el Estado y el individuo. Pablo tiene conciencia de que «el matrimonio, la familia y el Estado siguen siendo unos ordenamientos terrenos, y que por su mismo carácter terreno pueden quebrantar las normas que les han sido impuestas, y que en ocasiones las quebrantan de hecho»; mas tales casos concretos «no pueden privarles de la dignidad y autoridad que Dios les ha otorgado». Ciertamente que Pablo «no habría pensado ni de lejos en discutir o despreciar las afirmaciones del Apocalipsis (de crítica y hostilidad del Estado); es seguro que las habría reconocido y suscrito en todo su valor; pero esto, a su vez, no anula de ninguna manera la primera afirmación de que la institución del Estado como tal es un orden y que, según el designio divino, sigue siendo un servidor de Dios» (G. Kittel). Ningún cristiano puede rebelarse, en nombre de la libertad de Cristo, contra la autoridad estatal constituida. Este punto es de una claridad meridiana en la doctrina de Pablo. Así y todo, quedan pendientes numerosas cuestiones que atormentarán dolorosamente una y otra vez la conciencia de los cristianos.

El amor, plenitud de la ley y preparación para salvarse
13,8-14

8 Con nadie tengáis deudas, excepto la de amaros mutuamente;
pues quien ama al prójimo, ha cumplido ya la ley. 9 Porque aque-
llo de «No cometerás adulterio; No matarás; No robarás; No
codiciarás» (Éx 20,13-15.17; Dt 5,17-19.21), *y los demás manda-*
mientos, en esta expresión se resumen «Amarás a tu prójimo co-
mo a ti mismo» (Lev 19,18). *10 El amor no hace mal alguno al*
prójimo. Por lo tanto, pleno cumplimiento de la ley es el amor.
11 Y esto, tanto más cuanto que bien sabéis en qué tiempo vi-
vimos: que ya es hora de que os despertéis del sueño, pues la sal-
vación está ahora más cerca de nosotros que cuando abrazamos
la fe. 12 La noche está muy avanzada, el día se acerca. Despojé-
monos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las
armas de la luz. 13 Como en pleno día, caminemos con decencia:
no en orgías ni borracheras; no en fornicaciones ni lujurias; no
en discordias ni envidias 14 Al contrario, revestíos del Señor Je-
sucristo, y no pongáis vuestro afán en la carne para satisfacer
sus deseos

8 El cristianismo no solamente debe cumplir unas obligaciones le-
gales con el Estado, sino cualesquiera otras que puedan presen-
társele. Mas por encima de todas ellas, la regla última y funda-
mental de su comportamiento ético es desde luego el amor. El
amor nunca hace lo bastante, ni jamás se da por satisfecho; quie-
re siempre ir más lejos, sin alcanzar nunca el límite de sus po-
sibilidades. El amor es el cumplimiento de todas las exigencias
de Dios y, en el fondo, es el objetivo último que persigue la pro-
9 pia ley mosaica. Pablo cita algunos de los mandamientos princi-
pales del Decálogo veterotestamentario (concretamente, el sexto,
el quinto, el séptimo y el comienzo similar de los preceptos no-
veno y décimo). Debidamente entendidos, tales mandamientos no
son más que derivaciones aclaratorias del gran mandamiento del
amor (según Lev 19,18), irradiaciones distintas del único sol[3b].

3b. Cf. Gál 5,14 y Mt 22,39.

Cuando el amor preside las relaciones interhumanas, a nadie 10
le ocurre mal alguno. Esto es ciertamente lo mínimo y fundamental; aun así, en este nuestro mundo ello representa algo increíblemente difícil.

Para el cristiano no puede haber holganza posible ni tiempo 11
de asueto perezoso; para él este tiempo es siempre el tiempo último; cuenta siempre con la posibilidad de que en cualquier momento irrumpa la hora de la salvación definitiva, al igual que el apóstol ha contado evidentemente con la posibilidad de la venida del Señor para un futuro inmediato. Hay que vencer la modorra funesta y corruptora de la vida moral; entre el tiempo de la conversión y el momento presente se nos ha acercado notablemente la hora de la salvación. Como quiera que sea, el apóstol no pierde de vista tal posibilidad. La sentencia conserva su
validez incluso para nosotros. Las tinieblas han sido barridas de 12
raíz por la vida y muerte de Jesús; el día de la llegada del Señor está ya a las puertas. Esto confiere al comportamiento de los cristianos un impulso siempre renovado para rechazar el mal y acometer la lucha por el bien, y es que el servicio cristiano es
como un servicio a las armas[4]. Pronto se hará de día; lo que 13
quiere decir que es preciso dejar de lado las obras de la noche y separarse de todo aquello que el paganismo de todos los tiempos ha exaltado como disfrute de la existencia, alegría de vivir,
afirmación de sí mismo y voluntad de dominio. Lo que importa es 14
vivir en la comunión más íntima con Cristo; lo que importa es adquirir conciencia día tras día de lo que ha acontecido con la fe y con el saramento (cf. Gál 3,27). Hay una preocupación ordenada del cuerpo, que entonces está bajo el dominio del espíritu; los cristianos han de guardarse de toda preocupación desordenada de la carne; la rebeldía está simplemente adormecida y tan pronto como se despierta no hace más que provocar daños sin cuento.

4. Cf. 2Cor 10,4-6; Ef 6,11-17; 1Tes 5,8.

2. *Exhortaciones a los fuertes y a los débiles*
14,1-15,13

[1] *Acoged benignamente al que es débil en la fe, sin criticar*
opiniones. [2] *Hay quien cree que puede comer de todo; mientras*
que el débil solamente come verduras. [3] *El que come de todo, no*
trate con desdén al que se abstiene de algo, y el que se abstiene
de algo, no condene al que come de todo, ya que Dios lo acogió.
[4] *¿Quién eres tú para juzgar al criado ajeno? Si está de pie o*
caído, eso es cosa de su propio señor. Pero ya se mantendrá en
pie; que el Señor tiene poder para mantenerlo así.

[5] *Hay quien da más importancia a un día que a otro; en tanto*
que otro estima que todos los días son iguales. Que, en su juicio
personal, cada uno tenga plena convicción. [6] *El que siente inte-*
rés por tal día, lo hace en atención al Señor, y el que come de
todo, lo hace en atención al Señor, pues da gracias a Dios, y el
que se abstiene de algo lo hace en atención al Señor, y también
da gracias a Dios.

[7] *En efecto, ninguno de nosotros vive para sí mismo, y nin-*
guno muere para sí mismo, [8] *pues, si vivimos, para el Señor vi-*
vimos, y si morimos, para el Señor morimos. Tanto, pues, si vi-
vimos como si morimos, pertenecemos al Señor. [9] *Porque para*
esto Cristo murió y retornó a la vida: para ser Señor tanto de
los muertos como de los vivos.

[10] *Pero tú, ¿por qué te eriges en juez de tu hermano? O tam-*
bién tú, ¿por qué menosprecias a tu hermano? ¡Todos compare-
cemos ante el tribunal de Dios! [11] *Porque escrito está: «¡Vivo*
yo! —dice el Señor—: ante mí se doblará toda rodilla, y toda
lengua dará gloria a Dios» (Is 45,23).

[12] *Por consiguiente, cada uno de nosotros dará cuenta a Dios*
de sí mismo.

[13] *Por lo tanto, no nos constituyamos ya más en jueces unos*
de otros; al contrario, esto es más bien lo que habéis de juzgar:
no poner a vuestro hermano tropiezo o motivo de caída. [14] *Sé y*
estoy plenamente persuadido en el Señor Jesús de que nada hay
impuro por sí mismo. Pero, si uno considera que una cosa es

impura, es impura para él. [15] *Y si por tomar tú tal clase de alimento, tu hermano se contrista, ya no procedes en conformidad con el amor. [Deja de causar, por tu comida, la ruina de aquel por quien Cristo murió]* [16] *Que no sirva, por lo tanto, de maledicencia vuestro bien.* [17] *Que el reino de Dios no consiste en tal clase de comida o de bebida, sino en justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo.* [18] *Quien sirve a Cristo de este modo, es agradable a Dios y recibe aprobación de los hombres.*

[19] *Por consiguiente, vayamos tras lo concerniente a la paz y tras lo que respecta al mutuo desarrollo común.* [20] *No destruyas, por cuestión de una clase de comida, la obra de Dios. Todo es puro, desde luego; pero resulta malo para quien, al comerlo, es con ello causa de tropiezo.* [21] *Lo mejor es no comer carne ni beber vino ni hacer nada en que pueda tropezar tu hermano.* [22] *La convicción de fe que tú tienes, tenla para ti delante de Dios. Dichoso aquel que no se siente culpable en las resoluciones que toma.* [23] *Pero el que, permaneciendo en sus dudas, come de algo, ya se ha hecho culpable porque no actúa con convicción de fe. Pues todo cuanto se hace sin convicción de fe es pecado.*

[1] *Es un deber para nosotros, los que somos fuertes, sobrellevar la flaqueza de los que no lo son, y no complacernos a nosotros mismos.* [2] *Cada uno de nosotros procure complacer al prójimo para el bien, con miras al común desarrollo,* [3] *pues tampoco Cristo trató de complacerse a sí mismo, sino que, conforme está escrito: «Los insultos de aquellos que te insultan, recayeron sobre mí»* (Sal 69,10).

[4] *Ahora bien, todo lo que se escribió previamente, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que, por la constancia y por el consuelo que nos dan las Escrituras, mantengamos la esperanza.* [5] *Y que Dios, fuente de constancia y de consuelo, os conceda tener entre vosotros un mismo sentir, de conformidad con Cristo Jesús.* [6] *a fin de que, unánimemente y a una sola voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.*

[7] *Por lo tanto, acogeos benignamente unos a otros, como también Cristo os acogió a vosotros, para gloria de Dios.* [8] *Pues esto es lo que afirmo: que, en razón de la fidelidad de Dios, Cristo se hizo servidor de los judíos, para cumplir las promesas hechas a*

los patriarcas, [9] *y para que los gentiles, a su vez, glorifiquen a Dios, en razón de su misericordia, según está escrito: «Por eso te alabaré entre los gentiles y cantaré himnos en honor de tu nombre»* (2Sam 22,50; Sal 18,50). [10] *Y en otro lugar: «Alegraos, naciones, junto con su pueblo»* (Dt 32,43). [11] *Y todavía en otro: «Todas las naciones, alabad al Señor; y aclámenle todos los pueblos»* (Sal 117,1). [12] *Y también dice Isaías: «Aparecerá la raíz de Jesé, y el que surge para gobernar las naciones. ¡En él pondrán las naciones su esperanza!»* (Is 11,10).

[13] *Que el Dios de la esperanza os colme de todo gozo y de paz en vuestra permanencia en la fe, a fin de que reboséis de esperanza por el poder del Espíritu Santo.*

1 El apóstol se ha esforzado siempre por robustecer la unidad interior de sus comunidades, y por restablecerla y asegurarla cuando había sido destruida o corría peligro de serlo. En Roma como en Corinto (cf., por ejemplo, 1Cor 8,7) había cristianos que llevaban una dieta vegetariana, quizá por miedo de comer carnes sacrificadas a los dioses (cf. 1Cor 8,10), que no bebían vino (v. 21) y que se abstenían de trabajar en determinados días (v. 5). Con toda probabilidad se trataba de cristianos de procedencia judía, aunque no puedan aducirse a este respecto pruebas que excluyan cualquier otra posibilidad. Por no querer confiarse de lleno a la nueva forma de vida, y porque no eran capaces de liberarse por completo de algunas reglas de su régimen de vida anterior, el apóstol los califica de débiles. Con ellos hay que comportarse de forma magnánima; es preciso mantener la comunión con ellos,
2 sin pretender hacerles cambiar de conducta. Existen unas diferencias de opinión que tienen su razón de ser; hay quien no admite ya ningún precepto dietético, mientras que para otros la abstinencia de carne es un deber de conciencia. Esto no debe perju-
3 dicar a la comunión mutua. El que ya no se siente ligado por los viejos preceptos alimentarios no debe despreciar al que es más pusilánime. Y el que es más timorato tampoco debe considerarse superior a quienes se muestran menos rigoristas en cosas externas; también éstos han sido bautizados, y pertenecen a la
4 comunidad de Dios. También éstos son esclavos de Cristo, y Cristo

es su único Señor y juez, y es él el único que decide si están en pie o si han caído, lo mismo que es él en exclusiva el que les otorga la fuerza para que se mantengan sin caer en el pecado.

Existen también dos tendencias en la comunidad (hay un **5** «pues» en el texto original que no parece tener más valor que el de sugerir implícitamente una opinión intermedia en ese contexto): hay quienes distinguen ciertos días señalándolos mediante determinadas prescripciones (el mismo contexto parece indicar que se trata de prescripciones alimentarias), mientras que otros tampoco se sienten ligados en este punto. Cada uno debe actuar de acuerdo con su conciencia. Tanto el que se atiene a determina- **6** dos preceptos dietéticos en determinados días, como el que pasa por alto tales nimiedades, están perfetamente justificados por cuanto dan gracias a Dios, puesto que es honrar a Dios lo que pretenden con su actuación. La construcción de la frase no es estrictamente paralela.

Quién está en Cristo ha superado su propio yo, ya no vive **7-8** para sí mismo; más bien su amo y Señor es Cristo y así el cristiano vive sólo para Cristo. Ni siquiera la muerte puede ya separarle del Señor (cf. Rom 8,38); el que está en Cristo es propiedad de su Señor siempre en cualquier circunstancia. Mediante **9** su muerte y resurrección Cristo ha obtenido el señorío sobre todos los hombres, los muertos y los vivos, y sólo a él le compete el pedir cuentas. El enjuiciamiento altanero y el desprecio **10** orgulloso de los demás no encajan en quienes están sujetos al mismo tribunal, que no es otro que el tribunal de Dios (o, lo que viene a ser igual, el tribunal de Cristo: 2Cor 5,10).

Como prueba escriturística cita Pablo libremente el pasaje de **11** Is 45,23, que aquí se aplica a Dios, pero que en Flp 2,10-11 se le aplica a Cristo; la fórmula introductoria se encuentra en Is 49,18, pero aparece también en otros lugares del AT. Isaías habla del dominio de Dios sobre todos los pueblos, lo que para Pablo incluye la función judicial. Cada uno deberá, pues, dar cuenta **12** de su vida, cada uno será juzgado personalmente por Dios de acuerdo con sus hechos[5].

---

5. Véase el comentario a Rom 3,21-31.

13 Los v. ss se dirigen en especial a los fuertes (cf. 15,1). Son
ellos precisamente los que con su mentalidad más libre — en sí
justificada — pueden ser ocasión de tropiezo para los débiles,
14 cosa que deben evitar con todas sus fuerzas. Por naturaleza no
hay cosas impuras; lo decisivo es siempre la disposición de ání-
15 mo. Cuando el fuerte come carne, cuyo disfrute se le antoja pe-
cado al que es débil, sirve de tropiezo a éste; puede incluso indu-
cir al débil a un comportamiento que, no siendo objetivamente
pecado, lo sea en ese caso concreto por la convicción subjetiva
del que es débil (cf. 1Cor 8,7-10). Por motivos de amor hemos
de mostrarnos respetuosos con nuestros hermanos; Cristo ha muer-
to también por ellos, ¿y nosotros no vamos a estar dispuestos a
renunciar a unos manjares por consideración a la fe de nuestros
16 hermanos? El sentido del v. 16 no resulta claro; el apóstol quie-
re decir sin duda que el bien de los fuertes, su mentalidad más
libre, jamás debe dar ocasión a los enemigos del cristianismo
17 para que se burlen de una comunidad desgarrada. En el fondo,
esas reglas dietéticas no son desde luego tan importantes; el rei-
no de Dios (que aquí y en 1Cor 4,20, como también en Col 1,13
y probablemente en 4,11, se considera como una realidad que ya
está presente; véase comentario a 1Cor 4,20) consiste en cosas
mucho más esenciales: la justicia, la paz, la alegría espiritual.
18 Eso es lo que cuenta sobre todo para quien se esfuerza por hallar
el beneplácito divino; ese tal se esforzará asimismo por conseguir
la aprobación de los cristianos y de todas las personas sensatas.
19 Por consiguiente, si la paz forma parte del reino de Dios, todos
hemos de afanarnos por conseguirla y por edificarnos mutuamen-
20 te. Completando el pensamiento del v. 15, el apóstol vuelve a
exhortar en el v. 20 a los fuertes, a fin de que no destruyan la
obra de Dios en las almas y piensen que la conciencia subjetiva,
la convicción personal de cada individuo, es determinante para
21 su enjuiciamiento de parte de Dios. Es bueno abstenerse de cosas,
que en sí están permitidas, cuando esa abstención tiene como mira
22 el bien espiritual del hermano más débil. Para ello no es nece-
sario renunciar a la postura básica personal; quien obra de bue-
23 na conciencia obra rectamente. Por el contrario, el que está en
una inseguridad grave y cree pecar, peca de hecho, aun cuando

haga cosas indiferentes y hasta buenas, pues todo lo que no se practica con buena conciencia es pecado.

Pablo se dirige de nuevo abiertamente a los fuertes. Tienen 1
éstos una responsabilidad mayor, y como tales fuertes han de asumir también una carga mayor, al tiempo que han de rechazar la tentación espontánea de autosuficiencia. No han de buscar la 2
propia satisfacción, sino la satisfacción, el bienestar y el aprovechamiento espiritual de sus hermanos en la fe. El ejemplo de 3
Cristo actúa aquí una vez más como patrón normativo. Cristo no se buscó a sí mismo; bien al contrario, se vació hasta tal punto[6], que, a semejanza del justo de Sal 69(68),10 soportó pacientemente los insultos y vejaciones de los enemigos de Dios.

La Escritura no es, desde luego, un libro histórico o poético; 4
es un libro de vida para nosotros. Cuanto en él se ha consignado debe servirnos de regla orientadora que nos guíe. Nos enseña paciencia y nos proporciona consuelo al instruirnos sobre lo misteriosos que resultan los caminos de Dios y cómo él, en definitiva, todo lo trueca en bien de quienes le son fieles; de ahí brota la esperanza de que Dios nos ayudará también en la necesidad presente.

La comunidad debe mantenerse unida; los fuertes y los débi- 5
les están obligados a cultivar un mismo sentir en las cosas esen- 6
ciales y de acuerdo con el modelo de la doctrina de Jesús. El objetivo supremo de la vida cristiana es la alabanza eterna de Dios, que tiene ya un anticipo en el canto laudatorio de la comunidad unida en Cristo. Las diferentes tendencias de la comunidad han 7
de tolerarse mutuamente, siguiendo el ejemplo del Señor que también ha acogido a los gentiles; hay que olvidarse de las discrepancias para buscar la paz y la gloria de Dios. Así como Cristo 8
con su obra salvadora ha unido los contrarios más irreconciliables, cuales eran judíos y gentiles, tampoco en la comunidad deben existir ya diferencias; todos han sido salvados por Cristo. Si alguien pretende hacer de Cristo un bien exclusivo de los judíos, pasa por alto sin duda el que, pese a la primacía de Israel — en favor de Israel vino ante todo Cristo, para dar cumplimiento

6. Cf. Flp 2,6-8; 2Cor 8,9.

a las promesas que se le habían hecho por el Dios veraz y fiel —,
la conversión de los gentiles entraba a la larga en el plan miseri-
9 cordioso de Dios. Como prueba de ello trae el apóstol algunos
textos escriturísticos. En el Sal 18(17) — que también se nos ha
transmitido en 2Sam 22 — David, que habla aquí como figura
del Mesías, da gracias a Dios de que le haya concedido dominio
sobre las naciones, por eso quiere alabarle (el v. 50 aparece citado
10 según LXX en un tenor bastante literal). El texto siguiente, Dt
32,43, se cita literalmente según la versión de LXX; el texto he-
breo completo suena así: «Naciones, aclamad con júbilo a su
pueblo. Porque Dios vengará la sangre de sus siervos; tomará
venganza de sus adversarios y hará la expiación de su tierra y de
11 su pueblo.» En el brevísimo Salmo 117(116) se invita a las na-
ciones a que loen a Dios por su misericordia y lealtad hacia Is-
rael; la cita sigue casi literalmente el texto de LXX. En esta
exhortación a la alabanza divina ve Pablo prefigurada la univer-
12 salidad de la salvación. El último texto probatorio está tomado
de Isaías, y sigue también la versión griega, aunque abreviándola
un poco. El texto original hebreo reza así: «Entonces aparecerá la
raíz de Jesé como una bandera para los pueblos; las naciones
la buscarán, y su morada será gloriosa.» Aquí como allí el sen-
tido es claro: de la descendencia del tronco davídico (Jesé o Isaí
fue el abuelo de David) surgirá el dominador mesiánico que rei-
13 nará también sobre los gentiles y será su esperanza. Con esto
enlaza el deseo final de Pablo. Con la esperanza que Dios le ha
otorgado supera el cristiano las penalidades del mundo. Donde
hay fe, hay alegría de espíritu y paz sobrenatural; en ese cristia-
nismo se levanta la esperanza que vive y alienta por la fuerza del
Espíritu Santo.

CONCLUSIÓN
15,14-16,27

El ministerio del apóstol
15,14-33

[14] *Con respecto a vosotros, yo estoy, hermanos míos, personalmente convencido de que también vosotros estáis llenos de buenas disposiciones, henchidos de toda clase de conocimiento, capacitados también para exhortaros unos a otros.* [15] *Sin embargo, en algunos puntos os he escrito con cierto atrevimiento, como para reavivar vuestros recuerdos, en virtud de la gracia que Dios me concedió;* [16] *la de ser un ministro de Cristo Jesús con respecto a los gentiles, ejerciendo una función sacerdotal en servicio del Evangelio de Dios, de modo que los gentiles sean ofrenda aceptable, consagrada por el Espíritu Santo.* [17] *Tengo, por lo tanto, de qué estar orgulloso en Cristo Jesús por lo que se refiere al servicio de Dios.* [18] *Pues no me atrevería a hablar de nada, fuera de lo que Cristo, para obtener la obediencia de los gentiles, ha realizado, valiéndose de mí, de palabra y de hecho,* [19] *por el poder de señales y prodigios, por el poder del Espíritu; de modo que yo, partiendo de Jerusalén y en todas direcciones hasta Iliria, he dado a conocer plenamente el Evangelio de Cristo,* [20] *mirando como un punto de honor el anunciar el Evangelio, pero no allí donde el nombre de Cristo ya había sido invocado, para no edificar sobre cimiento ajeno,* [21] *sino conforme está escrito: «Quienes no habían tenido noticia de él lo verán; y los que no habían oído hablar de él, comprenderán»* (Is 52,15).

22 Por eso precisamente, me veía impedido tantas veces de llegar
hasta vosotros. 23 Pero ahora, no teniendo ya campo de acción
en estas regiones, y teniendo, además, desde hace muchos años,
vivos deseos de llegar hasta vosotros, 24 cuando emprenda mi viaje
a Hispania; espero veros a mi paso y ser encaminado por vosotros
allá, después de haber disfrutado un poco de vuestra compañía...
25 Pero de momento me encamino a Jerusalén, para realizar un
servicio a aquellos hermanos. 26 Porque Macedonia y Acaya tu-
vieron a bien hacer una colecta en beneficio de los pobres que
hay entre los hermanos de Jerusalén. 27 Tuviéronlo a bien, y aun
tenían esa deuda con ellos. Porque, si los gentiles participaron
de sus bienes espirituales, deben a su vez servírles con los bienes
temporales. 28 Así pues, en cuanto haya cumplido este encargo
y haya consignado en sus manos esta colecta, me encaminaré a
España, pasando por vosotros. 29 Y sé que, yendo a vosotros, iré
con la plena bendición de Cristo.

30 Pero os ruego [hermanos], por Jesucristo nuestro Señor
y por amor del Espíritu, que luchéis juntamente conmigo, diri-
giendo a Dios oraciones por mí, 31 para que me vea libre de los
incrédulos que hay en Judea, y para que mi servicio en beneficio
de Jerusalén sea bien recibido por los hermanos; 32 de modo que,
llegando a vosotros con alegría, por voluntad de Dios, pueda
encontrar descanso a vuestro lado. 33 El Dios de la paz sea con
todos vosotros. Amén.

14 El apóstol inicia sus noticias finales con una disculpa. Está
persuadido de que los romanos han avanzado lo bastante en el
cristianismo como para saber, por lo mismo, lo que deben hacer.
15 Si, a pesar de todo, les ha escrito, «con cierto atrevimiento», lo
ha hecho en base a su autoridad apostólica, que no posee por
sí mismo, sino que la ha recibido de Dios en favor de los demás.
16 Es un servidor autorizado de Jesucristo, es sacerdote para ofre-
17-18 cer a Dios la víctima santificada de los gentiles. Pablo ve sin duda
las cosas increíbles que ha padecido y que ha llevado a cabo
(cf., por ejemplo, 2Cor 11,16-33); para ello, sin embargo, no adu-
ce ningún mérito personal; es únicamente Cristo el que lo ha obra-
19 do todo por medio de Pablo. Predicación, ministerio apostólico,

milagros[7] ...con todo ello se ha acreditado Pablo (cf. 2Cor 12,12).
Desde Jerusalén hasta Iliria (aproximadamente la actual Yugoslavia) ha predicado y proclamado el nombre de Jesús; si estuvo en la misma Iliria, no lo sabemos. Bien pudiera ser que hubiera querido señalar la frontera septentrional extrema a la que habría llegado. El apóstol no solía dedicarse a la cristianización completa de una ciudad o de una región; prefería esparcir la semilla, para que después la trabajasen otros hasta la plena maduración. No 20
quería cultivar un campo que ya estaba roturado; su misión era la conquista de terrenos vírgenes, echar nuevos cimientos (1Cor 3,10). Esta actitud no contradice la observación de Rom 1,15; en Roma quería tanto recibir como dar durante una breve parada en su camino de paso (cf. Rom 1,11-14).

Como prueba justificante de su método misional aduce Pablo 21
un texto sobre el siervo sufriente de Yahveh (el Mesías), tomado de Is 52,15, cuyo texto hebreo se interpreta así: «Por su causa los reyes cerrarán su boca (llevados del temor y admiración), pues verán lo que jamás se les había contado, y advertirán algo de lo que jamás habían oído hablar.» El texto griego destaca todavía más el pensamiento del apóstol.

Las grandes preocupaciones por el campo todavía sin trabajar 22
hasta ahora no han dejado a Pablo tiempo para llevar a cabo el deseo de su corazón relativo a un encuentro personal con la comunidad romana; ahora, en cambio, da a entender que ha llevado 23
a término el trabajo que se le había asignado en Oriente; otros pueden proseguir la tarea empezada, mientras él abre nuevos campos. Va a cumplirse ahora su anhelo, largos años acariciado, de ver personalmente a los romanos. En Hispania hay todavía 24
campo sin cultivar, y allí predicará Pablo el Evangelio; y de camino hacia aquellas latitudes hará un alto en Roma. Quiere edificarse con la fe de los cristianos de la capital del mundo, desea dar y recibir (Rom 1,11-12), y espera un impulso a sus planes misionales[8]. La frase desde luego queda incompleta.

Antes, sin embargo, tiene que viajar de nuevo a Oriente, mar- 25

7. Por ejemplo, Act 14,3.8-10; 19,11.12; 20.9-12; 28.8.9.
8. Cf. 1Cor 16,6.11; 2Cor 1,16; Act 20,38; 21,5.

chando a Jerusalén en viaje al servicio a los cristianos de la ciu-
26 dad santa, los santos[9]. Querría entregar el producto de la co-
lecta que, en conformidad con Gál 2,10, había sido decidida
27 en el concilio de los apóstoles[10]. Los cristianos de la gentilidad
han sido y continúan siendo los deudores espirituales de los cris-
tianos del judaísmo, de quienes han recibido el Evangelio; así
que bien pueden compensar al menos una pequeña parte de su
28 deuda proporcionándoles una ayuda material (cf. 1Cor 9,11). Tan
pronto como Pablo haya sellado esta última tarea en Oriente; es
decir, cuando la haya terminado de forma definitiva (al modo con
que el sello cierra jurídicamente un acta o documento), emprenderá
su viaje hacia Hispania (cf. también Act 19,21).
29 No llegará con las manos vacías; como apóstol traerá consigo
la abundancia de las bendiciones de Cristo. Sin duda que su ta-
30-31 rea no va a ser fácil; Pablo no se barrunta nada bueno[11]. Por eso
ruega a los hermanos de Roma, en nombre de Jesucristo y por el
amor que inspira el Espíritu (cf. el comentario a 1Cor 13), para
que luchen con él en la oración a fin de que sus enemigos de Je-
rusalén, judíos y judaizantes, siempre en la brecha, nada logren
contra él y a fin de que se desvanezcan los posibles recelos de
32 la comunidad judeocristiana. De ir todo así, cosa que el apóstol
desea con todo corazón, podrá llegar a Roma de buen ánimo, y
descansar un poco en el amor de la comunidad.

Las esperanzas del apóstol se cumplieron de forma distinta
de como él había creído. En Jerusalén fue encarcelado (Act 21,27.
33), y sólo después de tres años llegaría a Roma, y en calidad de
33 preso (Act 28,14). El capítulo se cierra con un deseo de bendición.

Recomendación y saludos
16,1-16

1 *Os recomiendo a Febe, nuestra hermana, que es [además]*
diaconisa de la iglesia de Céncreas, 2 *para que la acojáis en el Se-*

9. Cf. comentario a Rom 1,7, y sobre todo 1Cor 16,1; 2Cor 8,4; 9,1.12.
10. Cf. 1Cor 16,1-14; 2Cor 8,9.
11. Cf. Act 20,23.25; 21,11.13.

ñor como corresponde entre los hermanos y la asistáis en cualquier cosa que necesite de vosotros, ya que ella ha sido protectora de muchos y aun de mí mismo.

3 Saluda a Prisca y a Áquilas, mis colaboradores en Cristo Jesús 4 los cuales arriesgaron su cabeza por mi vida a quienes no sólo yo les estoy agradecido, sino también todas las iglesias de los gentiles. 5 Y saludad igualmente a la iglesia que se reúne en su casa. Saludad a mi querido Epéneto, que fue primicia de Asia para Cristo. 6 Saludad a María, que tanto trabajó por vosotros. 7 Saludad a Andrónico y a Junias, mis parientes y compañeros de prisión, los cuales son insignes entre los apóstoles, e incluso se entregaron a Cristo antes que yo. 8 Saludad a Ampliato mi querido amigo en el Señor. 9 Saludad a Urbano, colaborador nuestro en Cristo, y a mi querido amigo Estaquis. 10 Saludad a Apeles, que ha dado buena prueba de sí en Cristo. Saludad a los de la casa de Aristóbulo. 11 Saludad a Herodión, mi pariente. Saludad a los de la casa de Narciso que pertenecen al Señor. 12 Saludad a Trifena y a Trifosa, que tanto afán ponen en el servicio del Señor. Saludad a la carisma Pérside, que tanto trabajó en el Señor. 13 Saludad a Rufo, el elegido en el Señor, y a su madre, que también lo es mía. 14 Saludad a Asíncrito, a Flegonte, a Hermes, a Patrobas, a Hermas, y a los hermanos que están con ellos. 15 Saludad a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana, a Olimpas y a todos los fieles que están con ellos. 16 Saludaos unos a otros con el ósculo santo. Os saludan todas las iglesias de Cristo.

La portadora de la carta a los romanos fue Febe, una cristiana **1**
de Céncreas, puerto de mar en el golfo de Salónica, a unos 10 kilómetros de Corinto (cf. Act 18,18). Febe era servidora (diaconisa) de la comunidad de Céncreas. No está claro si con tal calificativo se entiende un oficio o ministerio estable dentro de la comunidad (como podría ser el cuidado de las mujeres pobres y enfermas de la iglesia, la ayuda a las mujeres en la recepción del bautismo, etc.), o si se indica simplemente el celo cristiano de
Febe. Ha aportado una ayuda preciosa a muchos cristianos, entre **2**
los cuales se cuenta el propio Pablo. Y Pablo recomienda (cf. 2Cor 3,1); ella merece todo el apoyo, y los romanos deberán ayu-

darla, cuando necesite alguna ayuda, caso de que llegue a Roma, adonde pueden llevarla incluso razones de orden temporal.

3 Los versículos siguientes presentan una larga lista de saludos, que a primera vista resulta un poco sorprendente. En primer lugar se menciona a Áquilas y Prisca. Aquí como en Act 18,18 y en 2Tim 4,19, precede el nombre de la mujer, seguramente por su mayor importancia de cara al trabajo comunitario. Pablo había conocido en Corinto a este matrimonio de judíos pudientes (cf. comentario a Act 18,2); allí se habían acogido huyendo de Roma después del edicto del emperador Claudio expulsando a los judíos (hacia el año 49 d.C.). Allí habían proporcionado trabajo al apóstol (Act 18,3), y en su viaje camino de Antioquía le habían acompañado hasta Éfeso (Act 18,18-19); en Éfeso se hicieron cargo de Apolo (Act 18,26), y después de la muerte de Claudio (54 d.C.) regresaron sin duda a Roma, para encontrarse de nuevo en Éfeso al
4 tiempo de 2Tim (2Tim 4,19). Habían salvado a Pablo de un peligro de muerte [12], por lo que les está obligado y agradecido y con él todas las iglesias de los gentiles por las que tanto han hecho Prisca
5 y Áquilas. En su casa se reúnen los cristianos, y también para ellos va el saludo de Pablo.

Epéneto es el primer convertido de la provincia romana de Asia,
6 como Estéfanas lo era de Acaya (1Cor 16,15). Pablo continúa su lista mencionando a una María, que ha hecho grandes servicios,
7 sin mayor especificación, a la comunidad romana; siguen luego Andrónico y Junias, parientes de Pablo, es decir, de la misma tribu (cf. Rom 9,3), y que han estado presos con él, aunque no sabemos cuándo ni dónde. Pertenecen al círculo amplio de los apóstoles (cf. comentario a Rom 1,1-7) y se hicieron cristianos antes que Pablo.

10-11 Casi todos los nombres que siguen nos son desconocidos. Aristó-
bulo y Narciso son romanos ricos que tenían en su casa un gran
13 número de esclavos cristianos. Rufo es, probablemente, un hijo de Simón de Cirene (Mc 15,21; el Evangelio de Marcos se escribió según parece en Roma); Pablo venera a la madre de Rufo como a la
14-15 suya propia. Los cristianos nombrados en los v. 14 y 15 forman

12. Cabría pensar en 1Cor 15,32; 2Cor 1,8-10; Act 19,23-40.

sendos grupos, pertenecen al mismo clan, a la misma familia. El 16
ósculo santo es la expresión sensible de la comunión íntima de los cristianos entre sí [13]. Como portavoz del cristianismo gentil y como apóstol, Pablo se dirige simultáneamente a la totalidad de la Iglesia y saluda a los romanos en nombre de todas las comunidades de Cristo.

Sin género de duda que, a primera vista, parece sorprendente que Pablo tenga tantos conocidos en una comunidad que le era extraña, como la de Roma. Objeciones de este tipo (entre otras, además la mención de Epéneto como primicias de Asia, la mención de Áquilas y de Prisca que, según Act 18,2 habían vuelto de Italia, el tono cortante de los v. 17-20) han hecho pensar que el capítulo 16 fuese una carta particular remitida a Éfeso y que sólo accidentalmente habría sido agregada a la de Romanos. Ésta hipótesis encuentra sin embargo notables dificultades. No es probable que Pablo haya enviado a Éfeso una misiva que sólo constase de saludos; tampoco se explica con verosimilitud cómo ese elenco de saludos se habría convertido en la conclusión de la carta a los Romanos. Por el contrario, «no es en absoluto un problema tan difícil entender el capítulo 16 como parte integrante de la carta a los Romanos, de acuerdo con la tradición» (Lietzmann). Roma era entonces —como la metrópoli mundial de hoy—, meta de innumerables gentes, y el abigarrado mosaico de nombres latinos, griegos y judíos que figuran en la lista de saludos hace sin duda alguna más probable la presencia en Roma, y no en Éfeso, de bastantes nombres relativamente raros (Pérside, Asíncrito, Patrobas, Olimpias). El animado intercambio con el imperio romano hace que no parezca singularmente extraño que numerosos conocidos de Pablo pasasen de Oriente a Occidente; sobre todo si se tiene en cuenta que, después de la muerte de Claudio (54 d.C.), era ya posible el retorno de los judíos expulsados. Entre los repatriados estaban Áquilas y Prisca, y no se excluye que una parte de las personas mencionadas en la lista de saludos perteneciese a su acompañamiento.

13. Cf. 1Cor 16,20; 2Cor 13,12; 1Tes 5,26; también 1Pe 5,14.

Contra los que propagan errores; saludos y doxología final
16,17-27

[17] Y os ruego, hermanos, que estéis alerta frente a los que suscitan discordias y tropiezos, en contra de la doctrina que aprendisteis. Apartaos de ellos. [18] Esos tales no sirven a Cristo, Señor nuestro, sino a sus propios bajos apetitos, y con su modo de hablar lisonjero y adulador, seducen el corazón de los sencillos. [19] Vuestra obediencia ha llegado a conocimiento de todos. Estoy, pues, contento de vosotros. Pero quiero que seáis experimentados en lo bueno e inocentes en lo malo. [20] Y el Dios de la paz aplastará muy pronto a Satán bajo vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesús sea con vosotros.

[21] Os saluda Timoteo, mi colaborador, como también Lucio, Jasón y Sosípatro, mis parientes. [22] Yo mismo, Tercio, que he escrito esta carta, os saludo en el Señor. [23] Os saluda Gayo, que nos da hospitalidad a mí y a toda la iglesia. Os saluda Erasto, tesorero de la ciudad, y el hermano Cuarto.

[25] Al que puede afianzaros en conformidad con el Evangelio que anuncio y con la proclamación de Jesucristo, según la revelación del misterio, mantenido en silencio durante siglos eternos, [26] pero manifestado ahora, por medio de los escritos proféticos, según disposición del eterno Dios, y dado a conocer a todos los gentiles, para que obedezcan a la fe; [27] a Dios, que es el único sabio, al que (sea) la gloria eternamente, por Jesucristo. Amén.

17-20 A la lista de saludos siguen tres versículos que sorprenden por su indisimulada dureza. El pasaje, sin embargo, se comprende si suponemos que también en Roma empezaban a hacerse notar tendencias erróneas, probablemente judaizantes; frente a tales corrientes ideológicas Pablo ya había tomado posición por las mismas fechas en Gál y en 2Cor 10-12. Que los tres versículos se encuentren entre el encargo de saludar y los saludos de los compañeros del apóstol, es algo perfectamente comprensible dado el carácter apasionado de Pablo y el grave peligro que para el
17 Evangelio comportaba el judaísmo. El apóstol ya había exhortado

fervorosamente desde el capítulo 12 en pro de la paz, del amor
a los hermanos y de la mutua consideración; ahora señala con el
dedo, de forma inequívoca, a los incorregibles destructores de la
paz, que no merecen miramiento alguno y de quienes más bien hay
que huir a causa de sus falsas doctrinas. No pertenecen a Cristo, 18
sólo piensan en sí mismos y, por ello y a pesar de sus bellos
discursos, sólo son acreedores a la repulsa más tajante. Pablo 19
confía en que reboten todos los ataques en la fortaleza de la fe
romana, bien conocida en todas partes. Dios otorgará su ayuda pa- 20
ra que pronto fracasen los enemigos, que están apoyados por
Satán.

Con el deseo de bendición, que suele aparecer habitualmente
al final de las cartas paulinas, se cierra la inserción que Pablo
pudo haber escrito de su propia mano (cf. Gál 6,11). Siguen los 21
saludos de los compañeros del apóstol, los de Timoteo (cf. co-
mentario a Act 16,1-3), al que las cartas mencionan a menudo
como remitente [14]; los de Lucio (¿el mismo que aparece en Act
13,1?), de Jasón (¿idéntico al de Act 17,5-9), de Sosípatro (Act
20,4). También el amanuense de la carta agrega su saludo; quizás 22
era conocido de la comunidad romana. Gayo es probablemente el 23
mismo al que se menciona en 1Cor 1,14; ha acogido a Pablo en
su casa, proporcionando acomodo también a otros cristianos, sin
duda de cara a las reuniones de carácter religioso y litúrgico.
Erasto es el tesorero de la ciudad, y por lo mismo un hombre
relevante; Cuarto es un cristiano del que nada más sabemos. El 24
v. 24 no es originario; por eso lo hemos omitido; es una mera
repetición del v. 20*b*.

Pablo concluye su magna carta con una solemne doxología a 25
Dios. Dios es el único que puede conferir la fuerza que los romanos
necesitan al igual que los demás hombres en general; la fuerza que
se apoya en la acogida creyente del Evangelio que Pablo predica, del
Evangelio de Jesucristo. Desde la eternidad había Dios decretado
la redención del hombre; pero su designio había permanecido ocul-
to [15]. Ahora sin embargo, se nos ha revelado el misterio de Dios. 26

---

14. 2Cor 1,1; Flp 1,1; Col 1,1; 1Tes 1,1; 2Tes 1,1; Flm 1.
15. Cf. 1Cor 2,7; Ef 3,5; Col 1,26.

En las sagradas escrituras[16] el pregonero del Evangelio, enviado por Dios, puede señalar los planes poderosos de Dios. Todos los hombres tienen que salvarse; hasta los gentiles han de llegar por la fe a someterse obedientemente a la soberanía de Dios (cf. Rom 1,5).

27 La frase queda incompleta; la construcción podría suavizarse eliminando el relativo del v. 27*b*, cosa que está permitida dado el poderoso testimonio que aportan los manuscritos. El sentido, desde luego, es claro. Solo Dios es sabio, idea que recorre cada una de las líneas de la carta a los Romanos, y así ocurre también en esta doxología final, que condena en una fórmula toda la teología de san Pablo. Sólo Dios es sabio, sólo sobre él se puede construir, a él solo corresponde todo honor y gloria. El sentido de la existencia humana se llena con dar gloria a Dios, y sólo existe para una mayor «gloria» de Dios. Mas para esa plenitud no hay sino un camino por Jesucristo.

No se discute ni el lugar ni tampoco la autoridad de los v. 25-27. Algunos manuscritos los colocan después de 14,23; otros, y muy importantes, al final; testigos hay que los traen en ambos pasajes, y otros en los que faltan por completo. Los argumentos que se aducen no son lo bastante fuertes como para legitimar la supresión de la doxología final. El hecho de que semejante remate sólo aparezca en ésta de entre todas las cartas paulinas, se explicaría porque la importancia y carácter fundamental de la carta a los Romanos ofrecían motivo más que suficiente para esta conclusión solemne.

16. Cf. Rom 1,2; 3.21.

CARTAS A LOS CORINTIOS

INTRODUCCIÓN

1. *Destinatarios y circunstancias de la composición*

La comunidad cristiana de Corinto fue fundada por Pablo en su segundo viaje misionero[1]. Corinto, rica ciudad comercial, magníficamente situada (cf. el comentario a Act 18,1), había sido destruida el año 146 a.C. por el general romano Lucio Mummio; pero César la reconstruyó un siglo después con el nombre de *Colonia Laus Iulia Corinthus*. Tras la batalla de Accio (31 a.C.), Augusto la convirtió en capital de la provincia de Acaya. Naturalmente que Corinto presentaba en abundancia los aspectos sombríos de las grandes ciudades antiguas; sobre todo era célebre por su inmoralidad sexual, hasta el punto de que el verbo griego κορινθιάζεσθαι, «corintiar» o «vivir a la corintia», equivalía a practicar la lujuria; «muchacha corintia» era sinónimo de ramera; el título de una comedia *El corintíaco* significa el cazador de rameras. Rom 1, 18-32 se escribió precisamente en Corinto.

Después del fracaso deprimente de Atenas (Act 17,16-34) el apóstol había llegado a Corinto «débil y con mucho temor y temblor» (1Cor 2,3); y allí empezó su trabajo, como de costumbre, en la sinagoga (Act 18,4), ayudado bien pronto por Silvano y por Timoteo[2]. La viva oposición de los judíos (Act 18,6) y más tarde la acusación delante de Galión (Act 18,12-17; cf. Comentario) le

1. Véase Act 18,1-17; 1Cor 4,15.
2. 2Cor 1,19; Act 18,5.

indujo a orientar su actividad posterior especialmente hacia los gentiles, aunque también se convirtió Crispo, presidente de la sinagoga [3]. En una visión tenida durante el sueño, se pronostica al apóstol una fecunda labor misionera en Corinto, por lo que permanece allí «un año y seis meses» (Act 18,11). En ese período escribe 1Tes y 2Tes.

Después de su partida (véase Act 18,18-23) llegó Apolo a la ciudad y trabajó allí con gran éxito [4]. Sin embargo cuando Pablo escribe 1Cor, Apolo ya ha abandonado Corinto (1Cor 16,12). Durante su estancia de alrededor de tres años en Éfeso (Act 19,1-40) le llegan al apóstol malas noticias de la comunidad corintia; «los de Cloe» (Cf. el comentario a 1Cor 1,11) le han contado que existen divisiones en la comunidad; más tarde tiene noticias de un caso de lascivia particularmente vergonzoso (1Cor 5,1) y de una serie de irregularidades en las asambleas comunitarias (1Cor 11,18). Ante las noticias recibidas de parte de las gentes de Cloe, Pablo envía a Timoteo inmediatamente [5], aunque éste no llega a Corinto sino después de la carta. Además, la propia comunidad, a través sin duda de Estéfanas, Fortunato y Acaico (1Cor 16,17), remitió una carta al Apóstol en la que le planteaba una serie de cuestiones relativas a la vida comunitaria —los emisarios pudieron completar verbalmente el contenido de la misiva—, cuestiones como las que se referían al matrimonio y la virginidad, a la manducación de carnes ofrendadas a los dioses, a los carismas espirituales y a la resurrección.

Con anterioridad Pablo ya había escrito una primera carta, en la que debía precaver contra el trato con los impuros de la comunidad (1Cor 5,9.10), pero esa carta no se ha conservado. Y ahora se decide por poner remedio a los problemas de aquella Iglesia mediante un nuevo escrito de mayor amplitud. La carta 1Cor nació hacia el final de la estancia de Pablo en Éfeso (1Cor 16,8), es decir, hacia el año 56, y probablemente la llevaron en propia mano los tres emisarios mencionados en 1Cor 16,17.

En principio, y después de enviar 1Cor, Pablo se propuso via-

3. 1Cor 1,14; Act 18,6-8.
4. Véase el comentario a 1Cor 1,12; 3,5-8; Act 18,24-28.
5. 1Cor 4,17; 16,10.

jar a Macedonia para realizar después una larga visita a la comunidad de Corinto (1Cor 16,5-8). Las noticias, sin embargo, que le trajo Timoteo, su enviado a Corinto (1Cor 4,17; 16,10), debieron ser tan inquietantes, que en contra de sus planes originarios de misionar en Macedonia, Pablo optó por personarse en Corinto para ver de arreglar las cosas. Con ocasión de esta visita alguien ofendió gravemente al apóstol, lo que le indujo a enviar después (desde Éfeso) otra carta (que tampoco se nos ha conservado), «llevado de mucha angustia y ansiedad de corazón, os escribí en medio de muchas lágrimas» [6], en la cual hablaba seriamente a la conciencia del culpable exigiendo el castigo del ofensor (2Cor 2,5.6). Esa carta la llevó Tito, el cual aún consiguió afianzar a la comunidad en su lealtad a Pablo e imponer las exigencias de éste. Pudo así traer buenas noticias a Pablo (2Cor 7, 7-16), que entretanto le había esperado inútilmente en Tróade, para salir por fin impaciente a su encuentro en Macedonia (2Cor 2,13). La comunidad había reconocido su culpa avergonzándose de lo hecho y actuando con ejemplar severidad contra los culpables (2Cor 2,5-11).

Antes de emprender Pablo su tercer viaje a Corinto (2Cor 12, 14; 13,1), prepara su visita — con el fin de esclarecer graves equívocos, regular sus relaciones con la comunidad y debilitar profundamente la posición de sus enemigos — escribiendo desde Macedonia, y probablemente desde Filipos, hacia el año 57, 2Cor, carta que envió a la capital de Acaya tal vez con Tito [7]. Algunos exegetas combaten — aunque con argumentos poco convincentes — la necesidad de «un viaje intermedio» y de una «carta intermedia» (la carta «en medio de muchas lágrimas») que se habría perdido. Sostienen que 1Cor es la carta de las lágrimas [8], y propugnan que los pasajes de 2Cor 12,14; 13,1, no deben entenderse de una tercera visita, sino de una tercera ocasión para una visita; el intervalo de tiempo entre ambas cartas se reduciría en este caso a medio año aproximadamente.

6. 2Cor 2,4; cf. 7.8.9.
7. Véase el comentario a 2Cor 8,6.16-24.
8. Mencionada en 2Cor 2,4; 7,8.9.

2. *Características y composición*

Las cartas a los Corintios nos proporcionan una buena imagen de una comunidad cristiana formada por gentiles convertidos en una gran urbe. La carta a los Romanos presenta una orientación teológica; en líneas generales no se ocupa de las dificultades particulares y concretas, sino que habla en general de las grandes verdades del cristianismo. La carta a los Gálatas se ocupa esencialmente de un único tema: la lucha del Evangelio paulino contra los errores judaizantes. En cambio, las cartas a los Corintios abarcan la vida práctica de una comunidad cristiana de los primeros tiempos en toda su amplitud. Por ellas aprendemos a conocer al apóstol como pastor de almas, como sagaz consejero de sus fieles, como administrador incorruptible y prudente del mensaje de Jesús, como un luchador inflexible en pro de la pureza, la lealtad y la piedad en medio de un mundo de vicio y apostasía. Aquí, como en la carta a los Gálatas, Pablo tiene también que enfrentarse con sus enemigos dentro de la nueva comunidad; pero, a diferencia de los adversarios judaizantes de Galacia, los de Corinto se caracterizan por una ideología helenística.

En 1Cor Pablo dirige su lucha principalmente contra los partidos (véanse el comentario a 1Cor 1,12), aun cuando ya hay referencia explícita a un grupo de desvergonzados, cuyos capciosos argumentos se combaten enérgicamente[9]. La carta 2 Cor refleja ya un cambio de situación. Ataca a unos falsos maestros, cuya postura fundamentalmente judaizante no puede ignorarse (cf., por ejemplo, 11,22); por lo demás, falta aquí la polémica objetiva y candente contra la ley y la circuncisión que podemos leer en la carta a los Gálatas. Sin abandonar el terreno de los episodios seguros, no estamos en condiciones de formarnos una imagen perfectamente clara del conjunto de falsas doctrinas que circulaban en Corinto; pero en las opiniones combatidas por 2Cor se trata, evidentemente, de una derivación de la desbordada corriente judaizante en la que se mezclan motivaciones helenísticas. Pero el

9. 2Cor 2,4; cf. 7,8.9.

auténtico peligro, contra el que se dirige 2Cor, no es en primer término una doctrina falsa, sino la tentativa nefasta de minar la autoridad del apóstol mediante calumnias sin escrúpulo. Pablo combate al enemigo con armas poderosas; al exponer con toda energía la gloria y también las angustias y tribulaciones del ministerio apostólico junto con su honestidad personal, el apóstol desvela el orgullo injustificado y vano de los falsos maestros en toda su mezquindad.

La carta primera a los Corintios se compone claramente de cinco partes principales, que no guardan entre sí ninguna conexión. Tras una introducción breve (1,1-9), Pablo se dirige contra las distintas banderías que en ese momento desgarran la comunidad (1,10-4,21). Menciona los cuatro grupos y combate sobre todo la estima exagerada de una sabiduría terrena, que piensa poder apoyarse en Apolo. El apóstol le contrapone la verdadera sabiduría del Espíritu, que es necedad a los ojos de los que se pierden. Sale al paso de quienes pretenden esgrimir contra él el nombre de Apolo, poniendo de relieve la armonía que reina entre ellos y descubriendo el abismo que media entre el cristianismo «corinto» y el genuinamente apostólico. La segunda parte (5,1-6,20) diserta sobre algunas situaciones anómalas de la comunidad, como el caso del incestuoso (5,1-13), el comportamiento poco laudable de algunos miembros de la Iglesia que llevan sus litigios ante los tribunales paganos (6,1-11), así como algunos puntos de vista excesivamente liberales en cuestiones relativas a la vida sexual (6,12-20). La parte tercera (7,1-11,1) trata una serie de problemas sobre los que los corintios habían consultado de palabra o por escrito, a Pablo; y, en concreto, versa sobre el matrimonio y la virginidad (7), y sobre la postura cristiana acerca de la consumición de carnes ofrecidas a los ídolos (8,1-11,1). La parte cuarta (11,2-14,40) traza las líneas directrices que han de regir las asambleas litúrgicas de la comunidad. Habla del velo con que las mujeres han de cubrir su cabeza en el servicio religioso (11,2-16), de algunas irregularidades en la celebración de la cena del Señor (11,17-34) y, sobre todo, de los carismas del Espíritu (12-14). En este punto el apóstol dice algunas cosas fundamentales sobre la constitución de la comunidad (12) y sobre el amor sobrenatural

y divino que es el fundamento y coronación de todos los dones espirituales (13). La última parte (15) afronta el problema de la resurrección de los muertos, exponiendo la estrecha conexión existente entre la resurrección de Cristo y la resurrección de los cristianos. La conclusión epistolar (16) alude a cuestiones personales (16,1-12) y termina con exhortaciones y saludos (16,13-24).

La carta segunda a los Corintios presenta, al igual que la primera una unidad bastante floja; consta de tres partes principales independientes entre sí[10]. Después del encabezamiento epistolar habitual, el deseo de bendición y una alabanza a Dios por haberle liberado de una grave necesidad (1,1-11), empieza el apóstol por una defensa de su ministerio, en la que desarrolla los rasgos fundamentales del apostolado neotestamentario en una sucesión de ideas bastante suelta. Procura ante todo deshacer los equívocos que pueda haber entre él y la comunidad, reconociendo de buena gana que los corintios han demostrado a su vez su buena voluntad castigando a su ofensor (1,12-2,13). El verdadero apóstol de Jesucristo se acredita por quienes él ha convertido; está llamado a un servicio glorioso por encima de toda comparación (2,14-3,18). Tiene que soportar la contradicción del mundo, pero sus padecimientos no son inútiles, sino que reportan un fruto inmenso al Evangelio (4). En todas sus luchas y tribulaciones jamás pierde de vista la imagen esplendorosa de la morada eterna (5,1-11).

El apóstol es ciertamente consciente de su dignidad, sabe que ha de transmitir la palabra decisiva de Dios, y procura acreditarse de cara a la misión distinguida que Dios le ha confiado (5,12-6,10). Con palabras cordiales exhorta a los corintios para que acojan obedientes sus advertencias y amonestaciones (6,11-7,5). Rebosa la alegría al haber también recibido buenas noticias de Corinto (7,6-16).

La parte segunda versa sobre la colecta en favor de la iglesia de Jerusalén. El ejemplo de las comunidades de Macedonia debe encelar a los corintios para imitarlas (8,1-15). Pablo enviará a Tito, en compañía de otros hermanos conocidos, a fin de que prepare la colecta en la comunidad (8,16-9,5). Deben convencerse

10. 1,12-7,16; 8-9; 10,1-13,10.

los corintios de que la generosidad cristiana trae consigo la bendición del mismo signo (9,6-15).

En la parte tercera se enfrenta el apóstol, en un tono cortante, con sus enemigos de Corinto. Delante de ellos alardea orgullosamente de sus penalidades, aunque también de sus revelaciones. Pronto llegará personalmente a Corinto para imponer el orden de manera definitiva (10,1-13,10). El escrito concluye con unas exhortaciones, saludos y un triple deseo de bendición (13,11-13).

Acerca de la unidad de la segunda carta a los Corintios, véase comentario a 7,1 y 10,1.

3. *Importancia teológica*

Las cartas a los Corintios no ofrecen una exposición sistemática de la doctrina cristiana —como, por ejemplo, la Carta a los Romanos—; versan más bien sobre las preocupaciones y dificultades concretas de una comunidad cristiana reciente. Su importancia fundamental radica en que presentan indisolublemente unidas doctrina y vida. Son cartas que mueven y cautivan, con encanto siempre renovado, por su manera peculiar de iluminar hasta lo más profundo las cosas más vulgares y cotidianas, esclareciendo su verdadera forma y valor. Pablo configura la vida sencilla en el espíritu del Evangelio. No hay acontecimiento alguno tan insignificante que, con una visión cristiana, no pueda alcanzar una importancia totalmente nueva e inesperada; no hay ninguna oscuridad que la luz de Jesucristo no pueda penetrar e iluminar. Cuando un hombre se hace creyente adquiere una visión nueva del mundo, de sus semejantes y de sí mismo; ve las cosas como realmente son, y eso es lo que el apóstol pretende explicar a los corintios una y otra vez. Les muestra incesantemente que su existencia, insignificante en apariencia, tiene una increíble resonancia; que su vida cotidiana tiene singular importancia delante de Dios y que, por consiguiente, también ellos han de tomar en serio su vida de cada día. En las cartas a los Corintios se nos explica de una manera francamente modélica, y sobre el ejemplo de la pequeña comunidad cristiana de una gran metrópoli —cuyos

problemas se repiten entre los cristianos de todos los tiempos, aunque bajo distinta forma —, se nos explica, digo, cómo puede gobernarse cristianamente la existencia cotidiana; mediante una serie de ejemplos concretos se nos muestra cómo puede presentarse una vida vivida desde las fuerzas profundas de lo cristiano. Con ello no se excluye nada del círculo de la consideración, ni se perfila ninguna imagen ideal desalentadora.

El apóstol se dirige a unos hombres concretos, queriendo informar su vida concreta con la fuerza vivificante de la fe y de los sacramentos. Con resolución y hasta con severidad, pero al mismo tiempo con gran tacto y con una visión clara de la realidad, procura ayudar a la pequeña iglesia, amenazada desde fuera y desde dentro por las influencias del paganismo. E intenta sobre todo levantar un muro contra el vicio pagano de la impureza. Recuerda a los corintios la dignidad que han alcanzado al hacerse cristianos y que postergan y corrompen con la incontinencia; les exhorta a mostrarse severos con los miembros de la comunidad que dan escándalo público. Pablo predica el ideal de la virginidad en un mundo sexualmente desbocado; pero es lo bastante realista como para no pedir nada imposible, y sabe que la naturaleza empuja al matrimonio. Protege los matrimonios mixtos entre cristianos y gentiles, al igual que rechaza en principio cualquier cambio violento del orden establecido.

En la cuestión del consumo de carnes ofrecidas a los ídolos toma una decisión reflexiva y prudente; no se cierra a las necesidades de la vida cotidiana, pero tampoco tolera confusión alguna en las cosas realmente importantes. Quiere que la comunidad ordene su vida en el espíritu cristiano, y cuando reina el Espíritu de Cristo no hay por qué entrar en colisión con las necesarias instituciones estatales. Condena las banderías en torno a cada uno de los apóstoles aduciendo el argumento de que cada apóstol cumple con la labor que Dios le ha asignado de cara a un fin común. En el mismo sentido los múltiples dones del Espíritu contribuyen a la unidad del cuerpo de Cristo que abraza a todos y todo. La fuerza dominante entre los cristianos debe ser el amor que fluye de la abundancia de Dios. Que los corintios contribuyen a la gran obra de socorro en favor de Jerusalén es — si lo hacen libremen-

te y con espíritu recto — una señal elocuente de que poseen la gracia de Dios y de que han entendido el ejemplo de Jesucristo. El agudo contraste al final de la segunda carta a los Corintios confiere un límite apropiado a la realidad a todo lo escrito sobre el amor y la unidad: demuestra de manera inequívoca que la verdad cristiana está amenazada por todos lados, y no en último término por los supuestos amigos y que, en ocasiones puede obligar a una polémica implacable.

Las cartas a los Corintios son, sobre todo, importantes por los numerosos ejemplos que aportan de una penetración cristiana en la vida práctica; pero también la doctrina de la fe obtiene de ellas conocimientos fundamentales. La primera a los Corintios ha hablado al modo clásico de la majestad divina que encierra la verdad cristiana, por encima de cualquier sabiduría humana; lo que judíos y gentiles interpretaban como una debilidad, Pablo lo desvela como una auténtica fuerza. Los pasajes importantes acerca de la cena del Señor y de los creyentes como cuerpo de Cristo hablan de unas verdades fundamentales y han sido, al propio tiempo, el germen fecundo de desarrollos importantísimos. El capítulo sobre la resurrección pertenece a las grandes revelaciones de la teología paulina, expresando en unas fórmulas impresionantes el fundamento y meta de la esperanza cristiana. La carta segunda a los Corintios constituye una autodefensa y autojustificación brotada de lo más íntimo del alma y escrita con la participación más honda. Ya en la primera carta a aquella comunidad había hablado Pablo de la misión y recompensa del apóstol (capítulos 4 y 9); en la segunda da una explicación y fundamentación teológica del apostolado y de la existencia cristiana en general. Que nuestros padecimientos sean continuación de los del Crucificado y, por ende, una gracia y una garantía de cara a la resurrección es algo que suena extraño una y otra vez en los oídos mundanos; pero son también una fuerza que edifica y representan el triunfo completo sobre toda la animosidad y todos los sufrimientos del mundo.

Bibliografía

Primera carta

Comentarios católicos: J. Sickenberger Bonn [4]1932.
E.B. Allo, París 1935.
J. Huby. París 1946.
Comentarios protestantes: J. Weiss, Gotinga 1925.
H. Lietzmann, Tubinga [3]1931.
A. Schlatter. Stuttgart 1934.

Segunda carta

J. Héring, Neuchatel-París 1949.
Comentarios católicos: J. Sickenberger, Bonn [4]1932; E.B. Allo, París 1937.
Comentarios protestantes: H. Windisch, Gotinga 1924; H. Lietzmann, Tubinga [3]1931.
A. Schlatter, Stuttgart 1934.
J. Héring, Neuchatel-París 1958.

TEXTO Y COMENTARIO
DE LA
PRIMERA CARTA A LOS CORINTIOS

Introducción epistolar
1,1-9

Inscripción y saludo
1,1-3

[1] *Pablo, apóstol por llamamiento de Cristo Jesús, por voluntad*
de Dios, y el hermano Sóstenes, [2] *a la iglesia de Dios que está en*
Corinto, a los santificados en Cristo Jesús y pueblo santo por
llamamiento, junto con todos los que en cualquier lugar invocan
el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro:
[3] *gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del*
Señor Jesucristo.

Ya en las primeras líneas de su carta subraya el apóstol, sin 1
lugar a dudas, que no escribe como un cristiano cualquiera; sino que es plenamente consciente y toma bien a pecho su especial dignidad y autoridad. Habla como apóstol de Jesucristo, a lo que no se ha lanzado por su propio impulso, sino que ha sido llamado por Dios[1]. Como corremitente se menciona a un tal Sóstenes, hermano, es decir cristiano, que no nos es conocido por ningún otro texto. No es verosímil que se trate del presidente de la sina-

1. Cf. Rom 1,1, comentario a Rom 1,1-7 con el excurso *El misterio apostólico.*

goga de Corinto, mencionado en Act 18,17, y que llevaba el mis-
2 mo nombre. La carta va destinada a la comunidad o iglesia de Dios en Corinto [2]; a la comunidad de quienes han sido santificados sacramentalmente y sacados de este mundo por el bautismo [3]. Han sido santificados en Cristo Jesús, y su santificación es ante todo gracia y vocación o llamada, no fruto del propio esfuerzo personal.

Pero la comunidad de Corinto no está sola, pertenece a la comunidad mayor de todos cuantos confiesan a Cristo en este mundo. Esto lo subraya Pablo mediante un giro estilísticamente algo duro pero sobre cuya autenticidad no puede dudarse con
3 fundamento alguno. El apóstol desea gracia y paz a los hombres sobre los que recae su solicitud; la gracia equivale a la plenitud de la salvación sobrenatural; la paz, a su vez, no es tanto el equilibrio del alma, cuanto la salud y reconciliación otorgadas por Dios (cf. Rom 5,1). Esta transformación completa la operan en el hombre Dios Padre y Jesucristo, sin que el apóstol distinga aquí la acción del padre de la del hijo [4].

Acción de gracias
1,4-9

4 Doy siempre gracias a mi Dios por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús. 5 Porque por él fuisteis enriquecidos en todo: en toda clase de palabra y de conocimiento, 6 como corresponde a la firmeza con que fue mantenido entre vosotros el testimonio de Cristo. 7 Así pues, no carecéis de ningún don vosotros que esperáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo; 8 quien también os mantendrá firmes hasta el final para que lleguéis sin reproche al día de nuestro Señor Jesucristo. 9 Dios es fiel: por él habéis sido llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo, Señor nuestro.

2. Cf. 2Cor 1,1; Gál 1,2; 1Tes 1,1; 2Tes 1,1.
3. Cf. Rom 15,16; 1Cor 6,11; 7,14.
4. Cf. Rom 1,7; 2Cor 1,2; Gál 1,3; Ef 1,2; Flp 1,2; 2Tes 1.2; 1Tim 1.2; 2Tim 1,2; Tit 1,4; Flm 3.

Como suele hacer en todas sus cartas (a excepción de Gál), 4
Pablo comienza por dar gracias a Dios por todo aquello que de
gracia ha recibido la comunidad en la persona y en la acción vi-
vificante de Cristo. Los corintios han crecido en palabra y en co- 5
nocimiento con su vinculación a Cristo. Los dones de la palabra
son distintos [5], y todos se dan en Corinto. El conocimiento sig-
nifica aquí la penetración iluminada del mensaje cristiano. Los 6
progresos responden el hermoso comienzo que tuvieron. Entonces
los corintios recibieron el Evangelio con corazón generoso, habién-
doles llegado hasta lo más profundo. Se encuentran en este mun- 7
do abundando en dones de gracia, rebosantes de esperanza en
el día de la consumación definitiva [6]. Cristo no los deja en la es- 8
tacada en medio de los peligros del presente; él les concederá
la fuerza de perseverar hasta el final, para que algún día puedan
presentarse en el juicio. Los hombres no pueden procurársela por 9
sí solos, por extraordinarias que sean sus cualidades personales;
la verdadera garantía de que ellos alcancen su objetivo es la fide-
lidad inmutable de Dios que terminará la obra comenzada. Por
él (aquí, por consiguiente, se refiere al autor, no al mediador,
como de ordinario; cf. comentario a Rom 6,11) han sido llama-
dos también los corintios a la más íntima comunión de vida con
Cristo [7].

5. Cf. 1Cor 12,8; 14,26.
6. Cf. Rom 8,18-23; 2Cor 5,1-10; Flp 3,20 21.
7. Cf., por ejemplo, 1Cor 10,16; Flp 3,10.

PARTE PRIMERA

FACCIONES DE LA COMUNIDAD CRISTIANA
1,10-4,21

Exhortación a la unidad
1,10-17

[10] *Hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo os*
ruego que tengáis todos concordia y que no haya entre vosotros
divisiones, sino que estéis unidos en el mismo parecer. [11] *Porque,*
hermanos míos, los de Cloe me han informado que entre vosotros hay
discordias. [12] *Me refiero a que cada uno de vosotros dice: Yo*
soy de Pablo; Yo de Apolo; Yo de Cefas; Yo de Cristo. [13] *¿Es que*
Cristo está dividido? ¿Fue Pablo crucificado por vosotros, o reci-
bisteis el bautismo en nombre de Pablo? [14] *Gracias que no bauticé*
a ninguno de vosotros, fuera de Crispo y Gayo. [15] *Así nadie puede*
decir que recibisteis el bautismo en mi nombre; [16] *aunque sí bau-*
ticé también a la familia de Estéfanas. Por lo demás, no sé si bauti-
cé a ningún otro. [17] *Porque Cristo no me envió a bautizar, sino a*
evangelizar, y no con sabiduría de lenguaje, para no privar de
eficacia a la cruz de Cristo.

10 En todas sus cartas ha exhortado el apóstol, de continuo y con seriedad, a las comunidades por él fundadas a que sean una sola cosa. Preocupaba a Pablo que la unidad realizada en Cristo se pusiera de relieve hasta en los detalles cotidianos. En Corinto, desde luego, faltaba todavía mucho por hacer. Pablo exhorta a los corintios — a los que llama aquí «hermanos» quizá no sin un cierto énfasis — revocándose el nombre de Jesucristo (es decir,

invocando a Jesucristo, que es el fundamento de toda unidad cristiana), para que sean una misma cosa. No deben darse divisiones entre ellos, sino que más bien han de volver a encontrarse en el mismo pensamiento y sentir. Por los familiares o esclavos **11** de una cierta Cloe (= la Rubia, que era nombre de esclava), que por lo demás desconocemos, y que probablemente era una liberta (tal vez cristiana) pudiente, con residencia en Corinto o en Éfeso, Pablo ha sabido del estallido de graves rivalidades en la comunidad.

Evidentemente, se habían formado varios grupos, persuadidos **12** en cualquier caso de que estaban en posesión del verdadero y total Evangelio. Se daba allí una tendencia que alardeaba de una vinculación especial con Pablo y que quizá defendía las doctrinas fundamentales del apóstol con cierta rigidez. El partido de Apolo reunía a los secuaces del alejandrino Apolo, «hombre elocuente y versado en las Escrituras»[1]. En este círculo tal vez se intentaba —exagerando ciertamente y sin justificación la peculiar manera de actuar de Apolo— limar las esperanzas de la doctrina cristiana para hacerla más aceptable. Un tercer grupo enarbolaba como bandera el nombre de Cefas; es probable que Pedro hubiera estado personalmente en Corinto, y que algunos núcleos judaizantes procurasen abusar de su autoridad. Se trataba sin duda de ciertas influencias del judeocristianismo palestino, y por tanto de unas corrientes que Pablo combate con energía en su carta a los Gálatas. Mucho más difícil resulta el problema de saber quiénes eran los que decían pertenecer a Cristo. Ha habido intentos aislados por defender aquí la existencia de un grupo especial; pero lo más verosímil es suponer que estos partidarios de Cristo eran los que rechazaban cualquier interferencia humana, pretextando no tener necesidad ni de Pablo, ni de Apolo ni de Cefas. Sobre las peculiaridades de su doctrina nada puede afirmarse con seguridad; tal vez defendían unos puntos de vista liberales en el terreno de la vida ética.

En una comunidad cristiana tal división es imposible. La Igle- **13** sia no es una sociedad en la que tengan sitio diversas tendencias;

1. Act 18,24; ver comentario a Act 18,24-28.

la Iglesia es el cuerpo de Cristo que es uno y único[2]. A los secuaces de la tendencia que injustificadamente se reclama a su persona —y con un cierto comedimiento también a los partidarios de los otros personajes— les declara Pablo drásticamente que nadie más que Cristo puede ser el fundamento de la comunidad; sólo él ha muerto por ellos, y únicamente en él han sido bauti-
14 zados. Echando un vistazo al pasado, Pablo se alegra ahora de no haber bautizado más que a algunos miembros de la comunidad; de otro modo, sus falsos partidarios hubieran tenido en definitiva un apoyo, aunque sólo fuera aparente, para sus insensatas pretensiones. Es evidente que ya entonces se creía en el establecimiento de un vínculo misterioso entre el bautizante y el bautizado. Pablo puede todavía recordar los pocos casos en los que personalmente actuó como ministro del bautismo; el primero fue el jefe de la sinagoga, Crispo (Act 18,8), y Gayo, que sin duda es el mismo al que se menciona en Act 18,23, y que parece haberse contado entre los miembros más pudientes de la comuni-
15 dad. Así las cosas nadie puede reclamarse, aunque sólo sea con un supuesto derecho, a una peculiar relación mística con Pablo
16 establecida por el bautismo. Pero en el curso del dictado Pablo recuerda de repente a otro grupo de personas —o se le ha recordado— a las que también bautizó; se trata de la casa de Estéfanas, de la que volverá a hablar al final de la carta (1Cor 16, 15-18). Ahora sí que, por fin, los ha nombrado a todos; como quiera que sea, los partidarios paulinos de Corinto no cuentan con ningún fundamento sólido.

La conclusión fácilmente puede aplicarse también a los otros
17 grupos. Pablo ni siquiera está destinado a bautizar; es tarea que deja en manos de sus acompañantes. Y no porque subestime la realidad sacramental dentro del cristianismo —que, por el contrario valora en su importancia suprema—, sino porque el don peculiar que Dios le había conferido era el de la predicación del Evangelio. Y desde luego predica el Evangelio en toda su dureza, sin restarle nada de su peculiar fuerza y grandeza en aras de una acomodación a la sabiduría de este mundo.

---

2. Véase el comentario a 12,12-31.

Poder de la cruz de Cristo
1,18-25

18 Realmente, la palabra de la cruz es una necedad para los
que están en vías de perdición; mas para los que están en vías de
salvación, para nosotros, es poder de Dios. 19 Porque escrito está:
«Destruiré la sabiduría de los sabios, y anularé la inteligencia de
los inteligentes» (Is 29, 14). *20 ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el*
letrado? ¿Dónde el filósofo de las cosas de este mundo? ¿No con-
virtió Dios en necedad la sabiduría del mundo? 21 Y porque el
mundo, mediante su sabiduría, no conoció a Dios en la sabiduría
de Dios, quiso Dios, por la necedad del mensaje de la predicación,
salvar a los que tienen fe. 22 Ahí están, por una parte, los judíos,
pidiendo señales y los griegos, por otra, buscando sabiduría; 23 pero
nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos;
necedad para los gentiles; 24 mas, para los que han sido llama-
dos, tanto judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabi-
duría de Dios. 25 Pues lo necio de Dios es más sabio que los
hombres; y lo débil de Dios, más poderoso que los hombres.

Con la segunda parte del v. 17 abre Pablo la exposición que **18**
sigue. Estos pocos versículos constituyen una de las revelaciones
más profundas de la teología paulina. Frente a la cruz de Cristo
la humanidad se divide en dos campos. Para uno, la predicación
de un redentor crucificado equivale a una necedad; se trata de
aquellos que serán reprobados por Dios. Los otros descubren la
verdadera realidad bajo una apariencia desagradable; a saber: que
en la cruz de Cristo se ha revelado la fuerza salvadora de Dios.
En favor de esta visión aduce el apóstol una prueba escriturís- **19**
tica. En Is 29,13-14 refiere el profeta una sentencia de Dios ame-
nazando al pueblo con un destino funesto por su oración y su
culto meramente exteriores; ante ese destino «nuevamente exci-
taré la admiración de este pueblo con un prodigio grande y es-
pantoso; porque faltará la sabiduría a sus sabios, y desaparecerá
el consejo de sus prudentes» (Is 29,14). Pablo cita casi literal-
mente el texto de LXX, acentuando la segunda parte mediante

una expresión tomada del Sal 32 (LXX),10. Dios es soberano y sigue su propio camino. Esto es lo que se pone claramente de
20 manifiesto en la cruz. Ante la maravillosa actuación de Dios, que escapa por completo a cualquier enjuiciamiento humano, la sabiduría de este mundo se nos parece impotente y ridícula, incluso allí donde ha conseguido sus logros más exquisitos y donde se mantiene en toda su virtualidad. La verdadera sabiduría sólo se da allí donde está Dios, y si Dios se encuentra junto a la cruz de Cristo, ¿qué valor puede tener una sabiduría que justamente re-
21 chaza esa cruz? Los hombres tenían ciertamente la posibilidad de reconocer la sabiduría de Dios por la obra de esa sabiduría que es el cosmos: «en efecto, desde la creación del mundo, las perfecciones invisibles de Dios, tanto su eterno poder como su deidad, se hacen claramente visibles, entendidas a través de sus obras; de suerte que ellos no tienen excusa» (Rom 1,20). Pero han fracasado; su conocimiento se redujo a una ciencia muerta, que incluso degeneró en una vergonzosa idolatría (Rom 1,21-23). Por ende, Dios ha escogido un camino que es enteramente contrario a la sabiduría humana. Los hombres tienen que renunciar a sus criterios y normas habituales y confiar únicamente en Dios, el cual quiere salvar a quienes creen en el mensaje de la cruz, necio a primera vista. Esto va por completo a contrapelo del mundo.

22 Los judíos exigen una confirmación inequívoca del mensaje por medio de «señales», por lo que constituye la victoria sobre las medidas del mundo, por los milagros, que traen consigo el éxito patente, éxito que corrobora la verdad. Los griegos pretenden un conocimiento claro, de acuerdo con las posibilidades del espíritu
23 humano, buscan el camino recto hacia la sabiduría suprema. El mensaje de Cristo crucificado, que hace vacilar y termina por derrumbar las esperanzas naturales del hombre terreno, no puede menos de ser rechazado por los judíos; en el mejor de los casos el pagano se burlará de él. Y no puede ser de otro modo, ya que uno y otro (cada uno a su manera) permanecen anclados en el estrecho terreno de lo meramente humano. Judíos y griegos tienen unas ideas fijas de cómo podría Dios actuar; con ello se cierran a la acción
24 viva de Dios que no se deja atar por los conceptos del hombre. El que ha sido llamado, cree, porque puede liberarse de los patrones

meramente humanos. Sea judío o gentil, encuentra un acceso a la verdad divina de la cruz, que tan extraña y contraria es al pensamiento humano terrenal. Lo que los hombres pueden llamar necedad es, cuando procede de Dios, auténtica sabiduría, ante la cual toda sabiduría humana resulta verdadera estupidez. Y lo que los hombres califican de debilidad es, cuando Dios se declara en su favor, una fuerza incontenible capaz de reducir a impotencia y de quebrantar todas las fuerzas humanas. 25

El escándalo de la cruz

Dios se revela de distinta forma a como los hombres esperan; la verdad decisiva se presenta ante el hombre de tal suerte que éste se inclina a rechazarla. El Evangelio, por consiguiente, no obliga al hombre a reconocer que en las masas de este mundo colme o supere todas las esperanzas; más bien suscita en él una contradicción. Jesús se ha referido insistentemente y con acento grave al hecho de que con sus exigencias y con su doctrina pone a prueba el hombre de este mundo [3]. Jesús reclama una decisión. Desde el principio estuvo puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel, y para señal que había de ser muy discutida (Lc 2,34); era la «piedra de tropiezo» y «la roca contra la cual uno se da» (Rom 9,33), a la que ya se había referido el profeta Isaías [4]. La enemistad contumaz e implacable del mundo podía hacer vacilar incluso a los fieles [5]. El símbolo de todo lo que debía de provocar la contradicción del hombre (y no sólo del judío) es la cruz. Que del Jesús muerto en la cruz pudiera brotar la salvación esperada desde siglos, era algo que debía excitar el sarcasmo y la irritación. El judío no aceptaba «que Cristo hubiese muerto en la cruz de una manera tan oprobiosa, pues según la ley es maldito el que ha sido crucificado» [6].

---

3. Véase, por ejemplo, Mc 6,3; Mt 13,57; 11,6; Lc 7,23; Jn 6,61; cf. también Mt 15,12; 17,27.

4. Is 8,14; 28,16.

5. Mc 4,17; Mt 13,21; 24,10.

6. Dt 21,23; cf. Gál 3,13; JUSTINO, *Diálogo con el judío Trifón* 89,1; cf. también 32,1.

Los gentiles no pensaban de forma distinta. En su discurso en favor de Rabirio (5) exclama Cicerón: «La cruz no sólo debe ser extraña al cuerpo de los ciudadanos romanos, sino también a su imaginación, a sus ojos y a sus oídos.» Creer en un hombre crucificado [7], doblar la rodilla ante «un sofista empalado» [8], es una insensatez. Sólo cabe burlarse de gentes «cuyo maestro ha sido clavado a una cruz y que era carpintero de oficio» [9]. También el círculo más estrecho en torno a Jesús recibió el mensaje del Hijo del hombre paciente y muerto como una insinuación increíble. Al primer anuncio de la futura pasión y muerte [10], Pedro protesta como portavoz de los más leales [11], aunque es reducido a silencio de forma enérgica y tajante [12]. Hasta el final los discípulos siguen sin entender nada [13]. Sólo después de la catástrofe se iluminarán las tinieblas, y quedará claro que el Mesías debía padecer todo aquello para entrar así en su gloria (Lc 24,26). La primera comunidad buscó una comprensión más profunda de los vaticinios del AT haciendo hincapié en el valor de la prueba escriturística. Quizás había ya algunas corrientes que se envanecían demasiado; frente a todo ello Pablo ha establecido de forma seria y resuelta que no se puede marginar los tropiezos; el escándalo debe persistir, y la predicación no ha de procurar escamotearlo [14]. El escándalo se supera únicamente con la fe. Cuando el creyente consigue vencer el escándalo, se decide por la verdad oculta de Dios, pese a las apariencias impresionantes, y se entrega de un modo completo e incondicional, reconoce también que la palabra de la cruz es fuerza de Dios (1Cor 1,18).

---

7. JUSTINO, *Apología primera* 53; cf. 13.22.
8. LUCIANO, *La muerte de Peregrino* 13.
9. ORÍGENES, *Contra Celso* 6,34.
10. Mc 8,31; Mt 16,21; Lc 9,22.
11. Mc 8,32; Mt 16,22.
12. Mc 8,33; Mt 16,23.
13. Cf. por ejemplo, Mc 14,27; Mt 26,31.
14. Cf., por ejemplo, Gál 3,13.

Composición de la comunidad y predicación del apóstol 1,26-2,5

[26] *Fijaos, si no, hermanos, quiénes habéis sido llamados: no*
hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos po-
derosos, ni muchos de noble cuna; [27] *todo lo contrario: lo que*
para el mundo es necio, lo escogió Dios para avergonzar a los
sabios; y lo que para el mundo es débil, lo escogió Dios para
avergonzar a lo fuerte; [28] *y lo plebeyo del mundo y lo despreciable, lo que no cuenta, Dios lo escogió para destruir lo que cuenta,*
[29] *a fin de que ninguna carne pueda gloriarse en la presencia de*
Dios. [30] *De Dios viene el que vosotros estéis en Cristo Jesús, el*
cual, por iniciativa de Dios, se hizo nuestra sabiduría, como tam-
bién justicia, santificación y redención. [31] *Y así, según está escrito:*
«Quien tenga orgullo, que lo tenga en el Señor» (Jer 9, 22-23).
[1] *Y yo, hermanos, cuando llegué a vosotros, no llegué anuncián-*
doos el misterio de Dios con excelencia de palabra o de sabiduría;
[2] *pues me propuse no saber entre vosotros otra cosa que a Jesu-*
cristo, y a éste, crucificado. [3] *Y me presenté ante vosotros débil*
y con mucho temor y temblor. [4] *Mi palabra y mi predicación no*
consistían en hábiles discursos de sabiduría, sino en demostración
de espíritu y de poder; [5] *de suerte que vuestra fe se base, no en*
sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios.

El apóstol empieza por mostrar la realizada entre los corin- **26**
tios y en sí mismo la actuación de Dios, sorprendente a los ojos del mundo. En un artístico entramado de frases les va señalando cómo puede deducirse el mismo principio fundamental de la composición social de la comunidad de Corinto: Dios suele actuar de forma distinta a como esperan los hombres. Dios no ha empezado por llamar al Evangelio a los sabios, a los poderosos y a los nobles según la estimación de este mundo; todo lo contrario, pues aun cuando formen parte de la comunidad algunos personajes de relieve[15], parece ser que en su gran mayoría está inte-

15. Cf. Rom 16,23; también Act 18,7.8 y 1Cor 16,19.

27 grada por gentes plebeyas y por esclavos. Dios sigue su propio camino, dirigiéndose con su sabiduría y su fuerza a quienes ante el mundo son necios y débiles. Claro que sin la sabiduría y la fuerza de Dios ¿qué es la sabiduría de los sabios, y qué la fuerza
28 de los fuertes? El ordenamiento jerárquico de este mundo no representa ningún obstáculo para Dios, que tiene sus propios criterios. Dios se vuelve precisamente a los humildes y despreciados, a quienes nada significan ni nada pueden conseguir, para aver-
29 gonzar así a los que piensan significar algo (cf. Mt 11,25). Nadie puede gloriarse delante de Dios ni hacer valer pretensión alguna; ninguna carne (= ningún hombre) puede atribuirse ningún género de realización; el hombre es siempre delante de Dios un receptivo
30 al que se le da de gracia. De Dios procede y a Dios se debe en exclusiva el que, gracias a su acción salvadora, los cristianos hayan llegado a ser algo, por contraposición al mundo que nada significa delante de Dios. Los cristianos están «en Cristo Jesús», viven en comunión íntima con el Señor resucitado y glorioso [16]. En Jesucristo es como los cristianos alcanzan una valía delante de Dios; Jesucristo es el compendio de toda salvación. Él es la verdadera sabiduría del mundo, y la razón y fundamento de que los «necios» cristianos sean en realidad sabios, y estén justificados, santificados y redimidos.

31 Todo hace referencia a Dios. Delante de él el hombre no es nada, y cuando el hombre piensa tener motivos para gloriarse, resulta que todos sus alardes no cuentan con otra base que Dios. En este sentido aduce el apóstol como prueba escriturística (citando en forma libre y abreviada) el texto de Jer 9,22-23: «Esto dice Yahveh: No tenga orgullo el sabio en su sabiduría, ni tenga orgullo el valeroso en su valentía, ni el rico tenga orgullo en sus riquezas. Mas el que quiera tener orgullo, téngalo en conocerme y saber que yo soy el Señor, el autor le la misericordia, del juicio y de la justicia en la tierra...»

1 Así pues, los que aceptaron el mensaje no representaban mucho a los ojos del mundo. Pero tampoco el mensajero llegó con los adornos y pertrechos de una retórica humana solemne. No

16. Cf. el comentario a Rom 6,1-11.

intentó abrir entre los corintios paso al «misterio» —otra lectura, también sólidamente testificada, habla de «testimonio»— que Dios le había confiado en Jesucristo, recurriendo al dominio virtuosista de los medios de persuasión. Por el contrario, de un 2
modo plenamente consciente (y quizás más afianzado aún en su idea por la amarga experiencia de Atenas, cf. 17,16-34) se decidió a predicar el Evangelio en toda su cortante aspereza. Y proclamó el mensaje de la cruz. Al iniciar su trabajo en Corinto ciertamente 3
que no experimentó ningún sentimiento de victoria; allí se presentó como el emisario de la debilidad (1,27; literalmente, también podría pensarse en el quebranto físico y en la enfermedad del Apóstol), en «temor y temblor»[17], sin que ni la forma ni el 4
contenido de su predicación fueran los más adecuados para obtener unos éxitos rápidos. Pero por su boca hablaba la fuerza del Espíritu y aquel fuego sobrenatural que arrastraba a los hombres que se abrían a la acción de Dios.

Así lo quiso Dios, porque los hombres no consiguen el objeti- 5
vo ambicionado por su aparente fuerza y sabiduría personal, sino que deben más bien reconocer que es únicamente Dios el que puede ayudar de forma decisiva y que de hecho ayuda. Las palabras del Apóstol no excluyen una elaboración mental del contenido de la fe, ni apuntan contra cualquier esfuerzo filosófico; pero sí que ponen claramente de relieve que toda filosofía humana que pretenda esclarecer con sus solas fuerzas la compleja realidad de la vida, de un modo autónomo y sin lagunas, está irremediablemente condenada al fracaso.

La verdadera sabiduría es la del Espíritu
2,6-16

6 *Sin embargo, entre los perfectos usamos un lenguaje de sabiduría; pero no de una sabiduría de este mundo ni de las fuerzas rectoras de este mundo que están en vías de perecer;* 7 *sino un lenguaje de sabiduría misteriosa de Dios, la que estaba oculta, y*

17. Fórmula fija que aparece también, referida a otros, en 2Cor 7,15; Ef 6,5; Flp 2,12.

que Dios destinó desde el principio para nuestra gloria; [8] *la que ninguna de las fuerzas rectoras de este mundo conoció; porque si la hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria.* [9] *Pues, según está escrito: «Lo que el ojo no vio ni el oído oyó, ni el corazón humano imaginó, eso preparó Dios para los que le aman»* (Is 64, 3.7).

[10] *Pero a nosotros nos lo ha revelado Dios por el Espíritu; porque el Espíritu lo explora todo, aun las profundidades de Dios.* [11] *Entre los hombres, ¿quién es el que sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? De la misma manera sólo el Espíritu de Dios sabe lo que hay en Dios.* [12] *Ahora bien, nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos las gracias que Dios nos ha concedido.* [13] *Éste es también nuestro lenguaje, que no consiste en palabras enseñadas por humana sabiduría, sino en palabras enseñadas por el Espíritu, exponiendo a los espirituales las cosas del Espíritu.*

[14] *El hombre psíquico no capta las cosas del Espíritu de Dios, porque son para él necedad; y no puede conocerlas, porque sólo pueden ser examinadas con criterios de espíritu.* [15] *Por el contrario, el hombre espiritual puede examinar todas las cosas, pero él no puede ser examinado por nadie.* [16] *«Pues, ¿quién conoció la mente del Señor, de modo que pueda aconsejarle?* (Is 40,13). *Pero nosotros realmente poseemos la mente de Cristo.*

6 A los ojos del mundo el mensaje del apóstol es una necedad; pero tampoco éste tiene la pretensión de enseñar una sabiduría según los criterios de ese mismo mundo. Por «fuerzas rectoras» de este mundo entiende sin duda las fuerzas demoníacas contrarias a Dios, que siguen teniendo poder y lo ejercen [18], aunque desde luego sólo hasta la venida del Señor. Por esas potencias están en el fondo influidos los hombres que actúan contra Jesús y su comunidad, ya representen a fuerzas políticas (consejo supremo o sanhedrín, administración romana), ya tendencias filosóficas. Pablo no quiere predicar, en modo alguno, la sabiduría del mundo, que en

18. Cf. 1Cor 15,24-26; y también por ejemplo, 2Cor 4,4; Ef 2,2.

el fondo tiene unos orígenes tan tenebrosos y, sin embargo, su mensaje es también sabiduría, aunque una sabiduría que no es accesible a cualquiera. Para poder captarla hay que pertenecer a los ya formados, literalmente a «los perfectos»; es decir, a los cristianos que han alcanzado ya un grado superior de inteligencia religiosa, sin que desde luego constituyan por lo mismo un grupo cerrado. La filosofía mística y la teología de los misterios coetáneos empleaban la expresión «perfectos» con referencia al estado de perfección, existiendo unos grados de consagración fuertemente diferenciados entre sí. Ignoramos si Pablo había conocido este lenguaje de los misterios.

La sabiduría que el apóstol predica no es asequible con los **7** recursos cognoscitivos de que el hombre dispone habitualmente; deriva de Dios, que desde toda la eternidad la tiene predestinada para los llamados, es decir, los cristianos. Es la sabiduría del Crucificado, el único que ha traído la salvación definitiva, y con ella nuestra perfección y glorificación, que todavía completará aún más. Las potencias tenebrosas, contrarias a Dios, no han **8** penetrado el alcance de la cruz. Jamás, a través de sus vasallos terrenos, hubieran hecho crucificar a Jesucristo de haberse barruntado que con ello precisamente se acarreaban en propia aniquilación. Entrevemos por un instante los abismos impenetrables de la historia de la salvación, sin que desde luego podamos distinguir los contornos precisos.

El apóstol agrega una cita escriturística que debería subra- **9** yar la oposición en cuestión. La sabiduría de Dios habla en definitiva de la gloria, pues la cruz de Cristo es en realidad la vía de acceso a la felicidad inefable e inimaginable de la consumación. El pasaje citado no se localiza exactamente en el AT; por otra parte, la fórmula introductoria que Pablo emplea no deja lugar a dudas sobre su voluntad de citar un texto bíblico. Si no se quiere suponer que el apóstol se refiere aquí a un libro no canónico, como podría ser el *Apocalipsis de Elías,* en el que ya pensaron comentaristas como Orígenes, el pseudo Ambrosio y Jerónimo (un caso parecido lo tendríamos en Ef 5,14), habrá que pensar en Is 64,3 (4 LXX) en conexión con Is 65,16. El primero de los mencionados pasajes de Isaías suena así, según el tenor de la versión

griega: «Desde antiguo no habíamos oído, ni nuestros ojos habían visto un Dios fuera de ti y tus obras, que tú has hecho para los que esperan misericordia.» Y esto dice Is 65,16: «Olvidarán la tribulación primera, que jamás subirá ya a su corazón.» En todo caso, es posible la hipótesis de que Pablo reproduzca los pasajes de Isaías en un tenor libre y con una aplicación un tanto laxa, cosa que no contradice el proceder del apóstol en otros lugares al aducir sus pruebas escriturísticas [19].

10 Lo que los cristianos han experimentado es una revelación, un puro don de Dios. Ahora se encuentran en un plano nuevo; el Espíritu los ha elevado por encima de todo conocimiento natural y les ha podido hacer participantes de los designios salvíficos de Dios porque él mismo está en la esfera de Dios. Una comparación
11 esclarece la idea. El alma racional del hombre es la única que puede tener conciencia de sus pensamientos secretos, pues nadie más puede forzar la entrada a ese santuario. Tampoco el conocimiento humano, por más sutil que sea, es capaz de penetrar en los planes secretos de Dios, que sólo el Espíritu de Dios conoce por completo.

12 Los cristianos, empero, nada tienen que ver con el espíritu de este mundo, que es un espíritu profano y enemigo de Dios; sino que han recibido — no por su propio esfuerzo, antes bien por pura gracia — el Espíritu que procede de Dios y que conoce los misterios divinos. La fuerza de ese Espíritu les ha hecho partícipes de las revelaciones beatificantes sobre la gracia de Dios.
13 La predicación debe responder a la verdad soberana. Para nada aprovecha ahí la sabiduría humana, que no conduce a la meta, sino que más bien extravía por falsos senderos. Quien pretende hablar de una sabiduría divina, necesita del Espíritu de Dios para poder hacerlo de un modo congruente. Los tres últimas palabras griegas del versículo 13, pueden entenderse en la forma propuesta de «exponiendo a los espirituales las cosas espirituales». o bien «expresando las cosas del espíritu con lenguaje espiritual». Ambas traducciones ofrecen buen sentido, aunque hemos preferido la primera en razón del contexto.

---

19. Cf. el comentario a Rom 4,18-25.

El que se confía únicamente en los medios naturales cognoscitivos de su alma es un «psíquico» (= un hombre puramente humano); con toda su sabiduría divina. El hombre «espiritual» es abiertamente superior. Su conocimiento, impulsado por el Espíritu, abraza y domina incluso los principios de la ciencia natural, pudiendo juzgar de forma esencial y válida. Los juicios de los hombres «psíquicos», por el contrario, acerca de él y de la verdad de Dios no tienen valor alguno, pues pasan completamente por alto la realidad sobrenatural. Dios es inasequible al hombre. Es el absolutamente inaccesible, ante el que no puede menos de estrellarse todo el saber y la búsqueda toda del hombre. El Apóstol cita libremente, como prueba escriturística a Is 40,13 (cf. también Rom 11,34). Nadie puede conocer la mente (νοῦς) de Dios, como dijo ya Isaías; pero Pablo sigue adelante y agrega: como quiera que sea, nosotros tenemos «la mente» de Dios, que no es otra que la mente y el sentir de Cristo. Bajo la influencia de la cita veterotestamentaria el Apóstol cambia el concepto de espíritu (πνεῦμα) por el aquí equivalente de mente (νοῦς).

14 15 16

Inmadurez de la comunidad
3,1-9

[1] *Yo, por mi parte, hermanos, no pude hablaros como a hombres espirituales, sino como a hombres carnales, como a niños en Cristo.* [2] *Os di a beber leche; no os di comida sólida; porque todavía no estabais capacitados, como tampoco ahora,* [3] *ya que aún sois hombres carnales. Porque, mientras entre vosotros haya contienda y discordia, ¿no continuáis siendo carnales, y no es vuestra conducta puramente humana?* [4] *Porque cuando uno dice: Yo soy de Pablo, y otro: Yo de Apolo, ¿no significa esto que sois simplemente humanos?*

[5] *Pues ¿qué es Apolo? ¿Qué es Pablo? Unos servidores, por medio de los cuales abrazasteis la fe, y cada uno es según la gracia que le dio el Señor.* [6] *Yo planté, Apolo regó; pero el crecimiento lo produjo Dios.* [7] *Y así lo que cuenta no es el que planta ni el que riega, sino el que produce el crecimiento, Dios.* [8] *El que*

planta y el que riega son una misma cosa; eso sí, cada uno recibirá el salario a la medida de su trabajo. [9] *Porque somos colaboradores con Dios; y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios.*

1 Cuando Pablo inició su ministerio en Corintio no pudo de inmediato introducir a los neoconversos en los misterios más profundos de la esperanza cristiana de consumación; debió contentarse con empezar por el principio. No pudo tratarlos como a hombres consumados en el Espíritu, aunque ya hubieran recibido el Espíritu en el bautismo; hubo de hablarles como a gente que todavía estaba bajo la influencia de la carne (véase el comentario a Rom 8-1-11),
2 como a niños pequeños en el cristianismo. Con una imagen, que recurre también en Heb 5,12-14 (cf. 1Pe 2,2), el apóstol compara la primera predicación, que seguramente comprendía todo el catecismo de la cristiandad primitiva, es decir, las doctrinas fundamentales del cristianismo como el alimento ligero de los niños. Como a principiantes todavía no les fue posible una penetración más profunda. Sin duda alguna que podía esperarse de ellos el que pronto estarían maduros para alimentos más sólidos; pero esa esperanza no fue más que un espejismo.

3 Ciertamente que han recibido el Espíritu en el bautismo, y en tal sentido son hombres del Espíritu, espirituales; pero todavía no lo son más que en germen, por disposición y en raíz. Han olvidado que los dones recibidos tienen que desarrollarlos con el trabajo. Ninguna fuerza humana puede hacer que descienda el Espíritu; pero cuando ya ha sido otorgado, exige un trabajo resuelto para someter al hombre entero al nuevo principio de vida (cf. Rom 8,9.11.12). En ningún sitio elimina el apóstol la tensión viva entre ser y devenir; por rotundas que sean sus afirmaciones sobre la nueva realidad de gracia que hay en nosotros, no deja de preocuparse y exhortar incesantemente porque se dé testimonio de esa realidad en la vida ética. Cuando se enseñorean de una comunidad los celos y rivalidades, cual ocurre en la de Corinto, allí ciertamente ya no habita el Espíritu; es como si hubiese vuelto a imponerse la situación precristiana; el viejo hombre carnal, que está bajo la soberanía del pecado, se deja sentir por todas partes.

4 Hay quien invoca a Pablo y excluye a Apolo, y quien se de-

clara por éste rechazando a aquél; pero ése es un comportamiento insensato. Es la actuación equivocada de unos hombres carnales.
En realidad tanto el uno como el otro — Pablo y Apolo — son 5
servidores del mismo Señor Jesucristo. No es posible declararse en favor de uno para excluir al otro. Ambos forman una unidad por Dios, por Jesucristo, y, cada uno a su manera, han desarrollado en Corinto como servidores obedientes la tarea que se les encomendó; en cuanto procuraron abrir un camino a la aceptación del cristianismo. Que Pablo se refiera aquí explícitamente sólo a los partidarios de Apolo indica probablemente que se trataba del grupo más influyente y activo, y quizás también el más numeroso.
Pablo había fundado la comunidad y Apolo le había dado un im- 6
pulso notable[20]. Pero en el fondo ambos eran meros instrumentos. El apóstol no habla aquí de una distribución objetiva del trabajo; lo único que pretende es poner de relieve la continuidad temporal de los trabajos; ambos han servido a la misma empresa, y Pablo
reconoce sin reticencias la obra de Apolo. Ni uno ni otro son 7
nada delante de Dios; la importancia del que planta y del que riega debe retroceder por completo ante aquél que da el crecimiento.

Pero en ningún caso se les puede enfrentar. Continuan siendo 8
lo que son; cada uno trabaja a su manera, y cada uno recibirá su recompensa de acuerdo con sus merecimientos. El pasaje es sumamente interesante porque excluye de forma rotunda las falsas interpretaciones de la doctrina paulina sobre la gracia. Exactamente igual que Jesús[21], Pablo enseña la existencia de un premio, y que ese premio se otorgará de conformidad con los méritos (sin que, desde luego, podamos hacer valer ninguna exigencia). Cualquier interpretación del pensamiento de Pablo sobre la gracia, que pase por
alto este punto, habrá que considerarla unilateral. Con orgullo 9
al tiempo que con humildad Pablo se sabe colaborador de Dios, al igual que los otros apóstoles. La comunidad es el campo que pertenece a Dios, el edificio que Dios mismo construye.

---

20. Cf. Act 18,27.28; 19,1.
21. Cf. el comentario a Mt 20,1-16.

La imagen del edificio y del templo. Exhortación a la renuncia de la sabiduría mundana
3,10-23

[10] *Conforme a la gracia que Dios me ha dado, yo, como sabio*
arquitecto, puse los cimientos; y otro va edificando encima. Pero
cada uno mire cómo edifica. [11] *Por lo que se refiere al fundamento,*
nadie puede poner otro sino el que ya está puesto: Jesucristo.
[12] *Y si sobre este cimiento edifica uno con otro, plata, piedras pre-*
ciosas, madera, heno, paja, [13] *la obra de cada uno quedará en evi-*
dencia; pues el día (del juicio) la manifestará, porque éste se re-
vela en fuego, y el fuego [mismo] verificará la calidad de la obra
de cada uno: [14] *si subsiste la obra construida por uno, éste recibirá*
el salario; [15] *si se quema la obra de alguno, éste sufrirá daño; él,*
desde luego, se salvará, pero como quien pasa por fuego. [16] *¿No*
sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en
vosotros? [17] *Al que destruya el templo de Dios, Dios lo destruirá*
a él; pues el templo de Dios es santo; y ese templo sois vosotros.
[18] *Que nadie se engañe. Si alguno entre vosotros se tiene por*
sabio según este mundo, que se haga necio para hacerse sabio;
[19] *pues la sabiduría de este mundo es necedad para Dios, Pues*
está escrito: «Él atrapa a los sabios en la astucia de ellos» (Job
5,13). [20] *Y también: «Conoce el Señor que son vanos los razona-*
mientos de los sabios» (Sal 94,11).
[21] *Así que nadie ponga su orgullo en los hombres; porque todo*
es vuestro: [22] *Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte,*
lo presente, lo futuro todo es vuestro. [23] *Y vosotros, de Cristo; y*
Cristo, de Dios.

10 Pablo desarrolla la imagen del edificio, insinuada en el v. 9
Mediante ella expone a los corintios, sus relaciones con los após-
toles que lleguen después de él. La comunidad es un edificio de
Dios, pero Dios se sirve de los instrumentos humanos. A Pablo se
le ha asignado la tarea de echar el cimiento, pues que se le otor-
gó en medida particularísima la gracia de predicar el Evangelio
(1, 17), y tenía conciencia de que, con las fuerzas que la gracia

de Dios le confería, era un «sabio arquitecto» (Is 3,3). Quien venga después de él no habrá de empezar de nuevo, deberá seguir edificando sobre el fundamento ya puesto, y su enseñanza deberá guardar la continuidad y conexión. El fundamento ya está sin que 11
pueda ser mejorado. No es posible echar unos buenos cimientos partiendo de la sabiduría humana, de la filosofía, de la religión o mística naturales. El verdadero fundamento no es otro que Jesucristo; sólo sobre él podrá levantarse la Iglesia.

Pero el que edifica ha de mirar cómo lo hace, porque puede 12
construir bien o mal. Pablo no desarrolla su comparación de forma lógica, mencionando una serie de materiales evidentemente no desde el punto de vista de su empleo en la construcción, sino de acuerdo con un criterio de mayor o menor preciosidad. Con un 13
nuevo giro del pensamiento habla el apóstol de la prueba del fuego, con la que deberá acreditarse la obra de cada uno. El juicio, el día decisivo o, simplemente, «el día» que se revelará por el fuego y en el fuego, o en el que se dejará sentir el fuego probatorio, demostrará el valor del trabajo llevado a cabo por cada uno de los heraldos del Evangelio. La imagen del fuego (cf. también Mal 3,2.3.19) aparece ya de modo similar en las evocaciones pérsicas del final de los tiempos. Se lee, por ejemplo; «Entonces se funden el fuego y el metal del arcángel de los metales en los montes y collados, y se desata como un diluvio sobre la tierra. Después los hombres todos pasarán sobre el metal fundido y quedarán limpios. Cuando uno es justo, le acontece exactamente igual que si caminara en medio de leche caliente; pero cuando uno es impío, es como si marchase siempre por el mundo entre metal derretido» (*Bundahish* 30, 19.20). También en la apocalíptica judía encontramos imágenes similares.

Cuando la obra de alguno— y aquí se piensa siempre en un 14
trabajo misionero — sale triunfante de la prueba del fuego, el trabajador recibirá su recompensa, mientras que será castigado 15
si no supera la prueba definitiva. Personalmente, sin embargo, no será aniquilado como su obra por el fuego de la prueba; se salvará, aunque «como quien pasa por fuego». Esta última expresión no resulta clara. Tal vez haya que pensar en un nuevo desarrollo de la comparación; el que ha construido — siempre con

buena intención — no correrá la suerte catastrófica de la edificación cuyos materiales caducos no hayan resistido la prueba del fuego.

Este fuego escatológico no puede identificarse sin más ni más con el fuego del purgatorio. Al fin de los tiempos, en el día de la venida del Señor (la parusía), la obra de Pablo, al igual que la de los otros heraldos del Evangelio, se manifestará como lo que es: si se ha realizado con la fuerza de Cristo y según la mente de Cristo, la obra se mantendrá; pero cuando aparezca a la luz algo que no procede del Espíritu de Cristo, será aniquilado.

16 La comunidad, la Iglesia, es un santuario, es el templo de
17 Dios. El Espíritu de Dios habita en los creyentes, para hacer patente su fuerza en la vida cotidiana según el caso lo requiera. Quien deshonra a la comunidad, a la Iglesia, provoca la ira de Dios; Pablo alude a sus enemigos de Corinto. Las luchas y divisiones acarrean la destrucción; nadie debe infiltrarse en el santua-
18 rio de Dios para fomentar o favorecer en él los partidismos. El tono del Apóstol se endurece. Encarecidamente exhorta a los corintios para que se esfuercen por alcanzar la sabiduría auténtica. Es preciso ver claro. Y se impone abandonar con valor cualquier obcecación personal. Quien todavía se conforma de algún modo a la sabiduría de este mundo debe dar marcha atrás. Es necesario renunciar al falso ordenamiento mundano — quizá bajo la protesta del mundo y entre las burlas de los semejantes — y conseguir la sabiduría verdadera, que es la única que cuenta delante de Dios.

19 Lo que aquí se denomina sabiduría, que abarca todo aquello que deriva exclusivamente de las fuerzas naturales del hombre caído, no vale nada en la presencia de Dios. Para probarlo aduce Pablo dos pruebas escriturísticas. La primera de las citas está tomada de Job 5,13, aunque sin seguir literalmente el tenor de la versión de los LXX. Para el libro de Job tal vez dispuso el apóstol de alguna traducción que nosotros desconocemos (cf. también Rom 11,35). Por sagaz que el hombre se crea, por grande que sea el refinamiento con que aplica su inteligencia, a la postre acabará experimentando que su sagacidad se le trueca
20 en auténtica ruina. Y el Sal 94(93)11 dice así: «(Dios) conoce

los planes de los hombres, que son vanidad». Pablo se refiere a los pensamientos de los «sabios», y acomoda un tanto el texto veterotestamentario a su argumentación.

Para un cristiano resulta absurdo y carece de fundamento po- 21
ner su confianza en los hombres tratándose de la fe, y buscar su prestigio apoyándose en un grupo particular de cualquier tipo que sea. Tal cristianismo resulta pequeño y mezquino, un cristianismo que todavía no tiene conciencia de su dignidad y grandeza. El cristiano es un rey soberano, que no debe convertirse en esclavo de los hombres ni de las cosas, sino que todo debe servirle a él. Hasta los mensajeros del Evangelio —ya sea Pablo, 22
Apolo o Cefas— están a su servicio. El único Señor absoluto es Cristo. En un arranque poderoso (cf. Rom 3,38-39) el apóstol lleva su idea a un terreno general, contemplando la realidad completa. En cuanto que el cristiano utiliza las cosas según el recto orden éstas se pondrán a su servicio: el mundo, porque en Cristo sus dominadores ya no podrán esclavizar a los indefensos; la vida, porque sólo entonces se manifiesta su verdadero sentido; la muerte, porque ya ha sido vencida por Cristo; lo presente, puesto que ya no puede aterrar ni vencer al cristiano; lo futuro, porque traerá consigo la plenitud y consumación. El cristiano se sabe en
posesión del amor infinito de Dios[22]. Se sabe propiedad de su 23
Señor, que le ha hecho libre. Al final todo desemboca en Dios, hacia quien sólo la acción de Cristo puede abrir un acceso (cf. también 1Cor 15,28).

Amonestaciones a los corintios
4,1-21

[1] *Que los hombres sólo vean en nosotros servidores de Cristo*
y administradores de los misterios de Dios. [2] *Ahora bien, en los*
administradores lo que se busca es que cada cual sea fiel. [3] *A mí*
poco me importa que me juzguéis vosotros o un tribunal humano;
ni siquiera yo me juzgo a mí mismo. [4] *Aunque la conciencia de*

22 Cf. Rom 5,6-11; 8,31-39.

nada me remuerde, no por eso quedo justificado; mi juez es el Señor. [5] *Así pues, no juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor. Él iluminará lo que esconden las tinieblas y pondrá al descubierto los designios del corazón. Entonces cada uno recibirá de Dios la alabanza que merece.*

[6] *En atención a vosotros, hermanos, he aplicado estas cosas como ejemplo a mi propio caso y al de Apolo, para que en nosotros aprendáis lo de: «No más allá de lo que está escrito», a fin de que no os infléis de vanidad, tomando partido por uno contra otro.* [7] *Pues ¿Quién te distingue de los demás? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué presumes como si no lo hubieras recibido?* [8] *Ya os sentís saciados. Ya os habéis hecho ricos. Ya habéis logrado el reino sin nosotros. ¡Ojalá fuera verdad que hubierais logrado el reino, para que también nosotros lo compartiéramos con vosotros!* [9] *Por lo que veo, a nosotros, los apóstoles, Dios nos señaló el último lugar, como a condenados a muerte, porque hemos venido a ser espectáculo para el mundo y para ángeles y hombres.* [10] *Nosotros, insensatos por Cristo; vosotros, sensatos en Cristo; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros estimados, nosotros despreciados.* [11] *Hasta el momento presente pasamos hambre y sed y desnudez, recibimos bofetadas, y andamos errantes sin hogar;* [12] *nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; si nos insultan, bendecimos; si nos persiguen, lo soportamos;* [13] *si nos calumnian, respondemos con bondad. Hemos venido a ser hasta ahora como basura del mundo, como desecho de todos.*

[14] *No para avergonzaros os escribo esto, sino para haceros una advertencia como a hijos míos queridos.* [15] *Pues aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, padres no tenéis muchos: porque yo os engendré en Cristo Jesús por el evangelio.* [16] *Por lo tanto, os ruego que sigáis mi ejemplo.* [17] *Por esto mismo os envío a Timoteo, hijo mío querido y fiel en el Señor: él os recordará mi proceder en Cristo [Jesús], como por todas partes enseño en todas las iglesias.* [18] *Hay algunos que se han inflado, como si yo no hubiera de ir a vosotros.* [19] *Pero iré muy pronto, si el Señor quiere, y conoceré no la palabra, sino el poder de esos orgullosos;* [20] *porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder.* [21] *¿Qué queréis?*

¿Que vaya yo a vosotros vara en mano, o con amor y espíritu de mansedumbre?

Los apóstoles no son fundadores de la religión. Cuando se exa- **1**
gera su función y se les convierte en jefes de grupos, se desfi-
gura su verdadera esencia. Ser apóstol quiere decir por definición
encargado, servidor y administrador[23]. El apóstol no actúa en su
propio nombre; lo que predica y hace siempre lo realiza actuan-
do por encargo de Cristo. Los misterios de Dios[24], es decir las
verdades del Evangelio, se le han confiado sólo como en depósito,
sin que pueda disponer de ellos. El timbre de honor de un admi- **2-3**
nistrador es su fidelidad; fidelidad de la que únicamente el Señor
y propietario puede juzgar. La crítica, de la que Pablo ha sido
blanco en Corinto, no le preocupa en modo alguno, tanto más que
es una crítica incompetente. Para él lo único decisivo es «el día»
(3,13) de Dios; un «día» puramente humano no puede juzgarle.
Más aún, ni siquiera el propio Pablo osa juzgarse a sí mismo
¿cómo, pues, se atreven a hacerlo los corintios? El juicio de su **4**
conciencia personal no le basta; en definitiva, no puede proporcio-
narle una garantía válida; sólo el Señor, Cristo, puede condenar
o absolver cuando venga el juicio. Los corintios deben esperar **5**
a ese día, porque sólo entonces podrá evidenciarse lo que el hom-
bre vale realmente delante de Dios. El hombre ya no podrá levan-
tar más bastidores, sino que aparecerá tal como es de hecho en
lo más íntimo de su corazón. El juicio que entonces se pronuncie
será el juicio adecuado y definitivo; quien lo merezca recibirá
una recompensa, y el apóstol espera que también a él se le otorgue
el premio de acuerdo con sus méritos[25].

Cuanto ha dicho hasta ahora se lo ha aplicado a sí mismo **6**
y a Apolo con el propósito de enseñar a los corintios y conducir-
los a la unidad y a la paz. La expresión «no más de lo que está
escrito» no es fácil de explicar con seguridad. Para su interpre-
tación sólo nos apoyamos en suposiciones. Puede tratarse de un
proverbio profano (Allo), o de una frase conocida en la comu-

23. Cf. el comentario a Rom 1,1-7, con su excurso.
24. Cf., por ejemplo, 1Cor 2,7; 13,2; 14,2; 15,51; Rom 11,25; 16,25.
25. Cf. Rom 2,16 y comentario a Rom 3,21-31.

nidad de Corinto. Es posible que en dicha palabra se proclame la Escritura, entendida con sentido cristiano, como la auténtica norma; en tal caso Pablo se volvería contra las desfiguraciones judaizantes. Pero tal vez el Apóstol sale también al paso de una corriente, que no quería ligarse a la Escritura, sino que pretendía orientar su vida según unos puntos de vista «liberales» «más allá de lo que está escrito». Si los corintios toman en consideración la doctrina contenida en esas palabras y en la conducta de Pablo y de Apolo, pronto darán de mano a su falso comportamiento. Ya no enfrentarán, con orgullo peligroso y ridículo, un apóstol contra otro, ni seguirán destruyendo así la comunidad. Pese a cualesquiera diferencias, Pablo y Apolo trabajan con la mira puesta en el mismo objetivo; en lo esencial y decisivo son perfectamente uno. ¡A ver si sus secuaces acaban por aprender de ellos en este punto!

7 Nadie ni nada da derecho a un cristiano para alzarse contra otro ni parapetarse contra él. Nadie puede obrar de tal modo que parezca como si fuera su propio maestro, cual si tuviese motivo para presumir de algo. En realidad no se debe nada a sí mismo, sino que todo le ha sido dado como puro don. Y cuando
8 todo es pura dádiva, cualquier vanagloria es absurda. Con aguda ironía contrapone Pablo el auténtico cristianismo apostólico al cristianismo corintio. Los corintios se sienten ya en la cima de su desarrollo cristiano; se creen saciados en el sentido religioso, ricos, en posesión del reino[26]. Mas todo ello no es sino una pobre ilusión. Por lo demás, con qué gusto compartirían ese reino los
9 apóstoles (tanto Pablo como sin duda sus compañeros); ellos que, como apóstoles de Jesucristo, tienen que sufrir experiencias bien distintas. Su vida cotidiana no tiene nada que ver con ese ininterrumpido sentimiento de exaltación que comporta la actitud tan irresponsable y tan inmadura, por no decir tan anticristiana de los cristianos de Corinto. Lo que experimentan, por el contrario, es todo el odio y toda la enemistad del mundo; ellos no están saciados, ni son ricos ni reyes (cf. v. 8) en la cumbre de la jerarquía humana, sino que ocupan el último lugar de la escala, como

26. Véase el comentario al v. 20.

malhechores condenados a muerte. Al mundo entero —que para Pablo abraza tanto a las potencias angélicas como a los hombres— le ofrecen un espectáculo.

Así se abre un abismo insalvable entre los primeros mensaje- 10
ros del Evangelio y sus oyentes. Por amor a Cristo pasan por tontos delante del mundo, los corintios por el contrario —¡qué contradicción!— se afanan por ser prudentes según los criterios del mundo y al propio tiempo discípulos de Cristo; los apóstoles les descubren cada día su debilidad, tienen que soportar el desprecio del mundo, en tanto que los corintios se sienten fuertes
y buscan el honor y el hacerse valer ante el mundo. La imagen 11
que el apóstol traza del destino de los apóstoles es la imagen de su propia vida cotidiana; con infinitos padecimientos ha pagado su decisión en favor de Cristo. Los Hechos de los apóstoles nos permiten echar alguna ojeada sobre la peligrosa existencia de los mensajeros de Jesús y, de modo particular, sobre la de san Pablo [27]. Verdaderamente «recibían bofetadas y andaban errantes sin hogar».

Al lado de su actividad misionera, el Apóstol se gana su sus- 12
tento material [28]. Siguiendo la doctrina y ejemplo de Jesús, los auténticos mensajeros del Evangelio salen al paso de la oposición del mundo con unos medios que no son precisamente los mundanos. Están capacitados para soportar y vencer con amor y paciencia el odio que les golpea; con la fuerza de Cristo pueden sobre- 13
llevar los insultos y devolver palabras amables a sus enemigos. A los ojos del mundo los apóstoles son las criaturas más despreciables y repugnantes; hay que descubrir todo lo que late de penoso y amargo bajo las palabras del apóstol, todo lo que su corazón indomable ha debido de soportar [29]. Las expresiones «basura del mundo» y «desecho de todos» reflejan el grado profundo de desprecio. Tal vez ha pensado en aquellos desgraciados que, a cambio de un poco de alimento oportuno, se han dejado comprar

27. Cf., por ejemplo, Act 13,50; 14,5.6.19; 16,19-24; 17,5.13.14.32.33; 21,30.33, etc.; ver también comentario a 2Cor 4,12.

28. 1Cor 9,12.15-18; 1Tes 2,9; Act 20,33-35; cf. el comentario a Act 18,3. y también Flp 4,15.16.

29. Cf. el comentario a 2Cor 11,23-33.

como gustosas víctimas humanas por la reconciliación de una comunidad ciudadana.

14 En un *ex abrupto* vigoroso de su alma apasionada, Pablo ha atacado el peligroso orgullo de los corintios, dando rienda suelta a su corazón. Ahora se serena. Como un maestro domina todos los recursos que llevan a los hombres a cambiar de opinión para conducirlos al camino recto. Tiene valor para ser severo, pero a la larga nos permite asomarnos al corazón siempre bueno y amoroso de un pastor de almas. Pablo no quiere humillar y avergonzar a los corintios [30]. Está preocupado por ellos, ya que son «hijos míos queridos»; quiere arrancarlos del error de todo partidismo anticristiano para servirles de ayuda delante de Dios y de
15 Cristo. Bien que puedan gloriarse de tener muchos educadores (otra es la idea de Gál 3,24), que han continuado entre ellos la obra de Pablo y superado por un momento su propia influencia, a él le queda siempre el irrenunciable derecho de la paternidad espiritual y religiosa. Al hacerse cristianos, empezaron una vida absolutamente nueva, que es en realidad la única verdadera [31]. Con su predicación les ha comunicado esa vida poniendo a contribución todas sus fuerzas y su vida personal entera; y así se ha convertido en padre de ellos de una forma que deja muy atrás la dignidad de toda paternidad natural.

16 Y quiere servirles de ejemplo. En el tiempo de la crisis deben confiar y mantenerse unidos a él; en la tormenta de opiniones y doctrinas tiene que decidirse simplemente en favor suyo y recon-
17 siderar el conjunto de cosas. Ya les ha enviado a su mejor colaborador Timoteo [32]. Está en camino para recordar una vez más a los corintios, como emisario y hombre de confianza de Pablo, el Evangelio completo, que en todas partes es uno y el mismo.
18 En los círculos más levantiscos parece ser que ya no se cuenta
19 con la llegada del apóstol; pero ese comportamiento pernicioso se apoya en una falsa esperanza, porque Pablo comparecerá de inmediato en Corinto, y personalmente —de ello está conven-

30. Véanse, con todo, 1Cor 6,5 y 15,34.

31. Cf. comentario a Rom 6,1-11.

32. Cf. comentario a Act 16,1-3 y a 1Tim; véanse también 1Cor 1,1.2 y 16,10.

cido — ejercerá su autoridad para desenmascarar a los destructores de la comunidad que hablan con tanta fanfarronería; se verá entonces lo que son realmente delante de Dios.

Y es que, en cierto sentido el reino de Dios ya está presente; **20** pero no allí donde se proclaman pretensiones altaneras, sino donde la fuerza de Dios se revela en el hombre. El concepto de «reino de «Dios», que tan pocas veces aparece en las cartas de Pablo por comparación con los Evangelios, es para el Apóstol — como para los evangelistas — por lo general una realidad transcendente y futura (escatológica)[33]. En algunos pasajes, sin embargo, como en el presente, se emplea ese concepto para designar la realidad viva ya y palpitante del estado de gracia actual[34]. Los cristianos poseen misteriosamente y en raíz aquellos bienes gloriosos que, con la irrupción milagrosa del reino de Dios, se revelarán como eternos y con su peculiaridad inelienable ante los ojos de todos.

El apóstol es, en un sentido muy profundo, el padre de la co- **21** munidad; cumple con sus deberes paternos y reclama para sí también los derechos ajenos. Tienen que volver al camino recto; y él lo va a procurar por todos los medios. Sin retroceder ni ante los recursos más severos, aunque desearía mucho más llegar con amor y mansedumbre.

33. Cf., por ejemplo, 1Cor 6,9.10; 15,50; Gál 5,21; Ef 5,5; 1Tes 2,12; 2Tes 1,5; 2Tim 4,1.18; véase el comentario a Mc 1,14-15.

34. Rom 14,17; Ef 2,6; Col 1,13; tal vez también 4,11.

PARTE SEGUNDA

CONTRA ALGUNOS ABUSOS EN LA COMUNIDAD
5,1-6,20

Un caso escandaloso
5,1-13

[1] *Por todas partes corre la noticia de un caso de lujuria, entre vosotros, pero tal lujuria que ni entre los paganos existe: de tal modo que uno vive con la mujer de su padre.* [2] *¡Y vosotros continuáis inflados de orgullo! ¿Y no debierais más bien haberlo lamentado, para que fuera expulsado de en medio de vosotros el que cometió semejante acción?* [3] *Yo, por mi parte, aunque ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, como si estuviera presente, he pronunciado ya mi sentencia contra el que cometió tal acción.* [4] *En el nombre de [nuestro] Señor Jesús, congregados vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesús,* [5] *que ese hombre sea entregado a Satán para destrucción de su carne y para que su espíritu sea salvo en el día del Señor.*

[6] *¡No está bien esa jactancia vuestra! ¿No sabéis que un poco de levadura hace fermentar toda la masa?* [7] *Echad fuera la levadura vieja, para que seáis masa nueva, lo mismo que sois panes ázimos. Porque ha sido inmolado nuestro cordero pascual: Cristo.* [8] *Así pues, celebremos la fiesta, no con levadura vieja, ni con levadura de malicia y de perversidad, sino con ázimos de sinceridad y de verdad.*

[9] *Os escribí en la carta que no os juntarais con los lujuriosos;* [10] *pero no me refería a los lujuriosos de este mundo, ni a los avaros, ladrones o idólatras; porque tendríais que saliros del mundo.*

11 Lo que ahora os escribo es que no os juntéis con uno que, llamándose hermano, sea lujurioso, o avaro, o idólatra, o calumniador, o borracho, o ladrón: con estos tales, ni comer. 12 Pues, ¿por qué meterme yo a juzgar a los de fuera? ¿No juzgáis vosotros a los de dentro? 13 A los de fuera los juzgará Dios. Expulsad de entre vosotros al perverso.

En los capítulos 5 y 6 el Apóstol discute algunos abusos que **1** se dan en la comunidad de Corinto, y que han llegado a sus oídos. Ante todo se da allí un caso lastimoso de lujuria; hay uno que vive con la esposa de su padre, es decir con su propia madrastra, en concubinato, ya fuese que el padre había muerto, o que la hubiese despedido o que ella se hubiese separado. Semejante matrimonio estaba prohibido tanto en el derecho judío como en el romano. En que sólo se afea la conducta del varón depende o bien de que la mujer no era cristiana, o de que incumbía al hombre o se le imputaba toda la responsabilidad. Ahora bien, la **2** comunidad no cumplía con su deber ni expulsaba resueltamente de su seno al hombre tan extraviado fuera del orden natural, sino que el malhechor continuaba impune. Los corintios no barruntaban hasta qué punto de conducta estaba en flagrante contradicción con sus demesuradas pretensiones (cf. por ejemplo, 4,8).

Hace tiempo que deberían haber actuado. Pero, al no haber- **3** lo hecho, tiene que intervenir el apóstol; aunque sin duda que él es también la suprema instancia para los corintios. Con autoridad apostólica decide Pablo de forma solemne y definitiva. En espíritu está presente en medio de la comunidad; para él esto es una realidad viva, y no una simple comparación. Inmediatamente de re- **4** cibir la carta la comunidad deberá reunirse, Pablo estará allí misteriosamente presente como su supremo director en la tierra, y la asamblea se apoyará en la fuerza y presencia de Jesucristo. En el nombre del Señor Jesús, es decir con la autoridad supre- **5** ma, el pecador recibirá entonces el castigo merecido. La comunidad lo echará de sí, lo excomulgará, y será entregado por lo mismo al dominio de Satán, que le atormentará a su modo y quizás incluso le matará (cf., por ejemplo, Act 5,5-10). Este grave castigo jamás deberá perder de vista la salvación del excomulga-

do; el infeliz deberá volver en sí para poder presentarse delante de Cristo el día decisivo del juicio.

6 No son demasiados los datos que el pasaje nos proporciona sobre la constitución de las comunidades paulinas; la iglesia actúa como un todo bajo la dirección de Pablo, su fundador y guía suprema. Con tan triste sacudida de la vida comunitaria coincide muy poco el lenguaje jactancioso de los corintios. Deberían pensar que uno mancha la comunidad entera, como un poco de leva-
7 dura hace fomentar toda la masa. Para ellos, por tanto, no hay más que una consigna: hay que arrojar la vieja levadura. La exhortación se generaliza abarcando ahora la totalidad de la existencia cristiana. Según la costumbre judía, para la fiesta de la pascua debía retirarse de la casa toda levadura[1]. De igual modo los cristianos —hablando metafóricamente deben ser también «ázimos», «masa nueva». Una vez más aparece de modo claro y penetrante una de las ideas más importantes y fundamentales de la teología paulina: lo que la gracia de Dios ha realizado ya en el hombre de una manera invisible hay que transponerlo a la vida concreta con el empeño de todas las fuerzas. En este sentido, el hombre tiene que hacerse lo que ya es (no por naturaleza, sino por la gracia que se le ha conferido gratuitamente). La comparación con la fiesta judía de la pascua la desarrolla todavía más el apóstol; así como la fiesta de la pascua judía se iniciaba con la inmolación del cordero pascual, así también mediante el sacrificio
8 de Jesús en la cruz se abre la pascua eterna de los cristianos. Esa pascua cristiana —para mantenernos dentro de la comparación— no debe celebrarse con la «levadura vieja» de un sentimiento y actuación reprobables y ajenos al modo de ser cristiano, sino con panes «ázimos» del pensamiento y acción cristianos. Apoyándose en 16,8, se ha querido datar la redacción del presente pasaje en el día de pascua.

9 En conexión con la condena del incestuoso, alude el Apóstol a la dificultad que había suscitado en Corinto una carta suya anterior, que no se ha conservado. Había advertido contra el trato con los impuros; pero desde Corinto se le había hecho saber que no

1. Éx 12,15.19; 13,7.

era posible en modo alguno mantener una separación estricta en
una gran metrópoli. Pablo precisa ahora el verdadero sentido de **10**
su amonestación: el pecado está tan metido en el mundo que
sería preciso salirse del mundo si se quisiera evitar cualquier
trato con pecadores. Pero si los cristianos no pueden imponerse **11**
al mundo con sus exigencias y si no deben tolerar el falso ordenamiento mundano de la realidad, sí que tienen la posibilidad y el deber de establecer implacablemente en la comunidad la verdadera jerarquización y castigar con toda severidad cualquier desorden grosero contrario a lo que debe ser, aislando sin contemplaciones al desobediente.

En las comunidades primitivas era absolutamente necesaria una disciplina tan rigurosa. No todos los que se hacían cristianos eran capaces de renunciar a sus viejas e inveteradas costumbres, hacia las que podía reconducirles de continuo un entorno sin escrúpulos. El viejo paganismo ciertamente que se dejaba sentir en muchos de los recién convertidos, que se volvían hacia los antiguos ídolos con un sentimiento creyente o supersticioso. El cristianismo primitivo ni puede ni debe idealizarse. Los cristianos están, pues, **12**
obligados a mirar por su propia perfección, no tienen que poner
su vista en «los de fuera»[2], para crear un orden en sí mismos
y en la comunidad. Dios juzgará a los gentiles de acuerdo con su **13**
conciencia[3]. Por esto, los corintios no tienen que ocuparse de ellos. Para los fieles vale la repetida invitación del AT a retirar el mal de en medio de la comunidad[4].

El recurso a tribunales paganos
6,1-11

[1] *¿Se atreve alguno de vosotros cuando tiene una querella contra otro, a llevarla al tribunal de los injustos y no al de los santos?*
[2] *O ¿es que no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si vosotros habéis de juzgar al mundo, ¿vais a ser incapaces de*

2. Col 4,5; 1Tes 4,12; 1Tim 3,7.
3. Cf. Rom 2,14-16; también el comentario a Rom 3,21-31.
4. Cf. Dt 17,7; 19,19; 22,24; 24,7.

juzgar causas de mínima importancia? [3] *¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? ¡Con cuánta mayor razón los asuntos de esta vida!* [4] *Precisamente, cuando tenéis pleitos por asuntos de esta vida, ¿ponéis por jueces a gentes que no cuentan nada en la Iglesia?* [5] *Para vergüenza vuestra lo digo: ¿Es que entre vosotros no hay ningún entendido, que pueda ser juez en un pleito entre hermanos?* [6] *Y, sin embargo, un hermano pleitea con otro hermano; ¡y esto ante un tribunal de infieles!* [7] *En general, ya es un menoscabo para vosotros el que tengáis pleitos en vuestra comunidad. ¿No sería mejor sufrir la injusticia? ¿No sería mejor que os dejarais despojar?* [8] *Pero al contrario: vosotros sois los que perjudicáis y despojáis; y esto a los hermanos.* [9] *¿O es que no sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? ¡No os engañéis! Ni lujuriosos, ni idólatras, ni adúlteros, ni afeminados, ni homosexuales,* [10] *ni ladrones, ni avaros, ni borrachos, ni calumniadores, ni salteadores heredarán el reino de Dios.* [11] *Y esto erais algunos; pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados a Dios, pero fuisteis justificados en el nombre del señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios.*

1 Inmediatamente pasa Pablo a otro tema. Había ocurrido en Corinto que un miembro de la comunidad había pleiteado contra otro delante de un tribunal pagano. Pablo lo condena de la forma más tajante, y llama la atención sobre el contrasentido que subyace en esa manera de obrar: ¿cómo pueden los santos[5] recabar su derecho de los gentiles, de los transgresores y conculcadores
2 del derecho divino (véase, por ej., Rom 1,18-29)? El día del juicio contra el mundo (cf. Dan 7,22 en la interpretación de que los santos tienen que intervenir en el pronunciamiento de la sentencia), los cristianos estarán del lado del juez, y también ellos juzgarán al mundo[6]. Ahora bien, si han de intervenir en un punto tan decisivo de la historia de la salvación, resulta sorprendente y ridículo que no puedan ayudarse unos a otros en los casos jurí-
3 dicos más simples. Los cristianos llegarán incluso a tomar parte

5. Cf. 1Cor 1,2 y comentario a Rom 1,7.
6. Cf. Mt 19,28; Lc 22,30; Ap 20,4.

en el juicio contra los propios ángeles (sólo contra los malos, desde luego). Pablo no precisa nada más sobre este particular, por lo que no sabemos cómo hay que entenderlo; cabe pensar en un asentimiento íntimo a la sentencia judicial de Jesús, o en un juzgar «en Jesucristo», en comunicación con Cristo Jesús.

Con una dignidad tan alta es un contrasentido comparecer **4** delante de un tribunal pagano. Las «gentes que no cuentan nada en la Iglesia» podrían entenderse también como los miembros de la comunidad de escaso relieve y experiencia. Con una comparación volvería Pablo, en tal interpretación, a expresar lo mismo, aunque de modo más consecuente. Si los corintios son conscien- **5** tes de la realidad, no podrán por menos de avergonzarse, y así deben hacerlo. Alardean de su sabiduría, y ahora resulta que, con tan alzadas pretensiones, ni siquiera se encuentra entre ellos un juez y mediador para las pequeñas querellas de la vida cotidiana. «Ser juez en un pleito entre hermanos» es traducción fiel, aunque no literal del texto paulino. Constituye un verdadero testimonio **6-7** de mezquindad por parte de los cristianos de Corinto el que tengan necesidad de acudir a los tribunales paganos; en realidad representa una auténtica falta de sentimiento cristiano el hecho de que existan querellas jurídicas entre ellos. Jesús no enseñó el comportamiento con que ahora actúan los cristianos (Mt 5,39-42), y dio ejemplo bien diferente (cf. 1Pe 2,23). Es un mal síntoma de **8** la disposición interna de la comunidad el que tolere a hombres díscolos, pendencieros y violentos, así como que permita actuar jurídicamente contra otros miembros de la Iglesia.

Semejante comportamiento excluye del reino de Dios (cf. el **9** comentario a 4,20). Con la severa amonestación «¡No os engañéis!» confiere el apóstol una especial gravedad a la inmediata explicación y desarrollo de su frase; rechaza cualquier ligereza en las cuestiones morales. La enumeración que, frente a 5,11, se amplía con cuatro miembros más (cf. el comentario a Gál 5,21), empieza por mencionar —apuntando ya a lo que sigue— cuatro tipos de pecados de impureza; pero tal vez hay que contar también entre ésos a los idólatras, en razón de la impureza cúltica entonces muy difundida. Pecados graves contra la felicidad y el **10** bienestar del prójimo, como la borrachera, podían estar a la or-

den del día en una gran metrópoli, sin que hubiesen desaparecido
por completo en las comunidades cristianas de las grandes ciuda-
des todos los rastros de esa ruina pagana. Las gentes con pecados
11 tan graves no pueden heredar el reino de Dios. Los corintios pro-
ceden de ese mundo corrompido, y deben esforzarse por hacer
que la gracia recibida triunfe en la vida cotidiana. Tienen que
realizar lo que ya se les ha dado. En el bautismo han sido la-
vados[7], santificados, justificados; el triple «pero» pone de relie-
ve el contraste fundamental con aquella época pagana. Los cris-
tianos no sólo han cambiado de manera de pensar y han hallado
el camino hacia una nueva contemplación de la vida, sino que
han sido transformados de un modo real en su propia esencia,
en lo que afecta a su propio ser. Cristo es el mediador, y en su
nombre se les ha hecho partícipes de una nueva realidad que con-
siste en la recepción del Espíritu Santo.

Contra la falsa libertad en cuestiones sexuales
6,12-20

12 *«Todo me es permitido»; pero no todo es conveniente.*
«Todo me es permitido»; pero yo no me dejaré dominar por
nada. 13 *«La comida para el vientre, y el vientre para la comida»;*
pero Dios destruirá lo uno y lo otro. El cuerpo no es para la
lujuria, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. 14 *Y así*
como Dios resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros
por su poder. 15 *¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros*
de Cristo? ¿Voy entonces a arrancar los miembros de Cristo para
hacerlos miembros de una meretriz? ¡Ni pensarlo! 16 *¿[O] es que*
no sabéis que el que se junta con la meretriz se hace con ella un
solo cuerpo? Porque serán — dice — «los dos una sola carne»
(Gén 2,24). 17 *Pero el que se junta con el Señor se hace con él un*
solo espíritu. 18 *Huid de la fornicación. Los demás pecados que*
el hombre comete, quedan fuera del cuerpo; pero el que comete
fornicación peca contra su propio cuerpo. 19 *¿O no sabéis que*
vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros,

7. Cf. Ef 5,26; Act 22,16.

y que lo tenéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis a vosotros mismos? [20] *Porque habéis sido comprados a precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo.*

En la Iglesia de Corinto había evidentemente cristianos que en **12** las cuestiones morales pensaban de manera muy libre y que procuraban justificar sus prácticas corrompidas con argumentos teológicos especiosos. Tenían como consigna el «todo me es permitido», ya sea que la hubieran acuñado por sí mismos, ya que hubieran torcido alguna fórmula del propio apóstol. Pablo toma expresamente posición en contra. Reconoce, desde luego, el núcleo de verdad que la fórmula contiene; pero le da su verdadero sentido. La libertad cristiana no es en ningún caso desenfreno y libertinaje; conoce sus límites. Se orienta esencialmente al objetivo de comparacer dignamente en el juicio y alcanzar la gloria eterna, y cuando algo está en contradicción con ese objetivo merece el repudio más tajante. El cristiano no debe en modo alguno dejarse esclavizar por sus impulsos.

Pero he aquí que en Corinto alguien quería tranquilizar me- **13** diante una comparación engañosa. Así como los alimentos están ordenados por la naturaleza a la parte puramente animal del hombre, siendo al final destruidos ambos, una vez que han cumplido su función; así también el hombre y lo sexual están mutuamente ordenados el uno para el otro. Por consiguiente, la vida desenfrenada no significa nada delante de Dios.

Pablo no puede admitir semejante distinción entre el cuerpo como naturaleza puramente animal, y la persona moralmente responsable del hombre. Mientras los falsos maestros no atribuyen ninguna importancia a la actuación de lo meramente corporal de cara al destino eterno, el Apóstol pone bien de relieve que el cuerpo, que actúa en lo sexual, no puede en modo alguno separarse de la personalidad total del hombre. En este sentido, pues, el cuerpo no está ordenado en definitiva a lo sexual al disfrute salvaje de lo animalesco sino que su destino supremo es el Señor. El cuerpo — que aquí es precisamente la persona — no será des- **14** truido, sino que resucitará por un milagro de Dios en una unión misteriosa con Jesucristo (cf. 15,35-53).

15 Hay dos cosas que no conviene olvidar en Corinto (v. 15-18. 19-20). Primera, que los cuerpos de los bautizados son miembros de Cristo [8]. Todo el hombre está santificado por el bautismo. Quien tiene comercio sexual con una ramera no sólo profana su propio cuerpo terreno, sino también a Cristo, puesto que los cuerpos de
16 los cristianos son miembros de Cristo. La unión con una prostituta no es, como muchos pretenden decir, algo pasajero, que no se debe tomar en serio, sino que, por el contrario, aquí se cumple la palabra de Gén 2,24: «Serán los dos una sola carne» (un solo cuerpo en el sentido arriba explicado). El comercio sexual no es malo en sí (1Cor 7,3.14); pero cuando representa una postergación del orden, el instinto brutal destruye y aniquila al hombre. Lo sexual no es una función parcial, sino que afecta y abraza a la persona toda, santificándola o profanándola. Con la impureza pierde su dignidad el hombre resucitado con Cristo, y su nobleza so-
17 brenatural queda profundamente dañada. Por el contrario, el que busca la comunión íntima con Cristo, queda totalmente transformado por él, su persona toda, incluida la realidad corporal, queda definida por él.

18 El v. 18 resulta difícil. No está bien claro cómo quiere Pablo ser entendido aquí. Ningún pecado invade a todo el hombre de una manera tan profunda y directa como la impureza; otros pecados contra el cuerpo (borracheras, comilonas, suicidio) no destruyen la realidad corporal y espiritual del hombre de forma tan inmediata y funesta como la impureza. En los v. 15-18 ha desarrollado el apóstol un argumento muy difícil contra los puntos de
19 vista liberales que alentaban en la comunidad de Corinto. Los v. 19 y 20 presentan un segundo argumento. El cuerpo del cristiano bautizado posee una incomparable dignidad, es la morada del Espíritu Santo (cuya personalidad se precisa en este pasaje), como lo es la comunidad entera (3,16). El templo es propiedad de Dios que lo habita, por lo cual. tampoco el cristiano puede disponer de su cuerpo, siendo como es propiedad del Espíritu Santo, que le ha sido dado por Dios. Cuando uno se entrega a la prostituta, profana un verdadero templo: sólo se ven las cosas de forma ade-

8. Cf., por ejemplo, 1Cor 12,27; Ef 5,30.

cuada, cuando en la imagen del templo se contempla algo más que
una comparación poética. Jamás deben olvidar los cristianos 20
que han sido comprados a elevado precio [9], al precio, nada menos,
de la muerte sacrificial de Cristo en la cruz (cf. 1Pe 1,18.19). El
hombre con todo su ser es para Dios; y así debe proclamarlo incesantemente su vida moral.

9. 1Cor 7,23; Gal 3,13; 4,5.

PARTE TERCERA

RESPUESTAS A CONSULTAS DE LOS CORINTIOS
7,1 -11,1

Sección primera

MATRIMONIO Y SOLTERÍA
7,1-40

Matrimonio, separación matrimonial y matrimonios mixtos
7,1-16

[1] *Acerca de lo que me escribisteis: bueno es para el hombre no*
tocar mujer. [2] *Pero, por razón de la lujuria, que cada uno tenga*
su mujer, y cada mujer tenga a su propio marido. [3] *El marido*
pague el débito a la mujer, y lo mismo la mujer al marido. [4] *La*
mujer no es dueña de su propio cuerpo, sino el marido; lo mismo
que el marido no es dueño de su propio cuerpo, sino la mujer.
[5] *No os neguéis uno a otro, a no ser de común acuerdo, por algún*
tiempo, para dedicaros a la oración. Pero volved de nuevo a vivir
como antes, no sea que Satán os tiente por vuestra incontinencia.
[6] *Esto lo digo como concesión, no como mandato.* [7] *Yo quisiera*
que todos los hombres fueran como yo. Pero cada uno tiene re-
cibido de Dios su propio don: unos de una manera, y otros de
otra. [8] *Digo, pues, a los solteros y a las viudas: bueno es para*
ellos quedarse como yo. [9] *Pero, si no se contienen, que se casen;*
preferible es casarse que quemarse.

[10] *Respecto de los que ya están casados hay un precepto, no*

mío, sino del Señor: que la mujer no se separe del marido — [11] *y si se separa, que quede sin casarse o que se reconcilie con el marido — y que el marido no despida a su mujer.* [12] *A los demás, digo yo, no el Señor: si un hermano tiene una mujer pagana y ella consiente en vivir con él, no la despida.* [13] *Y la mujer que tiene un marido pagano y éste consiente en vivir con ella, no lo despida,* [14] *pues el marido pagano queda ya santificado por su mujer; y la mujer pagana, por el marido creyente; de otra manera, vuestros hijos serían impuros, cuando en realidad son santos.* [15] *Pero si la parte pagana se separa, que se separe. En estos casos, ni el hermano ni la hermana están ligados a tal servidumbre; pues Dios os ha llamado a vivir en paz.* [16] *Y tú, mujer, ¿qué sabes si así salvarás al marido? O tú, marido, ¿qué sabes si así salvarás a la mujer?*

En los capítulos siguientes responde el apóstol a algunas cues- **1**
tiones que la comunidad de Corinto le había planteado por escrito. Evidentemente entre los neoconversos reinaba cierta inseguridad en la postura relativa al matrimonio. Al lado de los excesivamente liberales, había en Corinto una tendencia que propendía a una severa rigidez, llegando a ver el matrimonio como algo anticristiano. En unas frases prudentes y ponderadas, dando muestras de una consumada sabiduría y de un sentido superior de la realidad, Pablo contrapone la doctrina cristiana sobre el matrimonio y la virginidad a las exageraciones de los desenfrenados y de los rigoristas. Hay ciertamente algo en lo que no cabe vacilación: el celibato voluntario, por amor a Dios, es un bien ele-
vado (v. 25-35). Pero, precisamente por ello, no es algo para todos; **2**
para la gran mayoría equivaldría a una postergación peligrosa de sus disposiciones naturales. Porque, cuando al hombre se le niega la satisfacción de sus impulsos innatos, surge el peligro de que el deseo insatisfecho se desborde por cauces anormales. Así las cosas, el que no ha sido llamado al celibato debe casarse.

Sólo que el matrimonio debe serlo realmente. Pablo parece poner **3**
esto de relieve en contra de quienes veían el comercio sexual de los cónyuges como algo anticristiano. El varón y la mujer tienen exactamente los mismos derechos y deberes dentro del matrimonio;

ninguno de ellos tiene ya una potestad ilimitada sobre su propio
4 cuerpo. El marido no puede negarse a su mujer, cuando ésta hace
valer sus derechos; como ni ésta tampoco puede hacerlo frente
5 al marido en el mismo caso. Pablo advierte contra los excesos as-
céticos y la rigidez peligrosa; fácilmente el arco puede tensar-
se en demasía, cosa que Satán aprovechará para hacer caer a
quienes se *sienten demasiado seguros de sí mismos. Se permite*
una continencia pasajera, siempre que medie el mutuo acuerdo
de ambos cónyuges y con vistas a tiempos de especial oración.
Esa continencia hace que el hombre sea más libre y pueda entre-
garse mejor a Dios. Tanto judíos[1] como gentiles conocían unas
costumbres parecidas que responden al sentimiento natural del
hombre.

6 En todo esto no debe haber equívocos: Pablo no prescribe en
modo alguno el matrimonio, ni dice que la continencia no sea
posible. Lo único que pretende es tener en cuenta al hombre como
es en realidad. Para la mayor parte, el matrimonio es la solución
7 natural de sus necesidades; la superioridad, sin embargo, del ce-
libato está fuera de duda, y Pablo, que debía conocer y tener
experiencia de la dignidad virginal, no puede menos de desear
que ojalá todos los hombres disfrutasen del mismo don que él
disfruta. Pero Dios ha repartido sus dones según su beneplácito,
y no todos pueden aspirar a los mismos dones de gracia (caris-
mas). Cada cristiano tiene su gracia particular: unos, la gracia
de la virginidad; otros, alguna otra. Se podría pensar que Pablo
ha entendido también el matrimonio como una gracia. Cierta-
mente que el Apóstol no expone aquí todo lo que tiene que decir
sobre el matrimonio[2]. Aun así, las razones alegadas no bastan
para establecer tal interpretación.

8 A los que no están casados y a los viudos, el apóstol les acon-
seja que, siguiendo su propio ejemplo, permanezcan célibes, pues
9 la virginidad es un bien superior y meritorio. Desde luego que
cuando el impulso sexual es tan fuerte que, de no satisfacerlo
y calmarlo, amenaza con devorar y destrozar al hombre, en un

1. Cf. Éx 19,15; Lev 15,18.
2. Cf. los comentarios a Ef 5,21-33; Col 3,18.19; 1Tes 4,4.

caso tan peligroso el matrimonio es sin duda preferible a un celibato que Dios no quiere.

Para el matrimonio rige una importante ley, exigida por la **10-11**
dignidad del hombre: que la unión sea indisoluble. Pablo se remite aquí, como en otras ocasiones[3], a unas palabras de Jesús[4]. Mas cuando una mujer —según el derecho, tanto judío como gentil, también la mujer podía introducir una separación en determinadas circunstancias— obtiene una separación, no queda desligada por su deber de fidelidad, por lo cual no debe casarse, y dejar así el camino abierto para la reconciliación. Lo mismo cabe decir del varón.

Ocurre, sin embargo, que en la comunidad no sólo existen **12-13**
matrimonios entre cristianos; se dan también matrimonios mixtos, en los que una de las partes sigue siendo pagana. En las líneas inmediatas el apóstol se dirige a los cristianos que conviven con un cónyuge gentil; la expresión «a los demás» no es exacta. El Evangelio no pretende una revolución de las formas externas de vida; ampliando la perspectiva, intenta Pablo —poniendo expresamente de relieve que aquí no puede remitirse a ningún precepto del Señor— prevenir de antemano contra sacudidas peligrosas. No establece ninguna exigencia desmedida, y declara como un derecho existente los matrimonios mixtos ya celebrados, con tal
que la parte pagana desee la continuación del matrimonio. El cris- **14**
tiano —varón y mujer aparecen siempre con los mismos derechos— puede santificar de una forma misteriosa a su cónyuge pagano. Tal santificación no puede ser en modo alguno una santificación sacramental, en base a aquella por la que los cristianos son los santos (cf. 6,11); debe tratarse más bien de una irradiación de toda la forma de ser cristiana de la parte fiel sobre su cónyuge pagano, que pronto deseara separarse de su entorno exclusivamente gentil, y estará maduro para la conversión. Del concepto general, que no considera a los hijos no bautizados de los matrimonios mixtos como impuros, Pablo pasa, de un modo que para nosotros no resulta totalmente claro, a los mismos matrimo-

3. 1Cor 9,14; 11,23; 1Tes 4,15.
4. Mc 10,11 12; Mt 19,9; Mt 5,32; Lc 16,18; Mc 10,9; Mt 19,6.

nios y concluye: Si vuestros hijos son tenidos por puros y santos (tal vez en el sentido de que podían salvarse y de que, al descender de una parte cristiana, estaban especialmente llamados), bien podéis esperar que tampoco vuestros cónyuges gentiles queden insensibles a vuestra santidad, y que al final se conviertan.

15 Mas cuando la parte infiel quiere deshacer el matrimonio, el cónyuge cristiano no tiene obligación de impedirlo por amor a la paz; si ha de persistir el matrimonio mixto, que sea de buena gana por ambas partes. Según la interpretación de la Iglesia, en caso de darse esa separación, la parte cristiana puede pasar a
16 nuevas nupcias *(Privilegium paulinum)*. Cuando el cristiano o cristiana convive en matrimonio con un gentil deberá buscar incesantemente su conversión, a fin de llevar a término con su influencia personal la santificación ya iniciada, para consumar una santificación sacramental; pero si el matrimonio ha de mantenerse entre amenazas y violencias, ciertamente para el Evangelio no habrá acceso alguno.

Un inciso: el cristiano no debe cambiar de vocación 7,17-24

[17] *Por lo demás, que cada uno viva según la condición que el Señor le asignó, cada cual como era cuando Dios le llamó. Esto es lo que prescribo en todas las iglesias.* [18] *¿Que uno fue llamado en estado de circuncisión? Que no deshaga su circuncisión. ¿Que otro ha sido llamado sin estar circuncidado? Que no se circuncide.* [19] *La circuncisión nada es y la no circuncisión tampoco es nada; lo que vale es el cumplimiento de los mandamientos de Dios.* [20] *Quédese cada uno en la condición en la que recibió el llamamiento.* [21] *¿Lo recibiste siendo esclavo? No te preocupes; pero, si puedes obtener la libertad, aprovéchate más bien de ello.* [22] *Pues el esclavo que recibió el llamamiento en el Señor, es liberto del Señor, e igualmente, el libre que recibió el llamamiento, es esclavo de Cristo.* [23] *Habéis sido comprados a precio: no os hagáis esclavos de hombres.* [24] *Cada uno, hermanos, permanezca ante Dios en la condición en que recibió el llamamiento.*

Pablo generaliza ahora el principio que acaba de formular a 17
propósito de los matrimonios mixtos entre cristianos y gentiles: el cristianismo de san Pablo es conservador y antirrevolucionario; la revolución cristiana es una revolución interior. El que se ha hecho creyente no debe procurar en modo alguno un cambio externo de sus condiciones de vida; debe más bien mantenerse obediente a la llamada de Dios, incluso en el plano natural. Ésa es la postura que Pablo fomenta por doquier llega su influencia, en
base a su autoridad apostólica. Circuncidado o incircunciso, es- 18
clavo o libre — las diferencias más importantes para el mundo de entonces — son cosas que han quedado ya sin importancia alguna en Jesucristo. El judío debe continuar siendo lo que es, sin pretender borrar las huellas de su circuncisión. Había por entonces judíos de mentalidad helenística que, para no exponerse a las burlas de los gentiles en los baños y en los gimnasios públicos (cf. 1Mac 1,15), volvían a hacerse estirar la piel del prepucio mediante una operación dolorosa. Para el cristiano esto es tan
inútil como la propia circuncisión. El estado de circuncidado o 19
incircunciso son puras exterioridades, y nada cuentan delante de Dios; en definitiva en la vida y en la acción [5]. Es fácil de explicar que el apóstol en esta ocasión se conserve tranquilo, a diferencia de las duras palabras que emplea en su carta a los Gálatas: en Corinto tales corrientes carecían de un carácter radical y su influencia no era demasiado grande.

Cada cristiano debe mantener el estado que Dios le ha señalado 20
a través del nacimiento, la educación, las circustancias de la vida; desde el punto de vista cristiano, un cambio no tiene importancia alguna de cara a lo que verdaderamente interesa al hombre ante todo y sobre todo en este mundo. La autenticidad de una mentalidad cristiana se demuestra en ser dueño, o al menos en intentarlo, de la vida concreta que se le ha confiado a cada uno, o si, por el contrario, todo se espera de un cambio de las condiciones externas de vida.

Esto vale incluso para los esclavos. Cabía interpretar de un 21
modo social-revolucionario la doctrina de la libertad cristiana. Pero

5. Cf. Gál 5,6; 6,15; también Rom 2,11.13.25-29.

eso sería un gravísimo error; Pablo deja en claro que él aconseja al esclavo no tanto que fuerce un cambio en sus condiciones de vida externas, cuanto que santifique el estado en que se encuentra. Cuando un cristiano vive de una forma realmente cristiana, posee aquella libertad regia que le independiza de las vicisitudes azarosas de la vida cotidiana. La fórmula del apóstol es muy dura; pero pone claramente de relieve lo esencial; aun cuando aquí (como también en los versículos 1.8 y 26) aconseja una vida heroica, no es de suponer que prefiriese en líneas generales la esclavitud a la libertad ciudadana (cf. Flm 21).

22 En Cristo se han borrado todas las diferencias sociales de los hombres que tan importantes parecen (Gál 3,28). Como bautizado, el esclavo posee la libertad, frente a la cual palidece cualquier otra libertad terrena; en tanto que el libre no es un ser autónomo en cuanto cristiano, sino que es propiedad de Cristo. Jesucristo nos «ha rescatado» a todos de la esclavitud en que es-
23 tábamos sujetos a las potencias enemigas de Dios[6]. Esa libertad alcanzada nadie podrá arrebatárnosla delante de Dios. Ningún hombre puede constituirse legítimamente en señor de la conciencia de otro, y ésa es la libertad que el cristiano debe afirmar.
24 Cristo ha aportado una transformación real, aunque invisible, del mundo. El creyente no ha sido llamado a destruir o cambiar el orden existente del mundo; lo que debe es reconocer y cumplir la tarea que, como a cristiano, se le ha confiado a través de las circunstancias exteriores. Para ello no es necesaria ninguna revolución de las estructuras sociales, sino una revolución del corazón[7].

Sobre la virginidad; exhortación a las viudas
7,25-40

[25] *Con respecto a los no casados, no tengo precepto alguno del Señor, sino que doy mi parecer como digno de fe que soy por la misericordia del Señor.* [26] *Así pues, opino que esto es bueno por*

6. Cf. 1Cor 6,20; también Gál 3,13; 4,5.
7. Sobre los señores y los esclavos dentro del cristianismo, cf. además Ef 6,5-9; Col 3,22-4,1.

la necesidad presente; quiero decir, que es bueno al hombre permanecer así. [27] *¿Estás ligado a mujer? No busques la separación. ¿Estás libre de mujer? No busques mujer.* [28] *No obstante, si te casas, no pecas, y si una doncella se casa, tampoco peca; aunque, por otra parte, estos tales tendrán la tribulación de la carne, que yo, desde luego, os la quisiera ahorrar.* [29] *Lo que digo, hermanos, es esto: que el tiempo es corto. Por lo demás, que los que tienen mujer, sean como si no la tuvieran;* [30] *los que lloran, como si no lloraran; los que se alegran, como si no se alegraran; los que compran, como si no poseyeran;* [31] *los que usan del mundo, como si no disfrutaran de él; porque la apariencia de este mundo pasa.* [32] *Lo que yo pretendo es que estéis libres de cuidados. El soltero se cuida de las cosas del Señor: de cómo agradar al Señor.* [33] *En cambio, el casado se cuida de las cosas del mundo: de cómo agradar a su mujer;* [34] *y anda dividido. Igualmente, la mujer no casada, lo mismo que la doncella, se cuida de las cosas del Señor, para ser santa en cuerpo y alma; la casada, en cambio, se cuida de las cosas del mundo: de cómo agradar a su marido.* [35] *Y esto lo digo mirando a vuestro provecho, no para tenderos un lazo, sino para una digna y solícita dedicación al Señor.*

[36] *Pero si alguno piensa que no procede decorosamente con su virgen, si ésta está ya en la flor de la edad, y piensa que es conveniente hacerlo así, haga lo que quiere; no peca: cásense.* [37] *Por el contrario, si uno está firme en su corazón, con entera libertad, y tiene poder sobre su voluntad, y ha resuelto en su propio corazón guardar así a su virgen, hará bien.* [38] *De modo que el que dé en matrimonio su virginidad, hace bien; y el que no la da, hará todavía mejor.*

[39] *La mujer está ligada a su marido, mientras éste viva. Pero si muere el marido, queda en libertad de casarse con quien quiera, con tal que sea en el Señor.* [40] *Sin embargo, será más feliz si se queda así, según mi parecer; y creo que también yo tengo el Espíritu de Dios.*

Pablo vuelve ahora a tomar el hilo abandonado en el v. 17. Se **25**
dirige a los que viven en virginidad y celibato (evidentemente tanto a los varones, cf. Ap 14,4, como a las mujeres, a todos por igual),

y aun cuando no puede citarles ninguna palabra definitiva del Señor (como en el v. 10; si el apóstol conocía el texto de Mt 19,12, no debió ver en él un «mandamiento»), habla con la autoridad del
26 apóstol que se sabe llamado por la misericordia de Dios. Desde tan elevada potestad está en condiciones de decirles que una vida célibe tiene un elevado valor moral (v. 1 y 8), sobre todo al momento presente. Pues, desde la resurrección de Jesús el creyente espera sin cesar la venida definitiva del Señor, y está dispuesto a cada instante para ver abrirse paso el acontecimiento que todo lo ha de decidir. Esa preparación incesante, ese esperar y aguardar con ojo avizor es un rasgo esencial del cristianismo neotestamentario. Sin duda alguna que el apóstol cuenta con la venida inmediata del Señor [8], aun cuando no pueda escribir nada sobre el día y la hora, y aunque el día del Señor llegará como un ladrón en la noche (1Tes 5,1.2).

27 Lo que importa es estar preparado, sin aparentar una falsa seguridad ni convulsionar el orden de la vida ciudadana sobre la base de profecías falsas (cf. también 2Tes 2,2). No hay que subvertir la realidad existente en sus fundamentos naturales y
28 necesarios; el que está casado no debe separarse de su mujer. El celibato es sin duda alguna más perfecto que el estado de casado; pero no constituye en modo alguno un precepto para todos. Si un hombre célibe o una mujer célibe quieren casarse, pueden hacerlo sin que cometan pecado; ciertamente que las múltiples solicitudes terrenas comportan el peligro de olvidar con exce-
29 so las únicas cosas realmente necesarias. El apóstol remite a los cristianos de forma solemne al inquietante misterio del tiempo, el misterio de cualquier tiempo después de la resurrección del Señor; a cada instante puede irrumpir el final, y nadie sabe cuándo será el tiempo que aún se nos va a conceder. Tenemos que acreditarnos en este breve intervalo (otros traducen «abreviado» sugiriendo así que Dios habrá acortado un espacio de tiempo que en principio debía ser más largo) [9]. Cuando el cristiano ha reconocido la peligrosidad de la vida presente, ya no puede entre-

8. Cf., por ejemplo, Rom 13,11; 1Tes 4,15.17.
9. Cf., entre otros textos, Mc 13.20; Mt 24.22.

garse sin reservas a la realidad mundana. Ante la amenaza decisiva de todo lo terreno a través de la irrupción del fin (que cada uno vive de antemano con su muerte natural), las cosas del mundo aparentemente tan importantes pierden su significación tan sólo relativa; su pretendido carácter absoluto desaparece y, con él, aquella falsa seriedad que hace inmensamente cómicos a quienes se prendan de lo terreno.

Así, pues, los sabios no se entregan ni a sus familiares, ni **30-31** a la tristeza, ni a la alegría, ni al lucro, ni en general a las cosas del mundo, como se abandonan los hombres vulgares, para quienes todo eso adquiere una falsa y desmesurada importancia. Cuando viven realmente del Evangelio, saben conservar aquella moderación regia que constituye la auténtica dignidad del hombre, que se sabe amado por Dios. Lo terreno no permanece, su persistencia sólo engaña al superficial; en realidad el mundo entero en su forma presente está condenado a su desaparición. Pablo quisiera preservar a los corintios de las falsas preocupacio- **32** nes de los no creyentes; ése es el motivo fundamental por el que les recomienda con tanta insistencia la vida célibe. El que no está casado, tampoco está dividido en su entrega a Cristo (el carácter absoluto de la propia entrega al Señor es la justificación esencial de su renuncia, que sólo así se convierte precisamente en posesión o conquista del poseedor), mientras que el casado no está en con- **33** diciones de una entrega tan incondicional a Cristo, justamente en razón de los cuidados de toda su existencia y forma de vida; está encadenado a este mundo con lazos muchos más fuertes.

Lo mismo cabe decir de la mujer que, al estar célibe, puede sin **34** duda santificar más fácilmente su cuerpo y su alma. Con ello se indica de un modo claro que no existe una superioridad física y puramente natural de los solteros sobre los casados; aquí la norma decisiva deriva del amor.

Al aconsejarles así el apóstol no pretende dar a los corintios **35** un empujón egoísta hacia la libertad, ni en modo alguno lanzarlos a un peligro moral —tal vez esto ya se le había echado en cara—; lo único que persigue es una entrega completa a Cristo, constantemente renovada a través de una vida pura y honesta.

Los versículos siguientes son difíciles, sin que hasta ahora se **36**

haya logrado aclarar todos sus extremos. Probablemente algún padre (o tutor), impresionado por la grandeza del estado virginal, había interrogado a Pablo, en la carta comunitaria, si, habida cuenta de determinadas circunstancias graves, no sería preferible casar a su «virgen» o muchacha, que ya ha alcanzado la plena madurez sexual, en contra de su propósito inicial de que se conservase «virgen». En tal interpretación la palabra «virgen» se traduce habitualmente por «hija». Pablo le deja las manos li-
37 bres. Ciertamente que si el padre o tutor es lo bastante fuerte como para llevar a término la decisión inicial, resistiendo a la presión de las circunstancias y costumbres, será digno de toda
38 alabanza. De acuerdo con las circunstancias de la vida, se puede dar a la muchacha en matrimonio o aconsejar el celibato; pero, comparados entre sí ambos estados, la virginidad es evidentemente superior.

Las innegables dificultades de esta interpretación, y sobre todo el que se hayan evitado en el texto original unas palabras tan simples y naturales como «padre» e «hija», así como los escollos que en esa línea presenta el v. 37, han hecho aconsejable una solución distinta. Varios exegetas han propuesto entender el pasaje desde unos «esponsales espirituales» (acta de convivencia, de la que existen testimonios históricos, aunque posteriores): los prometidos deseaban llevar una vida en común, aunque sin cohabitar maritalmente. Esta institución suscitó violentos ataques por parte de la Iglesia en evitación de los abusos a que daba lugar. Con esta interpretación se evitan ciertamente algunas dificultades del pasaje, aunque hemos de reconocer que origina otras nuevas (el v. 38, por ejemplo hay que traducirlo «se casa» en vez de «da en matrimonio», lo que no deja de crear un problema filológico). La mayor de tales dificultades es, sin duda, suponer en una comunidad tan joven la institución de los «esponsales espirituales», idea que no deja de resultar un tanto sorprendente.

39-40 Para los viudos rige el mismo principio fundamental, que Pablo ha expuesto a los no casados. No está prohibido contraer nuevas nupcias, con tal que el cónyugue sea también cristiano. Tal vez Pablo toma aquí posiciones contra una tendencia demasiado rigorista, que ya empezaba a dejarse sentir en Corinto. Desde luego

que también aquí (y desde el punto de vista de los versículos 34 y 35) sigue vigente el principio de que la vida célibe es más perfecta que la del casado. Y una vez más subraya el apóstol que habla con autoridad: también posee el Espíritu de Dios, como no deja de poner de relieve irónicamente contra los extravíos de quienes se erigen en maestros de los corintios.

Sección segunda

LAS CARNES OFRECIDAS A LOS ÍDOLOS
8,1 - 11,1

Obligación hacia los débiles
8,1-13

[1] *Sobre las carnes inmoladas a los ídolos, sabemos que todos*
tenemos conocimiento. Pero el conocimiento infla, mientras que
el amor construye. [2] *Si alguno piensa que conoce algo, no ha lle-*
gado a conocer todavía cómo hay que conocer. [3] *Cuando uno*
ama a Dios, este tal es conocido por él. [4] *Pues bien, respecto del*
comer lo inmolado a los ídolos, sabemos que un ídolo no es nada
en el mundo, y que no hay más que un solo Dios. [5] *Porque, aun-*
que se diga que hay dioses en el cielo o en la tierra, que hay mu-
chos dioses y muchos señores, [6] *para nosotros, sin embargo, no*
hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y
para quien somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien
son todas las cosas y por quien somos nosotros también.

[7] *Pero no en todos se encuentra el conocimiento: algunos, por*
la costumbre que hasta ahora han tenido de los ídolos, comen la
carne como sacrificada a los ídolos; y su conciencia, que es débil,
se mancha con ello. [8] *No es la comida lo que nos recomendará*
ante Dios: ni por no comer seremos menos, ni por comer seremos
más. [9] *Sin embargo, tened cuidado de que esa libertad vuestra no*
sea un tropiezo para los débiles. [10] *Porque si alguno te ve a ti,*

que tienes conocimiento, comiendo en un templo pagano, la conciencia del que es débil ¿no se verá inducida a comer lo inmolado a los ídolos? [11] *Y por tu conocimiento se pierde el débil, el hermano por quien Cristo murió.* [12] *Y así, pecando contra los hermanos e hiriendo su conciencia débil, estáis pecando contra Cristo.* [13] *Por eso, si un alimento es tropiezo para mi hermano, no comeré carne jamás, para no hacer tropezar a mi hermano.*

1 Inmeditamente aborda Pablo un tema nuevo. Es evidente que en su carta le habían preguntado los corintios si era inocuo por completo el comer carnes inmoladas a los ídolos. La pregunta tenía de hecho gran importancia, dado que entonces y allí una buena parte de la carne que se vendía en el mercado procedía de los sacrificios, y hasta se ofrecían simbólicamente a los dioses las reses destinadas al matadero. Ahora bien, parece ser que en la comunidad de Corinto había gente que alardeaba de su conocimiento cristiano acerca de la inanidad de los dioses paganos; por lo cual algunos tomaban parte sin escrúpulo de ninguna clase en las comidas sacrificiales de los templos, que solían seguir a los sacrificios oficiales o privados. Esto constituía un motivo de escándalo para los cristianos menos audaces. Pablo no niega que el cristiano posee un conocimiento nuevo y subversivo sobre las virtualidades íntimas del paganismo; pero distingue entre conocimiento y conocimiento. Existe un conocimiento que no aprovecha y existe también un orgullo cristiano, consciente de su penetración más profunda y de sus conocimientos más vastos, por lo que mira con suficiencia y desprecio a los cristianos menos seguros de sí mismos. Pero semejante fanfarronería está muy lejos de la verdadera ciencia (γνῶσις) cristiana. La fuerza motriz de la vida cristiana es el amor (a Dios y al prójimo por igual, cf. capítulo 13), y sólo un conocimiento informado y sostenido por el amor, que se manifiesta a su vez en un sentimiento lleno de consideración y responsabilidad hacia los hermanos, puede calificarse justamente como un conocimiento cristiano edificante o cons-
2 tructivo. Quien se jacta de un conocimiento pleno sobre las cosas de la fe y de la vida cristianas, y se apoya en él para comportarse de una forma egoísta y dura contra los demás, está dando mues-

tras inequívocas de que ese su conocimiento no es auténtico. No 3
tiene una idea correcta de cómo surge el verdadero conocimiento cristiano, de que no se fuerza, consigue y domina por los propios recursos, sino que es un don inmerecido de Dios. El hombre no puede echar unas bases que están únicamente en Dios. Cuando un corazón se entrega a Dios amorosamente, no hace sino dar una respuesta a la acción divina precedente[10].

El apóstol conviene con los defensores de un cristianismo li- 4
beral en apariencia, en que los dioses representados por los ídolos son realmente impotentes ante el Dios único, el Dios del Antiguo Testamento y Padre de Jesucristo. No existen dioses a 5
los que se pueda poner junto a ese Dios; los denominados «dioses» y «señores» (no está clara la diferencia que Pablo establecía entre ambos títulos) son en realidad demonios, fuerzas espirituales contrarias a Dios y que están destinadas al sometimiento y destrucción definitivos (cf. 15,24-26).

El creyente ha conocido que no hay más que un solo Dios, 6
origen y fin de todas las cosas, y que no hay más que un Señor, preexistente a la creación del mundo, y por el cual han sido creados el mundo natural, o cosmos[11], y la realidad sobrenatural que alienta en los cristianos. Todo esto resulta claro y forma parte esencial 7
del conocimiento cristiano. Mas no se puede pasar por alto que en ese conocimiento existen grados; no todos los gentiles convertidos a la fe se han despojado del paganismo de una manera total y completa; hay muchos que están todavía en camino, sin que puedan de momento escapar a la influencia de una atmósfera en la que han vivido tanto tiempo. Estos tales no pueden comer carnes inmoladas a los ídolos con la tranquilidad de conciencia con que lo hacen sus hermanos más seguros.

Es correcto, sin duda, el planteamiento de que las cuestiones 8
del comer o no comer carecen de cualquier importancia decisiva delante de Dios (el «recomendará ante Dios» puede entenderse o bien «en el juicio divino», o bien en la proximidad de Dios); razón 9
de más para que el cristiano no abuse de esta su preciosa libertad

10. Cf. Rom 5,5-9; ver también 1Cor 13,12 y Gál 4.9.

11. Cf. Col 1,16; en Rom 11,36 se dice que todas las cosas fueron creadas por Dios.

en perjuicio de sus hermanos en la fe. Es cristiano no está sólo;
tiene unas responsabilidades y deberes para con la comunidad y
debe tener en consideración a los «débiles» (cf. unas circunstancias
10 parecidas en la comunidad romana: Rom 14). Cuando alguno de
los «débiles» ve en un templo, tomando parte en los banquetes
sacrificiales, a algún hermano cristiano, que se jacta y se siente
fuerte en su conocimiento, puede recibir escándalo y extraviarse pri-
mero por la fe de su hermano y después por la suya propia. Eso sería
11 una funesta edificación. El celebrado conocimiento de los «fuer-
tes» acarrearía, pues, la ruina del «débil», quien, gracias al sa-
crificio de Jesucristo, tiene un valor infinito.
12 Bien considerado, el comportamiento de los «fuertes» va con-
tra el propio Cristo, puesto que el sacrificio del Señor resulta
baldío para el «débil» que tropieza y cae por la conducta de sus
13 hermanos «fuertes» (cf., además, Mt 25,40.45). Personalmente, lo
que Pablo toma más a pecho — y de lo que en ningún caso cabe
la menor duda — es el provecho espiritual del hermano en la fe,
cosa que está por encima de todos los bienes y ventajas terrenos.
Por ello está dispuesto a sacrificarlo todo, con tal de evitar el per-
juicio de los demás.

El apóstol, modelo de un amor fraterno hecho de renuncias
9,1-27

1 *¿No soy libre? ¿No soy apóstol? ¿No he visto a Jesús, nues-*
tro Señor? Vosotros mismos, ¿no sois hechura mía en el Señor?
2 *Si para los otros no soy apóstol, a lo menos para vosotros lo*
soy; pues el sello de mi apostolado sois vosotros en el Señor.
3 *Contra los que me acusan, ésta es mi defensa:* 4 *¿Es que no*
tenemos derecho a comer y beber? 5 *¿Es que no tenemos dere-*
cho a llevar con nosotros a una hermana en la fe, a una mujer
como hacen los demás apóstoles, los hermanos del Señor y Cefas?
6 *¿O es que yo y Bernabé somos los únicos que no tenemos de-*
recho para dejar el trabajo? 7 *¿Quién es el que se alista en un*
ejército a sus propias expensas? ¿Quién planta una viña y no
come de sus frutos? ¿Qué pastor de un rebaño no toma la leche

del rebaño? [8] *¿Acaso digo estas cosas como razones puramente humanas, o no las dice también la ley?* [9] *Pues en la ley de Moisés está escrito: «No le pondrás bozal al buey que trilla»* (Dt 25,4). *¿Acaso Dios se preocupa por los bueyes?* [10] *¿O no lo dice expresamente a causa de nosotros? Por nosotros se escribió aquello. Pues el que ara debe arar con esperanza; y el que trilla, con esperanza de recoger su parte.* [11] *Si nosotros hemos sembrado para vosotros lo espiritual, ¿qué de extraño tiene que recojamos nosotros vuestros bienes materiales?* [12] *Si otros ejercen sobre vosotros este derecho, ¿con cuánta más razón nosotros?*

Sin embargo, no hemos usado de este derecho, sino que lo sobrellevamos todo, para no poner tropiezo alguno al Evangelio de Cristo. [13] *¿No sabéis que los que se ocupan de las funciones sagradas comen de lo ofrecido en el templo, y que los que sirven en el altar participan de las ofrendas del altar?* [14] *De la misma manera, el Señor dispuso que quienes anuncian el Evangelio, del Evangelio vivan.* [15] *Pero yo no he usado de nada de esto. Y no escribo estas cosas para que así se haga conmigo. Prefiero morir, antes que... ¡Nadie me frustrará esta gloria!* [16] *Pues anunciar el Evangelio no es para mí motivo de gloria; es necesidad que pesa sobre mí. ¡Y ay de mí si no anuncio el Evangelio!* [17] *Porque si esto lo hago por propia iniciativa, tengo paga; pero si no, no hago más que desempeñar un encargo.* [18] *¿Cuál es entonces mi paga? Que al anunciar el Evangelio, lo anuncie gratis para no usar del derecho que por el Evangelio me corresponde.*

[19] *Y siendo libre respecto de todos, me hice esclavo de todos para ganar al mayor número posible.* [20] *Con los judíos me hice como judío, para ganar judíos; con los súbditos de la ley, me hice como súbdito de la ley —yo que no lo soy—, para ganar a los súbditos de la ley.* [21] *Con los que están sin la ley, me hice como el que está sin ley —yo que no estoy sin la ley de Dios, sino que estoy con la ley de Cristo—, para ganar a los que están sin la ley.* [22] *Con los débiles me hice débil, para ganar a los débiles. Me hice todo para todos, para salvar a algunos a toda costa.* [23] *Y todo esto lo hago por el Evangelio, para tener parte en él.*

[24] *¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de modo que lo ganéis.*

[25] Todo atleta se domina en todo: ellos, para llevarse una corona
que se marchita; nosotros, una que no se marchita. [26] En con-
secuencia, así es como corro yo, no como a la buena de Dios; así
es también como hago pugilato, no como dando golpes al aire;
[27] al contrario, doy puñetazos a mi cuerpo y lo arrastro como a
vencido, no sea que después de proclamar a otros, quede yo eli-
minado.

1 En un lenguaje agitado, reflejo de su conmoción interna, Pablo descubre a los ojos de los corintios, llevado de su amor pastoral a las almas, que no ha exigido sus derechos en cosas importantes. Y no pertenece a los «débiles», de los que acaba de hablar, sino que como hombre espiritual está libre de todas las falsas ataduras. Se le ha confiado una tarea, y ese cometido da derecho a sus exigencias. Es apóstol, ha visto personalmente a Jesús cerca de Damasco y la propia existencia de la comunidad de Co-
2 rinto testifica en favor suyo y de su dignidad [12]. Pudiera ocurrir que aquí o allá (bien en otras iglesias, como las de Galacia, bien en la propia Corinto, dentro, por ejemplo del partido de Cefas) se pusieran en tela de juicio sus exigencias; pero, por lo que respecta a los corintios (no resulta claro si se refiere a la comunidad como tal o sólo a los miembros de la misma leales a Pablo), no pueden alimentar duda alguna de que realmente es apóstol; en su pertenecencia a Cristo, que ha sido posible gracias al trabajo de Pablo, los corintios constituyen una prueba decisiva de su autoridad apostólica.

3 Evidentemente se le había reprochado (en Corinto o en algún otro lugar) que no hacía ningún uso de sus derechos de apóstol, con lo que daba la impresión de no estar ni siquiera él demasiado convencido de la legitimidad de su ministerio. A esos sus críticos empieza el Apóstol por demostrarles sus derechos, para pasar después a decirles que si ha renunciado a todo eso ha sido por libre
4-5 decisión, no por debilidad o inseguridad personales. Tiene derecho a que las comunidades le mantengan, a comer y beber a costa de las iglesias. Tiene incluso el derecho de llevar consigo una

12. Cf. el comentario a Rom 1,1-7 y su excursus *El ministerio apostólico.*

auxiliar femenina y de exigir también su manutención por parte de los fieles. Eso es lo que hacen los otros apóstoles (que, sin duda hay que entender en un sentido más amplio, cf. v. 6), y, sobre todo, Pedro y los hermanos del Señor[13]. Si aquí se trata de una esposa, que ciertamente era la más idónea como acompañante[14] o si la «mujer» indica (en oposición a lo que evoca el contexto) simplemente una auxiliar femenina, una sirvienta, es algo que no podemos decidir con seguridad, aunque la primera interpretación podría ser la más verosímil.

Resulta sorprendente que Pablo mencione aquí a Bernabé, del 6
que ya se había separado mucho tiempo atrás (cf. Act 15,39); pero, evidentemente, Bernabé seguía trabajando como mensajero del Evangelio (si bien no sabemos con precisión dónde, cf. el comentario a Act 15,39), y en las mismas condiciones que Pablo, quien probablemente no había roto las relaciones con su antiguo compañero de viaje.

Su derecho a sustentarse de los recursos comunitarios lo prue- 7
ba el apóstol mediante tres analogías sacadas de la vida (v. 7), por la Escritura (v. 8-11) y por el hecho de que otros imponen a los corintios unas cargas que éstos se ven obligados a llevar (v. 12), por la referencia al Antiguo Testamento (v. 13) y, sobre todo, a una palabra del Señor (v. 14). El mercenario no se paga a sí mismo; bien puede, pues, el apóstol contar con la recompensa por su trabajo. El que planta una viña o pastorea un rebaño disfruta de los productos que le dan; también el apóstol debe vivir de su esfuerzo. Pero Pablo no circunscribe su argumenta- 8-9
ción a unas analogías puramente humanas; puede referirse a una autoridad superior. Es la Escritura misma la que le proporciona una prueba. Cita Dt 25,4, donde se establece que se deje comer libremente al animal de tiro que arrastra el trillo o que con sus pezuñas tritura y separa la paja del grano. Se trata con toda seguridad de una disposición humanitaria del AT hacia los animales; pero el apóstol entiende esas palabras en un sentido más profundo y las aplica a los hombres, sin que nosotros podamos

13. Véase el comentario a Mc 3,31-35 y su correspondiente excursus.

14. Según Mc 1,30; Mt 8,14 y Lc 4,38. Pedro estaba casado; según Act 21,8.9, el evangelista Felipe tenía cuatro hijas.

10 penetrar y sacar toda la fuerza de su argumentación. La Escritura
se ha escrito para los hombres; en muchos pasajes hay que empe-
zar por desubrir su sentido. Pablo entiende este lugar veterotes-
tamentario no de los animales, sino de los hombres; aradores y
trilladores faenan con la esperanza de una recompensa. Bajo el
«se escribió aquello» no hay por qué suponer la cita de un pa-
saje bíblico desconocido; la frase llega como aclaración del texto
11 del AT bien entendido. Si todo esto vale para los trabajadores te-
rrenos, con mucha más razón ha de aplicarse a los heraldos del
Evangelio, cuyo mensaje inestimable no admite comparación al-
guna con la contrapartida de la manutención que se exige a la
comunidad.

12 Finalmente, no se debe olvidar que presionan muchas otras
exigencias (referidas no sólo a los apóstoles y miembros de la
comunidad, sino también emanantes de la propia vida ciudadana)
por las posesiones de los corintios. ¿Y no va a poder el apóstol
exhibir unas pretensiones parecidas? Pese a todo lo cual, Pablo
ha renunciado gustosamente a su derecho; le interesa sobre todo
imponer silencio a las habladurías calumniosas que a la larga no
hacen sino perjudicar a la difusión del Evangelio.

13 También en la antigua alianza contaba la misma regla: los
encargados del servicio litúrgico recibían su sustento de la co-
munidad por cuanto que participaban de las ofrendas sacrificia-
14 les[15]. La autoridad última y suprema que Pablo aduce es la pa-
labra del Señor Jesús, aludiendo a una sentencia que la comu-
nidad conocía[16].

15 Así, pues, y en contra de las afirmaciones de sus enemigos,
el apóstol tiene perfecta conciencia del cargo que posee y de
lo bien fundadas que estarían sus pretensiones. No obstante lo
cual renuncia[17] de buena gana y de forma consciente a la ayuda
material de las comunidades. Y no porque con tal justificación
pretenda recurrir en adelante a los privilegios que le correspon-

15. Cf., Núm 18,8-31; Dt 18,1-8; posiblemente el pasaje tenga un alcance general y se refiera también a lo que ocurría entre los mismos gentiles.

16. Cf. Mt 10,10; Lc 10,7.

17. Al menos en parte, cf., por el contrario, 2Cor 11,8.9; Flp 4,10-20

den; todo lo contrario, con una exageración tajante rechaza en una frase interrumpida (anacoluto) cualquier sospecha de que vaya a exigir su derecho; Pablo ve su motivo de legítimo orgullo en su renuncia a cualquier ventaja terrena.

Que el Apóstol sea mensajero del Evangelio no constituye **16** para él motivo de fanfarronería. Trabaja como esclavo de Jesucristo, y no puede enorgullecerse del cumplimiento de su deber. Ha sido tomado a servicio, sin que se le haya preguntado por sus gustos; no se le dio opción a elegir[18]. Si la proclama del Evan- **17** gelio estuviese a su libre arbitrio, Pablo podría hacer valer ciertas pretensiones; habría realizado un servicio meritorio y tendría derecho a una recompensa. En realidad no puede reclamar nada; debe realizar la obra que se le ha encargado porque viene obligado a una obediencia incondicional. Pablo renuncia a sus derechos, **18** con lo que se diferencia de los otros predicadores. Su verdadera recompensa la encuentra de hecho en esa conciencia realista de servir por entero a la causa de Jesucristo sin la menor sombra de ventaja terrena alguna. Es éste un sentimiento humano y natural. Desde luego que no se puede exagerar la importancia de este pasaje, intentando, por ejemplo, relegar a un segundo término la apasionada esperanza del apóstol en el premio celestial, supuestamente de inferior valor ético.

Para Pablo, apóstol y pastor de almas, no existe más que un **19** objetivo: quiere ganarse a los hombres para Cristo. A este objetivo subordina todo lo demás. Aunque es libre en Cristo y no está supeditado a nadie, quiere sin embargo hacerse siervo de todos los hombres para ganárselos, si no a todos al menos al mayor número posible. Se ha acomodado a los judíos hasta el punto **20** que le pareció permitido, y siempre que no se trataba de cosas esenciales — en ese terreno se ha mostrado siempre inflexible — habiendo procurado respetar la sensibilidad religiosa de sus connacionales[19]. Cierto, que al propio tiempo tampoco olvida poner claramente de relieve que se sabe libre de las obligaciones de la ley mosaica, y que si se somete a ésta, es siempre a título de conce-

18. Cf. algo similar en Jar 1,4-10; Am 3,3-8.
19. Cf., entre otros pasajes, Act 16,3; 18,18; 21,26.

21 sión. De igual modo se ha entregado el apóstol a los gentiles acomodándose a sus sentimientos y forma de pensar, a fin de abrirse paso hasta ellos y preparar así el camino a Cristo[20]. Visto con ojos judíos, Pablo se ha hecho un hombre sin ley para granjearse a todos aquellos que no conocían la ley o que no le reconocían vigencia alguna. También aquí se defiende contra una equiparación total: en realidad se encuentra bajo una nueva ley[21].

22 En forma bien distinta a como actúan los hermanos, seguros de sí mismos, que están en Corinto (y que también los había en Roma, Rom 14,1-15,1), Pablo toma en consideración a los «débiles» (8,7-13); sabe que no se les puede ofender groseramente con una altanería que nada tiene de cristiana y una vez más dirige todo su empeño a convertirlos también a ellos en cristianos enteros. Es un pastor de almas, y ya no puede pensar en sí mismo, sino únicamente en la salvación de aquellos de quienes se siente y sabe responsable. Quiere entregarse a cuantos necesitan de su ayuda sin pensar en sí mismo, aunque sabe también que para muchos de ellos su trabajo será estéril. En la frase «para salvar a algunos» se refleja tanto una reserva modesta como la amarga experiencia del misionero y pastor de almas, que a menudo se
23 ha visto rechazado. Finalmente, el apóstol espera que su afán en favor del Evangelio no quedará sin recompensa, pues Pablo no puede vivir sin la esperanza en un premio, como le ocurre a cualquier hombre. Y espera, de hecho, tener parte en todo aquello que el mensaje de salvación promete. De este modo el v. 23 viene a ser un complemento y explicación del versículo 18.

24 En conexión no demasiado evidente con lo que antecede, discurre Pablo sobre la necesidad de la lucha moral, en un juego cambiante de imágenes tomadas de la vida deportiva. Con ello se vuelve sin duda, a los demasiados seguros de sí mismos, a los demasiado liberales de Corinto, para explicarles que también ellos tienen que practicar la renuncia. La imagen de los corredores del estadio[22] debió impresionar profundamente a los griegos, amigos de los deportes y aficionados al atletismo; la impresión debió ser

20. Véase Act 14,15-17; 17,22-31.
21. Cf. Rom 3,27; 8,2; Gál 6,2.
22. Cf. Gál 2,2; Flp 2,16; también Rom 9,16; Gál 5,7.

muy especial en los corintios, cerca de cuya ciudad se celebraban todos los años los llamados Juegos ístmicos. El que todos corran y sólo uno consiga el premio queda fuera del punto de atención al aplicar la imagen, puesto que en la carrera cristiana todos pueden vencer; en uno y otro caso lo que cuenta de verdad es la necesidad de un esfuerzo supremo. También los atletas viven en **25** continencia durante los entrenamientos, evitando determinados manjares y bebidas, y renunciando al comercio sexual. ¡Cuánto más deberán los cristianos estar dispuestos a cualquier renuncia y privación por causa de la recompensa eterna!

La imagen cambia de la competición propiamente dicha a la **26** preparación de la misma, para volver de nuevo a la competición en el v. 26, e introducir a la vez la imagen emparentada del pugilato. Pablo es un corredor y un pugilista que lucha por su salvación con todas sus fuerzas. En su boxeo el enemigo es su pro- **27** pio cuerpo, al que quiere someter por el ejercicio violento. Ciertamente que no quiere salvar sólo a los otros, sino también salvarse a sí mismo, y desea superar algún día el examen riguroso del juicio. También él, el Apóstol de la gracia y de la fe, sabe que puede fallar, si no asegura la salvación que Dios le ha otorgado y si no lucha con esfuerzo y tenacidad por realizar una vida cristiana.

Ejemplos de la historia de Israel
10,1-13

[1] *No quiero, hermanos, que ignoréis esto: nuestros padres estuvieron todos bajo una nube; todos atravesaron el mar* [2] *y todos, en la nube y en el mar, fueron bautizados en Moisés.* [3] *Todos también comieron el mismo alimento sobrenatural;* [4] *todos bebieron la misma bebida sobrenatural, es decir, bebían de la roca sobrenatural que los seguía; y la roca era el Cristo.* [5] *Sin embargo, Dios no se complació en la mayoría de ellos, pues «quedaron tendidos en el desierto»* (Núm 14,16). [6] *Estos acontecimientos tenían sentido figurativo para nosotros, para que no codiciemos el mal como lo codiciaron ellos.* [7] *Y no seáis idólatras como lo fue-*

ron algunos de ellos, según está escrito: «El pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantaron a danzar» (Éx 32,6). [8] *Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron y cayeron veintitrés mil en un solo día.* [9] *Ni tentemos al Señor, como lo tentaron algunos de ellos, pereciendo por causa de las serpientes.* [10] *Ni murmuréis, como murmuraron algunos de ellos, muriendo a manos del exterminador.* [11] *Estas cosas les sucedían como hechos figurativos; y fueron consignadas por escrito para que sirvieran de advertencia a nosotros, que hemos llegado al final de los tiempos.* [12] *Por lo tanto, el que crea estar seguro, mire no caiga.* [13] *Ninguna tentación os ha sobrevenido que fuera sobrehumana. Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas; por el contrario, junto con la tentación, os proporcionará también el feliz resultado de poderla resistir.*

Después de referirse a su propio ejemplo, recuerda ahora el apóstol una serie de ejemplos instructivos, sacados del AT. Al igual que el pueblo todo de Israel recibió en cierto modo el bautismo y participó de la cena del Señor, pese a lo cual no todos los israelitas se salvaron, del mismo modo tampoco el bautismo y la cena del Señor pueden proporcionar a los que se han hecho creyentes una seguridad absoluta de su salvación. Son necesarios, además, un esfuerzo serio y una lucha denodada contra las tentaciones.
1 Los antecesores del pueblo judío fueron los protagonistas de la historia de la salvación, y son también los antecesores de los cristianos. «Estuvieron todos bajo la nube» (según el Sal 105(106)39); otra es la imagen de Éx 13,21: «Pero Yahvéh les precedía en una columna de nube, para mostrarles el camino», y marcharon por
2 medio del mar a pie enjuto (Éx 14,22). Éste fue su bautismo «en Moisés», el cual era imagen anticipada de Cristo; la nube y el agua envolvieron al pueblo aunque no lo mojaran.
3-4 Pero es que, además, comieron un alimento sobrenatural y celeste, el maná (Éx 16,14-18) y bebieron una bebida que Dios les proporcionó milagrosamente[23]. Al mencionar una roca espiritual (sobrenatural, cuya existencia se debe a un prodigio de Dios), el

23. Éx 17,6; Núm 20,7-11.

apóstol alude a una tradición rabínica, según la cual el manantial de que dispusieron los israelitas en el desierto, «con ellos subía los montes y con ellos bajaba a los valles; en el lugar en que Israel se detenía, allí se detenían también, frente a la entrada de la tienda de la reunión»[24]. En esa roca (que en el AT es a menudo símbolo de Dios; Filón aplica al Logos el significado de «roca puntiaguda» de Dt 8,15) reconoce Pablo la presencia misteriosa de Cristo, que existe desde la eternidad. Pese a tanta be- 5
nignidad, los israelitas se hicieron culpables delante de Dios, y no pudieron ver la tierra prometida (Núm 14,23.30). Acabaron pereciendo en el desierto (Núm 14,16).

Pero el AT no es un libro meramente histórico; tine tam- 6
bién un alcance de presencia inmediata. Los acontecimientos consignados en sus páginas tienen un sentido profundo para la comunidad cristiana. Deben servir de advertencia a los creyentes en Cristo, que viven en el tiempo de la salvación, contra defecciones similares. Pablo se incluye con ternura muy de pastor de almas en los versículos 6.8 y 9. Los cristianos no deben codiciar, como codiciaron en otro tiempo los israelitas (Núm 11,4.34). Ni deben 7
practicar ningún género de idolatría, dejándose arrastrar por incuria y una falsa despreocupación a crímenes semejantes, como los que cometieron en la antigüedad «algunos» (suavizando el texto del AT) miembros del pueblo de Israel[25]. No deben come- 8
ter el pecado de fornicación, como se relata de los antiguos israelitas. Según la narración de Núm 25,9, Dios hizo morir de una epidemia a 24 000 israelitas; habían desencadenado aquella epidemia la impureza (Núm 25,1) y la idolatría. El que nuestro texto dé aquí la cifra de 23 000 puede deberse a falta de memoria, del apóstol o de algún copista; también pudiera tratarse de una confusión con Núm 26,62, o de una tradición diferente que desconocemos.

Si los corintios con su conducta liberal frente a las ofrendas 9
de los ídolos — conducta que provoca escándalo — tientan a Cristo, el Señor, incurrirán en el castigo divino, como en otro tiempo

24. *Tosefta Sukka* 3,11.

25. Éx 32,6: el juego, y sobre todo las danzas ante el becerro de oro, Éx 32,19.

10 incurrió Israel (Núm 21,5.6). Y, si a imitación del antiguo pueblo elegido[26], murmuran contra las órdenes de Dios y de sus representantes, también deberán temer la venganza divina. Por «el exterminador»[27] hay que entender algún demonio, o tal vez el propio Satán (cf. 1Cor 5.5).

11 El v. 11 enlaza con el v. 6. Los acontecimientos del AT son augurios misteriosos del tiempo final, han de llamar la atención y mantener alertados a los cristianos que viven los tiempos escatológicos (véase el comentario a Rom 5,12-21). Hay que excluir toda falsa confianza en sí mismo, porque no existe una seguridad absoluta de la propia salvación. La tentación (fomentada por Satán o por sus satélites)[28] que hasta ahora ha visitado a los corintios era superable, no excedía las fuerzas humanas; y así, todavía no han sufrido ningún daño con su peligroso contacto. Si ellos hacen lo que está en su mano, y llevan a la práctica las exhortaciones del apóstol (así habría que completar la idea), también en el futuro saldrán indemnes de la misma, y no trocarán su fe por una idolatría vana e inútil.

Banquetes sagrados de los paganos
10,14-11,1

14 Por eso, mis amados hermanos, huid de la idolatría. 15 Os hablo como a personas sensatas; juzgad vosotros de lo que digo. 16 La copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? 17 Porque es un solo pan, somos, aunque muchos, un solo cuerpo; ya que todos participamos de un solo pan. 18 Mirad al Israel según la carne: los que comen de los sacrificios, ¿no están en comunión con el altar? 19 ¿Y qué quiero decir con esto? ¿Que lo inmolado a los ídolos es una realidad? ¿O que el ídolo es algo? 20 De ninguna manera: sino que lo que sacrifican [los gentiles] «a los demonios lo sacrifican, y no a Dios»

26. Cf., por ejemplo, Núm 14,36-38; 16, 17,1-15.
27. Cf. Éx 12,23; Sab 18,25.
28 1Cor 7,5; 2Cor 2,11; 1Tes 3,5.

(Dt 32,17); *y no quiero que vosotros estéis en comunión con los demonios.* [21] *No podéis beber la copa del Señor y la copa de los demonios; no podéis tomar parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios.* [22] *¿O es que vamos a provocar a celos al Señor? ¿Somos acaso más fuertes que él?*

[23] *«Todo está permitido»; pero no todo es conveniente. «Todo está permitido»; pero no todo es constructivo.* [24] *Ninguno busque sus propios intereses, sino los del prójimo.* [25] *Comed de todo lo que se vende en la carnicería, sin preguntar nada por motivos de conciencia;* [26] *pues «del Señor es la tierra y lo que ella contiene»* (Sal 24,1). [27] *Si un pagano os convida y queréis ir con él, comed de todo lo que os ponga, sin preguntar nada por motivos de conciencia.* [28] *Pero si alguno os dice: Esto ha sido ofrecido en sacrificio, no lo comáis, en atención al que os lo advirtió y a la conciencia.* [29] *Cuando digo conciencia, no me refiero a la propia, sino a la del otro. Pues, ¿por qué mi libertad va a ser juzgada por la conciencia de otro?* [30] *Si yo me tomo mi parte con acción de gracias, ¿por qué me van a echar en cara una cosa por la que he dado gracias?* [31] *Así pues, ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa hacedlo todo para gloria de Dios.* [32] *No seáis motivo de tropiezo ni a judíos, ni a griegos, ni a la Iglesia de Dios.* [33] *Así también yo procuro agradar a todos en todo, sin buscar mi propio provecho, sino el de todos, para que sean salvos.*

[1] *Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo.*

En los capítulos 9 y 10,1-13 ha presentado el apóstol importantes motivos contra una solución demasiado audaz y sin escrúpulos del problema que plantea la manducación de las carnes inmoladas a los ídolos. Ahora llega a la conclusión, dando indicaciones precisas, junto con el motivo profundo para una caso concreto. Si los corintios quieren resistir a las tentaciones, deben ha- **14-15**
cer siempre lo que está en su mano; de ahí que deban huir de la idolatría y de cuanto pudiera llevarle a su proximidad peligrosa. Pablo les habla en tono persuasivo, apelando a su prudencia —quizá pudiera percibirse una ligera ironía—, y haciéndoles ver la imposibilidad intrínseca de una participación en los banquetes sacrificiales. Les recuerda sus celebraciones cristianas y la cena **16**

del Señor. Todos saben que la «copa de bendición» (expresión técnica para indicar la copa llena de vino que al final de la comida judía levantaba en su mano el que recitaba la bendición de la cena) les proporciona la comunión con la sangre de Cristo; y saben asimismo que el pan partido en la celebración comunitaria les permite la comunión con el cuerpo de Cristo: con el vino se bebe la sangre y con el pan se consume el cuerpo del Señor (cf. 11, 27-31).

17 La comunión íntima (no sólo imaginada o sentida, sino entitativa y real) con el Señor Jesús crea una comunión real (no sólo a nivel de conciencia) entre los cristianos. Por el hecho de consumir todos los cristianos un mismo pan, a saber, el pan que es el cuerpo (idéntico al cuerpo terrenal) del Señor resucitado y glorificado, quienes lo comen forman una unidad, un cuerpo. Ese cuerpo es el cuerpo de Cristo (cf. Rom 12,5), en el que por el bautismo hemos sido radicalmente inmersos (1Cor 12,13) y en el cual nos va atando con vínculos cada vez más fuertes el siempre
18 repetido consumo y disfrute del pan y del vino. Pablo esclarece su pensamiento con un ejemplo que tampoco era extraño a los cristianos procedentes de la gentilidad. Los judíos (el Israel según la carne, opuesto al Israel de Gál 6,16; cf. Rom 9,6) se saben partícipes del altar, es decir, partícipes de Dios, a quien el altar está consagrado, cuando comen la carne de los sacrificios. Por lo mismo, no es algo indiferente el tomar parte en el banquete sacrificial que se celebra en un templo; ya se trate de un banquete judío, ya —consecuencia ésta que Pablo no indica expresamente— de un banquete pagano.

19 Cierto que, de ser así, podría objetar que Pablo atribuye aquí a las carnes sacrificadas a los ídolos cierta realidad mágica y a
20 los falsos dioses alguna especie de divinidad: pero el apóstol rebate inmediatamente y de forma tajante esa conclusión. Las imágenes de los ídolos no representan nada divino; para ellas vige más bien el juicio despiadado que leemos en el Cántico de Moisés y que desenmascaraba como demonios a los falsos dioses ante los que Israel se prosternaba. Quien participa en los banquetes del sacrificio ritual pagano entra en comunión con los demonios; comunión que ciertamente se diferencia de la comunión con Cris-

to en la cena del Señor (los manjares ofrecidos a los dioses no crean la comunión con el demonio en el mismo grado de realidad, pues, de no ser así, Pablo no podría declarar como religiosamente indiferente la manducación de las carnes sacrificadas a los ídolos: v. 25-27).

Existe una contradicción palmaria en pretender establecer a 21
la vez comunión con Cristo y comunión con los demonios; eso es algo absolutamente imposible. No se puede beber «la copa de los demonios» (es decir la copa del sacrificio libatorio — «se bebía del mismo cáliz con el que se había hecho la libación al dios», Dölger — o simplemente la expresión se ha formado en paralelismo con «la copa del Señor» para indicar la comunión) y participar en los sacrificios que se ofrecen sobre el altar (es decir, sentarse a una mesa en la que los demonios ocupan el puesto presidencial), pretendiendo al mismo tiempo beber la copa del Señor y participar de lo que se ofrece en su altar (es decir, de
su misma persona). Quien tal pretendiese se atraería la venganza 22
de Dios (aplicación libre de Dt 32,21). Esto no deberán intentarlo tampoco los «fuertes» de Corinto, pues sería realmente ridículo el que pretendieran arrastrar la ira de Dios.

Hay, pues, que evitar las comidas en los templos de los gen- 23-24
tiles. Pero ¿qué hacer respecto de la carne que se necesita para la propia mesa familiar y respecto de las invitaciones a casas particulares, a las que los cristianos no podían negarse de forma tajante? Para los demasiado liberales vale también aquí (cf. 6,12) el principio de que lo realmente importante es el provecho espi-
ritual de los hermanos, la edificación de los otros. Pero el apóstol 25-26
no es estrecho en modo alguno; recomienda una libertad bien entendida, y una fe fundada que conoce sus límites. En la carnicería puede el cristiano adquirir sin preocupación alguna la carne que se pone a la venta, aun cuando de hecho se trate de carne ofrecida previamente a los ídolos o proceda de animales consagrados a los dioses antes de su mactación (cf. el comentario a 8,1). Puede servirse de ella con la conciencia realista de que los dioses no son nada y de que, al consumirla, no hace sino disfrutar de lo que es propiedad de su Dios (cf. Rom 14,14-20). Pablo cita literalmente el Sal 24(23)1. Sorprende que el apóstol no re-

cuerde aquí las «cláusulas de Santiago»[29]. Es evidente que sólo
tenían vigencia para las comunidades de Siria y de Cilicia. El
27 creyente no tiene por qué negarse a las invitaciones de los gen-
tiles; puede acceder a las mismas, si lo desea y lo juzga opor-
tuno. Y puede comer los manjares que le sirven sin escrúpulo
28 alguno; comer o no comer no es aquí cuestión de conciencia. Otra
es ciertamente la situación cuando al cristiano invitado se le advier-
te de forma explícita (por parte del anfitrión gentil o por algún
otro cristiano) acerca del carácter especial de las carnes que se
le ofrecen. Entonces se le exige una confesión de fe, pues sería
muy posible que algún cristiano débil, que asistiese como convidado
a la misma comida o que tuviera noticia del hecho, recibiera es-
cándalo del comportamiento demasiado liberal de su hermano en
29-30 la fe. Para no dar motivo de tropiezo, en esa circunstancia
hay que abstenerse de comer. Ambas preguntas, relacionadas en-
tre sí, han sido discutidas en su significado. Pueden ser objecio-
nes de un espíritu «fuerte» que pretende defender su «libertad».
El apóstol amonesta en primera persona con sumo tacto. La man-
ducación de la carne ofrecida a los ídolos está permitida en sí
misma, el individuo en cuestión puede comerla; pero si el invi-
tado es sujeto de juicio por parte de la conciencia de otro (que
va a sufrir daño por su conducta), en otras palabras, si seme-
jante comportamiento provoca una inseguridad en la fe de otro
hermano cristiano, si puede dar ocasión a sospechas injustas y
de graves consecuencias para los demás, entonces el invitado debe
profesar su fe y renunciar a comer la carne.

31-33 El apóstol concluye con una idea general poniendo la vida
toda bajo la grandiosa perspectiva del honor de Dios. Quiere que
con su conducta los corintios procuren la gloria de Cristo sin
ser ocasión de tropiezo a nadie; ése es también su propósito per-
1 sonal. Pablo es imitador de Cristo —«no hubiera podido decir-
lo, ni serlo, de no haber tenido una imagen viva y clara de toda
la personalidad moral de Jesús» (J. Weiss)—; los corintios pue-
den, por ello, seguir su ejemplo.

---

29. Cf. los comentarios a Act 15,20.29 y Act 15,30-35; Pablo y el Concilio de las apóstoles.

PARTE CUARTA

NORMAS PARA LAS ASAMBLEAS LITÚRGICAS
11,2-14,40

Sección primera

Sobre el velo de las mujeres y la cena del Señor
11,2-34

Las mujeres deben participar en la liturgia con la cabeza cubierta
11,2-16

[2] *Os alabo, porque en todo os acordáis de mí y porque reteneis las tradiciones tal como os las transmití.* [3] *Pero quisiera que comprendierais esto: la cabeza de todo varón es Cristo; la cabeza de la mujer es el varón; y la cabeza de Cristo es Dios.* [4] *Todo varón que ora o habla en nombre de Dios con la cabeza cubierta, deshonra su cabeza.* [5] *Toda mujer que obra o habla en nombre de Dios con la cabeza descubierta, deshonra su cabeza, viene a ser como si estuviera rapada;* [6] *realmente, si una mujer no se cubre, que se corte el cabello; pero si a una mujer le da vergüenza cortarse el cabello o raparse, entonces que se cubra.*

[7] *El varón no debe cubrirse la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios; la mujer, en cambio, es gloria del varón;* [8] *pues no es el varón el que viene de la mujer, sino la mujer del varón;* [9] *y no fue creado el varón por razón de la mujer, sino la mujer por razón del varón.* [10] *Por eso la mujer debe llevar sobre su ca-*

beza una (señal de la) potestad, por razón de los ángeles. [11] *Pero, a pesar de todo, ni mujer sin varón, ni varón sin mujer en el Señor;* [12] *pues si la mujer viene del varón, también es verdad que el varón viene mediante la mujer; y todas las cosas vienen de Dios.* [13] *Juzgad por vosotros mismos. ¿Está bien que una mujer ore a Dios descubierta?* [14] *¿No es la naturaleza misma la que nos enseña que para el varón es deshonra el cabello largo,* [15] *mientras que para la mujer es motivo de gloria? Realmente, la cabellera se le ha dado a modo de velo.* [16] *No obstante, si a alguno le parece que debe seguir discutiendo, nosotros no tenemos tal costumbre, ni las iglesias de Dios.*

Sin transición especial pasa Pablo a tratar las cuestiones relativas a la vida litúrgica de la comunidad de Corinto. Y habla sucesivamente del velo de las mujeres en el servicio divino (11,2-16), de la adecuada celebración de la cena del Señor (11,17-34) y, finalmente, y con gran amplitud, de los carismas espirituales, que tan importante función desempeñaron en la vida comunitaria del cristianis-
2 mo primitivo (12-14). El elogio, tras las amonestaciones tan severas de los capítulos precedentes, y al comienzo de una nueva sección, en la que de nuevo se ponen numerosas tildes al comportamiento de los corintios, no resulta claro a primera vista. Posiblemente, el elogio apunta a una protesta oral o escrita de los corintios, que deseaban mantener con fidelidad las «tradiciones» (procedentes de la comunidad primitiva, de los apóstoles o del mismo Señor)[1] que el apóstol les ha predicado (el cual se sabe administrador: 4,1.2), y que aseveraban que querían atenerse en las dificultades a las decisiones de Pablo.

3 Entre las mujeres de Corinto había una corriente que, en conexión sin duda con las ideas liberales expuestas ya y condenadas por Pablo, no sólo defendía una igualdad interna del varón y de la mujer delante de Dios, sino que propugnaba la expresión de esa equiparación en el servicio litúrgico. Para ello querían liberar a todas las mujeres del velo que habitualmente llevaban sobre la cabeza, proclamando así su pretendida igualdad con el

1. Cf. 1Cor 11,23; 15,3; 2Tes 2,15; 3,6.

varón. El apóstol se opone de forma tajante a este trastorno del orden natural de las cosas, y nacido de una interpretación errada y perniciosa de la doctrina cristiana. Es verdad que el orden genuino del mundo sólo puede descubrirse a la luz de la revelación; es entonces cuando se echa de ver que el mundo está montado jerárquicamente, con unos seres en la parte superior y con otros en la parte inferior de la escala. Así como Dios Padre está por encima de Jesucristo (cf. 15,28) —se podría aludir aquí congruentemente a la igualdad de naturaleza—, así también el varón está por encima de la mujer, y Cristo por encima del varón.

Los argumentos que siguen nos resultan extraños y difíciles; **4** tampoco sabemos qué fuerza probatoria debieron tener para los corintios. Con una exposición simbólica o con un juego de palabras enlaza el apóstol los versículos 3 y 4. El varón que en el servicio divino y público cubre su cabeza, «deshonra su cabeza»; queda por debajo de su verdadera dignidad, que le permite comparecer delante de Dios con la cabeza descubierta, sin una especial «señal de sujeción» (v. 10). De acuerdo con el v. 3, y a pesar de los versículos 5 y 6, se podría pensar en una concepción simbólica: el varón que participa en el servicio litúrgico con la cabeza tapada «deshonra» a Cristo, su cabeza; pues que la velación roba a Cristo el honor del reconocimiento externo de su soberanía directa sobre el hombre.

Lo mismo cabe decir respectivamente de la mujer. Deshonra a **5** su cabeza cuando, como signo de la protesta contra el orden natural, participa en el servicio divino con la cabeza descubierta. Ella justamente debe reconocer que, por voluntad del Creador, está sujeta al varón. De otro modo se equipara a la «rapada», con la cual hay que entender probablemente a la prostituta que, en razón de su peculiar oficio, procuraba acentuar ciertos rasgos viriles (cf. Rom 1,26). El carácter antinatural de las pretensiones igualitarias en Corinto viene a estar en la misma línea; mediante una imagen cruda (cf. también, por ejemplo, Gál 5,12) quiere el apóstol impresionar y hacer volver al buen juicio. Quien em- **6** prende un camino debe llegar hasta el final; así, quien rechaza el velo debe también hacerse rasurar el cabello, pues ambas cosas están fundamentalmente en la misma trayectoria de la mascu-

linización, del trastorno de la naturaleza y del verdadero orden real. Ahora bien, cualquiera descubre que semejante proceder representaría un oprobio para la mujer. Por tanto, quien rechaza la rasuración debe asimismo mantener el velo que, por otra parte, respondía a una antigua costumbre judía y, en parte también, pagana.

7 En el relato de la creación del hombre (Gén 2) ha quedado claramente expresada la voluntad de Dios por el orden y modo en que aparece la formación del varón y de la mujer, así como en la señalización de la finalidad existencial de ésta. Por lo que respecta a su derecho de soberanía, el varón es imagen directa (Gén 1,26.27), reflejo de Dios; mientras que la mujer es sólo reflejo del derecho soberano del varón, al que está sometida por
8-9 la misma naturaleza. Dios creó primero al hombre como varón (cf. Gén 2,7), y del varón sacó después a la mujer (Gén 2,21-23) como
10 su ayuda y compañera (Gén 2,18). No puede, pues, haber la menor duda de que la mujer está sometida al varón, y que estas relaciones, establecidas por Dios, han de encontrar su expresión externa en el hecho de que la mujer lleve sobre su cabeza un velo como símbolo de su subordinación. El velo es señal de la «potestad» que el varón ejerce sobre ella (conviene, sin embargo, advertir que semejante empleo de la palabra griega ἐξουσίαν rebasa el uso habitual).

El inciso aclaratorio «por razón de los ángeles» es difícil de entender; aunque se ha pensado en los ángeles que asisten al servicio divino, en los ángeles que, según la fe judía, son también guardianes del orden natural. «La mujer debe pensar que los ángeles, en cuanto protectores establecidos por Dios de todos los ordenamientos naturales del mundo, han de tener un interés evidente en que la mujer reconozca y mantenga el primitivo plan creacional de su subordinación al varón. De ahí que la mujer no deba afligir a los ángeles, como lo haría quitándose de la cabeza el velo, el cual da a entender sin género de duda que es el signo de su sujeción al varón, con lo que despreciaría ese orden primordial de la creación. Ello obligaría a los ángeles, bien que a su pesar, a presentar ante Dios sus quejas contra ella y a comparecer como testigos de cargos. De ahí que la mujer deba mantener cubierta su

cabeza, entre otros motivos importantes "por razón de los ángeles", a fin de que éstos puedan ejercer su ministerio con alegría, y no tengan que convertirse de ángeles protectores en ángeles acusadores» (Billerbeck).

En definitiva, varón y mujer están, desde luego, ordenados el **11-12**
uno al otro. Pablo agrega esta idea cuidando de evitar malas interpretaciones. En el orden natural, confirmado y santificado por Cristo, varón y mujer constituyen un todo, y aunque en la creación la primera mujer ha sido sacada del varón, también es verdad que éste nace siempre de una mujer. Mas, por encima de todos, como el
apóstol añade piadosamente, está Dios que lo ha creado todo. Si **13**
los corintios quieren juzgar por sí mismos, echarán de ver que va contra la decencia que una mujer asista sin velo a una función
litúrgica. La propia naturaleza ha dado al hombre cabellos cortos, **14-15**
mientras que a la mujer la ha provisto de larga cabellera a modo de velo (por supuesto que este contraste tiene sólo un alcance muy limitado). Los corintios no podían dejar de entender este razona-
miento. Pablo se ha esforzado seriamente por hacer ver con razones **16**
a los innovadores de Corinto lo equivocado de su proceder; pero también ha debido experimentar a menudo lo difícil que resulta a ciertas personas dejarse convencer. Y así, impone su autoridad. Ni en el entorno presente del apóstol ni en ninguna otra comunidad cristiana se despojan las mujeres de su velo en la cabeza durante el servicio divino. Esto ha de bastar a los corintios para volver a rechazar las novelerías nunca vistas.

Sobre la celebración de la cena del Señor
11,17-34

[17] *Al haceros estas recomendaciones, no puedo alabaros; porque os reunís, no para provecho, sino para daño vuestro.* [18] *Efectivamente, oigo decir en primer lugar que, al congregaros en asamblea, se forman entre vosotros grupos aparte, y en parte lo creo.* [19] *Realmente, conviene que haya entre vosotros escisiones, para que se descubran entre vosotros los de probada virtud.* [20] *Así pues, cuando os congregáis en común, eso no es comer la cena del*

Señor; [21] *pues cada cual se adelanta a comer su propia cena, y*
hay quien pasa hambre, y hay quien se embriaga.
[22] *¿Es que no tenéis casas para comer y beber? ¿O tenéis en tan*
poco las asambleas de Dios, que avergonzáis a los que no tienen?
¿Qué queréis que os diga? ¿Que os alabe? En esto no puedo
alabaros.
[23] *Yo recibí una tradición procedente del Señor, que a mi vez*
os he transmitido, y ésta es que el Señor Jesús, la noche en que
era entregado, tomó pan [24] *y, recitando la acción de gracias, lo*
partió y dijo: Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros.
Haced esto en memoria de mí. [25] *Lo mismo hizo con la copa,*
después de haber cenado, diciendo: Esta copa es la nueva alianza
en mi sangre. Cada vez que bebáis, haced esto en memoria de
mí. [26] *Porque cada vez que coméis de este pan y bebéis de esta copa,*
estáis anunciando la muerte del Señor, hasta que él venga.
[27] *Por lo tanto, el que coma del pan o beba de la copa del*
Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor.
[28] *Que cada uno se examine a sí mismo, y así coma del pan y*
beba de la copa; [29] *porque el que come y bebe sin discernir el*
cuerpo, come y bebe su propia condena. [30] *Por eso hay entre vos-*
otros gran número de enfermos y achacosos, y mueren bastantes.
[31] *Pero si nos examináramos a nosotros mismos, no seríamos cas-*
tigados. [32] *Cuando el Señor nos juzga, nos corrige, para que no*
seamos condenados con el mundo. [33] *Por consiguiente, hermanos:*
cuando os congreguéis para comer, aguardaos unos a otros.
[34] *El que tenga hambre, que coma en su casa, para que así vues-*
tra reunión no sea para condena. Lo demás ya lo dispondré cuan-
do vaya.

17 En el v. 2 ha elogiado el apóstol a la comunidad por su promesa
de mantenerse fiel a las tradiciones. Ahora hace una salvedad
bien significativa (aunque a decir verdad, en toda la carta los
elogios están notablemente recortados). Las asambleas comunita-
rias litúrgicas ya no cumplen su finalidad: en lugar de fomentar
y edificar la vida religiosa de la comunidad y de cada individuo,
18 lo que hacen es más bien arruinarla. No se puede determinar de
un modo seguro si los grupos, a los que Pablo se refiere, son los

partidos mencionados ya al comienzo de la carta (1,10-4,21), o si sólo se trata de las faltas de amabilidad descritas en el v. 20 (y que posiblemente estuvieran relacionadas con dichas banderías). En el primer caso, el «en primer lugar» del v. 18 encontraría su continuación en el «así pues» del versículo 20. En la segunda hipótesis, el apóstol habría renunciado a señalar una continuidad, cosa que en él no puede realmente sorprendernos. A Pablo le han causado pena las divisiones y, si rebaja ciertas notas de exageración sin poner en duda la buena voluntad de los corintios, no deja de estar convencido de que los rumores mal intencionados no han desaparecido por completo del ambiente. También estas **19** disidencias tienen ciertamente un sentido profundo y responden a una necesidad divina; dan a todos los creyentes la oportunidad de acreditarse, y sólo por eso han sido permitidas.

La celebración de la cena del Señor en Corinto se hace de **20-21** una forma totalmente indigna, como el apóstol ha llegado a saber. En lugar de reunirse los fieles con amor fraterno en torno a una mesa común, «cada cual» (sin duda se trata de una generalización retórica) piensa sólo en sí mismo; cada cual consume egoístamente los manjares que ha llevado consigo, sin hacer partícipes de los mismos a los más pobres y, aunque algunos de los asistentes pasan hambre, algunos llegan incluso hasta emborracharse. Comer y beber como satisfacción de unas necesidades puramente **22** fisiológicas debe hacerlo cada uno en su casa; pero no en un banquete que es la comida de la comunión. En el comportamiento absurdo de los corintios se echa de ver su concepto equivocado del banquete comunitario; más aún, se evidencia su desprecio de la comunión religiosaeclesial en toda su amplitud. No está bien que los más pudientes pongan dolorosamente en evidencia a los más pobres por su carencia y estrecheces. Pablo está en una cierta perplejidad; pero no puede alabar a los corintios, ya que con su **23-25** conducta están contradiciendo el sentido más profundo del banquete comunitario, que es una celebración cultual, instituida por Jesucristo.

La tradición, que Pablo ha transmitido a los corintios, se remonta al propio Señor Jesús. No se excluye sin más ni más la posibilidad de que el apóstol hable aquí de una revelación di-

recta de Jesús; pero lo más probable es que se trate de una recepción mediata. Pablo ha recibido sus conocimientos de la comunidad primitiva. Acerca de la última cena de Jesús poseemos cuatro relatos: Mc 14,22-24; Mt 26,26-28; Lc 22,19.20; 1Cor 11, 23-25 (cf. comentarios a Mc 14,22-25). El relato de Pablo es el más antiguo (Lucas depende de él); dentro de una concordancia esencial, se distingue Mc de Mt por el inciso «que es entregado por vosotros», en las palabras sobre el pan, por una redacción distinta en las palabras del cáliz (Mc y Mt: Esto es mi sangre, sangre de la alianza, que va a ser derramada por muchos; Pablo y Lc: Esta copa es la alianza en mi sangre) y por el doble mandamiento (en Lc 22,19 sólo a propósito del pan) de repetir la acción de Jesús en su memoria. No existe ningún motivo grave para poner en duda la historicidad del mandato institucional; al contrario, está testificada por la práctica de la Iglesia desde los tiempos más antiguos.

26 El v. 26 esclarece el precepto fundacional de Jesús y expone en una fórmula breve el misterio de la cena del Señor: es el anuncio de la muerte del Señor en el tiempo intermedio entre la
27 resurrección y la parusía. Y, como suele hacer siempre en casos similares, después de presentar de un modo gráfico ante los ojos de los corintios la auténtica realidad de la acción litúrgica cristiana, Pablo saca las consecuencias. Es ahora cuando se echa de ver claramente que la falta de consideración y de afecto por parte de los corintios no sólo afecta a los cristianos más pobres, sino que va directamente contra el cuerpo y la sangre del mismo
28 Señor, presentes en el pan y el vino del banquete litúrgico. El hombre ha de acercarse, pues, con temor y temblor a ese banquete, haciendo cuanto está en su mano por poder afrontar el
29 juicio del Señor presente. Cuando alguien participa del banquete sagrado como si de una comida profana se tratase, sin el examen y prueba de sí mismo que le habilita para una participación digna, incurre en el juicio de Jesucristo.

30 En Corinto esto se ha evidenciado ya. Se lamentan numerosos casos de enfermedad y de muerte. En ello sólo puede reconocerse la mano punitiva de Dios por la conducta indigna en la cena del
31 Señor. Cuando el hombre observa ante Dios el verdadero cono-

cimiento de sí mismo y una humildad auténtica, escapa al juicio
del Dios vengador (y respectivamente de Cristo)[2]. Pero, cuando 32
por su propia culpa se hace reo de ese juicio, tendrá que sufrir
un castigo, aun cuando precisamente en tal castigo vuelva a manifestarse una vez más la misericordia de Dios que quiere preservar al hombre del pavoroso destino condenatorio del mundo.

Penetrados de la religiosidad de la acción litúrgica, llenos de 33
amor hacia el Señor, del que la cena es memorial y prenda, los
creyentes deben reunirse en la celebración del banquete sagrado
como verdaderos hermanos en Cristo. Deben esperarse unos a
otros con paciencia y afecto para celebrar un verdadero banquete
de comunión. Cuando alguno quiera comer para saciar su nece- 34
sidad ha de hacerlo en su casa, a fin de no profanar la acción
sagrada con su conducta irrespetuosa y con una ligereza punible.
Como quedan por aclarar varias otras cosas, el Apóstol dará
las disposiciones oportunas en su próxima visita a Corinto.

La cena del Señor.

La vida de la comunidad primitiva de Jerusalén gravitaba, como en su epicentro, sobre las comidas comunitarias, que tenían carácter religioso. Además de las visitas comunes y ordinarias al templo (¿cada día?), los creyentes «partían el pan por las casas y recibían su parte de alimento con alegría y simplicidad de corazón»[2a]. Esa acción se denominaba «fracción del pan»; es posible que con ello se indicase una peculiaridad esencial de la comida comunitaria cristiana, que más tarde (no en el NT) iba a recibir el nombre de eucaristía como acción cúltica. Como quiera que sea, los datos que proporciona el libro de Hechos de los apóstoles no son lo bastante concretos como para eliminar cualquier duda[3]. Lo mismo cabe decir de Lc 24,30.35. La ex-

2. Véase el comentario a Rom 3,21-31 con el excursus *El juicio según las obras,* y comentario a Rom 5,12-21, con el excursus *La historia de la salvación.*

2a. Act 2,46; véase el comentario a Act 2,42-46.

3. Junto a un pasaje como 27,35, que no habla de la eucaristía, entran

posición de 1Cor, que es la más antigua, nos permite una visión más profunda. También en 1Cor 11,17-34 se habla, en efecto, de una comida, cuya finalidad era saciar a los participantes (v. 21; y que probablemente tenía lugar los domingos)[4]. Probablemente los ricos solían hacer partícipes de los manjares que habían llevado consigo a los compañeros de fe más menesterosos, como expresión de comunión y amor fraternos. Pablo no establece todavía una clara distinción conceptual entre lo que se denominaría después *ágape* (comida de amor o de caridad) y la *eucaristía* (literalmente, acción de gracias), aunque pone claramente de relieve el carácter solemne y cúltico de la «cena del Señor» (v. 20). La creciente mundanización de las comidas comunitarias proporcionó al apóstol ocasión de recordar muy seriamente a los fieles que Jesucristo, en una hora decisiva de su existencia sobre la tierra (v. 23), había realizado solamente y por vez primera aquella acción, que por encargo suyo (v. 24-25) repite desde entonces la comunidad. Así pues, la solemne cena comunitaria está en íntima relación (cf. también el comentario a Mc 14,22-25) con la cena última de Jesús con sus discípulos, de la que hablan asimismo los tres Evangelios sinópticos (véase el comentario a los v. 23-25). En tanto que la comunidad come de «este pan» y bebe la copa, «anuncia la muerte del Señor» (v. 26), celebra el memorial de la muerte de Jesús, ya que el pan es el cuerpo de Jesús entregado por nosotros y la copa contiene la sangre de Jesús derramada en sacrificio. En ella se funda la nueva alianza (cf. el comentario a 2Cor 3,6), como la alianza antigua entre Yahweh y los israelitas se estipuló mediante la aspersión de la sangre del sacrificio[5].

Pero como la muerte de Jesús fue una muerte sacrificial, ya que fue inmolado como nuestro cordero pascual (5,7), y dado que Dios le expuso como reconciliación por la fe en su sangre[6], por eso el banquete, que «anuncia la muerte», anunciará su sacrificio en el mismo sentido, y en el mismo sentido hace presente su sacrifi-

---

en consideración, además de 2,42.46, otros textos, como 20,7.11, cuyo contenido preciso no es seguro.

4. Cf. 1Cor 16,2; Act 20,7.
5. Éx 24,4-8; cf. Heb 9,11-14.
6. Rom 3,25; cf. 5,9; Ef 1,7; 2,13; Col 1,20.

cio por nosotros (cf. también el comentario a 10,14-22) por cuanto que pone de un modo real el cuerpo y la sangre del Señor. Pero el Jesucristo muerto es a la vez el Señor resucitado, exaltado y con vida real. La cena del Señor establece una comunión efectiva con Jesucristo vivo. «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?» (10,16). Al consumir el vino y el pan la comunidad creyente alcanza la unión más íntima con la sangre y el cuerpo de Cristo. Esa vinculación es tan real y tan estrecha que compromete a todo el hombre. Quien participa «indignamente» del banquete sagrado — como los corintios que comen y beben sin ninguna mesura —, «será reo del cuerpo y de la sangre del Señor» (v. 27), porque no diferencia el cuerpo del Señor de un alimento vulgar (v. 29).

El desarrollo doctrinal nos ha instruido perfectamente sobre el sentido de las palabras del apóstol. En ningún punto contradicen los textos del NT el sentido realista y sacramental que la Iglesia defiende en su doctrina sobre la eucaristía. La participación en el banquete produce asimismo una comunión entre todos los que lo comparten: «Porque es un solo pan, somos, aunque muchos, un solo cuerpo» (10,17). Ya la acción de «partir el pan» constituye un símbolo de comunión; pero por encima de cualquier simbolismo, la cena del Señor echa las bases de una comunión real y efectiva, porque los comensales participan del mismo cuerpo misterioso de Cristo. Sin cesar debe, pues, la comunidad obedeciendo el mandato del Señor, anunciar su muerte hasta que él venga (v. 26); muerte, que por ser salvadora, constituye el fundamento de una alegría indestructible e inmensa. La cena del Señor habrá que celebrarla en el tiempo que media entre la resurrección y Jesús y su parusía; es el banquete comunitario de los que aguardan avizores y esperanzados [7]. En la cena del Señor se realiza la suprema unión del hombre con Dios, que es posible en este mundo; el creyente participa del cuerpo del Señor, es verdad que todavía de un modo invisible e incompleto; pero con la esperanza

7. Cf. también las palabras de Jesús en Mc 14,25; Mt 26,29; Lc 22, 16-18.

segura de una maravillosa consumación, que supera todo pensamiento e imaginación humanos. Sobre el desarrollo externo y concreto de la celebración eucarística sólo pueden establecerse hipótesis.

Sección segunda

LOS CARISMAS
12,1-14,40

Los dones espirituales y el único Espíritu
12,1-11

1 Acerca de los dones del Espíritu, no quiero, hermanos, que
estéis en la ignorancia. 2 Sabéis que cuando erais paganos os dejabais arrastrar hacia los ídolos mudos, desviándoos del recto camino. 3 Por eso os hago saber que nadie que habla en Espíritu
de Dios, dice: ¡Maldito sea Jesús!; y nadie puede decir: Jesús es Señor, sino en el Espíritu Santo.
4 Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. 5 Hay diversidad de servicios, pero el Señor es el mismo. 6 Hay diversidad de operaciones, pero Dios es el mismo, el que los produce todos en todos. 7 A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común. 8 Y así, a uno se le da, mediante el Espíritu, palabra de sabiduría; a otro, según el mismo Espíritu, palabra de conocimiento. 9 A éste se le da, en el mismo Espíritu, fe; y a aquél, en el único Espíritu, dones de curación. 10 A otro, poder de hacer milagros; a otro, el hablar en nombre de Dios; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, el interpretarlas. 11 Todos estos dones los produce el mismo y único Espíritu, distribuyéndolos a cada uno en particular, según le place.

1 En tres largos capítulos trata ahora el apóstol otro problema de la comunidad. ¿Qué función han de desempeñar los dones del

Espíritu (v. 4-10) en la vida comunitaria cristiana? Ante todo 2
hay que establecer la primacía de la fe y de su confesión. Por sí misma la exaltación religiosa no ofrece ninguna garantía de que esté al servicio de la verdad. También los paganos conocen una piedad exaltada, con la que los hombres salen de sí y aparecen como dominados y poseídos por una fuerza extraña. De ello tenían noticias los corintios, e incluso lo habían experimentado en sí mismos. Pero la forma más o menos impresionante de la vi- 3
vencia religiosa carece en definitiva de importancia ante la verdadera profesión de fe. Allí donde hay una manifestación de piedad entusiasta y exaltada, sólo sabremos que procede de la verdad cuando confiesa y proclama que Jesús es Señor[8]. Por el contrario, quien maldice a Jesús nada tiene que ver con el Espíritu de Dios. Con ello se da una respuesta clara a cualquier tipo de entusiasmo dentro y fuera del cristianismo. En una frase cargada 4-6
de efecto retórico el apóstol contrapone la unidad del Espíritu, del Señor y de Dios a la pluralidad de los dones de gracia, servicios y operaciones. Es poco verosímil que a la triple causa aquí mencionada se le asigne un efecto propio y específico; hay que pensar más bien en una causa única de todos los carismas espirituales, en la que sin duda se concibe a Dios (que desde luego es el autor primero y fin último de toda acción sobrenatural) actuando junto con Cristo y el Espíritu. Sería un error pernicioso entender 7
la gracia, que a cada cual se le ha dado de una forma totalmente gratuita e inmerecida, como propiedad exclusiva; es preciso no perder nunca de vista la comunidad[9]. Cuando a alguien se le gratifica, es de cara al provecho común.

Los carismas presentan una extraordinaria variedad. Hay quien 8
posee una sabiduría fruto del Espíritu, que le proporciona una comprensión luminosa de las verdades y planes divinos. A otro se le concede una claridad de conocimiento, que potencia su inteligencia natural dándole una penetración más profunda en los misterios de la fe (no es posible establecer una línea divisoria precisa entre «sabiduría» y «conocimiento»). La fe como carisma 9-10

8. Cf. el comentario a Act 2,36 y Flp 2,6-11.
9. Cf. 1Cor 12,30, y el capítulo 14.

del Espíritu se diferencia ciertamente de la fe que poseen todos los cristianos; hay que pensar sin duda en una fe singularmente fuerte y eficaz. Los dones de curación constituyen una categoría especial dentro de las plurales fuerzas que operan los milagros. El don de profecía se caracteriza en que «edifica, exhorta y anima» (14,3), y contribuye de modo especialísimo al provecho de la Iglesia de Dios (14,4); por ello precisamente ha de preferirse al don de lenguas, que de tantísimo predicamento gozaba entre los corintios (cf. cap. 14). El don de profecía está sujeto al juicio de la comunidad (14,29), y puede producir una impresión profunda y persuasoria incluso sobre los infieles (14,24-25). Quien tiene el don del discernimiento de espíritus reconocerá con certeza si una determinada actuación procede de una fuerza santa o si deriva del espíritu inmundo. Del discurso en lenguas hablará el apóstol en el capítulo 14; ese tipo de lenguaje exaltado requería una interpretación, que a su vez sólo podía practicar quien gozaba de un don
11 especial para ello. Mas por diferentes que puedan ser los carismas particulares concedidos a cada uno de los creyentes, todos fluyen del único y mismo Espíritu (v. 4-6), que los otorga gratuita y libremente a quien quiere.

Jesús es Señor

Con la fórmula «Jesús es Señor» compendia Pablo, a una con el cristianismo primitivo, la auténtica, singular e incomparable dignidad de Jesús, a través de un concepto elaborado ya por el uso lingüístico coetáneo. Con la designación de Jesús como «Señor» (Κύριος) «se atribuyen a Cristo unos títulos que, como predicados divinos, eran familiares al gentil y al lector del AT» (Lietzmann). El pagano conocía el título de *Kyrios* (en el que se sentía naturalmente el significado originario de esclavo) como designación de la dignidad política y religiosa de los gobernante helenistas y de los césares romanos. El judío encontraba traducido por *Kyrios* el nombre de Dios (Yahveh) en la versión griega del AT, conocida como los Setenta.

Pablo tomó sin duda la denominación honorífica de «Señor» de

la primitiva comunidad palestina (cf. el comentario a Act 2,36); a ella apunta también, entre otros textos, 1Cor 16,22 con la invocación litúrgica aramea *maranatha*[10], traducida como «Señor nuestro, ven»; véase también Ap 22,20. Para Pablo no hay muchos «dioses» ni muchos «Señores» como para los gentiles, sino que «para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y para quien somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por quien somos nosotros también»[11]. Ser cristiano equivale a confesar a Jesús como Señor[12], invocarle en la oración como a Señor[13]. El título de Señor es, sin duda, el «nombre que está sobre nombre» (Flp 2,9). Jesucristo ha adquirido su señorío por su muerte y su resurrección[14]. Delante de él, a quien puede sometérsele todo (Flp 3,21), deben doblegar la rodilla las criaturas celestes, terrestres e infernales (Flp 2,10). Posee una dignidad igual a la divina, y como Dios es también juez[15]. Por la fe en la divinidad del Señor Jesús (y a través de la sustitución del nombre divino por *kyrios* en LXX) se explica también que Pablo refiera a Jesús palabras que en el AT se refieren a Dios[16].

La metáfora del cuerpo humano
12,12-31a

[12] *Porque como el cuerpo es uno solo y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.* [13] *Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, fuimos bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo, y a todos se nos dio a beber un*

10. Cf. *Didakhe* o *Doctrina de los apóstoles* 10,6.
11. 1Cor 8,5.6; cf. 10,21.
12. Cf., por ejemplo, Rom 10,9; 1Cor 12,3; 2Cor 4,5.
13. Véase Rom 10,13; 1Cor 1,2; 16,22; 2Cor 12,8.
14. Rom 14,9; Flp 2,6-10.
15. Cf. Rom 14,7-12; 2Cor 5,10.
16. Véanse, entre otros textos, Rom 10,13; 1Cor 2,16; 10,22 15,25; 2Cor 3,16; aunque la relación no resulta desde luego totalmente clara en todos los pasajes.

solo Espíritu. [14] *Porque el cuerpo no es un miembro solo, sino muchos:* [15] *Aunque el pie diga: Como yo no soy mano, no pertenezco al cuerpo, no por eso deja de pertenecer al cuerpo.* [16] *Aunque la oreja diga: Como no soy ojo, no pertenezco al cuerpo, no por eso deja de pertenecer al cuerpo.* [17] *Si el cuerpo entero fuera ojo, ¿dónde quedaría el oído? Si el cuerpo entero fuera oído, ¿dónde quedaría el olfato?* [18] *La verdad es que Dios colocó cada miembro en el sitio correspondiente del cuerpo, según quiso.* [19] *Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde quedaría el cuerpo?* [20] *Pero de hecho hay muchos miembros y un solo cuerpo.* [21] *El ojo no puede decirle a la mano: No tengo necesidad de ti; ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros.* [22] *Muy al contrario, los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son indispensables,* [23] *y los que consideramos menos respetables en el cuerpo, los rodeamos de mayor respeto y los menos honestos reciben mayor recato,* [24] *mientras que los honestos no lo necesitan. Pero Dios dispuso armoniosamente el cuerpo, dando mayor dignidad al miembro que carece de ella,* [25] *para que no haya división en el cuerpo, sino que por igual los miembros se preocupen unos de otros.* [26] *Y así, si un miembro sufre, todos los demás padecen con él y si un miembro es distinguido con honor, todos los demás se alegran con él.*

[27] *Ahora bien, vosotros sois cuerpo de Cristo, y cada uno, miembro de él.* [28] *Y Dios puso en la Iglesia: primeramente, apóstoles; en segundo lugar, profetas; en tercer lugar, maestros; después los que poseen poder de hacer milagros, los que tienen don de curar, de asistir, de gobernar, de hablar diversas lenguas.* [29] *¿Acaso son todos apóstoles? ¿Todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Todos taumaturgos?* [30] *¿Acaso todos poseen don de curar? ¿Hablan todos diversas lenguas? ¿Todos interpretan?* [31a] *¡Aspirad a los dones superiores!*

12 Por muy diferentes que puedan ser los carismas espirituales, en definitiva tienen que formar un acorde grandioso y armónico. Esto es lo que Pablo expone claramente a la comunidad en una comparación que desarrolla con la mirada puesta en su aplicación, y que desde luego rebasa los límites de una simple metáfora. El

lazo misterioso, sobrenatural (y, en definitiva, inefable) que une
a los creyentes con Cristo, puede compararse con la intrínseca
relación vital que media entre el cuerpo y los miembros por exi-
gencias de la misma naturaleza. Mediante la recepción del Es- 13
píritu en el bautismo (y en la eucaristía: ¿«a todos se nos dio beber
un solo Espíritu»?, cf. 1Cor 10,4) los creyentes han llegado a for-
mar una nueva unidad, misteriosa, mística; las diferencias terre-
nas — raza, estado —, que al parecer constituyen unos abismos
infranqueables, no tienen ya importancia alguna. La unidad del 14
cuerpo es una unidad orgánica; al igual que muchos miembros
forman un solo cuerpo, así también la pluralidad dentro de la
Iglesia no contradice su unidad. Más aún, el cuerpo consta ne-
cesariamente de muchos miembros. Si en Corinto hay cristianos 15-2
que se consideran postergados por no poseer un determinado ca-
risma, en realidad es que les falta la visión adecuada del con-
junto. También en el organismo corporal cada miembro cumple
con su función propia, y no puede considerarse inútil porque sólo
sea apta para realizar su función específica y no cualquier otra.
En su puesto resulta necesario e insustituible. Y es en la colabora-
ción armoniosa con todos los otros miembros como alcanza todo
su sentido e importancia. Si todos quisieran tener y hacer lo mis-
mo, jamás llegaría a constituirse el conjunto capaz de vivir (ya
sea el cuerpo o la comunidad), como ni tampoco se forjaría ja-
más la unidad (tanto corpórea como comunitaria) sin la ordena-
ción de cada uno al todo.

Pero así como aquellos que creen estar en desventaja por po- 21
seer un carisma en apariencia menor, carecen de un concepto
adecuado de la comunidad como organismo vivo, así también
desvarían todos los que se alzan sobre los demás con un orgullo
injustificado por su pretendida o real excelencia. Con cierta exa- 22
geración («muy al contrario») subraya el apóstol que precisamente
los miembros más débiles son indispensables en el cuerpo. Es evi- 23
dente que los hombres, hasta de cara al exterior, procuran esta-
blecer cierto equilibrio entre los miembros, por cuanto que a
los menos nobles o «más débiles» los rodean de mayor «respeto»
y «recato» mediante el vestido. El cuerpo como organismo es una 24
obra maravillosa de Dios, y todo en él es necesario; cosa que

25 se manifiesta en la moral, en el pudor y en el vestuario. El objetivo supremo es siempre la unidad; lo que debe reinar en el cuerpo no es la división ni el enfrentamiento —aquí se trasluce una vez más la aplicación de la imagen—, sino la cooperación y la ayuda mutuas.

26 La solidaridad, sin embargo, va todavía más lejos: entre los miembros no sólo se da una comunión de acción, de necesidad práctica, sino también la unidad de sentimientos; los miembros, en efecto, sufren y se alegran unos por otros.

Si ya en los versículos precedentes hemos podido advertir que en el desarrollo de la comparación el Apóstol tenía los ojos puestos en la doctrina que bajo ella se esconde, hasta el punto de
27 rebasar una y otra vez el marco de la imagen, ahora sus palabras apuntan clara y abiertamente al contenido. «Vosotros sois cuerpo de Cristo» —fórmula vigorosa en la que Pablo compendia cuanto del ser divino se les ha otorgado al creyente y a la comuni-
28 dad—, y cada uno es miembro del cuerpo de Cristo. Entre los dirigentes de la comunidad (y aquí el concepto rebasa la comunidad particular de Corinto para designar la Iglesia universal) cada cual tiene su misión propia; a cada uno con su particular ministerio Dios le ha otorgado una gracia ministerial específica. Primero se nombra a los apóstoles, los profetas y los maestros, tres grupos que en el cristianismo primitivo ejercían un papel importantísimo. Los apóstoles comprenden aquí a todo el círculo de los heraldos del Evangelio, algunos de los cuales habían sido encargados directamente por Jesús de esa misión y que peregrinaban de un lugar a otro (cf. el comentario a Rom 1,1-7). Los profetas (véase Act 11,28 y su comentario) eran predicadores dotados de una fuerza que impresionaba especialmente, en la cual se descubría claramente la acción del Espíritu. Por maestros (véase el comentario a Act 13,1) habría que entender aquí probablemente a todos los que, por encargo de la comunidad, y en base a una gracia especial del Espíritu, impartían la enseñanza religiosa. Las designaciones, sin embargo, no indican todavía un contenido perfectamente delimitado.

Tras los dones fundamentales del Espíritu se enumera toda una serie de carismas, importantes también para la vida comuni-

taria: el poder de obrar milagros, el don de curaciones (cf. v. 9
y 10), la capacidad de ayudar a otros en lo espiritual y en lo
corporal, el don de gobernar la comunidad, el don de lenguas.
Todo está mutuamente coordinado, y en la pluralidad de caris- 29-30
mas se hace visible la unidad del cuerpo de Cristo. Al realizar
cada uno su misión propia, actúa como miembro vivo del orga-
nismo. El cristiano debe aspirar a lo más alto que le sea accesi- 31
ble. Pablo dirige la consideración de los corintios desde la estre-
chez de sus rivalidades minúsculas y ridículas hacia lo que es real-
mente esencial y necesario, aquello que puede otorgar su auténtico valor ante Dios a los carismas todos, grandes y pequeños.

Los creyentes como cuerpo de Cristo

Pablo escribe en su carta a los romanos: «Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, pero ninguno de éstos tiene idéntica función, así nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero, por lo que a cada uno respecta, los unos somos miembros de los otros» (Rom 12,4-5). Y a los corintios les dice: «Ahora bien, vosotros sois cuerpos de Cristo, y cada uno miembro de él» (1Cor 12,27); «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?» (1Cor 6,15); «porque es un solo pan (el de la cena del Señor), somos, aunque muchos, un solo cuerpo; ya que todos participamos de un solo pan» (1Cor 10,17). Para expresar la vinculación real y misteriosa (mística) de los cristianos entre sí, unión totalmente singular y que no se puede captar mediante conceptos lógicos, el apóstol se sirve de una imagen de singular importancia, llamando a la comunión de los bautizados (1Cor 12,13) cuerpo de Cristo.

La comunidad no es, pues, un simple conglomerado de personas al modo de una corporación o sociedad, sino que es un organismo vivo; y en este organismo cada miembro tiene su puesto propio y una función necesaria para el medro del conjunto. La unión de los miembros entre sí se funda en la relación del cuerpo con Cristo; los bautizados no constituyen simplemente un cuerpo, sino el cuerpo de Cristo, que se hace realidad por el bautis-

mo en un mismo Espíritu; es el Espíritu el que traba a los cristianos en una unidad sobrenatural. Si en 1Cor 6,15 se habla sólo de los «miembros de Cristo»; por debajo, sin embargo, late la idea (según 1Cor 12,27) de la unidad del cuerpo de Cristo. A través del bautismo el hombre se incorpora al organismo del Cristo místico; en la cena del Señor esa comunión se renueva y ahonda. La manducación del mismo pan, que es el cuerpo de Cristo glorificado, aprieta a los creyentes (de una comunidad y, en consecuencia, de la Iglesia toda) en una unidad, que es precisamente el cuerpo (místico) de Cristo. La unidad de ese cuerpo místico está forjada por el Espíritu; él es el dador de todos los carismas que mantienen pujante en la Iglesia la vida sobrenatural [17].

Con la exposición de su doctrina sobre la comunión de los creyentes (de una comunidad particular o de la Iglesia universal) en cuanto cuerpo (místico) de Cristo, el apóstol ha fundido la comparación de la comunidad estatal, bien corriente en los escritos antiguos, con el cuerpo humano [18], comparación conocida sobre todo por la fábula de Menenio Agripa (Livio 2,32). Las cartas de Ef y Col contienen otra aplicación de la imagen del cuerpo [19]. Allí Cristo aparece como cabeza del cuerpo de la Iglesia [20], y mientras que en Rom y 1Cor se llama a los creyentes (en principio los de una comunidad particular, y posiblemente como representantes de la Iglesia general) cuerpo de Cristo, en Ef y Col se denomina claramente la Iglesia toda el cuerpo de Cristo [21]. Incluso de la distinta aplicación de la imagen del cuerpo resulta evidente que Pablo intenta explicar comparativamente una unión total, única y sobrenatural que se resiste a un razonamiento lógico. Es preciso ver ahí los límites de la aplicación de la imagen.

17. 1Cor 12,4-11; cf. también Gál 5,22.
18. 1Cor 12,14-26; también Rom 12,3-8.
19. Véase el comentario correspondiente.
20. Ef 1,22-23; 4,15-16; 5,23; Col 1,18; 2,19.
21. Ef 1,23; 2,16; 4,12; 5,29; Col 1,24.

El don mayor, el amor
12,31b-13,13

31b *Y todavía os voy a mostrar un camino mucho más excelente.*

1 *Si hablo las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero*
no tengo amor, soy como bronce que suena o como címbalo
que retiñe. 2 *Y si tengo el don de profecía y conozco todos los*
misterios y todo el saber; y si tengo tanta fe como para mover
montañas, pero no tengo amor, nada soy. 3 *Y si doy en limosnas*
todo lo que tengo, y entrego mi cuerpo a las llamas, pero no
tengo amor, de nada me sirve.

4 *El amor es paciente, el amor es benigno; no tiene envidia;*
no presume ni se engríe; 5 *no es indecoroso ni busca su interés;*
no se irrita ni lleva cuenta del mal; 6 *no se alegra de la injusticia,*
sino que se goza con la verdad. 7 *Todo lo excusa, todo lo cree,*
todo lo espera, todo lo soporta.

8 *El amor nunca fenece. Si se trata del don de profecía, éstas*
se acabarán; si de lenguas, cesarán; si de conocimiento, se acaba-
rá. 9 *Porque imperfecto es nuestro saber e imperfecto nuestro don*
de profecía; 10 *pero cuando venga lo perfecto, lo imperfecto se*
acabará. 11 *Cuando yo era niño, hablaba como niño, sentía como*
niño, razonaba como niño. Cuando me hice hombre, acabé con
las cosas de niño. 12 *Porque, ahora vemos mediante un espejo, bo-*
rrosamente; entonces, cara a cara. Ahora conozco imperfectamen-
te; entonces conoceré cabalmente, con la perfección con que fui
conocido. 13 *Ahora permanecen fe, esperanza, amor: estos tres.*
Pero el mayor de ellos es el amor.

Pablo sabe que los dones del Espíritu tienen un gran valor **31b**
sobrenatural. Y desea que los cristianos se esfuercen, en cuanto está de su parte, por conseguir tales dones, especialmente aquellos que contribuyen al servicio de la comunidad. Mas los corintios no deben olvidar que la perfección y plenitud de todos los carismas es el amor que deriva de Dios. En tres estrofas (v. 1-3; 4-7; 8-13) describe Pablo con este cantar de los cantares la esencia

1 del amor cristiano. Por poderoso que pueda ser un hombre dotado de carismas espirituales, por inauditas que puedan ser sus realizaciones éticas, en realidad todo eso sólo cobra valor y vida delante de Dios por el amor y en el amor.

Uno puede haber agotado hasta las últimas posibilidades del hablar en lenguas, puede incluso hablar «las lenguas de los ángeles»[22], todo ello será sonido hueco o puro ruido, si ese hom-
2 bre no posee el amor. Y el don de profecía, la capacidad de penetrar los misterios de Dios, en la medida en que ello le es dado al hombre, la misma fe, que es la exigencia suprema de Jesús[23] todo esto, por importante que sea en sí mismo, no puede conferir valor alguno delante de Dios al hombre que está sin amor.
3 Los esfuerzos todos resultarán baldíos cuando el amor falta; los más increíbles actos de sacrificio, la entrega magnánima de las cosas más preciosas para el corazón del hombre, la renuncia a la libertad y a las riquezas que aseguran la independencia; más aún, la misma vida (aquí cabe pensar en un martirio judío o cristiano, o bien en la muerte voluntaria de un filósofo pagano), todo serán obras muertas e inútiles delante de Dios, si en lo más profundo del hombre alienta un impulso de autoglorificación o cualquier otro afán de renombre, si no les infunde vida y valor el amor divino.

4 Cuando un hombre ama de verdad y en plenitud, posee la fuerza superior para aguantar a los otros y esperar su buena hora; con la riqueza que Dios le otorga inmerecidamente puede salir al encuentro del prójimo con el calor entrañable de un comportamiento benigno. La llama devoradora y turbulenta de la pasión envidiosa le es tan ajena como toda jactancia vacía y cualquier
5 hinchazón y engreimiento. No actúa despiadadamente, ni hace su camino rebosando desprecio hacia los más débiles, para no cuidarse más que de su propio provecho. Posee la fuerza como para contenerse y dominar las oleadas de la cólera, y hasta para no permitir que aparezca. No guarda rencor y olvida todo el mal tan pronto como se lo han hecho, y todo ello, no por debilidad

22. Cf. por ejemplo, 2 Cor 12,4; también Ap 14,2.3.
23. Mc 11.23; Mt 21,21; también Mt 17,20; Lc 17,6.

ni por no poder hacer otra cosa, sino como consecuencia de la
seguridad y riqueza del don que Dios le ha otorgado. No acepta **6**
ventaja alguna derivada de la injusticia y sabe que una ética, cuyo
supremo valor es el éxito, conduce irremisiblemente a una pavo-
rosa destrucción de lo humano en el hombre. Se alegra en el triun-
fo de la verdad, aunque en este mundo de apariencias y mentira
lleve siempre las de perder.

Quien ha sido llamado por la misericordia de Dios y ha expe- **7**
rimentado la fuerza de su amor, quien ha sido ganado y transfor-
mado por el amor de Dios, participa de ese amor incomprensible;
puede atesorarlo y guardarlo en su corazón; es capaz de creer
incondicionalmente en los otros e infundirles fuerza con su fe;
es un amor lo bastante fuerte como para esperarlo todo, aun lo
imposible; tiene espaldas anchas para aguantarlo y soportarlo
todo.

El amor es eterno; existe antes del comienzo de los tiempos, **8**
y permanecerá cuando todo haya concluido. Es el único que asien-
ta firmemente sus reales, y así como en la mañana de la creación
se derramó maravillosamente sobre el mundo, y en la cruz se ma-
nifestó en toda su fuerza aterradora, así también algún día reu-
nirá con Dios en una felicidad eterna e inimaginable a todos los
que habrán sido salvados. Los grandes carismas del presente son
transitorios: la profecía, el discurso en lenguas, el conocimiento,
sólo tienen significado para el tiempo presente de expectación
y esperanza. Y sólo son capaces de levantar una punta del velo **9**
impenetrable que ahora nos oculta el misterio de Dios; ahora
conocemos sólo en parte, y sólo en parte profetizamos. Cuando **10**
en el día del Señor (o de la parusía) irrumpa sobre nosotros la
revelación completa, entonces lo parcial e incompleto desapare-
cerá ante la plenitud de lo «perfecto». El campo visual del niño **11**
se diferencia esencialmente del campo visual del varón; el mundo
axiológico del niño se acomoda a su menor fuerza cognoscitiva.
Todo el entorno real y efectivo del mundo se le abre al hombre
maduro sólo de un modo progresivo. Y sólo el varón hecho y
derecho conoce cuanto los hombres pueden conocer en realidad.

Otro tanto le ocurre al cristiano, al que todavía no se le ha
abierto de lleno la visión de los secretos de Dios, comprensibles

12 por la inteligencia humana. El conocimiento que ahora poseemos no es más que un barrunto y anticipo del conocimiento al que estamos llamados; lo que aquí conocemos no es sino un adelanto de cuanto esperamos. Ahora conocemos mediatamente (cf. comentario a Rom 1,20), después lo haremos de manera directa, «cara a cara». Siempre, sin embargo, que el hombre conoce realmente a Dios, no se trata de un verdadero comienzo, sino que tal conocimiento representa siempre una respuesta. Dios tiene que actuar primero y, en efecto, así lo ha hecho en su eterno designio electivo y gratificante[24].

13 De cara al presente, al tiempo de salvación, que aún no se ha consumado, permanecen la fe, la esperanza y el amor; pero en la otra vida, la fe y la esperanza no permanecerán[25]. Pablo quiere mencionar las fuerzas fundamentales de la postura cristiana para el presente. Son la fe que se entrega a Dios de forma incondicional y confiada, la esperanza que tiende a los bienes eternos, y el amor que confiere vida a todo; el amor que procede de Dios y a él vuelve a través de los hombres, a los que abraza con un corazón agradecido y rebosante de la fuerza de Dios.

El amor

El amor (ἀγάπη, amor generoso, de una riqueza y plenitud desbordantes, amor espiritual o fruto del Espíritu, se contrapone al *eros*, amor instintivo, derivado de la necesidad y pobreza que aspira a llenar) se ha revelado al hombre, de un modo incomprensible, totalmente inesperado, que supera por completo todas las posibilidades de la mente humana, en la acción de Dios por Jesucristo[26]. Sólo con el sacrificio de Jesús en la cruz ha experimentado el hombre lo que es el verdadero amor. El amor de Dios, un Dios al que el apóstol llama «el Dios del amor y de la paz» (2Cor 13,11), no tiene una verdadera motivación, pues abraza a los hombres no precisamente porque sean obedientes y generosos

24. Cf. 1Cor 8,3 y Gál 4,9.
25. Cf. 2Cor 5,7; Rom 8,24.
26. Rom 5,5-10; 8,31-39.

con Dios, sino que son pecadores, impíos enemigos (Rom 5,6-10); se les elige de modo libre e inmerecido [27]. Es un amor pródigo, con un despilfarro que en la muerte sacrificial de Jesús sobrepasa todos los límites imaginables, y es un amor inmutable, eterno; permanece cuando todo lo demás pasará (1Cor 13,8).

El amor de Dios en Cristo (Rom 8,39) es a la vez amor de Cristo [28], que se entregó a sí mismo en un sacrificio aceptado libremente.

Frente a Dios el hombre no puede tomar la iniciativa, no puede más que dar una respuesta. Y la respuesta auténtica del hombre a la acción de Dios es la fe; la entrega al Dios que se revela y que abraza el ser entero del hombre, una fe que demuestra su autenticidad en el amor operante: Gál 5,6. De ahí que el apóstol sólo en escasas ocasiones hable del amor del hombre a Dios [29]. En 1Cor 8,3 resulta, además, evidente que incluso el amor a Dios es algo que el hombre ha recibido de regalo. Quien ha sido gratificado de modo inmerecido y generosísimo no puede reservar para sí solo tales riquezas: debe comunicarlas, sin temor a quedar por ello más pobre. Así las cosas, también el amor del hombre a su prójimo es un amor regalado; el amor de Dios se desborda a través de los creyentes que obedecen al Espíritu y se derrama sobre cuantos están necesitados de amor. El amor al prójimo es el cumplimiento de la ley [30], y de ese amor habla el Apóstol en todas las circunstancias.

Los discursos en lenguas y las profecías
14,1-25

[1] *Procurad conseguir el amor; pero aspirad a los dones del Espíritu, sobre todo al de profecía.* [2] *Pues el que habla lenguas no habla para los hombres, sino para Dios, ya que nadie lo entiende, aunque en Espíritu hable misterios.* [3] *Por el contrario, el que pro-*

27. Rom 1,7; 9,13 25; Ef 1,4 5; Col 3,12; 2Tes 2,13
28. Rom 8,35.37; 2Cor 5,14; Gál 2,20; Ef 5,2.
29. Rom 8,28; 1Cor 8,3; 2Tes 3,5.
30. Rom 13,10; Gál 5,14.

fetiza, habla a los hombres, edifica, exhorta y anima; [4] *el que habla lenguas se edifica a sí mismo, mientras que el que profetiza edifica a la Iglesia.* [5] *Yo quisiera que todos hablaseis lenguas, pero mucho más que profetizarais. El que profetiza es más que el que habla lenguas, a no ser que las interprete, para que la Iglesia reciba edificación.*

[6] *Ahora bien, hermanos, si me presento a vosotros hablando lenguas, ¿qué provecho os aportaría yo, si no os hablara con revelación, o con conocimiento, o con profecía, o con enseñanza?* [7] *Es lo que pasa con los instrumeentos inanimados que producen sonido, por ejemplo, la flauta o la cítara; si no da notas que se distingan, ¿cómo se sabrá lo que la flauta o la cítara toca?* [8] *Y también, si la trompeta emite un sonido confuso. ¿quién se preparará para la batalla?* [9] *De la misma manera, si vosotros mediante el don de lenguas no proferís discursos inteligibles, ¿cómo se podrá comprender lo que estáis diciendo? Parecerá que estáis hablando al viento.* [10] *Tal cantidad de idiomas como habrá en el mundo y ninguno es articulado.* [11] *Sin embargo, si no conozco el significado de ese idioma, seré para el que me habla un extraño, y él lo será para mí.* [12] *Así también vosotros, ya que aspiráis con ardor a los dones del Espíritu, procurad tenerlos en abundancia para la edificación de la Iglesia.* [13] *Por eso, el que habla lenguas, ore para que se le conceda la interpretación.* [14] *[Porque] si oro valiéndome del don de lenguas, mi espíritu ora, pero mi mente se queda sin fruto.* [15] *Entonces, ¿qué? Oraré con el espíritu y oraré también con la mente; cantaré himnos con el espíritu y los cantaré también con la mente.* [16] *Pues, si pronuncias alabanzas en espíritu, ¿cómo podrá decir Amén a tu acción de gracias el que ocupa el lugar de los no iniciados, si no entiende lo que dices?* [17] *Tu acción de gracias será excelente, pero al otro no le sirve de edificación.* [18] *Gracias a Dios, hablo más que todos vosotros en lenguas;* [19] *pero en una asamblea, prefiero hablar cinco palabras inteligibles, para instruir también a los otros, que no diez mil por el don de lenguas.*

[20] *Hermanos, no seáis niños en la inteligencia; sedlo sí en la malicia; pero en la inteligencia sed adultos.* [21] *En la ley está escrito que: «Con hombres de lenguas extrañas y con labios*

extranjeros hablaré a este pueblo; y ni aun así me escucharán» (Is 28,11-12), *dice el Señor.*

[22] *Por lo tanto, el don de lenguas es un signo, no para los creyentes, sino para los infieles; mientras que la profecía lo es, no para los infieles, sino para los creyentes.* [23] *Si, pues, la Iglesia entera se congrega en asamblea y todos hablan con el don de lenguas, y entonces entran no iniciados o infieles, ¿no dirán que estáis locos?* [24] *Si, por el contrario, todos profetizan, y entra un infiel o un no iniciado, es acusado por todos, es juzgado por todos;* [25] *los sentimientos ocultos de su corazón se hacen manifiestos, y entonces, postrándose, adorará a Dios, exclamando: Verdaderamente está Dios entre vosotros.*

Los fieles deben perseguir sobre todo el amor, que es fundamento y meollo de la actitud cristiana. Lo cual no excluye, en modo alguno, una aspiración a los carismas espirituales; sólo que ésta debe proceder dentro de un orden recto. Pablo aconseja a los corintios no tanto que aspiren al carisma de hablar en lenguas sino al de profecía. A partir de los datos que nos proporciona hemos de intentar trazar una imagen de los dones que pronto desaparecerían en la época siguiente. «El que habla en lenguas»[31] no puede ofrecer edificación alguna a la comunidad; habla cosas misteriosas que nadie entiende (v. 9) y cuyo destinatario es únicamente Dios (v. 2). Puede incluso beneficiarse de ese don (v. 4); pero a los extraños una asamblea de hablantes en lenguas puede darles la impresión de un atajo de locos (v. 23). El que habla en lenguas vierte palabras incomprensibles y confusas (v. 7.8.9.16) para quienes no están especialmente iniciados[32]. Habla un lenguaje extraño (v. 10 y 11), y así su discurso en la asamblea comunitaria es como un hablar al viento (v. 9). Evidentemente se trata de un lenguaje exaltado y extático, que en su extraña exaltación producía sobre muchos corintios una enorme impresión, ambicionándolo sobre todo, mientras que parecían despreciar los carismas menos aparatosos.

---

31. Cf. también comentario a Act 2,1-13.
32. Rom 12,10.30; 14,5.13.27.28.

Al discurso en lenguas Pablo contrapone *la profecía*. El que profetiza se dirige a la comunidad (v. 4.22); habla para los hombres, a los que «edifica, exhorta y anima» (v. 3). Sus palabras son inteligibles para cualquiera, están gobernadas por su inteligencia y se dirigen a la inteligencia crítica de los oyentes (v. 19.29). Pueden incluso hacer pensar y llevar a la conversión a los no cristianos, si les acontece entrar en una asamblea de profetizadores (v. 24-25). Así, pues, el que tiene el don de profecía está en una relación especial con Dios; penetra unos misterios inaccesibles a otros, posee unos conocimientos que son obra del Espíritu. Pero, al contrario de lo que sucede con quien habla en lenguas, puede emplear esos conocimientos de un modo racional en provecho espiritual de su prójimo, trátese de creyentes o de infieles.

2-5 El apóstol está firmemente persuadido del origen divino del discurso en lenguas; de ahí que no desee en modo alguno la desaparición de tal carisma en la comunidad cristiana. Pero con un amplio sentido realista conoce los graves peligros del incipiente fanatismo, y le cierra el paso resueltamente. El objetivo de todos los carismas especiales, rectamente entendidos, debe ser la edificación de la comunidad; así, el discurso en lenguas sólo podrá equipararse a la profecía cuando hay alguien que sabe interpre-
6 tar el lenguaje ininteligible. ¿Qué sacarían en limpio los corintios de la visita de un Pablo que apareciese hablando en lenguas? Sólo lograrían algo, si él les hablase «con revelación, o con conocimiento, o con profecía o con enseñanza» (v. 6). Aunque estos cuatro tipos de discurso cristiano no hay que entenderlos como formas perfectamente definidas de la predicación.

7 Mediante algunas comparaciones el apóstol intenta poner de manifiesto la inutilidad de los discursos en lenguas. Si al tocar un instrumento (y la cítara lo es de cuerdas) no se puede percibir una melodía perfectamente desarrollada, todo quedará en un
8 sonido confuso. Si la trompeta guerrera no hace más que ruido, nadie podrá distinguir en su toque una señal clara y comprensible y, en consecuencia, nadie podrá orientar su comportamiento
9 de acuerdo con ella. La aplicación de ambas imágenes resulta clara: el discurso espiritual incomprensible, no significativo, es como

un hablar al viento, y no provoca ningún cambio de vida en los oyentes, y provocarlo es justamente lo que interesa.

En una nueva imagen compara el apóstol el discurso en lenguas **10-11** con el perorar en una lengua extranjera: cuando dos se hablan, pero cada uno lo hace en su propia lengua, jamás podrán llegar a entenderse mutuamente. La consecuencia no la saca Pablo expre- **12** samente, pero se deduce por sí misma. Es de alabar, sin duda, el celo que existe en Corinto por los carismas espirituales; pero el objetivo indeclinable tiene que ser siempre la edificación de la comunidad. Quien ha sido agraciado con el don de hablar en **13** lenguas debe suplicar a Dios la facultad de poder también explicar para provecho de los demás ese mensaje espiritual que irrumpe sobre él y que, de primeras, resulta incomprensible. La petición **14** del Espíritu divino, que se manifiesta en los balbuceos y cantos del hablante en lenguas, no aporta ningún impulso al pensamiento claro que es el que toma las decisiones morales importantes. La consecuencia simple, que el apóstol saca con una moderación **15** tan práctica como sabia, es que conviene hacer una cosa sin abandonar la otra. Con el amén la comunidad hace suyas las súplicas **16** del orante, las refrenda, y en cierto modo las realiza. Esto era ya habitual en la liturgia de las comunidades judías. Así, pues, cuando un hablante en lenguas pronuncia una bendición o una acción de gracias, los no iniciados, que le escuchan sin entendarle, no pueden pronunciar su amén. Por lo mismo, no es posi- **17** ble una liturgia comunitaria adecuada. La oración del hablante en lenguas puede ser muy valiosa; pero no cumplirá con el objetivo de la liturgia comunitaria, toda vez que los participantes no reciben ningún provecho espiritual.

Personalmente, Pablo posee el carisma del hablar en lenguas, **18-19** y por ello da gracias a Dios. Nadie podrá, pues, echarle en cara que infravalore o desprecie un carisma espiritual tan importante. Pero hay que reconocer que el hablar en lenguas contribuye a la edificación del individuo agraciado; pero no es de provecho para la comunidad. De ahí que prefiera el discurso inteligible, más modesto, pero que es causa de edificación, a una brillante perorata en lenguas, sin utilidad alguna para quienes la escuchan.

Adoptando un tono de cordialidad Pablo conjura ahora a los **20**

corintios a que entren en juicio y depongan la sobreestima in-
21 fantil y falsa del hablar en lenguas. En el libro bíblico del profeta Isaías se expone el sentido profundo del discurso en lenguas. Pablo designa aquí como ley a todo el AT. La cita de Is 22,11-12, no coincide totalmente con el tenor literal de los LXX; el significado varía. En el texto hebreo, el pasaje suena así: «ciertamente con labios tartamudeantes y con lengua extranjera hablará a este pueblo... Mas no quisieron escucharle». Dios va a castigar a Judá por medio de los asirios que hablaban una lengua extranjera. A través del profeta, Dios habla amonestando a los dirigentes
22 judíos, sin que le escuchasen. El apóstol aduce el pasaje en su contexto; mediante un lenguaje en lenguas ininteligibles Dios quiere dar una señal a los incrédulos y quiere llamar así su atención; pero ellos se resisten a dicha señal (cf. Lc 2,34), y se endurecen en su culpable decisión contra Dios, por lo que el lenguaje misterioso se convierte para ellos en una calamidad. Con una observación paralela el apóstol explica que, por el contrario, el don de profecía se da para los creyentes, robusteciendo su fe por la acción de quienes han recibido el don profético.

23-25 ¿Cuál sería en la práctica el efecto del don de lenguas sobre el que no es cristiano (el «infiel» designa aquí a una persona que se considera neutral, a un no iniciado en las realidades cristianas, un profano) que se presentase (cosa que sin duda debió ocurrir) en la asamblea litúrgica de la comunidad? Para él el discurso en lenguas representará un tropiezo, y hasta llegará a pensar que ha caído en medio de una reunión de orantes extravagantes. Mientras que en el otro caso, cuando los cristianos profetizan, es decir, cuando edifican, exhortan y animan (v. 3), incluso un no cristiano que se hallase presente (y aquí el apóstol amplía el sentido del v. 22b) se sentiría tocado en su corazón, descubriendo en sí mismo que no puede menos de afectarle un razonamiento en que se habla de la verdadera situación del hombre. De este modo, el don de profecía, que se da en la comunidad, ayudará también al pagano, podrá sacudir su alma en lo más profundo y abrirle el camino hacia la verdad.

Normas prácticas
14,26-40

[26] *En definitiva, ¿qué, hermanos? Cuando os congregáis, cada*
uno puede tener un himno, una enseñanza, una revelación, un
lenguaje, una interpretación: Que todo sirva para edificación. [27] *Si*
se habla en don de lenguas, que hablen dos o a lo sumo tres, y
por turno; y que haya uno que interprete; [28] *si no hay intérprete,*
haya silencio en la asamblea y que cada uno hable consigo mis-
mo y con Dios. [29] *En cuanto a los profetas, que hablen dos o tres,*
y los demás juzguen. [30] *Pero si otro que está sentado recibe una*
revelación, que se calle el primero. [31] *Pues podéis profetizar todos*
por turno, para que todos reciban instrucción y consuelo; [32] *y los*
espíritus de los profetas a los profetas están sometidos; [33] *pues*
Dios no es Dios de desorden, sino de paz.

Como en todas las asambleas de los fieles, [34] *las mujeres callen*
en las asambleas, pues no les está permitido hablar, sino que se
muestren sumisas, como manda la ley. [35] *Y si quieren aprender*
algo, que lo pregunten a sus propios maridos en casa; pues no
está bien visto que una mujer hable en una asamblea. [36] *¿O es*
que la palabra de Dios salió de vosotros o a vosotros solos llegó?

[37] *Si alguno cree ser profeta o estar inspirado, reconozca que*
lo que escribo es una orden del Señor; [38] *y si no lo reconoce,*
tampoco él será reconocido. [39] *Así que, hermanos [míos], aspi-*
rad a la profecía y no impidáis el hablar en lenguas; [40] *pero todo*
esto hacedlo con decoro y con orden.

Se dan consejos prácticos que deben regular el estado de **26**
cosas en Corinto. En las asambleas comunitarias «cada uno» (sin
duda con una cierta exageración como en 11,21) debe contribuir
a la edificación de la comunidad, de acuerdo con su particular do-
tación carismática. Acerca del canto de salmos, que practicaba la
primitiva comunidad cristiana, podemos hacernos una imagen con
los datos que poseemos de Lc y de Ap[33]. Cuando en la asamblea **27**

33. Cf., por ejemplo, Lc 1,46-55.68-79; 2,29-32; Ap 4,11; 5,9.10.12.13; 11,17.18; 15,3.4.

comunitaria intervienen los hablantes en lenguas, es preciso que se guarden cuidadosamente de cualquier desenfreno y tumulto. El número de inspirados que tomen la palabra debe limitarse a dos o tres como máximo, y deberán hacerlo sin interferirse mutuamente, sino por turno. Para que ese carisma espiritual resulte fructuoso desde el punto de vista comunitario, alguien que esté capacitado deberá interpretar y exponer los sonidos y palabras en principio ininteligibles para edificación de todos los presentes.
28 Cuando falta esa exposición, y por ende el provecho espiritual de la comunidad, el hablante en lenguas tendrá que ejercitar ese su carisma a solas en su casa, y para honra y gloria de Dios.
29 Por lo que a los profetas se refiere, vige una limitación parecida: sólo dos o tres habrán de intervenir en la misma reunión eclesial, y la comunidad (¿o los otros «profetas»?) deberá juzgar desde su conciencia creyente las palabras de tales profetizantes, impidiendo así cualquier abuso de este importante carisma espi-
30 ritual. Cuando sobre alguno de los presentes, dotados del don profético, irrumpa de modo repentino y violento la revelación,
31-33 deberá callar el que estaba en el uso de la palabra. Cada uno contará desde luego con el tiempo necesario para exponer sus revelaciones en enseñanza y exhortación a la comunidad. El que profetiza tiene el dominio de su carisma, sin dejarse arrastrar por él a la deriva, sino que es capaz de frenarse a sí mismo.

Aquí se echa de ver el sentido práctico del apóstol, que con seguridad admirable sabe poner orden en la pluralidad y fervor exaltado de la vida espiritual de Corinto, sin dejar por ello que se pierda lo auténtico y verdadero. El orden responsable al ser de Dios, que es paz, unidad y armonía; por consiguiente, donde reinan el desorden y la confusión no puede estar Dios.

34 Es preferible unir la segunda parte del v. 33 con el 34. Pablo vuelve a afrontar una vez más la cuestión de si las mujeres han de tomar parte activa en las asambleas comunitarias. Teniendo en cuenta todo el entorno pagano y judío, así como la práctica de las otras iglesias[34], el apóstol decide que las mujeres deben guardar silencio, porque su misión está en otra parte (cf. asi-

34. Cf. 1Cor 11,16; también 4,7; 7.17.

mismo 1Tim 2,11.12). Según Gén 3,16, la propia naturaleza la
ha sometido al varón; y, de hecho, la mujer reina cuando se so-
mete. Si tiene alguna pregunta que hacer, que se la haga en casa 35
a su marido, ampliando así su instrucción; pero entre tanto no
formulen preguntas en la asamblea comunitaria. También en este 36
punto deben doblegarse los corintios, acomodándose a la práctica
adecuada, que es la habitual en todas las iglesias cristianas. No
tienen ningún privilegio sobre los demás; no constituyen la pri-
mera comunidad ni pueden tampoco reclamarse a otros dere-
chos especiales.

Existe una cierta dificultad para conciliar los v. 34-36 con 11,2-16, en que se dan por supuesto las alocuciones en público de las mujeres. Si no se quiere pasar por alto esta contradicción, o eliminar de un plumazo como espurios los v. 34-36, cabría suponer que se trata de dos tipos de asambleas diferentes: en el cap. 11, de asambleas domésticas; aquí, asambleas comunitarias de toda la Iglesia. Y aún habría dos soluciones verosímiles. Una sería la hipótesis de que en 14, 34-36 Pablo saca las últimas consecuencias de su propia postura, que en 11,2-16 no había hecho más que sugerir y preparar. O bien, y ésta sería la segunda hipótesis, aceptar la idea de que en el capítulo 11 se trata de un discurso edificante de las mujeres, mientras que en el pasaje presente lo prohibido serían los interrogatorios sin orden ni concierto por parte de la asistencia femenina.

Los versículos siguientes ponen una vez más ante nuestros ojos 37-38
el resumen conciso de cuanto el apóstol ha expuesto con anterio-
ridad. Aquel que, entre cuantos parecen ser carismáticos, tiene
realmente la fuerza de Dios, reconocerá lo justificadas que están
las prescripciones del apóstol. Si alguno no lo hace así, es que
no está movido por el Dios de la paz (cf. 8,3), sino que sirve a
las fuerzas del desorden. El carisma más valioso y apetecible es 39-40
la profecía, aunque también el hablar en lenguas es producto del
Espíritu de Dios, y no puede ahogarse en modo alguno. Para
poder mantener una vida fructífera, es preciso que haya orden;
si la comunidad cristiana de Corinto quiere llevar una existencia
eficaz y duradera, deberán reinar en ella la compostura y la de-
cencia. Hay que combatir y eliminar el desorden y el fanatismo.

PARTE QUINTA

SOBRE LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS
15,1-58

La resurrección de Cristo
15,1-11

1 Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié y que
recibisteis, en el cual os mantenéis firmes, 2 y por el cual encon-
tráis salvación, si es que conserváis la palabra que os anuncié;
de lo contrario, es que creísteis en vano. 3 Porque os trasmití, en
primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nues-
tros pecados según las Escrituras; 4 que fue sepultado y que al
tercer día fue resucitado según las Escrituras; 5 que se apareció a
Cefas, después a los doce; 6 más tarde se apareció a más de qui-
nientos hermanos juntos, de los cuales, la mayor parte viven
todavía; otros han muerto; 7 después se apareció a Santiago, más
tarde a todos los apóstoles; 8 al último de todos, como a un aborto,
se me apareció también a mí; 9 pues yo soy el menor de los após-
toles; y no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí la
Iglesia de Dios. 10 Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su
gracia no se ha frustrado en mí; al contrario, trabajé más que
todos ellos, no precisamente yo, sino la gracia de Dios que está
conmigo. 11 En conclusión, tanto ellos como yo así lo proclama-
mos y así lo creísteis.

1 En el capítulo 15 el apóstol aborda un tema nuevo. La situa-
ción en Corinto hacía necesaria una exposición concienzuda de la
fe cristiana en la resurrección. Esa situación pudo Pablo haberla
conocido a través de la carta, mencionada anteriormente, de la pro-

pia comunidad o, por lo que a la cuestión presente se refiere, tal
ven por medio de otras comunicaciones orales o escritas. La esperan-
za capital del cristianismo es que resucitaremos para una vida eterna;
el apóstol debió, pues, estar profundamente interesado en eliminar
cualquier confusión o inseguridad en este punto. En su predi-
cación misionera había proclamado ante los corintios el Evan-
gelio sin merma alguna, y ellos lo habían acogido con fe. Pablo
no duda de la buena voluntad de los destinatarios de su misiva
por mantenerse firmes en la doctrina recibida; pero lo que importa, 2
si es que quieren alcanzar su salvación, es que conserven el Evan-
gelio íntegro, cuidando de evitar cualquier falsificación. Deben
recordar fielmente la palabra del apóstol y, junto con ello, acomo-
darse a sus exigencias. Ciertas atenuaciones de las mismas, algunas
acomodaciones a los errores de moda, determinadas tentativas
para ocultar o desfigurar ante el griego o el judío — siempre de
acuerdo con sus gustos — unas verdades cristianas que les re-
sultan incómodas, equivaldría a la destrucción del cristianismo en
Corinto.

El fundamento de la fe cristiana es la obra de salvacióón rea- 3
lizada por el Señor, que se consuma en la resurrección de entre los
muertos. Pablo ha trasmitido escrupulosamente todo el mensaje
que él, a su vez, había recibido (del propio Señor glorificado y de
la comunidad primitiva), y en primer término los hechos esencia-
les de Jesucristo: su muerte, sepultura y resurrección. La muerte
de Cristo por nuestros pecados debió probarse por las Escrituras,
y de modo fehaciente por Is 53,5-9 [1], aun cuando nosotros no
encontramos en las cartas del apóstol ninguna demostración es-
criturística formal en favor de la muerte redentora de Cristo (cf.,
sin embargo, Gál 3,13). El hecho de la sepultura de Cristo debe eli- 4
minar cualquier duda sobre la realidad de su muerte. De esa muer-
te real Cristo fue resucitado al tercer día, según estaba predi-
cho en las Escrituras. Tampoco aquí señala el apóstol, de modo ex-
plícito, los pasajes en que se fundamenta la prueba bíblica; pero
sin duda que ha debido pensar en textos como Sal 16,10 (cf. Act
2,25-31; 13,35); Jn 2,1 (cf. Mt 12,39.40); Os 6,2.

1. Cf. Act 8,32.33; 1Pe 2,24.

5 La realidad de la resurrección de Jesús es demostrada por Pablo con todo detalle, puesto que menciona, en orden histórico, a una serie de testigos que vieron con sus propios ojos al Resucitado. No habla de las mujeres en el sepulcro; le interesan únicamente los testigos «oficiales». A Cefas se le cita en primer término; de esa aparición tenemos también noticia por Lc 24,34. Los «doce» (cf. comentario a Rom 1,1-7; Pablo utiliza sólo aquí esta expresión, inexacta después de la apostasía de Judas) vieron ya al Señor resucitado el mismo día de pascua[2]. Tal haya que referir también a este dato el encuentro que tuvo lugar ocho días después
6 (cf. Jn 20,26-29). Nada nos refieren los Evangelios de una aparición del Resucitado a más de quinientos cristianos (y que tal vez debió ocurrir en Galilea); Pablo hace hincapié en que la mayor parte de esos testigos vive todavía, y, en consecuencia, se les
7 puede preguntar al respecto. La aparición a Santiago, el hermano del Señor y dirigente de la cristiandad judaizante de Jerusalén[3], sólo se menciona aquí. La aparición «a todos los apóstoles» (en contraposición a la que acaba de mencionar a un apóstol solo) corresponde probablemente, si es que la enumeración sigue un orden cronológico, a la que relata Mt 28,16-20.

8-9 El último testigo en favor de la resurrección de Cristo es el propio Pablo. En las cercanías de Damasco, Jesús le salió al encuentro haciéndole sentir su fuerza vital[4]. Pablo sabe que en el círculo de los fieles a Jesús empieza por ser una excepción. En su enconada animosidad contra la Iglesia de Dios *(ekklesía* = cristiandad en su conjunto), Pablo cometió una grave injusticia (cf. Gál 1,13-15).

Ahora, cuando después de su tardía conversión, piensa en ello, no puede por menos de sentirse como un abortivo entre los testigos de Jesucristo. Se siente y sabe el menor de los apóstoles; más aún, se considera indigno del calificativo de apóstol.
10 Pero, por hondas que sean las raíces que la conciencia de su indignidad ha echado en él al reflexionar sobre su fuerza y capacidad personales, experimenta un noble orgullo al contemplar lo que ha

2. Cf. Lc 24,36-49; Jn 20,19-23.
3. Cf. Gál 1,19; 2,9; y también comentario a Act 12,17.
4. Act 9,3-7; 22,6-11; 26,13-18.

sido capaz de llevar a cabo con la fuerza de Dios. Sabe que ha llevado a término una empresa realmente inaudita y que, desde luego, ha trabajado más que cualquier otro apóstol; pero sabe también que todos sus éxitos se deben exclusivamente a la gracia de Dios, que ha estado con él.

Por lo que respecta a las verdades fundamentales de la fe, no **11** existe ninguna diferencia doctrinal entre los mensajeros del Evangelio, aun cuando cada uno de cara a su misión particular tenga que poner a contribución su estilo y manera peculiar de enseñanza. Tanto Pablo, como Pedro o Santiago, todos dan testimonio en favor de Cristo, muerto en cruz y resucitado. Y ése es el Evangelio al que los corintios se han comprometido.

La resurrección de Cristo, prenda de nuestra resurrección 15,12-34

12 Y si se proclama que Cristo ha sido resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que algunos de vosotros dicen que no hay resurrección de muertos? 13 Porque, si no hay resurrección de muertos, ni siquiera Cristo ha sido resucitado. 14 Y si Cristo no ha sido resucitado, vacía, por tanto, es [también] nuestra proclamación; vacía también vuestra fe; 15 y resulta que hasta somos falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio en contra de Dios, afirmando que él resucitó a Cristo, al que no resucitó, si es verdad que los muertos no resucitan. 16 Porque, si los muertos no resucitan, ni Cristo ha sido resucitado; 17 y si Cristo no ha sido resucitado, vana es vuestra fe; aún estáis en vuestros pecados. 18 En este caso, también los que durmieron en Cristo están perdidos. 19 Si nuestra esperanza en Cristo sólo es para esta vida, somos los más desgraciados de todos los hombres.

20 Pero no; Cristo ha sido resucitado de entre los muertos, primicia de los que están muertos. 21 Porque si por un hombre vino la muerte, también por un hombre ha venido la resurrección de los muertos: 22 pues como en Adán todos mueren, así también en Cristo serán todos vueltos a la vida. 23 Cada uno en el orden que le corresponde: las primicias, Cristo; después, los de Cristo en

su parusía; [24] *después, será al final: cuando entregue el reino a Dios padre, y destruya todo principado y toda potestad y poder.* [25] *Porque él tiene que reinar hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies.* [26] *El último enemigo en ser destruido, será la muerte.* [27] *En efecto: «Todas las cosas las sometió bajo sus pies»* (Sal 8,7). *Pero al decir que todas las cosas están sometidas, está claro que será con excepción del que se las sometió todas.* [28] *Y cuando se le hayan sometido todas las cosas, entonces [también] se someterá el mismo Hijo al que se lo sometió todo; para que Dios lo sea todo en todos.*

[29] *Además, ¿qué harán los que se bautizan en atención a los muertos? Si los muertos no son resucitados en absoluto, ¿por qué siguen bautizándose en atención a ellos?* [30] *Y nosotros mismos, ¿por qué nos estamos arriesgando a cada momento?* [31] *Cada día me estoy muriendo: os lo juro, [hermanos], por el orgullo que tengo de vosotros en Cristo Jesús, nuestro Señor.* [32] *Si sólo por motivos humanos luché en Éfeso con fieras, ¿de qué me servirá? si los muertos no son resucitados, «comamos y bebamos, que mañana moriremos»* (Is 22,13).

[33] *No os dejéis engañar: «Las malas compañías corrompen las buenas costumbres.»* [34] *Despertad de esa modorra, como es justo, y no sigáis pecando; pues hay algunos que tienen desconocimiento de Dios. Para vergüenza vuestra lo digo.*

12 Si los cimientos son sólidos, también lo será el edificio. Si no puede ponerse en duda la resurrección de Jesucristo, cimentada como está en el testimonio de los testigos de la fe, y si los cristianos de Corinto tampoco la ponen en duda, ¿cuál es la razón última para que algunos de ellos nieguen la resurrección de los muertos? Carecemos de noticias exactas acerca de los círculos a los que el apóstol se dirige; evidentemente se trata de cristianos griegos a los que, habida cuenta de la mentalidad de su entorno, la resurrección de los muertos creaba graves dificultades. Al griego — sobre todo por la influencia de la filosofía platónica — el cuerpo se le antoja como un mal, como la cárcel del alma, y — aparte las dificultades lógicas de tipo general que la fe en una resurrección corporal plantea — en modo alguno podía considerar

como una ganancia un nuevo encadenamiento del alma al cuerpo.
Pablo intenta remover esta actitud apuntando ante todo a la base **13**
de los prejuicios contrarios. Quienes niegan la resurrección de los muertos creen, como cristianos, en la resurrección de Cristo. Pero, a lo que parece, nunca han echado de ver que esa resurrección no se mantiene por sí sola. El acontecimiento inaudito es un acontecimiento de la historia de la salvación. Cristo no ha sido resucitado para sí solo, sino que en él se ha cumplido algo que debe realizarse en todos los hombres y que, por él, ya ha tenido lugar en principio dentro de los creyentes y bautizados, aunque todavía habrá de cumplirse en toda su plenitud. Con la resurrección de Jesucristo se ha abierto definitivamente el tiempo de la salvación, desde luego de modo oculto pero real. Si Cristo ha muerto y ha sido resucitado, ha sido para que nosotros muriésemos y resucitásemos con él[5]. Porque nuestra resurrección es la que da el verdadero sentido a la resurrección de Jesús, se sigue lógicamente que la negación de la verdad fundamental cristiana de la resurrección de los muertos implica la negación de su condición preliminar, que es la resurrección de Jesús.

Pero si se niega razonablemente la resurrección de Jesús, en- **14**
tonces resultan vacías de contenido tanto la predicación de los
apóstoles como la fe de los corintios. En tal caso, los apóstoles **15**
serían falsos testigos de Dios y de su acción; pero eso no puede ser, y los propios corintios deben reconocerlo así en lo más íntimo de su corazón. Como el apóstol alude de nuevo, en los versículos siguientes, a las consecuencias deletéreas de los prejuicios del grupo corintio al que combate, procura movilizar en los bien dispuestos las necesarias fuerzas de rechazo. Por propia experiencia puede testimoniar que la predicación de los apóstoles fue una palabra dotada de fuerza y que su propia fe es una fuerza vigorosa. No podrán por menos de oponerse a las consecuencias que el apóstol saca implacablemente, y volver así a la verdad plena.

El v. 16 repite lo dicho en el v. 13, mientras que el versículo **16-17**
17 reasume el 14, aunque ampliando la deducción. Si la resurrec-

5. Cf. Rom 6.3-5; 1Cor 6,14; 2Cor 4,14; 1Tes 4,14.

ción de Cristo es una fábula, entonces también la liberación de
los corintios frente a los pecados (y con ello de la fuerza del
pecado véase el comentario a Rom 5,12) no será más que una fan-
18 tasía. En tal caso también resulta baldía la esperanza en la salva-
19 ción de quienes se han dormido en la fe de Cristo. Pero es que,
sobre todo, la posición misma de los cristianos resulta lastimosa.
Asumen las exigencias y renuncias de una vida cristiana, se abstienen
de muchísimas cosas temporales para conseguir la eternas. Ahora
bien, todo ello no sería más que una ilusión. Son, pues, unos pobres
necios, unos locos que merecen compasión.

20 A la prueba, que el apóstol saca de la argumentación absurda
de sus adversarios, le añade una prueba teológica. Pablo ha de-
mostrado el milagro de la resurrección en la medida en que cabe
demostrarlo, mencionando a los testigos de crédito (v. 5-8). No
es preciso sacar las tenebrosas consecuencias de los v. 13-19. An-
tes de Cristo el mundo estaba irremediablemente condenado a
la perdición; pero ahora[6] todo ha cambiado, gracias a la resurrec-
ción de Cristo. Porque Cristo no ha sido resucitado para sí solo;
en realidad, constituye sólo las primicias de la espléndida cosecha
divina que llevará.

21 En la historia de la salvación existen unas conexiones, que tie-
nen su propia lógica, pero que no por ello resultan menos con-
vincentes para los que saben ver. El tiempo primitivo y la edad es-
catológica (iniciada con Cristo) tienen unas misteriosas correspon-
dencias: así como un hombre (que desde luego no era el hombre
corriente, sino el primer hombre, el tronco y al propio tiempo
representante de toda su descendencia) trajo la desgracia al mundo,
así también otro hombre — parecido por lo que respecta al al-
cance de su acción, pero totalmente opuesto por la índole de la
22 misma — trae ahora la salvación. O, dicho más claramente: en
Adán todos mueren, mientras que en Cristo todos los creyentes
alcanzan la plena revelación de la vida eterna, que ya ahora está
depositada en ellos. Tan segura es la revivificación de todos al
final de los tiempos en fuerza de su misteriosa unión con Cristo,
como es un hecho indiscutible la muerte de todos a causa de

6. Cf. Rom 3.21 y comentario a Rom 5,12-21.

su vinculación, que no se describe con más detalle, con Adán, con su castigo y, consecuentemente, también con su culpa [7].

La mención de la consumación final induce al apóstol a hacer 23
algunas observaciones sobre el fin de este mundo; observaciones que parecen romper el contexto general (v. 23-28). Por designio divino, en la resurrección de los muertos hay un orden: el primero o «primicias» es Cristo, que con su resurrección ha alcanzado ya la plenitud de su gloria (cf. Rom 1,4). Y aunque los creyentes ya ahora viven en él — y después de la muerte de cada uno podrán estar «con Cristo», Flp 1,23 —, también es verdad que la proclamación pública de su gloria, la culminación — en cierto modo «política» — de su proceso consumativo, sólo tendrá lugar el día de la venida de Jesús, de su parusía. Esta palabra griega (παρουσία) tiene un sentido original de presencia, llegada; en la época neotestamentaria se convirtió en una expresión habitual para designar la aparición gloriosa de un dios en el culto y en los hechos sorprendentes. También entró en el lenguaje común de las provincias del imperio romano para indicar la comparecencia de destacadas personalidades políticas, por ejemplo, la llegada del César. Pablo designa con la palabra «parusía» la venida en poder del Señor para el juicio al final de los tiempos [8].

Ahora bien, el fin y cumplimiento de toda la historia y de la 24
historia salvífica es la consumación de la misión mesiánica de Cristo, en el momento en que restablezca el orden total del mundo, orden que sólo puede existir de modo efectivo y real en la subordinación absoluta de todo a Dios. Todo lo que es contrario a Dios será aniquilado; la acción nefasta de los demonios, contra cuyos ataques tienen los cristianos que combatir incesantemente (véase, por ejemplo, Ef 6,11.12), y de los hombres engañados por ellos,
será eliminada de modo definitivo. En un desarrollo incesante e 25
incontenible de su manifestación, Cristo acabará por triunfar. En la Escritura se predice claramente la victoria del Mesías; el apóstol cita en forma libre el Sal 110 (109) 1.

Desde su resurrección Cristo domina como rey, aunque por

7. Cf. el comentario a Rom 5,12-21.
8. Véanse los comentarios a Rom 3,21-21 y a 5,12-21.

el momento de una manera invisible, aunque no por ello menos efectiva; al igual que la acción de Dios en este mundo sólo se revela a los ojos de los creyentes. Sólo en el día de la parusía se revelará con todo su fulgor, cuando será reconocido como el pan-
26 tócrator o Señor universal, constituido por Dios. Su fuerza soberana superará todos los módulos humanos; delante de él se esfumarán todos los sueños terrenos de grandeza y todas las realizaciones, por brillantes que puedan parecer, se hundirán en la inanidad de lo terrestre. Sólo él tendrá poder para derrotar a los verdaderos enemigos del hombre, uno tras otro, terminando por la muerte, con la que pretende triunfar todo cuanto es contrario a
27 Dios y al hombre. Así, pues, ninguna de las potencia maléficas, que en otro tiempo dominaron el mundo, y contra las cuales hubo de quebrarse toda voluntad humana, no podrá ya resistir ante la soberanía de Cristo.

En la misma Escritura (Sal 8,7, citado libremente) se dice que todo, sin excepción, lo someterá Dios al Mesías (en el AT el salmo aludido celebra en general la dignidad y excelencia otorgada por Dios al hombre; pero Pablo aplica el versículo en cuestión al Mesías, al que corresponde la dignidad soberana en una medida que todo lo rebasa). Naturalmente, que el propio Mesías queda
28 siempre subordinado a aquel a quien debe su misión y poder. El objetivo de la lucha mesiánica por la soberanía, que está en marcha desde la resurrección de Jesús y que se cerrará con la victoria total en la parusía, no es otro que la eterna e ilimitada realeza de Dios. Al final, y para siempre, Dios lo será «todo en todos», el único y supremo principio y el objetivo supremo de la existencia y acción de todas las criaturas.

29 Con el versículo 29 vuelve el apóstol a tratar el tema que había dejado en el v. 23, aduciendo en favor de la resurrección de los muertos dos argumentos más, sacados de la conciencia cristiana (v. 29 y v. 30-32). En Corinto había, según parece, cristianos que se hacían bautizar en favor de sus parientes o amigos que habían muerto siendo gentiles, para hacerles partícipes de la salvación con tal bautismo sustitutivo o vicario; costumbre que, por lo demás, se mantendría aún largo tiempo en círculos heréticos. Aun cuando se trataba, sin duda, de una concepción mágica

del sacramento, que nada tenía de cristiana, el apóstol se muestra muy cauto en su condena; cualquiera que haya sido su actitud al respecto, lo único que en la situación presente le interesa sobre todo, y sobre lo que los corintios deben ciertamente reflexionar, es que tal costumbre perdería todo su sentido de no estar arraigada sobre una fe profunda en la resurrección de los muertos.

Y por lo que toca al mismo Pablo, cabe decir algo parecido. **30** Su vida es una cadena de sufrimientos (cf. comentario a 2Cor 4,1-12), vida que sería absurda si la resurrección de los muertos no fuese más que un hermoso sueño. El ministerio del apóstol **31** es un continuo morir; así lo afirma solemnemente por lo más valioso que posee, que es la gloria conseguida con la conversión de los corintios por la fuerza de Jesucristo. En Éfeso, donde la **32** carta fue escrita, ha corrido unos peligros, que bien podrían equipararse a la lucha de un hombre, que combate desnudo y sin perspectiva alguna de salvación, con las fieras. Una interpretación literal de la imagen de esta lucha con fieras tropezaría, primero, con el hecho de que Pablo poseía el derecho de ciudadanía romana (cosa que le protegía contra semejante castigo), y, segundo, con el dato de que Pablo en la larga enumeración de sus penalidades (2Cor 11,23-33) nada diga sobre tal lucha[9].

Todos los padecimientos habrían sido inútiles y se habría expuesto sin razón alguna a todos los peligros; ¿qué ventaja reportaría al apóstol su vida heroica, si Cristo no hubiera sido resucitado y, sobre todo, si personalmente no ha de tener parte en esa resurrección de los muertos? Estando así las cosas, seguir la consigna de los mundanos, que Pablo describe con unas palabras del profeta Isaías (Is 22,13 literalmente). En su pavorosa, y en definitiva inhumana, ausencia de esperanza (1Tes 4,13), a los paganos no les queda más que volverse resueltamente a las cosas de aquí, y ahogar el afán insaciable de eternidad que quema al hombre en el disfrute fácil y transitorio de lo puramente terreno.

Con severa amonestación exhorta el Apóstol a que mantengan **33** los ojos abiertos. Con una cita (probablemente convertida ya en

9. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, en su carta a los *Romanos*, 5,1, empleando una imagen parecida, compara a los soldados que le guardaban y a los que estaba encadenado, con diez leopardos.

proverbio o refrán) de la comedia *Thais*, del popular comediógrafo ateniense Menandro (hacia 343-293 a.C.), exhorta a la cautela en el trato con los paganos, que con sus concepciones tentadoras a la vida fácil pueden resultar muy peligrosos a un cristia-
34 nismo superficial. Lo que importa de verdad es no engañarse. Lo que cuenta es ver que el desaforado grito jubiloso de los mundanos brota de la boca de unos beodos, que ya no son capaces de conocer la realidad. La fe cristiana es práctica y realista, y así puede guardarse del pecado que, en definitiva, siempre comporta la corrupción del hombre. Hay en Corintio gentes que han abrazado la fe, pero que a pesar de eso todavía no poseen el verdadero conocimiento del ser y voluntad de Dios. Ello debería ser motivo de vergüenza y corrección para la comunidad.

Modo de la resurrección
15,35-58

35 Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué
cuerpo vendrán? 36 ¡Necio! Lo que siembras no es vuelto a la
vida, si no muere. 37 Y al sembrar, no siembras el cuerpo que
luego ha de ser, sino un simple grano, por ejemplo, de trigo o de
cualquier otra cosa; 38 y Dios le da un cuerpo según quiere: a cada
semilla su cuerpo correspondiente. 39 No toda carne es la misma
carne: hay carne de hombre. carne de animales, carne de aves y
de peces. 40 Y hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres; pero uno
es el fulgor de los celestes y otro de los terrestres. 41 Uno es el
esplendor del sol; otro el de la luna y otro el de las estrellas, y
una estrella se diferencia de otra en esplendor.

42 Así también será la resurrección de los muertos: se siembra
en corrupción, se resucita en incorrupción; 43 se siembra en vileza,
se resucita en gloria; se siembra en debilidad, se resucita en for-
taleza; 44 se siembra cuerpo psíquico, se resucita cuerpo espiritual.
Si hay cuerpo psíquico, hay también cuerpo espiritual. 45 Así tam-
bién está escrito: «El primer hombre, Adán, fue ser viviente»
(Gén 2,7); *el último Adán, espíritu vivificante. 46 Sin embargo,*
lo primero no fue lo espiritual, sino lo psíquico, después, lo espi-

ritual. [47] *El primer hombre hecho de la tierra, fue terreno; el segundo hombre es del cielo.* [48] *Cual fue el hombre terreno, así son también los hombres terrenos, y cual es el celestial, así también serán los celestiales.* [49] *Y como hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del celestial.*

[50] *Pero os digo esto, hermanos: que carne y sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción.* [51] *Mirad: Os voy a decir un misterio: No todos moriremos, pero todos seremos transformados,* [52] *en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al sonido de la última trompeta; porque ésta sonará, y los muertos serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos transformados.* [53] *Pues esto corruptible tiene que ser vestido de incorruptibilidad; y esto mortal tiene que ser vestido de inmortalidad.* [54] *Cuando esto corruptible sea vestido de incorruptibilidad, y esto mortal sea vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita: «La victoria se tragó a la muerte.* [55] *¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde, oh muerte, tu aguijón?»* (Is 25,8; Os 13,14).

[56] *El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la ley.* [57] *Pero ¡gracias a Dios que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!*

[58] *De manera que, amados hermanos míos, permaneced firmes, inconmovibles, progresando constantemente en la obra del Señor y sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no cae en el vacío.*

La fe cristiana en la resurrección de los muertos encontró so- **35**
bre todo dos enemigos: primero, el desprecio del cuerpo, ampliamente difundido en el mundo pagano de entonces (cf. el comentario al v. 12), y el segundo, las imágenes demasiado groseras de la pervivencia en un marco profundamente terreno; imágenes que se dejaban sentir especialmente en los círculos judíos. Para eliminar las últimas dudas posibles, era muy importante dar a los corintios alguna explicación acerca de las cualidades peculiares del cuerpo resucitado, diferente por completo del que era en su existencia terrena. El apóstol pone en boca de sus enemigos una objeción (reflejo sin duda de sus experiencias misioneras, y recurso literario empleado también por los filósofos itinerantes del estoi-

cismo), para rebatirlo con un severo reproche por la desconfianza que refleja en las infinitas posibilidades de Dios la doble pregunta
36 ingenua del v. 35. Una serie de comparaciones debe proporcionar al interrogador una idea más clara de la genuina fe cristiana en la resurrección, poniendo al tiempo de relieve que en estas cuestiones la mayor parte está todavía oculta en el secreto de Dios, y que oculta permanecerá hasta el día en que todo sea revelado.

Es ley de la naturaleza el que la semilla deba morir antes de
37 dar fruto (cf. Jn 12,24), y el que lo sembrado sea distinto de la planta — en esta fórmula se perciben ya resonancias de la aplicación que seguirá de la imagen —, aunque desde luego media una relación innegable entre lo que crece y el grano desnudo de la semilla; relación que para Pablo no puede ser ciertamente una
38 pura naturaleza biológica. Dentro de la naturaleza el crecimiento es una serie indefinida de repetidos actos de creación por parte de Dios; de ahí que revista escasa importancia el que la ley natural esté ya dada de antemano — porque estaría dada por Dios — o bien que sea el Dios creador (idea que tiene el Apóstol) el que en cada instante infunde con su fuerza una virtualidad nueva a
39-41 la ley natural. ¡Qué inmensamente múltiple es la creación visible! Los seres vivos se distinguen entre sí por su «carne» (que aquí sin duda es la forma y ser corporal); mientras que los elementos del cielo, los cuerpos celestes, se diferencian de los cuerpos terrestres por su «fulgor» (δόξα), palabra con la que Pablo «abarca aquí, a no dudarlo, todo lo que constituye la fuerza y el valor de un cuerpo» (Schlatter). Entre los mismos cuerpos celestes existen múltiples grados.

42 Volviendo a los v. 36-38, el apóstol aplica ahora las comparaciones a los problemas que le ocupan. Ser resucitado no quiere decir prolongar indefinidamente la propia existencia terrena; el cuerpo que se corrompe se asemeja tan poco al cuerpo de la resurrección como la semilla a la planta. Se entierra un cuerpo, constituido por una carne terrena y condenado a una putrefacción rápida, mientras que el hombre adquiere en su resurrección un cuerpo que será incorruptible. Nada es capaz de explicar de forma más impresionante la fuerza inaudita de la fe cristiana en la resurrección como lo hace este contraste. Que todo ha de pasar y

que toda belleza humana lleva ya en sí misma el germen de la corrupción es el dolor más profundo del hombre terreno. Para él no existe consuelo alguno. Lleno de tristeza, ve con amarga resignación cómo se pone en marcha lo inevitable, aunque su voluntad profunda suspire y anhele apasionadamente por una vida eterna. Para la fe cristiana no existe limitación de ningún género al poder creador de Dios. Y será Dios quien resucite al hombre con un cuerpo incorruptible. Las formas de la futura existencia duradera serán radialmente distintas de la existencia humana.

El cuerpo actual comporta en muchos aspectos deshonor y de- 43-44
bilidad; pero el cuerpo futuro existirá con el resplandor y la fuerza de Dios. Nuestro cuerpo terreno es un cuerpo psíquico, animal (= carnal, con una vida puramente natural, y no sobrenatural); el cuerpo futuro estará totalmente gobernado por el espíritu (πνεῦμα) y será incorruptible. El que es «necio» (v. 36) ciertamente que no ve nada; pero quien contempla con inteligencia el mundo que le rodea y medita la obra de Dios, hallará sin duda en la creación visible un camino que le conducirá al descubrimiento de las maravillas de la vida eterna. Dios, que ha creado el cuerpo animal, terreno y corruptible, puede también crear con su inagotable fuerza creadora (cf. v. 39-41) un cuerpo espiritual incorruptible.

El apóstol agrega una prueba escriturística. Cita Gén 2,7 y 45
— de acuerdo con los métodos interpretativos de su tiempo — del primer hombre, Adán, deduce «el último Adán», Cristo, que con su resurrección ha entrado en aquella comunión íntima con el Espíritu que es el fundamento y causa de toda vida sobrenatural en el hombre (cf. 2Cor 3,17). En las líneas que siguen Pablo 46
ataca probablemente una interpretación judeohelenística (Filón) del doble relato de la creación del hombre[10]. Según dicha exposición, en el primero de los citados textos se narraría la creación del hombre superior, del «hombre ideal», de la «idea del hombre» platónica, mientras que el relato de Gén 2,7 se referiría al Adán histórico, al protopariente pecador y corporal de la humanidad (Lietzmann). Según tales interpretaciones, primero habría llegado lo superior, y después lo inferior; pero en realidad ha sido al re-

10. Gén 1,27 y Gén 2,7.

47 vés: primero fue el Adán formado del polvo, la imagen imperfecta (tipo) o, mejor, la contraimagen (antitipo) de Cristo [11].

48-49 Ninguno de los dos constituye una realidad aislada en sí misma; uno y otro son troncos de una descendencia. Así como del primer Adán, surgido del polvo de la tierra, ha derivado una serie incontable de hombres terrenos, así también Cristo es modelo y causa de la existencia de los cristianos. Sin embargo, se pone de relieve que los cristianos empiezan por formar parte de la línea y descendencia del primer Adán. Al igual que el progenitor, han sido también creados sus descendientes, que presentan una imagen fiel de Adán [12]. Pero ahora han sido configurados a Cristo, por el momento de un modo invisible sin duda, mas con la esperanza de una revelación esplendente el día de la consumación de todas las cosas.

50 Entre la existencia terrena y la existencia en el reino de Dios (véase el comentario a 4,20) se abre un inmenso abismo, sin que el hombre natural disponga para pasarlo de ningún puente viable. El camino de la existencia terrena a la celestial pasa por la muerte y la transformación; es preciso que Dios intervenga. Se rechaza la idea judía (aunque no simplemente judía) de una resurrección carnal; la vida corruptible y la incorruptible son realidades contrarias e irreconciliables.

51 El apóstol anuncia a los corintios, como un misterio (véase el comentario a Rom 11,25) la verdad de la transformación de todos los hombres (creyentes); no hay otra posibilidad de acceso a la vida eterna. Tanto si los cristianos viven aún el día de la parusía — recuérdese que el apóstol ha contado siempre con la pronta llegada de ese acontecimiento (aunque véase también 2Cor 5,8 y Flp 1,23) —, como si para entonces ya han muerto, nadie
52 podrá entrar en la consumación sin una metamorfosis previa. Mediante imágenes expresivas [13] describe el apóstol tal metamorfosis, que será simple y llanamente obra de Dios y un milagro incomprensible. Según el sentido literal del texto, hay que suponer que la transformación de los muertos tendrá lugar simultáneamente a

11. Véase el comentario a Rom 5,12,21.
12. Cf. el comentario a 1Cor 11,7.
13. Cf. 1Tes 4,16 17; también Mt 24,31.

la resurrección. Lo terreno es por su propia naturaleza caduco **53-55**
y corruptible; así que, necesariamente, tendrá que vestirse de incorruptibilidad. Esta imagen, tal vez sin pretenderlo, señala el carácter inmutable de lo que subyace a todo cambio.

Ahora bien, si esa transformación es posible, y llegará a ser una realidad, queda desterrada la desesperación más radical del mundo. La muerte será entonces vencida[14]. Pablo cita a Is 25,8 en conexión con Os 13,14, y en un tenor textual muy particular. El apóstol lanza un grito jubiloso con la conciencia feliz del cristiano al saber que su más encarnizado enemigo ha sido vencido para siempre. Con el acto divino de la resurrección, la muerte queda derrotada, quebrándosele su aguijón que es realmente de-
letéreo (subyace la imagen de los escorpiones). Con una nota expli- **56**
cativa, que rompe un poco el ritmo impetuoso, se califica al pecado de verdadero aguijón de la muerte, la cual recibe su carácter funesto y asesino en exclusiva de la ley[15].

El apóstol cierra este largo capítulo con una acción de gracias **57**
a Dios, que le brota de lo más íntimo del corazón. Quien, hallándose en la luz divina penetra con la mirada en las tinieblas del mundo circundante, sabe lo que Dios le ha dado, por medio de la obra salvadora de Jesucristo en relación con el triunfo definitivo. Tan pronto como alienta una esperanza fundada en la vida eterna, desaparece de raíz la desesperación, que de hecho va ligada a la pura humanidad terrena cuando ésta reflexiona sobre su verdadera situación de un modo honesto y sin paliativos.

En virtud de una fe tan alta los corintios, a quienes Pablo **58**
expresa su cariñosa solicitud, tienen que conseguir una firmeza inconmovible; llevarán fruto abundante en la obra del Señor, en el trabajo realizado por Cristo (con una vida cristiana y con el quehacer apostólico: 16,10). En Cristo todo ha adquirido su verdadera dimensión; el hombre puede actuar sólo cuando realmente vale la pena, y realmente vale la pena cualquier esfuerzo y cualquier padecimiento cuando se tiene ante los ojos un premio inmarcesible. Pero el comienzo y el fin de esa fe consoladora es siempre Cristo, con quien el cristiano está en comunión íntima.

14. Véase el comentario a 1Cor 15,26.
15 Véase el comentario a Rom 7,14-25.

CONCLUSIÓN
16,1-24

La colecta; planes de viaje; noticias
16,1-12

[1] *En cuanto a la colecta en favor de los fieles, habéis de actuar*
según las instrucciones que di a las iglesias de Galacia. [2] *El pri-*
mer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte lo que
buenamente haya podido ahorrar, de modo que no tengan que
hacer las colectas precisamente cuando yo vaya. [3] *Y cuando lle-*
gue, enviaré a los que vosotros escojáis, con cartas de presenta-
ción, para llevar vuestro donativo a Jerusalén. [4] *Y si parece con-*
veniente que vaya yo también, irán conmigo.

[5] *Llegaré a vosotros después de pasar por Macedonia, pues*
paso por Macedonia; [6] *tal vez me detendré con vosotros, y hasta*
quizá pase el invierno, y así me encaminaréis vosotros a donde
tenga que ir. [7] *Porque no quisiera haceros ahora una visita de*
paso; espero estar con vosotros una temporada, si el Señor lo per-
mite. [8] *En Éfeso me quedaré hasta pentecostés;* [9] *porque una puerta*
grande y eficaz se me ha abierto, pero los enemigos son muchos.

[10] *Si llega Timoteo, procurad que se encuentre sin temor entre*
vosotros; pues realiza la misma obra del Señor que yo. [11] *Así*
pues, que nadie lo tenga en menos. Encaminadlo en paz, para
que venga a mí, ya que lo estoy esperando con los hermanos.

[12] *En cuanto al hermano Apolo, le rogué insistentemente que*
fuera a vosotros con los hermanos; pero no quería en absoluto ir
por ahora; irá cuando se presente la ocasión.

Con el magnífico capítulo sobre la resurrección de los muer- 1
tos el apóstol alcanza el punto más alto y decisivo de su carta;
ya sólo le restan algunas noticias breves, y de carácter más bien
personal. Pablo se refiere una y otra vez [1] al encargo que le hizo
el llamado concilio de los apóstoles (Gál 2,10) acerca de una co-
lecta en favor de la perseguida Iglesia de Jerusalén, que pasaba
por graves aprietos y dificultades, y a cuyos fieles se aplicaba de
forma particular el apelativo de «los santos» [2], generalizado para
designar a los cristianos. También los corintios deben de tener en
cuenta las indicaciones que Pablo ha dado a las iglesias de Gala-
cia (sobre las cuales no tenemos otra fuente que el v. 2). Cada 2
primer día de la semana, es decir, nuestro actual domingo, pues-
to que Pablo cuenta según el calendario judío [3], los fieles separan
en su casa una contribución para la colecta de Jerusalén, y así
irán ahorrando poco a poco una suma considerable. De este modo, 3-4
cuando el Apóstol llegue habrá ya una cantidad notable que podrá
remitirse a Jerusalén con unos emisarios de confianza y acredita-
dos mediante cartas de recomendación. El asunto es lo bastante
grave como para que el apóstol viaje personalmente a la ciudad
santa; pero aun en ese caso no dejarán de acudir también los
enviados de Corinto para expresar su vinculación y gratitud a la
iglesia primera.

Antes de llegarse a Corinto quiere el apóstol hacer una breve 5
visita a las comunidades de Macedonia [4]. Después permanecerá 6-7
más tiempo en Corinto, hasta es posible que pase allí todo el in-
vierno antes de proseguir sus viajes acompañado por algunos miem-
bros de la comunidad. Así podrá cumplir la voluntad divina ayu-
dando a una iglesia, que en las circunstancias presentes necesita
ayuda. Pablo quiere continuar en Éfeso — desde donde escribe la 8
carta — hasta la fiesta judía de pentecostés [5], que se celebraba sie-
te semanas después de la pascua. Precisamente ahora — como 9
indica el propio Pablo con una imagen que no corre perfectamen-

1. Cf. Rom 15,25-32; 2Cor 8-9.
2. Cf. el comentario a Rom 1,7; 15,25.
3. Cf. los comentarios a Act 20,7 y Ap 1,10.
4. Véase el comentario a Act 19,21-22.
5. Éx 34,22; Lev 23,15-22; Dt 16,9-12.

te con los dos adjetivos calificativos[6] ha encontrado una magnífica oportunidad de hacer llegar el Evangelio con eficacia a un círculo mayor de personas. Y de esta forma piensa hacerlo para afianzar la posición de la comunidad frente a los numerosos enemigos.

10-11 Timoteo es el enviado del apóstol, que ya ha emprendido por tierra el camino hacia Corinto (4,17); pero sólo llegará después de la carta que ha sido expuesta por vía marítima y alcanzará antes la meta corintia. Timoteo lleva también algunos encargos para las comunidades de Macedonia (Act 19,22). El apóstol quiere evitar a su joven colaborador (1Tim 4,12) el peligro de una acogida y trato poco respetuoso, y así, lo recomienda como a un mensajero del Evangelio que participa de la dignidad del apóstol y puede aspirar a ejercer una autoridad. Los corintios deben acogerle con el debido respeto en razón de su cometido; habrán de proporcionarle acompañamiento cuando se decida a volver junto al apóstol, que le espera «con los hermanos» (sin duda los habituales acompañantes de los primitivos misioneros cristianos).

12 Es evidente que, por escrito o de palabra, los corintios habían rogado a Pablo para que indujera a Apolo a hacerles una nueva visita. Y Pablo había puesto en la recomendación todo su empeño; pero Apolo, por motivos que desconocemos, se había negado de momento, aunque sin descartar la visita para más adelante.

Exhortaciones y saludos
16,13-24

[13] *Estad alerta, permaneced en la fe, portaos varonilmente, sed*
fuertes. [14] *Todo lo vuestro hágase con amor.*
[15] *Os hago una recomendación, hermanos: sabéis que los de*
casa de Estéfanas fueron las primicias de Acaya y que se consa-
graron al servicio de los fieles. [16] *Tened deferencia con ellos y con*
todo el que colabora y trabaja. [17] *Me alegro de la presencia de*
Estéfanas, de Fortunato y de Acaico, porque éstos han llenado

6. Cf. 2Cor 2,12; Col 4,3.

vuestra ausencia, [18] y así han tranquilizado mi espíritu y el vuestro. Estadles, pues, reconocidos.

[19] Os saludan las iglesias de Asia. Muchos saludos en el Señor de parte de Áquilas y de Prisca, y de la asamblea que se congrega en su casa. [20] Os saludan todos los hermanos. Saludaos unos a otros con el ósculo santo.

[21] Mi saludo de puño y letra: Pablo. [22] El que no ama al Señor, sea anatema. Marana tha. [23] La gracia del Señor Jesús sea con vosotros. [24] Mi amor con todos vosotros en Cristo Jesús.

En medio de las noticias personales, que proporcionan los **13-14**
v. 10-12 y 15-18, se insertan algunas breves observaciones. Frente
a todo error que se desliza ocultamente hay que estar vigilantes
y permanecer firmes en la fe. Esto exige hombría y fortaleza in-
terior (la fórmula está tomada del Sal 31[30]25). La regla suprema
del comportamiento cristiano es el amor, que debe gobernar todo
el pensamiento y actividades, tanto del individuo como de la co-
munidad. La casa de Estéfanas, como muy bien saben los co- **15**
rintios, ha prestado grandes servicios a la Iglesia, además de con-
tar con el honor de haber sido la primera de Acaya en acoger
el Evangelio (el apóstol no tiene aquí en cuenta las conversiones
aisladas de Atenas, cf. Act 17,34); el propio Pablo administró per-
sonalmente, y de modo excepcional, el bautismo (1,16).

Por su labor desinteresada en servicio del Evangelio, estas perso- **16**
nas y todos sus colaboradores se han ganado un derecho especial a ser
escuchados, y ante esa autoridad deben también doblegarse los
corintios. El propio Estéfanas y otros dos cristianos de Corinto **17-18**
(tal vez como portadores de la carta con las preguntas a las que
Pablo ha contestado en 1Cor) permanezcan de momento junto
a Pablo; ello es algo que a éste le llena de profunda alegría; por
su fe y su lealtad con el apóstol, por las noticias que le han llevado
y por la posibilidad que le brindan de mantener una conversación
acerca de las múltiples cuestiones que atañen a la iglesia de Co-
rinto, ciertamente que le han aportado un consuelo. Y lo que a
él le afecta, afecta también de algún modo a los corintios todos;
por eso deben tributarles el honor a que se han hecho acreedores.

Siguen luego los saludos de las iglesias de Asia, por las que **19-20**

Pablo puede hablar en virtud de su autoridad. Los saludos de Áquilas y Prisca (cf. el comentario a Rom 16,3-5) con los de «la asamblea que se congrega en su casa», la «iglesia doméstica», por la que podemos entender o bien los miembros que formaban la familia o bien a los cristianos que se reunían habitualmente en su casa. «Todos los hermanos» son sin duda los fieles de Éfeso en su conjunto. El ósculo santo era la expresión sensible de la comunión íntima que existe entre los cristianos[7].

21-24 La subscripción de puño y letra de Pablo se encuentra asimismo en otras cartas del apóstol[8]. La expresión aramea *Marana tha* puede significar tanto: «¡Señor nuestro, ven!», como: «Nuestro Señor viene» o «ha venido» (referida a la encarnación o a su presencia en el culto litúrgico). El que Pablo, a diferencia de lo que suele hacer otras veces[9], no dé aquí la traducción de esta expresión, acuñada sin duda en un medio arameo (y por consiguiente en la Iglesia primitiva), es un indicio seguro de que se trata de una fórmula litúrgica, como *Amen* o *Alleluia*. El texto de Ap 22, 20 induce a pensar que también aquí se trata de una súplica por la pronta aparición del Señor en su parusía[10].

Cuando se desprecia el amor de Dios en Cristo, hay que temer el castigo de su cólera. Pero los cristianos han de ser partícipes de la gracia salvadora de Jesús. En Cristo Jesús el apóstol Pablo se sabe amorosamente unido a los corintios. ¡Y ésta es su última palabra!

7. Cf. Rom 16,15; 2Cor 13,12; 1Tes 5,26; también 1Pe 5,14.
8. Cf. Gál 6,11-18; Col 4,17-18; Flm 19.
9. Cf. Rom 8,15; Gál 4,6.
10. Véase también *Didakhe* 10,6.

TEXTO Y COMENTARIO
DE LA
SEGUNDA CARTA A LOS CORINTIOS

Introducción
1,1-11

Inscripción y saludo
1,1-2

[1] *Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, a la iglesia de Dios que está en Corinto y a todos los fieles que están en Acaya entera:* [2] *gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.*

El encabezamiento habitual de las cartas y el saludo episto- 1
lar formulario de la segunda misiva a los corintios corresponden, con mínimas diferencias, a la introducción de la primera[1]. En el puesto de Sóstenes, Pablo menciona como corremitente a Timoteo (véase el comentario a Act 16,1-3), que al tiempo de redactarse 1Cor se encontraba de camino hacia la capital de Acaya[2], y que ahora está de nuevo al lado del apóstol. A la comunidad de Corinto une Pablo «a todos los fieles que están en Acaya entera»; sin duda que los cristianos que vivían dispersos por toda la provincia de Acaya (la cual desde 146 a.C. comprendía las

1. Cf. 1Cor 1,3 y su comentario.
2. 1Cor 4,17; 16,10.

regiones de Ática, Beocia y Peloponeso) estaban en conexión con la iglesia de la capital de la provincia romana.

Alabanza a Dios por su consuelo y ayuda
1,3-11

3 ¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre
de las misericordias y Dios de todo consuelo! 4 Él nos consuela
en toda tribulación, hasta el punto de que, mediante esa consola-
ción con la que a nosotros mismos nos consuela Dios, podamos
consolar a los que están en toda clase de tribulación. 5 Porque,
así como los padecimientos de Cristo rebosan en nosotros, así
también, mediante Cristo, rebosa nuestra consolación. 6 Y si pa-
samos tribulación, es por vuestro consuelo y salvación; si recibi-
mos consuelo, es para vuestra consolación, la cual actúa eficaz-
mente al haceros soportar los mismos sufrimientos que padecemos
nosotros. 7 Y nuestra esperanza respecto de vosotros está sólida-
mente fundada, pues sabemos que de la misma manera que tenéis
parte en los padecimientos, así la tenéis también en el consuelo.
8 Porque no queremos que ignoréis, hermanos, la tribulación
que nos sobrevino en Asia: tan pesadamente y por encima de
nuestras fuerzas nos abrumó, que llegamos a perder toda espe-
ranza de vivir. 9 Sin embargo, hemos tenido dentro de nosotros
mismos la sentencia de muerte, para que no estemos confiados
en nosotros mismos, sino en el Dios que resucita a los muertos.
10 Él nos libró de una muerte tan segura y nos librará. En él he-
mos puesto nuestra esperanza y nos librará todavía. Ayudadnos
11 vosotros también con la oración a favor nuestro, de suerte que
el don concedido a nosotros en atención a muchas personas, sea
agradecido por muchas en nombre nuestro.

3-4 Con una doxología a Dios, emparentada con las fórmulas judías (cf. Ef 1,3), el apóstol, que evidentemente se encuentra todavía bajo la impresión directa de unos acontecimientos amargos, introduce una solemne acción de gracias a Dios por su consuelo y liberación (v. 3-11). De Dios, que se ha revelado en Jesucristo,

procede todo consuelo auténtico; esto es algo que Pablo ha experimentado una y otra vez justamente en medio de sus numerosos y graves padecimientos[3]. En la superación de todas las tribulaciones, por medio de la certeza siempre renovada — y que es siempre un don divino — de la victoria final, Pablo descubre la acción de Dios. En mil ocasiones, y en contra de todos los cálculos de probabilidades, Pablo ha vivido la experiencia de que sus fuerzas no sólo no desfallecían, sino que se renovaban con un vigor indomable.

Tal experiencia le da derecho y autoridad para consolar a quienes tropiezan con el dolor en su camino, y consolarlos no con palabras vanas e ineficaces, sino con la fuerza convincente de quien sabe de dolores. El consuelo que el apóstol recibe y proporciona no es un consuelo reflexivo, un persuadirse a uno mismo ni un simple cambio de sentimientos, sino que brota más bien de la experiencia profunda de una realidad divina y se fundamenta en la acción de Dios. Ciertamente que Pablo ha saboreado tribula- 5
ciones sin cuento y que ha devorado infinitos dolores físicos y psíquicos — amarguras, traiciones, calumnias, persecuciones, malos tratos, intentos de asesinato... —; pero con todos esos sufrimientos ha alcanzado una comunión mística y real cada vez más profunda con Cristo, que padeció primero. Los padecimientos del apóstol son los padecimientos mismos de Cristo[4]. El sentido de todo sufrimiento se esclarece como prolongación del Cristo paciente. Ante esta verdad, que penetra la vida entera del discípulo de Jesús, ha de enmudecer cualquier otro interrogante, y cualquier intento de explicar por consideraciones meramente humanas el hecho increíble del sufrimiento, resulta, en cualquier sentido, inviable frente a este fundamental conocimiento cristiano.

Mas, si para el hombre que sabe que sufre en Cristo y con Cristo, el sufrimiento ha perdido ya su aguijón más doloroso que es el absurdo absoluto de no saber por qué se sufre; la situación cambia por completo cuando el hombre recibe un consuelo que «rebosa» de Cristo, que fluye hasta él de su misteriosa comunión

3. Cf. 2Cor 4,7-11.16-18; 6,4-10; 7,4-6; 12,9-10.
4. Cf. el comentario a 2Cor 4,12.

6 de vida con Cristo. ¿Qué pueden significar ya para el apóstol Pablo los padecimientos, cuando recuerda que el futuro de su paciencia es beneficioso para sus hermanos en la fe, por quienes sufre? [5]. De este modo no pasa hora alguna de su vida en la que no trabaje para el bien de sus comunidades. Ha de padecer para que, de sus padecimientos, reporten las iglesias un provecho espiritual; así experimentará el consuelo de Dios, del que después podrá hacerles partícipes.

Pero esa consolación divina nunca es cosa de sentimiento, ni una sensación de bienestar puramente psicológica; es más bien una fuerza viva que se demuestra en la constancia del que sufre (cf. Rom 5,3-4). El apóstol da por supuesto que también los corintios, al igual que él, han de sufrir penalidades, aunque no podamos afirmar que aluda a unos acontecimientos concretos; cabe pensar, sin embargo, en la difícil situación que para una naciente comunidad cristiana representaba el entorno pagano.

7 La seguridad de la admirable y misteriosa comunión de todos los cristianos en Cristo, así como la conciencia consoladora del común destino paciente infunden al apóstol la esperanza cierta de que los corintios sabrán comportarse como cristianos auténticos.
8-9 Con viva emoción alude a la tribulación gravísima que le ha sobrevenido «en Asia», aunque sin dar más detalles sobre el particular. Ignoramos a qué circunstancia concreta se refiere, y hemos de contentarnos con formular algunas hipótesis. Tal vez haya que pensar en algunos acontecimientos desconocidos para nosotros, pero relacionados de algún modo con los disturbios de Éfeso (Act 19, 23-40). Los corintios debían saber al respecto mucho más que nosotros o, en el peor de los casos, habrían de contentarse con lo que aquí les comunica Pablo. El trance hubo de ser tan grave y angustioso que, con unos criterios puramente humanos, no cabía esperar salir de allí con vida. Pero en situación tan apurada Pablo pudo comprender una vez más que, cuando los recursos humanos resultan inútiles, el poder divino siempre puede ayudar; si Dios lo quiere puede hacer hasta lo que parece imposible y hasta puede
10 resucitar a los muertos (cf. Rom 4,17). Ésa es justamente la expe-

5. Cf. 4,12; Col 1,24.

riencia del apóstol, pues ha sido arrancado a una muerte segura.

Y esto es lo que le infunde nuevos ánimos y una nueva esperanza para el futuro. Su vida, que incluso en el momento presente de la redacción de la carta, continúa corriendo un peligro gravísimo, seguirá estando en manos de Dios, como lo ha estado hasta ahora. Para ello solicita la ayuda de los hermanos de Corinto por **11** medio de la oración; todos deben unirse a la acción de gracias del apóstol por su liberación. Los versículos 10 y 11, con su lenguaje recargado, son expresión elocuente de la agitación que conmovía al apóstol.

PARTE PRIMERA

APOLOGÍA DEL MINISTERIO DE PABLO
1,12-7,16

La gloria de Pablo
1,12-14

12 Porque ésta es nuestra gloria: el testimonio de nuestra con-
ciencia de que hemos procedido en el mundo, y especialmente
con vosotros, con la simplicidad y honradez de Dios, [y] no con
sabiduría carnal, sino en gracia de Dios. 13 Porque no os escribi-
mos sino lo que leéis o incluso comprendéis, y espero que lo com-
prenderéis plenamente, 14 lo mismo que comprendisteis en parte
que somos vuestro orgullo, como vosotros sois también el nuestro
en el día del Señor Jesús.

En Corinto ha sido atacada y puesta en tela de juicio la autoridad del apóstol. Ahora se esfuerza, mediante unos razonamientos adecuados y muy profundos, por establecer sus relaciones con la comunidad expuesta al peligro y por darles una base teológica. Para ello no se atiene a ningún esquema, sino que avanza a los impulsos de una argumentación viva; en el medio de una exposición se interrumpe, hace unas divagaciones para reanudar después el hilo. La carta está llena de alusiones a la situación en que por entonces se hallaba la comunidad; mucha cosas no podemos ya entenderlas, y convendría una cierta reserva en la exposición para no tomar como hechos lo que no pasa de meras pro-
12 babilidades. Evidentemente al apóstol se le había reprochado de doblez y falta de sinceridad; en Corinto había provocado un gran

disgusto que no llevase a cabo una visita que había prometido. Frente a tales reproches el apóstol se remite a un fallo inapelable: el de su propia conciencia[1]. En lo más profundo de su corazón está persuadido de que su proceder ha sido recto delante de Dios; su norma de conducta no ha sido nunca una sabiduría astuta, en base a cálculos puramente humanos (cf. 1Cor 1,18-25; aquí la idea se aplica de modo más resuelto a la ética), sino a aquella santidad y simplicidad de miras que deriva del ser de Dios, y que desde luego es un don inmerecido de su gracia. Si esto vale para la vida toda del apóstol, tiene una vigencia mayor aún por lo que respecta a su actividad en Corinto. Las cartas **13-14** del apóstol están pensadas tal como han sido escritas; no hay en ellas subterfugios ni dobles sentidos, pueden entenderse simple y llanamente.

Cierto que existen diversos grados de inteligencia, y que la comunidad en su conjunto no ha alcanzado todavía el grado supremo. Pero existe una fundada esperanza de que los cristianos todos de Corinto caigan por fin en la cuenta de cuán íntima y decisivamente están ligados entre sí el Apóstol y la comunidad. Lo que les ata no son meros vínculos terrenos; su comunión no tiene una vigencia transitoria, sino que alcanza hasta el juicio de Jesús en el día de su venida o parusía. Ese día decisivo todos verán de un modo claro y palpable que están unidos entre sí con vistas a la salvación: Pablo con los corintios, pero también los corintios con Pablo[2].

Cambio del plan de viaje
1,15-22

[15] *Y con esta confianza quería ir primeramente a vosotros, para que tuvierais un segundo beneficio;* [16] *y pasar por vosotros a Macedonia, y de Macedonia regresar de nuevo a vosotros, para ser encaminado por vosotros a Judea.* [17] *Al pretender, pues, esto,*

1. Véase el comentario a Rom 2,12-16.
2. Cf. Flp 2,16; 1Tes 2,19.

¿procedí con ligereza? ¿O mis proyectos son según la carne, de
suerte que en mí haya el «sí, sí» y el «no, no»? [18] *Pero Dios es*
fiador de que nuestra palabra dirigida a vosotros no es «sí» y
«no». [19] *Porque el Hijo de Dios, Cristo Jesús, proclamado entre*
vosotros por nosotros, por mí, por Silvano y por Timoteo, no fue
«sí» y «no», sino que en él se realizó el «sí». [20] *Pues todas las*
promesas de Dios, en él se hicieron «sí». Por eso también, cuan-
do damos gloria a Dios, decimos por él nuestro «Amén». [21] *Y es*
Dios quien a nosotros, junto con vosotros, nos asegura en Cristo
y nos ungió, [22] *y también nos marcó con su sello y puso en nues-*
tros corazones la fianza del Espíritu.

15-16 Lo que tanta polvareda ha levantado en Corinto no es más que una mala inteligencia. Pablo se esfuerza por aclararlo. Cuando, según las noticias que Timoteo le llevó [3], cambió su plan primitivo (1Cor 16,5) yendo a Corinto antes de realizar su viaje a Macedonia, quiso proporcionar a la comunidad por segunda vez el beneficio que como apóstol podía procurarle en grado muy particular. Pero la situación en Corinto era tan tormentosa, que Pablo optó por continuar el viaje hasta Macedonia posponiendo de momento su segunda visita a Corinto; en lugar de ésta, al volver al Asia (Éfeso) escribió una carta «llevado de mucha angustia y ansiedad de corazón», una carta «en medio de muchas lágrimas» (2,4) en la que llamaba grave y enérgicamente la atención a la comunidad y a los culpables.

17 El repetido cambio de planes produjo una amarga irritación en Corinto (por razones que no llegamos a entender por completo). Como quiera que sea, las decisiones de Pablo no proceden de una actitud ligera o «según la carne», ni se rigen tampoco por unos puntos de vista puramente terrenos y mundanos; por todo ello se comete una grave injusticia contra Pablo al echarle en cara que diga sí y no al mismo tiempo.

18 El apóstol monta su defensa sin quedarse en la superficie, sino que nos adentra en las profundidades de su cristianismo que abarca a todo el hombre y que recrimina gravemente a la conciencia

3. Cf. 1Cor 4,17; 16,10.

del hombre moderno por su endeblez religiosa. Pablo asegura
su rectitud en la lealtad de Dios que no puede decir sí y no simul-
táneamente. Es apóstol de Jesucristo, y con sus compañeros Ti- 19
moteo y Silvano[4] ha desarrollado su labor en Corinto únicamente
a favor de Jesucristo. Y con Cristo está unido de la forma más
íntima...; pues bien, Cristo es el sí personificado. Con su encar- 20
nación ha dado el cumplimiento definitivo a todas las promesas
de Dios y representa la consumación de las esperanzas más hon-
das del hombre. El amén comunitario de la Iglesia (tomado de
la liturgia judía) —véase 1Cor 14,16— es refrendado con gra-
titud desbordante por el propio Cristo, Hijo de Dios, como acto
divino que supera infinitamente las esperanzas del hombre. Seme-
jante confesión glorifica a Dios y, en este mundo obcecado, le
exalta tal como es en realidad. Con su acción Dios otorga al cris- 21-22
tiano la comunión decisiva con Cristo que ha cambiado de raíz
la situación absolutamente desesperada del hombre. Por el bau-
tismo el hombre queda indisolublemente unido a Cristo (cf. Rom
6,3-5,); el acontecimiento bautismal se describe a través de las imá-
genes «asegurar en Cristo», «ungir», «marcar con su sello». Junto
con la recepción sacramental en la Iglesia se le da al hombre la
«fianza del Espíritu»[5]. El Espíritu que se nos ha concedido fun-
damenta la expectativa de que Dios nos ha salvado, pero esta
salvación todavía no se ha revelado en toda su plenitud.

Razones para el cambio de plan
1,23-2,4

23 *Y yo pongo a Dios por testigo, por mi vida, de que precisa-*
mente en consideración a vosotros no he ido todavía a Corinto.
24 *No es que intentemos dominar con imperio en vuestra fe, sino*
que colaboramos con vuestra alegría, pues estáis cimentados en
la fe.

1 *Porque esto es lo que me propuse: no haceros de nuevo una*

---

4 Cf. 1Tes 1,1; 2Tes 1,1; cf. el comentario a Act 15,22.
5 Cf. 2Cor 5,5; Ef 1,14; también Rom 8,23.

visita que fuera con tristeza. [2] *Porque, si yo os proporciono disgusto, ¿quién me va a alegrar a mí, sino el que recibe disgusto de mí?* [3] *Y esto precisamente os digo en mi carta: que al llegar ahí no debería yo recibir disgusto de aquellos que me deberían proporcionar alegría; y que confío en todos vosotros en que mi alegría es la de vosotros todos.* [4] *Por eso, llevado de mucha angustia y ansiedad de corazón, os escribí en medio de muchas lágrimas. Pero no para proporcionaros disgusto, sino para daros a conocer el amor desbordante que siento por vosotros.*

23 No hubo ningún motivo egoísta que indujese a Pablo a cambiar sus planes de viaje; por el contrario — y lo subraya solemnemente —, sólo pensó en los propios corintios. Lo único que pretendió fue hacerles un favor ahorrándoles el disgusto y amargura de una acción punitiva personal infligida con todo el peso de su autoridad apostólica, porque no hubiera tenido más remedio que corregirlos severamente. Así pues, que no vuelvan a entenderle mal.

24 Como apóstol que es, Pablo defiende su dignidad y su derecho, pero no quiere oprimir ni dominar, no pretende imponer su derecho a la manera carnal. Para ello confía en que los corintios se mantengan firmes en la fe; ahora ya no necesitan ninguna otra ayuda. Pero él quiere que los fieles alcancen la alegría cristiana, que representa la coronación y justificación inmediata de todo esfuerzo moral. Quiere contribuir por su parte a que los fieles puedan descubrir en su vida esa alegría pura y serena, que dimana del nuevo ser, y puedan descubrirla en toda su plenitud como una
1-2 fuerza y revigorización. De ahí que le interesase tanto preparar un encuentro amistoso y alegre con los corintios. ¡Cuán íntimamente unido se siente con los corintios y qué penoso le resulta cualquier enojo de ellos! Por ello, no quiso que las cosas discurriesen de una forma tan triste y dolorosa como en su última y breve visita [6].

Lo que Pablo desea es infundirles una alegría espiritual; ahora bien, si su comparación punitiva en Corinto iba a provocar enfrentamientos difíciles y tal vez hasta un alejamiento entre la

6. Véase el comentario a 2Cor 1,15

comunidad y su apóstol, esa alegría del pastor y padre se hubiese visto turbada, cuando tal alegría era lo que el corazón del apóstol anhelaba más ardientemente. Para permanecer fiel a su mi- 3-4
sión y, por otra parte, para no poner en peligro el amor y la confianza de los corintios, ideó esa otra salida; profundamente agitado había escrito aquella dura carta, cuya finalidad última no era en modo alguno perturbarles, sino restablecer la autoridad postergada y conducir a los pecadores al arrepentimiento y la penitencia. La «carta de las lágrimas» (que no se nos ha conservado) fue escrita por el apóstol para demostrar a los corintios su auténtico amor pastoral; amor que no es un sentimentalismo complaciente con todo, sino que a veces ha de cortar y quemar con vistas al verdadero provecho espiritual de quienes le han sido confiados.

Perdón al ofensor
2,5-11

[5] *Y si alguno ha causado un disgusto, no me lo ha causado a*
mí; sino, hasta cierto punto, por no exagerar, a todos vosotros.
[6] *Ya es bastante para él el castigo que le ha impuesto la mayoría;*
[7] *de suerte que, por el contrario, más bien tenéis que perdonarlo*
y animarlo, no sea que ese tal se sienta abrumado por la exce-
siva tristeza. [8] *Por eso os ruego que le ratifiquéis enteramente*
vuestro amor. [9] *Pues para esto también os escribí: para hacer la*
prueba de que sois obedientes en todo. [10] *A aquel a quien algo*
perdonéis, yo también lo perdono; pues lo que yo he perdonado,
si algo tuve que perdonar, ha sido en atención a vosotros en
presencia de Cristo, [11] *para no vernos engañados por Satán, pues*
no ignoramos sus designios.

Pablo recuerda un determinado episodio, que los corintios de- 5-6
bían conocer bien. Evidentemente, en su visita intermedia algún miembro de la comunidad le causó «un disgusto» grave — al menos de modo indirecto por el daño que infirió a la Iglesia —. El suceso — bien fuera contra él personalmente, bien fuese dirigido contra otros — no le afectaba sólo a él; es un asunto que

exige de toda la comunidad una toma de posición. Sin duda que
la mayor parte se había puesto del lado del apóstol condenando
al transgresor a un grave castigo; mas, por razones que desconocemos, una minoría había adoptado ante lo acontecido una actitud
7 de cierta frialdad. El celo de la comunidad amenazaba ahora con
ir más lejos del objetivo adecuado. El apóstol intenta poner un
dique y recuerda a los corintios que el objetivo de la punición
no puede ser otro que la enmienda, y que su aplicación es equivocada cuando amenaza con sumir en la desesperación a un
hombre arrepentido.

8 Deben, pues, cambiar de proceder y —en cierto modo mediante una decisión explícita de la comunidad— demostrar de
nuevo al pecador un afecto que habría debido ser la norma de con-
9 ducta fundamental incluso en el castigo. La carta intermedia había
logrado su propósito de forma plena y total por el hecho de haber
puesto de manifiesto la obediencia cristiana de los corintios al
10 Apóstol. Pablo no había empuñado un arma tan peligrosa para
dar libre curso a su cólera, sino para mejorar y sanar, como
hace un médico. Siempre está dispuesto al perdón y, si la comunidad después de un examen atento del caso quiere mostrarse
benévolamente más que justiciera, puede estar segura del consentimiento del apóstol.

De cara a evitar cualquier impedimento que pudiera cerrarle
el camino hacia el corazón de los corintios, y a la inversa, así
como para no originar ningún perjuicio espiritual a la comunidad en una situación tan confusa, el apóstol otorga su perdón
invocando solemnemente a Jesucristo, compendio del perdón y
11 del amor de Dios, y aconseja una vez más el perdón. Sabe Pablo
perfectamente bien que el único que saca provecho de una dureza
injustificada es Satán; con el fin de salir al paso a enemigo tan
sagaz todos tienen que volver a encontrarse cuanto antes en el
amor puro y verdadero.

Pablo en Tróade
2,12-13

12 Cuando llegué a Tróade para anunciar el Evangelio de
Cristo, aunque se me abrió una puerta en el Señor, 13 no tuve so-
siego para mi espíritu, por no haber encontrado a Tito, mi hermano;
y entonces, despidiéndome de ellos salí para Macedonia.

Estos dos versículos enlazan con 1,15-16 y 23. En su viaje **12-13**
Pablo había llegado a Tróade[7], y aunque allí se le bridaban posibilidades extraordinarias para su ministerio, la solicitud y el amor pastorales le empujan hacia Macedonia para conocer cuanto antes por boca de Tito, a quien había enviado a Corinto, un relato más detallado de cómo van las cosas allí. Sobre ello se extenderá en 7,5-16.

Alabanza a Dios
2,14-17

14 Pero gracias sean dadas a Dios, que, en Cristo, nos lleva
siempre en su triunfo y que por medio de nosotros manifiesta la
fragancia de su conocimiento por todas partes. 15 Porque aroma
de Cristo somos para Dios, tanto en los que se salvan como en
los que se pierden: 16 en éstos, fragancia que lleva de muerte a
muerte; en aquéllos, fragancia que lleva de vida a vida. Y para
esto, ¿quién está capacitado? 17 Porque nosotros no somos como
tantos que adulteran la palabra de Dios; sino que, con toda sin-
ceridad, como enviados de Dios, hablamos ante Dios en Cristo.

Inmediatamente ensancha el apóstol el círculo de sus ideas; **14**
con la doxología a Dios dará lugar a una serie de reflexiones sobre su ministerio apostólico. Pablo sabe por experiencia que, pese a todas las hostilidades, el Evangelio encuentra en todas par-

7. Cf Act 16,8-11; 20,5-12.

tes oídos abiertos, y que gana incesantemente terreno tanto en las ciudades como en el corazón de los hombres. Dios vence, y en ese desfile triunfal el apóstol es «en Cristo» un combatiente y un compañero de victoria (no hay que exagerar el paralelismo con los triunfos romanos al final de los cuales eran sacrificados los prisioneros exhibidos, forzar la semejanza iría contra el verdadero sentido del pasaje). Con la imagen del desfile triunfal de Dios une la metáfora del aroma del conocimiento, que se expande por
15 doquier gracias a la actividad de los apóstoles. Más aún, los mismos apóstoles son el buen olor de Cristo[8], los portadores acreditados del mensaje de Cristo para gloria de Dios, y todos los
16 hombres deben decidirse ante ellos[9]. Con ello unos obtienen para sí una muerte que no conoce fin, sino que es una eterna agonía desesperanzada, mientras que otros alcanzan una vida de plenitud infinita.

17 Pero una acción cargada de tan graves responsabilidades necesita de una dotación peculiar; no todos son llamados a ella. Pablo no oculta en un orgullo humano que por lo que mira a la idea de su vocación se diferencia de «los muchos», que evidentemente son la masa mayoritaria. No trabaja por motivos egoístas, proclama el mensaje que se le ha confiado por la fuerza de su comunión con Cristo y ante la mirada infalible de Dios; sabe que predica con un sentido superior bajo el impulso de Dios y de acuerdo con su voluntad.

Grandeza del ministerio apostólico
3,1-18

[1] *¿Comenzamos de nuevo a recomendarnos a nosotros mismos? ¿O quizás necesitamos, como algunos, de cartas de recomendación para vosotros o de parte de vosotros?* [2] *Nuestra carta sois vosotros: escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres.* [3] *Es evidente que sois una carta de Cristo, redactada*

8. Cf. el tema de la sabiduría como buen olor en Eclo 24,15; 39,14.
9. Cf. comentario a Lc 2,34.

por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios
viviente; no en tablas de piedra, sino en tablas de corazones de
carne.
4 Tal es la confianza que tenemos ante Dios por Cristo. 5 Y
no es que por nosotros mismos seamos capaces de poner a nues-
tra cuenta cosa alguna; por el contrario, nuestra capacidad pro-
cede de Dios, 6 que incluso nos capacitó para ser servidores de
la nueva alianza, no de letra, sino de Espíritu; pues la letra
mata mientras que el Espíritu da vida.
7 Pues si aquel servicio de la muerte, grabado con letras sobre
piedras, fue glorioso, de suerte que los hijos de Israel no podían
fijar la vista en el rostro de Moisés, a causa de la gloria de su
rostro, a pesar de ser perecedera, 8 ¿cuánto más glorioso será el
servicio del espíritu? 9 Pues, si el de la condenación fue gloria,
¡con cuánta más razón abundará en gloria al servicio de la purifi-
cación! 10 Porque lo que entonces fue glorificado no quedó glorifica-
do a este respecto, comparado con esta gloria tan extraordinaria.
11 Y si lo que era perecedero se manifestó mediante gloria, ¡con cuán-
ta más razón se manifestará en gloria lo que es permanente!
12 Teniendo, pues, esta esperanza, actuamos con plena fran-
queza, 13 y no como Moisés, que se ponía un velo sobre el rostro
para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el final de una
cosa perecedera. 14 Pero sus inteligencias fueron embotadas. Porque
hasta el día de hoy, en la lectura del Antiguo Testamento, sigue
sin descorrerse el mismo velo, porque éste sólo en Cristo queda
destruido. 15 Hasta hoy, pues, cuantas veces se lee Moisés, perma-
nece el velo sobre sus corazones, 16 pero «cuantas veces uno se
vuelve al Señor, se quita el velo» (Éx 34,34). *17 El Señor es el*
Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad. 18 Y nos-
otros todos, con el rostro descubierto, reflejando como en un es-
pejo la gloria del Señor, su imagen misma, nos vamos transfigu-
rando de gloria en gloria como por la acción del Señor, que es
Espíritu.

Sus enemigos, sin embargo, a los que nunca pierde de vista, **1**
podrían atacarle y calumniarle maliciosamente de que se reco-
mienda a sí mismo. Siempre se podría reprochar al apóstol que

no esté en condiciones de aducir testimonios externos en favor de la veracidad de sus pretensiones; a diferencia de los primeros apóstoles, él no ha sido compañero del Señor durante su vida terrena, e incluso ha perseguido implacablemente a las cristiandades jóvenes. Nada ha podido aducir para acreditarse como no sea su propio testimonio personal, y es evidente que sus enemigos intentaban aprovechar esta peculiar situación en desprestigio suyo. Si Pablo quiere seguir siendo obediente a Dios, ha de hacer frente a todas esas maquinaciones. Por ello, no se cansará de subrayar la justificación de sus pretensiones, es decir, de «recomendarse a sí mismo» [10]. Pero sin duda que existen también formas retorcidas de recomendarse a sí mismo sin valor alguno (10,12.18).

Pablo tampoco necesita de cartas de recomendación como las que tal vez se le habían solicitado, y como las que él mismo
2-3 redactó en ocasiones [11]. Si quiere respaldar sus pretensiones, le basta con remitirse a la comunidad de Corinto. Es ella la que demuestra mejor que ningún otro argumento la veracidad de su ministerio apostólico; ella es su carta de recomendación, abierta a los ojos de todos y que todos pueden comprender (como el apóstol asegura, no sin una exageración patente). Que Pablo describa esa carta como grabada en el corazón de los mensajeros del Evangelio (el suyo y el de Timoteo), representa un giro de la imagen (no infrecuente en Pablo) y expresa lo arraigada que tiene la comunidad corintia en su corazón. Por todas partes es sabido que los corintios son como una carta escrita por Cristo, de la que el Apóstol se ha cuidado; con sus compañeros ha colaborado a la acción del Espíritu en la comunidad de cara a su conversión y a su progreso espiritual, poniendo a contribución todas sus energías, y acreditándose así personalmente. Esa carta no está, como lo afirma Pablo con una nueva imagen grabada en tablas de piedra, sino que está inscrita en corazones «de carne», vivos y sensibles. La fórmula está tomada de Éx 31,18 [12].

10. Cf., por ejemplo, 1Cor 2.6; 7,25.40; 14,18; 2Cor 1,12; 4,2.5; 5,12.
11. Rom 16,1.2; 1Cor 4,17; 16,3.10.11; 2Cor 8,22-24; Ef 6,21.22; Flp 2,19-22; Col 4,7-11; Flm; cf. Act 15,23-29; 18,27.
12. Cf. Éx 32,15.16; 34.1.4.

La seguridad en sí mismo, rebosante de confianza, que el **4-5** apóstol tiene delante de Dios se funda únicamente en la acción salvadora de Cristo; el hombre con sus propias fuerzas no puede lograr la capacitación para el ministerio apostólico, ni en este punto puede confiarse temerariamente a su propio juicio. Sólo Dios puede llamar a su misión tan alta; él es quien ha llamado al **6** apóstol y a sus compañeros para ministros de una nueva alianza. La alianza veterotestamentaria se constituyó sobre el cimiento de la acción soberana de Dios; el hombre no pudo más que aceptar y obedecer. El cambio fundamental de las relaciones entre Dios y el hombre, cambio que se pone de manifiesto en Jesucristo, señala al primer cristianismo como la nueva alianza[13]. Ante ésta las relaciones pactarias del AT se han convertido en la vieja alianza consignada en el documento básico de la Biblia (3,14); para la iglesia espiritual de Dios ese documento se revela como mera letra externa, como una ordenación divina transitoria y abolida en Jesucristo y que, en cuanto ley despiadada e incapaz de proporcionar energías, introdujo la muerte irremediable del hombre que estaba entregado al pecado de pies y manos (cf. Rom 7,7-25).

Así las cosas la ordenación salvífica veterotestamentaria gra- **7-8** bada en su forma más escueta sobre las tablas de la ley (cf. el comentario al v. 3), se trocó en un «servicio de la muerte», aunque de hecho procedía de Dios y su finalidad era ayudar al hombre (cf. Rom 7,10.12.16). Poseía la gloria (δόξα), cosa que Pablo descubre claramente en Éx 34,29-35. Después que Moisés había hablado con Dios en el Sinaí, brillaba de tal modo la piel de su rostro que los israelitas tenían miedo de acercarse a él. Si tal era el fulgor divino (aunque ciertamente transitorio) que resplandecía en la alianza antigua, la cual no había de tener una duración eterna, mucho mayor ha de ser sin duda — concluye Pablo, como en el v. 11, siguiendo el método de argumentación rabínica «de lo más ligero a lo más grave» — el resplandor ya imperecedero que irradie la nueva alianza, siendo como es el servicio del Es-

13. Mc 14,24; Mt 26,28; Lc 22,20; 1 Cor 11,25; 2Cor 3,6; Heb 8,8 /= Jer 31,31/; 9,15 y 12,24.

9-10 píritu. La antigua alianza conducía a la condenación, toda vez que exigía sin proporcionar fuerzas para cumplir con sus exigencias.

La alianza nueva, que predica el mensaje de la justicia — como expone la carta a los Romanos — [14], posee una carga incomparablemente mayor de gloria, hasta tal punto que ante su fulgurante resplandor no podía por menos de ofuscarse el brillo de la alianza antigua. La escasa gloria del viejo pacto no puede compararse en modo alguno con la inaudita plenitud de gloria que rebosa
11 la nueva alianza. La gloria divina en favor de un ordenamiento destinado a desaparecer constituye un preaviso de la gloria que
12 caracterizará el ordenamiento definitivo. La superioridad de la nueva alianza sobre la antigua, que ya se ha manifestado, aunque todavía ha de revelarse en toda su plenitud, así como la certeza del triunfo final da al apóstol la sinceridad cristiana que se acre-
13 dita una y otra vez en los máximos peligros. El apóstol descubre en ese sentimiento una oposición directa a la conducta de Moisés que, según Éx 34,33.35, ocultaba con un velo su rostro, resplandeciente con el fulgor de Dios. El legislador lo hacía probablemente para no aterrar a los israelitas (Éx 34,30), y porque el resplandor de la gloria sólo se le daba para apoyo de su autoridad (cf. Éx 34,33; Moisés sólo se ponía el velo después de cumplir con su misión).

Pablo descubre debajo de todo esto un sentido más profundo, que desde luego sólo el cumplimiento podía revelar: Moisés no quería que los israelitas pudieran ver el cese del resplandor, que era como un presagio de la caducidad de todo el ordenamiento
14 salvador veterotestamentario. Pero el que ellos no vean no se debe en definitiva a la velación del rostro; la razón está más bien en que están ciegos y obcecados en sus corazones. La imagen de la velación continúa Pablo desarrollándola con una aplicación libre: tampoco hoy entienden todavía los judíos el verdadero sentido de la ley; para ellos sigue estando oculto el que ha sido superada en Cristo. Según otra interpretación, el velo no se
15 descorre porque ha sido destruido en Cristo. Pero es que el velo está sobre sus propios corazones, de tal modo que no pueden

14. Cf. Rom 1,17; 3,21-31.

penetrar el verdadero misterio; no conocen la antigua alianza
como lo que realmente era y es delante de Dios; la tienen por
eterna cuando, por voluntad divina, pertenece ya al pasado. En **16**
forma de cita libre aduce el apóstol Éx 34,34: Moisés «se quitaba
el velo cuando entraba a tratar con el Señor hasta que, saliendo,
intimaba a los hijos de Israel todo lo que se le había ordenado»,
utilizando el pasaje para expresar su esperanza en la conversión
definitiva de Israel [15].

La posición de los judíos carece de perspectiva, porque no **17**
poseen el Espíritu que es la prenda y arras de todos los bienes
de salvación. En la interpretación del apóstol, las palabras del
Antiguo Testamento hablan ya de Cristo (cf. comentario a Rom
4,18-25) y, dado que doquier Cristo actúa, actúa también el Es-
píritu (y, por el contrario, donde Cristo no está, tampoco puede
estar el Espíritu), hasta el punto de que no se les puede separar
en su actuación, Pablo arriesga una fórmula audaz y que ha sido
muy discutida: el Señor es el Espíritu [16]. Ahora bien, donde
opera el Espíritu del Señor, el Espíritu Santo (y, bien entendido,
sólo allí), existe la libertad verdadera [17].

A diferencia de Moisés, y con una superioridad absoluta res- **18**
pecto de la antigua alianza, los cristianos no necesitan de ningún
velo, pues por la gracia de Dios han sido hechos videntes. Como
en un espejo captan el resplandor de la gloria inexhausta e im-
perecedera del Señor, al tiempo que experimentan la fuerza trans-
formadora de esa contemplación. En un progreso incesante van
acercándose cada vez más a la gloria inaudita del Señor, por la
fuerza del mismo Cristo que le confiere el Espíritu al paso que
se los va asemejando cada vez más [18].

---

15. Véase el comentario a Rom 11.
16. Véase comentario a Rom 8,1-11, junto con el excursus *Carne y espíritu.*
17. Cf. el comentario a Gál 5,1.
18. Cf. 1Cor 15,44-49; Flp 3,21.

Tribulaciones del ministerio apostólico
4,1-18

[1] *Por lo tanto, investidos de este ministerio, como misericor-*
diosamente lo hemos sido, no desfallecemos. [2] *Por el contrario,*
hemos renunciado a los encubrimientos vergonzantes, no procedien-
do con astucia, ni falsificando la palabra de Dios, sino, con la
manifestación de la verdad, recomendándonos a nosotros mismos
a toda conciencia humana delante de Dios. [3] *Y si nuestro Evangelio*
todavía está velado, lo está en aquellos que van camino de per-
dición: [4] *en aquellos incrédulos cuya mente obcecó el dios de este*
mundo, para que no vean el resplandor del Evangelio de la glo-
ria de Cristo, que es imagen de Dios. [5] *Pues no nos proclamamos*
a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, Señor, y a nosotros como
a servidores vuestros por amor a Jesús. [6] *Porque Dios que dijo:*
De entre las tinieblas brille la luz, él es quien hizo brillar la luz
en nuestros corazones, para que resplandezca el conocimiento de
la gloria de Dios en la faz de Cristo.

[7] *Pero este tesoro lo llevamos en vasos de barro, para que*
se vea que este extraordinario poder es de Dios y no de nosotros.
[8] *Nos vemos atribulados por todas partes, pero no abatidos; aco-*
rralados, pero no sin esperanza de un resquicio; [9] *perseguidos,*
pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados; [10] *llevando*
siempre y por todas partes, en el cuerpo, el estado de muerte
que llevó Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste
en nuestro cuerpo. [11] *Pues nosotros, aunque vivos aún, nos vemos*
siempre entregados a la muerte por causa de Jesús, para que
también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.
[12] *Así la muerte opera en nosotros, y en vosotros la vida.* [13] *Pero,*
teniendo el mismo espíritu de la fe según lo que está escrito: «Creí
y por eso hablé» (Sal 116,10), *nosotros también creemos y por*
eso hablamos, [14] *sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, nos*
resucitará también a nosotros con Jesús y nos presentará junta-
mente con vosotros. [15] *Todo esto es por vosotros; a fin de que*
la gracia, multiplicándose al pasar por tantos, haga abundar la
acción de gracias para la gloria de Dios.

[16] *Por eso no desfallecemos; por el contrario, aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, nuestro hombre interior, sin embargo, se va renovando día tras día.* [17] *Porque el momento pasajero de nuestra tribulación va produciendo en nosotros un inmenso peso eterno de gloria.* [18] *Nosotros no aspiramos a estas cosas que se ven, sino a las que no se ven. Porque las que se ven son efímeras, pero las que no se ven son eternas.*

El apóstol no tiene elección; la bondad insondable de Dios se 1
ha llamado y tomado a su servicio, y Pablo ha de afrontar su tarea. Precisamente porque sabe que de propia iniciativa no se ha arrogado ninguna función, es por lo que se mantiene en buen ánimo en medio de los numerosos padecimientos y ataques que ha de sostener en su trabajo. La verdad del Evangelio está pa- 2
tente a los ojos de todos, y patente está también a los ojos de todos la conducta del apóstol; por ello fracasan todas las asechanzas y maquinaciones con que se ha intentado socavar su autoridad en Corinto. Los enemigos, en cambio, difícilmente podrían sostenerse con un oscuro comportamiento, con su proceder insincero y con sus desfiguraciones y recortes del verdadero Evangelio. Frente a cualquiera de sus encausadores Pablo puede remitirse con toda tranquilidad a la autoridad incorruptible de su conciencia [19]. Quien esté libre de prejuicios no podrá escapar a la fuerza interna de la clara predicación del apóstol, que trabaja sin temor en la presencia de Dios y sin temor comparecerá ante el tribunal de Dios.

Si en la predicación paulina hay cosas oscuras e incompren- 3-4
sibles —no sabemos hacia dónde apuntaban aquí los tiros de sus enemigos—, ello no se debe a la verdad proclamada, sino a la obcecación de quienes se querellan. La verdad del Evangelio no puede echar raíces allí donde Satán, el dios de este mundo, ha implantado su poder [20], es decir, en aquellos que se cierran a la gracia divina y van camino de su perdición.

Impenetrable es el oscuro misterio de que la voluntad miseri-

19. Cf. el comentario a Rom 2,12-16.

20. Cf. el comentario a Gál 1,4; cf. Ef 6,12; y también Jn 12, 31; 14,30; 16,11.

cordiosa de Dios pueda chocar con una resistencia apasionada en aquellos que han de ser salvos. Allí donde se enseñorea una ceguera demoníaca no puede penetrar la luz del mensaje que habla de la gloria de Cristo y, con ella, de nuestra propia gloria. Lo que nosotros sabemos del Dios invisible y absolutamente inaccesible a nuestras débiles fuerzas, se nos ha revelado en Jesucristo. Es en él en quien se ha hecho visible y se ha manifestado el resplandor infinito de la gloria de Dios; Cristo es la imagen de Dios (cf. Col 1,15).

5 Cristo es también el contenido de la predicación de Pablo, y sólo él debe ser el Señor de la comunidad. El apóstol no quiere esclavizar a los corintios (como hacen otros: 11,20) ni someterlos de algún modo a su propio capricho. Por el contrario, se sabe, a una con todos los auténticos mensajeros del Evangelio, un servidor de la comunidad. No pretende más que servir, pues piensa en el ejemplo conmovedor de quien libremente se ha humillado por nosotros[21]. Pablo es pastor de almas por vocación íntima. Y tiene que consumirse hasta el último suspiro en el servicio de
6 su Señor y por la salvación de las iglesias. La resistencia al Evangelio de Pablo representa una oposición, no al hombre, sino al mismo Dios. Así como el omnipotente creó la luz al principio de los tiempos (Pablo piensa en Gén 1,3, sin citarlo literalmente), así también mediante su palabra creadora se revela en el corazón de los hombres. En esta iluminación sobrenatural y gratuita del alma por Dios se nos comunica todo conocimiento del ser divino, que nosotros entre balbuceos llamamos gloria (δόξα) y que contemplamos en el rostro de Cristo, como dice Pablo recordando a Moisés (cf. 3,7).

7 Todo lo que cura y salva, todo lo realmente precioso, procede de Dios. Pero si confía el Evangelio a los hombres quebradizos, vulnerables y expuestos a todo género de peligros del alma y del cuerpo, y si les permite actuar no sin éxito, resulta evidente, sin embargo, que sólo su fuerza abre el camino al mensaje de salva-
8-9 ción. La vida del apóstol es una vida de padecimientos; pero en su triunfo constantemente renovado sobre todas las amenazas re-

21. 2Cor 8,9, Flp 2,6-8.

conoce en su foro personal, y así deben reconocerlo los demás, que en él opera una fuerza sobrenatural, gratuita y divina. Lo que Pablo tiene que padecer le conduce frecuentemente a los límites extremos de las posibilidades humanas, aunque jamás se enseñorean de él todos esos peligros que le acechan de continuo. Como un ciervo acorralado tiene que padecer tormentos de muerte, aunque sus enemigos nunca consiguen asestarle el golpe de gracia.

Así como Jesús padeció la muerte en su cuerpo terreno, así **10-11**
también debe su apóstol asemejársele en una agonía incesante. En la muerte del cuerpo, de la carne mortal, por Cristo y en comunión mística con él, se revela la fuerza triunfadora de la vida otorgada por el propio Cristo. Esto se demuestra en la inquebrantada e inquebrantable fuerza de resistencia del apóstol en medio de todas las dificultades, así como en su certeza de que toda muerte corporal deja expedito el camino hacia una vida eterna. **12**
Pero los padecimientos incesantes del apóstol no son baldíos; su prolongada muerte es más bien una fuente de vida verdadera para las iglesias.

Comunión con Cristo en los padecimientos

En el bautismo el cristiano ha muerto y resucitado, gracias a una vinculación mística y real con Cristo (Rom 6,3-5). Este acontecimiento, básico y sobrenatural, es invisible; pero en cierto modo presiona desde dentro para manifestarse y hacerse realidad aquí y ahora. El cristiano, en su existencia concreta, tiene que completar, en su propio ser, los padecimientos de Cristo. La vida del apóstol fue una cadena ininterrumpida de sufrimientos psíquicos y corporales[22]. Angustias, tribulaciones de todo tipo, persecuciones, hambre, desnudez, peligros de todo género y hasta la espada le amenazan en tal grado que puede aplicarse la palabra del salmo: «Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día, fuimos considerados como ovejas para el matadero» (Rom

22. Cf. los catálogos de sus penalidades en 1Cor 4,9-13; 2Cor 4,7-12; 6,4-10; 11,23-33, y cuanto refiere Act.

8,36). Cada hora se mueve entre peligros (1Cor 15,30), y cada día se está muriendo (1Cor 15,31). En Éfeso ha tenido que luchar a brazo partido por su vida, cual si se tratase de un combate con fieras (1Cor 15,32); en Asia le sorprendió una tribulación tan desmesurada y tan por encima de sus fuerzas, que hasta desesperó de poder seguir viviendo (2Cor 1,8).

A todo ello se ha sumado su penosa enfermedad [23]. Pero si Pablo no afrontó sus penalidades con la ecuanimidad estoica, si hubo de saborear con dolor todas las amarguras que el mundo es capaz de preparar para los que odia, no por ello dejó de soportar sus padecimientos con alegría, habiéndolos abrazado y sobrellevado como un signo de distinción. Para él sufrir es asemejarse a Cristo paciente, un seguimiento absoluto y singular del Crucificado. Está personalmente crucificado con Cristo [24]. En él rebosan y se desbordan los padecimientos de Cristo (2Cor 1,5), llevando siempre y por todas partes en su cuerpo el estado de muerte que llevó Jesús (2Cor 4,10).

Sufre con Cristo (Rom 8,17), que en él se muestra como débil (2Cor 13,4). Pablo desea conocer la comunión con los padecimientos de Cristo hasta configurarse con la muerte de éste (Flp 3,10), y se goza en las flaquezas, insultos, necesidades, persecuciones y angustias, porque las soporta por amor a Cristo (2Cor 12,10). En el sufrimiento late un sentido vigoroso, una fuerza edificante. Pablo llena con sus padecimientos la medida de los padecimientos de Cristo que Dios le ha señalado. Ahora bien, la fuerza que emana de tales pedecimientos se traduce en provecho de las comunidades cristianas. Pablo sufre por los cristianos que le han sido confiados, por su consuelo y salvación, por proporcionarles la verdadera vida y contribuir a su glorificación [25]. Con esta certeza quedan radicalmente superados todos los sufrimientos. Y aunque el misterio de la existencia nunca lo penetra el hombre por completo (ni siquiera el cristiano), no por ello deja de ser cierto que el conocimiento sorprendente — y jamás asequible con la simple capacidad humana — de la fuerza edificante y transformadora del sufrimiento vicario

23. 2Cor 12,7; Gál 4,13-14.
24. Gál 2,19; 5,24; 6,14.
25. Col 1,24; también 2Cor 1,6; 4,12; Ef 3,13.

resuelve el enigma tremendo del dolor en el mundo. Hay un camino para escapar del absurdo aniquilador. También aquí la última palabra es la gloria.

Así como en el bautismo hemos muerto realmente con Cristo y también hemos sido resucitados (Rom 6,3-5), así también perecemos con Cristo para, al final, ser con él glorificados (Rom 8, 17). El apóstol lleva por doquier en su cuerpo el estado de muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en su cuerpo. Su existencia es un vivir siempre entregado a la muerte, a fin de que la vida de Jesús se revele en su carne mortal (2Cor 4,10-11). Pues, así como Jesús, a través de su humillación hasta la muerte en cruz, recorrió el camino que le condujo hasta la glorificación eterna (Flp 2,8-11), así también con su comunión de padecimientos con Cristo proclama el apóstol la fuerza de la resurrección (Flp 3,10-11). Ya en esta vida, con el desbordamiento de los dolores de Cristo, se derrama sobre el cristiano un inmenso consuelo, también por Cristo (2Cor 1,5); aunque sólo al final se manifestará en toda su soberana grandeza que nosotros, débiles en él, viviremos con él una vida eterna por la fuerza de Dios (2Cor 13,4), porque «el momento pasajero de nuestra tribulación va produciendo en nosotros un inmenso peso eterno de gloria (2Cor 4,17).

El apóstol supera todas las penalidades por la fuerza de su fe, **13-14**
que es un don inmerecido de Dios; por la fuerza de esa fe da testimonio, a pesar de toda la oposición del mundo. Esto es algo que ya encuentra vaticinado de forma general en la palabra citada del salmo[26]. Su mirada se dirige abiertamente hacia un futuro glorioso. La fe en la resurrección de Cristo es para él una prenda de seguridad de que Dios también le resucitará a él y a todos los cristianos, pues todos están misteriosa y realmente unidos con el Resucitado. La comunión de los cristianos sobre la tierra pervivirá de alguna manera; en compañía de los fieles de Corinto, Pablo triunfará entre el escuadrón de los salvados y glorificados.

Todos los padecimientos y luchas de los apóstoles tienen un **15**

26. LXX: Sal 115,10; el texto hebreo, Sal 116,10, expresa otras ideas.

sentido profundo: ocurren en favor de los cristianos, llevan aneja una fuerza interna que hace sobreabundar la gracia de Dios. Por los sufrimientos de los apóstoles el Evangelio va ganando terreno; las amarguras y los peligros que amenazan de continuo a los mensajeros del Evangelio abren a la verdad de Dios un camino hasta el corazón de los hombres; a medida que crece el número de los cristianos, más poderosa resuena la voz agradecida de cuantos han hallado gracia, como un testimonio en favor de la misericordia divina. Es así como se realiza en forma plena el sentido de toda existencia terrena, y muy especialmente la humana: procla-
16 mar y acrecentar por todos los medios la gloria de Dios. En esta conciencia soberana, en la certeza de dar al mundo su auténtico sentido, mediante una confesión de Jesucristo que todo lo ofrece, y de correr al encuentro de una gloria inimaginable, es donde el apóstol saca nuevas fuerzas para soportar todos los padecimientos. Su hombre exterior avanza cada vez más hacia su aniquilación; toda su existencia natural (la psiquica y la corpórea) se consume inevitablemente en las infinitas penalidades de su vocación apostólica. Pero ¿qué puede representar eso, cuando su hombre interior (aquí en una acepción distinta de Rom 7,22), en el que reside la gracia de Dios, el hombre que está destinado a una vida eterna, gana de día en día mayor fuerza y energía interna por la acción del Espíritu que le va transformando?

17 Cuando contempla la realidad desde esas alturas, todas las tribulaciones acaban por parecerle fáciles de sobrellevar. Por agobiantes que puedan ser las penalidades y los sufrimientos terrenales, por opresiva que resulte la oposición del mundo que combate a los heraldos del Evangelio, por desesperada que a menudo pueda parecer la lucha de la verdad en este mundo de mentiras, nada de ello cuenta ya cuando, por la fe, descubrimos la fecundidad inexhausta de todo padecimiento soportado en unión con Cristo. El padecer es una fuerza sorda, pero de una virtualidad y eficacia increíbles. El mensajero del Evangelio de Jesús, azuzado y atormentado como vive, triunfa gracias a este conocimiento totalmente nuevo y absolutamente inaccesible a la pura capacidad humana de comprensión. Sabe que los padecimientos —¡qué tremendo sinsentido a los ojos del hombre mundano!— producen una vida inmarce-

sible y con una plenitud que sobrepasa todo cálculo. En contra de todas las apariencias y por encima de cuanto captan los sentidos, el cristiano consigue una seguridad a prueba de cualquier conmoción; sabe que triunfará con su Dios vencedor.

Anhelos del apóstol por la verdadera patria
5,1-10

1 Pues sabemos que si nuestra morada terrestre, nuestra tienda,
es derruida, tenemos un edificio hecho por Dios, una casa no fa-
bricada por mano de hombre, eterna, situada en los cielos. 2 Y por
esto gemimos, anhelando ser sobrevestidos de nuestra morada
celestial; 3 puesto que así nos encontraremos vestidos, no desnu-
dos. 4 Porque, realmente, los que estamos en esta tienda, gemi-
mos agobiados, por cuanto no queremos ser devestidos, sino sobre-
vestidos, de suerte que lo mortal quede absorbido por la vida.
5 Y el que nos dispuso para esto mismo es Dios, que nos dio
la fianza del Espíritu.
6 Por lo tanto, siempre tenemos ánimos y sabemos que mien-
tras estamos domiciliados en el cuerpo, estamos exiliados lejos
del Señor — 7 pues por fe caminamos, no por realidad vista —;
8 pero tenemos ánimos e incluso preferimos exiliarnos del cuerpo
y vivir junto al Señor. 9 Por eso también nuestra ambición es serle
gratos, sea que estemos domiciliados, sea que estemos exiliados.
10 Pues todos nosotros hemos de comparecer ante el tribunal de
Cristo, para que cada uno reciba lo merecido de todo lo que hizo
mientras vivió en el cuerpo: bueno o malo.

El apóstol no tiene raíces en este mundo. Y, por amargos que sean **1**
los padecimientos que ha de soportar, dirige su mirada de hito en hito a lo futuro y permanente. Siempre ha contado con la posibilidad de vivir personalmente la parusía [27]. Pero era también lo bastante realista como para pensar en su muerte entre tantos peligros mortales como le asediaban cada día. Contenido esencial del conoci-

27. 1Tes 4,13-18; 1Cor 15,51-52.

miento cristiano de fe es que la muerte de cada hombre representa un cambio inimaginable. Pablo intenta explicarlo sirviéndose de varias imágenes.

Cuando el cristianismo muere, cuando se derrumba su tienda terrena, entra en posesión del edificio indestructible — no fabricado por mano de hombre — que por voluntad de Dios le está prepa-
2-3 rado en el cielo. Sobre la base de la existencia terrena, oculta a veces por el resplandor del mundo y por la preocupación de lo cotidiano, se deja sentir una nostalgia enervante (cf. Rom 8,22-23). La existencia del hombre no es el descanso de quien está contento de sí mismo, su epicentro está fuera de él, por encima de él. Con una urgencia apremiante el hombre aspira a una plenitud que sobrepasa con mucho todo lo terreno y visible; los múltiples sueños y fantasías sobre el más allá, la desesperación angustiosa de cuantos quieren darse por satisfechos con las únicas realidades de este mundo, apuntan insistentemente al anhelo de plenitud infinita, que es natural al hombre. Al cristiano se le ha revelado que sus anhelos y aspiraciones no son ilusión vana. Pablo adorna su pensamiento con la imagen del vestido celestial, que se mezcla con la de la casa (v. 1). Lo terreno de aquí está destinado a la destrucción; no puede sostenerse delante de Dios, como no sea transformado por la virtud divina; el hombre no puede encontrarse «desvestido» o desnudo, lo que no solamente equivale a «sin el cuerpo», sino también a privado de la metamorfosis necesaria para la existencia en el cielo.

4 Todo hombre, incluido el cristiano, sufre bajo el temor natural de la muerte, que le oprime dolorosa y angustiadamente a lo largo de toda la vida. En el ser mismo del hombre radica el que jamás quiera dejar de vivir, sino que aspire a conseguir una vida perdurable y eterna. De lo más profundo de su corazón se alza el deseo de que desaparezca todo aquello que dentro de él comporta la muerte y la corrupción, mientras que anhela la persistencia en él de cuanto es incorruptibilidad y vida eterna (cf. 1Cor 15,35-53).

En todo caso conviene guardarse aquí de buscar una doctrina lógica, perfectamente definida, bajo el ropaje de unas imágenes con las que el apóstol expresa por primera vez unas verdades que

hasta entonces jamás se habían formulado. Así desaparecerán incluso muchas dificultades aparentes. El que nosotros seamos tales 5
como somos — cargados de anhelos de vida eterna y de afán de pervivencia, aunque caídos por una culpa enigmática en el mundo de la corrupción y de la muerte — es algo que responde a la voluntad y acción divinas. Es Dios quien nos ha creado para la consumación plena; de él hemos recibido el Espíritu como fianza de una plenitud real y duradera[28]. Con esa firme esperanza el cristiano 6
recorre su camino por esta tierra con serenidad, confianza y de buen ánimo. Mientras peregrina «en el cuerpo» está lejos del Señor; el «domicilio» en el cuerpo es sólo una morada transitoria. La verdadera patria es la comunión íntima con Jesucristo, el «estar con Cristo» (cf. el comentario a Rom 6,1-11).

La frase que Pablo inicia en el versículo 6 queda interrumpida 7
por el v. 7, y reanudada en el v. 8. Todavía no hemos alcanzado nuestro objetivo; todavía somos creyentes. Sólo transformados por la fuerza de Dios nos convertiremos en videntes o contempladores (cf. 1Cor 13,12) y alcanzaremos la unión más íntima que el hombre puede lograr con Cristo y con Dios.

En la espera se consuela el apóstol, y repleto de esperanza 8
anhela la reunión definitiva con Cristo. Esta unión con el Señor, 9
que ya nunca se romperá sólo puede el hombre alcanzarla mediante un cambio ético; el cristiano ha de esforzarse incesantemente por llevar una vida acorde con la voluntad de Cristo; la perfección no podrá consistir en otra cosa que en una existencia total y plenamente acorde con esa voluntad soberana. La vida moral no es en 10
modo alguno indiferente; la gracia de Dios no merma su importancia decisiva. El día de la parusía el hombre tendrá que responder de su conducta ante el tribunal de Cristo[29].

28. Cf. 2Cor 1,22; Ef 1,14.

29. Cf. el comentario a Rom 3,21-31 y el excursus *El juicio según las obras.*

Muerte y consumación

El apóstol vive de cara a la consumación; está penetrado de una esperanza ardiente —cada línea de sus cartas así lo testifica— en la consumación eterna. La certeza de que le aguarda un premio inimaginable es la fuente de los impulsos y energías que sustentan su vida terrena. En algunos pasajes Pablo ha explicado con detalle sus esperanzas escatológicas. En conexión con la exégesis de 2Cor 5,1-10, cabe señalar brevemente su unidad interna con textos como 1Tes 4,13-18; 1Cor 15,51-52; Flp 1,23; y Rom 8,18-30. En las cartas más antiguas la mirada de Pablo está fija en la parusía [29a]. Así en 1Tes 4,13-18 trata el apóstol de dar una explicación consoladora a los cristianos que esperaban firmemente vivir la parusía del Señor y que andaban preocupados por la suerte que correrían al tiempo de ese acontecimiento los que ya «duermen», o, lo que es lo mismo, los difuntos (v. 18). Pablo resuelve la dificultad con la explicación autorizada (v. 15) de que quienes vivan todavía al tiempo de la parusía —entre los cuales piensa contarse, o al menos así lo sugiere el «nosotros los que vivimos, los supervivientes», v. 15 y 17— no tendrán ventaja alguna sobre los que ya duermen en el Señor, sino que «los muertos en Cristo resucitarán primero» (v. 16). Esa resurrección significa la consumación definitiva en gloria.

Por lo que respecta a 1Cor 15,51-52, cabe decir algo parecido. También allí en los cálculos del apóstol entra, según parece, vivir la experiencia de la parusía. «No todos moriremos, pero todos seremos transformados; en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al sonido de la última trompeta; porque ésta sonará, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados.» Para los muertos, pues, la resurrección; para los vivientes, la transformación. Pero en ambos casos el resultado será el mismo: la plenitud definitiva y eterna manifestación de la consumación perfecta. Ninguno de ambos pasajes [30] da ulteriores

29a. Cf. el comentario a 1Cor 15,23.
30. 1Tes 4,13-18 y 1Cor 15,51-52.

explicaciones sobre la situación de los que han dormido en el Señor desde su muerte hasta la parusía (cf. también 1Tes 5,10), ni nos obliga tampoco a aceptar la hipótesis de que Pablo no haya contado en modo alguno con la posibilidad de morir antes de ese acontecimiento. Más verosímil parece la hipótesis contraria, si pensamos en los graves peligros que le han acechado de continuo.

Mientras que se discute la interpretación de 2Cor 5,1-10 acerca del punto que aquí nos ocupa, no cabe la menor duda de que, en la carta a los Filipenses, Pablo ha expresado con toda claridad su firme esperanza de que la muerte representará para él una reunión inmediata con Cristo. Morir es para él una ganancia (Flp 1,21): «Me encuentro en esta alternativa: por una parte, aspiro a irme y estar con Cristo, lo que, sin duda, sería lo mejor» (1,23). No puede negarse que Pablo expresa aquí un conocimiento que antes, al menos antes de 2Cor, jamás había expresado por escrito en las cartas que de él conocemos. Ello respondía a los hábitos mentales de una ciencia de orientación histórico-religiosa que suponía aquí la existencia paralela y enfrentada de una esperanza futura, de raíz judía escatológica, y de otra pneumática helenística.

Prescindiendo de que semejante hipótesis descansa en ideas preconcebidas, no se puede seguir atribuyendo por más tiempo al apóstol unas concepciones tan inorgánicas y que ponen tan gravemente en tela de juicio su unidad espiritual frente a cuestiones teológicas de capital importancia. Y todo esto cuando puede hallarse un camino más viable para una solución unitaria. Si en la misma carta a los Filipenses, en la que Pablo expresa (1,23) la esperanza de una inmediata reunión con Cristo después de la muerte, menciona simultáneamente la transformación definitiva en el día de la parusía, en la que aparecerá Jesucristo como salvador, «el cual transfigurará el cuerpo de esta humilde condición nuestra, conformándolo al cuerpo de su condición gloriosa, según la eficacia de su poder para someter a su dominio todas las cosas» (3,20-21), resulta desde luego difícil negar al apóstol la unidad de la esperanza de consumación, si es que no se le quiere acusar de inconsecuencia más allá de lo permitido. Según la explicación antes propuesta, también bajo la sección de 2Cor 5,1-10 se halla una concepción idéntica a la que encontramos en Flp 1,23.

Al partir muchos comentaristas de la idea preconcebida de que resultan inconciliables ambas concepciones, tal como aparecen indiscutiblemente en 1Tes 4,13-18 y 1Cor 15,51-52, por una parte, y en Flp 1,23, por otra, suponen que también en 2Cor 5,1-10 el apóstol habla exclusivamente de la parusía, que en Rom 8,18-30 volvería a tratar el mismo tema escatológico, y que lógicamente no encajaría un nuevo cambio de opinión respecto a 2Cor, que precede en tiempo a Romanos. Pero ambas concepciones no se contradicen en modo alguno y sin grandes esfuerzos podemos concordarlas dentro de una imagen de conjunto. En el pasaje de 2Cor 5,1-10 Pablo alude al anhelo de consumación y al temor frente a la muerte, que están por igual en el ser de toda criatura[31]. Después de su muerte Pablo tiene la esperanza de vivir una transformación, sin la cual se sentiría como «desnudo» (v. 3), y que se le otorgará en raíz y a modo de fianza inmediatamente después de su muerte personal, y ya en su plena manifestación el día de la parusía.

«Estar con Cristo» (Flp 1,23) no se concibe sin una transformación decisiva del hombre, que desde luego sólo se completará abarcando también al cuerpo el día del juicio final. Si, como había hecho en 1Tes y 1Cor, Pablo vuelve a hablar en Rom 8,18-30 de que sólo el día de la parusía se convertirá en realidad la consumación que Dios nos tiene prometida, «la redención de nuestro cuerpo» (v. 23), ello no quiere decir en modo alguno que haya abandonado el punto de vista expresado en 2Cor; sino que, siguiendo el hilo de su razonamiento, que versa sobre el destino general de la creación —de cara a sacar una prueba en pro de la certeza de nuestra esperanza—, su mirada se fija únicamente en la parusía, mientras que —en el marco del conjunto— 2Cor 5,1-10 y Flp 1,23 hablan del destino personal de cada uno.

Así pues, también aquí encontramos aquel rasgo fundamental de la teología paulina con que nos tropezamos por doquier: el cristiano es de hecho un poseedor y al propio tiempo alguien que espera realmente. En raíz, a modo de fianza o arras, se encuentra en posesión de los bienes salvíficos; pero sólo la parusía le traerá la plena revelación de la gloria. Sólo en la parusía tendrá

31. Véase el comentario a Rom 8,18-30.

lugar a los ojos de todos y en todo su esplendor aquella metamorfosis maravillosa, que es el blanco de todos los anhelos cristianos. El hombre entrará en posesión de un cuerpo espiritual, dotado de incorruptibilidad, gloria y fuerza, al tiempo que estará siempre ya junto al Señor.

Resulta difícil establecer si en las cuestiones escatológicas aquí tratadas se advierte un verdadero desarrollo en el apóstol. Todo hace suponer que al principio estaba más convencido de la posibilidad de vivir personalmente la parusía[32], y que el problema de los difuntos, a los comienzos, se centraba únicamente en su destino de cara a la parusía del Señor. A través de los numerosos padecimientos y reveses siempre crecientes de su labor misionera tendió cada vez más —aunque desde luego no sólo en el período intermedio entre 1Cor y 2Cor— a reflexionar sobre el problema del individuo inmediatamente después de su muerte. Así llegó a las conclusiones de 2Cor 5,1-10 y de Flp 1,21.23, completando sus enseñanzas de 1Tes 4,13-18 y de 1Cor 15,51.52, aunque sin contradecirse en modo alguno.

El ministerio de la reconciliación
5,11-21

11 *Sabiendo, pues, lo que es el temor del Señor, intentamos persuadir a los hombres; pero para Dios estamos al descubierto.*
Y espero que también lo estaré para vuestras conciencias. 12 *Y no*
es que volvamos a justificarnos ante vosotros, sino que os damos
la oportunidad de que os mostréis orgullosos de nosotros, para
que tengáis que responder ante los que se glorían de las apariencias y no del corazón. 13 *En efecto, si perdimos el juicio, fue por*
Dios; si somos sensatos, por vosotros es. 14 *Pues el amor de Cristo*
nos apremia, al pensar esto: que uno murió por todos. Por con-
siguiente, todos murieron. 15 *Y por todos murió, para que los que*
viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que por ellos
murió y fue resucitado.

32. 1Tes 4,13-18; 1Cor 15,51.52.

16 Así que nosotros, desde ahora en adelante, a nadie conocemos según la carne, y aunque hubiéramos conocido a Cristo según la carne, ya no lo conocemos así ahora. 17 De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es. Lo viejo pasó. Ha empezado lo nuevo. 18 Y todo proviene de Dios que nos reconcilió consigo mismo por Cristo y nos confirió el servicio de la reconciliación, 19 como que Dios es quien en Cristo estaba reconciliando consigo el mundo, sin tomar en cuenta a los hombres sus faltas, y quien puso en nosotros el mensaje de la reconciliación. 20 Hacemos, pues, de embajadores en nombre de Cristo, siendo Dios el que por medio de nosotros os exhorta: En nombre de Cristo os lo pedimos: reconciliaos con Dios. 21 Al que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que en él llegáramos nosotros a ser justicia de Dios.

11 La certeza de que algún día habrá de responder ante el tribunal del Señor contribuye a que el apóstol adopte una postura adecuada frente a Dios: al lado de una confianza inconmovible en Cristo (cf. Rom 8,35), persiste la conciencia de que el hombre, incluso después de su reconciliciación con Dios, en modo alguno está absolutamente seguro de su salvación, sino que sigue siendo libre y está expuesto a los peligros, y que ha de temer ante la rendición de cuentas que habrá de dar ante un tribunal justo. Pero, porque Pablo es apóstol y tiene que cumplir un ministerio, procura explicar al hombre lo grave y peligroso de su situación. En este sentido —y a diferencia de Gál 1,10— quiere «persuadir a los hombres». Sus propósitos son limpios; Dios lo sabe. Y si los corintios quieren juzgarle sin intenciones retorcidas, ante la autoridad insobornable de su propia conciencia (cf. el comentario a Rom 2,12-16), no podrán por menos de rechazar cualquier sospecha acerca de su actividad.

12 Para ello no tienen que interpretar falsamente sus palabras. Pablo no pretende exhibirse para granjearse elogios humanos; está plenamente seguro de su propia dignidad. No habla como un pordiosero, sino que puede repartir con generosidad regia las riquezas divinas que le han sido confiadas. Si los corintios son capaces de ver su verdadera posición, bien podrán enorgullecerse de su

apóstol ante los enemigos de éste. Y ya no se dejarán zarandear por gentes que en apariencia exhiben supuestos derechos y privilegios (cf. por ejemplo 11,22-23). Pero que en realidad no cuentan con título alguno para ello. Aquí percibimos ya un eco anticipado de los capítulos 10-12.

Tal vez se había lanzado contra el apóstol el reproche de que **13** en su piedad era un exaltado[33]. Se defiende advirtiendo que toda vivencia religiosa extática y exaltada, que es un don del Espíritu, únicamente se desarrolla y debe realizarse a solas entre Dios y el hombre (cf. 1Cor 14,2). Estas nobles cosas no están sujetas al juicio de los hombres. Pablo no habla con los fieles que le han sido confiados en un lenguaje extático sino de un modo racional, como lo exige también de otros (cf. 1Cor 14). El apóstol de Cristo **14-15** actúa movido en lo más profundo de su corazón por la experiencia del amor desbordante de Jesucristo, que se revela en la cruz y que penetra toda su vida como una fuerza vital. El acto de amor de Jesús en la cruz se cumplió en favor de todos; todos los bautizados han muerto y resucitado con él en una unión misteriosa (Rom 6,3-11). A través de ese acontecimiento, Jesucristo, que por medio de su muerte y resurrección ha otorgado la verdadera vida a los creyentes, ha alcanzado también una soberanía absoluta sobre ellos (cf. Rom 14,9).

La vida pasada, la valoración del hombre según los esquemas **16** del mundo, todo lo que viene determinado por los criterios mundanos, todo desaparece ante la nueva realidad del morir y resucitar con Jesucristo. Para los creyentes y bautizados el mundo ha cambiado; ya no juzgan al mundo «según la carne» o por su condición puramente humana, persuadidos como están de que los valores hasta ahora vigentes han perdido su importancia. En tiempo pasado Pablo había inscrito a Jesucristo en el marco caduco y radicalmente superado (nada se dice aquí de forma directa acerca de un conocimiento de Jesús durante su ministerio terrestre); pero ahora sabe que Cristo es la piedra angular del mundo, del cosmos entero.

Quien está «en Cristo» nada tiene ya que ver con el viejo **17**

33. Cf., al respecto, 2Cor 12,1-4; 1Cor 14,18.

mundo en el que dominaban el pecado y la muerte. Es una criatura nueva —con esta palabra subversiva abarca el apóstol toda la acción de Dios sobre el creyente, cf. Gal 6,15—, aunque no se cansará de incitar a cuantos han sido gratificados por Dios[34] a la
18 conquista siempre renovada de los dones divinos[35]. El autor último de la obra redentora de Cristo es Dios, que quiso la reconciliación y la puso en marcha. A él hay que atribuir en exclusiva la acción reconciliadora determinante, no a los hombres; pero es el predicador, al que Dios ha confiado «el servicio de la reconciliación», quien pone a cada uno en la necesidad de decidirse; cada uno puede aceptar o rechazar la reconciliación que se le brinda y que procede de la libérrima gracia de Dios.

19 El versículo 19 amplía el círculo trazado en el 18. En Cristo el mundo entero se reconcilió en principio con Dios; Dios dejó
20 de tener en cuenta las transgresiones[36]. En la acción de los mensajeros del Evangelio la actividad misericordiosa de Dios se extiende a todo el mundo. El heraldo del evangelio prolonga la obra de Cristo, y ocupa su lugar cuando dirige el llamamiento magnánimo de Dios a la majestad del libre e intocable albedrío de cada hombre: ¡Reconciliaos con Dios, recibid la gracia divina que se os brinda generosamente, apropiaos el don que desde la muerte
21 en cruz de Cristo os tiene preparado. Con la mayor energía quiere el apóstol poner ante la conciencia de sus lectores lo inaudito del don que se les ha otorgado; para ello encuentra una fórmula sobrecogedora. Cristo no había cometido pecado y, si tuvo que morir en la cruz, no lo hizo para sí, sino que asumió de forma vicaria y sustitutiva la expiación de todos los pecados. En virtud de este sacrificio, que puso de manifiesto tanto la santidad de Dios como su voluntad misericordiosa en una forma totalmente inesperada y desbordante, «en él hemos llegado nosotros a ser justicia de Dios», hemos recibido la gracia divina, nos hemos transformado en hombres nuevos[37].

---

34. Por ejemplo, Rom 6,6; 8,9-10.16-17; Gál 2,20; 3,27; 5,24.

35. Véanse, entre otros textos, Rom 6,12.13.19; 8.13; 13,14; Ef 4,17.22.24; Col 3,5.10.

36. Véase el comentario a Rom 4,7-8.

37. Cf. también el comentario a Rom 3,21-31.

Sacrificios en el ministerio apostólico
6,1-10

[1] *Siendo, pues, colaboradores suyos, también os exhortamos a*
que no recibáis en vano la gracia de Dios. [2] *Pues dice: «En tiempo*
favorable te escuché y en día de salvación te presté ayuda» (Is 49,
8). *Ahora es el tiempo favorable; ahora es el día de salvación.*
[3] *No damos en nada motivo de tropiezo a nadie, para que no sea*
censurado este servicio nuestro. [4] *Por el contrario, nos acredita-*
mos en toda ocasión como servidores de Dios, con mucha cons-
tancia, en tribulaciones, en necesidades, en aprietos, [5] *en palizas,*
en cárceles, en tumultos, en fatigas, en desvelos, en ayunos; [6] *con*
honradez, con conocimiento, con comprensión, con bondad, con Es-
píritu Santo, con amor sincero, [7] *con palabra de verdad, con*
poder de Dios; mediante las armas de la justicia, las de la derecha
y las de la izquierda; [8] *mediante la gloria e ignominia, mediante*
buena y mala fama; como embusteros, aunque diciendo la verdad;
[9] *como desconocidos, aunque somos conocidos de sobra; como si*
fuéramos moribundos, aunque seguimos viviendo; como castiga-
dos, aunque todavía no muertos; [10] *como entristecidos, pero siem-*
pre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como
quienes nada tienen, pero todo lo poseen.

Mediante la administración fiel del ministerio de reconcilia- 1
ción que se les ha confiado, quienes han sido llamados a ser mensajeros del Evangelio de Cristo colaboran en la acción salvadora de Dios. No solamente tienen el encargo de predicar la conversión, sino también el de asegurar, de una manera constante, lo que se ha conseguido y preservado contra toda clase de peligros. Es posible haber recibido en vano la gracia de Dios, la conversión que culmina en el bautismo y todos los bienes espirituales que están vinculados al mismo y del cual derivan; es posible porque Dios no obliga.

El pasaje de Is 49,8, citado literalmente según el texto de LXX, 2
es empleado por el apóstol san Pablo para hacer un llamamiento urgente a los cristianos de Corinto: «ahora» se ha abierto el tiem-

po de salvación, desde el cual se contempla la inutilidad de los tiempos pasados[38].

3 Los apóstoles saben lo elevado del ministerio que se les ha confiado, y procuran con todo su empeño estar a la altura de su misión, por muchos que sean los estorbos que el mundo les pon-
4-10 ga en su camino. Quieren a toda costa mostrarse dignos de la distinción que comporta su llamamiento a representantes plenipotenciarios de Dios. Con toda la fuerza sobrenatural que Dios les ha otorgado se empeñan en estar a la altura de su elevado ministerio en un mundo repleto de odio y enemistad.

El resultado de su predicación está a la vez decisivamente vinculado a su propia conducta: los hombres enjuiciarán el mensaje según el comportamiento de los mensajeros. Ante todo, se requiere mucha paciencia; el que es heraldo de Cristo ha de poder sufrir y aguantar. La enumeración que sigue abarca cuatro grupos de penalidades: en los versículos 4*b*-5 se enumeran los peligros y dificultades de la vocación apostólica (que se dividen a su vez en tres grupos de tres). En los versículos 6-7*a* se habla de ocho dones internos que representan la dotación interior al tiempo que la respuesta espiritual (= movida por el Espíritu) de los apóstoles a la enemistad del mundo. Siguen luego tres miembros dobles, el primero de los cuales habla de ataque (espada, lanza y dardo se manejan con la derecha) y de defensa (en la izquierda se lleva el escudo); la lealtad del emisario de Cristo no puede ser zarandeada por las circunstancias externas.

La enumeración alcanza su punto cenital en los siete miembros de los versículos 8*b*-10, que contrapone de manera gráfica e impresionante la apariencia y la verdad. En todas las amargas experiencias de una vida larga y difícil al servicio del Evangelio, Pablo tiene conciencia de ser un apóstol acreditado: sabe que llegará sin falta el triunfo definitivo de la causa de Cristo. El mundo se defiende contra el mensaje, desprecia a los mensajeros como farsantes, aunque de hecho sirven a la verdad. Despreciados y desconocidos pasan por la vida, aunque Dios y su Iglesia los conocen bien,

38. Véase el comentario a Rom 5,12-21 y el excursus *La historia de la salvación.*

y eso es lo único que puede importarles. Entre los riesgos de su vocación están continuamente abocados a perder la vida, pero esa vida que Dios crea, vuelve a triunfar una y otra vez. Han de soportar dolores y padecimientos sin número, pero jamás sus enemigos lograrán eliminarlos. Considerando su destino externo habría que tenerles por hombres tristes, pero su alegría procede de Dios y es inagotable; ante el mundo son pobres, pero en realidad disponen de los dones más preciosos que jamás se hayan otorgado sobre la tierra; aparentemente no tienen nada que puedan considerar como propiedad suya, aunque en realidad están en posesión de todo aquello que verdaderamente puede hacer a un hombre rico para siempre.

Pablo y el Jesús histórico

No sabemos si Pablo había visto a Jesús antes de su encuentro decisivo con él en las proximidades de Damasco. El pasaje de 2Cor 5,16 no resuelve la cuestión. Pero ciertamente que ya antes de su conversión tuvo conocimiento de los hechos fundamentales del cristianismo. En sus cartas escasean los detalles concretos sobre la vida de Jesús, predominando en cambio las grandes verdades de la salvación, y en especial la muerte y resurrección de Jesucristo, el Señor [39]. Pese a lo cual, pueden reunirse toda una serie de pormenores, casi siempre incidentales, que demuestran cómo el apóstol también estaba familiarizado con los *detalles* de la vida de Jesús. En efecto, Jesús nació de una mujer y estuvo sujeto a la ley (Gál 4,4), fue descendiente de la familia de David según la carne (Rom 1,3); Pablo conoce a los parientes carnales del Señor [40]. Jesús hubo de padecer oprobios (Rom 15,3) y fue traicionado (1Cor 11,23); aunque existía desde la eternidad como Hijo e igual a Dios, se hizo pobre por amor a los hombres [41].

El Apóstol habla del amor de Cristo a nosotros, amor que se

39. Véase el comentario a Rom 3,22 y el excursus *La fe*, y a 1Cor 12, 1-11, con el excursus *Jesús es el Señor*.

40. 1Cor 9,5; Gál 1,19.

41. 2Cor 8,9; Flp 2,6-8.

manifestó de forma incomprensible en su muerte de cruz[42]. Sabe que la mansedumbre y la modestia caracterizan el ser de Jesucristo[43]. Y cita *palabras de Jesús:* «Respecto de los que ya están casados hay un precepto, no mío, sino del Señor: que la mujer no se separe del marido... y que el marido no despida a su mujer»[44]. «De la misma manera, el Señor dispuso que quienes anuncian el Evangelio del Evangelio vivan»[45]. Nos transmite la institución de la cena del Señor en amplio acuerdo con los sinópticos[46]. Exhorta a los romanos a que bendigan a sus enemigos, en lugar de maldecirlos[47], y a no devolver mal por mal (Rom 12,17. 21). Más aún: la ley entera se resume en el mandamiento de amar al prójimo[48]. En 1Cor 13,2 hay resonancias de Mc 11,23 y de Mt 17,20, así como de Mt 21,21; el texto de Rom 13,6 y 7 parece aludir por su forma y contenido a Mc 12,17; Mt 22,21 y Lc 20, 25. El pasaje de 1Tes 4,15 se aduce como «palabra del Señor», según la cual los supervivientes al tiempo de la parusía no tendrán ventaja alguna sobre los que ya hayan dormido en el Señor. Ahora bien, dado que la palabra citada no la conocemos por tradición alguna escrita, debe tratarse de una revelación directa de parte del Señor, o bien de un *logion* que no se ha conservado por escrito.

Una mirada comparativa al *conjunto* de la predicación de Jesús y del apóstol evidencia un acuerdo en todas las cuestiones esenciales. Jesús combate un judaísmo que ha apostatado de su misión derivando hacia las exterioridades; pero reconoce en el Antiguo Testamento una revelación auténtica, y sabe que en su propia persona se cumplen las promesas consignadas en aquél. Rebasa las estrecheces de la fe judía en la elección del pueblo y predica la universalidad de la salvación. Proclama, sin callarse ante el tribunal que le juzga, a Dios su Padre, al Dios del amor, y se

42. Rom 8,35.37; cf. también Flp 1,8.
43. 2Cor 10,1; cf. Mt 11,29.
44. 1Cor 7,10-11; cf. Mc 10,9.11.12; Mt 5,32; 11,9; Lc 16,18.
45. 1Cor 9,14; cf. Mt 10,10; Lc 10, 7.
46. Cf. el comentario a 1Cor 11,17-34.
47. Rom 12,14; también 1Cor 4,12; cf. Mt 5,44; Lc 6,28.
48. Rom 13,9; Gál 5,14; cf. Mc 12,31; Mt 7,12; 22.39; Lc 10,27.

sabe entregado como «rescate por muchos» [49] «para el perdón de los pecados» (Mt 26,28). Exige una entrega total a Dios, una conversión absoluta del hombre pecador que, pese a todo, sigue siendo hijo de Dios.

En lo esencial Pablo predica lo mismo. Y cuando, a pesar de ello, se ha creído poder establecer una *oposición* real entre Jesús y Pablo, se ha olvidado por lo general que Jesús habla con la seguridad inquebrantable que le da la abundancia de la posesión fundada en su unión natural con Dios, mientras que Pablo intenta llegar trabajosamente a la claridad a través de numerosos resquicios y anfractuosidades. A ello hay que sumar el hecho de que Pablo es un hombre de ciudad, formado en la escuela rabínica, que jamás puede alcanzar la sublime sencillez de Jesús. Pero lo que se olvida, sobre todo, es que entre la predicación del Maestro y la del apóstol han ocurrido el sacrificio de la cruz sobre el Gólgota y la resurrección de Jesús, y que sólo se pudo ver claramente toda la importancia de la obra redentora después de haberse realizado. «La misión de Jesús no fue la de ser su propio apóstol. La predicación de la transcendencia de su muerte pertenece al tiempo en que ha tenido lugar, y a ella cabe revocarse» (Wickenhauser). Pablo, por ejemplo, no establece división alguna entre un Jesús histórico y un Cristo místico y espiritual; ni existe tampoco fuera de él semejante oposición dentro de las distintas fuentes neotestamentarias. Para Pablo, como para todo el Nuevo Testamento, el Jesús nacido de mujer, que predicó en Palestina, que fue condenado a muerte bajo Poncio Pilato y que, según el testimonio de sus leales, fue resucitado, es el mismo que a él se le apareció ante las puertas de Damasco, que está sentado a la derecha de Dios, que vive y actúa en los fieles y que regresará para el juicio final. Pablo nunca ha querido ser otra cosa que un siervo obediente y un leal mensajero de su Señor Jesucristo. En todas las andanzas de su vida le sigue con amor y fidelidad (cf. comentario a 2Cor 4,12), y con él espera reunirse una vez para toda la eternidad [50].

---

49. Mc 10,45; Mt 20,28.
50. Cf. el comentario a Rom 6,1-11.

Exhortación al amor generoso
6,11-7,4

[11] *Os hemos hablado con toda franqueza, oh corintios; y nuestro corazón se ha dilatado.* [12] *No es en nosotros donde os falta amplio espacio; es en vuestras propias entrañas donde os falta.* [13] *Os pido la misma correspondencia —os hablo como a hijos—: dilataos también vosotros.*

[14] *No forméis con los infieles una yunta desigual. Pues, ¿qué relación cabe entre la justicia y la impiedad? ¿Qué tiene de común la luz con las tinieblas?* [15] *¿Qué acuerdo puede haber entre Cristo y Beliar, o qué participación entre un creyente y un infiel?* [16] *¿Qué compatibilidad entre el templo de Dios y los ídolos? Porque nosotros somos templo del Dios viviente; como lo dijo Dios: «Habitaré y caminaré en medio de ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo»* (Lev 26,12; Ez 37,27). [17] *Por eso añade: «Salid de entre ellos y vivid aparte, dice el Señor. Y no toquéis nada impuro»* (Is 52,11.4), *«y yo os acogeré»* (Ez 20,34), [18]*«y seré para vosotros padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas»* (2Sam 7,14; Is 43,6), *«dice el Señor todopoderoso»* (2Sam 7,8).

[1] *Poseyendo, pues, queridos míos, tales promesas, purifiquémonos de todo lo que pueda manchar la carne o el espíritu, completando nuestra santificación en el temor de Dios.* [2] *Concededme más espacio en vuestro corazón. A nadie hemos perjudicado; a nadie hemos arruinado, a nadie hemos explotado.* [3] *No lo digo en tono de condenación; pues os dije antes que estáis en nuestros corazones para juntos morir y juntos vivir.* [4] *Grande es mi franqueza con vosotros; muy orgulloso de vosotros estoy; lleno estoy de consuelo y me desbordo de alegría en toda clase de tribulación nuestra.*

11 En el transcurso de esta carta san Pablo nos ha hablado de los padecimientos, pero ha insistido todavía más en la felicidad y en la grandeza de su misión; Pablo vive como desgarrrado por la violencia de su amor apostólico. Se ha dirigido a sus amados corintios de forma franca y sincera, confiando plenamente

en su inteligencia[51] y abriéndoles su corazón de par en par.
Pueden disponer de todo el cariño que alienta en el pecho del 12
apóstol, el cual está pronto a arriesgar por ellos su vida y todo
cuanto tiene. Ellos, en cambio, ciertamente que siguen mostrán-
dose mezquinos; tratan al apóstol con recelo y desconfianza com-
partiendo así la actitud de sus enemigos rastreros. Por ello, les 13
suplica de todo corazón que le correspondan con la misma con-
fianza y con idéntico afecto. Son sus hijos, y les ruega como su
padre espiritual que es (cf. 1Cor 4,15).

Con el v. 14 aparece una nueva idea que sólo en 7,2 volverá 14
Pablo a desarrollar restableciendo la conexión interrumpida; el
apóstol advierte contra la convivencia con los paganos, su am-
biente y su modo de ser. Este peligro era constante en una ciu-
dad como Corinto. Recordando Dt 22,10 («No ararás con yunta
de buey y asno»), alude Pablo a la falsa comunión que ridicu-
lizan sus palabras (cf., sin embargo, 1Cor 5,9.10), la imposibili-
dad de caminar bajo un yugo que es extraño al cristiano. A través
de cinco contrastes, y con una retórica cargada de eficacia, des-
cubre el abismo que se abre entre el modo de ser pagano y el cris-
tiano. Uno y otro se oponen como la justicia y la impiedad (cf.
Rom 6,19), como la luz y las tinieblas[52]. En estos reinos espiri- 15
tuales que se excluyen mutuamente, los soberanos respectivos son
Cristo y Beliar, que libran entre sí una batalla implacable. Beliar[53]
es una de las denominaciones del diablo en la literatura del ju-
daísmo tardío. También parece que se llama así al antimesías, al
Anticristo que será el instrumento del diablo en la batalla deci-
siva.

El creyente está consagrado a Cristo, mientras que el infiel
pertenece al reino tenebroso del diablo. Como último contraste 16-18
de elementos irreconciliables el apóstol contrapone el templo de
Dios —la comunidad cristiana— y los ídolos. La correspondencia no es perfecta, puesto que exigiría en el segundo miembro de la comparación «el templo de los ídolos»; pero el pensamiento

51. Un lenguaje parecido se encuentra también en Gál 3,1; Flp 4,15.

52. Cf. Rom 13,12 Ef 5,7.14; 1Tes 5,4-5.

53. En hebreo *beliyy'al* = «inutilidad», «impiedad», y originariamente tal vez «mundo subterráneo».

resulta claro. Explícitamente afirma Pablo que nosotros, los cristianos, somos ese templo del Dios viviente. Como prueba escriturística aduce todo un mosaico de pasajes del AT, formado por palabras de Yahveh. Son textos —agrupados de un modo bastante libre— que se encuentran en Lev 26,12 («Andaré entre vosotros, y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo»); Ez 37,27 («Y tendré junto a ellos mi tabernáculo, y yo seré su Dios, y ellos serán el pueblo mío»); Is 52,11 («Marchad, marchaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda, salid en medio de ella, purificaos vosotros los que traéis los vasos del Señor»; «dice el Señor», Is 52,4); Ez 20,34 («Y os sacaré de los pueblos, y os reuniré de los países por donde habéis sido dispersados, y dominaré sobre vosotros con mano pesada, y con brazo extendido, derramando todo mi furor»); 2Sam 7,14*a* («Yo seré su padre y él será mi hijo»; «y mi hija», Is 46,6[2]); 2Sam 7,8 («Esto dice el Señor de los ejércitos»; LXX: «así habla el Señor, el Todopoderoso»).

1 Las promesas, de las que Dios habla aquí, se realizarán cuando se lleven a la práctica las condiciones estipuladas también con palabras divinas. Y a esto es a lo que quiere estimular el apóstol a sus fieles de Corinto. Deben mantenerse limpios de cualquier contaminación de la carne y del espíritu [54], y, pensando en su responsabilidad, caminar en el temor del Señor hasta alcanzar la sanidad perfecta (cf. 5,9-11).

Como el versículo siguiente enlaza directamente con 6,13, algunos intérpretes han querido ver la sección 6,14-7,1 como un añadido de otra mano, o al menos como un bloque fuera de lugar. Pero, aun admitiendo que las perícopas 6,11-13 y 7,2-4 aparecen separadas por el inciso de 6,14-7,1, difícilmente podría esto ser motivo para una operación de poda en un escritor de cartas como Pablo, en el que no son raras tales libertades. «El criterio de que la progresión de las ideas correría mejor eliminando una determinada perícopa, no es nunca razón para suprimirla» (Schlatter).

2 Pablo vuelve al razonamiento de 6,11-13. ¡Ah, si los corintios

54. Aquí en un sentido neutro, como en 1Cor 7,34; véase el comentario a Rom 8,1-11 y el excursus *Carne y espíritu.*

le abriesen de par en par su corazón, le entendiesen y siguieran
sus exhortaciones! Las inculpaciones graves — y es probable que
el apóstol cargue un poco las tintas — cesarían de forma tajante.
Con el término «arruinado» tal vez aluda a un supuesto mal ejem-
plo o quizás a un trato inadecuado, como podría ser la severidad
excesiva; «explotado» apunta al abuso en el terreno económico
(cf. 12,14-18). De cara a la comunidad se siente en una posición 3
fuerte; si quisiera, hasta podría pedirles cuentas; pero lo único que
le interesa es la reconciliación. Ya se ha referido al hecho de cuán
dentro de su corazón lleva a los corintios[55], a quienes está ligado
en muerte y en vida (con Cristo). La sección se cierra con un 4
grito de júbilo. El apóstol se ha dirigido a los fieles de Corinto
con franqueza confiada, pues sabe que no se verá defraudado.
Puede estar orgulloso de ellos viendo los progresos que la obra de
Dios hace en la capital de Acaya. En medio de tantas tribulacio-
nes como le acosan al presente, esto constituye para él un motivo
de consuelo y alegría desbordante.

Continuación del cuadro interrumpido en 2,13
7,5-16

5 *Pues la verdad es que, cuando llegamos a Macedonia, nues-*
tra carne no tuvo reposo; por el contrario, todo fueron tribulacio-
nes: por fuera, luchas; por dentro, temores. 6 *Pero Dios, que con-*
suela a los abatidos, nos trajo el consuelo con la llegada de Tito;
7 *y no sólo con su llegada, sino también con el consuelo que él*
había recibido entre vosotros. Él nos ha contado vuestro ardiente
afecto, vuestro pesar y vuestra preocupación por mí, hasta el punto
de alegrarme más. 8 *Porque, aun cuando os entristecí con la carta,*
no me pesa; y aun cuando me pesaba — veo que aquella carta
os entristeció, aunque fuera momentáneamente —, 9 *ahora me ale-*
gro, no porque os entristecisteis, sino porque os entristecisteis para
vuestra conversión. Porque os entristecisteis según Dios, de mo-
do que no sufristeis ningún daño por nuestra parte. 10 *Pues la tristeza*

55. 2Cor 3,2 y 6,11-13.

que es según Dios, produce una conversión saludable, de la cual
no hay que tener pesar; mientras que la tristeza del mundo pro-
duce la muerte. [11] *Porque, mirad: ¿cuánta solicitud produjo en*
vosotros ese mismo hecho de entristeceros según Dios! ¡Qué dis-
culpas! ¡Qué indignación! ¡Qué temor! ¡Qué nostalgia! ¡Qué pre-
ocupación! ¡Qué deseo de justicia! En todo momento habéis de-
mostrado ser inocentes en este asunto. [12] *Por lo tanto, aun cuando*
os escribí, no fue por causa del ofensor, ni por causa del ofendido,
sino para que vuestro interés por nosotros se manifestara entre
vosotros ante la presencia de Dios. [13] *Por esto hemos recibido*
tanto consuelo.

Y nuestro consuelo se nos aumentó mucho más con la alegría
de Tito, cuyo espíritu quedó tranquilo ante la actitud de todos
vosotros. [14] *Y si ante él me enorgullecí algo por vosotros, no me*
avergoncé; al contrario, así como en todo os dijimos la verdad,
así también nuestro argullo ante Tito resultó ser verdad. [15] *Y su*
afecto entrañable hacia vosotros se ha redoblado al recordar la
sumisión de todos vosotros: de cómo lo recibisteis con temor y
temblor. [16] *Me alegro de poder contar para todo con vosotros.*

5 El versículo 5 enlaza con 2,13. En la sección intermedia, 2,14-
7,4, Pablo se ha esforzado por exponer ante los ojos de los co-
rintios toda la excelsitud de su ministerio, pasando insensiblemen-
te de una idea a otra; ahora vuelve a tomar el hilo. Entonces no
había logrado entrevistarse en Tróade con Tito (2,12-13), a cuyo
encuentro había ido para saber la evolución que habían tomado
las cosas en Corinto. En Macedonia había sido presa del sobresal-
to («nuestra carne», aquí en sentido éticamente neutro, designa
a todo el hombre; en el pasaje paralelo de 2,13 se habla de «mi
espíritu»): por fuera, arreciaban las luchas; por dentro, la ator-
6-7 mentaba la preocupación por la comunidad corintia. En tal an-
gustia se presentó por fin Tito (el encuentro tuvo lugar ciertamen-
te en la ciudad de Filipos). El encuentro con Tito fue ya por sí
solo motivo de consuelo para el apóstol, que vio en ese reencuen-
tro la acción de Dios, consolador de los pobres y de los afligidos
(cf. Is 49,13). Pero lo que consoló más aún a Pablo fue el relato
de su colaborador acerca de la situación que dejaba en Corinto.

El propio Tito había vuelto tranquilo y consolado; cosa que al apóstol le había infundido nueva confianza. Se informó, en efecto, de las ansias que tenían los corintios por volver a verle y por reparar la ofensa inferida, de su queja pesarosa por el lamentable incidente, y de su voluntad decidida por obedecer en todo al apóstol.

La misiva intermedia, la carta con lágrimas (cf. introducción) **8-9** había causado pesar a los fieles de Corinto; pero Pablo no puede lamentarlo. En un entramado de frases un poco torpe — que desde luego refleja una cierta cautela e inseguridad — subraya sin lugar a dudas el grato resultado de un encuentro áspero: se han arrepentido, han actuado según el sentir de Dios, de tal modo que la carta con lágrimas no ha sido para ellos causa de perjuicio sino motivo de provecho. La pesadumbre sincera procede del ge- **10** nuino conocimiento de sí mismo y conduce al arrepentimiento verdadero, que no depende de las reacciones sentimentales, sino que descansa sobre el cimiento sólido de una reflexión seria. De esta forma aquel pesar les ha llevado a la salvación, mientras que la falsa tristeza, la tristeza del mundo, sume al hombre en la culpa y en el pecado, disponiéndole así para su ruina definitiva.

Con sincera alegría alaba el apóstol — quizá no sin cierta exa- **11** geración — el cambio radical que en ellos se ha operado desde de la carta intermedia. Tienen la voluntad decidida de disculparse y de borrar el agravio a toda costa, se apartan dolidos del ofensor, probablemente también de la postura que adoptaron en otro tiempo. Lamentan su culpa al tiempo que nutren aquel saludable temor, que se mezcla con los deseos de reparación y de celo en favor del apóstol. Y entre tanto han exigido responsabilidades al culpable. Así se han apartado en forma palpable de aquella acción ofensiva, demostrando claramente su inocencia.

Ahora queda perfectamente claro el verdadero sentido de la **12** misiva de Pablo: no se trataba del ofensor ni tampoco del apóstol ofendido; lo que contaba ante todo y sobre todo era la comunidad. Era la iglesia corintia la que tenía que manifestarse como genuinamente cristiana y en rendida obediencia a los verdaderos apóstoles. Tan gratas noticias consolaron el corazón apesa- **13** dumbrado del apóstol solícito. A ello se sumó la alegría por la satisfacción de Tito, que en Corinto no recibió más que muestras

de afecto. Antes de que emprendiera su viaje, el apóstol — sin duda para alentarle en su difícil misión — le había hablado mucho y bien de la comunidad corintia. Y, mientras Tito trabajaba en la capital de Acaya, crecía por momentos la inseguridad del apóstol de si no se habría excedido en los elogios. Ahora rebosa de
15-16 júbilo porque no ha quedado por mentiroso. Tito piensa en el cariño entrañable y respetuoso con que se le trató como a emisario del gran apóstol[56]. El enjuiciamiento halagüeño del asunto y de la comunidad, la simpatía y afecto de Tito, ahora más acendrados que nunca, al igual sin duda que el versículo 16, tienen que preparar una acogida favorable al propio Tito, que ahora se encuentra de camino hacia Corinto para una nueva misión (cf. 8, 6.16-17).

56. La expresión «con temor y temblor» es estereotipada, pero aquí no deja de resultar excesiva; en 1Cor 2,3.

PARTE SEGUNDA

LA COLECTA EN FAVOR DE LA IGLESIA DE JERUSALÉN
8,1-9,15

Ejemplo de las comunidades de Macedonia
8,1-15

[1] *Queremos daros a conocer, hermanos, la gracia de Dios otor-*
gada a las iglesias de Macedonia: [2] *que en medio de una gran prue-*
ba de tribulación, su alegría desbordante y su extrema pobreza
se desbordaron en tesoros de su generosidad. [3] *Porque, según sus*
recursos, de ello doy fe, y por encima de sus recursos, por propia
iniciativa, [4] *nos pidieron con mucha insistencia la gracia de parti-*
cipar en este servicio a los fieles, [5] *y no como esperábamos, sino*
que se dieron primero al Señor y luego a nosotros por voluntad
de Dios, [6] *hasta tal punto que rogamos a Tito que, tal como antes*
comenzó, llevara también a feliz término entre vosotros esta gra-
cia. [7] *Mas, como abundáis en todo: en fe, y palabra, y conocimien-*
to, e interés ilimitado, y en ese amor que de nosotros habéis re-
cibido, abundad también en esta gracia.

[8] *No lo digo en plan de mandato, sino comprobando la auten-*
ticidad de vuestro amor mediante el interés de los otros. [9] *Pues*
conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo: cómo por nosotros
se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros fuerais enriquecidos
con su pobreza. [10] *Y en esto os doy un consejo: porque esto os*
conviene, como que no sólo fuisteis los primeros en actuar, sino
también en quererlo desde el año pasado. [11] *Ahora, pues, llevad*
también a término la obra, para que a la prontitud en el querer
corresponda la realización según lo que tenéis. [12] *Porque, si está*

por delante la buena voluntad, se acepta con gusto según lo que
uno tiene, no según lo que no tiene. [13] *Pues no se trata de que*
haya holgura para otros y para vosotros escasez, sino que haya
cierta igualdad: [14] *en la ocasión actual, vuestra abundancia colme*
su escasez, para que también colme vuestra escasez la abundancia
de ellos. Así habrá igualdad; [15] *como está escrito: «El que mucho*
recogió no tuvo de sobra, y el que poco recogió no tuvo escasez»
(Éx 16,18).

1 Ya en 1Cor 16,1-4 se había referido Pablo a un asunto, en
el que estaba profundamente interesado desde el «concilio de los
apóstoles» (Gál 2,10): la colecta que se le había encomendado
en favor de la iglesia de Jerusalén (cf. también Rom 15,25-28).
En los capítulos 8 y 9 vuelve a tratar abiertamente la cuestión.
Para ello empieza por presentar ante los ojos de los corintios el
ejemplo de las iglesias de Macedonia (como las de Filipos, Tesa-
lónica y Berea, cf. Act 16,17); en todas ellas la llamada del Após-
tol encontró un eco verdaderamente ejemplar. Con toda claridad
pudo reconocerse en su comportamiento que la generosidad cris-
2 tiana es producto de la gracia de Dios. Y ciertamente que tam-
poco en Macedonia había sido fácil reunir un donativo abundan-
te, pues, además de ser iglesias pobres, habían tenido que sopor-
tar todo género de tribulaciones. Pero justamente en una situa-
ción tan difícil se puso de manifiesto la autenticidad y riqueza
de sus recursos cristianos, así como la desbordante alegría que
quiere derramarse y hacer de algún modo partícipes a los demás.
3-4 Los macedonios habían hecho más de lo que podían. Habían
ofrecido por encima de sus posibilidades, y lo habían hecho por
su propio impulso y con un conocimiento tan iluminado, que hasta
había rogado a Pablo el poder tomar parte en esa obra de ayuda.
5 No sólo habían cumplido, sino que habían superado con creces
las esperanzas que el Apóstol tenía puestas en ellos; habían lle-
gado incluso hasta casi sacrificarse a sí mismos en aras de esa
empresa de amor a favor de los hermanos de Jerusalén, con la
que en definitiva creían dar gloria a Dios, y con la que también
pretendían ayudar a Pablo en el cumplimiento del deber que se
había impuesto siguiendo la voluntad divina.

Esa capacidad de sacrificio por parte de los macedonios in- 6
fundía ánimos al apóstol para sugerir a Tito un nuevo viaje a Corinto. El año anterior Tito había iniciado allí la empresa de la colecta, y ahora debería llevar a término la obra comenzada. Esa empresa benéfica no la llama Pablo simplemente colecta (como, por ejemplo, en 1Cor 16,1.2), sino que la denomina «gracia» (8, 6.7.19), «servicio» (8,4; 9,1.12-13), «bendición» (9,5), «prestación» (9,12: *leitourguia,* liturgia), «donativo» (9,13). Es evidente que Pablo ha cuidado las expresiones, y expone muy diplomáticamente su propósito, esforzándose por eliminar de antemano cualquier pretexto para las sospechas maliciosas.

Alaba a los corintios por sus sobreabundantes gracias espiri- 7
tuales (el «mas» no hace sino continuar la frase, sin expresar ninguna oposición directa); ya han logrado mucho, pero ahora tienen que enriquecerse también participando con generosidad alegre y sacrificada en la gracia que se expande con el servicio de ayuda
a Jerusalén. Cuidadosamente distingue el apóstol, como lo hace 8
en otros pasajes (cf., por ejemplo, 1Cor 7,25.40), entre obligación y consejo. No quiere incurrir en la sospecha de que pretende «dominar» la fe de los corintios (1,24); lo único que desea es brindarles una ocasión de acreditar su fe, como lo han hecho los cristianos de Macedonia. Aunque el ejemplo normativo de toda la con- 9
ducta cristiana es el propio Cristo. Al hacerse hombre se despojó hasta el último extremo posible de sus riquezas divinas (cf. Flp
2,6-8), para alcanzarnos así los bienes de la salvación. El compor- 10
tamiento generoso será de provecho para los mismos corintios, quienes no sólo impulsaron la colecta adelante sin presión alguna ni de dentro ni de fuera, sino que desde el principio la desearon libremente y de corazón.

El cambio de año se entiende según el calendario sirio-macedónico que — al igual que el cómputo judío — empezaba a contar desde el equinoccio de otoño. Suponiendo que 1Cor fue escrita antes de Pentecostés (cf. 1Cor 16,8), la presente debió redactarla
Pablo entre el otoño de ese mismo año y el otoño siguiente. La 11-12
acción loablemente incoada hay que llevarla ahora a término con idéntico espíritu; en ella, como en cualquier otra acción cristiana de caridad, lo que cuenta no es la suma externa, sino exclu-

sivamente la buena voluntad y disposición para dar de todo corazón aquello que a cada uno le es posible[1]. El don no debe en modo alguno arruinar al donante; con el sentido realista que le es propio, Pablo rechaza también aquí cualquier exageración. La «igualdad» debe ser el criterio normativo; del mismo modo que en la presente necesidad los corintios ayudan a la iglesia de Jerusalén, así también los jerosolimitanos estarán dispuestos a remediar cualquier necesidad que pudiera presentarse en Corinto. Aunque, desde luego, también cabría pensar — como lo hacen muchos expositores — en una compensación de ayuda material mediante la comunión de bienes espirituales[2]. Como prueba escriturística aduce Pablo Éx 16,18 (casi literalmente según la versión de los LXX): así como en la recogida del maná cada uno se encontraba con la cantidad que le era necesaria, así también cada comunidad cristiana se hallará en posesión de cuanto necesita mediante las compensaciones de un amor eficiente.

13

14-15

Delegados para la colecta
8,16-24

[16] *Gracias sean dadas a Dios que ha puesto en el corazón de Tito la misma solicitud por vosotros;* [17] *pues, además, de acoger bien nuestro ruego, estando lleno de entusiasmo, se dirigió por propia iniciativa a vosotros.* [18] *También enviamos con él al hermano cuya alabanza por el anuncio del Evangelio se extiende a través de todas las iglesias.* [19] *Y no sólo esto sino que también fue elegido por votación de las iglesias como compañero nuestro de viaje en esta obra de generosidad, administrada por nosotros para gloria del [mismo] Señor y en testimonio de nuestra buena voluntad.* [20] *Así evitamos esto: que nadie nos pueda criticar en esta abundante colecta, administrada por nosotros.* [21] *Pues procuramos hacer lo que es bueno no sólo ante el Señor, sino también ante los hombres.* [22] *Y os hemos enviado juntamente con ellos a nuestro her-*

1. Cf. Mc 12,41-44; Lc 21,1-4.
2. Cf. Rom 15,27 y también 1Cor 9,11.12.

mano, de quien hemos comprobado que fue solícito muchas veces en muchas ocasiones, y ahora mucho más solícito todavía, por la gran confianza que tiene en vosotros. [23] *En cuanto a Tito, es mi compañero y colaborador entre vosotros. Respecto a nuestros hermanos, son enviados de las iglesias, son gloria de Cristo.* [24] *Dadles, pues, ante las iglesias, pruebas de vuestro amor y del legítimo orgullo que tenemos por vosotros.*

Previsoramente y con un tiempo razonable — tras la invitación **16**
hábil y circunspecta a participar en la obra benéfica a favor de la iglesia de Jerusalén — Pablo envió emisarios a Corinto con su encargo. El mismo celo que anima a Pablo (o a los macedonios) a disponer un donativo digno de la iglesia de Corinto, alienta también en el corazón de Tito. Gustosamente ha secundado el ruego del **17**
apóstol para emprender un nuevo viaje a la capital de Acaya; más aún, puede decirse que acometió tal misión por propia iniciativa, toda vez que el encargo respondía a sus deseos personales. según el tenor literal de la carta, hay que suponer que Tito ya había abandonado Macedonia (Filipos) y que quizá se encontraba de nuevo en Corinto. Muchos intérpretes sostienen que las formas verbales griegas aquí empleadas son propias del estilo literario de la carta (aoristo epistolar), y las traducen, en consecuencia, por otros tantos presentes. En tal caso, Tito habría podido ser el portador de 2Cor.

Con Tito viajan otros dos cristianos que gozan también de **18**
singular prestigio. No se dan sus nombres, por lo que nos movemos en el terreno de las hipótesis (tal vez habría que buscarlos entre los que menciona Act 20,4). El aludido en primer término es, sin duda, el más destacado, y goza de amplio renombre por su labor en pro del Evangelio. Para Pablo está singularmente indicado **19**
por el hecho de haber sido elegido para compañero del apóstol y plenipotenciario de cara a la colecta, por las mismas iglesias que toman parte en la empresa benéfica a favor de Jerusalén; empresa que, en definitiva, contribuye a la gloria de Dios y que debe dejar patente la buena voluntad del apóstol. Los compañeros **20**
protegerán a Pablo contra las sospechas maliciosas, pues que sus enemigos no retroceden ni ante la calumnia (cf., por ejemplo, 12,14).

Es evidente que entre los cristianos pobres de Corinto, que en muchos casos se privaban hasta de lo necesario, fácilmente podían
21 hallar crédito. Pablo sabe lo importante que puede ser para su misión también el prestigio externo. Utiliza aquí el texto de Prov 3,4 según la versión griega de LXX (un tanto retocada con vistas a su argumentación), que difiere del texto hebreo.
22 El segundo compañero no es tan importante ni conocido como el primero, aunque también ha dado pruebas de su celo; ha partido para la capital de la provincia romana de Acaya con singular solicitud y confianza, cosa que debe honrar y simultáneamente obligar a los corintios.
23 Resumiendo, Pablo recomienda a sus emisarios como apóstoles (aquí en un sentido amplio)[3] y, al propio tiempo, expone en la debida luz su misión como reverbero y reflejo del ser divino de
24 Cristo (cf. 1Cor 11,7). Delante de toda la cristiandad interesada, el donativo debe demostrar el genuino amor cristiano de los donantes, así como justificar el elogio que de ellos había hecho el apóstol; los enviados serán testigos de ello.

Exhortación a la prontitud
9,1-5

[1] *En cuanto a este servicio en favor de los fieles, no hace falta que os escriba;* [2] *porque conozco vuestra buena voluntad, de la que me glorío, para honra vuestra, ante los macedonios, asegurándoles que Acaya está preparada desde el año pasado, y vuestro celo estimuló a la mayoría.* [3] *Envío, sin embargo, a los hermanos, para que el orgullo que de vosotros tenemos no resulte desmentido en este punto; para que, como dije, estéis preparados.* [4] *No sea que, al venir conmigo los macedonios y encontraros desprevenidos, nos cubriéramos de vergüenza nosotros, por no decir vosotros, por esta confianza que teníamos.* [5] *Creí, pues, necesario rogar a los hermanos que se anticiparan en ir a vosotros y orga-*

---

3. Cf. el comentario a Rom 1,1-7 y el excursus *El ministerio apostólico.*

nizaran de antemano la prometida donación vuestra, de modo que estuviera preparada como una generosidad, y no como una mezquindad.

El versículo 1 del capítulo 9 introduce una nueva idea: Pablo **1-2**
no pretende molestar, y así se disculpa desde el comienzo. En realidad resulta inútil escribir más acerca de la colecta. Ya desde hace un año los corintios han demostrado tan buena voluntad en la preparación y realización de la misma, que incluso en Macedonia alaban el celo de Acaya (cuya capital era Corinto) y hasta ha podido utilizarse como estímulo para los demás. El sentido pedagógico de tal alabanza se desprende claramente de cuanto sigue; Pablo detalla cómo deberían discurrir las cosas mucho antes de que ocurran de hecho. Los tres enviados han de cuidar **3**
de que no decaiga el fervor; el apóstol no querría que la conducta de los corintios le dejase por mentiroso. Él mismo irá a Co- **4**
rinto (cf. capítulo 13), y no ciertamente solo, sino en compañía de algunos macedonios. ¡Qué penoso le resultaría que, ante los ojos de tales visitantes macedonios, llegados con tan encumbradas esperanzas, se viese defraudada su confianza en la capacidad cristiana de sacrificio de los corintios! A fin de evitar tan lastimoso **5**
espectáculo envía Pablo por delante a Tito con los dos compañeros innominados; hasta la llegada del apóstol deberán trabajar para que el donativo en favor de Jerusalén sea digno de quien lo hace.

La generosidad cristiana atrae la bendición divina
9,6-15

[6] *Tened esto presente: el que siembra con mezquindad, con mezquindad también cosechará, y el que siembra con largueza, con largueza también cosechará.* [7] *Cada uno dé como haya decidido en su corazón, no a disgusto ni a la fuerza; pues «Dios ama al que da con alegría»* (Prov 22,8a LXX). [8] *Y Dios tiene poder para colmaros con toda clase de gracias, de suerte que, teniendo siempre lo suficiente en todo, tengáis sobrante para contribuir a toda obra buena,* [9] *según está escrito: «Distribuyó a manos llenas, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre»* (Sal 112,9).

[10] *«El que proporciona semilla al sembrador y pan para comer»* (Is 55,10), *proveerá y multiplicará vuestra sementera y acrecentará «los frutos de vuestra justicia»* (Os 10,12). [11] *Así seréis enriquecidos en todo para toda clase de liberalidad, la cual, por medio de nosotros, produce acción de gracias a Dios.* [12] *Porque el servicio de esta prestación no sólo viene a colmar las necesidades de los fieles, sino que también se desborda en muchas acciones de gracias a Dios.* [13] *Mediante la comprobación de este servicio, ellos glorifican a Dios por haberos sometido a profesar el Evangelio de Cristo y por la generosidad de este donativo, dirigido a ellos y a todos.* [14] *Y en su oración por vosotros, manifiestan el ardiente afecto que os tienen, por razón de la abundante gracia que Dios derramó sobre vosotros.* [15] *¡Gracias sean dadas a Dios por su don inefable!*

6 La parte de la carta relativa a la colecta en favor de Jerusalén se cierra con una promesa, hondamente sentida, de la bendición divina sobre el auténtico donante cristiano. Con la comparación de la siembra y la cosecha (cf. Gál 6,7-9) el apóstol alude
7 a la correspondencia entre donativo y premio. Sin embargo, cada uno es libre de actuar como le plazca, sin otra norma que su propia decisión. En cualquier caso la actuación debe proceder siempre con auténtica alegría cristiana del corazón. Ni la violencia de fuera ni la tristeza interior pueden jamás servir de base a un acción cristiana. Pablo cita en forma libre Prov 22,8*a* (sólo en LXX): sólo quien da con corazón alegre se granjea el amor
8 de Dios, que es el premio sobre todo premio. Dios no se muestra tacaño con sus dones y gracias, y una de esas gracias capitales será que los corintios — sin que hayan de padecer necesidad —
9 reciban nuevamente la gracia de poder dar con generosidad. Ahora cita Pablo literalmente el Sal 112[111],9: el que vive con justicia, de conformidad con el beneplácito divino, distribuye con largueza entre los pobres, y esa conducta justa Dios no la echa-
10 rá en olvido. Con una serie de giros, tomados del AT (Is 55,10; Os 10,12), repite el apóstol la idea del versículo 8: Dios proporciona los medios para sembrar y distribuir, recompensa la generosidad misericordiosa, como recompensa los afanes del campesino.

El objetivo supremo de toda acción cristiana ciertamente que **11**
es siempre la gloria de Dios. Cuando se reparte con un sentido
cristiano, de la boca de los socorridos brota la alabanza de Dios,
que mueve los corazones de los donantes. En Corinto la obra
piadosa ha sido fomentada por Pablo y sus colaboradores. La
contribución de esta «prestación» (λειτουργία, liturgia) no se orien- **12**
ta sólo al remedio de unas necesidades locales, sino ante todo
y sobre todo a la gloria y alabanza de Dios. La frase siguiente
presenta una estructura sobrecargada y en completo desorden
(Windisch), sin que, por desgracia, sea posible una traducción
perfectamente ajustada.

Al acreditarse los corintios en el servicio generoso a los pobres **13**
de Jerusalén, los cristianos de allí alaban a Dios. ¡Es bien sig-
nificativo que no se hable de dar las gracias a los propios corin-
tios! Y es que la donación cristiana es obra de la gracia de Dios;
el donante es un agraciado de Dios con el mismo don repartido,
mientras que quien se cierra a la caridad sigue siendo un pobre.
Por ello, la gratitud de quien recibe un don de la misericordia
cristiana (en un sentido digno), se eleva hasta el autor de todo
bien, hasta el mismo Dios. La comunidad de Jerusalén reconocerá
en la largueza la autenticidad de la fe de los corintios, que es
una obediencia[4], y que muestra su eficacia en el sacrificio a fa-
vor de la iglesia madre, de Jerusalén, y por ella a favor de la cris-
tiandad entera. A la experiencia bienhechora del amor eficiente **14-15**
de los corintios responderá un nuevo amor cristiano, que cierta-
mente no apunta a unas ventajas terrenas, sino a los portadores
de la gracia de Dios. La sección se cierra con una acción de gra-
cias a Dios por su gracia, cuya fuerza —así lo espera el após-
tol— se dejará sentir abundantemente sobre los corintios.

4. Cf. el comentario a Rom 3,21-31 con el excursus *La fe*.

PARTE TERCERA

POLÉMICA CONTRA LOS JUDAIZANTES
10,1-13,10

Respuestas de Pablo a sus adversarios
10,1-18

[1] *Yo mismo, Pablo, os hago un ruego por la humildad y condescendencia de Cristo; yo, tímido en presencia vuestra, pero atrevido contra vosotros cuando estoy ausente.* [2] *Os suplico, pues, que una vez que yo esté entre vosotros, no tenga que emplear aquella osadía con que opino que debo proceder contra algunos que piensan que nosotros caminamos según la carne.* [3] *Porque, aunque vivimos en carne, no según la carne combatimos.* [4] *Pues las armas de nuestra milicia no son carnales, sino divinamente poderosas para derribar fortalezas: derribamos sofismas* [5] *y cualquier altivez que se alza contra el conocimiento de Dios, y apresamos cualquier pensamiento para someterlo a Cristo,* [6] *y estamos dispuestos a castigar cualquier rebeldía, cuando se haya logrado vuestra sumisión.* [7] *Veis las cosas según las apariencias. Si alguno se cree ser de Cristo, piense también esto para sí: que como él es de Cristo, también lo somos nosotros.* [8] *Y aunque me haya jactado algo excesivamente de la autoridad que el Señor nos dio para edificación vuestra y no para vuestra destrucción, no me avergonzaré;* [9] *para que no parezca que os quiero amedrentar mediante las cartas.* [10] *Porque alguien dice: Las cartas son duras y fuertes; pero su presencia corporal es poca cosa y su palabra despreciable.* [11] *Tenga ese tal en cuenta esto: que tal como somos de palabra por medio de cartas estando ausentes, tales seremos también de obra cuando estemos presentes.*

[12] No nos atrevemos ciertamente a equipararnos o a compararnos con algunos que tanto se recomiendan a sí mismos. Sin embargo, cuando a sí mismos se toman entre sí como medida y se comparan consigo mismos, no obran sabiamente. [13] Nosotros, por el contrario, no nos gloriamos hasta traspasar la medida, sino que procederemos según la medida exacta que nos asignó Dios como medida, a saber: llegar incluso hasta vosotros. [14] Pues no traspasamos la medida como si no hubiéramos llegado hasta vosotros, porque incluso fuimos los primeros en llegar hasta vosotros con el Evangelio de Cristo. [15] En nuestra jactancia no traspasamos la medida, a costa de trabajos ajenos; por el contrario, tenemos esperanza de que, creciendo la fe entre vosotros, creceremos hasta el desbordamiento de nuestra medida, [16] hasta llevar el Evangelio a regiones que están más allá de vosotros, sin entrar en campo ajeno ni gloriarnos de lo ya preparado por otros. [17] «El que se gloría, que se glorie en el Señor» (Jer 9,22-23). *[18] Pues no es aceptado el que se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien el Señor recomienda.*

Con 10,1 Pablo afronta una cuestión nueva. Los cuatro capítulos 10-13 forman un conjunto coherente, en el que Pablo combate con energía a sus enemigos personales de Corinto. Se ha pretendido entender esta sección como una misiva independiente, la llamada «carta de los cuatro capítulos», identificándola con «la carta intermedia», que Pablo habría escrito entre 1Cor y 2Cor. Pero el contenido de los capítulos 10-13 no coincide con el de dicha carta, a juzgar por los datos que sobre la misma nos proporciona 2Cor 2,3-9; 7,8-12. Teniendo en cuenta el carácter temperamental del apóstol, no puede sorprender que acometa un nuevo tema en forma brusca y apasionada[1]. 1

Con un comienzo solemne recuerda Pablo su autoridad apostólica al tiempo que el ejemplo de Jesús manso y humilde (Mt 11,29), que Pablo tiene ante sus ojos y que quiere presentar ante los ojos de los corintios. Sus enemigos le han lanzado el reproche de que sólo es valiente por carta, mientras que su presencia per-

1. Cf. Rom 9; y también Rom 16,17-20; 1Cor 16,22; Gál 6,11-17.

sonal da la sensación de un hombre sumiso. Pablo no discute que su conducta haya podido dar pie a tan maliciosas incriminaciones; sabe que llegó a Corinto «débil y con mucho temor
2 y temblor» (1Cor 2,3); pero en virtud de su autoridad, durante la inminente visita procederá de modo implacable contra los destructores de su obra e influencia. Está dispuesto a mostrarse enérgico también en un enfrentamiento personal, aunque desearía que ello no fuera necesario. Tiene clara conciencia de su derecho, sin titubeos de ninguna clase; piensa proceder «con osadía» contra cuantos opinan que actúa movido por motivaciones y recursos meramente terrenos y que carece de espíritu, única fuerza capaz
3 de sustentar toda auténtica conducta cristiana. Aunque Pablo camine en la carne, es decir, actúe dentro de una forma de existencia mundana («carne» se emplea aquí en sentido neutro), en modo alguno realiza su misión como un hombre carnal o, lo que es lo mismo, sin la fuerza sobrenatural del Espíritu (en tal caso, «carne» tendría un sentido peyorativo)[2].

4 Con una imagen grandiosa presenta la labor misionera de los apóstoles como una campaña de conquista; hay poderosas obras de fortificación que intentan oponer resistencia, pero serán demolidas por unas armas ultrapotentes, cuya fuerza devastadora deriva de Dios. Los fortines que se alzan para estorbar el avance victorioso de los combatientes de Dios, están cimentados en sofismas, en verdades aparentes, con vigencia en este mundo y que
5 los enemigos del apóstol manejan como armas; pero, en realidad, no son otra cosa que un rechazo del «conocimiento de Dios», de la verdad clara del Evangelio. Todos esos estorbos serán derribados; todo pensamiento que, alimentándose de unos supuestos meramente terrenos, no capta sino la sabiduría de este mundo, deberá confesar delante de Cristo su impotencia, y a Cristo deberá someterse.

6 Pablo dice todo esto apuntando claramente a la situación de Corinto; él sabrá quebrantar también allí la desobediencia al Evangelio. Antes, desde luego, debe poder confiar en la obediencia y el seguimiento incondicional de la comunidad a Cristo

2. Cf. el comentario a Rom 8,1-11.

(y con ello también a él mismo). Aquí queda todavía mucho por hacer y la comunidad debe hacerse consciente de la obligación que pesa sobre ella. Urge, pues, que quieran emplear la inteligencia de hombres sanos y que vean las cosas sin prejuicios.

Es evidente que los enemigos de Pablo se creían cristianos **7** en un grado muy particular, esgrimiendo con orgullo y petulancia ese cristianismo peculiarísimo contra el apóstol. Pero no es menos patente que de ningún modo Pablo pertenece menos a Cristo[3] que sus adversarios de Corinto. No pasa de ser una mera hipótesis la idea de que la postura que Pablo combate aquí haya de identificarse con el grupo «de Cristo» mencionado en 1Cor 1,12. Pablo está absolutamente por encima de sus enemigos; él **8** no es un simple cristiano como todos los otros. Si le interesase podría hacer gala de una dignidad muy superior: sus poderes apostólicos. Sólo que esa alta dignidad se le ha dado para la edificación, para impulsar adelante la causa de Dios y para destruir implacablemente el error; mas no para sofocar los gérmenes buenos en el corazón de los creyentes. En este pasaje considera pre- **9** ferible no hacer demasiado alarde en sus derechos, a fin de no exponerse de nuevo al reproche de que en sus cartas emplea un tono virulento.

Y una vez más (como en el versículo 1) cita el apóstol la ob- **10** jeción de sus enemigos. Afirman, en efecto, que sus cartas rezuman una conciencia exacerbada de la propia misión y que siempre están redactadas de forma autoritaria, mientras que su presencia personal —que en modo alguno podía exhibir las dotes de aspecto bello y lenguaje elegante, que tanto apreciaban los griegos— les proporcionaba más bien un poderoso argumento negativo. Pablo les parecía insignificante, sin que la fuerza del Espíritu se evidenciase en las realidades exteriores que, a su criterio, eran decisivas. En contra de tales objeciones Pablo subraya que **11** tiene conciencia de estar a la altura de su misión en Corinto; cuando próximamente se persone entre ellos actuará con la misma fuerza del Espíritu que se refleja en sus cartas. No le basta, sin **12**

3. Idéntica expresión se encuentra también en 1Cor 3,23; 15,23; Gál 3,29.

embargo, con mantenerse a la defensiva, sino que pasa al ataque.

Consigna irónicamente que no podría tener la audacia de equipararse a sus enemigos que se atreven a «recomendarse a sí mismos». Tan seguros están de su suficiencia que han perdido cualquier visión de la realidad, y no conocen más que su propio yo y su falso esplendor. En su orgullo desconocen la situación en que realmente se encuentran e ignoran lo poco inteligentes que
13 son. Cuando alguien confía únicamente en sí mismo, se crea una jactancia desmesurada y una presunción vacía. Pablo tiene un patrón para su alabanza, patrón que ha recibido de Dios: es la labor misionera que se le ha asignado. Cuando se llegó hasta Corinto, cumplió un encargo divino, y posee así el primer derecho
14 sobre la comunidad. Sus enemigos se han metido en campo ajeno y por su autoridad y ambición se han apropiado una misión que no les pertenece, han «traspasado» la medida que se les había señalado. Mientras que Pablo ha sido el primer predicador en Corinto y, cuando lucha por mantener su influencia en aquella ciudad, ni traspasa la medida que se le ha señalado ni va más allá del campo de misión que es su parcela.

15 Desde el versículo 15 las frases se mezclan y superponen. El Apóstol no hace como sus enemigos que se jactan del trabajo ajeno; cuando espera algo de los corintios, está en su perfecto derecho, porque la alabanza que le reportará el progreso de los corintios en la fe, será un logro en aquella parcela que Dios mis-
16 mo le ha asignado. Ese motivo de justo orgullo por haber proclamado antes que nadie el Evangelio en Corinto y por haber fomentado sin cesar el desarrollo de la fe en aquella iglesia, de modo que con ello se difunda aún más su alabanza, abrirá al apóstol nuevos caminos hacia regiones de misión inexploradas (cf. Rom 15,23-24). No se cuenta ciertamente — como lo subraya de nuevo — entre aquellos que pretenden cosechar una alabanza barata allí donde no han sembrado, «en campo ajeno»,
17-18 de una tarea misional extraña. Con una cita de Jer 9,22-23 (cf. comentario a 1Cor 1,31) formula la norma fundamental de toda jactancia cristiana. La señal del «recomendado» no es la vanagloria hueca (probable reproche de sus enemigos contra él) sino el verdadero éxito en la predicación del Evangelio.

Apología de Pablo
11,1-15

[1] *¡Ojalá me toleraseis un poco de insensatez! Sí, tolerádmela.*
[2] *Estoy celoso de vosotros con celo de Dios, porque os desposé*
con un solo marido para presentaros, como virgen pura, a Cristo.
[3] *Pero temo que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia,*
también vuestros pensamientos se corrompan apartándose de la
sencillez [y de la pureza] que debéis a Cristo. [4] *Porque si uno*
viene y proclama otro Jesús distinto del que hemos proclamado,
o aceptáis otro Espíritu distinto del que habéis aceptado, u otro
Evangelio distinto del que habéis recibido, lo toleráis bien. [5] *Sin*
embargo, tengo para mí que nada desmerezco frente a esos super-
apóstoles. [6] *Y si tengo poca pericia en la palabra, no es así en el*
conocimiento; pues en toda ocasión dimos pruebas de ello de
muchas maneras ante vosotros.

[7] *¿Cometí, acaso, un pecado, rebajándome a mí mismo para*
que vosotros fuerais enaltecidos, porque os anuncié gratis el Evan-
gelio de Dios? [8] *A otras iglesias despojé, aceptando de ellas un*
salario para entregarme a vuestro servicio. [9] *Pero una vez pre-*
sente entre vosotros y falto de recursos, no fui carga para nadie;
porque los hermanos procedentes de Macedonia remediaron con
abundancia mi escasez. Y en todo me guardé y me guardaré de
seros gravoso. [10] *¡Por la verdad de Cristo que hay en mí: no me*
será arrebatada esta gloria en las regiones de Acaya! [11] *¿Por qué?*
¿Porque no os amo? ¡Dios lo sabe!

[12] *Y lo que hago, lo seguiré haciendo para cortarles la ocasión*
a los que buscan ocasión de ser tenido por iguales a nosotros en
aquello de que se jactan. [13] *Porque esos tales son falsos apóstoles,*
obreros engañosos, disfrazados de apóstoles de Cristo. [14] *Y nada*
tiene de extraño, pues el mismo Satán se disfraza de ángel de luz.
[15] *No es mucho, pues, que también sus servidores se disfracen de*
servidores de la justicia. Su final será según sus obras.

A fin de no perder la confianza y afición de la comunidad de **1**
Corinto, y para oponer un dique a los enemigos con sus vacías

petulancias y sus incriminaciones dañinas, el apóstol se ve obligado a hablar una vez más de sus méritos, realizaciones y dones sobrenaturales. Esto deberá esclarecer de una vez para siempre la complicada situación y reducir definitivamente al silencio los adversarios del apóstol. Semejante apología es ciertamente sorprendente y extraña; se pensaría que habla un loco, alguien que ha perdido por completo el dominio de sus facultades. Pablo debe querer que sus palabras se escuchen y mediten en Corinto, y en el fondo debe estar persuadido de que se le tolerará hasta
2 elogiándose a sí mismo. No ha podido escapar a los corintios que el propósito del apóstol era limpio; siempre ha trabajado en favor de ellos con el celo de Dios que alentaba en él (cf. Éx 20,5), con vistas a que la comunidad alcanzase las cimas más altas de la unión con Cristo. Describir las relaciones entre la comunidad y Dios con la imagen más vigorosa posible, la del matrimonio, es un préstamo sin duda del Antiguo Testamento[4].
3 Pero al igual que Eva, que se dejó engañar por las encandiladoras promesas de la serpiente, y así fue seducida apostatando de la obediencia debida a Dios (Gén 3,13), también podría suceder que la comunidad perdiera por infidelidad su alta digni-
4 dad y distinción. Parece como si ya hubiera abandonado el buen camino. En modo alguno opone a los maestros, que se apartan del Evangelio de Pablo, la necesaria resistencia, y les permite que prediquen «otro» Jesús, «otro» Espíritu u «otro» Evangelio. Da crédito a la pretendida autoridad de los falsos apóstoles, corrien-
5 do el peligro de despreciar la autoridad legítima de Pablo, que es apóstol por vocación divina, «por Jesucristo y Dios Padre» (Gál 1,1); quienes se alcen por encima de él deberán ser «superapóstoles», como dice Pablo irónicamente. Es consciente, con orgullo legítimo, de estar absolutamente por encima de tales «superapóstoles», que en realidad no son sino «falsos apóstoles» (v. 13).
6 Sabe muy bien que no es ningún orador elocuente, si se le aplican los criterios de la elocuencia mundana[5], y que en este terreno

4. Por ejemplo, Is 50,1; Ez 16; Os 1-3; en el NT, cf. sobre todo Ef 5,21.31; Ap 19,7; 21,2.9; 22,17; tal vez también Mt 22.1-14; Lc 14,15-24: Mt 25,1-13; Jn 3,29.

5. Cf. 1Cor 2,3.4; 2Cor 10,10.

sus adversarios pueden superarle. Pero lo que interesa ante todo y sobre todo es la verdad, y el apóstol sabe que por virtud de Dios ha predicado y sigue predicando la más pura verdad.

¿Y no deberían los corintios considerar atentamente lo que 7
Pablo ha hecho por ellos? ¿Que se ha afanado por ganarse su pan con el trabajo de sus manos[6], y que, por lo mismo, ha renunciado al derecho de que la comunidad le sustente[7], para fomentar así la exaltación de los corintios, su conversión y su crecimiento en la fe? Para su campaña en Corinto (cf. 10,3-4) Pablo 8-9
se ha hecho proveer y pagar por otras comunidades, y concretamente por las de Macedonia[8]. Incluso cuando pasó necesidad en Corinto, no se volvió a la comunidad local en busca de socorro, sino que más bien se dejó ayudar por los hermanos llegados de Macedonia, y hasta es probable que solicitase directamente el apoyo de las comunidades macedónicas. Nunca quiere correr el riesgo de que su labor misionera se vea bajo una luz falsa a causa de las demandas monetarias; de ahí que procure, en lo posible, sustentarse con sus propios recursos dentro de la comunidad en que desarrolla su trabajo. Tiene razones poderosas 10
para seguir esa conducta, y se reafirma en su decisión suprema con un cierto énfasis solemne; sabe que su actuación desinteresada es infrecuente y que siempre le reportará «gloria». Sólo que esa «gloria» ha de contribuir a preparar un camino al Evangelio hasta el corazón de los corintios.

Ahora bien, si aceptó el sustentamiento de las iglesias mace- 11
dónicas y rechazó cualquier ayuda de parte de los corintios, ¿fue quizá porque amaba menos a éstos últimos? Pablo rechaza tal sospecha, revocándose simplemente al hecho de que Dios sabe su amor apostólico hacia la comunidad corintia. Pablo quiere 12
ganarse a los corintios, y con vistas a ese objetivo supremo acepta todas las privaciones, y sólo por ello mantiene resueltamente su prestigio. Los enemigos tienen buen olfato cuando, en la independencia del apóstol frente a las cosas materiales, descubren

6. Cf. 1Cor 4,12; 9,6.12; 1Tes 2,9; Act 18,3; 20,34-35.
7. 1Cor 9,7-14; Gál 6,6.
8. Sobre las provisiones proporcionadas por la iglesia de Filipos, cf. Flp 4,10-20.

una notable ventaja en favor de su actividad misionera. La vida desinteresada de Pablo, tan abundante en privaciones, no podía ser menos de producir una impresión profunda en todas las personas de buena voluntad. ¡Con qué ganas le habrían hecho descender de sus elevadas miras para arrebatarle así una ventaja tan sustanciosa! Tal vez la exigencia de los enemigos de ser sustentados por la comunidad iba especialmente vinculada a un motivo de vanagloria; tal vez —honradamente o sólo como táctica para obligar a Pablo a abandonar su punto de vista— presentaban su pretensión como un signo particular de la autenticidad de su condición apostólica.

13 Pablo, sin embargo, los nombra implacablemente con el apelativo que les corresponde, y sin piedad alguna descubre las verdaderas fuerzas bajo las que actúan. Sus pretensiones son vanas, ocultando su actividad nefasta bajo nombres pomposos; en realidad son apóstoles falsos, trabajadores[9] que trabajan con falsía
14 y que sólo externamente llevan el nombre de apóstoles. Pero con tan peligroso disimulo se demuestran justamente como discípulos aventajados de su maestro —y Pablo no retrocede en expresar todo lo que esto supone de horrendo—, que no es otro que el mismo Satán. También Satán se reviste de ángel de luz; así
15 lo presentan los escritos del judaísmo tardío[10]. Al igual que Satán actúan también sus secuaces; no cabe la menor duda de que las tenebrosas maquinaciones de los enemigos del apóstol encontrarán algún día en el juicio su castigo implacable.

Sufrimientos de Pablo en su apostolado
11,16-33

[16] *Lo repito: nadie piense que soy un insensato. Y si no, atendedme siquiera como a insensato, para que yo también me jacte un poco.* [17] *Lo que estoy hablando, no lo hablo según el Señor, sino como un insensato, en este supuesto de la jactancia.* [18] *Ya que*

9. Cf. Mt 9,37.38; Lc 10,2.
10. *Vida de Adán y Eva* 9; *Apocalipsis de Moisés* 17.

muchos se jactan según la carne, también yo me jactaré. [19] *Con gusto toleráis a los insensatos, siendo sensatos vosotros.* [20] *Porque toleráis si alguno os tiraniza, si os devora, si os explota si os trata altivamente, si os abofetea.* [21] *Lo digo para (vuestra) deshonra, como si nos hubiéramos mostrado débiles.*

Pero en aquello en que alguno se atreve — hablo a la manera insensata —, me atrevo también yo. [22] *¿Son hebreos? También yo. ¿Son israelitas? También yo. ¿Son del linaje de Abraham? También yo.* [23] *¿Son servidores de Cristo? Lo diré como delirando: ¡Mucho más lo soy yo! Más, en trabajos; más, en cárceles; muchísimo más, en palizas; frecuentemente, en peligros de muerte.* [24] *De los judíos recibí cinco veces los cuarenta azotes menos uno;* [25] *tres veces fui azotado con varas; una fui apedreado; tres naufragué, pasando un día y una noche en medio del mar.* [26] *En frecuentes viajes: peligros de ríos, peligros de bandoleros, peligros de parte de mis compatriotas, peligros de parte de los gentiles, peligros en ciudades, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos;* [27] *en trabajo y agotamiento; sin poder muchas veces dormir; en hambre y sed; con frecuencia, sin poder comer; en frío y desnudez.* [28] *Además de otras cosas, lo que pesa sobre mí cada día: la preocupación por todas las iglesias.* [29] *¿Quién desfallece, sin que yo no desfallezca? ¿Quién sufre un escándalo, sin que yo no me abrase?* [30] *Si hay que presumir, presumiré de mi debilidad.* [31] *El Dios y Padre del Señor Jesús — el que es bendito por los siglos — sabe bien que no miento.* [32] *En Damasco, el gobernador del rey Aretas tenía puestos guardias en la ciudad de Damasco para prenderme;* [33] *y por una ventana a través del muro, fui descolgado, metido en una cesta y escapé de sus manos.*

Al igual que en el versículo 1 — aunque con una fórmula dis- **16**
tinta y, tomada al pie de la letra, casi contradictoria — el apóstol se califica de «insensato» por su jactancia. Sabe que empezará por sorprender a los corintios, y por ello quiere explicarles que el alardear de sus realizaciones personales no lo hace por su propia voluntad, sino más bien por una necesidad táctica. Es realmente una necedad gloriarse como él lo hace aquí; pero de hecho sólo está representando el papel que le imponen las cir-

cunstancias. Mas, si los corintios le toman, en efecto, por un insensato, por una vez deberían permitírselo, para que al menos
17 así pueda lograr su objetivo. Alabarse a sí mismo de esta manera es una necedad, porque no responde al sentir de Cristo [11], por muy seguro que el apóstol pueda estar con respecto a unas prerrogativas que nadie alcanzará.

18 Si sus enemigos alardean de unas prerrogativas terrenas, tampoco Pablo les irá a la zaga, aun cuando su gloria pueda cierta-
19 mente fundamentarse en motivos muy diferentes. Con aguda ironía alude Pablo al hecho de que los corintios, que por tan inteligentes se tienen, toleran perfectamente bien, según parece, a sus enemigos, que en todo caso son unos insensatos por su jactancia
20 personal. La conducta de los falsos apóstoles era, sin duda, muy arrogante. Exigían obediencia a sus falsas doctrinas y explotaban a la comunidad de una forma desvergonzada. Pablo encuentra una
21 fórmula retórica de gran eficacia. Semejante sumisión a una autoridad falsa resulta una vergüenza para los corintios, quienes, según parece, consideraban la postura llena de miramiento y absolutamente desinteresada del apóstol como una debilidad. Muchos intérpretes entienden el pasaje de otro modo: «para (mi) deshonra lo digo», viendo en la frase una despiadada ironía: en mi desdoro confieso abiertamente que no soy capaz de tan afrontosas violencias.

22 El apóstol acepta confiado el duelo con sus enemigos. La enumeración que sigue — no de sus éxitos, sino de sus penalidades, pues sólo a éstas puede referirse un verdadero discípulo de Jesús — está montada con admirable eficacia retórica. Se han distinguido siete «estrofas» (Windisch): 21*b*-23*a;* 23*b;* 24-25; 26; 27; 28-29; y 30. ¡Qué ridículos son los reproches de los enemigos, cuando se tiene una idea clara de cuanto el apóstol ha soportado por el Evangelio! Entonces ya no cabe hablar de debilidad alguna. Pablo empieza con unas ventajas de carácter nacional y religioso, decisivas desde el punto de vista de la historia de la salvación y de las que evidentemente sus enemigos han debido hacer especial motivo de jactancia. Llenos de orgullo y petulancia

11. Cf. 2Cor 10,17.18; también Rom 15,3.

se llaman hebreos, israelitas, descendencia de Abraham [12], compendiando en ello su posición excepcional y sus pretensiones de dirigentes. Pero tampoco en este terreno les va Pablo a la zaga. Es «hebreo de hebreos» [13]. Si puede hablarse de un hebreo de las promesas de Dios, ése es él. La acumulación de expresiones es marcadamente retórica; pero una gradación conceptual (hebreo = judío de raza con todos sus derechos; israelita = judío religioso y creyente; descendencia de Abraham = heredero de las promesas) es difícil que la haya pretendido el apóstol.

Si los enemigos alardean de ser servidores (apóstoles) de Cristo **23** deberán también acomodar su vida a esa pretensión. Bien entendido, servidor de Cristo equivale a soportar los mismos padecimientos que Cristo. Y aquí sí que Pablo puede superar a todos sus competidores. Ha sufrido innumerables penalidades: ha sido arrojado a la cárcel por causa del Evangelio (en el tiempo anterior a 2Cor nosotros sólo sabemos de su prisión en Filipos: Act 16, 23-24); ha sido azotado y se ha encontrado repetidas veces en peligro de muerte. No menos de cinco veces ha padecido el castigo **24** de apaleamiento establecido por Dt 25,3; la rebaja del número de golpes de 40 a 39 hay que atribuirla a una interpretación rabínica del pasaje bíblico («en base al motivo que aparece frecuentemente, de que en estas cosas es preferible no llegar que excederse», Lietzmann). El castigo era terriblemente duro, y el Talmud supone que el reo podía morir durante su ejecución. De igual mo- **25** do, Pablo sufrió tres veces, de parte de los gentiles, el castigo de los azotes con vara (cf. Act 16,22.23.37). Una vez fue apedreado, cosa que, según refiere Act 14,19, sucedió en Listra. Nada dice, en cambio, el libro de los Hechos de los apóstoles acerca de los tres naufragios que aquí se mencionan (el naufragio referido en Act 27 corresponde a un tiempo posterior a 2Cor); una vez permaneció el apóstol durante veinticuatro horas como juguete de la tempestad en el mar.

Los viajes de entonces comportaban innumerables peligros, a **26**

12. Cf. Rom 11,1; Flp 3,5.

13. Flp 3,5; la expresión tal vez designa a los judíos de Palestina; cf. Act 6,1; 23,16; véase también JERÓNIMO, *De viris illustribus* 5; comentario a Flp 23.

todos los cuales hubo de exponerse Pablo una y otra vez; lo que exigía desde luego un enorme esfuerzo por su parte. Los ríos podían ser extraordinariamente peligrosos, sobre todo durante la estación de las lluvias. No se estaba a seguro de los salteadores (cf. Lc 10,30); el mar y el desierto resultaban tan peligrosos como la ciudad. En este capítulo eran sobre todo los judíos[14], aunque también los paganos[15], los que con sus asechanzas y acusaciones hacían extremadamente difícil el trabajo del apóstol.

Especialmente amargas fueron las experiencias con los falsos hermanos; los corintios podían pensar aquí en la situación dentro de la propia comunidad. Pero en todas partes, que no sólo en Corinto, hubo Pablo de enfrentarse con resistencias y animosidades
27 dentro de las distintas iglesias. Con todo ello, a menudo llegó a carecer hasta de lo más imprescindible. La misión que Dios le había encargado la llevó adelante por el mundo en un esfuerzo contínuo, predicando el Evangelio, y en trabajo duro por procurarse el pan de cada día, con sueño escaso, en amarga pobreza, padeciendo a menudo hambre y sed, ayunando por necesidad, sin vestido ni vivienda adecuados. Ésta es la dura existencia cotidiana del apóstol de Jesucristo.

28 A todo ello hay que agregar el trabajo que representan la administración y dirección de la iglesia en que trabaja en cada momento; tiene que resolver los problemas, limar diferencias, exhortar, hacer favores, y esto sin interrumpción, día tras día. Lleva, además, la carga que significa la responsabilidad de «todas» las iglesias; ha de cargar con la preocupación — y de ello es buen testimonio el intercambio epistolar — de la comunidad local y de
29 todas las otras iglesias fundadas por él. Por todos los rincones de la cristiandad en que hay algún «débil», el apóstol comparte su debilidad, y siempre que alguien padece impugnaciones y sobresaltos, el corazón del «padre» (1Cor 4,15) se abrasa en llamas; sufre con cuantos sufren y procura ayudar en cuanto le es posible.

30 Ésta es, pues, la apología que el apóstol hace de sí mismo; no habla de sus éxitos, de aquello que tal vez pudiera engrandecerle a

---

14. Cf., por ejemplo. Act 9,23.29; 13,45.50; 14,2.5.19. etc.
15. Cf., entre otros pasajes, Act 14,5; 16,19-24; 19,23-40...

los ojos del mundo; habla más bien de su debilidad. El que no haya sucumbido hace largo tiempo bajo el peso de todos los peligros y penalidades de su existencia cristiana y apostólica, es una demostración de la poderosa fuerza que opera en él. Cierra la enume- 31
ración de sus padecimientos encareciendo su veracidad; la alabanza a Dios responde a un uso judío[16].

Por razones que no acabamos de entender por completo, el 32
apóstol agrega el episodio narrado en Act 9,25, sobre su azarosa huida de Damasco. Difícil resulta la cuestión relativa a la competencia que tenía el etnarca nabateo Aretas IV (9 a.C.-40 d.C.), residente en Petra, al sur del mar Muerto. Desde los tiempos de Pompeyo la ciudad de Damasco era posesión de los romanos. Por nuestro pasaje, y por el hecho de que entre las monedas damascenas falten las de Calígula (37-41) y de Claudio (41-54), cabe pensar que al tiempo de la huida de Pablo Damasco estaba dominada de hecho por Aretas. Probablemente el rey había recibido de Calígula el derecho de dominio. Pero otros autores discuten una deducción tan importante explicando la ausencia de monedas como un puro azar; también podría ser que el etnarca sólo ejerciese ciertos derechos regios dentro de la ciudad. Según Act 9,23.24, la acción del etnarca fue provocada por los judíos.

Revelaciones de Pablo
12,1-10

[1] *Hay que gloriarse. Pues, aunque no es conveniente, vendré,*
sin embargo, a visiones y revelaciones del Señor. [2] *Sé de un hom-*
bre en Cristo que hace catorce años — si en el cuerpo, no lo sé;
si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe — fue arrebatado al
tercer cielo. [3] *Y sé que este hombre — si en el cuerpo o fuera del*
cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe — [4] *fue arrebatado al paraíso y oyó*
palabras inefables que a un hombre le está vedado proferir. [5] *De*
éste me gloriaré. En cuanto a mí, no me gloriaré sino de [mis]
debilidades. [6] *Y si quisiera gloriarme, no sería insensato, porque*

16. Cf. Rom 1,25; 2Cor 1,3; Gál 1,5; referida a Cristo: Rom 9,5.

diría la verdad. Pero me abstengo, para que nadie me estime en
más de lo que en mí ve u oye, [7] y a causa de la grandeza de las
revelaciones.
Por eso, para que no tenga soberbia, se me clavó un aguijón
en la carne: un enviado de Satán, para que me abofetee, a fin de
que no me envanezca. [8] Pedí al Señor tres veces que apartara de
mí este aguijón. [9] Pero él me dijo: «Te basta mi gracia; pues mi
poder se manifiesta en la flaqueza.» Muy a gusto, pues, me gloriaré
de mis flaquezas, para que en mí resida el poder de Cristo. [10] Por
eso me complazco, por amor de Cristo, en flaquezas, insultos ne-
cesidades, persecuciones y angustias; porque cuando me siento
débil, entonces soy fuerte.

1 Tal como está la situación en Corinto (cf. versículo 11) Pablo tiene que acreditarse plenamente, tiene que alardear de forma abierta delante de la comunidad. Es consciente de que esto no puede reportarle ningún provecho en la presencia de Dios; pero no cabe la menor duda sobre la ventaja táctica que obtiene con su jactancia. Hasta ahora ha hablado de sus orígenes y, sobre todo, de sus padecimientos; ahora quiere hacerlo de las «visiones y re-
2-4 velaciones del Señor». Por lo demás, se contenta con mencionar un solo fenómeno extático, sobrenatural y místico, decisivo a todas luces para la vida interior del apóstol, interrumpiéndose luego para volver a hablar de sus penalidades. De este modo no menciona la aparición de Damasco, que para nosotros es la que mejor testificada está. El que refiera el éxtasis en tercera persona, cual si se tratara de la visión de otro, encaje perfectamente con la modestia y al propio tiempo con la solemnidad con que Pablo relata el acontecimiento.

Catorce años antes de 2Cor, que vienen a coincidir aproximadamente con el año 43 (o, lo que es lo mismo, unos 8 años después de su conversión al cristianismo), el apóstol fue agraciado con una vivencia maravillosa. La cuenta en dos frases paralelas que, incluso formalmente, reproducen con vivacidad todo lo extraordinario y misterioso de la misma. La fuerza sobrenatural del acontecimiento fue tan grande, que ni siquiera sabría decir si sólo fue arrebatado en espíritu o si también su cuerpo participó en el

fenómeno extático. El «tercer cielo» y su equivalente el «paraíso» son imágenes de la proximidad de Dios. El apóstol se sirve de expresiones habituales en su tiempo, aunque no comportaban unos conceptos firmemente delimitados. Según las concepciones judías, los cielos eran tres o siete. El paraíso[17] debía situarse, según distintas fuentes, en el tercer cielo[18]. Lo que Pablo experimentó en su arrobamiento no puede expresarlo con palabras humanas. De la fórmula que emplea puede deducirse o bien que no es capaz de reflejar la grandeza divina de su experiencia porque el lenguaje humano fracasa en el empeño o bien que se le prohibió manifestar los misterios que le fueron revelados.

Continuando el relato como si se tratase de otra persona, Pablo 5
explica que quiere gloriarse de ese hombre y de la gracia extraordinaria con que fue obsequiado; pero no desea hacerlo de lo que él personalmente es. Lo único sobre lo que desea jactarse es de sus «debilidades», de sus padecimientos y de su lealtad al servicio de Cristo paciente y crucificado. Si realmente quisiera 6
hablar de todo aquello con que Dios le ha agraciado, quedaría patente que sus alardes no eran ninguna tontería, sino la pura verdad. Pero no es su propósito pretender demasiado de los corintios; basta con que al juzgarle se atengan a aquello que pueden ver con sus propios ojos, y sobre todo a su esfuerzo apostólico.

Se discuten la conexión y el significado del comienzo del ver- 7
sículo 7. De relacionarlo con el resto del mismo, habría que eliminar el «por eso»; pero ésta es una solución difícil de justificar. Si se relaciona con el vers. 6, cabe o bien hacerlo depender del «gloriarse», que aparece al principio de la frase, o bien traducir el pasaje como lo hemos hecho en nuestra versión. En ninguno de los casos se elimina por completo la dificultad. El propio Dios ha puesto un freno a la falsa estima de sí mismo: le ha dado al apóstol un «aguijón en la carne» o, dicho con otras palabras, «un enviado (o un ángel) de Satán, para que le abofetee». Con ello, según la interpretación predominante, el apóstol no se refiere a las tentaciones carnales o sexuales (cf. también 1Cor

17. Cf. Lc 23,43; Ap 2,7.
18. Cf. sobre todo Henoc eslavo, capítulo 8.

7,7-9), sino a una enfermedad que le atormenta[19]. Con más o menos fantasía se ha intentado diagnosticar esa enfermedad; pero los datos que Pablo proporciona son demasiado genéricos como para sustentar un diagnóstico medianamente aceptable. Así, pues, continúa abierta la puerta a las hipótesis de que pudiera tratarse de una grave cefalalgia, una afección de los ojos, fiebres malarias, una penosa isquialgia o ciática, reumatismo en grado agudo, una epilepsia o síntomas de una enfermedad parecida. La experiencia confirma que hombres extraordinarios han padecido enfermedades, cuya influencia se ha dejado sentir ostensiblemente en su vida espiritual, sin que por ello hayan restado valor a su obra y persona. Como quiera que sea, nada nos obliga a suponer
8 en Pablo merma alguna por tal motivo. Muy bien podría tratarse de una fiebre malaria. La grave enfermedad, para la que no se encontró remedio humano, hizo que el apóstol buscara refugio en Cristo.
9 Por «tres veces»[20] ruega al Señor que le libere de su mal; pero su ruego no se cumple en el sentido en que lo desea el hombre de miras estrechas. Se le enseñará más bien que la enfermedad no debe desaparecer sin más, sino que será superada por la fuerza de la gracia; pues es norma de la acción divina sobre el hombre que la infinita fuerza que Dios otorga sólo se manifieste en todo su esplendor cuando el hombre no puede exhibir nada de su propia
10 cosecha. Por todo ello, incluso en el futuro, Pablo se enorgullecerá con gozo de su falta de fuerzas, pues que en ella se manifiesta la fuerza de Cristo; más aún, la provoca y atrae. El apóstol soporta su penosa suerte sin sonrojos ni repugnancias, porque en su debilidad humana se revela justamente que Dios es invencible.

Advertencia contra los recelos
12,11-18

[11] *He hecho el insensato. Vosotros me obligasteis a ello. Era yo el que debía haber sido acreditado por vosotros. Porque nada desmerezco frente a esos superapóstoles, aun cuando no soy nada.*

19. Véase asimismo Gál 4,14-15.
20. Cf. Mc 14,32-42; Mt 26,36-46; Lc 22,40-46.

12 Las señales propias del apóstol se realizaron entre vosotros con
constancia, a toda prueba: tanto señales como prodigios y milagros.
13 Pues, ¿en qué habéis sido inferiores a las demás iglesias, excepto
en que yo mismo no os fui gravoso? Perdonadme este agravio.
14 Pero ahora estoy a punto de ir por tercera vez a vosotros, y
tampoco os seré gravoso. Pues no busco vuestras cosas, sino a
vosotros mismos. Porque no son los hijos los que deben ahorrar
para los padres, sino los padres para los hijos. 15 Y yo muy a gusto
lo gastaré todo, y me desgastaré a mí mismo por vuestras almas.
Si os amo con exceso, ¿voy a ser menos amado? 16 Bueno: ¡sea!
así! Yo no fui carga para vosotros. Pero, astuto como soy, os sor-
prendí con engaño. 17 ¿Acaso os exploté por alguno de mis envia-
dos? 18 Rogué a Tito que fuera y envié con él al hermano. ¿Os
explotó, acaso, Tito? ¿No procedimos con el mismo espíritu? ¿No
hemos seguido las mismas huellas?

Pablo está al final de su apasionada apología. Ha hablado co- **11**
mo un insensato — lo sabe muy bien —; pero no lo ha hecho por pro-
pio gusto, sino obligado. Obligado sobre todo por la indiferencia
de los propios corintios, que espontáneamente deberían haber se-
cundado la llamada del apóstol; pero que retrocedieron cobardes
ante los falsos maestros. Pablo está bien seguro de que en nada
tiene que temer una confrontación con las actividades apostólicas
de los «superapóstoles», aunque personalmente sabe que es nada
delante de Dios — y eso es precisamente lo que confiere todo
su valor al elogio que ha tejido de sí mismo —; la observación,
sin embargo, bien podría entenderse con un matiz de ironía. Pablo **12**
se ha acreditado en Corinto con los signos propios de un após-
tol, que son las señales, los prodigios y las obras milagrosas.
Careciendo, como carecemos, de datos más precisos, hemos de lan-
zarnos al campo de las suposiciones; el apóstol alude con seguri-
dad a las curaciones de enfermos, a una predicación pneumática, a
conversiones sorprendentes, al discurso en lenguas que tanto im-
presionaba, a profecías, etc. Todo lo cual se realizó «con constan-
cia», con la que el apóstol se muestra como servidor de Dios[21] y con

21. Cf. 2Cor 6,4; también Rom 2,7.

la que lleva a cabo su obra evangelizadora, contra toda suerte de dificultades y resistencias.

13 Frente a otras iglesias, la de los corintios no ha sido postergada en modo alguno. No está claro si Pablo rechaza aquí el infundio de que la comunidad fundada por él no es una iglesia apostólica, o si no hace más que defenderse contra una queja de los corintios que se sentían pospuestos a otras comunidades paulinas. En su justificación personal se le ocurre observar (irónicamente) que el único desafuero del que se siente culpable es el de haber ahorrado a los corintios cualquier gravamen material, que
14 muy bien podría haberles impuesto[22]. Ahora va a llegar a Corinto por tercera vez, y tampoco solicitará ayuda material alguna. Lo que quiere es ganarse a los corintios para Cristo, sin desear ninguno de sus bienes materiales. No hay que forzar la comparación introducida como de paso; Pablo se ha calificado a sí mismo como padre espiritual de la comunidad[23], y, siguiendo una ley natural, no quiere ser mantenido por sus «hijos», los cristianos
15 de la iglesia de Corinto. Dejando de lado esa comparación, Pablo afirma que preferiría sacrificarse por la salud de ellos, consumiéndose en el servicio apostólico a favor de la comunidad. Y si él da a su amor paterno una expresión tan convincente, ¿va a quedar todo ello sin la respuesta adecuada?

16 Pero quizá los enemigos del apóstol en Corinto admitan que él personalmente no ha solicitado ninguna ayuda material; pero — así le calumnian — eso no se puede poner a cuenta de su amor paterno y apostólico, sino que se trata sin más de una jugada sin-
17-18 gularmente hábil de su sagacidad consumada. Habría, en cambio, empujado a otros para que trabajasen en su provecho y a la postre le llenasen el bolsillo. Se piensa sobre todo en la visita de Tito a Corinto con motivo de la colecta, recordada en 8,6; el acompañante es tal vez el mismo al que se alude en 8,22. El apóstol rechaza semejante infundio, revocándose simplemente a la fama intachable de que Tito goza en Corinto. Por lo que atañe a la pureza de intenciones, sus ayudantes no le van a la zaga.

---

22. 1Cor 9,7-14; Gál 6,6.
23. 1Cor 4,14.15; también 2Cor 6,13; 11,2.

Exhortación e inquietudes
12,19-21

[19] *¿Seguramente pensáis desde hace tiempo que nos estamos*
defendiendo ante vosotros? ¡Es ante Dios, en Cristo, como esta-
mos hablando! Y todo, amados míos, para edificación vuestra.
[20] *Porque temo que quizás, al llegar, no os encuentre tales como*
yo quisiera, y que vosotros me encontréis a mí tal como no que-
rríais: que tal vez haya discordia, envidia, enconos, rivalidades,
calumnias, murmuraciones, arrogancias, desórdenes; [21] *y que, al*
llegar yo de nuevo, me humille mi Dios ante vosotros, y tenga que
llorar por muchos de los que antes pecaron y no se convirtieron
de la impureza, fornicación y libertinaje que habían cometido.

Los corintios interpretarían mal las reflexiones del apóstol, si **19**
pensaran que ha querido justificarse ante el juicio de ellos. No
aboga por sí mismo, pues está completamente seguro de su de-
recho y de su dignidad; su misión apostólica continúa en vigor,
tanto si los corintios le escuchan como si no. Sus palabras podrán
mantenerse ante el tribunal de Dios, pues proceden de la boca
de un hombre que se sabe íntimamente unido a Cristo. Todo
cuanto Pablo ha dicho en su defensa, lo ha dicho en definitiva
para bien de los corintios; sus severas palabras sólo pretenden
contribuir a su edificación, a su conversión espiritual.

Cuando próximamente llegue a Corinto, no querría sufrir una **20**
desilusión. Ahora bien, tal como están las cosas, siempre podría
temerse lo peor. Si no encuentra a los corintios como desea ha-
llarlos, bien pueden ellos esperarse que tampoco a él le encontra-
rán como sería su deseo. Le preocupa tropezarse con una comu-
nidad dividida y desgarrada. En una enumeración de ocho miem-
bros describe Pablo los pecados contra la unidad eclesial. Teme, **21**
además — pues no hay que perder de vista que la comunidad está
sita en Corinto, ciudad famosa por su desenfreno —, que tam-
poco la pureza en las cuestiones sexuales sea digna de una men-
talidad genuinamente cristiana. Eso sería un pésimo signo de lo
inútil que habría sido su labor y, por ende, constituiría una humi-

llación grave para él. No está claro si con el «antes» se refiere a la época anterior a la conversión o, por ejemplo, antes de su prohibición.

Actuación enérgica de Pablo
13,1-10

[1] Por tercera vez voy a ir a vosotros. «Por la palabra de dos y tres testigos se decidirá todo asunto» (Dt 19, 15). *[2] Dije antes, y ahora lo repito en mi ausencia como cuando estuve presente la segunda vez, a los que antes pecaron y a todos los demás: que, de venir otra vez, ya no tendré miramientos; [3] ya que andáis buscando pruebas de que es Cristo quien habla por mí. Él no se muestra débil para con vosotros, sino que en vosotros ejerce su poder. [4] Es cierto que fue crucificado en razón de la debilidad; pero vive por el poder de Dios. Y así también nosotros participamos de su debilidad, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros.*

[5] Examinaos vosotros mismos a ver si estáis en la fe; poneos a prueba. ¿O acaso no os dais cuenta de que Jesucristo está entre vosotros? ¡A no ser que estéis desaprobados! [6] Pero espero que reconozcáis que nosotros no estamos desaprobados. [7] Y rogamos a Dios que no hagáis nada malo: no para que nosotros aparezcamos buenos, sino para que vosotros practiquéis el bien, aunque nosotros fuéramos desaprobados. [8] Pues nada podemos contra la verdad, sino en favor de la verdad. [9] Nos alegramos cuando nosotros somos débiles y vosotros sois fuertes. Y esto es lo que pedimos: vuestra perfección completa. [10] Por eso escribo estas cosas estando ausente, para que, cuando me presente, no tenga que usar con rigor de la autoridad que el Señor me dio para edificar, y no para destruir.

1 El apóstol da a su tercera visita a Corinto (cf. introducción) una importancia peculiar, aduciendo una sentencia del AT (y concretamente Dt 19,15, en un tenor bastante literal). Dos o tres testigos eran necesarios para poder inculpar un acusado; Pablo puede

aducir no tres testigos, pero sí tres testimonios. Ahora, por tercera vez, pronunciará su juicio delante de Dios. Una y otra vez 2
ha advertido claramente, y ahora declara en forma solemne a cuantos interesa, que aplicará toda la severidad de que puede disponer.

Con semejante falta de miramientos ciertamente que no hará 3
sino satisfacer un deseo de los propios corintios. Les dará así la ambicionada prueba de que no habla por propia autoridad, sino con la autoridad de Cristo. Esa prueba bien podría consistir en una predicación convincente o en la realización de milagros, entre otras cosas. También en Corinto, y pese a todas las dificultades, se ha mostrado Cristo poderoso; tal vez haya que pensar en ciertos castigos, como en 1Cor 11,30-32. El apóstol tiene que realizar en 4
sí mismo el destino de su Señor; y así como Cristo fue débil, pero ahora vive con la fuerza inagotable de Dios, así también la aparente debilidad del apóstol se transformará en la fuerza de la vida de Cristo, y restablecerá el orden en Corinto con un poder insospechado.

La comunidad, no obstante, debe empezar por examinarse, 5
preguntándose si camina realmente según la fe, si vive de un modo digno de Cristo que actúa en ella por la fe y el bautismo. Si no es capaz de este examen de conciencia, deberá reconocer que ha dejado de ser una comunidad auténticamente cristiana; los corintios se contarían en tal caso entre quienes han sido desaprobados y que en el juicio serán condenados y reprobados. Una cosa es 6
cierta: cuando Pablo llegue, si realmente han sido «aprobados» (es decir si se han acreditado como buenos), todos deberán reconocer que el apóstol no forma parte, en modo alguno, del grupo de los «desaprobados» (es decir de los que no se han acreditado como buenos.

A Pablo, no obstante, lo único que le interesa es el bienestar 7
espiritual de la iglesia corintia; por ello no pretende justificarse, sino que su ambición suprema es que la comunidad se acredite a los ojos de Dios. En tal caso, tanto se le daría que se le considerase como desaprobado.

El apóstol está obligado a la verdad, y lucha porque la verdad 8
de Dios informe y conforme plenamente el pensamiento y la vida de

9 quienes le han sido confiados. Bien poco le importa que los co-
rintios le tengan por «débil», ni serlo realmente; una y otra
vez lo ha recalcado, y ahora lo repite una vez más, que lo único
que le preocupa es que los corintios sean «fuertes» y que alcan-
cen la perfección a la que han sido llamados. Todavía es tiempo
10 de poner en orden todo aquello que pide reforma. Les escribe para
que aprovechen el tiempo que queda hasta su llegada, y se sen-
tirá enormemente feliz de no tener que aplicar para castigo su
autoridad apostólica. Pues el apóstol no quiere destruir, sino
edificar. Ésa es su primera misión.

CONCLUSIÓN
13,11-13

[11] *Por lo demás, hermanos, alegraos. Procurad vuestra perfec-*
ción, daos ánimos, tened mi mismo sentir, vivid en paz. Y el Dios
del amor y de la paz estará con vosotros. [12] *Saludaos unos a otros*
con ósculo santo. Os saludan todos los santos. [13] *La gracia del Señor*
Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión con el Espíritu Santo
sean con todos vosotros.

Pablo ha llegado al final de su carta. Sólo le resta —puesto **11**
que irá pronto a Corinto— poner en cierto modo punto final a su escrito con algunas recomendaciones generales. Una vez más llama «hermanos» a los corintios y les recuerda su dignidad cristiana. La alegría es una nota esencial de una mentalidad genuinamente cristiana [1], alegría que fluye de la certeza de la fe en que Dios nos ha perdonado. La exhortación recíproca de los cristianos procede del espíritu de responsabilidad comunitaria. Frente a todas las tendencias disolventes hay que mantener la unidad y conservar la paz, invocando así la asistencia de Dios, que es por esencia un Dios de amor y de paz [2].

El ósculo santo es el símbolo de la comunión sagrada, y pronto **12**
se convirtió en una firme costumbre litúrgica [3]. Los «santos» son los cristianos de Macedonia entre los que Pablo vive ahora, al momento de escribir; pero tal vez hable en nombre de todos los cristianos.

1. Cf. 1,24; Flp 3,1; 4,4; 1Tes 5,16.
2. Cf., por ejemplo, Rom 5,5 y 15,33; Flp 4,9; 1Tes 5,23.
3. Rom 16,16; 1Cor 16,20; 1Tes 5,23.

13 La carta concluye con un triple deseo de bendición [4]. Ya en 1,21-22 había hablado el apóstol de la acción salvadora, común e inseparable, de Dios, Cristo y el Espíritu. Aquí se expresa de nuevo con una fórmula impresionante que refleja su fe en el Dios trino. Que empiece por Cristo tiene sin duda su explicación en que al fondo late la fórmula de bendición más breve de «La gracia del Señor Jesús sea con vosotros» [5]. La gracia es el compendio de todos los bienes de salvación que Jesucristo nos ha alcanzado con su obra salvadora; deriva del amor de Dios, de la condescendencia incomprensible, y por encima de toda medida, del incomprensible Dios para con su criatura rebelde. La comunión con el Espíritu Santo señala la participación en ese mismo Espíritu Santo; es el compendio y núcleo de toda la riqueza y de toda la felicidad para el cristiano.

4. Véase el comentario a Rom 8,1-11 con el excursus *Carne y espíritu.*
5. 1Cor 16,23; cf. Rom 16.20.

CARTA A LOS GÁLATAS

INTRODUCCIÓN

1. *Destinatarios y circunstancias de su composición*

Como destinatarios de la carta se mencionan los gálatas (3,1), los habitantes de Galacia. Los gálatas, es decir, los celtas, eran los descendientes de tribus célticas que, siguiendo el curso del Danubio, acabaron por llegar a comienzos del s. III a.C. hasta el Asia Menor, donde empezaron por combatir, como mercenarios al servicio del rey Nicomedes de Bitinia, contra el hermano y rival de éste. Eran salteadores temidos por su audacia y crueldad, que en la época siguiente se convirtieron en el terror del país y sólo con dificultades consiguieron asentarse. Finalmente, sus tres tribus de los tectosagas, tolistobogios (o tolistoagios) y trocmerios lograron establecerse en torno a las ciudades de Ancira, Pesino y Tavio. Participaron de continuo en los enfrentamientos bélicos del Asia Menor, hasta que el año 189 a.C. acabaron siendo batidos por los romanos; entre las condiciones de paz se les impuso «el que deberían renunciar a sus habituales correrías armadas y permanecer dentro de su región» (Livio 38,40,2); el año 166 a.C. Roma los declaró autónomos (por razones de equilibrio político en Asia Menor). El último soberano Amintas amplió su reino con acciones bélicas de fortuna; cuando murió el año 25 a.C., su territorio pasó a ser la provincia romana de Galacia, que se extendía más allá de las fronteras de la Galacia propiamente dicha; su extensión cambió, aunque las ciudades de Antioquía, Iconio, Listra y Derbe, misionadas por Pablo en su primer gran viaje (Act 13,14-14,26), formaban parte de su territorio.

En los últimos cien años se ha venido discutiendo la cuestión de quiénes fueron realmente los destinatarios de la carta a los Gálatas: ¿los habitantes del territorio gálata propiamente dicho, del país de Galacia, es decir, los gálatas del norte, o más bien los habitantes de Antioquía, Iconio, Listra y Derbe, es decir, los gálatas del sur, los habitantes de la parte meridional de la provincia romana de Galacia? La tradición está a favor de la solución nórdica. La hipótesis de la Galacia meridional sólo surgió a comienzos del siglo XIX; según ésta, la carta a los Gálatas habría sido remitida a las comunidades de Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe, de las cuales nos habla dos veces el libro de los Hechos de los apóstoles [1]. En tal caso la redacción de la carta a los Gálatas habría que ponerla durante la primera estancia del apóstol en Corinto. Esta solución, pese a los numerosos argumentos que pueden aducirse en favor suyo, la rechazan hoy la mayor parte de los intérpretes. En favor de la hipótesis septentrional hablan entre otras razones, que el nombre de gálatas (3,1) se aplicaba sin duda mejor a los celtas de la provincia de Galacia; que las inscripciones entienden generalmente por Galacia el país propiamente habitado por ellos, empleo lingüístico que también conocen los escritores profanos; que la expresión «país gálata» [2] apunta sobre todo al territorio estricto (Pablo habría estado por lo mismo dos veces allí) y que los datos de Hechos de los apóstoles sobre la misión en Galacia meridional (Atc 13,14-14,26) no concuerdan con las manifestaciones del apóstol acerca de su primer encuentro con los gálatas [3], prescindiendo de que los relatos de Act 15 y de Gál 2,1-10 — como pretendería el otro intento de solución — pueden entenderse de dos acontecimientos distintos [4].

Según la hipótesis referente al norte de Galicia, Pablo habría predicado el Evangelio a los misionales. En su segundo viaje, marchando en compañía de Silas desde la Antioquía de Siria hacia el norte, Pablo empieza por visitar a los cristianos de Siria y de Cilicia y a las comunidades de Derbe, Listra (Act 16,1), Iconio y

1. Act 13,14-14,26; 15,40-16-5.
2. Act 16,6; 18,23.
3. Gál 4,13-15; cf. comentario a Act 16,6-8.
4. Cf. com. Act 15.

Antioquía de Pisidia, fundadas durante su primer viaje. En Listra tomó consigo a Timoteo. Después que los tres misioneros, obedeciendo al Espíritu Santo, hubieron abandonado su plan de viajar hacia el oeste por el camino de Éfeso, se dirigieron hacia el norte, «atravesaron Frigia y el país gálata» (Act 16,6) y llegaron hasta la altura de Misia con el propósito de misionar la Bitinia (Act 16,7). Pero una vez más se lo prohíbe «el Espíritu de Jesús» (en ese tiempo Pablo cae enfermo: Gál 4,13-15), y así vuelven a dirigirse hacia el oeste, alcanzando la costa por Tróade (Act 16,8). Aun en el caso de que no hubieran llegado a Ancira, habían atravesado, sin duda, la parte occidental de la región de Galacia por Pesino, sentando las bases de las comunidades a las que se dirige la carta de los Gálatas. Al comienzo de su tercer viaje misionero (años 53-58) Pablo «atravesó sucesivamente el país gálata y Frigia, fortaleciendo a todos los discípulos» (Act 18,23). Después marcha a Éfeso y allí permanece de dos a tres años (Act 19,10; 20,31), por los de 54-57. En Éfeso le llegaron probablemente malas noticias de las comunidades gálatas, que le obligaron a hacer un supremo esfuerzo por salvar el Evangelio amenazado en Galacia.

2. *Particularidades y disposición*

La carta a los Gálatas es (prescindiendo de 2Cor 10-13) la misiva más apasionada que Pablo ha escrito. La carta a los Romanos expone con detenimiento el Evangelio liberado de la ley; las cartas a los Corintios nos ofrecen un planteamiento claro de gran número de problemas prácticos que el Apóstol tenía que resolver; en la carta a los Gálatas se nos expone de forma singularmente clara, con la fuerza genial e inspirada que el caso requería, para evitar la recaída del cristianismo en el judaísmo legalista, la inquebrantable decisión de Pablo de defender el mensaje que se le había confiado contra cualquier falseamiento y judaización. Con el corazón en brasas solicita a los gálatas en peligro, a los que en tiempos había predicado a Cristo empeñando toda su existencia (4,19). Les recuerda la época feliz del primer encuentro (4,13-15), cuando le recibieron de manera tan cor-

dial (4,14); nada pudo quebrantar sus sentimientos de gratitud (4,14), hasta lo más precioso lo habrían dado gustosamente con tal de poder ayudarle (4,15). Y, si por un momento —cabría pensar que por arte de encantamiento (3,1)— han sido débiles, el amor del apóstol no es por ello menor; ellos son sus hermanos[5], más aún, son hijos suyos que él ha engendrado en Cristo (4,19), por los que sufre y está perplejo (4,20). Si estuviera con ellos y pudiera hablarles, pronto los devolvería al camino de la verdad (4,20).

Una y otra vez se interrumpen las exposiciones objetivas por exhortaciones dolorosas y airadas[6]. De los enemigos del apóstol conservamos una imagen oscura. Son (como los falsos maestros de Jerusalén) falsos hermanos (2,4), que se han introducido furtivamente, con malas intenciones (4,17), injustificadas a todas luces (2,4); lo que pretenden simplemente es imponer el error[7], satisfacer su egoísmo[8] y, cobardes como son, quieren crearse buen nombre entre los judíos, que son el grupo dominante (6,12). Merecen la maldición del apóstol y, con ella, la maldición de Dios (1,8-9), pues contradicen obstinadamente y con malvado propósito la verdad del Evangelio. El apóstol sabe que está en juego la pureza y, por ende, la eficacia de su mensaje; aquí no cabe ceder a una paz perezosa (1,10). Mas también quiere salvar a los hombres que se han puesto en peligro y a los que, pese a todo, ama con todo su corazón; es esto lo que confiere a la carta de los Gálatas su acento emocionado y su fuerza apostólica. Podemos imaginar perfectamente que después de esta carta la fuerza de la herejía ha debido quedar quebrantada en Galacia.

La carta está construida de un modo simple y claro. Tras una breve introducción (1,1-5), el apóstol expresa de inmediato, y con palabras estremecidas, su dolor por la apostasía de los gálatas, su cólera contra los seductores y falsos maestros (1,6-10). El cuerpo principal de la carta se divide en tres partes. Primero presenta Pablo la demostración histórica de la autoridad divina de su apos-

5. Gál 1,11; 3,15; 4,12; 5,11.13; 6,1.18.
6. Gál 1,6-10; 3,1-5; 4,12-20; 5,1-12; 6,11-17.
7. Gál 1,7; 5.10.
8. Gál 4,17; 6,13.

tolado y de su Evangelio (1,11-2,21). En la parte segunda fundamenta su mensaje de la justicia de Dios sobre la base de la fe sin las obras de la ley con argumentos teológicos (3,1-5-12), mientras que en la tercera parte habla de la vida moral en la verdadera libertad cristiana del caminar en el Espíritu (5,13-6,10). La misiva se cierra con una exhortación de conjunto que Pablo traza de su puño y letra (6,11-18).

3. *Significado teológico*

La carta a los Gálatas es la tentativa, brotada de un corazón apasionado, por devolver al verdadero Evangelio a unos cristianos cuya fe está gravemente amenazada. Los herejes, que se habían introducido en las comunidades gálatas, defendían aquella orientación peligrosa contra la que Pablo ya había asestado un golpe duro en el concilio de los apóstoles. A pesar de su fe cristiana no habían entendido el verdadero alcance del mensaje nuevo, no podían ni querían ver el abismo infranqueable existente entre el judaísmo y el Evangelio. Predicaban la ley (aunque no ciertamente la entera ley mosaica) y, sobre todo, la circuncisión, como cosas necesarias para la salvación y pretendían volver a introducir el antiguo calendario de fiestas judías con obligatoriedad religiosa para los cristianos. Pretendían encontrar al judaísmo una perfección en cierto modo sin interrupciones y rectilínea dentro de un cristianismo judaizante. Para facilitar la entrada de sus doctrinas, atacaban la autoridad apostólica de Pablo; no era —tal es su argumentación— un apóstol de la primera hora; los apóstoles primitivos, y sobre todos Santiago, estaban por el contrario positivamente en favor de la ley y de la circuncisión.

Ante estas peligrosas acusaciones Pablo se ve forzado a demostrar la vigencia de su autoridad; ha recibido su ministerio directamente del propio Cristo, y entre su autoridad y la de los primeros apóstoles no existe la menor oposición. Con toda energía rechaza cualquier tentativa de abrir a toda costa una vía de acceso desde el judaísmo al cristianismo y restablecer así bajo otro nombre su antiguo señorío que ha sido aniquilado en Cristo. Con

una clara visión de futuro rechaza cualquier compromiso, cualquier paz perniciosa; le subleva, por el contrario, que se reduzca el Evangelio al judaísmo (porque está convencido de que el único camino recto es el inverso); niega la necesidad de la ley y la circuncisión para salvarse, aunque se apoya sin duda alguna en el AT y reconoce en él la genuina revelación de Dios. De este modo, Pablo — y en el fondo sólo él — ha impedido que el joven cristianismo naciente se convirtiese en una secta judía. Él ha abierto camino en el mundo a la Iglesia liberándola de todas las estrecheces que la amenazaban de muerte e impidiendo que el cristianismo quedase vacío de eficacia. Frente al judaísmo ha predicado con toda decisión que Cristo era el final de la ley y que la circuncisión no tenía ya ninguna importancia; los verdaderos hijos de Abraham son los creyentes en Cristo; la ley de Moisés no fue más que un episodio y, para hallar de nuevo justificación delante de Dios, el hombre necesita de la gracia, que en modo alguno puede obtener con sus obras.

Es aquí donde el Apóstol monta el frente más tenaz y cerrado contra cualquier jactancia humana y, al condenar a los judíos, aniquila simultáneamente todo alarde gentil. Alza la cruz ante los ojos de todos y a todas las criaturas les demuestra su impotencia. En la carta a los Romanos ha probado ya todo esto de una manera detallada, reflexiva y tal vez hasta con mayor fuerza y convicción; pero sigue siendo verdad que «la carta a los Gálatas, al mostrar con una fuerza singular la intimidad espiritual, libertad e inmediatez de la comunión cristiana con Dios, se ha convertido en la *magna charta* del cristianismo como una religión nueva e independiente, como una religión universal» (F.W. Maier).

Bibliografía

Comentarios católicos

Ph. Haeuser, *Anlass und Zweck des Galaterbriefes, seine logische Gedankenentwickelung*, Münster 1925.

M.J. Lagrange, París [4]1942.

A, Steinmann y F. Tillmann, Bonn [4]1935.

Aviot, París 1946.

BUZY, París 1948.
S. LYONNET, París 1953.
Comentarios protestantes
PH. ZAHN. Leipzig [3]1922.
H. LIETZMANN, Tubinga [3]1932.
A. OEPKE, Leipzig 1937.
H. SCHLIER, Gotinga [10]1951.
P. BOUNARD, Neuchatel-París 1953.

TEXTO Y COMENTARIO

Introducción
1,1-10

Inscripción y saludo
1,1-5

[1] *Pablo, apóstol no por autoridad humana ni por mediación de hombre alguno, sino por Jesucristo y Dios Padre, que lo resucitó de entre los muertos,* [2] *y todos los hermanos que están conmigo, a las iglesias de Galacia:* [3] *gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo,* [4] *que se entregó por nuestros pecados, para arrancarnos del perverso mundo actual, según la voluntad de Dios, nuestro Padre,* [5] *al cual sea (dada) la gloria por los siglos de los siglos. Amén.*

Ya en las primeras palabras se vislumbra la pasión que mueve 1
al apóstol en la redacción de su misiva. Ha sido atacado y, lo que es más grave, se ha socavado su obra al poner en tela de juicio su autoridad apostólica; las comunidades amenazan con apartarse de él. Poniendo de relieve con vigor inusitado su autoridad divina entra en esa situación peligrosa para afianzar a los vacilantes y desenmascarar a los corruptores. Aunque se pretenda discutirlo con razones aparentes, Pablo es apóstol (cf. comentario a Rom 1,1-7), y su autoridad procede de Jesucristo y no «por

mediación de hombre alguno». Por tanto es de Dios. No ha obtenido su misión de los hombres, como podría haber sido de la comunidad de Antioquía (al episodio de Act 13,1-3 no le atribuye evidentemente ninguna importancia decisiva), entre él y el Señor que llama no ha intervenido ninguna mediación humana, ni siquiera la de Bernabé [1]. Jesucristo, a quien Dios resucitó de entre los muertos, le salió al encuentro cerca de Damasco; Pablo da, en favor del Resucitado, un testimonio tan directo como los prime-
2 ros apóstoles. Y ahora no está solo, detrás de él se encuentra la comunidad de Éfeso, «todos» los hermanos se mencionan como remitentes [2]. Pablo no tiene una palabra de elegido para los gálatas, ni escribe, como de ordinario a «los amaños de Dios... los llamados a ser santos» (Rom 1,7), ni «a la iglesia de Dios» [3], ni «a los santos de Jesucristo» [4], sino pura y simplemente «a las iglesias de Galacia».

3 Pero no les niega su deseo cristiano de bendición; también a los gálatas les desea gracia y paz (véase el comentario a Rom 1,7), que no pueden esperarse, en el verdadero sentido cristiano, de los poderes de este mundo, sino únicamente de la bondad generosa de
4 Dios Padre, cuyo amor incomprensible, se ha hecho patente en la cruz de Jesucristo. Ha sido con la entrega del Señor Jesucristo por nuestros pecados que nuestra situación desesperada ha cambiado por completo. Los cristianos son los que han sido arrancados del presente mundo maléfico; están sin duda en este mundo, pero ya no le pertenecen. Que existan *dos mundos,* uno presente e incompleto, y otro futuro y perfecto, es algo que conocía también el judaísmo del tiempo de Jesús. Los profetas habían predicado la esperanza en una época maravillosa de soberano dominio de Dios, y ese futuro espléndido se contraponía de lleno al presente lastimoso. En los círculos apocalípticos del judaísmo (s. II-I a.C.) se empezó a distinguir entre dos mundos o tiempos — αἰῶνες —: este mundo y el mundo futuro o aquel mundo, que en el apocalipsis siriaco de Baruc (escrito inmediatamente después

1. A pesar de, por ejemplo, Act 9,27; 11,25.26.
2. Fuera de aquí, sólo en Flp 4,22.
3. 1Cor 1,2; 2Cor 1,1.
4. Flp 1,1; cf. Ef 1,1; Col 1,2.

del 70 d.C.) se identifica con el cielo, mientras que para 4Esdras (compuesto bajo Domiciano: 81-96 d.C.) es el equivalente a una tierra renovada. Los «días mesiánicos» debían cerrar «este tiempo». También para los rabinos desempeñaba un papel importante la contraposición que media entre este mundo y el mundo futuro.

Jesús hace suyo este uso lingüístico, corriente a todas luces en su tiempo [5]. Pablo lo desarrolla. El mundo actual se encuentra bajo el régimen de Satán, que es «el dios de este mundo» [6]. Pero los cristianos ya han sido sacados de este «perverso mundo», en el que dominan el pecado y la muerte (Rom 5,12). Si esto escapa todavía a los ojos ciegos de los hombres, no por ello deja de ser una realidad (una realidad sobrenatural, que diríamos nosotros). Los dos mundos coexisten, pues, en parte; el mundo futuro — la expresión aparece, aunque en un sentido algo distinto, sólo en Ef 1,21; 2,7; ha empezado ya, aun cuando persiste todavía el mundo actual, malo [7]. *A través de la muerte redentora de Cristo un* ser absolutamente nuevo ha empezado en nosotros su existencia misteriosa; tal ha sido la voluntad de Dios, que en su designio redentor se ha revelado como nuestro Padre. El sentido de todo 5
lo creado, es el reconocimiento de la absoluta soberanía de Dios y, dado que el hombre quiere escapar de continuo a la misma, Pablo desea con una antiquísima alabanza (doxología) que el mundo encuentre cada vez más esa postura.

Sólo hay un Evangelio
1,6-10

6 *Me maravillo de que tan pronto os paséis del que os llamó*
por la gracia de [Cristo], a un Evangelio diferente. 7 *Y no sé que*
haya otro; sino que hay algunos que os están perturbando y
quieren tergiversar el Evangelio de Cristo. 8 *Pero aun cuando nos-*
otros o un ángel del cielo [os] anunciara un Evangelio distinto del

5. Cf.. por ejemplo, Mc 10,30; Lc 18,30 y sobre todo Lc 16,8.
6. 2Cor 4,4; cf. 1Cor 2,6.
7. Cf. también el comentario a Mc 1,14.15. con el excursus *Reino de Dios.*

que os hemos anunciado, sea anatema. [9] *Como habíamos dicho antes, también lo digo ahora de nuevo: si alguno os anuncia un Evangelio distinto del que habéis recibido, sea anatema.* [10] *¿Acaso ahora pretendo ganarme a los hombres o a Dios? ¿O busco agradar a los hombres? Si todavía tratara de agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo.*

6 Tras el encabezamiento epistolar el apóstol acostumbra a dar gracias a Dios por la fe de la comunidad destinataria, a la que también suele dirigir algunas palabras amables y de elogio antes de entrar en el tema principal de la carta. Pero los gálatas no merecen elogio alguno. Sin ninguna transición Pablo acomete el asunto que le ha inducido a escribir: la defección de las comunidades que amenaza con hacerse definitiva. Dios las ha llamado en base a la gracia merecida por Jesucristo y las ha conducido a la salvación otorgada asimismo en Jesucristo. Así las cosas, la respuesta no puede ser otra que fe y obediencia. Los gálatas, sin embargo, no han sabido resistir valientemente a la tentación de los predicadores judaizantes; inmediatamente, sin oposición alguna
7 han sucumbido volviéndose hacia un nuevo Evangelio. Aunque en realidad no hay varios evangelios; el Evangelio no es más que uno y ése es el que Pablo anuncia. Quien predique de otro modo
8 es un importor que ya no proclama a Jesucristo. Nadie puede cambiar aquí nada a su gusto y capricho, como nadie puede tergiversar la verdad. Cuán imposible sea el supuesto de otro Evangelio intenta el apóstol ponerlo enfáticamente de relieve, pronunciando contra sí mismo y hasta contra «un ángel del cielo» la maldición de Dios, en el caso de que pretendieran contradecir al único y auténtico Evangelio. Cierto que eso resulta a todas luces imposible, pero Pablo sólo pretende manifestar claramente su absoluta convicción al respecto (cf. Rom 9,3).

9 No obstante lo cual, en las comunidades gálatas hay de hecho hombres que predican un Evangelio falso. Ya en su segunda visita había Pablo advertido a los gálatas y les había puesto ante los ojos la gravedad de una defección frente al verdadero Evangelio. Quien se subleva contra el mensaje de Dios, en cuanto que lo falsea y tergiversa (y éste era el caso de Galacia), incurre en

la maldición de Dios. El apóstol habla aquí con todo el peso de su autoridad apostólica[8]. Quien es maldecido por el apóstol, es reprobado por Dios y entregado a la cólera divina, pues la maldición del apóstol es la maldición de Dios[9]. Se ha pretendido acusar a Pablo de su impaciencia, y otros han querido excusarle. Pero aquí se da con frecuencia una grave equivocación. En contra, por ejemplo, de lo que ocurre en la concepción de las religiones mistéricas, que en el fondo están íntimamente relacionadas entre sí, Pablo sabe que no existe más que una verdad única para todos los hombres, para todo el mundo, para todos los tiempos. La tolerancia en el sentido liberal de la palabra no puede darse de cara a la verdad; el propio hombre de este mundo ve en ocasiones que semejante tolerancia es «la muerte de toda seriedad» (Lagarde). Donde existe la verdadera Iglesia de Dios, allí hay autoridad; y donde existe verdadera autoridad, se da esencialmente una resolución, y en consecuencia también el anatema y la expulsión.

No es éste ciertamente el camino para congraciarse con los **10** hombres. Sin duda que se le ha reprobado al apóstol que su Evangelio de la gracia parecía prometer a los superficiales una vida cómoda; mucho más cómoda y fácil sin duda que una vida de acuerdo con las exigencias legales de los judaizantes. Mas Pablo no busca el reconocimiento de los hombres; no quiere agradar a los hombres sino a Dios, como él mismo dice de modo tajante: pretende la complacencia de Dios y nada más. En este mundo se persigue, desde luego, el favor de los hombres; pero Pablo es un cristiano, sacado ya de este mundo. El esclavo de Cristo crucificado está por encima de las miras humanas.

---

8. Cf. Mt 18,18; Jn 20,23.
9. Act 5,1-11; 13,10.11.

PARTE PRIMERA

DEFENSA DE LA DOCTRINA DE PABLO
1,11-2,21

Origen divino del Evangelio de Pablo
1,11-24

[11] *Y en efecto, hermanos, os hago saber que el Evangelio predicado por mí no es de origen humano;* [12] *pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo.*

[13] *Habéis oido hablar, en efecto, de mi conducta anterior en el judaísmo: con qué encarnizamiento perseguía a la Iglesia de Dios y la asolaba;* [14] *y cómo aventajaba en el judaísmo más que muchos compatriotas coetáneos míos, siendo en extremo celoso de las tradiciones de mis padres.* [15] *Pero cuando aquel que me separó desde el seno de mi madre, y me llamó por su gracia, se dignó* [16] *revelar a su Hijo en mí, para que yo lo anunciara entre los gentiles, en seguida, sin consultar carne y sangre,* [17] *sin subir a Jerusalén a ver a los apóstoles, mis predecesores, me fui a Arabia, y nuevamente volví a Damasco.*

[18] *Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para visitar a Cefas y me quedé quince días con él;* [19] *pero no vi a ningún otro apóstol, sino solamente a Santiago, el hermano del Señor.* [20] *Y en lo que os estoy escribiendo, ante Dios aseguro que no miento.* [21] *Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia;* [22] *y era personalmente desconocido a las iglesias de Judea que son en Cristo.* [23] *Solamente se oía decir: «El que en otro tiempo nos perseguía, ahora anuncia la fe que entonces asolaba»;* [24] *y glorificaban a Dios en mí.*

Con énfasis singular se revoca el apóstol a la inmediatez di- 11
vina de su Evangelio. Lo que enseña no procede de las fuerzas naturales del hombre. Pablo no predica un mito, proclama más bien una verdad absoluta. Sus enemigos de Galacia habían recibido 12
su sabiduría o habían sido instruidos por hombres, mientras que a él se le apareció Jesucristo en persona. Por su milagro de Dios se le había manifestado una verdad que está más allá de todas las posibilidades humanas; ése es el motivo de que pueda dar testimonio sobre ella. No que antes no hubiera sabido nada de la fe cristiana; sin duda había oído hablar de Jesús de Nazaret, de su crucifixión y de la creencia en su resurrección. Pablo ha perseguido «lo que creía conocer» (Lagrange); pero sólo había visto el «escándalo», y no que ese escándalo era en realidad «poder de Dios y sabiduría de Dios» (1Cor 1,23-24). Junto a Damasco cambiaron los signos derrumbándose por completo un mundo viejo y falso, y surgiendo una vida nueva. Cuando Pablo es capaz de 13
confesar que la ley ya no es el camino de salvación obligatorio para todos, no está hablando de cosas que no entienda. ¡Todo lo contrario!

En todas partes se sabía muy bien que se había entregado por entero a la religión de sus padres, que había olfateado con mayor agudeza que cualquier otro el peligro mortal que la fe cristiana representaba para el judaísmo, y había actuado de conformidad con ese convencimiento [10]. Perseguía de muerte a la *ekklesia*, a la 14
Iglesia de Dios en este mundo. Pablo no fue nunca un piadoso a medias, sino que en ello superaba al ejército de sus compañeros de edad y de estudios. Su imagen del mundo era la que había heredado de sus padres; estaba condicionado por las «tradiciones» de sus padres, la ley escrita y por todas las explicaciones y ampliaciones que con el curso del tiempo habían ido agregando los fariseos. Tales tradiciones, pese a no estar escritas y transmitirse sólo oralmente, en la opinión dominante de la época no cedían un ápice *en dignidad y en fuerza obligatoria a la ley* [11].

10. Cf. Act 7,58; 9,1.2.21; 22,4.5; 26,9.11; 1Cor 15,9.

11. Cf. Mc 7,3, donde por lo demás, y en opinión a este pasaje, la «tradición» se entiende únicamente como la tradición oral, y no la ley escrita, y tal es el uso lingüístico apropiado.

15-16 Hablando de tejas abajo no tenía sentido alguno el que un hombre fervoroso, como lo era el joven Pablo se convirtiese; pero Dios transformó en entrega su resistencia desesperada. La gracia de Dios, libre e inmerecida, le había segregado desde el comienzo de su existencia (cf. Rom 1,1); en Damasco se puso de manifiesto lo que estaba oculto en los planes eternos de Dios [12]. Pablo no menciona a Damasco; el acontecimiento y su significado debían ser bien conocidos de los gálatas. Entonces Dios había revelado a su Hijo «en» el apóstol; el «en mí» apunta a la iluminación de Dios que penetra todo el ser del hombre Pablo, sin que por ello se excluyan los episodios referidos por los Hechos de los apóstoles. Y en el mismo instante se sabe radicalmente llamado a ser apóstol de los gentiles [13], lo cual no contradice el que jamás haya excluido a los judíos de su solicitud [14].

Pablo obedeció inmediatamente la llamada de Dios. No empezó por recurrir a «carne y sangre» [15], a un hombre frágil que
17 por sí solo nada puede (Mt 16,17); llamado directamente por Dios, tampoco recurrió a los primeros apóstoles, cuya dignidad apostólica reconoce sin ningún género de duda. Jerusalén está construida en alto (720 m), de ahí que justifique el «subir» a la misma [16]. Pablo marchó a «Arabia», al reino árabe de los nabateos, que se extendía hasta las proximidades de Damasco. Ignoramos los motivos y la duración de su permanencia en Arabia. Es posible que predicase allí, como lo hizo en Damasco [17]. También se concibe que, en la soledad, el alma de Pablo haya ido meditando sobre la gran sacudida y preparándose para su fecunda labor misionera.
18 Por Hechos de los apóstoles sabemos que, «pasados bastantes días» [18], el odio de los judíos le forzó a huir de Damasco [19]. Du-

---

12. Cf. Act 9,1-19*a;* 22.3-21; 26,9-18.
13. Cf. también Act 9,15; 26,17; 22,11; véase especialmente el comentario a Act 22,17-21.
14. Cf., por ejemplo, Act 9,20; 13,5.14; 14,1, etc.
15. Cf. 1Cor 15.20; Ef 6,12.
16. Cf., por ejemplo, Mc 10,33.
17. Act 9,20-22.
18. Act 9,23.
19. Act 9,25; 2Cor 11.23.

rante una visión en el templo se le reveló que esa huida respondía
a la voluntad de Dios[20].

El intervalo de tiempo entre su conversión y la huida de Damasco lo concreta aquí el apóstol en tres años; pero, dada la costumbre coetánea de contar como años completos cualquier parte de los mismos, bien pudiera ser que apenas hubiesen transcurrido veinticuatro meses. Sólo después de ese tiempo habría iniciado los contactos con los primeros apóstoles, queriendo conocer a Pedro, su dirigente.

De la visita a Jerusalén trata también los Hechos de los apóstoles[21]. Por qué de entre los apóstoles, además de Pedro, sólo ha 19
visto a Santiago, «el hermano del Señor» (véase el comentario a Mc 3,31-35), es algo que no sabemos con seguridad; pero es perfectamente posible que los demás apóstoles anduviesen predicando
fuera de Jerusalén. La solemne protesta de veracidad (cf. Rom 9,1), 20
subraya la importancia que Pablo atribuía y quería que se atribuyese a los hechos narrados (frente a la versión discrepante de sus enemigos).

Por Act 9,29-30, sabemos que, habida cuenta de las asechan- 21
zas judías, Pablo tuvo que huir a Cesarea y desde allí, por mar, a Tarso; sólo más tarde se lo llevó Bernabé consigo a Antioquía (Act 11,25-26). El apóstol prefiere la expresión «Siria y Cilicia», que no corresponde a la sucesión cronológica de su actividad en aquellas regiones; y así coloca primero a la provincia más importante, cuya capital Antioquía iba a convertirse en el punto
de partida de su misión mundial. La fuga precipitada, después de 22
una estancia que había durado 15 días (Act 9,26-30), impidió un contacto personal del neoconverso especialmente con los cristianos de fuera de Jerusalén[22]. El pasaje de Act 26,20 da un breve sumario de la actividad misionera del apóstol, sin pretender en
modo alguno una precisión temporal[23]. En Judea se comentaba 23
por todas partes con asombro la conversión del que había sido un

20. Act 22,17-21.

21. Cf. el comentario a Act 9,26-30.

22. Para la distinción entre Jerusalén y Judea, cf. por ejemplo, Mt 4,25; Act 1,8; 8,1.

23. Cf. el comentario a Act 26,19s.

24 perseguidor encarnizado. Los creyentes alababan a Dios «en mí»; es decir, la gracia y la omnipotencia divinas que habían operado todo aquello en el apóstol.

Reconocimiento del Evangelio de Pablo
2,1-10

[1] *Luego, al cabo de catorce años, subí nuevamente a Jerusalén con Bernabé, llevando también conmigo a Tito.* [2] *Subí, debido a una revelación, y les referí — pero en privado a los más calificados — el Evangelio que proclamo entre los gentiles, por si corría o había corrido en vano.* [3] *Pues bien, ni Tito, que estaba conmigo, con ser griego, fue obligado a circuncidarse;* [4] *y esto a pesar de los intrusos, falsos hermanos que se habían introducido solapadamente para espiar nuestra libertad, la que tenemos en Cristo Jesús, para reducirnos a esclavitud;* [5] *a quienes ni por un momento cedimos sometiéndonos a ellos, para que la verdad del Evangelio continuara entre vosotros.* [6] *Y de parte de los que eran tenidos por más calificados — cómo habían sido ellos en un tiempo, no me interesa; Dios no tiene acepción de personas —; pues bien, aquellos más calificados nada nuevo me impusieron;* [7] *sino al contrario, viendo que la evangelización de los no circuncidados se me había confiado a mí, como a Pedro la de los circuncisos —* [8] *pues el que había dado eficacia a Pedro para el apostolado de los circuncisos me la había dado también a mí para el de los gentiles —,* [9] *y reconociendo la gracia que se me había dado, Santiago y Cefas y Juan, los considerados como columnas, nos dieron la mano en señal de comunión a mí y a Bernabé para que nosotros fuéramos a los gentiles, y ellos a los circuncisos.* [10] *Solamente nos rogaron que nos acordáramos de los pobres; cosa que me apresuré a cumplir exactamente.*

En respaldo de su Evangelio, Pablo podía revocarse a una revelación directa de Dios. Mas ello no bastaba para reducir a silencio a sus enemigos judaizantes de Galacia. Ellos podían poner en duda las pretensiones de Pablo alegando la autoridad de los primeros apóstoles, aquellos que fueron compañeros de Jesús du-

rante su vida pública. Al paso de tal argucia sale Pablo cuando
se refiere al Concilio apostólico; las frases quebradas (anacolutos)
de los v. 4, 5, 6 y 7 revelan su agitación. Catorce años después[24] 1
de su primera visita a Jerusalén (y aproximadamente dieciséis después de su conversión) o bien a los catorce años de su conversión — el texto no resulta demasiado claro en este extremo —, Pablo estuvo de nuevo en Jerusalén. Este segundo viaje a la ciudad santa, del que aquí se habla, es el tercero de los que relatan los Hechos de los apóstoles. Y es que, como el denominado «viaje de la colecta» no tuvo importancia alguna para el punto controvertido, Pablo lo silencia en la carta a los Gálatas[25]. De entre sus acompañantes (cf. Act 15,2) Pablo menciona a Bernabé y a Tito, cuyos nombres debían ser bien familiares a los gálatas. Se hace especial hincapié en el caso de Tito que, por ser cristiano incircunciso de la gentilidad, constituía un testimonio viviente en favor del Evangelio paulino y un escándalo para los judaizantes. Frente a él
tuvieron que definirse las autoridades jerosolimitanas. Según Act 2
15,2, Pablo fue enviado a Jerusalén por los hermanos de Antioquía, mientras que en el pasaje presente habla el apóstol de una revelación de Dios[26], lo que no excluye lo otro.

En Jerusalén Pablo expuso su Evangelio libre de la ley, probablemente en una reunión comunitaria y en conversaciones particulares con los dirigentes, con «los más calificados», o sea, con Pedro, Santiago y Juan. Ellos eran los que debían adoptar una postura — pues sólo ellos estaban capacitados para tal cometido — y tapar así la boca a los enemigos judaizantes del Evangelio de los gentiles. Pablo no necesitaba para sí de una confirmación de la verdad que Dios le había directamente revelado. Desde el acontecimiento de Damasco el apóstol estaba completamente seguro de su causa; no alimentaba duda alguna y cuando ponía la cuestión sobre el tapete sabía de antemano cuál debía ser la respuesta. Pero le interesaba que los primeros apóstoles, las autoridades más

24. Téngase en cuenta lo dicho al comentar Gál 1,18. Nota del traductor.

25. Véase el comentario a Act 11,30.

26. Tales intervenciones divinas las encontramos a menudo en su vida: cf., por ejemplo. Act 16,6.9; 18,9.10; 22,17-21; 23.11; 27,23.

antiguas de la Iglesia, se manifestasen abiertamente y con toda franqueza de acuerdo con él y con su Evangelio; ello bastaría para borrar de golpe todas las reticencias y enredos.

3 Hasta qué extremo los más calificados estaban lejos de aceptar el punto de vista judaizante, se puso claramente de manifiesto en el hecho de que en forma alguna se obligó a Tito, que era un cristiano incircunciso de la gentilidad, a que se circuncidase, aun cuando tal exigencia fácilmente se hubiera podido hacer valer y terminar por imponerla al hallarse presente en Jerusalén, centro del cristianismo judío. Pero es que, incluso en la opinión de los primeros apóstoles, decisiva para el conjunto de la Iglesia, no se trataba de cosas necesarias para la salvación, sino a lo sumo (habida cuenta sobre todo del entorno judeocristiano) de algo aconsejable. Pablo compartía por completo este punto de vista; poco tiempo después, y estando en Asia Menor, hizo circuncidar a Timoteo, que era medio judío, «en atención a los judíos que había en aquellos lugares» (Act 16,3). Pero en Jerusalén no se planteaba la cuestión de la conveniencia, en determinadas circunstancias, de la circuncisión, sino que se ventilaba más bien su necesidad para la salvación misma; con lo cual lo que estaba en juego era este dilema: judaísmo o cristianismo. Y aquí es donde coinciden las respuestas de los primeros apóstoles y de Pablo.

4 Las mismas fuerzas judaizantes, que ahora se hacían sentir en Galacia, ya habían operado también en Antioquía (Act 15,1), teniendo una posición fuerte en Jerusalén (cf. Act 15,5). Se «habían introducido solapadamente» entre las comunidades cristianas paulinas de origen gentil; sin duda que no pertenecían a la comunión de los cristianos, eran «falsos hermanos». La ley de Moisés significa esclavitud, Pablo defiende la libertad del cristiano [27], que ha sido liberado de la esclavitud en base a la acción salvadora de Jesucristo por medio de la fe y del bautismo.

5 Al aunar Pablo su criterio con el de los primeros apóstoles en Jerusalén, establece un frente común contra la amenaza judaizante del Evangelio y salva la pureza de doctrina también para
6 los gálatas. Los más cualificados no imponen a Pablo nada espe-

27. Véanse también Gál 4,21-31; 5,1.13.

cial. Se trató de la ley de Moisés y de la circuncisión, y en Jerusalén se esclareció de un modo inequívoco y definitivo que la ley mosaica y la circuncisión habían ya cumplido la función que en un tiempo Dios les había asignado. La importancia decisiva de tal decisión, contra la cual difícilmente podían tener peso alguno las disposiciones transitorias para las comunidades mixtas, hay que contemplarla en todo su alcance, si se pretende dar una solución acertada al problema de las relaciones entre Gal 2 y Act 15 [28]. No puede caber duda alguna de que con su viaje a Jerusalén y sus actuaciones allí, Pablo ha reconocido la autoridad efectiva de los primeros apóstoles. Le interesaba vivamente, y tenía que interesarle, que los apóstoles elegidos y acreditados por Jesús de forma inequívoca y singular ya durante su paso por la tierra y sobre todo inmediatamente después de su resurrección [29], y de manera muy particular Pedro [30], estuviesen de completo acuerdo con él en todas las cosas fundamentales.

Por otra parte, tampoco debía parecer como que había sacado de Jerusalén su misión y su Evangelio; Pablo defendía con la misma resolución que su coincidencia con los primeros apóstoles, la inmediatez divina de su misión — su ministerio apostólico — y de su Evangelio. Desde esta actitud hay que entender ciertamente la observación restrictiva que hace al comienzo del v. 6. «se enfrentó a Pablo con la autoridad de los primeros apóstoles y se afirmó que estaba lejos de su doctrina. Pero, nada de eso; estaban de acuerdo, y no era necesario en modo alguno establecer con precisión su posición externa en la Iglesia. Pablo no pretende de ninguna manera socavar esa posición de los dirigentes — más bien se apoya en ellos —; pero, de otro lado, tampoco quiere dar la impresión de que sobreestima la autoridad de aquéllos. En tal caso habría puesto un arma en manos de sus enemigos. Y hubiera podido parecer que, con toda su autoridad personal, dependía radicalmente de los mencionados apóstoles desde el punto y momento en que los más calificados habían reconocido su Evangelio y su ministerio apostólico» (Lagrange).

28. Cf. el comentario a Act 15.
29. Mt 28,18-20; Mc 16,15; Jn 20,22.23; Lc 24,47-49; Act 1,8.
30 Mt 16,18.19; Lc 22,32; Jn 21,15-17.

7-9 Los primeros apóstoles vieron en la obra de Pablo el dedo de Dios, que bendecía su labor entre los gentiles por medio de prodigios y conversiones (cf. Act 13,4-14,28). Y, en consecuencia, reconocieron de buen grado la misión de Pablo de cara al mundo de la gentilidad. A ello se refiere el acuerdo, refrendado con un apretón de manos, de «para que nosotros fuéramos a los gentiles, y ellos a los circuncisos», pero que en modo alguno se presentó de forma pedante. En realidad Pedro fue un adelantado del cristianismo gentil (Act 10,1-11,18), había viajado a Antioquía (Gál 2,11), a Corinto (1Cor 1,12), a Roma; Pablo, por su parte jamás pospuso la misión judía [31].

En el v. 9, al mencionar las «columnas» no se nombra en primer lugar a Pedro —cosa que sorprende después de 1,18 y 2,7-8—, que era la figura descollante entre los primeros apóstoles [32], sino que aparece en primer término Santiago, quien era el exponente máximo de un rígido judeocristianismo; así, su asentimiento debía
10 tener un gran peso a los ojos de los gálatas. Pablo había puesto todo su corazón en la colecta que le rogaron a favor de los pobres de la comunidad madre de Jerusalén [33] Difícilmente ha podido tratarse de una colecta como «óbolo de san Pedro», aunque Pablo aluda ocasionalmente al asunto diciendo que no era más que una forma de agradecimiento por los bienes espirituales que la comunidad madre de Jerusalén había proporcionado al mundo de los gentiles (Rom 15,27).

El incidente de Antioquía
2,11-21

[11] *Pero cuando llegó Cefas a Antioquía, me opuse a él abiertamente, porque era digno de reprensión.* [12] *Pues, antes de que vinieran algunos de parte de Santiago, comía en compañía de los gentiles; pero cuando llegaron aquéllos, se retraía y apartaba, te-*

31. Cf. por ejemplo, Act 9,20; 13,5.14; 14,1; 17,1.2.10; 18,4.19; 19,8; 28,17.
32. Véase también 1Cor 9,5; 15,4; Pablo le nombra casi siempre, y de modo significativo, como Cefas: Mt 16,18.
33. Rom 15,26-28; 1Cor 16,1-3; 2Cor 8-9; Act 24,17.

miendo a los circuncisos. [13] *Y los demás judíos cayeron [también] con él en la simulación, de tal manera que hasta Bernabé fue arrestado por la simulación de ellos.* [14] *Pero, cuando vi que no procedían rectamente conforme a la verdad del Evangelio, le dije a Cefas delante de todos: «Si tú, siendo como eres judío, vives a lo gentil y no a lo judío, ¿cómo obligas a los gentiles a judaizar?»*
[15] *Nosotros somos judíos de nacimiento, y no pecadores procedentes de gentiles.* [16] *Pero sabiendo que el hombre no se justifica por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, nosotros también hemos creído en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe en Cristo y no por las obras de la ley, ya que por las obras de la ley, «ninguna carne será justificada»* (Sal 143,2). [17] *Si procurando ser justificados en Cristo, resulta que también nosotros somos pecadores, ¿será que Cristo es servidor del pecado? ¡Ni pensarlo! Porque si lo que antes derribé lo edifico de nuevo, me muestro a mí mismo transgresor.* [19] *Pues yo por la ley morí a la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy crucificado.* [20] *Pero ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí. Y respecto del vivir ahora en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí.* [21] *No anulo la gracia de Dios; pues si la justificación viene por la ley, entonces Cristo murió en vano.*

El «concilio de los apóstoles» había rechazado las pretensiones judaizantes, y un encuentro entre Pedro y Pablo en Antioquía
había esclarecido aún más el asunto. Por algún motivo que desco- **11**
nocemos Pedro visitó Antioquía; la época del viaje debe corresponder a Act 15,35. Como consecuencia del comportamiento titubeante y culpable de Pedro en el asunto de la comunidad de mesa entre cristianos de la gentilidad y del judísmo en las comidas comunitarias, Pablo se vio forzado a intervenir, y en un enfrentamiento público expuso su doctrina en favor de los cristianos del gentilismo. Pedro que, adoctrinado por una revelación, sostenía una **12**
postura clara en principio y que coincidía con la actitud de Pablo relativa a la misión de los gentiles[34], participaba en las comidas comunitarias que celebraban los cristianos procedentes tanto del

34. Act 10,1-11,18; cf. también Act 15,10.11.

mundo judío como del gentil, y que según parece eran habituales en Antioquía. En aquellos tiempos, la cena del Señor y el ágape (comida de amor, banquete de toda la comunidad) se celebraban juntamente[35]. El judío, como en tantas otras cosas, también en la comida tenía que observar una serie de prescripciones legales sobre alimentos puros e impuros que, tomadas en todo su rigor — especialmente según la interpretación farisaica — apenas le permitían celebrar una comida con los no judíos. En Jerusalén y en otras comunidades de constitución puramente judía no había dificultades, por supuesto, ya que todos los comensales se atenían a las prescripciones en vigor. Pero en las comunidades mixtas no podía celebrarse comunitariamente la cena del Señor, si los judeocristianos querían atenerse a sus peculiaridades tradicionales. Verdad es que el concilio de los Apóstoles, en las cláusulas formuladas por Santiago, había impuesto algunas cargas a los cristianos de la gentilidad[36]. Pero si tales prescripciones bastaban para regular las asambleas comunitarias del servicio divino de la palabra, ciertamente que no posibilitaban la celebración en común del ágape y de la cena del Señor. Pedro no tuvo en principio ninguna dificultad y tomó parte en las comidas de tipo comunitario.

Mas entonces hicieron acto de presencia ciertos individuos del círculo de Santiago, y por lo mismo judeocristianos, llegados desde Jerusalén. Desconocemos los motivos de su viaje. Eran gentes que, aun ya cristianos, seguían observando escrupulosamente las prescripciones judías sobre la pureza de los alimentos. En principio nada había que objetar al hecho de que un judeocristiano — sobre todo en el marco de comunidades exclusivamente judías, como era la de Jerusalén — siguiese manteniendo los usos tradicionales; lo que no debía olvidar era que ya no se trataba de cosas esenciales y necesarias para la salvación; que desde ahora lo más importante era la comunión de los cristianos, ora procediesen del judaísmo ora de la gentilidad, a cuya comunión debían ceder en cualquier caso las viejas prescripciones. Pero, a lo que parece,

35. Véase el comentario a 1Cor 11,17-34.
36. Cf. el comentario a Act 15,20-21.

los llegados de Jerusalén se atenían a sus costumbres judías con tal rigor que ponían en peligro la unidad de la comunidad antioquena. Por desgracia, y en contra de su convicción personal —aunque, desde luego, muy en la línea de la que sabemos por otros pasajes acerca de su carácter— también Pedro se dejó arrastrar «temiendo a los circuncisos», hasta el punto de que se retrajo de comer con los cristianos de la gentilidad. Lo que no se dice es si prudentemente sólo quería evitar un enfrentamiento o si alimentaba serios temores por la unidad de la Iglesia.

Su ejemplo, sin embargo, produjo evidentemente tal impresión **13** sobre los demás judeocristianos, e incluso sobre Bernabé, el antiguo compañero de luchas de Pablo, que también ellos evitaban el sentarse a la mesa con los cristianos gentiles; todos «cayeron con él en la simulación», es decir, que por puro miedo a los hombres obraban en contra de sus convicciones. Sólo Pablo se mantuvo **14** firme. Vio claro que en tal trance, si no se traicionaba la verdad del Evangelio exonerado de la ley, por lo menos se negaba, y por ello intervino con toda decisión. No se dirigió a los impostores de Jerusalén, cuya conciencia estaba en el error, tampoco a sus hermanos judeocristianos, ni siquiera a Bernabé. Sino que afrontó al único que allí contaba: a Pedro. Y delante de toda la comunidad le pidió cuentas. Pedro había vivido «a lo gentil» —al menos antes de que llegasen las gentes de Santiago—, es decir, sin «las obras de la ley» (v. 16), y no había opuesto ninguna dificultad de principio a comer con los cristianos gentiles sin escrúpulos legales; esto debía ser un hecho establecido a todas luces. Ahora, en cambio, y por puro miedo, «obligaba» —daba su autoridad en la Iglesia— a los cristianos de la gentilidad a la observancia de la ley, si no querían perder la comunión con sus hermanos judeocristianos en la celebración de la cena del Señor. Esto no era un proceder recto, ni era digno del primer apóstol de la Iglesia.

En los versículos siguientes reproduce Pablo lo esencial de su **15-21** argumentación en Antioquía, pero al propio tiempo se dirige y combate a sus enemigos de Galacia. El v. 15 habla de un orden de **15** cosas que Jesucristo ha dejado ya fuera de concurso. El judío está orgulloso de su elección, mirando por encima del hombro a los

gentiles, como a «pecadores» (sin una distinción precisa entre
16 lo que se refiere a lo cultual y a lo ético). Pablo, Pedro y todos los judeocristianos pertenecen con todas las prerrogativas al pueblo elegido; pero por la fe en Jesucristo han descubierto la intrínseca inviabilidad de toda justicia legal por las obras [37], la inconsistencia de una conciencia exteriorizada de elección que se considera altamente por encima de los «pecadores». El Antiguo Testamento está superado; la ley de Moisés ha perdido su fuerza. Pablo agrega una prueba escriturística. El pasaje de Sal 143 (142) 1-2 suena así: «Señor escucha mi oración, por tu fidelidad acoge mi plegaria, escúchame por tu justicia. No contiendas en tu juicio con tu siervo, pues no hay viviente justo en tu presencia.» Pablo cita de una forma libre y agrega, para poner perfectamente en claro el sentido de la palabra del salmo y acomodarla a su argumentación: «por las obras de la ley» [38].

17 Conectando con esta idea, y para mejor esclarecer su pensamiento, el apóstol reproduce una objeción de sus enemigos, cosa que suele hacer habitualmente [39]. Los v. 17 y 18 son difíciles y muy discutidos. La idea de Pablo sería ésta: el que ha sido justificado en Cristo ya no se apoya en las obras de la ley; reconoce claramente la inutilidad de cualquier alarde por la elección y se confiesa «pecador». En consecuencia hay ahora más «pecadores» que antes, por lo cual los enemigos maliciosos podrían argüir que, según tal argumentación, la acción de Cristo habría tenido como secuela una ampliación del dominio del pecado. Según otra interpretación, el judío que vive escrupulosamente los preceptos de su religión debería considerar como pecadores a quienes rechazan tales prescripciones y a Cristo, en consecuencia, como servidor del pecado; o bien: si Cristo perdona el pecado, se hace servidor del mismo; reproche éste que también se le lanzó al propio Jesús [40].

18 Mas los enemigos no llevan razón, Cristo no es en manera alguna servidor del pecado. Ciertamente que la ley ha prescrito,

37. Rom 3,21.22; Act 15,10.11.
38. Véase también el comentario a Rom 3,21-31.
39. Cf. Gál 3,21; Rom 3,5.6.31; 6,1.15.16; 7,7.13; 9,14.15; 11,1.11.
40. Cf., por ejemplo, Mc 2,15-17 par; Lc 15,1.2.

ha sido anulada, y sólo si retorno a ella vuelvo a darle nueva vigencia (como Pedro había hecho, por ejemplo, en Antioquía); sólo entonces, dice Pablo, yo sería transgresor de la ley y, por lo tanto, también «pecador». Pero el cristiano ha sido justificado por Dios y ha dejado de ser pecador. Con Cristo y en Cristo, **19** ha muerto por la ley a la ley, pues que en la cruz la maldición legal se ha complicado plenamente (Gál 3,13), y precisamente así (a través de la consumación de la ley) es como la ley ha sido superada. Con la fe y el bautismo el cristiano participa en el destino de su Señor, y ha sido injertado en él (Rom 6,5).

La nueva vida cristiana no es una vida natural, sino un vivir **20** divino. El propio Cristo vive en el cristianismo; sólo que con ello no destruye la vida natural, la vida «en carne». La realidad divina no es una realidad visible, es una realidad oculta que se alcanza «en la fe», en la entrega incondicional al Hijo de Dios que se sacrificó a sí mismo por amor, y en cuya muerte y resurrección el hombre participa a través del bautismo [41].

Con su teología de la ley los enemigos de Pablo destruyen, al **21** menos teóricamente, la acción de la gracia divina; pues, quien atribuye fuerza salvífica a la ley, *ipso facto* está proclamando que la muerte de Cristo era totalmente inútil. Pablo saca aquí unas consecuencias — siempre pensando en sus enemigos judaizantes de Galacia —, que evidentemente Pedro no había sacado nunca, pero que al analizar la conducta de Pedro de cara a sus derivaciones posibles y probables la presenta a la luz adecuada. No sabemos la reacción de Pedro al modo de argüir de Pablo. Pero, dado que ya antes ambos habían estado de acuerdo (cf. Act 15,10-11) y que no hay por qué suponer que Pablo haya hablado de este episodio en ninguna circunstancia, resulta perfectamente verosímil que Pedro se haya acomodado hasta en la práctica a la argumentación paulina.

41. Véase el comentario a Rom 6,1-11.

PARTE SEGUNDA

FUNDAMENTACIÓN TEOLÓGICA DEL EVANGELIO DE PABLO
3,1-5,12

La experiencia de los gálatas
3,1-5

[1] ¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó a vosotros, ante
cuyos ojos Jesucristo fue presentado como crucificado? [2] Sólo
esto quiero saber de vosotros: ¿recibisteis el Espíritu por las obras
de la ley o por la aceptación de la fe? [3] ¿Tan insensatos sois?
Habiendo empezado por el Espíritu, ¿vais a terminar ahora en
carne? [4] ¿Experimentasteis en vano cosas tan grandes? ¡Sólo fal-
taba que hubiera sido en vano! [5] El que os prodiga el Espíritu
y realiza maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la
ley o por la aceptación de la fe?

En los últimos versículos del capítulo 2, Pablo apuntaba ya
a los judaizante de Galacia. Su discurso a Pedro se dirigía en de-
finitiva a los gálatas que corrían un peligro. Ahora se dirige a ellos
abiertamente para hacerles reflexionar mediante el recuerdo de sus
1 propias experiencias. Se ve obligado a admitir que han sido «fas-
cinados» encantados, puesto que quieren abandonar el verdadero
Evangelio. Son unos «insensatos», que no han entendido ni el mis-
terio ni la grandeza del mensaje de la fe. Pero contra la fuerza di-
vina de la fe sólo se puede luchar en el mismo terreno; por lo cual
ha debido intervenir algún poder demoníaco. En su primera predica-
ción Pablo puso ante sus ojos a Cristo crucificado como Señor de
vivos y de muertos, ciertamente, desde luego, que sin una descripción

detallada de los padecimientos, cosa que en aquellos tiempos no era
necesaria, ya que todos conocían por visión directa lo que era
una crucifixión; pero sí abriéndoles el sentido divino que tenía
la muerte en Cruz de Jesús[1]. Entonces habían recibido el Espí- 2-5
ritu, que fue una experiencia vigorosa (v. 4) para la comunidad;
pero ahora deberían meditar si han merecido esa gracia y los pro-
digios anejos a ella[2] mediante la observancia de la ley mosaica.
No, ellos aceptaron el Evangelio con un corazón creyente y se hi- 3
cieron bautizar; eso fue todo. Así que, habiendo empezado por el
Espíritu Santo, que descendió sobre ellos generosamente, ahora
dan crédito a la palabrería fútil de los judaizantes que hablan
de una supuesta perfección del Evangelio mediante la práctica de
la ley y de la circuncisión. Y, la verdad es que todo esto entra en la
esfera de la «carne» (cf. el comentario a Rom 8-1,11). Pretenden, 4
pues, retornar de la fe recta en el Evangelio, exento de la ley,
a las cosas del tiempo viejo, considerando como nada la gracia
del Espíritu Santo. Lo que cuenta de verdad es la escucha aten-
ta, la fe y la obediencia; todo lo demás es inútil y vano.

El testimonio de la Escritura
3,6-14

[6] *Y así (dice la Escritura): «Abraham creyó en Dios y esto se*
le tomó en cuenta como justicia» (Gén 15,6). [7] *Tened, pues, pre-*
sente que los que proceden de la fe, éstos son hijos de Abraham.
[8] *Y la Escritura, previendo que Dios justificaría a los gentiles por*
fe, había anunciado de antemano a Abraham: «Todos los pueblos
serán bendecidos en ti» (Gén 12,3; 18,18). [9] *Así pues, los que*
proceden por fe son bendecidos juntamente con Abraham el cre-
yente. [10] *En efecto, todos los que proceden por obras de la ley*
están bajo maldición. Pues está escrito: «Maldito todo el que no
persevera en todo lo escrito en el libro de la ley, y no lo lleva a
la práctica» (Dt 27,26). [11] *Porque es evidente que por la ley nadie*

1. 1Cor 2,2; Gál 6,14.
2. Cf., por ejemplo. 1Cor 12,6-11 y también 2Cor 12,12

es justificado ante Dios, ya que (lo dice la Escritura) «el justo
vivirá por la fe» (Hab 2,4), [12] *y la ley no es un proceder por fe,*
sino que (como dice la Escritura): «el que practique estas cosas,
vivirá por ellas» (Lev 18,5). [13] *Cristo nos rescató de la maldición*
de la ley, haciéndose maldición por nosotros, pues está escrito:
«Maldito todo el que es colgado de un madero» (Dt 21,22-23),
[14] *y esto para que la bendición de Abraham llegue en Cristo Jesús*
a los gentiles; a fin de que por medio de la fe recibamos la pro-
mesa del Espíritu.

Para los judíos la Escritura representaba la autoridad decisiva, y Abraham era el modelo de toda piedad auténtica. Pablo combate a sus enemigos con sus propias armas demostrándoles con argumentos del AT, sacados mediante los recursos exegéticos habituales en su tiempo, la legitimidad escriturística de su doctrina[3]. Y esto lo hace con cuatro razonamientos (v. 6-7; 8-9; 10-12; 13-14).

6 El patriarca Abraham no fue justificado por las obras de la ley; bien al contrario, es el ejemplo y modelo del hombre justificado por la fe. Dios le había prometido una descendencia numerosa, y aunque a juzgar con un criterio humano parecía imposibe que tal promesa pudiera cumplirse, considerando la edad avanzada tanto suya como de Sara, su esposa, Abraham «creyó en Dios y esto se le tomó en cuenta como justicia» (Gén 15,6, según la versión de LXX que Pablo sigue: según el texto original hebreo: «creyó a Yahveh, y Yahveh se lo tomó en cuenta como justicia»). Pablo, al igual que en Rom 4,3, emplea el pasaje como una prueba en favor del Evangelio exento de la ley, apartándose para ello del estricto sentido literal que ve aquí en la forma como una obra en el fondo meritoria. Abraham no conocía la ley, y sólo más tarde recibió la circuncisión (cf. Rom 4,9); pero estaba ya justificado desde el punto y momento en que había creído.
7 Los judíos se proclaman orgullosamente «hijos de Abraham»; en realidad sin embargo, nada tienen que ver con él aquellos que edifican sobre las obras legales y la circuncisión, cuando el pa-

3. Véase el comentario a Rom 4,18-25.

triarca edificó sobre la fe. Hijos de Abraham en sentido propio son más bien quienes creen y son justificados por esa fe.

Una segunda prueba escriturística la saca Pablo de Gén 12,3 **8** y Gén 18,18. El primero de estos textos reza así: «Y yo bendeciré a quienes te bendicen, y a quienes te execran los maldeciré, y en ti serán bendecidas todas las generaciones de la tierra» (así también LXX). Las cuatro últimas palabras las sustituye el Apóstol por Gén 18,18 en que se encuentra la expresión «todos los pueblos de la tierra». No se atiene estrictamente al sentido literal y da a la palabra griega correspondiente a «pueblos» la concepción, común en el NT, de pueblos paganos, de gentiles[4]. Y así ve **9** en la cita un vaticinio de Dios —que es sin duda el autor de la Escritura— acerca de la justificación de los gentiles según el modelo de Abraham; es decir, sin las obras de la ley sin la circuncisión (cf. Rom 4,10).

Un tercer razonamiento pone de relieve la vertiente negativa **10** del Evangelio paulino hablando de la maldición de la ley. Quien busca su salvación en la ley mosaica deberá atenerse necesariamente a la observancia de *toda la ley;* esto es lo que resalta claramente en el citado pasaje de Dt 27,26. Ahora bien, nadie *puede* con sus fuerzas solas guardar la ley entera; así lo demuestra la experiencia[5]. Con ello, cuantos confían en la ley están realmente bajo su maldición por ser transgresores de la misma. Pablo **11** deduce idéntico pensamiento del pasaje de Hab 2,4 (cf. también Rom 1,17): «Mira cómo sucumbe el que no tiene dentro de sí un alma justa. Mas el justo vivirá por su fe» (LXX dice: «por mi fidelidad», la de Dios, que es quien habla al profeta). El apóstol piensa aquí —ampliando el pensamiento del profeta— en la vida eterna; conecta las palabras de forma diferente —cosa que en el texto griego no aparece con claridad— desembocando así en un sentido más profundo: la vida eterna no la alcanzará el que se supone justificado por las obras de la ley, sino únicamente el que ha obtenido la justificación por la fe.

La ley nada tiene que ver con la fe, sino que exige obras, **12**

---

4. Cf., por ejemplo, 1Cor 1.23.
5. Cf. Rom 1,18-3,20; 7,7-25.

según Lev 18,5; ahora bien, a causa de su debilidad, el hombre
13 fracasa ante tal exigencia[6]. La cuarta prueba esclarece el verdadero fundamento del mensaje de Pablo, la base más profunda de su teología de la fe: Cristo nos ha redimido. La ley expresaba la voluntad de Dios. Esto no ha de olvidarse jamás, pese al juicio negativo sobre las obra legales (Rom 7,12). Las exigencias de la ley eran tan justas y válidas como patente era el fracaso de los hombres. Esto atrajo la maldición de la ofendida majestad divina sobre los desobedientes, y la cólera de Dios no pudo cesar hasta tanto que su justicia no recibió la satisfacción exigida. Cristo nos ha rescatado. Él, que no conoció el pecado (2Cor 5,21), tomó sobre sí en la cruz y de modo vicario la maldición; se hizo «maldición por nosotros». por quienes estábamos bajo la ley; es decir, por los judíos; él fue, en lugar nuestro, el blanco de la ira divina. Esto lo ve Pablo preanunciado ya en el AT. El texto de Dt 21,22-23 dice así: «Si un hombre ha cometido un delito y ha de ser ajusticiado, le colgarás de un árbol; pero no permitirás que su cadáver pase la noche en el árbol, sino que, sin falta, lo enterrarás ese mismo día; pues un hombre colgado de un árbol es una maldición de Yahveh (LXX: pues maldito es de Dios todo el que cuelga de un madero), y no has de manchar la tierra que Yahveh, tu Dios, te va a dar en herencia. Al relacionar este texto con Cristo crucificado — siempre de acuerdo con los métodos de su tiempo — Pablo aporta una prueba escriturística en favor de la doctrina de la satisfacción vicaria, que aparece también de modo parecido en Rom 8,3 y 2Cor 5,21.

14 Después de cumplida la satisfacción, de haber abolido de raíz la maldición de la ley, pudo llevarse a cabo la promesa hecha a Abraham; todos, judíos y gentiles, pudieron recibir al Espíritu Santo por la fe y el bautismo.

---

6. Véase comentario al v. 10 y a Rom 10,5

La ley y la promesa
3,15-18

[15] *Hermanos, voy a servirme de un ejemplo tomado de la vida humana: aun tratándose de un testamento humano, debidamente otorgado, nadie lo anula o le añade algo.* [16] *Ahora bien, las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia. La Escritura no dice «y a sus descendencias», como si fueran muchas; sino como si fuera una sola: «Y a tu descendencia», es decir, a Cristo.* [17] *Pues bien, digo esto: un testamento, otorgado de antiguo por Dios, no lo puede anular una ley que apareció cuatrocientos treinta años después, hasta hacer ineficaz la promesa.* [18] *Pues si la herencia dependiera de la ley, ya no dependería de la promesa. Ahora bien, a Abraham se la otorgó Dios mediante una promesa.*

Los judaizantes exageran el papel de la ley. La voluntad de Dios se puso de manifiesto en las promesas, en tanto que la ley, aparecida sólo más tarde, no tiene sino un alcance e importancia limitados. Esto es lo que el apóstol esclarece mediante un ejem- **15** plo sacado del derecho consuetudinario. El testamento válido de un hombre nadie puede anularlo ni ampliarlo mediante cláusulas aditicias; es éste un principio jurídico vigente y que todo el mundo conoce. No sigue imediatamente la aplicación de la imagen, sino que se desliza antes otra idea. Las promesas hechas a Abra- **16** ham, que le aseguraban la tierra de Canaán y una descendencia numerosa (Gén 12,1-3), tienen validez sólo para «su descendencia»[7]. En hebreo y también (aunque con algunas excepciones) en el griego el singular designa a toda la descendencia[8]. Ése es, por consiguiente, el sentido literal del pasaje veterotestamentario. Sirviéndose de los métodos exegéticos de su tiempo (y que, por lo mismo, eran también los de sus enemigos), Pablo descubre un significado profundo en el empleo del singular: el texto se refiere

7. Gén 12,7; 13.15.16; 15,5.18; 17,8; 22,16-18; 24,7.
8. Cf., por ejemplo, Rom 4,18; 9,7.8.

a Cristo. La promesa del país de Canaán en una interpretación más honda comporta la promesa de unos bienes eternos, que sólo se obtienen en Cristo[9].

17 El versículo 17 desarrolla la idea del v. 15. Si ya en la vida cotidiana un testamento no puede anularse ni cambiarse, mucho menos podrá ocurrir esto cuando Dios interviene en ello. Las promesas hechas por Dios no pueden quedar abolidas por una ley que sólo se promulgó 430 años más tarde. El número, que no es exacto, de 430 años lo saca Pablo de Éx 12,40[10]. La comparación no debe forzarse, pues es evidente que el testador — Dios — no muere, y la cláusula aditiva — que en este caso es la ley — refleja a su vez la voluntad de Dios. La idea, sin embargo, está clara: si un testamento meramente terreno excluye cualquier cambio, con mucha mayor razón habrá que excluirlo cuando están
18 en juego las promesas divinas. Para Pablo ni siquiera resulta viable la solución judaizante de entender la ley como un complemento de la promesa. La promesa y la ley se excluyen mutuamente. Quien en base a las obras de la ley aspirase a la herencia — es decir, a los bienes de la salvación conseguidos por Cristo — no haría más que revocarse a sus propias realizaciones y para él sería perfectamente inútil la gracia de Dios[11]. En realidad Abraham no mereció nada; la promesa se le otorgó como un regalo.

Fin y oficios de la ley
3,19-29

[19] *Entonces, ¿a qué viene la ley? Fue añadida por razón de las transgresiones, hasta que viniera la descendencia a la que se hizo la promesa. Esta ley fue promulgada por medio de ángeles, por mano de un mediador.* [20] *Pero el mediador no lo es de uno solo; y Dios es uno solo.* [21] *¿Es, pues, la ley contraria a las promesas de [Dios]? ¡Ni pensarlo! Pues si hubiera sido dada una*

9. Véase especialmente el comentario a Gál 3,28-29.
10. Véase también Act 7,6.
11. Rom 4,4.5.14.

ley capaz de dar vida, entonces sí que la justicia vendría de la ley.
22 Pero la Escritura lo encerró todo bajo el pecado, para que a
los creyentes les fuera dada la promesa por la fe en Cristo Jesús.
23 Antes de que viniera la fe, estábamos encerrados bajo la custo-
dia de la ley, en espera de la fe que había de revelarse. 24 Así
pues, la ley nos sirvió de pedagogo hasta llevarnos a Cristo, para
que fuéramos justificados por la fe. 25 Pero una vez que ha venido
la fe, ya no estamos bajo el pedagogo. 26 Todos, en efecto, sois
hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús. 27 Pues todos los que
fuisteis bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. 28 Ya
no hay judío ni griego; ya no hay esclavo ni libre; ya no hay
varón ni mujer, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.
29 Y si sois de Cristo, sois por lo tanto descendencia de Abraham,
herederos según la promesa.

Si, en definitiva, la ley se reduce a ser expresión de la volun- **19**
tad de Dios[12], y ahora ha sido superada por el evangelio, ¿cuál era entonces su oficio? Es falsa la tesis judía que asignaba a la ley una fuerza justificante por sí misma y que fundada la salvación sobre la base exclusiva de su cumplimiento. Pero sería falsa asimismo la antítesis que pretendiera presentar la ley, por el contrario, como obra del diablo. ¿Cuál fue, pues, el oficio de la ley en el plan salvífico de Dios? «Fue añadida por razón de las transgresiones»; no tuvo, por tanto, ningún alcance decisivo, sólo fue «añadida» (cf. Rom 5,20), y su razón de ser no fue otra que la de multiplicar las transgresiones y pecados. La debilidad y la impotencia del hombre tenían que ponerse de manifiesto frente a su fracaso de cara a las exigencias de la ley; tenía que agravar al máximo la necesidad a fin de disponer al hombre para recibir la ayuda de Dios que ya estaba preanunciada en las promesas.

El texto que sigue es difícil y muy controvertido. La explicación adoptada no es la única posible. Indirectamente Pablo apostrofa a los embaucadores judaizantes manejando unos argumentos que debían impresionar a sus enemigos judíos, aunque a nosotros nos parezcan poco convincentes. El judaísmo helenís-

12. Cf., por ejemplo, Rom 7,12.14; 8,4.

tico tenía perfectamente establecida una doctrina sobre los ángeles, que atribuía a los mismos toda una serie de acciones divinas para poner mejor de relieve la inaccesibilidad de Dios. Pablo pudo pensar aquí en pasajes como Dt 33,2 LXX, al comienzo de la llamada bendición de Moisés, en que se dice: «De Sinaí vino el Señor y de Seír se nos apareció; descendió apresuradamente del monte Farán con miríadas de Kades, a su derecha tenía los ángeles» [13]. De acuerdo con las concepciones que pretendían apoyarse en tales pasajes, la ley no había sido promulgada directamente por el mismo Dios —como había ocurrido con la promesa—, sino que más bien había llegado a través de los ángeles y de un mediador —Moisés—, cosa que, en la concepción aquí
20 reflejada, disminuía su valor [14]. Que haya sido necesaria la intervención de un mediador es una nueva prueba que rebaja la función e importancia de los ángeles. Hablando en general ciertamente que la presencia de un mediador no es necesaria si los interlocutores dos sólos; pero lo es cuando en una de las partes —y desde luego, parte activa— hay representada una multitud. Dios es único y no tiene necesidad de mediador alguno, de donde se sigue que Moisés fue el mediador de una ley, que en definitiva se reducía a la voluntad de Dios, pero que fue «promulgada por medio de ángeles».

21 Así las cosas, los enemigos del apóstol podían objetarle que con semejante interpretación la ley y la promesa habían de oponerse mutuamente. Pablo les rebate arguyendo que a la ley nunca le correspondió un cometido fundamental de promotora de sal-
22 vación. En el plan salvífico de Dios más bien ha desempeñado siempre una función negativa. La Escritura, es decir, la ley lo ha encerrado todo como en una prisión, como en una cárcel en que el pecado ejerce su poderío. La ley no aportó vida alguna, sino simplemente la consumación de la tiranía del pecado (Rom 7,7-25). Según el designio de Dios no debía haber más salida que la ya vaticinada en las promesas: la fe en la acción salvadora
23 de Dios, que todo lo transforma en Jesucristo. Como un celoso

13. Cf. también Sal 67,18 LXX; en el NT, Heb 2.2; Act 7,38.53.
14. Distinta es la idea que aparece en Act 7,38.53.

carcelero, la ley impedía cualquier evasión; hasta que llegó la fe, otorgando así al hombre la posibilidad de encontrar la salvación definitiva mediante la aceptación del Evangelio.

La ley era como un pedagogo, un viejo esclavo de confianza, **24** que, no valiendo ya para otros menesteres, vigilaba los muchachos, los conducía a casa del maestro y los protegía de emboscadas y peligros; aquí se ha pensado sobre todo en su función de cuidar de la educación externa de su pupilo, incluso recurriendo a los castigos. En un esclavo, que regía y gobernaba a quien era hijo y libre, hubo el hombre de prepararse para la revelación definitiva de Dios.

Con la muerte de Jesucristo en la cruz ha cambiado radical- **25** mente el destino de los hombres que han conseguido la libertad plena, han sido liberados de la cárcel y no están ya bajo la es- esclavitud del esclavo que era «la ley». Los hombres, por medio **26** de la fe y del bautismo (v. 27), se han apropiado la acción de Jesucristo, se han convertido en hijos de Dios, han dejado de ser esclavos participando «en Cristo» de su filiación divina. En el **27** bautismo, que es el complemento necesario de la fe, han quedado ligados a Cristo (cf. Rom 13,14), y han entrado de lleno en él. Están realmente, y de conformidad con su ser, «en Cristo»[15]. Pero en Cristo han adquirido un nuevo ser sobrenatural, que **28** sobrepasa su ser de naturaleza. Lo que en el orden de cosas de este mundo temporal pasa como esencial, y hasta lo es de hecho, en un orden superior —que en definitiva es lo que cuenta— se trueca en algo secundario. La pertenencia a un determinado pueblo (aquí en sentido religioso), estado o sexo, cosas todas que en este mundo separan a los hombres creando entre ellos un abismo infranqueable, ya no pueden seguir separándolos por cuanto que en Cristo se ha hecho realidad una unidad nueva que sobrepuja de raíz todas las posibilidades humanas. Todos los que, por la fe y el bautismo, se han hecho uno en Cristo, son justamente eso: uno solo «en Cristo». Forman el cuerpo de Cristo[16]. En él son ellos, y no precisamente los judíos, «descendencia de **29**

15. Cf. el comentario a Rom 6,1-11.
16. 1Cor 12,27; Rom 12,4.5; cf. el comentario a 1Cor 12,12-31.

Abraham». No hay más que una descendencia de Abraham (3,16), para la que cuentan las promesas: Cristo. Pero, por cuanto que los creyentes han sido inmersos en él y forman así el cuerpo de Cristo, también ellos son hijos a su vez y, por ende, herederos.

Hijos de Dios con Cristo
4,1-11

[1] *Digo yo: mientras el heredero es niño, en nada se diferencia*
de un esclavo, siendo así que es dueño de todo; [2] *sino que está*
al cuidado de tutores y administradores hasta el tiempo prefijado
por el padre. [3] *Así también nosotros, cuando éramos niños, está-*
bamos reducidos a esclavos bajo los elementos del mundo. [4] *Pero*
cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo,
nacido de mujer, nacido bajo la ley, [5] *para que rescatara a los*
que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la adopción
filial. [6] *Y prueba de que sois hijos es que Dios envió a nuestros*
corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abbá!, ¡Padre! [7] *Así*
que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por
Dios.
[8] *Ahora bien, en otro tiempo, desconocedores de Dios, esta-*
bais esclavizados a dioses que no lo son en realidad; [9] *pero ahora,*
conocedores de Dios, o mejor, conocidos por Dios, ¿cómo volvéis
de nuevo a los débiles y pobres elementos, a los que de nuevo
queréis esclavizaros? [10] *¡Os ponéis a observar días, meses, tiem-*
pos y años! [11] *Temo haber trabajado en vano por vosotros.*

1 Pablo vuelve a esclarecer todavía la fuerza de la acción de Dios en Jesucristo, que todo lo transforma, con un tercer ejemplo (aunque sin desarrollarlo sistemáticamente), sacado esta vez del derecho hereditario coetáneo vigente entre griegos y romanos[17]. Antes de que el heredero sea declarado mayor de edad, ciertamente que si muere su padre o su antecesor, es el propietario de la herencia, pero no puede disponer de sus posesiones y en este

17. Así Lagrange siguiendo al jurista Cuq.

sentido se equipara a un esclavo. Depende de los tutores y repre- 2
sentantes hasta el día que su padre haya señalado para la declaración de su mayoría de edad. En un testamento, hallado en Oxyrhincus (Egipto) cierto padre decide: «Hasta que estos dos hayan alcanzado los veintidós años de edad, sus representantes serán su hermano Tonis y su abuelo materno Harpaesis.»

Exactamente igual que ese heredero estábamos nosotros antes 3
de que Cristo nos redimiera; tanto judíos como gentiles nos hallábamos en manos de un poder extraño, éramos esclavos de los *elementos del mundo*[18]. La expresión griega empleada aquí para designar «elementos» indica, en singular, las letras ordenadas una tras otra (por ejemplo. abc), mientras que en el plural significa o bien los principios fundamentales del conocimiento (elementos, cf. Heb 5,12) o bien los constitutivos básicos del mundo (2Pe 3,10.12), o finalmente, como aquí, los espíritus elementales, los espíritus que rigen las estrellas, las mismas estrellas (Col 2,8.20). La creencia en la animación de los elementos por medio de los espíritus estaba muy difundida aquella época no sólo en el paganismo sino también en el judaísmo. Pablo quiere decir a los cristianos que el mundo no es inofensivo, sino que por el contrario está dominado por las potencias del mal; el dios de este mundo (2Cor 4,4), Satán procura con sus esbirros impedir la obra de Dios y, si es posible, destruirla. Son poderes personales, cuya resistencia conviene que el cristiano descubra de continuo; eso es lo que hace el apóstol a los gálatas con los conceptos de su tiempo. Aunque queda en el terreno de la hipótesis si él, personalmente, creía en la animación de los astros en el sentido de sus coetáneos judíos y gentiles.

Los elementos del mundo dominaban antes al mundo; pero 4
el amor de Dios había ya determinado con anterioridad el momento de la liberación; cuando se colmó la medida, que él había establecido, cuando llegó «la plenitud del tiempo»[19], el Hijo eterno de Dios[20] se hizo hombre según la voluntad del Padre; tomó carne de una mujer como cualquier hombre, y como cualquier hombre

18. Cf. también v. 9 y Col 2,8.20.
19. Mc 1,15; Ef 1,10.
20. 2Cor 8.9; Flp 2,6; Col 1,15-17.

se sometió a la ley. El Hijo preexistente de Dios, que existía desde la eternidad, entró en la historia de una forma sencilla, inadvertida por el gran mundo. La acción salvadora de Dios no es una experiencia del alma a solas con Dios, sino que fue historia «en el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea» (Lc 3,1).

5 En Jesucristo llegó a su fin el reinado de la ley, de la que se servían los elementos del mundo[21]. Jesucristo tuvo que «rescatar» a los judíos para abrir así a todos los hombres el camino que va de la esclavitud a la filiación divina; Dios no retira su elección sino que recorre el camino hasta los gentiles pasando por los judíos. La palabra «adopción» hace pensar en una diferencia importante: no somos hijos como es Hijo Jesucristo, nosotros
6 hemos sido acogidos como hijos en él, en el Hijo[22]. Su nuevo estado pueden reconocerlo los gálatas en el espíritu del Hijo que clama en su interior (Rom 8,15-26). Si en las asambleas comunitarias, o a solas con Dios, le invocan con la misma palabra aramea *Abba,* Padre — que tan a menudo aparece en los labios de Jesús, por ejemplo, Mc 14,36 —, es que el Espíritu testifica su presencia en ellos, después de haber descendido abundantemente sobre el Hijo, y de ahí que pueda llamarse «el Espíritu del Hijo»[23]. Quizás haya tenido aquí Pablo ante los ojos también el lenguaje extático.

7 Así que el cristiano es hijo. Con ello se le ha dado el derecho de herencia, del que Pablo ha hablado expresamente en 4,1-2; pero ello no se debe al hombre con sus realizaciones, sino única y
8 exclusivamente a Dios con su gracia. Ahora se vuelve el apóstol directamente a los gálatas, para mostrarles, a la luz de la revelación, la estupidez de la apostasía que les amenazaba. Cuando ellos eran gentiles, sin haber conocido todavía el verdadero Dios, estaban en poder de los demonios, que sólo abusivamente se llaman dioses (cf. 1Cor 8,4-6), pero en realidad se trata de un enmascaramiento de las fuerzas satánicas, que una y otra vez saben ocultar con bellas palabras sus propósitos y maquinaciones. Sin embargo,

21. Aquí se deja sentir la misma idea que en Gál 3,13; Rom 8,3; 2Cor 5,21.

22. Véase el comentario a Ef 1,5.

23. Véase el comentario a Rom 8,1-11.

entonces todavía se podía disculpar a los gálatas, pues no conocían la verdad. Pero ahora se les han abierto los ojos, conocen 9
a Dios, pues Dios se les ha dado a conocer y han sido conocidos por él[24].

En las relaciones entre Dios y el hombre, éste no puede establecer ningún comienzo, pues el primero que actúa es siempre Dios[25]. Caso de que los gálatas acepten las falsas doctrinas judaizantes, ello equivaldría sin más ni más a perder la libertad recién adquirida, a desandar el camino volviendo de la filiación a la esclavitud. Volverán a caer bajo la tiranía de los elementos del mundo que, por grande que pueda parecer su poder, son pobres e ineficaces delante de Dios. Si los gálatas se abandonan de nuevo al señorío de la ley, volverán a pertenecer a los demonios que dominan al mundo impío, porque también se sirven y explotan la ley, que en sí misma y por sí misma es buena (Rom 7,12.14).
Las comunidades gálatas quieren atenerse al consejo de los em- 10
baucadores que observan las festividades judías y atribuyen por lo mismo una fuerza obligatoria a la ley mosaica. Se guardan días (sábado), meses (fiestas del novilunio), tiempos (festividades de pascua, pentecostés, tabernáculos, fiestas de la expiación) y años (año sabático[26] o bien el año nuevo). Pero con todo ello se retorna a un mundo ya superado sin tomar en serio la acción libertadora
de Dios. Para quien así obra, la predicación de Pablo no puede por 11
menos de haber sido inútil. Pablo habría trabajado inútilmente en Galacia.

Recuerdos y afectos
4,12-20

12 *Os lo suplico, hermanos: sed como yo, que también yo me*
hice como vosotros. En nada me habéis ofendido. 13 *Sabéis que*
debido a una debilidad de la carne os evangelicé la primera vez;

24. En el sentido que tiene la palabra hebrea «conocer», cf. Gén 18,19; Éx 33,12.17; Am 3,2: Jer 1,5.
25. Cf. 1Cor 8,3; 13,12.
26. Cf. Éx 23,10; Lev 25; Dt 15.

[14] y ante esta prueba en mi carne, no hicisteis gestos de desprecio
ni escupisteis en el suelo; sino que, por el contrario, me acogisteis
como a un enviado de Dios, como a Cristo Jesús. [15] ¿Dónde está,
pues, aquella felicidad vuestra? Doy testimonio de que, si hubie-
ra sido posible, os habríais arrancado los ojos para dármelos.
[16] Entonces, ¿es que me he convertido en enemigo vuestro por
deciros la verdad? [17] Se muestran afectuosos con vosotros, pero
no como debe ser, sino que pretenden apartaros de mí, para que
seáis afectuosos con ellos. [18] Lo bueno es mostrarse afectuoso como
es debido en todo tiempo, y no sólo mientras yo estoy presente
entre vosotros. [19] Hijos míos, a quienes de nuevo estoy dando a
luz con dolor, hasta que Cristo sea formado en vosotros. [20] Qui-
siera estar ahí entre vosotros en este momento y hablaros en otro
tono, porque me encuentro perplejo respecto a vosotros.

Ya en 4,8-11, Pablo había interrumpido los razonamientos teo-
lógicos objetivos para dirigirse de forma directa a los gálatas. Ahora
evoca las entrañables vivencias comunes del primer encuentro y
de su primera estancia entre ellos; Pablo quiere así hacerles en-
12 trar en juicio. Desea y suplica con todo su corazón que comul-
guen en unidad de sentir con él y con su Evangelio y que, en
nombre de Dios, cedan un poco, así como él hizo todos los posi-
bles por identificarse con ellos. En esta orientación general habría
que encontrar el sentido de este pasaje, mejor que con la siguiente
explicación, posible de todos modos: Haceos como yo, hombres
creyentes, liberados de la ley, al igual que también yo en tiem-
pos fui un hombre bajo el poder de los elementos del mundo.
Hasta ahora Pablo no se ha quejado seriamente de los gálatas.
13 ¡Todo lo contrario! ¡Qué generosa y verdaderamente cristiana fue
su conducta con él durante su primera estancia en Galacia! (Act
14 16,6). Tanto si llegó ya enfermo como si contrajo la enfermedad
allí, lo cierto es que no le hicieron más penosa su debilidad cor-
poral.

Acerca de la enfermedad de san Pablo (cf. 2Cor 12,7) sabe-
mos muy poco para poder diagnosticarla con una cierta garantía;
se ha pensado en una grave afección de los ojos (basada en una
falsa interpretación del v. 15), en una epilepsia, unas fiebres pa-

lúdicas, etc. Esa enfermedad hubiera podido dar pie a los gálatas para despreciar al Apóstol, y hubiesen podido apartarse de él escupiendo supersticiosamente; pero no lo hicieron, sino que le acogieron con amor y respeto. Lo más precioso para ellos, sus **16** mismos ojos, se los habrían entregado con tal de ayudarle. Y ahora ¡Cómo ha cambiado todo! Ahora dan crédito a sus enemigos más que a él, ya no se consideran felices con poder escucharle y servirle de ayuda. Les ha predicado (en una segunda visita, que **16** probablemente iba ya orientada a defenderles contra los judaizantes, cf. 1,9) la verdad, y nada más que la verdad. ¿Debería eso haberle enemistado con los gálatas? ¿O son más bien aquellos **17** embaucadores los que no llevan intenciones limpias? Lo que pretenden es crear un grupo en el que poder ejercer a mansalva su dominio. Si logran «apartar» a los gálatas y arrancarlos de la comunión de los fieles y de Pablo —y, en consecuencia, arrancarlos también de la verdad—, entonces habrán ganado la partida. «No sin una cierta parcialidad, tal vez, pone Pablo a menudo el dedo sobre los móviles rastreros de sus enemigos. Pero es un profundo conocedor de los hombres, y en su condena del judaísmo late en buena parte la condena de su propio pasado» (Oepke).

También Pablo ronda a los gálatas; pero sus propósitos son **18** buenos, ya que nada busca para sí. Los ha cortejado en todo tiempo, y no ocasionalmente y de paso; testigo de ello es la carta. Los llama «hijos míos», y en estas tiernas palabras late todo el **19** amor del misionero de Jesús. Como una madre ha sufrido por ellos para alumbrar en ellos a Cristo; ahora tiene que padecer nuevos dolores, pues todo hace suponer que su trabajo, tan lleno de entrega ha sido en vano. Qué mortecina se le antoja su carta **20** ante el amor que alienta en su corazón, ¡y cómo desearía que pudieran escuchar su voz! Su lamento apenado les daría a entender que su solicitud brota de lo más profundo de sus entrañas. Intentaría recuperarlos por todos los medios a su alcance, pues en verdad que no le son indiferentes.

Agar y Sara: esclavitud y libertad
4,21-31

[21] *Decidme, los que os empeñáis en estar bajo la ley: ¿Es que*
no comprendéis la ley? [22] *Porque está escrito que Abraham tuvo*
dos hijos: uno de la esclava; y otro, de la libre. [23] *Ahora bien,*
el de la esclava fue engendrado según la carne, pero el de la libre,
mediante la promesa. [24] *Esto tiene un sentido alegórico. Estas mu-*
jeres son dos alianzas: una, procedente del monte Sinaí, engendra
para un estado de esclavitud: es Agar. [25] *Pues Agar es el monte*
Sinaí, que está en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual,
porque continúa en esclavitud juntamente con sus hijos. [26] *Pero*
la Jerusalén de arriba es libre; y ésta es nuestra madre. [27] *Pues*
está escrito: «Alégrate, estéril, que no das a luz; rompe a gritar,
tú que no tienes dolores de parto; porque más numerosos son los
hijos de la abandonada que los hijos de aquella que tiene marido»
(Is 54,1).
[28] *Y vosotros, hermanos, sois como Isaac, hijos de la promesa.*
[29] *Pero como entonces el engendrado según la carne perseguía al*
engendrado según el Espíritu, así también ahora. [30] *Pero, ¿qué*
dice la Escritura? «Echa a la esclava y a su hijo; pues el hijo
de la esclava no heredará con el hijo de la libre» (Gén 21,10).
[31] *Por lo tanto, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de*
la libre.

A las palabras de 4,12-20, brotadas de lo más profundo del co-
21 razón, sigue inmediatamente una nueva prueba escriturística. Con
sus tendencias judaizantes muestran los gálatas una predilección
tan grande por la ley, que realmente deberían entenderla mejor en
22 su sentido hondo. Pablo evoca los relatos del Génesis sobre Abra-
ham. El patriarca tuvo dos hijos (no se alude aquí a los que en-
gendró en Ketura, Gén 25,2 sino a Ismael, que tuvo de la esclava
23 Agar, Gén 21,1-3. Con éste todo procedió según el orden natural,
mientras que Isaac fue engendrado, en base a la promesa de Dios,
por un padre centenario y por una madre nonagenaria, y que hasta
24 entonces había sido una mujer estéril. En todo ello se oculta

un sentido profundo y alegórico. La palabra de Dios no agota sus posibilidades en una mera interpretación literal; las palabras, los relatos y los personajes de la historia sagrada tienen a menudo un sentido que apunta misteriosamente al futuro y que exige un significado práctico. Una interpretación alegórica de la Escritura era familiar tanto al judaísmo de habla griega (Filón) como al palestino y rabínico de Palestina. Pablo se ha inspirado en esas ideas. Agar y Sara son imágenes de los dos testamentos, de las posibilidades que pueden seguir las relaciones entre Dios y el hombre. Agar encarna el orden divino del monte Sinaí, que era el ordenamiento de la ley y de la esclavitud. La conexión entre Sinaí y **25** Agar la saca Pablo (probablemente) de una homofonía ante el nombre de la esclava y la palabra árabe *hadjar*, que significa roca, piedra, que sin duda era corriente para designar tanto al Sinaí como alguna de sus partes. Sin embargo, no es preciso esforzarse por la plena seguridad de esta interpretación, habida cuenta del estado actual del texto. Si la versión propuesta parece difícil a alguien, lo podrá resolver eliminando la palabra «Agar», que no está testificada de modo uniforme, y traducir: «Pues el monte Sinaí está en Arabia.» Agar es la madre de las estirpes de los árabes beduinos; existe, por lo mismo, una relación entre la ley, promulgada sobre el Sinaí arábigo, y Agar, cuyos descendientes son los árabes. Agar encarna la Jerusalén de ahora, que se caracteriza por su servidumbre a la ley.

En un razonamiento abreviado — debería hablar antes de Sara — **26** alude el apóstol al segundo de los testimonios. A la Jerusalén actual se contrapone la Jerusalén futura o de arriba, como aquí se dice con un giro de la imagen[27]. Ésta es la madre de los cristianos; como prueba bíblica aduce Pablo el texto de Is 54,1, una palabra de Dios a Sión, que alude al pueblo de Dios en la época de la salvación. Los cristianos pertenecen a la rama de la promesa, **27-28** como Isaac son hijos de la promesa. Con ello termina propiamente la prueba escriturística.

Pablo ha excluido la jactancia judía de descender de Abraham y de Sara; a la luz de la historia de la salvación lo que resulta

27. Cf. Heb 12,22; Ap 3,12; 21; 22.

claro es que el orden legal y el ordenamiento promisorio se oponen irremediablemente. Quien acepta el Evangelio exonerado de la ley es hijo de la libre Sara y pertenece a la Jerusalén superior; el que piensa en términos de la ley es hijo de la esclava Agar y pertenece a la Jerusalén de ahora. Esto equivalía a un trastorno completo de los criterios del judaísmo, el rechazo de la pura consanguinidad (pues, por razones de sangre los judíos podían reclamarse justamente a la descendencia de Sara) y la apertura de una nueva forma de comprensión espiritual de la historia.
29 Pablo completa el paralelismo entre la historia y su aplicación mediante un rasgo del que nada sabemos por el Génesis: ya entonces Ismael perseguía a Isaac al igual que hoy los hijos de Agar persiguen a los hijos de la promesa. Pablo parece referirse aquí a una tradición judía, que nosotros podemos rastrear por ciertos testimonios de la época posterior cristiana, donde se dice: «Ismael habló a Isaac; Salgamos para ver nuestras porciones respectivas en el campo. E Ismael tomó el arco y las flechas y las disparó en dirección a Isaac, dando la impresión de que estaba bro-
30 meando[28]. Pero en la aceptación de la palabra de Sara (Gén 21,10, ligeramente cambiada) por Dios (Gén 21,12) queda sellado el
31 destino de los judíos, que son excluidos de la herencia. En un apretado resumen Pablo presenta una vez más el resultado de toda la exposición.

Apelación personal
5,1-12

1 *Cristo nos liberó para que vivamos en libertad. Manteneos, pues, firmes, y no os dejéis sujetar de nuevo al yugo de una esclavitud.*

2 *Soy yo, Pablo, el que os lo dice: Si os hacéis circuncidar, Cristo no os servirá para nada.* 3 *Y otra vez declaro a todo el que se circuncida: que está obligado a guardar toda la ley.* 4 *Ha-*

---

28. Génesis, rabba 53 — tradición del siglo IV; Cf. *Tosefta Sota* 6,6, que es una tradición del siglo II.

béis sido desligados de Cristo cuantos pretendéis ser justificados
por la ley; habéis caído fuera de la gracia. [5] *Pues nosotros, con-*
fiados en el Espíritu y procediendo por fe, aguardamos pacien-
temente la esperanza de la justicia. [6] *Porque en Cristo Jesús nada*
valen ni la circuncisión ni la no circuncisión, sino la fe que actúa
por medio del amor.

[7] *Corríais bien. ¿Quién os paró de repente impidiendo que*
os dejarais persuadir por la verdad? [8] *Esta persuasión no provie-*
ne del que os llama. [9] *Un poco de levadura hace fermentar toda*
la masa. [10] *Yo confío de vosotros en el Señor que no pensaréis*
de otro modo. Pero el que causa entre vosotros la confusión, car-
gará con su condena, quienquiera que sea. [11] *En cuanto a mí, her-*
manos, si todavía proclamara la circuncisión, ¿por qué soy aún
perseguido? Entonces, ¡se habría eliminado el tropiezo de la cruz!
[12] *¡Ojalá se mutilaran también los que os soliviantan!*

Con una apelación personal, formulada en frases claras, cortas y poco complejas, que delatan abiertamente su agitación, concluye el apóstol la parte fundamental de su carta, derivando en rápidas amonestaciones hacia la vida ética. El cristiano es el li- 1
berto de Jesucristo, que ha escapado a la esclavitud de la ley. Como un grito de victoria suena esta frase: «Cristo nos liberó para que vivamos en libertad», con el que se introduce la urgente apelación final. Esta libertad ciertamente que nos viene regalada gratis, aun que hay que preservarla porque está expuesta a ciertos peligros. Es necesario guardarse de una recaída en la esclavitud de las potencias del mundo viejo.

La libertad cristiana

El mundo que quiere rechazar la soberanía de Dios no se pertenece a sí mismo. Está más bien bajo el dominio de Satán, que es «el dios de este mundo» (2Cor 4,4); desde la caída de Adán reinan el pecado y la muerte (Rom 5,12-21). Por ello, el hombre sin redención no es libre; separado de Dios, no puede disponer de sí mismo, como se imagina en su nefasta obcecación, sino que, por

el contrario — y aunque no lo sepa —, esclavo de «los débiles y pobres elementos» (Gál 4,9), de los elementos del mundo (Gál 4,3), de unos dioses que en realidad no lo son (Gál 4,8). Está atado de pies y manos a la tiranía del pecado [29], de la ley [30] y de la muerte [31]. Cuando quiere disponer de sí mismo y expulsa a Dios del centro de su vida y de su pensamiento, se descarría hasta los extremos que el apóstol ha expuesto en Rom 1,18-32. El hombre nunca puede ser autónomo (ley de sí mismo), sino que permanece siempre sujeto (cosa que forma parte de su esencia) a algún otro, sea de arriba o de abajo y, en cualquier caso, a un *nomos* o norma que le llega desde fuera. Toda la libertad pagana de conciencia (como la que propugnaban los estoicos) no es en el fondo más que un engaño; no significa una liberación auténtica, sino simplemente un disponer de sí mismo hasta lo irremediable, una forma de desesperación, tanto más peligrosa cuanto que oculta bajo una máscara impenetrable la verdadera situación del hombre. De hecho — y en conformidad con su ser —el hombre solamente se ha liberado en Jesucristo. Por la acción de Dios en la cruz han sido racionalmente superadas las potencias enemigas; han sido reducidos a impotencia el pecado [32], la ley [33] y la muerte [34]. El hombre se apropia subjetivamente la acción redentora (objetiva) de Dios en Jesucristo en base al llamamiento divino (cf. Gál 5,13) por la fe y por el bautismo. Ahora ha salido ya de la minoría de edad (Gál 4,1-7), de la esclavitud (Gál 5,1), ha sido liberado de la prisión (Gál 3,23), rescatado [35]. Ahora ya no es esclavo, sino hijo con todos los derechos [36]. Recibe el Espíritu, y «donde está el Espíritu del Señor, hay libertad» (2Cor 3,17). La libertad cristiana consiste en que el hombre puede acercarse a Dios, y en que de hecho se allega a él en Jesucristo (2Cor 3,18), estando ordenado a él por

29. Rom 6,6.16.17.20; 7,14.23.
30. Rom 7; Gál 3,23.24; 4,1-5; 5.1.
31. Rom 6,21.23; 8,21.22.
32. Rom 5,21; 6; 1Cor 15,54-57.
33. Rom 7,3.4; 8,2; 10,4; 1Cor 15.54-57; Gál 3,25; 4,5.21-31; 5,1.13.
34. Rom 5,17.21; 6,21.23; 8,21; 1Cor 15,54-57.
35. 1Cor 6,20; 7,23; Gál 3,13; 4,5.
36. Rom 8,14-23; Gál 4,5-7.

su misma esencia constitutiva. En este sentido el cristiano tiene su verdadera patria en el cielo (Flp 3,20). Con lo que quiere decirse que la libertad cristiana es por completo independiente de la libertad o servidumbre social (cf. 1Cor 7,20-22) y que se distingue radicalmente de cualquier forma de desenfreno y libertinaje moral, como el día de la noche. La libertad cristiana es vinculación a Cristo [37] y a la ley de Cristo [38], que no tolera abuso alguno [39]. Es un servicio al prójimo por amor (Gál 5,13).

El que asigne a la circuncisión un alcance salvador acabará 2
viéndose privado de la salvación. Pablo lo dice a los gálatas con
toda su autoridad apostólica al tiempo que como quien ha creí-
do anteriormente y con apasionamiento en la teología de la circun-
cisión. Como a lo largo de toda la carta (cf. Gál 3,10), Pablo 3
vuelve a declarar solemnemente que la circuncisión forma parte
del conjunto de la ley, y que semejante doctrina equivaldría a
una recaída en el judaísmo. Quien confía en la ley se separa de 4
Cristo y pierde el estado de gracia al que había tenido acceso
por la fe en Jesucristo (Rom 5,2), porque es posible caer de ese
estado. Nadie debe engañarse al respecto. Si ahora podemos de nue- 5
vo acercarnos a Dios, la verdad es que la entrada definitiva en
la vida eterna está todavía pendiente. La herencia que nosotros
esperamos, en base a la justicia que se nos ha otorgado por la
fuerza de la fe, en el Espíritu Santo [40], es un bien escatológico
(es decir, sobrenatural y futuro); hay que esforzarse y luchar por
conseguirlo (2Cor 5,10). Judío o no judío es ya una cuestión que 6
no tiene importancia en Jesucristo. Lo único que cuenta es la
aceptación gustosa y obedientemente de la acción salvadora de
Dios en la cruz, que abraza la existencia entera del hombre (1Cor
7,19). La fe ha de ser viva y traducirse en la práctica, de lo contrario
no es nada [41].

¡Qué animosos habían sido los progresos de los gálatas al co- 7

37. Rom 14,18; 1Cor 3,23; Ef 6,6; Col 3,25.
38. Gál 6,2; 1Cor 9,21.
39. Gál 5,13; 1Cor, y espec. 6,12; 10,23.
40. Rom 8,23; 2Cor 1,22; 5,5; Ef 1,14.
41. 1Cor 13,2; cf. 1Cor 9,24.27; 10,12; Flp 2,12; 3,12.16.

mienzo! Corrían por «el estadio»[42], y había buenas perspectivas de
8 victoria. Si ahora se apartan de la verdad, no es en modo alguno para
engancharse en un alistamiento que responda a la voluntad de Dios;
9 los culpables en realidad son los embaucadores que con sus ideas
10 amenazan con corromper a toda la comunidad (cf. 1Cor 5,6). El
apóstol confía en que, en lo más profundo de su corazón, están
de acuerdo con él; la culpa del presente desconcierto la tienen,
sin duda, los agitadores judaizantes que, pese a la autoridad que
se atribuyen y a su pretendida fidelidad a la tradición, no podrán
11 escapar al castigo divino. Incluso dejan entrever que la postura
personal de Pablo no es tan tajante por lo que hace al tema de
la circuncisión o incircuncisión; cabía referirse a la magnanimi-
dad del apóstol en el caso de Timoteo (Act 16,3). Pero en el citado
caso de Timoteo mediaron razones misioneras decisivas. Jamás
después de su conversión, había pensado Pablo en atribuir a la
circuncisión un fundamento salvador; ahí estaba precisamente el
motivo de toda su lucha. ¿De dónde si no el odio de los judíos,
en el supuesto de que Pablo hubiera seguido predicando como antes
un judaísmo con la circuncisión? De ese modo habría quebran-
tado la fuerza del cristianismo, orillando el escándalo de la cruz[43].
12 Con un sarcasmo sangrante Pablo aconseja a las gentes de la
circuncisión que se castren por completo, si es que tanto esperan
de las exterioridades. Alude seguramente a los galos, sacerdotes de
Cibeles y de Atis, establecidos en el Asia Menor (Pesino, Ga-
lacia) y que gozaban de una gran veneración, sacerdotes que en
honor de sus divinidades se castraban mutuamente en un frenesí
provocado de manera artificial.

42. 1Cor 7,19; cf. Gál 2,2.
43. Cf. el comentario a 1Cor 1,18-25.

PARTE TERCERA

LIBERADOS PARA EL AMOR FRATERNO
5,13-6,10

La carne y el Espíritu
5,13-24

[13] *Porque vosotros, hermanos, fuisteis llamados a la libertad.*
Solamente que esta libertad no dé pretexto a la carne; sino al
contrario, por medio del amor poneos los unos al servicio de los
otros. [14] *Pues toda la ley queda cumplida con este solo precepto:*
el de «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lev 19,18). [15] *Si,*
pues, os mordéis y os devoráis mutuamente, estad atentos a no
destruiros a vosotros mismos.

[16] *Os digo esto: caminad en el Espíritu, y no dejéis que se*
cumplan los deseos de la carne. [17] *Pues la carne desea contra el*
Espíritu; y el Espíritu contra la carne. Ambos se hacen la guerra
mutuamente, de suerte que no hacéis las cosas que quisierais.
[18] *Pero si os dejáis guiar por el Espíritu, no estáis bajo la ley.*
[19] *Ahora bien, las obras de la carne están patentes, a saber: lu-*
juria, impureza, libertinaje, [20] *idolatría, hechicería, enemistades,*
contiendas, celos, animosidades rivalidades partidos, sectas, [21] *en-*
vidias, borracheras, orgías, y cosas semejantes a éstas, acerca de
las cuales os digo de antemano, como ya lo dije antes, que los
que las practican no heredarán el reino de Dios.

[22] *Por el contrario, el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz,*
comprensión, benignidad, bondad, fidelidad, [23] *mansedumbre, tem-*
planza. Contra tales cosas no hay ley. [24] *Y los que son de Cristo*
[Jesús] crucificaron la carne con sus pasiones y deseos.

13 Los gálatas tienen que tomar a pecho la carta del Apóstol
y sacudirse de encima a los embaucadores con el yugo de su
ley, toda vez que como cristianos han sido llamados a la libertad.
Sin embargo, la libertad cristiana jamás debe confundirse con
el desenfreno moral, pues esto equivaldría a hundirse en la es-
14 clavitud de la carne. Por lo que concierne a las relaciones del
hombre con sus semejantes, la idea fundamental de la ley está con-
15 tenida en Lev 19,18, que también Jesús puso de relieve [1]. Poco es
lo que puede rastrearse acerca de esto en Galacia; sobre las pecu-
liaridades de las luchas partidistas en la comunidad, a las que Pablo
alude aquí irónicamente, nada sabemos.

16 La ética cristiana puede reducirse a una simple fórmula: ¡Ca-
minar en el Espíritu Santo! Éste es el precepto capital de la nue-
va ley de Cristo. Quienes por la fe y el bautismo están unidos
al Espíritu Santo han de dar testimonio con su comportamiento dia-
rio de la nueva realidad depositada en ellos. Y tienen que resis-
17 tir a los impulsos de la carne. También en el cristiano el Espíri-
tu y la carne siguen trabados en una dura batalla (cf. Rom 8,12-13),
aunque ahora la carne ya no reporta indefectiblemente el triunfo
como ocurría antes con el hombre redimido [2]. El hombre se encuen-
tra entre la carne y el Espíritu; su comportamiento no viene sencilla-
mente determinado por su conocimiento intelectivo, sino según
que otorgue a la carne o al Espíritu el poder sobre su persona.
18 Quien sigue al Espíritu obedece el impulso más profundo de su na-
turaleza, que está orientada hacia Dios; ya no se halla «bajo la
ley» ni a merced de las potencias enemigas de Dios.

19 En una enumeración de pecados y de virtudes da el apóstol una
imagen concreta del hombre según la carne y del que camina según
el Espíritu. Menciona sucesivamente los pecados contra la pureza
20 sexual, cntra el culto a Dios, contra el amor y contra la tem-
21 planza. De todo este conglomerado se deduce claramente una vez
más que la carne en modo alguno queda circunscrita a la esfera
sensual libidinosa, sino que abarca todo lo que es contrario a
Dios, todo lo que separa del Espíritu. Parecidas listas de peca-

---

1. Mc 12,31; Mt 22,39; cf. Rom 13,8-10.
2. Cf. Rom 7,14-25; véase también el comentario a Rom 8,1-11.

dos — «catálogos de vicios», que aparecen también en la literatura coetánea, en los estoicos, en Filón y en el AT — aparecen en otros pasajes de las cartas paulinas[3].

A estos hombres según la carne puede el apóstol anunciarles de antemano y con seguridad, como ya lo hizo en sus visitas a Galacia, que no alcanzarán el objetivo glorioso decretado por Dios; no tienen el Espíritu, no poseen la filiación divina; en consecuencia, tampoco tienen ningún derecho hereditario.

Por el contrario, cuando en un hombre puede actuar el Espíritu **22** Santo, florecen, como frutos gloriosos de una buena raíz, las virtudes verdaderamente cristianas, ante las cuales no tiene razón de ser el poder esclavizante de la antigua ley. Quien por la fe **24** y el bautismo se ha hecho una cosa con Cristo y con él ha sufrido la muerte (Rom 6,3-12), ha escapado ya a la esfera de influencia de las fuerzas contrarias a Dios, con tal de que no vuelva a entregarse por sí mismo a la antigua esclavitud. El hombre ha sido salvado por la gracia sin contribución personal alguna; pero el don preciosísimo de Dios no legitima ningún tipo de orgullo, sino que el cristiano debe renovar de continuo su libre decisión en pro del llamamiento divino mediante una resistencia constante y tenaz a la carne.

Caminar en el Espíritu
5,25-26

[25] *Si vivimos por el Espíritu, caminemos también por el Espíritu.* [26] *No nos hagamos vanidosos, provocándonos recíprocamente y envidiándonos unos a otros.*

Cuando la carne ha sido vencida y el Espíritu se ha hecho con **25** las riendas del poder, entonces la vida aparente se trueca en vida verdadera. De cara a esta vida auténtica lo que cuenta es el constante reconocimiento personal, lo que importa es caminar en

3. Rom 1,29-31; 13,13; 1Cor 5,10.11; 6,9.10; 2Cor 12,20,21; Ef 4,31; 5,3.5; Col 3,5.8; 1Tim 1,9.10; 2Tim 3,2-7.

26 perfecto orden de marcha según lo establecido. Las obligaciones morales hacia la comunidad aparecen en primer término y con singular relieve. El orgullo vano, la fanfarronería desafiante y la envidia destrozan la comunión cristiana; es preciso combatirlos.

Consejos prácticos
6,1-10

[1] *Hermanos, aun en el caso de que alguno fuera sorprendido en alguna falta, vosotros, los espirituales, con espíritu de mansedumbre, procurad que se levante, mirándote a tí mismo, no sea que tú también seas tentado.* [2] *Ayudad a llevar unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo.* [3] *Pues si alguno cree que es algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo.* [4] *Examine cada uno su propia obra, y entonces tendrá motivos de satisfacción, pero sólo respecto de sí mismo y no de los demás;* [5] *pues cada uno llevará su propio peso de responsabilidad.* [6] *El que recibe la enseñanza de la palabra, haga participar de todos los bienes al que le enseña.* [7] *No os engañéis: de Dios nadie se burla; pues lo que el hombre sembrare, eso mismo cosechará.* [8] *El que siembra para su propia carne, de la carne cosechará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna.* [9] *No nos cansemos de hacer el bien: que a su tiempo cosecharemos, si no desmayamos.* [10] *Así pues, mientras tenemos oportunidad, practiquemos el bien para con todos, y sobre todo para con los que pertenecen a la familia de la fe.*

1 Al hermano que tropieza hay que prestarle ayuda y comprensión; eso es lo único digno de quienes con la gracia han recibido al Espíritu y viven por él. Pero el apóstol conoce la debilidad de los hombres y con qué facilidad se erige cada uno en juez despiadado de los otros; ahí puede servir mucho la idea de la propia fragilidad. El razonamiento pasa del plural al singular; parece como si Pablo tomase aparte a cada uno para hacerle entrar en juicio.
2 El cristiano auténtico sufre bajo las propias deficiencias; para él es una carga seguir atado a la carne, de ahí que el hermano

deba ayudarle con amor a llevar su carga. El amor es el precepto capital de la ley nueva perfeccionada, que ha enulado a la vieja ley mosaica, imperfecta; es la ley de Cristo [4], el nuevo orden de vida, propio del tiempo nuevo [5].

Ya no caben, pues, jactanciosos; es preciso que el hombre quie- 3
ra verse tal como es en realidad, sin las falsificaciones y engaños
del amor propio. Si alguno merece alabanza, podrá gloriarse de 4
su obra, pero en modo alguno deberá alzarse sobre sus semejantes
para juzgarlos, cuando ignora sus compromisos delante de Dios.
Y es que cada uno tiene que llevar su propia carga y deberá res- 5
ponder ante Dios de sus fallos y defectos. El contexto determina
el sentido de los v. 2 y 5; cuyas afirmaciones sólo se contradicen
en apariencia. Las obligaciones mutuas de los miembros de la 6
comunidad tiene que dejarse sentir de modo muy particular cuando está en juego la predicación de la palabra divina. Si Pablo ha rechazado una y otra vez la ayuda a su persona proveyendo a sus necesidades con el trabajo de sus manos (cf. por ejemplo 1Cor 9,12.15-18), no por ello deja de establecer el derecho básico del «maestro» a ser mantenido por la comunidad [6].

También para la vida ética del cristiano cuenta el hecho de 7
que Dios es juez, de que el Dios del Nuevo Testamento es el
mismo del Antiguo. No queda eliminada la libre decisión del
hombre, y el Dios del amor que se revela en Jesucristo es el Dios
justo, que no tolera abuso alguno. Quien se atiene a la carne está 8
almacenando corrupción, que es lo propio de la carne; mientras
que quien vive y actúa según el Espíritu Santo alcanzará la vida
eterna que es esencial y propia del Espíritu divino. La imagen
de la siembra y de la cosecha no está perfectamente desarrollada;
en lugar de dos sementeras distintas, se habla de dos tipos de
campos.

Resulta dificultoso llevar una vida moral, cuando se trata 9
de cumplir unas exigencias tan altas como las que al cristiano
se proponen, y en ocasiones puede llegar el cansancio. Para no
desfallecer conviene tener siempre presente la idea de que nos

4. Cf. Rom 3,27; 8,2; 1Cor 9,21.
5. Véase el comentario a Gál 1,4.
6. 1Cor 9,11; 2Cor 11,7.8; Flp 4,10-20; 1Tim 5,17.18.

10 aguarda un premio[7]. Ahora tenemos todavía tiempo para calificarnos, por ello debemos esforzarnos al máximo[8]. El cristiano se califica mediante el amor generoso fundamentalmente hacia todos los hombres, pero en especial hacia quienes forman el círculo en el que se desarrolla su vida cotidiana, la comunidad de los creyentes en Cristo.

7. Cf. 1Cor 3,12-15; 2Cor 9,6.
8. Cf. 1Cor 9,24-27; 10,12; Flp 3,12.16.

CONCLUSIÓN
6,11-18

[11] *Ved con qué caracteres tan grandes os he escrito de mi puño*
y letra. [12] *Todos los que quieren aparecer bien en la carne, ésos os*
obligan a circuncidaros, sólo para no ser perseguidos a causa de
la cruz de Cristo. [13] *Pues ni los mismos circuncidados observan la*
ley, sino que quieren que vosotros os circuncidéis, para gloriarse en
vuestra carne. [14] *Pero, en cuanto a mí, ¡líbreme Dios de gloriarme*
en otra cosa que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por
el cual el mundo fue crucificado para mí y yo para el mundo!
[15] *Pues lo que cuenta no es circuncisión ni no circuncisión, sino*
nueva criatura. [16] *Y para todos los que caminan según esta regla,*
paz y misericordia sobre ellos, y también sobre el Israel de Dios.
[17] *De aquí en adelante que nadie me moleste, pues yo llevo en mi*
cuerpo las marcas de Jesús. [18] *La gracia de nuestro Señor Jesu-*
cristo esté con vuestro espíritu, hermanos. Amén.

Pablo ha llegado al final de su escrito dirigido a los gálatas, **11**
cuya fe genuina está en peligro. Conmovido en lo más profundo
de su ser ha ido aduciendo todos los motivos y razonamientos
que pudieran impresionarles, para conseguir la fidelidad de los
destinatarios; con energía y bondad ha intentado sacarlos del mal
camino. Ahora les toca a ellos decidirse. Y es en ese momento
cuando, siguiendo una costumbre antigua, toma Pablo la pluma
para poner su firma [1]. Pero empujado por su ardiente deseo y

1. Cf. 1Cor 16,21; Col 4,18; 2Tes 3,17; véase también Flm 19.

preocupación de provocar en los gálatas la decisión de volver al camino recto, la firma se transforma en un nuevo capítulo que compendia en algunas frases impresionantes el contenido de la carta. Pablo escribe con caracteres grandes, o bien porque con esa escritura gigante pretende poner de relieve la importancia de su llamamiento, o bien porque emplea de hecho los caracteres torpes y grandes del hombre no habituado a la escritura. Al emplear la forma de tiempo pasado («he escrito»), no queda claro, absolutamente hablando, si ha trazado de su puño y letra toda la carta o sólo 6,11-18. Pero es verosímil que Pablo adoptase el punto de vista del lector, como es frecuente en las cartas de su tiempo, justificándose así la forma de tiempo pasado, incluso en el caso de que solamente haya escrito de su propia mano el último párrafo.

12 Con su teología de la circuncisión, los judaizantes se revocan a la carne y quieren impresionar para su personal jactancia y provecho. Miran al soslayo al judaísmo poderoso y pretenden pactar con él, para escapar así de la persecución, que, sin embargo, va necesariamente vinculada a la predicación de Cristo crucificado. Pretenden llevar a los gálatas hasta la circuncisión, para minimizar y acabar borrando la esencial diferencia que media entre cristianismo y judaísmo; así podrán presentar el Evangelio a los judíos como algo relativamente inerme que no crea dificultades.
13 Pero en el fondo todo esto es hipocresía y, hasta desde los mismos supuestos judíos, no puede considerarse honrado. Quien dice circuncisión, dice simultáneamente ley mosaica, debiendo acreditarse mediante la observancia de la misma por entero (Gál 5,3); ¿pero se da realmente ese acreditamiento entre los judaizantes?[2] Lo único que procuran es alardear del éxito externo, les basta con hacer el mayor número posible de judíos mediante la circuncisión.
14 Con ello muestran desconocer de raíz la esencia del cristianismo. Decir cristiano equivale a decir cruz; el que lo es debe confesar la cruz de Cristo, que en aquellos tiempos era una marca de oprobio mucho más vergonzosa que lo es hoy. Sólo cuando uno logra hacerse la idea clara de lo que en el mundo de enton-

2. Rom 2,17-29; 7,7-24; Gál 3,10-14; cf. Act 15,10.

ces representaba la muerte de cruz, acabará descubriendo toda la fuerza íntima que tiene la confesión por parte de Pablo[3]. Por (medio) de Cristo —aunque también es posible la relación «por (medio) de la cruz de Cristo...»—, Pablo ha muerto al mundo para siempre en la fe y el bautismo (cf. Rom 6,3-14); a ese mundo en el que los «elementos» ejercen su oscuro y tiránico dominio (Gál 4,3). Delante de Cristo no tiene importancia alguna 15
el que esté o no circuncidado; lo que cuenta de verdad es si ha muerto lo viejo y ha brotado la nueva criatura. Las diferencias de este mundo, en que tanto hincapié hacen los hombres, han desaparecido en Cristo por la fe y el bautismo[4]. «Nueva criatura»: ahí radica todo el júbilo y todo el orgullo de la Iglesia primitiva y de cualquier cristianismo auténtico. Se ha cumplido un cambio inaudito. «De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es. Lo viejo pasó. Ha empezado lo nuevo»[5], aunque todavía esta nueva vida este «oculta juntamente con Cristo en Dios» (Col 3,3).

Quien conduce su vida de acuerdo con estos principios, ése 16
es cristiano; para él es la bendición del apóstol. La paz o, lo que es lo mismo, la salvación en su plenitud definitiva y escatológica, con la misericordia, es decir, la gracia derivada de la acción compasiva y salvadora de Dios en Jesucristo, desea Pablo que las compartan todos los verdaderos cristianos y la Iglesia entera. Sólo la Iglesia es el auténtico Israel de Dios[6], el verdadero pueblo elegido. Los cristianos son los descendientes legítimos de Abraham y los únicos herederos acreditados de la promesa. A demostrarlo ha dedicado el apóstol toda una sección de la carta y buena parte de su ministerio espiritual.

Que enmudezcan de una vez las voces que le calumnian; que 17
nadie vuelva a molestarle en adelante, diciendo que no ha entendido el mensaje de Jesús o que lo falsea. Nada menos que lleva en su cuerpo las señales de Jesús, las heridas y cicatrices que

3. Cf. el comentario a 1Cor 1,18-25.
4. 1Cor 12,13; Gál 3,28; 5,6; Col 3,11.
5. 2Cor 5,17; cf. Ef 2,10.15; 4,24; Col 3,10.
6. La expresión se encuentra únicamente aquí, aunque cf. Gál 4,28 y 1Cor 10,18.

ha conseguido como discípulo y apóstol de Jesús[7]. Al igual que en la antigüedad una marca señalaba al esclavo como propiedad de su dueño, y al soldado como propiedad de su general, y al piadoso como pertenencia de su divinidad, así Pablo se sabe propiedad de Cristo. Jamás podrá enfrentarse con su Señor ni con su voluntad soberana.

18 Con amorosa solicitud desea a los gálatas la gracia de Jesucristo, que es Señor de la comunidad. El que al final de la carta vuelva a llamarles «hermanos» es una expresión elocuente de su gran corazón que no puede apartarse ni de la verdad, ni de los hombres.

7. Cf. 2Cor 4.10; 6,4.5.9; 11,23-33; Flp 3.10; Col 1,24.

CUADRO CRONOLÓGICO

Muerte de Jesús	7 de abril del 30 (?)
Conversión de san Pablo (Act 9.3ss)	entre los años 33 y 35
Primer viaje de san Pablo a Jerusalén (Atc 9,26) .	entre los años 35 y 37
Segundo viaje a Jerusalén (viaje de la colecta: Act 11,30	año 44 (o inmediatamente después)
Primer viaje misional Act 13-14; duración desconocida)	entre 44 y 49
Concilio de los apóstoles (Act 15)	año 49
Segundo viaje misional (Act 15,36-18,22) . . .	entre la primavera del 50 y el otoño del año 53
En Corinto 18 meses; redacción de 1Tes y 2Tes .	
Tercer viaje misional (Act 18,23-20,4)	entre la primavera del 53 y comienzos del 58
En Éfeso de 2 a 3 años; redacción de Gál y 1Cor .	
En Macedonia (Act 20,2s); redacción de 2Cor .	
En Corinto (Act 20,2s) redacción de Rom.	
Llegada a Jerusalén	hacia pentecostés del 57 o del 58
Prisión de dos años en Cesarea (Act 23,33-26,23) .	entre el verano del 57 y el otoño del 60
Viaje por mar a Roma (Act 27,1-28,16) . . .	años 59/60 o bien 60/61
Prisión romana (primera) de dos años (Act 28,30s)	años 60/62 o bien 61/63
Redacción de las Cartas de la Cautividad (Col, Ef, Flm, Flp)	
Viaje misionero a España y a Oriente; redacción de 1Tim y Tit	entre 62 (63) y 66
Segunda prisión romana (redacción de 2Tim) y martirio	año 66 ó 67

ÍNDICE DE EXCURSOS

El ministerio apostólico 33
Evangelio 35
La conciencia 49
La circuncisión 53
La justicia de Dios 59
La fe 61
El juicio según las obras 66
Escritura e interpretación 74
Origen del pecado 83
La historia de la salvación 85
El bautismo 89
En Cristo, por Cristo, con Cristo 91
La Ley 103
Carne (σάρξ) y espíritu (πνεῦμα). 108
El Estado 152
El escándalo de la cruz 193
La cena del Señor 261
Jesús es Señor 266
Los creyentes como cuerpo de Cristo 271
El amor 276
Comunión con Cristo en los padecimientos 329
Muerte y consumación 336
Pablo y el Jesús histórico 345
La libertad cristiana 437